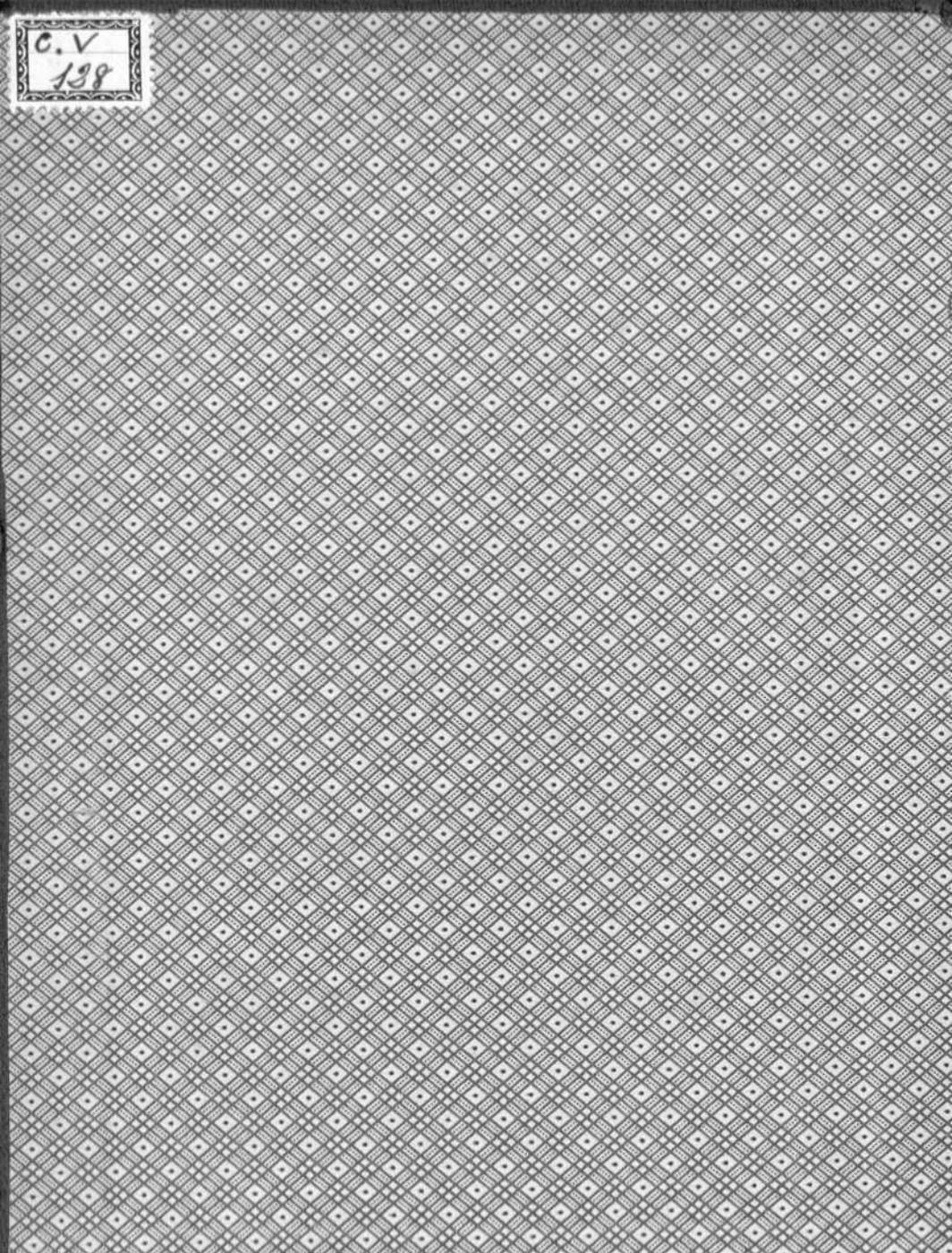
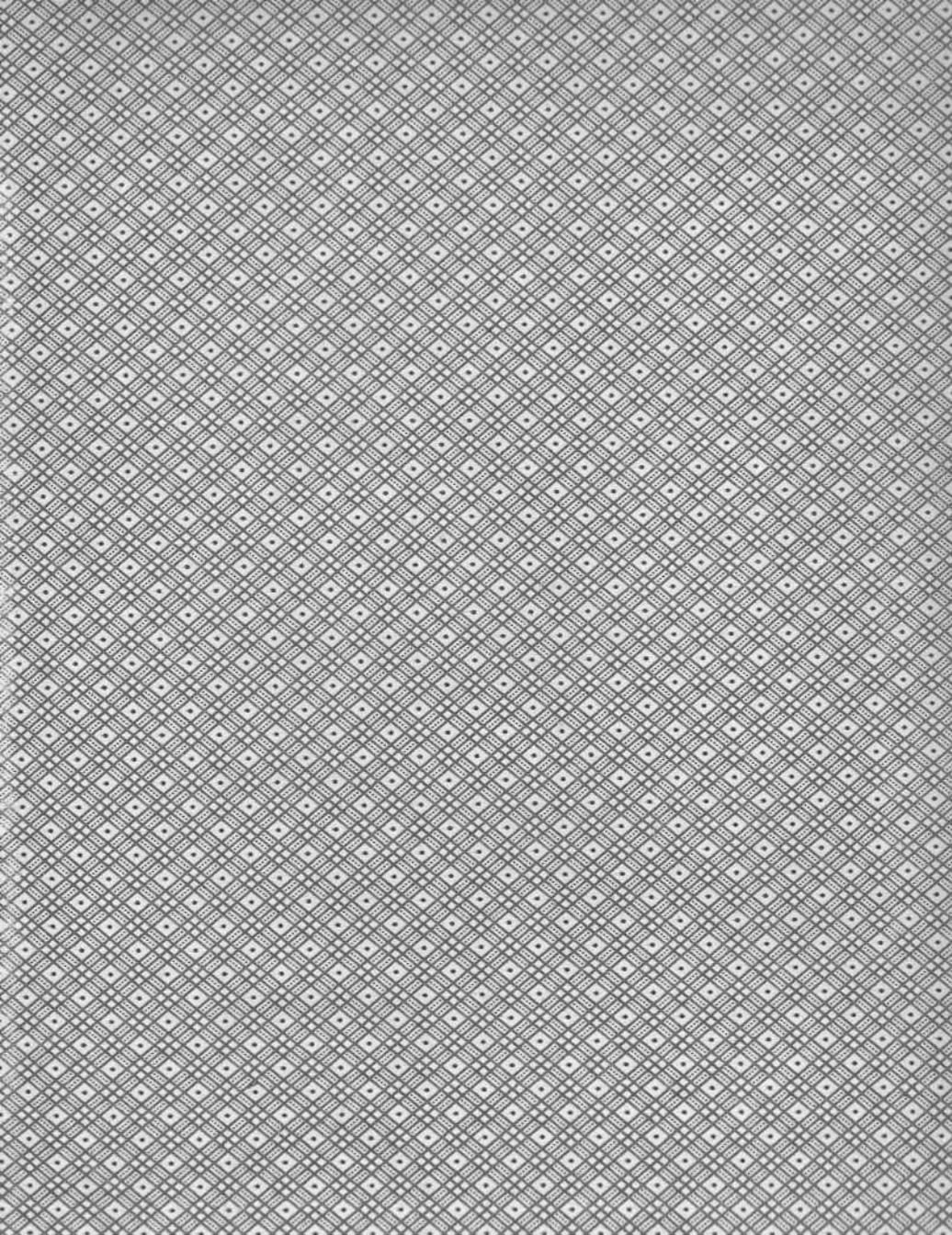


C.V
138





DG

A

HISTORIA DE LA MEDICINA.

CB 1157243

T. 128256

HISTORIA DE LA MEDICINA

HISTORIA DE LA MEDICINA

DESDE SU ORIGEN HASTA EL SIGLO XIX,

POR EL DOCTOR

P. V. RENOUEARD.

Las ciencias se forman por crecimientos sucesivos. Solo remontándose al conocimiento de lo acaecido en los siglos pasados es como se pueden determinar las leyes de su desenvolvimiento.

TRADUCIDA AL CASTELLANO, ADICIONADA Y ANOTADA

POR

D. Pablo Villanueva,

DOCTOR EN MEDICINA.



SALAMANCA:

Imp. de D. Sebastian Cerezo, Isla de la Rúa, núm. 4,
1871.

HISTORIA DE LA MEDICINA

DESDE SU ORIGEN HASTA EL SIGLO XIX.

POR EL DOCTOR

P. V. VILLANUEVA

Las limitaciones de esta obra por traducción
se refieren solo a los derechos de autor y no
a los de propiedad intelectual en los países
donde se han determinado las leyes de
derechos de autor.

AGATONA Y AGATONA

El derecho de traducir esta obra al español es
propiedad exclusiva de D. Pablo Villanueva, por au-
torización del autor.

D. Pablo Villanueva



SALAMANCA:

Imp. de D. Sebastian Garsos, Isla de la Real, núm. 1.

1871.



R. 95247

DOS PALABRAS PARA JUSTIFICAR LA TRADUCCION DE ESTE LIBRO.

En todos los organismos hay una fuerza viva, una potencia conservadora formatriz y mediatriz á la vez que los pone en accion. Sin esta fuerza y sin sólidos ni líquidos que la acompañen no puede admitirse su existencia.

Obras de Hipócrates.

Lucha entre todos los intereses, entre todos los conocimientos, entre todas las ideas que sin cesar se renuevan: he aquí el carácter de los tiempos que atravesamos, carácter producido por la *duda*, criterio universal hoy de todos los sábios que no aciertan, por esta circunstancia, con una idea que armonice las creencias que se disputan la supremacía en el estado social que alcanzamos. La ciencia médica no está libre de estas tendencias avasalladoras; la escuela orgánica trata de abrirse paso por todas partes y ocupar el lugar que antes era propio de su antagonista débil y quebrantada por el lamentable olvido con que ha tratado á los elementos con que la primera ha contado. Ninguna, empero, ha adoptado el principio que Hipócrates consignó en sus libros, y ninguna ha podido crear nada fundamental, nada permanente, nada que reúna condiciones de perpetuidad por ser incompleta la base en que descansan, y solo se han ocupado en ver de aniquilar á su contraria que á su vez espera la muerte por su falta de fundamento.

Epoca es esta en que la ciencia se vé obligada á

VI.

buscar un principio comun bajo el cual puedan manifestarse y desarrollarse todas las legitimas aspiraciones, todos los fines de sus cultivadores, acabando así con las vacilaciones que los dominan. Este principio existe y inspira á todo médico desapasionado veneracion y respeto, tanto mayor, cuanto mas se empeña en parangonarlo con los desvarios que despues han aparecido en el campo de la ciencia como la última palabra pronunciada por ella.

Los innovadores posteriores á Hipócrates, mas atentos al triunfo de su propia idea que á la establecida por este, no han reparado en menospreciar la obra del venerable anciano para dar paso á sus elucubraciones, basadas siempre en la adopcion parcial de los fundamentos que han servido de base á la constitucion del edificio médico. Han desacreditado su principio sin haberse tomado el trabajo de desentrañar, mediante un estudio reflexivo, su verdadero valor, aquilatado en los XXIII siglos que lleva de existencia, durante los que ha sufrido las embestidas de todos los sistemáticos habidos en este largo trascurso de tiempo. Todas las teorías que se han sucedido despues, han cedido el puesto unas á otras ó se han anulado así propias, quedando únicamente aquella mas dispuesta que nunca á llevar el cetro de la ciencia á donde quiera que el espíritu práctico pretenda conducirle. Cada jefe de secta ha descartado del dogma hipocratico alguno de sus elementos constituyentes y sometido á este criterio lo que las pasadas edades habian mirado con el mas profundo respeto, echando así los cimientos de una nueva doctrina. Espíritus fuertes que desdeñan el conocimiento fisiológico del hombre, se atreven á llamar autómatas á cuantos no se someten á sus decisiones, sin tener en cuenta que alcanzan á ser ellos mismos víctimas de su preocupacion.

Todos cuantos se interesan por los progresos de la

VII.

ciencia, saben ya que no basta talento y habilidad para hacerla que adelante, sino que es preciso que los elementos de que dispongan estén basados en la contemplacion del organismo, contemplacion digna de respeto y merecedora de alcanzar su cumplimiento por el camino trazado por la misma naturaleza. Cuando por error, por cálculo ó conveniencia prescindien de alguna de las condiciones anejas á él, se hacen dignos del desprecio de los Médicos sensatos, y mas tarde del castigo de la historia. La ciencia no progresa con someterla de grado ó por fuerza á un criterio que entraña parcialidad, con sentar principios que están en lucha con lo que la observacion y la esperiencia dictan, con estudiar por separado elementos que sin cesar producen fenómenos dependientes del conjunto. Esto solo se obtiene con el estudio solidario de todo cuanto concurre al fin de la vida, de las leyes que de ella emanan en armonía siempre con sus necesidades. El que haga lo primero, no edificará, no enseñará; para esto basta y sobra algo de talento, bastante audacia y poco apego á la verdad; el que lo segundo, deberá inspirarse en los resultados de la contemplacion fria de la naturaleza en general y del organismo humano en particular, sentando así, como Hipócrates lo hizo, los verdaderos principios, de los cuales se desprenden legítimas consecuencias. La fórmula hipocrática es la que hasta ahora ha salvado á la ciencia de las aberraciones de los sistemáticos, la única capaz de descartarla de tanta exigencia descabellada.

Si con arreglo á esta fórmula, cuya verdad no puede menos de conocerse á primera vista, juzgamos á los innovadores, seguro es que formaremos un juicio desfavorable de sus elucubraciones, no alcanzaremos la razon de su existencia ni podremos hacernos cargo de los males que han ocasionado si el instinto no rechazára desde su principio la apreciacion errónea que del

VIII.

organismo concibieron. Los Dogmáticos, los Empíricos, los Metódicos, los Elécticos, los Alquimistas, los Místicos y cuantos han dejado rastro alguno de su existencia, han prescindido de lo mas importante, de lo mas fundamental, *del conjunto orgánico*, falseando al paso su doctrina los que les han sucedido hasta un extremo tal, que no es de estrañar que la lleguen á desconocer hasta los mas inteligentes.

Sistemas que no cuentan con elementos que abracen todas las manifestaciones de la vida, no merecen tal nombre, no son dignos de la consideracion de los sábios, de ocupar un lugar en la historia. Las dificultades y tropiezos que los rodean, los escollos que pretenden vencer, retraen á la mayoría de los Médicos á tenerlos en cuenta en su aplicacion práctica, esperando salvarse con el auxilio del principio del anciano griego. Nada de estraño será que siguiendo la fatal pendiente porque ha siglos marchan, lleguen mas pronto al término natural de su camino que no puede ser otro que el completo olvido y nada tampoco, en fin, que los que no esten divorciados con su razon y con la ciencia exijan que abandonen su puesto y dejen paso al que hasta ahora ha llenado mejor la mision que á sí propio se encomendó desde la Olimpiada octogésima tercera.

La historia de la Medicina es un estudio indispensable para aquilatar el valor de tanto sistema, pues sin el conocimiento de su desarrollo en el tiempo y apreciacion exácta de sus fundamentos filosóficos no se pueden justipreciar sus luchas, sus evoluciones, su valor con aplicacion directa al tratamiento de las enfermedades. Bueno es tener delante el cuadro exacto del saber médico desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, pero no me parece indispensable estudiar detalladamente sus mas prolijas parcialidades, considero suficiente el conocimiento de los sistemas

IX.

y el relieve de las épocas históricas mas notables, y esto puede conseguirse dejando á un lado las minuciosidades de narracion, fijándose solo en los puntos mas culminantes que de suyo se manifiestan en la Obra que tengo el gusto de dar á conocer en nuestra lengua á mis compañeros y á los alumnos de las Escuelas.

P. V.

Salamanca Marzo de 1871.

INTRODUCCION.

«Para estudiar y practicar convenientemente la Medicina es menester conocer su importancia, y para conocer su importancia verdadera es menester creer en ella» (1) Estas palabras de un Médico filósofo, cuya vida y escritos respiran una sincera filantropía, encierran un sentido profundo, que constituye, à mi parecer, la base moral de toda la práctica de la ciencia. En efecto, es evidente que el práctico que no tenga fé en la eficacia de su arte, no sabrà llevar à su estudio y ejercicio el celo, la atencion, el desinterés y la perseverancia necesarias. Pero no basta que el Médico esté convencido de la utilidad de los remedios que ordena, todavia se precisa para el buen éxito del tratamiento que el enfermo tenga confianza en él. A todos, pues, nos importa tener una opinion razonada sobre el grado de certidumbre que puede alcanzar la Medicina, y en ninguna parte mejor podemos hallar los fundamentos de semejante opinion que en la historia misma de esta ciencia.

Otra cuestion, que sin ser tan importante, no carece, sin embargo, de interés, es el origen del arte de curar. Este origen, ¿es debido à una necesidad natural del hombre, ó bien, como han pretendido ciertos filósofos antiguos y modernos, es solo un producto y un indicio de la degeneracion de la especie humana? Solo à la historia corresponde resolver esta cuestion de una manera perentoria.

Porque si de las tradiciones mas irrecusables resulta que no existe y no ha existido jamás un pueblo, sea salvaje ó civilizado, que no haya tenido una especie de Medicina cualquiera, estaremos autorizados para concluir que este arte está destinado à satisfacer una necesidad natural, imperiosa, irresistible; no una necesidad ficticia producto de hábitos afeminados ó de algun otro vicio de la civilizacion.

La Medicina cuya historia voy à ensayar de trazar se definia en su origen, *el arte de curar*. Consistia entonces en la descripcion sucinta de las enfermedades que habían observado, y la indicacion de los re-

(1) Cabanis, Del grado de certidumbre en Medicina. Prefacio, pág. 1.

medios empleados para combatirlos; partes ambas que corresponden hoy á la nosología y á la terapéutica. Consideraron, pues, al hombre, solo en el estado de enfermedad, pero los que sucesivamente se dedicaron al ejercicio del arte, ensancharon poco á poco el campo de sus observaciones, hicieron mas completas y numerosas las descripciones nosológicas y mas precisas las indicaciones terapéuticas, y no contentos con esto, le estudiaron en el estado de salud para conocer mejor sus enfermedades. Desde entonces la anatomía ó el conocimiento de las partes del cuerpo humano y la fisiología ó el conocimiento de las funciones orgánicas, llegaron á ser dos ramas importantes de la ciencia médica. La experiencia enseñó igualmente á los hombres que es siempre mas ventajoso, y con frecuencia mas fácil, prevenir el desarrollo de ciertas enfermedades, que detener sus progresos cuando una vez se presentan. Los Médicos fijaron su atencion en esto, trazaron reglas para la conservacion de la salud, formaron con ellas un cuerpo de doctrina que dió origen á una nueva rama del arte llamada *higiene*. Estos aumentos sucesivos exigieron un cambio en la definicion de la Medicina, y puesto que la primera no abarcaba de una manera completa todas las partes de esta ciencia, hubo necesidad de adoptar, casi por unanimidad, la siguiente: «*La Medicina es una ciencia que tiene por objeto la conservacion de la salud y la curacion de las enfermedades.*»

Así estuvo largo tiempo limitado el horizonte de la ciencia, sin que entonces desconocieran la inmensa estension que ofrecia á las investigaciones de los que la cultivan. Todavía esperan á estenderla. ¡Tanto es lo que se burla el génio del hombre de los limites que pretenden asignarle!

Dos importantes ramas se han separado recientemente de su tronco magestuoso. La primera llamada *Ortopedia*, enseña á corregir ciertas deformidades exteriores, ya congénitas, ya accidentales; los resultados que obtiene y la estension que ha adquirido, la asignan ya un lugar aparte entre las otras ramas del arte. La segunda se llama *Frenología*, palabra griega que significa *discurso sobre la inteligencia ó sobre las facultades del alma*, mas en esta se toma á la inteligencia como un órgano que sirve especialmente á su manifestacion. Es pues, del órgano de la inteligencia, es decir, del encéfalo del que trata la Frenología.

Los que se han dedicado al cultivo de esta parte de la ciencia, crén que el desarrollo de estas facultades depende del volúmen y la forma de ciertas partes del cerebro, y pretenden determinar por el

exámen exterior de la bóveda craneana este volúmen y esta forma y por consecuencia el grado de desarrollo de estas facultades. Aun cuando jamás puedan realizar sus promesas, es lo cierto que podrán llegar á ser un gran recurso para la educacion física y moral del hombre. Valgan lo que quieran las pretensiones de los frenólogos, nos parece, en vista de lo espuesto, bastante restringida la definicion que hemos dado de la ciencia y que podría reemplazarse con ventaja por esta tercera:

«La Medicina es una ciencia que tiene por objeto la conservacion de la salud, la curacion de las enfermedades y el mejoramiento físico y moral del hombre.»

Por la simple enumeracion del objeto que la ciencia médica se propone, se vé, cuanto llama la atencion, no solo de los que á ella se dedican de una manera especial, sino tambien del filósofo, del hombre de Estado y de cualquiera que sepa apreciar las ventajas de una buena salud, así como la influencia de lo físico sobre la moral del hombre.

Para el historiador, la medicina se presenta bajo tres fases principales, á saber: como profesion, como arte y como ciencia. Como profesion la han ejercido en su principio los gefes de familia, de tribu, de nacion, los generales y legisladores; mas tarde los sacerdotes, en fin, constituye hoy un aspecto de la ciencia dividido en muchas secciones.

Como este, es decir, como complemento de las reglas establecidas en diferentes épocas para la curacion de las enfermedades y la conservacion de la salud, me parece que la Medicina ha seguido siempre una marcha progresiva desde su origen hasta la muerte de Galeno, despues permaneció estacionaria y aun retrógrada, al menos en Europa, hasta la conclusion del siglo XIV de nuestra era. Desde esta época volvió á progresar con rapidéz, adquiriendo notables adelantos por las generaciones que se sucedieron. Basta leer con atencion su historia, para que no haya quien niegue ni ponga en duda su progreso. Si es verdad, como no puede negarse, que la terapéutica, sea en realidad la parte activa de la ciencia, si en definitiva, resume todos los conocimientos que esta atesora, no es de estrañar que los antiguos se hayan quedado muy atrás de los modernos. Para convencerse de esto, basta dirigir la vista sobre una clase cualquiera de afecciones, comparar los tratamientos empleados entonces con los de ahora y decidme si la terapéutica de los antiguos en las enfermedades agudas, tales como las calenturas intermitentes, las apoplejias, la mayor parte de las lesiones anatómicas etc., puede ser puesta en parangon con la de los modernos. Lo mismo

acontece con las crónicas, tales como las escrófulas, la tisis, las tiñas etc., etc. Visto esto, hay mucha ingratitud ó ignorancia en pretender que la Medicina ha permanecido estacionaria en medio del progreso universal. El hombre se olvida pronto del bien que se le hace, se dirá que no tiene memoria sinó para el mal; la tempestad que destruye en un instante la esperanza del labrador, deja en su alma señales indelebiles, mientras que pasa desapercibida la benéfica lluvia que fecundiza sus tierras. Así es que el descubrimiento del Sulfato de quinina ha hecho menos ruido en el mundo que la invencion de los cohetes á la Congreve; así es que el nombre de Jenner es menos conocido que el de Atila.

Como ciencia, es decir, como teoría, la Medicina ofrece la imagen de una República dividida en muchas fracciones que dominan alternativamente sin reinar jamás por completo. La teoría es una arena de discusiones interminables, una verdadera Torre de Babel; es, para los Médicos, la manzana de la discordia. Nadie puede lisongearse de mantener el peso igual entre tantas y tan diversas opiniones, de distribuir con acierto la alabanza ó el vituperio, de marcar con precision los límites donde principia para cada una de ellas la verdad ó el error. Yo he intentado esta empresa, aunque difícil, no en vista de la instruccion de otro, sinó de la mia, no con el propósito de publicar el fruto de mis investigaciones, porque ignoro adonde me llevarian; sino aguijoneado por el deseo de saber, *si; hay en Medicina alguna cosa útil y cierta, algun principio cuya evidencia se parezca á un axioma de Matemáticas; alguna regla práctica cuya utilidad sea incontestable.* Me parece que un Médico animado del sentimiento de sus deberes no puede permanecer indiferente á estas cuestiones y que debe examinarlas atentamente, al menos, una vez en su vida. Me he preguntado que, si alguna cosa de estas existe, nos las dará á conocer la historia y por ello he comenzado con ardor y perseverancia su estudio. Al decidirme á publicar hoy lo que he aprendido, fruto de mis elucubraciones, no tengo otro objeto que ahorrar á mis compañeros la mayor parte del trabajo que me ha costado y acortarlos el camino que he recorrido.

Kurt Sprengel que es el único historiador que ha ensayado poner en claro el caos de teorías médicas desde el principio de la ciencia hasta una época cercana á la nuestra, ha sacado esta conclusion «que el escepticismo en Medicina es *el desideratum* de la ciencia y que el partido mas prudente consiste en ver con indiferencia todas las opiniones

sin adoptar ninguna:» (1) máxima que yo tengo por errónea, descon-soladora y aun por inegecutable en la práctica.

No; diga lo que quiera el erudito historiador de la Medicina, la duda no es la última palabra de la ciencia, es su principio, su punto de partida. Constituye una disposicion favorable para llegar al saber, á la certidumbre, ó al menos á la conviccion. Así lo enseñaba Aristóteles, así lo proclamaba Descartes y así lo confirma el sentido íntimo de cada uno de nosotros. Cuando uno se dirige en busca de la verdad, lo hace con el interés y la esperanza de alcanzarla, y si llega á persuadirse que son vanos este interés y esta esperanza, como pretende Sprengel, debe vivir en la ignorancia y la inercia mas bien que fatigarse inutilmente en perseguir una quimera. Sin embargo, puede suceder que nuestras investigaciones nos conduzcan á un resultado negativo que nos dejen en la ignorancia ó la duda que hemos deseado salir, pero esto no será mas que un resultado particular y fortuito, no el término general y necesario adonde deban dirigirse indeclinablemente las investigaciones de todos los hombres. De ordinario llegamos á esta conclusion negativa mediante un método vicioso de razonar, de la misma manera que un camino distinto conduce al viagero lejos del verdadero término de su viage.

Pero, si en rigor, es permitida la duda con relacion á las verdades especulativas, no acontece lo mismo con las proposiciones destinadas á regular nuestra conducta. Estamos obligados, con relacion á estas últimas, á tomar un partido, es decir, á decidirmos despues de una conviccion mas ó menos arraigada; por ejemplo, un Médico puede dudar en su gabinete si la dificultad de respirar que experimenta un asmático proviene de una lesion del corazon, de los grandes vasos ó de una coleccion de pituita ó de un vicio reumático fijo en los músculos ó en los nervios del pecho. Pero cuando este Médico esté en presencia del enfermo y despues de haberle examinado, formule alguna cosa, no le es permitido dudar. Ahora bien, aun en el caso de no formularla, toma un partido, llena una indicacion y toda indicacion supone un fundamento mas ó menos poderoso. Es, pues, imposible que el práctico sea escéptico en el momento que se vea obligado á tomar una decision de la cual dependa la vida de su semejante, y si nó sabe mantenerse en esta indiferencia escéptica de que hace alarde el historiador cita-

(1) Historia de la Medicina. Trad. por A. I. Jourdan París 1815 T. I. Introduccion pag. 10 y 11 vease tambien el prefacio del traductor pag. XXII y siguientes.

do, debe hacer los esfuerzos posibles para salir y llegar á formar una conviccion razonada.

Con esta disposicion de ánimo me he dedicado al exámen de las doctrinas médicas antiguas y modernas; las he estudiado y comparado con toda la atencion de que soy capaz, porque he deseado formarme una opinion concienzuda sobre el valor absoluto ó relativo, sobre la influencia favorable ó adversa de cada una de ellas. Ahora bien, no chochará que en el curso de esta historia emita con frecuencia y de una manera explicita mi opinion sobre las teorías que esponga. Mas, á fin de que el lector esté en el caso de apreciar por sí mismo estas teorías y el juicio que forme, me he esforzado á presentarlas con la mayor exactitud posible, empleando al efecto, el texto mismo de los autores que han escrito en nuestro idioma y el de los mejores estrangeros traducéndolo yo mismo cuando han faltado interpretaciones de otros. Estoy persuadido que un hombre que hace un estudio particular y profundo de una obra, que la traduce por completo, debe penetrarse del espíritu del autor mucho mejor que el que solo traduce algunas páginas. Así espero evitar el cargo que pudiera hacerseme de haber desfigurado las opiniones de otro sin conocerlas ó adrede, por lo que procuraré conservarlas, en cuanto de mi dependa, su color y formas primitivas.

Los Médicos célebres no solo influyen con sus escritos en la marcha de la ciencia y la consideracion del arte, sino tambien con su enseñanza, con su carácter y con su conducta: su vida ofrece á menudo modelos que imitar y algunas veces faltas ó escollos que vencer. La primera educacion de un hombre, las circunstancias que le rodean nos esplican el cambio de genio, nos dan la clave de sus adelantos ó de sus reveses. Por todas estas razones no he olvidado por completo los detalles biográficos relativos á los Médicos mas famosos, sobre todo cuando tienen alguna conexion con la historia general del arte ó encierran alguna moralidad.

Las ciencias no pueden separarse las unas de las otras, se dan, por decirlo así, la mano, y es raro que no sean simultáneos sus progresos. Sin embargo, se presenta una escepcion á esta regla en la marcha del espíritu humano en Europa. En la edad media se cultivaron con esmero la dialéctica y la teología, mientras que las demás ramas de los conocimientos humanos vejetaban en un profundo abatimiento y fué preciso llegar á fines del siglo XIV, para que despertaran de tan largo sueño. Por una parte, se regulariza la organizacion política y civil de las naciones, se aumenta su bienestar: por otra se desenvuelven las facultades

des intelectuales y morales de los individuos, la inteligencia toma nuevos y atrevidos bríos y una dirección mas acertada.

Me parece que cualquier historiador de la Medicina faltaría á una de sus mas sagradas obligaciones, si no echase de cuando en cuando una ojeada sobre el estado general de la sociedad. Por eso lo hago yo al principio de cada una de mis divisiones cronológicas, y espongo á grandes rasgos el aspecto que ofrecia entonces la civilización.

Otro hecho en extremo notable y de un interés capital en la historia de las teorías médicas, es, que proceden mas ó menos inmediatamente de algun sistema filosófico, circunstancia que obliga al conocimiento del origen de donde emanan, si es que no se quiere tener una idea incompleta de ellas. Verdad es que no conviene tampoco dar demasiada importancia á estas analogías, ni pretender juzgar por el valor de ellas del de las teorías que engendran, porque es preciso tener presente que un sistema filosófico puede ser falso en su generalidad y verdadero en la aplicación particular que se hace á la medicina; de la misma manera que de uno irreprochable se puede deducir mediante un falso razonamiento una teoría médica errónea. Una vez que haya indicado las ideas filosóficas con las que parezca estar ligada una doctrina médica, juzgaré esta en sí misma y con relación á su aplicación práctica.

Los principales sistemas de la antigüedad relativos á la cosmogonia ó á la física general, pueden dividirse en tres secciones.

1.º Los unos á la cabeza de los que se coloca el *Pitagorismo*, representan el universo como poblado de principios activos é inteligentes que animan, adornan, gobiernan cada sustancia material con un objeto determinado y con un fin preconcebido. El animal, la planta, el mismo mineral tienen cada uno su espíritu vivificador, y por cima de estos principios secundarios se asienta uno Supremo que vela por el conjunto, armoniza las individualidades y las hace concurrir á un objeto comun.

2.º Otra clase de filósofos, cuyos jefes parecen ser Leucipo y Demócrito, dicen que la formación del universo es debido á la casualidad, á la cual atribuyen todos los fenómenos naturales sin necesidad de que intervenga ningun principio supremo. Para ellos el mundo todo, y cada ser en particular, existen por una consecuencia necesaria de las leyes eternas de la materia; niegan que las diversas sustancias, los animales, las plantas hayan sido creadas con un fin preconcebido, se burlan de lo que en el lenguaje filosófico se conoce con el nombre de *causas finales*.

3.º En fin, Parmenides y Pirron, fundadores de una tercera secta, creyendo encontrar en los movimientos naturales de los cuerpos, en sus generaciones, en sus infinitas metamorfosis, poderosos motivos para admitir ó rechazar la existencia de principios inmediatos inmateriales é inteligentes; concluyen de esta ambigüedad que la sabiduría consiste en *la Duda*. De nada sirve, dicen los sectarios de esta doctrina, atormentar el espíritu para comprender lo que no está al alcance de nuestra inteligencia; la investigacion de los principios ó causas primeras solo ha producido hasta ahora disputas tan inútiles como interminables. «No tenemos, dicen, mas conocimientos reales que nuestras sensaciones, cuya exactitud objetiva nada nos garantiza por fuera.»

Tal es, en resumen, el lenguaje de esta secta que tomaba unas veces el nombre de *escéptica* para designar la duda perpétua de que hacía alarde, otras el de *zetética* para indicar que buscaba siempre la verdad sin lisonjearse de haberla encontrado. A estos tres sistemas filosóficos corresponden en la antigüedad otros tres de Medicina, cuyos caracteres principales voy á indicar.

El primero, atribuido á Hipócrates es el *Dogmatismo*; y cuyo pensamiento culminante es el siguiente: «Hay un principio único y múltiple en sus efectos, que preside á toda la economía y produce los contrarios, que anima el todo y las partes; (Hippocr. de l'Aliment § 7), pensamiento que está repetido muchas veces en el mismo libro y en otros del mismo autor. Constituye el fondo del hipocratismo moderno ó vitalismo, doctrina que ha espuesto Mr. Cayol con toda claridad en su introducción á la Clínica médica, y que Mr. Gibert ha sostenido con el vigor y la lógica que le distinguen (1).

Uno de los mas célebres nosólogos del último siglo, Pinel, ha dado una idea de la enfermedad conforme á esta doctrina cuando dice: «la enfermedad debe considerarse siempre como un cuadro que se mueve sin cesar, un conjunto incoherente de afecciones que se renuevan continuamente, y que es preciso combatirlas sin tregua por los remedios, cuadro indivisible desde su principio hasta su terminacion, con un aparato regular de síntomas característicos y una sucesion de períodos con tendencia favorable de la naturaleza, las mas veces, funesta algunas.» (2) Esta definicion que nos presenta la enfermedad como un conjunto re-

(1) Consideraciones sobre el hipocratismo y el anatomismo. Paris 1833, en octavo. Doy las mas cordiales gracias á Mr. Gibert por los ilustrados consejos que me ha dado en mas de una ocasion.

(2) Nosografía filosófica, primera edicion. Introduccion, pag. 7.

gular de acciones y movimientos suscitados por el principio vital con una intencion manifiesta, pone ya en claro la coneccion que existe entre la doctrina de Hipócrates y la filosofia pitagórica, coneccion que se hará cada vez mas patente segun vaya consignando los detalles en el curso de esta historia. Sería, pues, un engaño grosero sinó espusiera en lo sucesivo los pasages de la teoría del Médico de Cóos como resumen de su doctrina, aun cuando no lo haga más que de una de sus principales fases, de uno de sus dogmas que mas la caracterizan, el único que ha llegado hasta nuestros dias tal cual lo enunció el ilustre anciano, ya que en lo demás participaba de las ideas y preocupaciones de su tiempo en todo cuanto concierne á la fisica, haciéndola entrar en sus explicaciones fisio-patológicas.

El segundo que tiene por fundadores á Asclepiades y á Témison es el *Metodismo*. El primero de estos médicos habia estudiado con preferencia las enfermedades crónicas en las cuales se manifiesta poco la fuerza medicatriz de la naturaleza, viéndose por esto obligado á negar su existencia y á poner en tela de juicio el valor de los dogmas hipocráticos. Seducido, por otra parte, con la sencillez de la doctrina atomística de Demócrito que Epicuro habia desenvuelto y rejuvenecido, se apresuró á hacer aplicacion de ella á la Medicina. Admitia en el cuerpo humano una infinidad de poros al traves de los que pasan sin cesar átomos de diversa forma y magnitud, átomos escesivamente ténues destinados á moverse solos á impulso de las fuerzas inherentes á la materia. El hombre estará bueno, decia, mientras guarden exacta proporcion los átomos y los poros por donde pasan, y enfermo cuando se alteren estas condiciones, que, segun este Médico, solo pueden hacerlo de dos maneras, ó por ser muy estrechas ó por ser muy anchas las aberturas del organismo. A este se le considera como enteramente pasivo, puesto que no produce reacciones, actos espontáneos ó tendencias naturales, correspondiendo al Profesor dirigirle convenientemente mediante los modificadores que el arte pone á su disposicion.

Como se ve, los dos sistemas citados son diametralmente opuestos; el uno jamás pierde de vista la actividad natural del organismo en las enfermedades, el otro le considera como pasivo. Pero observando atentamente los fenómenos patológicos, se advierte que unas veces es activo, otras pasivo; tal sucede en el momento en que se hace una herida grave en un miembro, poco tiempo despues se inician sintomas que afectan á todo el organismo, como fiebre, delirio, convulsiones. Entonces es pasivo y activo á la vez; pasivo con relacion á la lesion lo-

cal, al dolor, á la commocion resultantes; activo con relacion al trastorno general de las funciones, efecto de la reaccion vital. Permítaseme mencionar aqui una imágen vulgar tomada de la antigüedad, para demostrar el doble papel de la economía en la generacion de los síntomas; es la figura de una serpiente que se muerde la cola; el reptil es en este caso el principio y el fin.

Los dogmáticos no estaban de acuerdo en considerar pasivo al organismo en el momento que recibe la impresion de un modificador nosológico, si consideraban á esta impresion como una simple causa ocasional; decían que la enfermedad no empieza en realidad sino cuando reacciona el principio vital; para ellos la reaccion es el fenómeno primitivo, esencial, la causa próxima ú oculta de la afeccion morbosa. Los Metodistas, al contrario, consideraban la reaccion vital como una cosa secundaria, una especie de movimiento oscilatorio, cuya causa próxima ó motor primitivo era la misma impulsión producida por el agente morbífico.

Una tercera secta que tiene por gefes á Filino de Cóos y á Serapion de Alejandria, dice que la causa próxima ó el fenómeno primitivo de las enfermedades es innaccesible á la observacion, y de esta idea deduce, que todo lo que se afirma con este motivo es arbitrario, hipotético, imposible de tenerse en cuenta cuando se quiere elegir un tratamiento racional. Solo aprecia los fenómenos ostensibles en la descripcion de las enfermedades, que son, á sus ojos, toda la enfermedad, ó al menos todo cuanto se puede conocer ó afirmar de ella. Para curarla, dice, que debe emplearse en cada caso clínico los remedios que han dado buenos resultados en casos análogos, sin tener en cuenta para nada la causa próxima esencial ú oculta cuya manera de obrar, segun ella, nada revela. No tenía, pues, otro criterio que *la esperiencia*, y por ello tomó el nombre de *Empírica* que significa experimentacion. A sus adeptos se les llamaba experimentadores y se les asimilaba á los filósofos escépticos que solo tenían como cierto y positivo á las sensaciones.

Otra série de Médicos no adopta ninguno de estos dos sistemas exclusivamente, pero toma de cada uno de ellos lo que la parece más conforme á la razon y á la esperiencia. A estos se les conoce con el nombre de *Ecléticos*, palabra griega que significa *eleccion*. Preciso es convenir que era un deseo muy laudable y acaso una pretension algo atrevida, pero al menos debían decir cuales eran las reglas para esta eleccion y que criterio les servia de guia para discernir, entre tantas doctrinas encontradas, la verdad del error, la realidad de la apariencia engañosa, del

bien y del mal, cosa que no hicieron ni han hecho hasta ahora. Se contentan con decir que siguen la voz de la razon y la esperiencia, sin dejarse dominar por preocupacion alguna, por ninguna idea sistemática. Como no tienen ó emiten axioma alguno que les sea propio, es necesario creerles bajo su palabra.

En realidad, el *Eclecticismo* no es, ni una teoría, ni un sistema, sino el autoeratismo individual erigido en dogma; cada eclético no tiene mas guía de su conducta que su gusto particular, su razon ó su fantasia; dos titulados ecléticos no se parecen mas que en el nombre. El eclético renye las discusiones de principios, le gustan poco las abstracciones, las cree inútiles, por no decir peligrosas, al ejercicio y progresos de la ciencia; en una palabra, en el momento que un hombre se declara eclético dá una pobre idea de la firmeza de sus principios filosóficos, pero puede ser, y con frecuencia lo es, un excelente práctico. Cuando dirige su atencion sobre los principios fundamentales de la ciencia, solo la fija en los detalles, en los particulares, y sabido es que la habilidad práctica se compone sobre todo de nociones especiales; puede decirse de él, con alguna apariencia de razon, que es un buen práctico, pero un mal teórico, no desprovisto de conocimientos científicos, porque esto es imposible, sino porque no constituyen un sistema, solo se atienen á uno ó dos principios generales. En él, el tacto médico, es decir, el instinto perfeccionado es casi innato. Tal fué el erudito Barckausen que al hacer la esposicion de las doctrinas médicas, encuentra en todas ellas algo que censurar ó algo que alabar sin dar marcada preferencia á ninguna. Es, pues, el eclético de nuestros dias un empírico con nombre disfrazado, pero un empírico en la acepcion mas honrosa de la palabra; es decir, un hombre que basa sus juicios en la admision pura y simple de los hechos estudiados y comparados con esmero, un hombre, en fin, cuyas ideas teóricas no van mas allá de los fenómenos sensibles, ideas que solo las falta para constituir un sistema, que estén unidas entre sí bajo el patronato de un principio filosófico. Siempre he dicho que no hay práctico alguno desprovisto de teoría, sea de la clase que quiera. El Profesor Bouillaud dice que esto es un axioma que no necesita demostracion. (1) Lo mismo afirma el Doctor Auber que se espresa de esta manera: «estamos convencidos de una cosa; de que no hay práctico que no tenga un poco de teoría y que esta

(1) Ensayo de filosofía médica y sobre las generalidades de la clinica médica. Paris, 1836, pág. 302.

no influya en su ánimo á la cabecera del enfermo, porque es una necesidad que la tenga mala ó buena, prudente ó necia, científica ó vulgar, antes de decidirse á obrar de una manera mas bien que de otra; y esto que es verosímil ha hecho decir con mucho fundamento que la práctica sufre casi siempre el yugo y las exigencias de las teorías por mezquinas que sean. (1)»

No faltará quien me censure porque doy demasiada importancia en este libro al exámen de las teorías, pero á los que esto hagan, les responderé, que las teorías han sido, lo son y lo serán siempre la brújula de la práctica.

Antiguamente la filosofía abrazaba la universalidad de los conocimientos humanos, Física, Historia natural, Medicina, Matemáticas, Moral, Metafísica, Teología etc.; la Filosofía no debía ser estraña á nadie. Hoy se han separado la física, la historia natural, la medicina y otras muchas ramas para constituir ciencias aparte, resultando de esta separacion que la Medicina de nuestros días ha tomado menos prestado de la filosofía, pero en cambio se ha dejado influir por otras ciencias, como la física y la química. Desde los últimos años del siglo XIV hasta el actual se cuentan en Medicina cinco clases de teorías principales, que son: el humorismo antiguo ó galenismo, el yatro-quimismo, el yatro-mecanismo, el animismo ó vitalismo que se confunde con el hipocratismo moderno y el órgano-dinamismo.

Para su estudio y el de otras menos importantes he creído oportuno seguir el orden cronológico que vá á continuacion. Divido en tres edades todo el tiempo pasado hasta nosotros. La primera empieza en la infancia de la sociedad tan lejos como pueden alcanzar las tradiciones mas remotas, y concluye en los últimos años del siglo II de nuestra era en la muerte de Galeno, bajo el reinado de Septimio Severo. Este espacio de tiempo le podremos denominar *edad de fundacion*. El arte de curar reducido en su principio el instinto de conservacion, se vá desenvolviendo con lentitud; y de su engrandecimiento resultan sus bases y sus principios. Muchas ramas de él, tales como la sintomatología y el pronóstico, llegan á un grado de perfeccion considerable. El segundo espacio de tiempo que principia desde la muerte de Galeno hasta el siglo XV ofrece pocos materiales para la historia de la ciencia, no se advierten en él luchas, discusiones entre los sectarios de las diferentes doctrinas que concluyen por confundirse entre sí, dando lugar á que

(1) Tratado de filosofía médica. Paris 1839, pág. 185.

el arte retrogradara poco á poco. A este espacio de tiempo le llamaremos *edad de transicion*, la cual podemos compararla á la vida de un insecto en estado de ninfa. Mientras que, al parecer, nada cambia en su exterior, dentro se opera una metamorfosis admirable desconocida por el observador; el ojo de este nada percibe hasta que no se ha realizado la maravilla.

El tercero y último espacio de tiempo que principia en el siglo XV, que concluye en nuestros dias y que ofrece un espectáculo de que no puede darnos una idea los mas hermosos tiempos de Roma y Grecia, es el que denominamos *edad de renovacion*. Parece que desde entonces se ha infundido una nueva idea en Europa; ciencias, bellas artes, comercio, industria, religion, instituciones sociales, todo se cambia ó va serlo bien pronto, aparecen por todas partes establecimientos sin ejemplo en los pueblos antiguos para estender los beneficios de la ciencia á las clases pobres; la ingeniosa actividad de los cristianos modernos todo lo explora, á todo alcanza.

Pero estas tres grandes divisiones cronológicas no son bastante para conservar en la memoria las fases principales de la historia de la Medicina, y por ello he subdividido cada edad en un pequeño número de secciones fáciles de retener, á las que doy el nombre de *periodos*. La primera se compone de cuatro, la segunda y la tercera de dos. Voy solo á indicar cada una de estas, sin detenerme á justificarlas, porque esta justificacion tendrá lugar en el curso de esta historia.

El primer período, que llamaremos *período primitivo de instinto*, se termina en la guerra de Troya como doce siglos antes de la era cristiana. El segundo, que llamaremos *Místico ó sagrado*, se estiende hasta la dispersion de la sociedad pitagórica como quinientos años antes de Jesucristo. El tercero, que llamaremos *filosófico*, hasta la fundacion de la biblioteca de Alejandría, 320 años antes de Jesucristo. El cuarto, que llamaremos *anatómico*, hasta el fin de la primera edad, es decir, hasta el año 200 de la era cristiana.

El quinto le llamaremos *período griego*, alcanza hasta la destruccion de la biblioteca de Alejandría, el año 640 de nuestra era. El sexto le llamaremos *arábigo* y termina en el siglo XIV.

El sétimo que corresponde á la tercera edad y abraza los siglos XV y XVI le llamaremos *erudito*. En fin, el octavo y último que estudia los siglos XVII y XVIII le nombraremos *reformador*.

En este reparto de tiempo falta la parte del siglo XIX que llega hasta nuestros dias, parte que no he comprendido por las consideracio-

nes que siguen: 1.ª Me he preguntado si es posible escribir la historia contemporánea con la misma independencia que la de los tiempos pasados? ¿Conviene citar, hablando de autores que viven, toda especie de detalles biográficos? ¿No es de temer que se exagere la importancia de las opiniones y descubrimientos contemporáneos? En fin, ¿puede saberse á fondo la fisonomía de una época en medio de la cual se vive; no es estar en la situación de un hombre que colocado al pié de un edificio quisiera apreciar el efecto del conjunto?

Todas estas consideraciones me han impedido tratar la historia de nuestro tiempo con la misma independencia que la antigua. Por eso he tomado por límite nuestro siglo. Mas adelante me propongo publicar bajo el título de *Renseignements devant servir á l'histoire de la médecine contemporaine* una noticia razonada de las teorías, descubrimientos y adelantos hechos en la primera mitad de este siglo, noticia que constituirá un suplemento á mi segundo volumen.

Cuadro sinóptico de las edades y periodos de la historia de la Medicina.

| | | | | | |
|---------------------|---------------------------------------|---|---|---|--|
| Edad de fundacion. | 1.º Período primitivo ó de instinto.. | } | Comienza en el principio del arte y concluye en la ruina de Troya, 1184 años antes de Jesucristo. | | |
| | | | 2.º Período sagrado ó místico..... | } | Concluye en la dispersion de la sociedad pitagórica 300 años antes que Jesucristo. |
| | | | | | 3.º Período filosófico..... |
| | | | 4.º Período anatómico..... | } | |
| Edad de transicion. | 5.º Período griego.. | } | Concluye en el incendio de la biblioteca de Alejandria año 640. | | |
| | 6.º Período arábigo | } | Concluye en el renacimiento de las ciencias en Europa, año 1400. | | |
| Edad de renovacion | 7.º Período erudito | } | Comprende los siglos XV y XVI. | | |
| | 8.º Período reformador..... | | | } | Comprende los siglos XVII y XVIII. |

*El catedrático Mata ha modificado el cuadro que antecede cuyos fundamentos y estensa esplicacion pueden verse en su *Exámen crítico de la homeopatía*, página 34 y siguientes, libro que no será bastante leído por cuantos se interesen por los progresos de nuestra ciencia.

MATA.

| | | | |
|-----------------------|---|--|--|
| Edad an- tigua. | } | Primer periodo... | Mitológico ó de misticismo gentílico, <i>(desde los primeros tiempos hasta Tales y Pitágoras.)</i> |
| | | Segundo..... | Filosófico ó de la medicina natural, <i>(desde el fin del anterior hasta Sócrates.)</i> |
| | | Tercero..... | Antropológico ó hipocrático, <i>lo llenan Sócrates en filosofía é Hipócrates en medicina.)</i> |
| | | Cuarto..... | Alejandrino ó hipocrático-aristotélico, <i>(desde Aristóteles y Platon hasta Galeno.)</i> |
| | | Quinto..... | De los compiladores del bajo imperio ó Hipocrático-Galénico, <i>(desde la muerte de Galeno hasta los Arabes.)</i> |
| Edad me- dia..... | { | Continuacion de la medicina Aristoté- lico-galénica. | { Medicina de los Arabes. de los pueblos cristianos <i>(desde Carlo-Magno hasta la toma de Constantinopla.)</i> |
| Edad mo- derna ... | } | Primer periodo... | De transicion ó fusion, <i>(erúdito de Renouard.)</i> |
| | | Segundo..... | Reformador, (siglos XVII y XVIII.) |
| | | Tercero..... | Anárquico, (siglo XIX.) |

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the English language. It discusses the various influences that have shaped the language over the centuries, from Old English to Modern English. The author also touches upon the geographical and cultural factors that have contributed to the development of the language.

The second part of the book is a detailed study of the Old English period, from the seventh to the eleventh century. It covers the language of the Anglo-Saxons and the influence of Old Norse and Old French.

The third part of the book is a study of the Middle English period, from the thirteenth to the fifteenth century. It discusses the influence of French and the development of the language in the south and north of England.

The fourth part of the book is a study of the Modern English period, from the sixteenth to the present day. It discusses the influence of Latin and the development of the language in the seventeenth and eighteenth centuries.

The fifth part of the book is a study of the English language in the nineteenth and twentieth centuries. It discusses the influence of American and Indian English and the development of the language in the twenty-first century.

The sixth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The seventh part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The eighth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The ninth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The tenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The eleventh part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The twelfth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The thirteenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The fourteenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The fifteenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The sixteenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The seventeenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The eighteenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The nineteenth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

The twentieth part of the book is a study of the English language in the twenty-first century. It discusses the influence of technology and the development of the language in the twenty-first century.

HISTORIA DE LA MEDICINA.

LIBRO PRIMERO.

EDAD DE FUNDACION.

Comprende desde el origen de las sociedades hasta la conclusion del siglo segundo de la era cristiana.

4.º PERIODO PRIMITIVO.

DURACION INDETERMINADA EN LOS DIVERSOS PUEBLOS.

Consideraciones generales.

Este periodo que corresponde á la infancia de las sociedades, está rodeado de una profunda oscuridad y mezclado de una multitud de fábulas. Abraza un espacio de tiempo indefinido durante el cual la Medicina no constituye una ciencia propiamente dicha, es decir, un conjunto de conocimientos ordenados, sinó mas bien una coleccion indigesta de nociones sugeridas por la esperiencia, mal descritas y con frecuencia desfiguradas por una série de tradiciones incompletas.

Se comprende que tal estado ha debido durar mas ó menos tiempo en las diferentes partes del globo en proporcion de los progresos mas ó menos rápidos que los habitantes de estas comarcas han ido haciendo en la carrera de la civilizacion: Qué digo?, este estado dura todavía entre ciertos pueblos del centro del Africa, en algunas regiones de América, y sobre todo, en la Oceania. Pero este período concluye para la Grecia que nos ha legado los mas bellos y mas preciados monumentos de la Medicina antigua, en la destruccion de la ciudad de Troya, 1200 años antes de nuestra era. Por eso estudiaremos primero la marcha del arte de curar en otras naciones que precedieron á los Helenos en el camino de la civilizacion y que le suministraron variados modelos que seguir y que imitar. Haremos una reseña general de la antigua Medi-

cina de los Egipcios, de los Judios, de los Indios, de los Chinos, de los Japoneses, de los Escitas, de los Celtas, de los Españoles, despues de la de los Griegos antes de la ruina de Troya, y por fin de la de algunos pueblos mas ó menos célebres del antiguo y nuevo mundo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Medicina de las naciones antiguas.

§. 1.º MEDICINA DE LOS EGIPCIOS.

Si concedemos un lugar preferente en esta historia á la Medicina Egipcia es con motivo; primero por su antigüedad probada con monumentos los mas auténticos, segundo por haber sido el manantial de donde tomaron los Griegos los primeros elementos de esta ciencia, y tercero porque la nacion egipcia puede considerarse como la instructora del género humano. En los libros sagrados de los Judios se leé: «José despues de muerto su padre, mandó embalsamar su cuerpo á los Médicos que le asistian:» mandato que cumplieron, durando la operacion cuarenta dias, porque tal era la costumbre de aquel tiempo. (1) Se vé, pues, que en la época de la muerte de este Patriarca, 1700 años antes de Jesueristo, habia en Egipto hombres que ejercian la profesion médica.

Este pasage de los libros de Moises es el mas antiguo y auténtico monumento del arte de curar que conocemos, porque todo cuanto corresponde á una época mas atrasada en la historia de Egipto y de otras naciones, está lleno de incertidumbre y oscuridad, al menos en lo que atañe á la Medicina. Sin embargo, está probado que mucho tiempo antes que emigraran de aquel país los hijos de Jacob, las ciencias y las artes habian llegado á un grado considerable de perfeccion, fruto de una larga esperiencia que supone muchos años, ó más bien muchos siglos de observacion y estudio. Los libros de los Hebreos nos proporcionan todavía preciosos datos para la historia de nuestro arte: se lee en ellos que cuando Abraham se vió obligado por el hambre á abandonar el país de Canaám, vino á Egipto donde encontró provisiones con que sostener á su familia y ganados. En este tiempo, 230 años antes de la

(1) Genesis, Capitulo I, Traducción de Lemaistre de Sacy.

muerte de Jacob, el Egipto estaba muy civilizado; la agricultura, la geometría, la arquitectura, la metalurjía, habian progresado mucho; existía Tebas, la ciudad de las cien puertas, así como algunos de esos edificios gigantescos destinados á trasmitir á la posteridad el recuerdo del poder y sabiduría de los Faraones. (1)

La nacion egipcia tuvo que sufrir muchas trasformaciones antes que su inteligencia y su industria hubieran adquirido semejante crecimiento; muchos siglos debieron pasar antes que los hombres poseyeran los medios de perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos y de las invenciones provechosas; la palabra y la escritura, estos dos instrumentos indispensables de la trasmision de las ideas se han creado sin saber como y han adquirido la claridad precisa para reproducir con exactitud la imágen del pensamiento. La ciencia de Champolion enmudece, los libros santos resuelven la dificultad diciendo que «Dios enseñó á los hombres los nombres de las cosas animadas é inanimadas.» Así, pues, las generaciones que dotaron al género humano de los mas útiles descubrimientos han desaparecido sin dejar ninguna otra señal de su existencia, y los que, en su virtud, se ocuparon en recojer los fastos de la humanidad, en lugar de trasmitir puros é intactos los pocos documentos que recogieron, los llenaron de ficciones y alegorías que dificultaron mucho mas el conocimiento de las verdades que contenian. Sin embargo, preciso es decir en obsequio de estos cronistas, que tuvieron grande empeño en inculcar á los hombres principios de sociabilidad, de moral y religion, objeto que llenaron mas cumplidamente con sus maravillosos ó alegóricos relatos que con haber dicho la verdad desnuda. Sin duda á esta circunstancia es debida que colocáran en el cielo el origen de las ciencias y de las artes y que atribuyeran á los dioses ó á los hombres divinizados por ellos los grandes descubrimientos. Pasaré por alto esta Mitología médica, que no pudiendo interesar hoy á nadie ni proporcionar dato alguno nuevo sobre el estado de la ciencia en los primitivos tiempos, solo constituye un lujo de erudicion estéril é impropio de un libro elemental, pero á pesar de esto, diré lo que es preciso saber para no pasar por ignorante á los ojos de los hombres que tienen alguna tintura de la historia de nuestro arte.

Thóth ó Theyt que los Griegos llaman Hermes, y los Latinos Mercurio, pasaba entre los Egipcios por el inventor de todas las ciencias

(1) Véanse las cartas de Champolion j6ven, relativas al museo egipcio de Turin, página 23 y siguientes.

y de todas las artes, se le consideraba como el autor de una coleccion enciclopédica en la cual, se dice, estaban comprendidos todos los conocimientos de los antiguos sacerdotes de este país, coleccion que se ha perdido sin saber como ni cuando. Ningun escritor que la menciona, asegura haberla visto, únicamente hablan de ella por tradicion, variando tambien el número de libros de que se componía; unos le hacen subir á veinte mil, otros á treinta y seis, otros al contrario, se contentan con cuarenta y dos volúmenes. Parece difícil, por no decir imposible, conciliar opiniones tan divergentes, sin embargo, lo han ensayado algunos, entre ellos Galeno, Hornius y Bochart. Tampoco están de acuerdo sobre la personalidad de Hermes, ni sobre el tiempo en que vivió; solo por congetura se dice que este personage es el mismo que Baco, Zoroastro, Osiris, Isis, Serapis, Orus ó Apolo, Cam hijo de Noé. Tambien hay quien opina que Hermes era un Dios al que dedicaban todas sus producciones los sacerdotes egipcios, poniendo su nombre á la cabeza de ellas. Benjamin Constant emite una opinion muy verosimil, si no verdadera; dice «que en las grandes corporaciones religiosas su propio instinto las aconsejaba de no permitir jamás dar á conocer ninguna individualidad, y lo que nosotros hemos tomado por nombres propios de escritores caldeos, fenicios etc., no es probablemente mas que la designacion de una clase. La palabra *Sanchoniaton* significaba entre los Egipcios un sábio, un filósofo, es decir, un sacerdote. Muchos indios han asegurado al caballero Jonnes que Boudda era un nombre genérico. En Egipto todas las obras sobre ciencias y religion llevaban el nombre de Thóth ó Hermes (1) »

Mr. Houdart que opina de este último modo, y que refuerza su opinion con pruebas, á la verdad, mas numerosas que decisivas, da detalles muy minuciosos sobre el contenido de la enciclopedia hermética. He aquí sus palabras: «A fin de que juzgué el lector de la gran copia de conocimientos de los sábios del antiguo Egipto, voy á citar el título de los cuarenta y un volúmenes de la enciclopedia hermética. Trataban: el primero, de los himnos á los Dioses, el segundo, de los deberes de los reyes, los cuatro siguientes del órden de las estrellas errantes, de la luz, de la salida y puesta del sol y de la luna; los otros diez daban la clave de los geroglíficos, la descripcion del Nilo, los ornamentos sagrados y lugares santos donde se enseñaba la astronomía, la cosmografía, la geografía y la topografía. Otros tantos se ocupaban de

(1) *De la religion*. Paris 1824, t. II, p. 190.

la eleccion de victimas, del culto divino, de las ceremonias religiosas, de las fiestas y regocijos públicos. Un número igual, tenido como sagrado, se ocupaba de las leyes, de los dioses y de la disciplina, de los sacerdotes, y en fin, los seis últimos de la Medicina.» Dejemos al lector el cuidado de sacar todas las consecuencias del contenido en tales volúmenes, solo le advertiremos que los seis que tratan de Medicina encierran un cuerpo de doctrina completo y acabado. «El primero habla de anatomía, el segundo de las enfermedades, el tercero de los instrumentos, el cuarto de los medicamentos, el quinto de las enfermedades de los ojos y el sexto de las de las mujeres. Semejante distribucion no nos parece muy metódica, pero vemos que principia describiendo el cuerpo humano, manifestando de este modo que es preciso empezar por conocer el sugeto objeto de su estudio, despues sus enfermedades en general, los medicamentos é instrumentos para curarlas, y por último las de las mujeres y las de los ojos que exigen por su frecuencia un estudio especial.» (1)

Este es un cuerpo de doctrina médica completo y acabado, cuya importancia nadie se atreverá á negar, lo que si podrá negarse es que un plan tan bien distribuido corresponda á una época tan remota como dice Mr. Houdart. No entraré ahora en una discusion tan delicada, contentaréme tan solo con hacer notar que la coleccion hipocrática posterior en un millar de años á la fecha que se supone á la enciclopedia egipcia, no presenta, ni con mucho, un cuerpo de doctrina tan completo ni tan metódico. Cuesta trabajo admitir que los sacerdotes dieran una grande importancia á la anatomía, cuando se sabe que la escuela de Coós iniciada en la doctrina egipcia y mucho mas adelantada que esta en todos los ramos de la ciencia médica, no poseía, á pesar de todo, mas que nociones muy vagas y poco estensas acerca de la conformacion del cuerpo humano, si se exceptúan los huesos.

Todo hace sospechar que el plan de educacion médica con que se vanagloriaban los sacerdotes de Egipto, era obra de algun escritor de la Escuela de Alejandría, porque casi al mismo tiempo de la creacion de esta Escuela principiaron á florecer los estudios anatómicos y la filosofia médica. A pesar de todo, es muy instructiva é interesante la descripcion que hace Mr. Houdart de la marcha progresiva de las ciencias en Egipto y en particular del método seguido por los sacerdotes

(1) Estudios históricos y criticos sobre la vida y doctrina de Hipócrates y sobre el estado de la Medicina, antes que el, por Mr. Houdart. Paris 1840. pág. 135.

en la práctica de la ciencia; por eso le cito á menudo, aunque haciendo mis reservas sobre la apreciación que hace este escritor de los resultados obtenidos por la escuela egipcia, á pesar de aconsejar por fin que no debe creerse que haya llegado la Medicina en aquel país repentinamente á este grado de perfección.

Strabon nos dice que allí había, como en los demás pueblos de la antigüedad, la costumbre de esponer los enfermos al público, estando obligados los transeuntes que antes habían padecido alguna enfermedad á decir con que remedios habían sanado. (1) Mas tarde se creyó, que este medio era muy á propósito para acelerar los progresos del arte, y á todos los que habían estado enfermos se les obligó á inscribir en los templos los síntomas de su padecimiento y los medios que emplearon para curarle. Los templos de Canope y Vulcano en Menfis llegaron á ser los depósitos principales de estos saludables registros que se conservaban con el mismo esmero que los archivos nacionales. Por mucho tiempo tuvo cada uno la libertad de irlos á consultar y elegir para su mal aquellos remedios que había sancionado la esperiencia.

Cuesta poco trabajo en creer que este método, á pesar de sus inconvenientes, era el mas á propósito para hacer adelantar la ciencia, porque todos sus datos eran producto de la observacion, datos de los cuales se propusieron sacar los principios fundamentales para el ejercicio del arte, y esto precisamente sucedió. Los encargados de dirigir las observaciones que eran los mismos sacerdotes, se apoderaron poco despues del ejercicio del arte, y con el gran número de datos que reunieron formaron su código médico llamado por Diodoro de Sicilia *el Libro sagrado* del cual no era permitido separarse, código que despues le atribuyeron á Hermes y que sin duda formó parte de la coleccion de que habla Clemente de Alejandria y de que se valieron los Pastóforos (2) para ejercer la Medicina. El mismo Diodoro dice, que eran responsables y castigados con la pena capital aquellos que se separaban de sus preceptos, mientras que eran protegidos los que se sujetaban estrictamente á sus prescripciones.

Sin duda alguna que ley tan atroz era mas propia para retardar los adelantos ulteriores de la ciencia que para favorecerlos, ley que se estableció despues de haber reconocido la solidez de los principios que le sirvieron de base. El mismo Diodoro, que nos la ha dado á conocer,

(1) Segun Herodoto y Strabon había la misma costumbre ente los Babilonios y los Lusitanos.

(2) Nombre de los sumos sacerdotes de la antigüedad.

dice, que el principal motivo de su severidad estaba basado en una práctica confirmada por una larga esperiencia y apoyado en la autoridad de los mas grandes maestros mucho mas preferible que la esperiencia de cada uno en particular.» (1)

Hasta aquí Mr. Houdart, vea este autor si es justa nuestra censura por las exageraciones que hace de los adelantos de la medicina egipcia en los pasados siglos. Añadiremos á lo dicho la siguiente pregunta: una vez que tratais de justificar la locura ó iniquidad de la ley egipcia, apoyado siempre en la autoridad de Diodoro de Sicilia, sobre la práctica del arte de curar ¿qué juicio formaríais de un soberano ó un congreso que intentára poner en vigor una ley semejante, á pretesto de que nuestro código médico *es el fruto de la esperiencia de los siglos, y que se ha reconocido suficientemente la solidez de los principios que le sirven de base?* Es casi seguro que no hallaríais bastantes anatemas para castigar una tiranía tan insensata, tan contraria á los adelantos de la ciencia y al interés bien entendido de los enfermos. Aun todavía mas: ¿cómo se comprende que os hayais formado una idea tan elevada de la Medicina egipcia, apoyada tan solo en algunas tradiciones vagas ó sospechosas y seais tan severo con la doctrina hipocrática, de la cual poseemos documentos irrecusables que han escitado siempre la admiracion de los mas grandes Maestros? Contestad.

Hemos dicho al principio de este capítulo que los sacerdotes egipcios tenían la costumbre de practicar embalsamamientos, costumbre que se remonta á una época muy lejana y que ha debido familiarizarlos con las investigaciones anatómicas. Pero Sprengel observa, y con razon, que eran muy groseros los procederes que empleaban para alcanzar con ellos algun nuevo conocimiento. Añade que, segun Herodoto, al pueblo le repugnaban las maniobras que empleaban en tales casos y que apedreaba al encargado de practicar la incision por la cual tuvieran que introducir los ingredientes destinados á desecar y conservar los cadáveres, viéndose obligado á huir momentos despues de haber practicado la operacion para no ser víctima del odio de los asistentes. Cuando Plinio asegura que los Reyes de Egipto habian decretado la abertura de los cadáveres con el objeto de indagar la causa de las en-

(1) Estudios históricos y criticos sobre la vida y doctrina de Hipócrates, pág. 135 y siguientes.

fermedades, alude sin duda alguna á los Tolomeos, bajo cuyo reinado llegó la anatomía á su mayor perfeccion. (1)

Segun estos dos autores, habia tres clases de embalsamamientos, á saber: los de primera clase reservados para los nobles y ricos, que costaba un talento; los de segunda para la clase media, que costaba veinte minas, y los de tercera para los pobres, que consistía en labar simplemente el cadáver y dejarle macerar durante setenta dias en una legía alcalina. En los de primera y segunda clase se hacian dos aberturas, una en la parte superior y central de las fosas nasales para vaciar el cráneo, otra en el lado izquierdo del addomen para separar los intestinos é introducir en él especias y aromas mas ó menos preciosos, despues se tapaba y se lavaba el cadáver, se le barnizaba con una capa de goma y por último se le envolvía con vendas de hilo ó algodón (2).

Desde la mas remota antigüedad el pueblo egipcio estaba dividido en seis categorías: el Rey y los principes constituian la primera; el clero la segunda; los soldados la tercera; los artesanos, jornaleros y pastores las tres restantes. La categoría sacerdotal, la mas poderosa y respetada, era la depositaria de las leyes, de la ciencia y de la religion; el Soberano antes de principiar á reinar está afiliado á ella é iniciado en sus misterios. Los sacerdotes guardaban con esmero su doctrina, tenian una escritura y un idioma propio llamado *Geroglífico* ó *Sagrado*, diferente del idioma comun, admitian y adoraban un principio invisible, eterno, supremo ordenador del universo, lo contrario que el vulgo que lo hacia á groseras imágenes, emblema de los atributos de la divinidad ó de las maravillas de la naturaleza. *A esta casta instruida correspondian los Médicos, formando parte de ella ó iniciándose en sus misterios. Cultivaban con ardor las ciencias, y desde muy antiguo tenian nociones bastante estensas de botánica. Adoraba el pueblo á Osiris, dios de la Agricultura y de la Medicina, Isis hermana y mujer de Osiris, Apolo hijo de Isis, Apis maestro de Esculapio, nombre que significa dulzura ó práctica de la caridad y beneficencia. A cada una de estas divinidades la atribuian una especialidad, á Apolo el conocimiento de los signos de las enfermedades, á Isis el de los remedios heróicos para los niños, etc. Tambien aconsejaban preceptos higiénicos para la conservacion de la salud, como los baños, las lociones, prohibian el uso

(1) C. Sprengel. Historia de la Medicina, Traducción de Mr. Jourdan, tomo I, pág. 60 y siguientes.—Véase tambien la Historia de la Anatomía por Th. Lauth, Strasbourg, 1815. Lib. I., en donde se ventila la cuestion de si los Egipcios poseian ó no conocimientos, resuelta negativamente.

(2) C. Sprengel *ibidem*—Herodoto lib. II, cap. 84-86.—Diodoro cap. 91.—Pariset, *Memo-ria* sobre las causas de la peste. París 1837, pág. 4 y siguientes.

de ciertas carnes; en una palabra, todo cuanto les habia enseñado la esperiencia que fuese perjudicial.*

§. II. MEDICINA DE LOS HEBREOS.

La historia sagrada nos enseña que Moises salvado de las aguas por una de las hijas de Faraon, fué llevado á la Corte de este Príncipe é instruido en todas las ciencias de los sacerdotes egipcios en las cuales sobresalió; por eso cuando se presentó ante el soberano á reclamar en nombre del Dios de Israel la libertad de sus hermanos reducidos á una servidumbre tan cruel como injusta, no se dejó deslumbrar por el prestigio de los mágicos que Faraon habia hecho venir de distintos puntos; confundió el orgullo de estos con prodigios mucho mas brillantes que los suyos, probando de esta manera la legitimidad de su mision, y en fin, venció la obstinacion de este Príncipe dando libertad á sus hermanos subyugados por él cerca de dos siglos. Sabido es que tuvo que vencer numerosos obstáculos para que volvieran al país de sus antepasados y como aprovechó los consejos de una larga y penosa esclavitud para darlos una constitucion política y preceptos morales inspirados por Dios.

Los escritos de este legislador constituyen un monumento precioso para la historia de nuestro arte, contienen reglas higiénicas de una alta sabiduría que pueden considerarse como separadas ó arrancadas de la ciencia egípcia. Este legislador profeta ha coleccionado en el Levítico un gran número de reglas que constituyen casi un tratado de higiene tan completo como los que hoy conocemos.

El capítulo once contiene una larga lista de los animales tenidos por impuros, esto es, mal sanos, entre los que se encuentra el conejo, el cerdo cuya carne es provechosa en nuestros climas europeos, pero que acaso no lo fuera entre los habitantes del Egipto y de la Judea, cuyas costumbres difieren tanto de las nuestras ó acaso tambien no fueran las mismas las especies que hoy conocemos, designadas por ellos. Tambien es posible que Moises, al prohibir estas carnes, obedeciera á distintas miras que hoy se tienen.

Los capítulos doce y quince están destinados á reglar las relaciones de los casados y cuando se leen, no puede uno menos de sorprenderse de la prevision y sabiduría con que las ha establecido y elevado á la categoría de un deber religioso. Juzgue el lector por el pequeño extracto que sigue:

- 4 El Señor habló à Moises y le dijo.
- 2 Habla á los hijos de Israel y diles: Si una muger que haya cohabitado pare varon, será impura por siete dias, segun el tiempo que esté separada à causa de la purgacion de costumbre.
- 3 El niño será circuncidado al octavo dia.
- 4 Todavía permanecerá separada treinta y tres dias para purificarse. No tocará cosa alguna sagrada ni entrará en el santuario hasta pasados los dias de su purificacion.
- 5 Si pare hembra, permanecerá dos semanas impura y dejará pasar despues del parto sesenta y seis dias.
- 6 Cumplido que sea el tiempo de su purificacion, ya de varon, ya de hembra, llevará á la entrada del templo como testimonio, un cordero de un año para ofrecerle en sacrificio y dará al sacerdote un pichon ó una tórtola en premio de su pecado.
- 8 Y el sacerdote pedirá por ella y será purificada (1).
- 19 La muger se separará del marido todo el tiempo que duren las reglas.
- 20 El que la toque quedará impuro hasta la tarde.
24. Si un hombre se aproxima á ella durante los menstruos quedará impuro por siete dias y será inmundo aquello en que durmiere.
- 25 La muger que fuere del período tiene flujos, permanecerá impura en tanto que está sufriendo este desarreglo.
- 28 Si este accidente se detiene y no vuelve á presentarse, dejará pasar siete dias para purificarse.
- 29 Y al octavo dia ofrecerá dos tórtolas ó pichones á la entrada de tabernáculo en testimonio de su purificacion (2).

Aparte de lo que tiene relacion con las ceremonias religiosas cuya utilidad no puede negarse, puede decirse que estas proposiciones están sacadas de un tratado moderno de higiene. Porque ¿puede haber una cosa mejor que la separacion momentánea de los esposos durante las reglas de la muger que puede considerarse como enferma? ¿Que cosa mejor pensada para prevenir el disgusto que puede originarse de la interrupcion del coito? Igual consejo ha dado el autor del Emilio mas de tres mil años despues.

La Biblia prescribe tambien frecuentes abluciones, costumbre necesaria en los paises cálidos y secos y entre los pueblos que no conocen

(1) Capitulo 12, traduccion de Lemaire de Sacy.

(2) Cap. XV.

el uso del lienzo. Pero lo que mas ha llamado la atención de los Médicos es el cuadro que ha trazado Moises de la lepra blanca y las ordenanzas que estableció para impedir su propagacion. He aquí los caracteres que asigna á esta enfermedad en el capítulo XIII del Levítico.

2 El hombre en cuya piel ó carne apareciese color diverso ó postilla ó alguna cosa como reluciente parecido á la llaga de la lepra, será llevado al sacerdote Araon ó á alguno de sus hijos.

3 Y si se le vé aparecer la lepra en la piel, los puntos inmediatos á ella mas hundidos que el resto de la cubierta general, cambiar el pelo de color, volviéndose blanco; llaga de lepra es y será separado de los demás. Pero si hubiese sobre la piel una blancura reluciente y no estubiere mas hundida que la carne restante y los pelos sin cambio de color, le encerrará el sacerdote por espacio de siete dias.

Los autores antiguos han confundido bajo el nombre de lepra una multitud de afecciones diversas, resultando de esta diversidad que sus descripciones no se parecen entre sí ni á las de Moises. La patología cutánea era un verdadero caos que ha durado hasta nuestros dias, de suerte que hoy no podemos juzgar del valor de los signos indicados en el Levítico. Algunos creen ser la lepra blanca de los dermatologos modernos, otros no. Lo que aumenta nuestra incertidumbre es la opinion universalmente admitida y muy probable, por otra parte, de que muchas enfermedades han desaparecido ó se han modificado hasta el punto de desconocerse por la influencia de condiciones higiénicas completamente diferentes, mientras que han podido surjir otras nuevas. Sin las consideraciones que anteceden fuera poco menos que imposible legar al rango de las preocupaciones, bien escusables por cierto en una época tan nueva para la ciencia, lo que Moises refiere de la lepra, que se pegaba á los vestidos, á las paredes de las habitaciones y que se manifestaba con caracteres indelebles. (1)

Despues del promulgador del Decálogo, Salomon es uno de los hombres cuya ciencia alaban mas los sagrados libros. Dicen que este monarca era mas sábio que todos los orientales y egipcios, que habia compuesto quinientas parábolas y tres mil cantares, que habló de todas las plantas desde el cedro del Libano hasta el humilde hisopo y que tambien escribió sobre los animales, los pájaros, los reptiles, los pescados. (2) El historiador Josefo añade que Dios habia dado á este

(1) Rois lib. III. Cap. IV. V. 30, 32, 33.

(2) Levítico. Cap. 13 y 14.

Príncipe un conocimiento perfecto de todos los productos naturales de los cuales se servía para hacer útiles remedios, algunos de los que los destinaba á espantar á los demonios. (1)

Moises, pues, dá solo á los sacerdotes las instrucciones precisas para la lepra y demás enfermedades, siendo los Levitas los verdaderos Médicos, á los que sucedieron despues los Profetas. Conservaron mucho tiempo este privilegio porque en el *Eclesiástico* solo se hace mención de los Médicos laicos entre los Judios cuyo autor vivia en el siglo III antes de Jesucristo. He aquí lo que dice.

«Honrad al Médico por la necesidad, porque es Dios quien lo ha creado.

Porque toda Medicina viene de Dios y ella recibirá los presentes de los Reyes.

La ciencia médica exaltará su cabeza y será respetada entre los poderosos.

Dios crió los medicamentos en la tierra y ningun hombre prudente los despreciará. (2)

§. III. MEDICINA DE LOS INDIOS ORIENTALES

Bajo el nombre de Indios comprendemos todos los pueblos que habitan la vasta estension de países limitados al Oriente por la China, á Occidente por la Persia, al Norte por el grande y pequeño Thibet y al Mediodia por el mar. Los moradores de estas lejanas comarcas divididos hoy en muchos reinos y principados, parecen haber tenido en la antigüedad un mismo origen, un mismo culto y unas mismas instituciones. La dulzura de su clima y la fertilidad de su suelo que produce en abundancia lo necesario para vivir, ha inclinado á los hombres á fijar su residencia en estas comarcas. Monumentos auténticos atestiguan que la India disfrutaba entonces de los beneficios de la civilizacion, cuando la Europa estaba sumida en la mas crasa ignorancia. No faltan escritores que dicen que la luz de la ciencia ha venido de las orillas del Ganges á las del Nilo, pero esto no pasa de ser una congetura desprovista de pruebas.

Los indios están divididos en muchas castas de las cuales la mas noble es la de los sacerdotes ó *Brammas* encargados exclusivamente del ejercicio del sacerdocio y la Medicina, solo ellos aprenden el Sans-

(1) Lib. 8 cap. 2.—*Veáse Historia de la Medicina* 1.^a parte, lib. 2, cap. 3.

(2) *Eclesiástico* cap. 38, ver. 1, 2, 3, 4.

crítico que es la lengua sabia del país y en la que están escritos todos sus libros. Los conocimientos médicos están reunidos en uno que llaman *Vagadasurtir* del cual vamos á citar algunos fragmentos sin que por eso respondamos de su autenticidad, porque á juzgar por su contenido, dan una pobre idea del saber y criterio de los doctores indios. Este *Organum* de la Medicina india se compone de ocho partes: la primera trata de las enfermedades de la infancia, la segunda de la mordedura de los animales venenosos, la tercera de las enfermedades del alma que creían producidas por el diablo, la cuarta de las enfermedades de los órganos sexuales, la quinta de la higiene y de la profilaxia, la sexta de cirugía, la sétima de la terapéutica de las enfermedades de la cabeza y de los ojos, la octava da reglas para retardar la vejez y el cuidado necesario para conservar el pelo y las cejas.

A simple vista se advierte que no ha precedido ningun pensamiento filosófico á la distribución de esta enciclopedia. Admiten tres orígenes principales en las enfermedades internas; los vientos ó flatuosidades *Wodum*, los vértigos *Bittum* y los humores impuros *T'chestum*. Creen que todas las enfermedades de la piel proceden de parásitos; dicen que hay en el organismo cien mil partes, de las que diez y siete mil son vasos, que cada uno de estos está compuesto de siete tubos que dan paso á diez especies de vientos que pugnan entre sí y engendrán una multitud de enfermedades.

Colocan el principio del pulso en un reservorio situado por bajo del ombligo, reservorio que tiene cuatro dedos de ancho por dos de largo y se divide en setenta y dos mil canales que van á distribuirse por todo el cuerpo. Cuando un Médico indio toma el pulso á un enfermo, examina con atención su cara, porque cree que á cada latido de la arteria corresponde un cambio en la fisonomía; los excrementos, las orinas, consulta los astros, el vuelo de los pájaros, los encuentros casuales que halla en su camino, en una palabra, se valen de mil cosas para formar su pronóstico, excepto acaso, de lo que mas importa, de los síntomas.

El siguiente hecho pinta graficamente la inocente credulidad ó la insigne charlatanería de los Médicos indios. Dejan caer del extremo de una paja una gota de aceite en el vaso que contiene la orina del enfermo; si va al fondo del vaso, pronostican un fin fatal, si por el contrario, sobrenada, anuncian un éxito favorable. Semejante práctica parece que debería dar lugar á una terapéutica ridícula en consonancia con las ideas que se formaban de la generacion y diagnóstico de las enfermedades; pero no es así, pues hicieron observaciones bastante exactas sobre

la elección de los medicamentos, sobre el tiempo mas oportuno de emplearlos, y sobre el modo de prepararlos y conservarlos.

Se dice que poseian un unguento con el cual hacian desaparecer las cicatrices de la viruela y que curaban muy bien las mordeduras de animales venenosos con un remedio desconocido á los Europeos. El régimen, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad era para ellos muy importante pues hacian tener á los enfermos y los que les asistían una limpieza escesiva, quizá pueril. Todavía se encuentran en estos países, como en el antiguo Egipto, muchas categorías de Médicos dedicados á curar una sola clase de enfermedades; estos creen que su ciencia ha venido del cielo, sin duda porque no la han hecho progresar nada despues de millares de años.

§. IV. MEDICINA DE LOS CHINOS Y DE LOS JAPONESES.

Los chinos ofrecen á nuestra observacion el espectáculo de un pueblo, único en los fastos del género humano, (1) que conserva despues de cuatro mil años sus costumbres, sus leyes, su religion, su literatura, su idioma, su nombre y su territorio. Este notable fenómeno es debido á un concurso extraordinario de circunstancias muy digno de meditarse por los filósofos y publicistas, pero de las que no nos haremos cargo aun cuando poseyéramos los documentos que nos faltan. Nos contentaremos solo con hacer ver que los soberanos de la China han cuidado evitar todo contacto ó cambio de ideas entre sus súbditos y los extranjeros.

Reglamentos de policia, costumbres, educacion, preocupaciones nacionales, todo tiende á aislar á los Chinos del resto del mundo. El idioma y la escritura de los mandarines ó sus cartas son tan difíciles de comprender que se precisa casi toda la vida para conocer su contenido, y solo á fuerza de paciencia y venciendo numerosos obstáculos y arrojando grandes peligros, es como han llegado algunos intrépidos misioneros á descorrer algo el velo en que están envueltas la ciencia y la historia de este país. Al celo apostólico de estos debemos lo poco que sabemos en estas materias. (2)

(1) Una nueva era empieza: las barreras que impedían la entrada en el celeste Imperio á los Estrangeros acaban de caer á impulsos del cañon británico: No está lejano el dia en que la sabia curiosidad de los Europeos pueda examinar atentamente los monumentos chinos. N. del A.

Mr. Armand, Medico que acompañó á la expedicion franco-inglesa á la China, en estos últimos años, ha publicado en la Gaceta Médica de Paris, unas cartas sobre la Medicina China, dignas de leerse. Años 1860, 61, 62, 63 y 64. N. del T.

(2) La descripción y la historia de la China por el padre du Halde; los fragmentos de la Medicina china traducidos en latin por el padre Miguel Boya y publicados por Gleyer han suministrado materiales para casi todo cuanto se ha escrito sobre este país.

La antigüedad de los Chinos como la de los demás pueblos orientales está llena de tradiciones mas ó menos ciertas, mas ó menos fabulosas, pero el Padre Halde dice que se conoce perfectamente su cronología desde el año 2,337 antes de Jesucristo; en ella se encuentran referidos con sencillez, pero con detalles bien circunstanciados y sin mezcla alguna de sobrenatural, los nombres de los Emperadores, el tiempo que reinaron y los principales acontecimientos de su reinado, sus revoluciones, sus interregnos. Esta cronología está apoyada además con observaciones de eclipses, cuya fecha coincide exactamente con los cálculos de los mas célebres astrónomos de Europa. En fin, Confucio, el primero de los filósofos chinos (1) autoridad muy respetable para estos afirma, lo mismo que el historiador citado.

Segun ellos Hòam-ti, tercer emperador de la primera dinastía, fué el inventor de la Medicina; reinó el año 2,687 antes de la era cristiana, muchos siglos antes del diluvio universal en una época en que su historia no presenta caracteres tan auténticos como los indicados mas arriba. Se le considera como el autor de una obra cuyo título es *Nuy'-Kim'* y sirve todavía de regla en la práctica médica. Este libro contiene una teoría del pulso estremadamente sutil que recuerda la *Sphinnica* de los sucesores de Erasistrato, porque es probable que los discípulos de este Médico establecidos en la Batriana despues de la invasion de Alejandro el Grande comunicarán á los doctores chinos sus ideas sobre el pulso. Las crónicas de los mandarines confirman esta congetura, porque se refieren á la época en que vinieron á vivir entre ellos sábios de Samarcanda. Es, pues muy verosímil que sea apócrifo el libro *Nuy'-Kim'* ó mas bien una coleccion de trozos correspondientes á diversos autores y tiempos. Cleyer ha hecho el resumen que sigue extractado de las piezas inéditas. (2)

Hay dos principios radicales ocultos; el calor y la humedad que dan movimiento y vida á todas las cosas. Los espíritus son el vehiculo del calor, la sangre de la humedad. La armonia ó desarmonia de estos dos principios, su exceso ó su defecto, en una palabra, sus combinaciones diversas, sus proporciones, producen esta variedad infinita de fenómenos que observamos en el mundo y tambien la buena ó mala constitucion, la salud y la enfermedad, la vida ó la muerte. Un calor excesivo produce el frio y reciprocamente, así como el otoño sucede al

(1) Obra citada T. I. pag. 261.

(2) Véase particularmente el fragmento núm. 2 titulado, *Tractatus de pulsibus*.

estio y la primavera al invierno. El calor sube á la region superior, se agita sin cesar, se estiende, se dilata, se enrarece y penetra los poros, al contrario de la humedad, que baja, se está quieta, se condensa y los cierra.

En el universo hay tres sustancias primordiales, el cielo, la tierra y el hombre, que colocado en medio de las dos participa de ambas naturalezas. En este hay tambien tres regiones principales, una superior que se estiende desde la cabeza hasta el epigastrio y contiene el corazon, pericardio, los pulmones y cuanto hay por cima del diafragma, otra media hasta el ombligo y contiene el estómago con sus dependencias, el bazo, el hígado con su vegiga y otra inferior que contiene los riñones, los intestinos, la vegiga y las estremidades inferiores. A cada una de estas regiones corresponden tres pulsos diferentes, uno superior, otro inferior y otro medio. El superior ó celeste colocado por cima de la articulacion de la muñeca, es lleno, elevado, ondulante, el calor domina allí; el del lado derecho marca el estado del pericardio y del corazon, el del izquierdo el de los pulmones y mediastino. El inferior ó terrestre situado mas abajo de la articulacion de la muñeca está dominado por la humedad radical. El de la mano derecha indica la buena ó mala disposicion del riñon y ureter correspondiente y de los intestinos delgados, el de la izquierda la del riñon y ureter del mismo lado y los intestinos gruesos. En fin, el pulso medio ó el del hombre propiamente dicho situado en medio de los dos, como en la mitad del carpo, resultado de la mezcla del calor y la humedad, es templado y mediano. El de la mano derecha marca el estado del estómago y bazo, el de la izquierda el del hígado y diafragma.

Estas tres clases de pulso se han comparado á un árbol, cuyas ramas y hojas figuran el superior, las raices el inferior y el tronco el medio. El exámen del pulso sirve á los médicos chinos para reconocer el sitio del mal, su gravedad y duracion, exámen que hacen por un método esclusivamente suyo; colocan ó hacen colocar el brazo del enfermo sobre una almohada, aplican despues los dedos índice, medio y anular sobre la cara anterior de la muñeca, de tal manera, que el dedo indicador esté mas próximo al antebrazo y el anular al extremo de la mano, levantan y bajan alternativamente cada dedo como cuando se toca el órgano, apretando ó aflojando á voluntad. Al mismo tiempo observan con gran cuidado el estado de la respiracion, porque estan persuadidos que hay una conexion íntima entre los movimientos respiratorios y los latidos arteriales, examinan durante un número limi-

tado de inspiraciones cada uno de los nueve pulsos, que, segun su doctrina, se encuentran en la muñeca y deducen al instante y sin vacilar el diagnóstico y pronóstico que dan á conocer á los asistentes; recetan ó dan por sí mismos los remedios, cobran los honorarios y se marchan para no volver, á menos que no los vuelvan á llamar.

Ademas de los dos principios activos que hemos citado, admiten los Médicos chinos cinco elementos, á saber: el agua, la madera, el fuego, la tierra y el hierro. El agua segun ellos produce las plantas, estas cuando se secan, se inflaman, y producen el fuego ó los espíritus igneos, y sus cenizas la tierra que á su vez engendra los metales; créen ver una multitud de extravagantes relaciones entre las visceras, los elementos, las estaciones, los astros, los colores, las variaciones del pulso y otro sinnúmero de objetos no menos estraños.

Citaremos un ejemplo:

El corazon es para ellos parecido al fuego, al planeta Marte, al verano, á la primavera; procede del hígado, engendra el bazo, y el estómago, está reñido con los riñones y tolera bien su proximidad con los pulmones; su pulso es ondulante, lleno y grande, pero si se le comprime se debilita y desaparece, tiene por antagonista al pulso profundo; en la primavera parece una cuerda tirante, en el verano flojo y blando, en el otoño fluctua y en el invierno está algo profundo y concentrado; tiene grande influencia sobre la sangre, la frente, la lengua y las palmas de las manos, simpatiza con los olores, con el color encarnado parecido á la cresta de gallo, con los sonidos alegres, risueños, con los vapores del asado, el sabor amargo y los humores de la traspiracion. El calor, la alegría escesiva, la inquietud, la atencion sostenida, los amargos dañan al corazon y á la sangre. La lengua negra, abuitada, la hinchazon de las palmas de las manos son los signos naturales concomitantes. La inclinacion de los ojos hácia atrás, el pulso flotante anuncian la muerte de este órgano.

A los Médicos chinos se les ha atribuido el descubrimiento de la circulacion de la sangre, á pesar de creer por circulacion una cosa ridicula; dicen que los espíritus y la sangre son los vehiculos que en veinte y cuatro horas recorren todas las partes por conductos imaginarios, empiezan por el pulmon á las tres de la mañana y concluyen veinte y cuatro despues en el mismo sitio. El conocimiento de estos conductos constituye á los ojos del Médico chino el máximun de conocimientos anatómicos. Admiten treinta y cinco canales de los que seis se dirigen de arriba abajo, otros seis de abajo arriba, ocho que atra-

viesan directamente el cuerpo y quince oblicuamente. Pleyer ha publicado una memoria con láminas que representan la manera grotesca con que los chinos representan estos canales imaginarios y las principales visceras del cuerpo humano.

Estos Médicos dicen que uno de sus antiguos emperadores habia mandado abrir los cadáveres de los ajusticiados para estudiar la conformación interior del cuerpo humano. Sea lo que quiera de esta tradición algo sospechosa, parece cierto que desde tiempo inmemorial los chinos no permiten se haga ninguna inspección ya en el hombre ya en los animales, circunstancia que explica su profunda ignorancia sobre la estructura de nuestros órganos y el largo reinado de un sistema físico-patológico tan lleno de hipótesis ridiculas y de errores groseros. Sin embargo uno de sus Emperadores mandó traducir á Mr. Parrenin el *Tratado de Anatomía de Dionis* (1) pero esta obra, una de las mejores del siglo XVI es hasta el presente, para los Doctores chinos, una letra muerta.

Dividen las enfermedades en dos grandes clases, unas que afectan á órganos situados en el centro del cuerpo, como el corazón, el pulmón, el estómago, otra á otros mas inmediatos á estos, como los riñones, la vejiga, los miembros, la piel; despues las subdividen en un número infinito de especies; cuentan cincuenta y dos especies de viruelas que distinguen por señales fugaces é insignificantes, tales como el sitio, el color, la forma y el número etc. viruelas del ala de la nariz, rojas, negras, transparentes, puntiagudas, aplastadas, separadas, acumuladas etc.

Tal es el sumario de la doctrina contenida en el *Nuy' Kim'*. Los Médicos la tienen por infalible y cuando se engañan en su pronóstico, cosa que sucede con frecuencia, lo atribuyen así mismos ó los asistentes y de ninguna manera á los preceptos del *Nuy' Kim'*.

Apesar de los vicios manifiestos de su clasificación patológica y de los disparates de su teoría han debido hacer en el espacio de cuatro mil años algunas buenas observaciones sobre la marcha, los síntomas y pronóstico de las enfermedades y sobre los medios de curarlas. Posible es que en sus voluminosas colecciones se encontrarán, como lo presumen algunos juiciosos escritores, muchos materiales tanto para la historia como para el conocimiento del modo de tratar ciertas enfermeda-

(1) Dionis era Profesor de anatomía y medicina operatoria en el jardín del Rey, en el año 1577.

des, (1) por ejemplo, se sabe con seguridad que la inoculación de la viruela se usaba entre ellos mucho tiempo antes que en Europa.

Dicen haber cultivado particularmente la materia médica y la farmacología si es que tenemos en cuenta el número de obras que han escrito sobre esto; poseen mas de cuarenta de las que una sola se compone de cincuenta y dos volúmenes en cuarto de los cuales se han hecho un resúmen que solo contiene una larga lista de las sustancias empleadas en Medicina, pero nada dice de los caracteres que las distinguen ni la manera de prepararlas. No hay farmacéuticos ni boticas, los mismos Médicos tienen la costumbre de preparar y administrar los remedios, algunos que se dan mas importancia, dan á preparar sus fórmulas á otros de rango mas inferior, todos los dias hacen un gasto considerable de drogas cuya eficacia alaban contra una multitud de males. Una de las mas renombradas es la raiz del *gin-seug* (2) á la que atribuyen extraordinarias virtudes, como el prolongar la vida, reanimar las fuerzas y retardar los achaques de la vejez. El pueblo que cree á ciegas en estas propiedades fabulosas, la compra á peso de oro, abusa del opio, poseen pocos conocimientos quirúrgicos por lo mismo que la anatomía está muy atrasada, no se atreven á hacer operaciones cruentas, no conocen la reduccion de las hernias, creen que la cura de la catarata es superior á los recursos del arte, casi no saben sangrar, emplean con frecuencia las ventosas, la acupuntura hecha con agujas de oro y plata introduciéndolas á golpes con un mazo, usan mucho el fuego por medio de moxas ó el hierro candente, emplean fomentos, emplastos de todas clases, lociones y baños. Tambien tienen sus magnetizadores que el autor de las cartas chinas los compara á los convulsionarios de San Merardo. En una palabra, su terapéutica se parece á la de los Europeos en los mejores dias del feudalismo. Cuentan que habia en Pekin escuelas de Medicina y que nadie podía ejercerla sin haber estudiado en alguna de ellas y haber sufrido exámen; habia un Médico encargado de la instruccion de los profesores de partido. Nada de esto hay hoy, todos están facultados para vender, prescribir y administrar medicamentos sin autorizacion ni estudio alguno.

No es posible concebir tanta incuria en un gobierno para no exigir garantía alguna de saber y moralidad á aquellos que son á cada mo-

(1) Véase la excelente *Disertacion sobre la Medicina de los Chinos* de Mr. Lepage París 1815, y el art. del *Dicc. de ciencias médicas* por Mr. Bicheteau sobre la Medicina de los chinos.

(2) Véase Merat y Delens. *Dict. universal de materia médica*, Paris 1831 T. 3 p. 356.

mento árbitros de la salud y la vida de sus semejantes, y quienes son, por razon de su profesion, depositarios de los mas íntimos secretos de las familias. Se dice que los médicos chinos son poco considerados en su país, y se dice además que no son acreedores á otra cosa, escepto algunos que ejercen el arte de padres á hijos, pero no debe estrañarnos este descrédito del arte, ó mas bien de los que le ejercen, porque es hijo de la falta de una ley que reglamente su ejercicio. Lo mismo ha sucedido en los pueblos dotados de iguales condiciones.

Aconsejamos al lector vuelva la vista al cuadro que traza Galeno de la anarquía que habia en Roma en su tiempo, en él relata el deplorable estado de la ciencia durante los primeros siglos del feudalismo antes de la creacion de las universidades. Pero no hay necesidad de ir tan lejos, basta poner de manifiesto las reflexiones que inspira un estado de cosas parecido al que espone el relator de la Ley del 19 de ventoso del año XI (10 Marzo de 1803).

«Los hombres reunidos en sociedad, dice Thouret, han estado sujetos siempre á los males que produce la asociacion, lo que ha hecho decir á los filósofos que este estado es mas perjudicial que útil. Sin embargo, las naciones han encontrado constantemente en la Medicina, sinó remedios seguros contra las enfermedades, al menos multiplicados auxilios y alivios duraderos. Todos los pueblos y todos los siglos conocen la utilidad de este arte consolador, no hay gobierno alguno que no le apoye y que no se interese mas ó menos en sus adelantos; solo la anarquía, que no reconoce institucion alguna, ha podido desconocer su importancia. A los gobiernos reparadores corresponde volver á su antiguo esplendor á este ramo de la instruccion y para ello os presenta un proyecto de ley que regulariza la práctica de la ciencia de curar, porque está profundamente persuadido de la necesidad de poner orden al ejercicio de un arte tan importante.

Despues del Decreto del 18 de Agosto de 1722 que suprimió las universidades, las facultades y las Academias, no se confieren como debian, grados de Médico y Cirujano. Hoy reina una espantosa anarquía, la vida de los ciudadanos se halla en manos de hombres tan atrevidos como ignorantes, el empirismo mas peligroso, el charlatanismo mas desvergonzado abusa por doquier de la credulidad y de la buena fé, no se exigen pruebas de saber y habilidad, los pueblos y las ciudades están llenos de intrusos que distribuyen brevajes y la muerte, con una audacia que las leyes antiguas no alcanzan á reprimir; las prácticas mas mortíferas se reemplazan á los principios del arte de partear y bar-

beros imprudentes hacen las veces de cirujanos. Nunca ha sido tan numerosa la coleccion de remedios secretos ni mas peligrosa su influencia que despues de la supresion de las facultades de Medicina, muchos gobernadores buscan remedio para este malestar creando jurados médicos encargados de examinar á todos aquellos que quieren ejercer el arte médico en sus departamentos. Pero estas instituciones provinciales además de ofrecer el inconveniente de valerse de diversas medidas, abre la puerta á nuevos abusos debidos á la mayor ó menor severidad de los exámenes y algunas veces á un origen menos noble. El ministro de la Gobernacion se ha visto obligado á disolver algunos de estos jurados, con frecuencia tan irregulares como abusivos. Para destruir todos estos males á un tiempo, conviene organizar de un modo uniforme y regular los exámenes para los que se dedican á cuidar de los enfermos (1). »

* La obra de Medicina legal que goza de mas reputacion entre los chinos puede decirse que es el libro titulado *Si-yuen*. En todos tiempos se ha buscado con empeño el medio de hacer constar los homicidios y justificarlos inspeccionando los cadáveres. Despues del incendio y destruccion de la Biblioteca por el famoso *Sing-che-vang*, la obra mas acabada de Medicina legal no alcanza mas allá de la dinastía de los *Song* que empezó en el año 960 de nuestra era. La dinastía de los *Yuen* que le sucedió, mandó refundir la obra y la aumentó con muchas prácticas antiguas que la tradicion habia conservado en varios tribunales del imperio. Despues la dinastía de los *Ming* dispuso que se hicieran investigaciones, que se discutiera sobre esta importante materia, y para lo sucesivo, mandó publicar algunas obras. La dinastía *Manchú* ha publicado una nueva edicion del *Si-yuen*. Segun este libro, para descubrir las señales de los golpes y heridas en los cadáveres, se debe proceder de este modo: se lava el cadáver con vinagre y luego se le espone al vapor del vino que sale de una profunda fosa; *Si-yuen* significa lavado de la fosa; esta se abre en terreno seco y arcilloso, de cinco á seis pies de larga, tres de ancha y otros tres de profunda, se la llena de leña y maleza, se enciende y se activa el fuego hasta que las paredes y el fondo esten casi incandescido. Entonces se retira la lumbre y se vierte una gran cantidad de vino de arroz; la abertura, se cubre con un tejido fuerte de mimbre donde se coloca el cadáver y se cubre

(1) Jurisprudencia de la medicina, de la cirugía y de la farmacia en Francia, por Mr. Adolfo Trebuchet. Paris, 1834, páginas 408 y siguientes.

con tejas colocadas en forma de bóveda para que no se marche el vapor del vino y obre sobre las diferentes partes del cadáver. A las dos horas aparecen con claridad las señales de los golpes y las heridas. El *Si-yuen* asegura que puede hacerse la operación solo con los huesos y obtener los mismos resultados.

El *Si-yuen* pasa en seguida revista á todos los modos imaginables de dar la muerte y explica el modo de descubrirla en los cadáveres, pero por hábiles y vigilantes que se suponga á los magistrados, se concibe que todas estas prácticas deben ser casi siempre insuficientes, no pudiendo reemplazarlas la autopsia que se prohíbe entre ellos por rancias é inveteradas preocupaciones.

La Medicina de los Japoneses se parece mucho á la de los chinos. La ejercen los Ermitaños, los Sentoicos y los Jambayos que emplean las más veces remedios inútiles. Pretenden curar á los enfermos de viruelas colocándolos en habitaciones revestidas de color encarnado, práctica que hoy se conserva en los pueblos donde envuelven á los enfermos en ropas de dicho color. Temen á la sangría, inspeccionan detenidamente el pulso en ambos brazos, abusan de los cauterios y de las moxas aplicándolas en la cabeza de los epiléticos, tienen láminas que marcan los puntos donde deben aplicarse, usan la acupuntura en las didimitis que, dicen, son endémicas en su país, dan en los cólicos una bebida llamada *Saqui*; son supersticiosos como sus vecinos, tienen májicos encargados de escribir el mal de los pacientes, colocan estos apuntes en el altar de sus ídolos, los queman despues y hacen píldoras con la ceniza, que dan al enfermo.

Los Escitas; á quienes algunos consideran como los autores de donde tomaron los griegos sus primeras noticias mitológicas; descendientes del Caucaso, ocupaban la parte meridional de la Rusia y tenían relaciones comerciales con los Griegos. Reinaban en aquel país tradiciones increíbles acerca de ellos, de sus costumbres, de sus leyes, de su religion etc. Sus sábios no eran mas que unos hombres mas instruidos que los demás, á quienes por esta circunstancia se les tenía por mágicos, se distinguían por su abstinencia y santidad, y por los medios misteriosos que empleaban en sus relaciones, simulaban convulsiones epiléticas con las que hacían creer al pueblo sus adivinaciones. Los mas notables son Abaris, que fué sacerdote de Apolo Hiperboreo, contemporáneo, segun unos, de Orfeo, de Cresos y Pitagoras, segun otros; de él se dice que construyó el templo de Apolo en Lacedemonia y que libertó á muchos pueblos de la Grecia de los males que los de-

solaban; Anacarsis, quien despues de haber viajado mucho, especialmente por la Grecia, enseñaba el régimen de las enfermedades; Tarsaris, que se dice, acompañó al anterior á Atenas, y le atribuyen haber hecho desaparecer una peste despues de muerto. Los Celtas que comprenden á los habitantes desde los Pirineos hasta Inglaterra, se dividieron en dos secciones, llamados los de la primera, Galos, que llegaban hasta el Sena, y Belgas los de la segunda. Sus sábios se llamaban *Druidas* y son los que bajo el nombre de *Eubagos* ejercían la Medicina, pues los verdaderos sacerdotes ó druidas se ocupaban de los asuntos religiosos, mientras que los llamados *Bardos* cultivaban la poesía y la historia. Los sacerdotes druidicos consultaban los oráculos en los bosques ó las selvas de la isla de *Glisen*, donde tenían altares rústicos que todavía llevan el nombre de druidicos, en los que hacían sacrificios en honor de los Dioses. Tenían como una panacea á la raíz de la verbena y la atribuían la especial virtud de curar las enfermedades mentales.

§ V. MEDICINA DE LOS ESPAÑOLES

Segun algunos autores, entre ellos Mendez de Silva, los primeros pobladores de España, obedecian á un inculto empirismo y no se contaminaron con la introduccion de los dioses, semidioses, monstruos, génius y fábulas de los demas pueblos hasta que penetraron en la península los extranjeros, XVI siglos antes de Jesucristo, concluyendo allí la medicina sencilla, empírica, reemplazada por la que importaron los respectivos pobladores del territorio. Segun este, el origen de la Medicina española no está manchado con encantos ni supersticiones, ni desfigurado con divinidades como la de los demás pueblos; el rudo empirismo á que estaban sujetos es el primer paso que dá la inteligencia humana para adquirir conocimientos, conocer su valor, su naturaleza, su estension y las reglas que los juzgan para que el hombre pueda hacer aplicacion de ellos á las diversas necesidades de la vida. El instinto de conservacion innato en él, mas vivo en los primeros pobladores de España que en los demás pueblos incultos de la antigüedad, segun afirma Bordeu, poderoso hasta el extremo de obligarle á echar mano de medios que la razon reprueba para conservar la vida y recobrar la salud que con frecuencia pierde, es la religion natural de la Medicina, es el principio de donde emanan todos los medios destinados á volver al organismo la armonía funcional alterada por el sin número de causas

que sin cesar le asedian. Este sentimiento instintivo que constituye una de las bases mas importantes de la terapéutica natural, sugirió á los primitivos españoles la idea de exponer á los enfermos en la via pública para que los transeúntes les dijese algun remedio que habia dado buenos resultados en casos semejantes. El mismo Mendez de Silva que esto dice, afirma que tenian despues la costumbre de hacer lo mismo con los remedios que habian curado á algunos, costumbre que llevaron los griegos á su país y que dió lugar á que Hipócrates se valiera de los escritos depositados en los templos y en los gimnasios para componer sus libros inmortales. De lo expuesto saca la consecuencia que la verdadera medicina, la medicina filosófica tuvo su principio en España, opinion que acoje Alibert como verdadera. Nada mas honroso para nuestro país que las opiniones de estos autores, si antes se tomáran la molestia de probar de una manera conforme al rigorismo histórico el origen del pueblo español, cosa que no hacen ni han hecho ninguno de los historiadores conocidos. Los mas diligentes no han conseguido establecer mas que simples congeturas, ningun dato positivo acerca de las varias gentes que vinieron á España, ya para conquistarla, ya para fijar su residencia. Oscuro como es el origen de los primeros iberos, oscuro será tambien el de las artes y las ciencias que poseyeran para hacer mas llevadera la vida. La Medicina tenia que ser solo el instinto, pero el instinto con su secuela de divinidades, de génios, de misterios y de fábulas supersticiosas, ni mas ni menos que la de los demás habitantes del globo.

Entonces desconocian la religion que mas tarde habia de acabar con todas las creencias idólatras y con todas las reminiscencias de divinidades que figuraron en sus costumbres. La Medicina española debió sufrir la misma suerte que la de los demás pueblos primitivos, que faltos de conocimientos, sin convicciones propias ni adquiridas, por fuerza tenían que esperar mas de sus dioses gentílicos, de sus prácticas misteriosas, que de sus doctores; debería ser instintiva ó mas bien mística, como lo fué en los demás pueblos, incluso el elejido por Jesús, para convertirse despues en higiénica y natural. Porque es preciso admitir mayor cultura en los primitivos españoles que en los demás vivientes para concederles una Medicina mas adelantada, mas en armonía con esta instruccion que tan gratuitamente se les concede y de no hacerlo así, porque no tenemos datos para diferenciarlos de los demás pueblos, hay que contentarse con los atributos que hemos asignado á su Medicina, desfigurada despues por la presencia de los Fenicios y de los Carta-

gineses en varios puntos de la Península. Lo cierto es que los primeros españoles rindieron culto á Hércules en Santi Petri, á Serapis, y á Ysis en Tarragona y Valencia, á Esculapio en Barcelona y á otras divinidades en otros puntos del territorio, haciéndose politeístas como los Fenicios y demás colonias que vinieron á España. Morejon dice que apesar de esto, fueron bastante cuerdos para no adoptar la bárbara costumbre de los Fenicios de sacrificar hombres vivos á Saturno en las epidemias y los pestes, aprovechándose al paso de su ilustracion y de su cultura para sobreponerse á las demás naciones occidentales y septentrionales de Europa. Semejante optimismo es muy lójico en un historiador que tiene á los primitivos españoles como superiores en conocimientos á los demás, pero ya dejamos dicho que carecemos de datos para poder asentir á la opinion del sabio Profesor. Hasta aquí lo que se refiere á la primitiva medicina de nuestro país; vamos á ocuparnos de otra que tanto ha influido en los adelantos de esta ciencia. *

§. VI. MEDICINA DE LOS GRIEGOS.

La Grecia que debía suministrarnos interesantes datos del arte de curar entre los antiguos, solo nos ofrece durante los siglos que precedieron á la guerra de Troya, trozos informes, tradiciones fabulosas, la mayor parte tomadas de otros pueblos. El sábio y modesto Daniel Leclerc espone estensamente esta mitología mèdica, nombra mas de treinta dioses y diosas, héroes ó heroínas que cultivaban con provecho alguna de las ramas de la Medicina; pregunta de vez en cuando á toda clase de monumentos, historia, crónicas, inscripciones, poesias: nada omite con la esperanza de arrojar alguna luz en este caos de tradiciones inverosímiles ó contradictorias, pero sus esfuerzos tan loables como infructuosos, no han podido establecer verdad ni cosa alguna importante. Tampoco Sprengel, que se ha dedicado doscientos años despues á esta misma investigacion con una paciencia verdaderamente germánica, ha conseguido mas que hacer gala de una erudicion (1) tan vasta como confusa. Sería en mi una tómeridad engolfarme ahora en un dédalo en que se han perdido hombres tan sabios, me contentare con citar algunas anécdotas y algunos nombres mas conocidos de esta leyenda fabulosa porque son del dominio público y no puede dejar de saber Médico

(1). Véase tambien la historia de la cirujía, comenzada por Dujardin y continuada por Peyrithé. Paris 1774—1780, 2 vol. en 4.^o

alguno que no quiera parecer extraño á la historia de la ciencia; mas antes de hacer esta esposicion, diré dos palabras sobre los primeros pobladores de la Grecia.

Segun los historiadores mas veridicos, Deucalion al frente de los *Curetas*, y Cadmo de los *Caviras*, uno y otro procedentes de la Frigia, fueron los primeros que al frente de una colonia fijaron su residencia en la Grecia y llevaron la civilizacion. Sus primeros habitantes llamados *Pelasgos* (nombre, á lo que parece, derivado de Pelasgus Rey de Argos), se alimentaban con bellotas, se vestian de pieles, vivian en cuevas en época en que el Egipto, la Fenicia y la Caldea gozaban ya de los beneficios de la civilizacion. Colonias sucesivas venidas de Samos, Tiro y Menfis llevaron á la Grecia los gérmenes de las artes y de las ciencias. Inaco víctima de una revolucion echó los cimientos de la ciudad de Argos el año 4356 antes de Jesucristo. Muchos siglos despues Cecrope obligado á abandonar las márgenes del Nilo desembarcó en las costas de Atica y fundó á Atenas sobre 4600 años antes de Jesucristo dedicándola á Minerva. Cadmo llegó de Tiro con una porcion de Fenicios, se estableció en la Beocia y levantó los muros de Tebas cuya ciudadela tomó el nombre de Cadmea.

La mayor parte de los naturales adoptaron de grado ó por fuerza las nuevas costumbres de los recién venidos, los menos prefirieron la independendencia de la vida nómada, y formaron tribus que devastaban los campos, robaban los ganados y despojaban y maltrataban á los viajeros. Los gefes, fundadores de estas colonias, se hicieron una guerra á muerte, y los mas valientes fueron tenidos como héroes ó bienhechores de la humanidad, ó mas bien semidioses, pero poco á poco fué debilitándose su recuerdo, porque no habia quedado escrito alguno de ellos. Con el tiempo se fueron confundiendo las aventuras de los héroes del país con las de los dioses extranjeros, se alteraron los nombres y las fechas, se les dió nombres griegos y se consideró á la Grecia como el teatro de todos los acontecimientos célebres.

Los primeros cronistas se hicieron eco de las creencias populares sin tomarse el trabajo de averiguar su origen. Por esto la Mitología griega ofrece mas incertidumbre y oscuridad que la de otros pueblos mas antiguos. Esta misma Mitología cita por su órden cronológico á *Melampo*, pastor de Argos, como el primero de los Griegos que se ha inmortalizado por sus extraordinarias curas, y á quien se le ha tributado culto en los altares. Vivía en tiempo de *Pretus*, rey del país, doscientos años antes de la guerra de Troya. De él se dice que, le ha-

bían mordido las orejas las serpientes y por eso sabia tanto, porque creían que estos reptiles lo presentian todo, así es que no las maltrataban. Curaba con cierto misterio; para curar á Ificus de una impotencia le dijo que un jilguero le habia dicho que se comiera una espada roñosa, relacion que debe ponerse en duda, si se tiene en cuenta que Ificus tomó parte en la expedicion de los Argonautas, que tuvo lugar 450 años despues. Pero la curacion mas famosa que se atribuye á Melampo fué la de las hijas de *Pretus*. Estas princesas que habian hecho voto de castidad, padecian lepra, segun unos, ataques de histerismo ó de monomanía, segun otros, durante los que se creian convertidas en vacas huyendo de la casa de su padre y yendo á los bosques donde daban gritos parecidos al mugido de estos mamíferos. Esta afeccion nerviosa se propagó á otras mujeres que siguieron é imitaron á las primeras. Melampo habia notado que las cabras se purgaban comiendo eleboro blanco, lo dió á las enfermas cocido con leche, luego mandó que las siguiesen jóvenes robustos hasta Scione, donde llegaron cansadas y se bañaron en una fuente llamada *Clitorina*, consiguiendo su curacion. Por tan señalado servicio le concedió *Pretus* la mano de una de sus hijas con la tercera parte de su reino, pero el pastor dió muestra de desinterés y perspicacia médica, porque no quiso aceptar los beneficios del monarca sinó á condicion que su hermano Bias obtuviera una recompensa igual á la suya.

Sus descendientes heredaron el arte adivinatorio y los hechos atribuidos á ellos dieron origen á los cantos de Homero y muchas alegorias mitológicas que han ejercido grande influencia en el progreso de las ciencias. Las divinidades principales eran Apolo, médico de los dioses, tenido como autor de las muertes naturales en los hombres, y Juno, por sobre nombre Diana, Lucina, Ilitia ó Natalis, abogada de los partos, reguladora de la educacion de los niños y encargada de las muertes naturales en las mujeres. (1)

Habia ademas semidioses, los que por su virtud, se creia iban á ocupar un lugar distinguido en el Olimpo. El mas notable fué el Centauro *Chiron* ó *Quiron*, hijo de Saturno y de Filira, hija del Océano, no tanto por las cosas que hizo, como por los discípulos que educó. Se le considera como el inventor de la Medicina y como el Maestro de Esculapio. Segun los poetas homéricos, Quiron era el mas justo y el mas

(1) Malgaigne, estudios sobre la anatomía y fisiología de Homero. Boletín de la Academia real de Medicina. París, 1842, p. 1006 y siguientes.

piadoso de los Centauros, habitaba una gruta en el monte Pelion de la Tesalia antes de la expedicion de los argonántas donde daba lecciones de medicina. La crónica refiere que ningun filósofo de la antigüedad, ningun profesor de los tiempos modernos ha reunido mayor número de discípulos célebres. La mayor parte de los que fueron á la conquista del vellocino de oro ó á la guerra de Troya, se gloriaban de haberlo sido. Hércules, Jason, Teseo, Castor y Polux, el artificioso Ulises, el fogoso Diomedes, el prolijo Nestor, el piadoso Eneas y el invencible Aquiles. Sus lecciones versaban sobre la filosofía, la música, la astronomía, la medicina, el arte de reinar y el de la guerra. Curó á Fenix de una ceguera que se creyó irremediable, y su reputacion era tan grande para la curacion de las úlceras rebeldes y perniciosas, que se llamaron *quiróneas* por esta circunstancia. Los etimologistas hacen derivar la palabra *Centauro* ó *Centaurea* de la de Centauro para ser fieles á la tradicion mitológica, á falta de otra mejor. En fin se dice que este semi-Dios ó héroë, tan hábil en la curacion de las heridas de toda especie, murió de una producida por una flecha envenenada con la sangre de la Hidra de Lerna.

El mas célebre de los discípulos de Chiron es *Esculapio*, hijo de Apolo y de la Ninfa Coronis segun unos, de Arsinoë, segun otros. Muchas ciudades de la Grecia se disputan la gloria de haberle visto nacer; su madre ocultó su nacimiento y despues tuvo que arrojarlo á un monte donde lo crió una cabra; pero la opinion mas admitida es que nació en Epidauro, ciudad de la Argolida, donde habia un templo y un oráculo famosos. Los gemelos Castor y Polux lo llevaron á la expedicion de los argonántas, circunstancia que prueba era ya conocido como Médico ó mas bien como Cirujano.

* Los símbolos con que generalmente se representa á Esculapio, ya de pié, ya sentado, son su baston nudoso en una mano, una serpiente en la otra y un perro echado á los piés, otros le representan bajo la forma de un anciano con mucha barba, con una corona de laurel en la cabeza, apoyando una mano en la cara, sosteniendo con la otra el baston nudoso rodeado de la serpiente, y un gallo y una cabeza de carnero á los piés; tambien se le representa con capa echada hacia atras, dejando ver el pecho y teniendo un buitre y un mochuelo á sus plantas. De todos estos símbolos, parece que el principal es la serpiente, pues se halla en todas las vasijas, medallas y monumentos antiguos que se refieren á Esculapio, por ser la forma que saponian se aparecía este Dios. Con este objeto alimentaban en los templos de Epidauro y

Atenas el *coluber Esculapii de Linneo* que es de color amarillento rojizo y en otros el *coluber cerastes* que es negruzco, con el vientre verde tres filas de dientes, la barba amarillenta y un penacho de pelos sobre los ojos.*

Se atribuye á Esculapio una familia completamente mitológica, cuyos nombres simbólicos corresponden á ciertos atributos médicos. A su muger se la llama *Epione* que significa dulcificante y á sus hijas *Hygea* y *Panacea* ó remedio de todós los males. Tuvo tambien por hijos á *Machaon* y *Podaliro*, entre los cuales dividieron el ejercicio de la Medicina. Su biografía es una mezcla de cuentos fabulosos y narraciones inverosímiles. Los cantos homéricos y otros escritos antiguos nos representan como valientes capitanes y hábiles Médicos que tomaron una parte muy activa en el sitio de Troya. Su genealogía no inspira igual confianza como su existencia, á causa de ser muy problemática la de su padre. *Machaon* era el mayor de los hermanos, curó á *Menelas* cuando *Pandaro* le hirió traidoramente, á *Filolectes* que habia quedado cojo por haberse clavado en un pié una de las flechas de *Hércules*. Sirvió el resto de su vida al lado de *Nestor* y murió en un combate singular bajo los muros de Troya. *Podaliro* le sobrevivió y asistió á la ruina del reino de *Priamo*, pero una tempestad le arrojó á una isla en las costas de *Caria*, le recibió un pastor, y llegando á saber que era Médico, lo llevó á casa de *Damètes*, rey del país, cuya hija habia perdido el conocimiento por una caída. Los asistentes la creyeron muerta, pero el hábil Cirujano la hizo dos sangrias de ambos brazos y la volvió á la vida, casándose despues con ella. Este es el primer ejemplar de unas sangrias hechas para curar á un enfermo, pero por desgracia no es muy auténtico. *Esteban de Bizancio* que lo refiere, escribió en el siglo V, es decir 4,600 años despues del acontecimiento, mas no dice de donde tomó la noticia. Sea lo que quiera, el uso de la sangria es muy anterior á *Hipócrates*, porque este Médico habla en diversos parages como de una cosa frecuente en su tiempo.

El Esculapio de los Helenos, posterior al *Hermes* de los Egipcios, tiene entre si muchos puntos de semejanza, por lo que ciertos autores han creído que el primero es una copia del segundo. Han negado la existencia del Dios de *Epidauro* y le han acusado de ser una reminiscencia de su colega de *Menfis*. *Lecler*, despues de haber estudiado esta grave cuestion en todos sentidos, no se atreve á decidir; yo soy del mismo parecer. Sea lo que quiera, Esculapio obtuvo en la antigüedad una veneracion casi universal. Su culto que pasó de los Griegos á los

Romanos, se extendió á todos los países conquistados por ellos. Mas adelante hablaremos de los principales templos erijidos en honor suyo, de los sacerdotes que los servian y de los progresos de la ciencia. Por ahora, nos contentaremos con referir algunas de las curas que se le han atribuido y echar una ojeada sobre lo que opinaban los antiguos con relacion á su manera de tratar las enfermedades.

Se dice que resucitó á Hipólito, hijo de Teseo, un Capaneo, un Licurgo, un Erifilo y algunos mas. Júpiter le mató con un rayo por haberse quejado su hermano Pluton, dios de los infiernos de que impedía que fueran mas muertos allí. Un festivo escritor dice á esto que por eso los hijos de Esculapio se abstienen de hacer milagros, pero de paso se olvida que nunca han faltado médicos poco aprensivos que dejen de hacerlos. A estos se les llama *Charlatanes, Teosofos, Taumaturgos*. Tales fueron, entre otros, Asclepiades de Bitinia que resucitó en medio del día un muerto á la vista del público, Paracelso que se alababa de conservar en una redoma un muñeco vivo fabricado por él, Roberto Flum, el oráculo de los teosofos modernos, Mesmer el magnetizador y sus adeptos.

En cuanto al método que seguia Esculapio en el tratamiento de las enfermedades, como lo demás que concierne á este Dios, poseemos documentos poco fidedignos. El poeta Píndaro que vivió siete ú ochocientos años despues, ha sido el primero que lo ha descrito en los siguientes términos. «Dice que, Esculapio curaba las úlceras, las heridas, las fiebres y los dolores con encantos, pociones calmantes, incisiones y aplicacion de remedios al exterior.» (1) Del mismo parecer son la mayor parte de los escritores posteriores al poeta de la Beocia tales como Galeno, Plutarco, Pausanias, Plinio y otros. Platon compara la Medicina de Esculapio á la de sus contemporáneos dando la primacia á la primera por las razones siguientes.

En el tercer diálogo de su República, Glaucon pregunta á Sócrates y este contesta lo que sigue: «Me parece que es vergonzoso recurrir al arte médico, no para curar heridas ni alguna otra enfermedad producida por la estacion, sino para obligar á sus hijos á que inventen palabras nuevas, de fluxiones, catarros, que den razon de los males que engendra nuestra molicie, ¿no te parece esto una cosa vergonzosa?»

En efecto Sócrates, estos son los nombres de las enfermedades nuevas y extraordinarias.

(1) Tercera oda pitica.

Pienso que esto no sucedió en tiempo de Esculapio, lo que me hace creer que sus hijos no reprendieron en el sitio de Troya á la muger que dió á beber vino de Pramma á Euripilo que estaba herido, en el cual echó harina y queso, cosas ambas muy á propósito para engendrar la pituita; ni á Patroclo que le curó su herida con remedios sencillos.

Sin embargo era extraño dar tal bebida á los heridos.

No lo era, si tienes en cuenta que antes que Heródico, no se había puesto en práctica por los discípulos de Esculapio la manera de curar las enfermedades como se hace en la actualidad. Heródico tenía un gimnasio y durante su estado valetudinario hizo una mezcla de la Gimnasia y la Medicina que sirvió para atormentarse á sí y á los demás.

¿Pues como?

Produciéndole una muerte lenta, porque como su enfermedad era mortal, lo olvidaba todo por atender á ella y evitar sus agravaciones, de manera que á fuerza de arte llegó á viejo, pero agonizando siempre.

¡Su arte le hizo un buen servicio!

Bien lo merecía por no haber comprendido que, si Esculapio no enseñó á sus descendientes esta Medicina, no fué por ignorancia ni por falta de saber, que en todo Estado bien gobernado, todo ciudadano tiene alguna mision que cumplir y que ninguno está libre de verse enfermo toda su vida y de trabajar en recobrar su salud. Comprendemos lo ridículo que es este método en los pobres y no vemos lo mismo en los ricos ó pretendidos felices de este mundo.

Espícate.

«Que un carpintero enferme, lo parece bien que un Médico le de un vomitivo ó un purgante ó le aplique un cauterio, pero si le prescribe un régimen que dure mucho, al instante dice que se levanta, que no le conviene vivir así y en seguida se va á trabajar. Si tiene fuerza bastante para oponerse á los progresos del mal, recobra la salud, de lo contrario, la muerte acaba con su vida. Por esto Esculapio solo ha establecido un régimen para aquellos que accidentalmente enferman, pero que habitualmente estan buenos y son morigerados, pero en los enfermizos no ha querido prolongar su vida con inyecciones ni evacuaciones ni ponerles en el caso de ocasionarles otros males. Cree que es mejor abandonar á sí propios á los que no pueden llegar al término marcado por la naturaleza, porque esto es mas ventajoso á ellos y al Estado.

¿Segun eso, Esculapio es un político?

«Es claro que lo es y sus hijos nos suministran la prueba. ¿No ves tu que se batian con intrepidez bajo los muros de Troya al mismo tiempo que ejercian la Medicina, como te acabo de decir? (1)»

Toda esta argumentación que tiende á probar que la Medicina no debe ocuparse de los valetudinarios ó de constitucion débil se desvanece ante la sencilla reflexion de uno de los interlocutores: «segun eso ¿Esculapio es un político?» En efecto, es una injusticia en Sócrates ó Platon el querer que el Médico sacrifique sus sentimientos naturales y los derechos de la humanidad doliente á las exigencias de un político inhumano. No, digan lo que quieran estos sabios, el hombre del arte no debe averiguar si el enfermo que asiste es ó no oneroso al estado. En las repúblicas antiguas se ha podido considerar como muy patriótica esta conducta, pero nuestras costumbres la rechazan, no permiten al Médico erijirse en juez de sus enfermos; este papel está solo reservado á la Providencia. Tal es la manera con que los Médicos franceses han comprendido sus deberes en todas las fases de sus frecuentes disensiones. No ha mucho que dieron una prueba de ello. Cuéntase que en uno de los motines que han ensangrentado las calles de la Capital en los primeros años del reinado de Luis Felipe, un inspector de policía quiso obligar á los Médicos á que declarasen el nombre de los heridos que asistian. Aquel funcionario veia en esta medida un medio sencillo de descubrir algunos enemigos del Gobierno, pero los Médicos y el público un nuevo modo de quebrantar un secreto que se les confiaba: ¡la delacion bajo la capa de la caridad! La política viose obligada á doblegarse ante la moral y esta es una de las mejores glorias de nuestra época. No hubiera sucedido lo mismo en tiempo de Platon porque la opinion que combatimos, de la que él participaba, imperaba en todas las antiguas repúblicas antes de la venida de Jesucristo.

CAPITULO SEGUNDO.

Medicina de algunos otros pueblos del antiguo y nuevo mundo.

La historia médica de otras naciones ofrece poco interés para el Médico. Lo único que puede decirse es que siempre se encuentran vestigios del arte de curar por remoto que sea el tiempo que se consulte. Hipócrates menciona ciertas prácticas entre los Escitas y mas arriba

(1) De la República Libro III Traducion de Mr. Goussin pag. 167 y siguientes.

hemos referido la costumbre que tenían los Lusitanos y los Babilonios de poner los enfermos á las puertas de las casas á fin de que los transeuntes dieran su parecer. Lo mismo sucedía en los pueblos del nuevo mundo que no tenían comunicacion con los habitantes del antiguo. El historiador D. Antonio Solís refiere que Motezuma, emperador de Méjico, tenía jardines donde ocultaba una multitud de plantas cuyas virtudes conocían los Médicos del país. Habiendo enfermado de gravedad Hernán-Cortés, el Emperador llamó á los Médicos mas hábiles del país los que le curaron con sus remedios.

En Santo Domingo los sacerdotes llamados *Bucios* eran á la vez Médicos y Boticarios. En los Apolochitas, pueblos de la Florida, solo los sacrificadores del Sol ejercían el arte de curar. En fin, hoy que han sido exploradas todas las partes del globo accesibles al hombre, podemos repetir con seguridad esta sentencia de Plinio el mayor: «no existe pueblo alguno sin medicina, aun cuando haya alguno sin Médicos.»

CAPITULO TERCERO.

Origen y utilidad de la medicina. (1)

Si se nos hiciese esta pregunta, ¿Quién ha enseñado á los hombres á proveerse de las cosas mas indispensables á la vida, vestirse, construir abrigo contra el rigor de las estaciones, preparar sus alimentos, etc. etc? Contestaríamos sin vacilar, la necesidad, el instinto de conservacion. Si se nos volviese á preguntar ¿Quién ha inspirado á

(1) Las opiniones respecto al origen de la Medicina pueden reducirse á dos, la de Platon y la de Plinio; el primero cree que la Medicina es muy posterior á la creacion y nació por los excesos que la civilizacion introdujo en el régimen. Dice que el hombre en el estado primitivo debía morir en el plazo asignado á su naturaleza; el segundo afirma que ha existido la Medicina desde la creacion, aun cuando no hubiera verdaderos Médicos. Opiniones tan diversas están basadas en la manera distinta con que aprecian al hombre en los tiempos primitivos. Los que siguen la opinion de Platon le suponen dotado desde el principio de una constitucion robusta capaz de resistir á todas las estaciones, sóbrio, alimentado únicamente de raíces, yerbas y bellotas, sin necesidad de trabajar, pues tomaba estos productos y el agua de donde los hallaba, cobijándose en cualquier sitio por la noche ó durante las tempestades. Estaba además exento de pasiones.

Los que opinan con Plinio, dicen, que necesita del auxilio de sus padres hasta los doce años lo menos, pues su piel desnuda, su carencia absoluta de armas naturales ofensivas y defensivas, su sistema dentario y su conducto digestivo revelan la necesidad de los cuidados de sus mayores, ya para preparar los alimentos mas precisos á su sosten, ya para libertarse de las numerosas causas que pueden dañarle y concluir con su vida. Lo primero que precisa es buscar cubierta para la piel, abrigo mas seguro que las concavidades de las peñas. La misma causa que les enseñó á satisfacer estas necesidades, les indujo á inventar los medios de atender á otras no menos importantes y calmar el dolor á que se hallaban tan expuestos por su esposicion á las numerosas causas que de ordinario le ocasionan, siendo la experiencia lo que les hiciera preferir unos medios á otros para aliviar sus dolores físicos.

N. del T.

estos mismos hombres la aversión al dolor, el temor á la enfermedad y á la muerte, el deseo de alejar estos azotes, no solo de sí, sino tambien de su familia? Contestariamos con la misma seguridad: un instinto natural irresistible, instinto que tiene el salvaje y el ciudadano civilizado, el pobre y el rico, el filósofo y el ignorante en todas las zonas y en todas las latitudes. De esto á la invencion de la Medicina no hay mas que un paso, y vamos á ver como ha sido franqueado, cosa que nos será fácil, pues poseemos un libro muy antiguo que contiene sobre esta materia documentos muy positivos y muy esplicitos. Citemos el mismo texto: «En su origen no sería este arte ni hallado ni buscado porque no se haría sensible su necesidad si los hombres se aliviaban en sus padecimientos con comer y beber y continuar con el mismo régimen que usaban estando buenos, sin tener otra cosa mejor que hacer. Pero la misma necesidad obligó á los hombres á buscar é inventar el arte médico, porque se persuadieron de que el régimen de la salud no convenía á la enfermedad como no conviene hoy. Y aun remontándonos á los siglos pasados, juzgo que el método de vida y alimentacion de que en el dia usamos, no hubiera sido descubierto si al hombre le hubiera podido bastar para comer y beber lo que es suficiente al Buey, al Caballo y los demás séres que le rodean; á saber: las simples producciones de la tierra, los frutos, las yerbas y el heno. Los animales con esto se nutren, crecen y viven sin tener necesidad de ningun otro alimento. Sin duda que el hombre no tuvo otro en los primeros tiempos, y el que usamos hoy, parece una invencion perfeccionada en el largo trascurso de los siglos, pues resultaban muchos y graves padecimientos de una alimentacion fuerte y agreste, tales como las esperimentaríamos en la actualidad si continuase la misma causa, pues sobrevenían dolores fuertes, enfermedades graves y una muerte pronta á todos los que se sustentaban con alimentos crudos, activos é indigestos.

Acaso la costumbre hiciera padecer menos á los hombres; pero sin embargo los malés eran muy grandes y la mayor parte perecian, máxime si eran débiles y enfermizos, los robustos resistían mas, lo mismo que sucede hoy, que unos dijeren alimentos fuertes con facilidad, mientras que otros lo verifican con gran trabajo y dolor. Esta, me parece, que fué la causa que obligó á los hombres á buscar alimentos conformes con su naturaleza, encontrando los que usamos al presente. Pero los hombres que buscaron y encontraron la Medicina, guiados por las mismas ideas que aquellos de quienes he hablado mas arriba, creo que disminuyeron algo de lo que habitualmente comian y en vez

de permitir que se comiese mucho, hicieron comer poco. De este régimen reportaron ventaja muchos enfermos, mas no bastaba á todos, hallándose algunos en tal estado que no podian digerir la mas mínima porcion de alimentos. Para estos se inventaron cosas suaves, como caldos en los que se mezcla un poco de sustancia con mucha agua, separándose con la mezcla y la cocion lo que hay de mas sustancioso; en fin, á los que aun no podian soportar el uso de los caldos, se les suprimió, dándoles bebidas solamente en cantidad y temperatura proporcionadas á su estado.

«El que se llama, pues, Médico, el que por confesion de los demás posee un arte y descubrió el régimen y alimentacion de los enfermos, parece regular que haya seguido otro camino que el de cambiar en su origen el género de vida salvaje y brutal de los hombres, atrayéndoles al modo de alimentacion que tenemos en el dia. En mi opinion, el método es el mismo, el descubrimiento idéntico.» (1)

Este cuadro, notable por su sencillez y exactitud nos dice como ha llegado el hombre á echar los primeros fundamentos de la ciencia; le bastó observar que ciertas cosas eran buenas y otras malas para deducir de ahí, que debia abstenerse de unas y valerse de las otras. Así, supongo que el alivio producido por la aplicacion de una cataplasma sobre un dolor pleurodínico que padecia Trasimeno condujo á creer que el mismo medio produciría igual resultado á Eurimedon acometido del mismo dolor, así la sangría hecha á la hija del Rey Damètes para curarla los efectos de una commocion despues de una caída, debería curar á cualquiera otra persona que se encontrase en igual caso. El razonamiento es muy sencillo; en casos como este, no se desea saber como y porque cura un remedio, basta solo saber como lo hace para creerse uno autorizado á ensayarle de nuevo. La observacion y la memoria que constituyen la esperiencia, eran entonces las dos facultades puestas en ejercicio, el razonamiento participaba muy poco de la invencion y aplicacion de los remedios terapéuticos.

Tales fueron los primeros pasos del espíritu humano en la carrera médica, que consiste en haber sustituido las luces de la esperiencia á las inspiraciones brutales del instinto, sustitucion tradicional y ventajosa como lo vamos á demostrar ahora.

(1) Obras de Hipócrates, traduccion de Mr. Littre. Tratado de la Medicina antigua T. I, §. 3, 5 y 7. N. del A.
El Catedrático Santero, ha traducido al castellano este y otros tratados.
N. del T.

Los que alaban la certidumbre y perspicacia del instinto, los que quisieran que el hombre á imitacion de los animales siguiese sus apetitos, tanto estando sano como enfermo, jamás han reflexionado en los graves y funestos errores que ocasionarian estos mismos apetitos abandonados así mismos. Bastará citarlos algunos ejemplos para desvanecer tal preocupacion y convencer al lector que las luces de la esperiencia son menos defectuosas que nuestros gustos instintivos, sobre todo estando enfermos.

I. Que un viagero cubierto de polvo y de sudor se acerque á un manantial fresco y trasparente despues de una marcha larga y penosa bajo un sol abrasador, el instinto le instigará á beber mucha agua; ¡desgraciado de él si no resiste á esa tentacion! Sin tener necesidad de referir aqui lo ocurrido á Alejandro el Grande detenido en su marcha triunfal por haber cedido á una tentacion semejante bañándose en las aguas del *Cydno*, no hay persona alguna sensata que no sepa por esperiencia propia ó por haberlo oido decir, cuán peligrosa es esta conducta y cuán fatal en muchas ocasiones.

II. Un desgraciado naufrago atormentado por el hambre es recogido, al fin, por un buque perfectamente provisto. ¿Cree V. que el comandante le dejará comer y beber todo cuanto quiera? Ciertamente que no, se contentará con satisfacer en parte la inclinacion ciega é imperiosa que le domina.

III. Una parturiente es víctima de convulsiones, de una hemorragia ó de una posicion viciosa del feto. ¿Se abandonará á la enferma á solo los esfuerzos de la naturaleza? Ciertamente que no; hay mucho que temer que en este caso sucumban la madre ó el feto ó ambos á la vez si el arte no viene en su auxilio, mientras que por una maniobra tan sencilla como poco dolorosa, hecha por un comadron hábil, se salvará, las mas veces, la vida de los dos.

IV. A un individuo acometido de una calentura intermitente le aconsejará su instinto que se tape durante el frio, se destape durante el calor, beba mucha agua para apagar su sed. Despues del acceso, volverá á su costumbre sin tomar precaucion alguna, porque solo sentirá un ligero malestar; á cada accesion y á cada apirexia hará lo mismo poco mas ó menos. Veamos ahora lo que sucederá. Si la afeccion es benigna, la estacion propicia, saludable el clima y el acometido de buena constitucion, se curará por solo los esfuerzos de su naturaleza despues de un corto número de accesiones, pero lo comun es que falte alguna de estas condiciones y entonces cambiará la escena, los

resultados serán completamente diferentes; unas veces sucumbirá en algunos días, otras se renovarán sin cesar las accesiones que, á la larga, producirán congestiones, inflamaciones crónicas, degeneraciones incurables; en fin, en los casos menos frecuentes terminará la enfermedad por imposibilitar al paciente por algún tiempo ó por una larga convalecencia.

Gracias á los adelantos de la ciencia, estas afecciones tan frecuentes y tan desastrosas otras veces, hoy son raras y poco temibles.

V. Un hombre se disloca un brazo, se rompe una pierna; ¿qué le aconseja el instinto? Que se esté quieto, no mueva el miembro, porque el menor sacudimiento escita dolores muy vivos, pero la esperiencia nos enseña que si este hombre no se sujeta á sufrir los agudos y pasajeros dolores que han de ocasionarle las manipulaciones del Profesor, perderá con seguridad su uso ó sufrirá largo tiempo. Así es que las sugetiones del instinto son defectuosas y perjudiciales en una multitud de circunstancias, y esto no se aprende sinó despues de haber visto muchas veces lo peligroso que es fiarse de este guia infiel.

Los primeros descubrimientos que produjo la esperiencia, parecieron tan útiles y tan buenos, que se consideraron como invencion divina y como dioses á sus autores ó propagadores. Esto dió lugar á verdaderos adelantos, á mejoras positivas: se reemplazaron las inspiraciones ciegas del instinto con las luces de la esperiencia; el estado salvaje con aquel en que principió la Medicina.

A la filosofía médica y á la historia corresponde comprobar estos hechos que consagran y justifican los primeros esfuerzos del género humano para echar los fundamentos del arte de curar, cesando ante un exâmen sério todas las frias declamaciones mas ó menos elocuentes de los filósofos que, al compararnos con los animales, alaban la sagacidad del instinto; así se glorifica la aparente profundidad de las siguientes palabras que J. J. Rousseau pone en boca de su discípulo Emilio cuando escribe á Sofia: «que si cae enfermo, cosa rara en un hombre de su temperamento y de sus costumbre, que no tiene disgustos, estará tranquilo sin pensar en curarse ni acordarse de la muerte. El animal que enferma, no come, se está quieto, se cura ó se muere, yo hago lo mismo y me encuentro bien. (1)

Preciso es convenir que no habia tenido en cuenta el filósofo de Ginebra los graves inconvenientes de este método espectante en una

(1) Tratado de la educacion. Segunda carta de Emilio á Sofia.

multitud de casos, entre los que hubieran sido fatales muchos de los citados mas arriba. A su autoridad podemos oponer la de Voltaire tan célebre como él y contemporáneo suya. Dice que, es una verdad que, un buen Médico puede salvarnos la vida en muchas ocasiones y volvernos el uso de nuestros miembros. A un hombre le dá una apoplejía, seguramente que no llamarán á un Capitan de artillería para curarle, ni tampoco á un Magistrado. Tengo cataratas, mi vecino no me las quitará, en esta ocasion no distingo al médico ni al cirujano, ambas á dos profesiones son inseparables. Hombres que se ocuparan de dar la salud á otros hombres por caridad, serian superiores á todos los grandes de la tierra, serían semidioses. Conservar y reparar es siempre casi tan hermoso como crear. El pueblo romano se pasó mas de cincuenta años sin Médicos; ocupado en matar, hacía poco caso de la salud y la vida. ¿Cómo, pues, se gobernaban en Roma cuando uno tenía fiebre, otro una fístula grave, otro una hernia estrangulada, otro una fluxion de pecho? Le dejaban morir. (1)

Pero la mayor parte de los detractores de la Medicina no niegan su utilidad en muchas ocasiones, por ejemplo, en ciertos casos que la necesidad obliga á practicar operaciones, en el régimen de las enfermedades agudas, pero sí reprueban, por lo comun, la Medicina sábia, la Medicina de los Médicos. Caton el viejo perseguía con su acostumbrada obstinacion, á los filósofos, á los retóricos y á los Médicos de la Grecia, acusados de corromper las costumbres de los Romanos; solo contra los dos primeros obtuvo un decreto de espulsion, pues apesar de sus esfuerzos, los Médicos fueron exceptuados de esta. El mismo Caton había escrito un libro de Medicina doméstica y veterinaria, trataba á su familia y á los animales con remedios preparados por él, y aun la crónica refiere que su mujer murió víctima de sus preocupaciones médicas. El Enciclopedista Plinio que ha escrito una materia médica tomada de los autores griegos, no disimuló la profunda envidia que le inspiraba la superioridad de esta nacion en las ciencias y en las letras; se ciega contra los médicos extranjeros y llega hasta comprender en tal proscricion las plantas exóticas y su uso.

Aquí viene bien contar una anécdota que he oído referir muchas veces á un viejo Doctor, cosa que haré en los mismos términos. «Dice que estaba un día en casa de uno de sus clientes enfermo de bastante gravedad, cuando entró á visitarle un provinciano rico, recién venido

(1) Diccionario filosófico.

á París. Después de [los primeros saludos, recayó, como era de suponer, la conversacion sobre la Medicina y los Médicos. Yo, dice el provinciano, no tengo ninguna fé en la Medicina, creo que se cura tan bien con ella como sin ella, por lo demás, nunca he estado enfermo de gravedad.» Vuestra incredulidad, le contesté, parte de un principio bueno y por lo mismo hareis bien en perseverar en ella. «Yo no hablo mas que de mí, me replicó, porque á los demás soy el primero en aconsejarles y aun darles remedios. Como habito en un sitio distante de toda residencia de médico, tengo un botiquin que cuido con esmero, y cuando alguno de mi casa ó algun vecino cae enfermo, le proporciono los primeros auxilios y les curo muchas veces antes que venga el médico.» Pero entonces, le dije, si V. hace uso de la medicina, es porque V. tiene alguna fé en ella. «¡Oh! sin duda, me respondió, tengo fé en esta medicina, porque es sencilla y natural, porque no echa mano de remedios heróicos ni de instrumentos.»

Que diferencia habia, pues, entre la medicina de Caton el censor, de Plinio el naturalista, de nuestro Provinciano y la medicina de los prácticos de su tiempo, ó hablando con mas propiedad; que diferencia hay entre la medicina de los Médicos y la del vulgo? Una sola; heia aquí; esta es ignorante y tímida, la otra es relativamente mas ilustrada, mas animosa y por lo tanto mas eficaz.

Hay además otra clase de incrédulos que se les debe compadecer mas que temer y son los que sufren alguna enfermedad crónica é incurable y han agotado todos los recursos de la ciencia contemporánea, sin haber conseguido alivio alguno; tal sucede con nuestro escéptico Montaigne, que padeciendo un cálculo vexical en tiempo en que la Cirujía era pusilánime por ignorancia, disimulaba su mal humor con epigramas sobre la impotencia del arte. ¡Hay de mí! Cualesquiera que sean los adelantos que alcance este, siempre habrá casos en los que serán ineficaces todos sus esfuerzos y entonces el que padece y nos pide le libremos de sus sufrimientos y aun de la muerte, por despótica que sea la ley que le condena á sufrir y morir, viendo la imposibilidad en que nos hallamos de hacerlo, nos acusará de este resultado, se desencadenará contra nosotros, á no ser que se haga superior á su desgracia y se resigne á morir.

RESUMEN DEL PERIODO PRIMITIVO.

Hemos visto que las primeras nociones de la ciencia médica cor-

responden á la infancia de las sociedades, de manera que hoy podemos repetir con toda seguridad esta sentencia de Plinio que «si existe alguna nacion que se haya pasado sin médicos en ciertas épocas de la historia, en cambio no hay ninguna que deje de haber tenido vestigios de medicina. Diremos, pues, en contra de la opinion de Platon y otros filósofos, que los primeros elementos de la ciencia, ó la ciencia misma, de ninguna manera es debida á la degeneracion de la especie humana ocasionada por el lujo y la molicie, sinó que lo es al instinto natural que obliga al hombre á huir del dolor y de la muerte y á compadecerse de los males de sus semejantes. Despues nos hemos visto obligados á profundizar mas de lo que se ha hecho hasta aquí en el mecanismo de las operaciones del entendimiento humano, mediante el cual han sido preparados los primeros materiales del arte médico, mecanismo que está basado en la asociacion de las luces de la esperiencia con los impulsos ciegos del instinto. En fin, al tratar de apreciar los resultados de esta antigua revolucion, hemos probado, por medio de un severo análisis, que estos han sido muy ventajosos á la humanidad. Ahora seguiremos á la ciencia á traves de nuevas fases, la veremos como se engrandece con nuevos refuerzos, al paso que se aleja de su origen, de la misma manera que lo hace un rio que recibe muchos afluentes. Mas de una vez señalaremos los abusos que la han alterado, estraviado y hecho retrogradar su curso. Sea lo que quiera, vamos á engolfarnos en este laberinto de opiniones contradictorias, llevando por divisa esta máxima de Mr. Max Simon; *verdad en la ciencia, moralidad en el arte.* (1)

PERIODO MÍSTICO. (2)

Abraza el espacio de tiempo trascurrido desde la guerra de Troya el año de 1184 antes de Jesucristo, hasta la dispersion de la sociedad pitagórica el año 500 antes de la era cristiana.

CONSIDERACIONES GENERALES.

La guerra de Troya cantada por Homero aparece en la antigüedad

(1) Deontología Médica, Dedicatoria. Traducido al castellano por el Sr. Ramos y Bórguella.

(2) La Medicina ha pasado de natural á mística porque es una necesidad en el hombre el reconocimiento del Ser Supremo, al que todos atribuyen la creacion y le suponen el poder juzgar nuestras acciones y hasta el de regir nuestros destinos. Por otra parte, multiplicándose como se multiplicaban los hechos, de modo que ya era imposible retener-

griega como un punto luminoso en medio de una noche oscura. Antes de esta memorable contienda y mucho despues, la historia de la ciencia está llena de tradiciones falsas, de descripciones fabulosas. La nacion helénica que debia de ser un dia la instructora del género humano, no habia sacudido todavia el yugo de la barbarie. El Egipto, la Fenicia, la Caldea marchaban á la cabeza de los paises civilizados. Pero despues que los héroes griegos hubieron destronado á Priamo y destruido su capital, quedó espedita la navegacion, sus bageles pudieron cruzar libremente desde el Palo-Meotides hasta el estrecho de Gibraltar. Desde esta época los Helenos empezaron á colonizar las costas del Asia menor, las islas del Archipiélago, el mediodía de Italia y envian inmigrantes hasta las Galias, España y costas de Africa. Sus navegantes se atreven á franquear las columnas de Hércules y aventurarse en el Oceano.

No es solo la ambicion de riquezas y de mando lo que les obligó á hacer peregrinaciones tan largas; un estímulo mas noble, cual es el de la ciencia y la sabiduría, anima á algunos de aquellos viajeros que abandonan su familia, sus amigos por muchos años y vuelven despues á repartir entre sus conciudadanos los tesoros de saber que han acumulado en los paises que han recorrido. Por esto Licurgo y Solon merecieron dar leyes á su pátria, y plantaron, en las constituciones que todavia se admiran hoy, los fundamentos del esplendor de Esparta y Atenas; por eso Tales, Pitágoras, Demócrito, etc., llegaron á ser gefes de escuela.

Sin embargo, en la Grecia progresaron muy poco las ciencias y las letras durante los siete siglos que mediaron entre la guerra de Troya y la dispersion de los Pitagóricos. Solo un pequeño número de hombres se dedicaban al estudio de las artes liberales y á escepcion de las poesías de Homero y Hesiodo, no nos ha quedado monumento alguno de este largo período.

La Medicina compartia su destino con otras ciencias; estaba relegada al interior de los templos de Esculapio y si hizo progresos, pasaron desapercibidos á las investigaciones del historiador.

los en la memoria, solo los mas despejados eran depositarios de ellos, los cuales para darse y para darlos mayor importancia, suponian la intervencion de la divinidad en la produccion de las enfermedades, deduciendo tambien la necesidad de ella para recobrar la salud. De esto resultó la amalgama de los consejos médicos con los medios mas á propósito para calmar la cólera de los dioses. Además los primeros hombres que se dedicaron al ejercicio del arte fueron considerados por sus contemporáneos como superiores á los demás y la posteridad exagerando sus hechos ha aumentado su reputacion hasta el punto de considerarlos como héroes y aun como dioses.

Nota del T.

CAPITULO PRIMERO.

EJERCICIO DE LA MEDICINA EN LOS TEMPLOS.

El primer templo levantado en honor de Esculapio fué en Titana, ciudad del Peloponeso, cincuenta años despues de la destruccion del reino de Priamo. Al instante se estendió por toda la Grecia el culto de este dios, de allí pasó al Africa, al Asia y á Italia. Entre los numerosos templos que se citan, los mas notables son el de Epidauro, en el Peloponeso, el de Pérgamo en el Asia menor, el de Cós, el de Cirene en la Libia. Habis en el templo de Epidauro una estatua colosal de oro y marfil hecha por Trasimedes representando este dios bajo la forma de un anciano sentado en su trono con un baston en la mano y la otra apoyada sobre la cabeza de una enorme serpiente y un perro á los pies, emblema de vigilancia. Socrates en su último discurso á sus amigos les recomendó inmolar en su obsequio un gallo á Esculapio, de donde se ha inferido que este animal debia consagrarse al dios de la medicina. (1) Los sacerdotes consagrados á su culto se llamaban *Asclepiades*, palabra que significa descendientes de Esculapio, formaban una casta particular gobernada por estatutos secretos como los sacerdotes de Egipto. Una de sus antiguas leyes decia que «solo era permitido á los elegidos revelar las cosas secretas y que los extranjeros no deberian ser admitidos á este conocimiento, sinó despues de haber sufrido las pruebas de la iniciacion.»

Por lo general, los templos estaban situados en lugares muy saludables, en bosques, en sitios elevados, con aguas corrientes, á alguna distancia del mar, rodeados de árboles, de paseos anchos y bellos, y de sitios retirados y solitarios. De todas partes venian en peregrinacion á visitar al dios de la salud, encontrando los enfermos y los convalecientes en aquellos sitios distracciones tan útiles como agradables, que unidas al buen régimen á que se sometian, al aire puro que respiraban, á la fé y la esperanza que abrigaban y á las milagrosas curas que presenciaban, influian felizmente sobre su organismo.

Además de estos medios higiénicos, los *Asclepiades* empleaban remedios especiales apropiados á la índole de mal segun la idea que formaban de él. Sangraban, purgaban, daban vomitivos, aconsejaban aguas y baños minerales y demás segun las necesidades, en una pala-

(1) Diálogo de Platón. El Fedon.

bra, no omitian medio alguno de cuantos poseía la terapéutica de aquellos tiempos. Estos sacerdotes médicos que conocían la grande influencia que la parte moral ejerce sobre la física, ponían todo su empeño en apoderarse de la imaginación de los enfermos, á los que no se les admitía á consultar al oráculo sinó despues de quedar purificados por la abstinencia, los ayunos, las oraciones y los sacrificios. Despues de cumplir con estas prescripciones, eran admitidos á escuchar su respuesta, obligándoles alguna vez á dormir en el templo una ó mas noches.

Unas veces hablaba el dios sin ser visto, otras se aparecía bajo la forma de una serpiente que venía á comerse las tortas colocadas en el altar, otras manifestaba su voluntad por sueños que interpretaban los sacerdotes. Los enfermos que se curaban, volvían á su casa bendiciendo al dios autor de este beneficio, dejando alguna cosa como recuerdo de su gratitud. Los que no se habían curado ni obtenido respuesta favorable, redoblaban su celo por creer que sus ofertas habían sido rechazadas como insuficientes, de manera que los reveses y los triunfos redundaban en gloria del dios y provecho de sus ministros.

En el territorio de Epidauro y en otros puntos se criaban serpientes amarillo-rojizas, cuya mordedura no era venenosa y que se domesticaban con facilidad. Los sacerdotes ejecutaban con ellas cosas que sorprendían y aumentaban la superstición de la multitud. Aurelio Victor, refiere que «en el año 350 de la fundación de Roma, se padecía en la ciudad una peste horrible y el Senado envió una comisión de seis diputados á consultar con el oráculo de Epidauro. Cuando llegaron al templo se pusieron á contemplar la estatua del dios y de repente salió debajo del pedestal una enorme serpiente que les infundió miedo. Atravesó con toda tranquilidad por medio de la multitud y se fué al buque de los Romanos, colocándose en la cámara de Ogulnio presidente de la Embajada. El buque llevó respetuosamente al reptil sagrado y en el momento que se acercó á la ciudad de Rómulo, se arrojó al mar y fué á parar á una isla del Tiber donde se levantó un templo á Esculapio y la peste cesó.»

Otros muchos y muy graves historiadores de la antigüedad refieren prodigios obrados por la intervención del dios de la medicina, pero no todos los dan fé; testigo aquel criado á quien Aristófanes hace decir en una de sus comedias las siguientes palabras «el sacrificador del templo de Esculapio, despues de apagar las luces, nos mandó que nos echáramos á dormir, añadiendo que nadie se moviera aunque oye

se un silvido que indicaba la llegada del dios. Todos permanecemos quietos y silenciosos, pero yo no podía quedarme dormido, porque me excitaba fuertemente el olfato, el vapor de una holla llena de escelente potaje que tenia cerca de mi una vieja; quería cogerla, levanté con sigilo la cabeza y entonces vi al sacristan cojer las tortas y los higos del altar y echarlos en un saco. Me creí autorizado á hacer lo mismo con la holla de potaje y lo hice.»

No solo se egercía la ciencia en los templos, sinó que los sacerdotes formaban una familia separada, depositaria de los conocimientos médicos de aquella época, conocimientos que transmitían por herencia. Galeno dice que ningún laico podia antes y entonces ser participante de la ciencia sagrada. Pero despues se relajó la severidad del secreto, se consintió revelarlo á los estrangeros mediante haber sufrido las pruebas de la iniciacion. Había, pues, segun todas las probabilidades, una especie de enseñanza médica en los templos; la historia nos ha conservado el recuerdo de tres escuelas que han gozado de una grande reputacion; la de Rodas la mas antigua de todas, anterior á Hipócrates, y de la cual no poseemos dato alguno, la de Cnido (1) que fué la primera que publicó un libro bajo el nombre de *sentencias cnidianas* y la de Coós la mas célebre de las tres, que ha producido un gran número de Médicos ilustres, cuyos escritos constituyen uno de los mas bellos monumentos de la ciencia antigua.

Entre los manantiales de instruccion de que disponian los sacerdotes de Esculapio, hay uno que merece nos detengamos un momento, porque constituye una especialidad en el periodo histórico que estudiamos. Hablo de las *tablas rotivas* que se acostumbraban á colgar de las paredes ó columnas de los templos, cuyo uso fué importado del Egipto, tablas donde de ordinario se escribía el nombre del enfermo, la enfermedad que habia tenido y los remedios con que se habia curado. Una de estas vuelta á encontrar en la isla de Tiber en el sitio que ocupaba el antiguo Templo de Esculapio, tenia las siguientes inscripciones en letras griegas.

«Estos últimos dias, un cierto *Cayo*, ciego, vino á consultar al

(1) Efectivamente no se conservan mas que nociones vagas sobre las escuelas fundadas por los hijos de Podaliro. Sin embargo se sabe que los Médicos de la Escuela de Cnido eran esclusivamente empiricos y que empleaban una polifarmacia indigesta desprovista de ciencia alguna. Pero para ser justos con ellos, deberemos decir que anotaban con gran esmero todos los sintomas, aun los mas indiferentes en apariencia y que sobresalían en el arte de observarlos y clasificarlos, distinguiéndose en particular *Chrisipo* y *Eudoxio*. A Euryton se debe el libro de las *sentencias cnidianas* libro famoso para aquella época. N. del T.

oráculo, el dios le dijo que se aproximara al altar sagrado para adorarle, que se paseara despues de derecha á izquierda, que pusiera la mano sobre el altar, la levantase y la aplicase á los ojos. Al instante recobró la vista en presencia del pueblo que se regocijaba en verle bueno y en que semejantes maravillas se hacian bajo el reinado de nuestro augusto Antonino.

Todos creían que se moría *Lucio* acometido de una pleuresia. El dios le mandó que tomara ceniza del altar, la mezclara con vino y se la pusiera al costado. Obedeció el mandato, se puso bueno y el pueblo le felicitaba cuando ante él le dió las gracias.

Julian echaba sangre por la boca y parecia perdido sin remedio. El oráculo le mandó tomara piñones del altar, los mezclará con miel y los comiera durante tres dias; lo hizo y se curó. Dió gracias al dios solemnemente y se marchó.

El dios ha hecho esta declaracion á un soldado ciego llamado *Vale-rio Aper*; «toma sangre de gallo blanco, mézclala con miel, haz un colirio, úntate con él los ojos por tres dias. El soldado lo hizo, recobró la vista y dió públicamente las gracias al dios.»

Sin duda alguna que estas relaciones eran mas propias para fortificar la piedad de los fieles que para los progresos de la ciencia. Los escritores que han aplaudido este método de instruccion, no han reparado en lo defectuoso que es.

¿Qué significa, por ejemplo, la esposicion de la primera tabla; «Julian echaba sangre por la boca y se creia perdido sin remedio? ¿Qué Médico se atrevería á pronosticar ó á establecer un tratamiento con una indicacion tan vaga? O es que se puede tratar de la misma manera, un anciano, un adulto ó un niño, un pletórico ó un anémico, una hemoptisis, una hematemesis ó una hemorragia escorbútica de la mucosa bucal? (1)

Para diagnósticar un mal, no basta conocer uno ó dos síntomas, es además preciso hacer lo mismo con todas las circunstancias que han contribuido directa ó indirectamente á provocarle, tales como la edad, el sexo, el temperamento, el género de vida del sujeto etc., describir su estado actual, esforzándose en precisar lo mejor posible el órgano primitivamente afecto y la clase de lesion que sufre.

(1) He visto á una muger acometida de una hemorragia de este género que echaba sangre á boca llena. Había llenado ya muchas cofinas. Se veía al líquido derramarse lentamente por toda la superficie de las encías. Esta temible afeccion condujo á la enferma á dos pasos del sepulcro y no cedió sino á cauterizaciones repetidas con nitrato de plata.

De presumir es que los Asclepiades redactasen en secreto la historia circunstanciada de cada enfermedad y de los médicos empleados para combatirla, pero ignoramos por cuántas gradaciones ha debido pasar la ciencia antes de llegar al grado de prosperidad que la vemos en los libros hipocráticos. Puede juzgarse de la costumbre que habían contraído los Asclepiades en observar bien y describir las enfermedades, por el gusto esquisito y la precisión que reinan en algunos de estos libros.

CAPÍTULO II.

De los sueños.

Toda la antigüedad ha creído en los sueños; Profetas y filósofos, espíritus fuertes ó espíritus débiles han pensado que la divinidad se valía de este medio para revelarnos el porvenir y instruirnos sobre sus designios para con nosotros. La historia sagrada y la profana estan llenas de ejemplos que atestiguan la universalidad de esta creencia. Es, pues, casi cierto, que los Asclepiades tenían interés en sostenerla con piadosos fraudes para utilizarlos en su provecho, y que mientras se esforzaban en sacar de ellos una indicacion natural, fingian un origen fuera de las leyes naturales, es decir, divino.

En todos tiempos la semeyotica se ha aprovechado de los signos suministrados por los enfermos, y bajo este punto de vista, los ensueños tienen sin duda una importancia que los antiguos han exagerado demasiado, pero que los modernos han descuidado por completo. Presumo que mis lectores no llevarán á mal encontrar aquí algunos extractos del tratado mas antiguo que existe sobre esta materia. «Cualquiera, dice su autor, que quiera saber los signos que se pueden sacar de los sueños, verá que desde luego, guardan relacion con muchas cosas de la vigilia. El alma, durante el sueño, funciona con libertad, su existencia es á medias, mientras está distraida en las funciones corporales; no se pertenece entonces á sí misma, sino al cuerpo; ella dirige los sentidos, los movimientos voluntarios, las diversas operaciones que exige el enlizado de los negocios, se presta á todo, necesita alguna inteligencia de parte del cuerpo, de manera que en cierto modo, puede pensar por sí misma. Cuando, durante el sueño, el cuerpo la deja en paz, anda con libertad, por donde quiere y lo arregla á su manera; ella vela, ve, oye, toca, marcha, se aflige, se irrita, posee toda la fuerza; mientras el cuerpo duerme, trabaja por ambos y el que alcanzára á

conocerla en estos momentos sería casi un verdadero sábio. Hay afortunados á estos estudios que dicen, que conocen y distinguen los sueños enviados por los dioses para anunciar con anticipacion los males que amenazan á las poblaciones ó á los particulares, acertando algunas veces, engañándose otras. Sin embargo se ignora el como y el por qué sucede ni el por qué se mira este estudio con tanto desden; se dice que es preciso librarse de ciertos males y sin conocer los medios, se ordenan oraciones á los dioses, lo que sin duda es bueno y muy á propósito, pero conviene tambien hacer algo por sí, al invocarlos. (1)

Desde luego se advertirá que el autor de los pasajes que acabo de indicar, no niega la posibilidad de los sueños enviados por los dioses, pero si pone en duda la pericia de los encargados de interpretarlos. Conviene, pues, hacer observar juiciosamente que estas personas encuentran algunas veces justa y otras no su prediccion, sin saber el cómo y porque sucede esto.

El autor espone una teoría de los sueños que el cree muy racional, teoría que puede reasumirse en los siguientes términos; «el alma ó el principio vital, ó para valernos del lenguaje de los anatómicos, el cerebro, cuando no está distraído por ninguna impresion esterna durante el sueño, percibe mejor las internas y las trasmite con mas cuidado y claridad.»

He aquí una teoría que podrá no estar conforme y aun oponerse á la observacion, pero que de seguro á primera vista nada tiene de absurda ni inverosimil. Por desgracia su autor no conserva el mismo espíritu de crítica prudente en las aplicaciones particulares que hace, admite como verdades de observacion los delirios mas estravagantes, dignos, cuando mas, de un teósofo del siglo XVI. Citaré un ejemplo del mismo que dice «que cuando se ven en sueños el Sol, la Luna, el Cielo, ó las Estrellas puras y serenas, es un buen signo, pues indica la salud del cuerpo.

La observacion, dice, le ha enseñado que el Firmamento corresponde á la superficie del cuerpo, el Sol á la carne, la Luna á las cavidades que alojan las visceras. Cuando se altera oscurece ó se detiene en su marcha alguno de estos astros, el mal está en la parte á que cada uno corresponde. Si aparece en el cielo algun desorden ocasionado por el aire ó por las nubes, el mal es menor que si se produgera por las aguas ó por el granizo, este marca la separacion de los humores acuosos

(1) Obras de Hipócrates Gardeil, T. III., sueños §. I.

y pituitosos que se dirijen á la piel. En este caso conviene pasearse vestido, primero con calma, despues de priesa hasta sudar mucho, limpiar despues la piel, puesto que el mal está en la circunferencia, pasear mucho en ayunas despues de salir del Gimnasio, suprimir la tercera parte de los alimentos, para volverla á tomar en el espacio de cinco dias y tomar fumigaciones en el caso de ser bueno el signo. Los alimentos que se han de usar serán secos, amargos, astringentes, fuertes, acompañados de ejercicios propios para secar.» (1)

El tratado de donde he sacado estos fragmentos, pertenece al periodo histórico que sigue, pero los he insertado en este capítulo para completar lo que habia dicho sobre los sueños, de los que ya no volveré á ocuparme. Los grandes Médicos de los siglos siguientes han dirigido sus investigaciones hácia otros objetos mas propios para ilustrar el diagnòstico de las enfermedades, y han estudiado á la ligera estos elementos.

CAPITULO III.

Terapéutica.

Llevamos dicho que los Médicos de los tiempos primitivos se contentaron con observar cuales eran los medios que habian dado buenos resultados en ciertas enfermedades para emplearlos en otras análogas, teniendo en poco el estudio de los síntomas y los efectos de los medicamentos. Pero en el periodo que estudiamos no se siguió semejante método. Hipócrates, Celso, Galeno y todos los historiadores de la medicina están contestes en decir, que antes de la introduccion de la filosofía en la ciencia, esto es, antes del siglo de Pitágoras, no habia mas regla que el empirismo. Mas estos historiadores no hablan del empirismo razonado que nació mucho mas tarde en la escuela de Alejandría, sino que quieren hacerlo del empirismo natural é instintivo que hemos mencionado en el periodo primitivo, y que todavia siguen las personas extrañas al arte cuando se meten á curar enfermos. Estas personas no dejan de la boca las palabras siguientes: He visto una enfermedad muy parecida curada con este remedio.

Por grosero que nos parezca su razonamiento, está basado en un principio incostestable que se puede formular de esta manera: «*Toda*

(1) *Ibidem*, §. III.

medicacion que ha curado una enfermedad, deberá curar todas las que sean análogas á la primera.» Nada hay mas claro ni mas verdadero que este aforismo, tiene toda la infabilidad de un axioma de matemáticas, y en él descansa toda la práctica de los primeros tiempos. Por eso un autor, cuyo testimonio ya he invocado, ha dicho con mucha razon: «Pero la medicina ha mucho tiempo que existe y posee un principio y un método que ha encontrado, con cuyo auxilio se han hecho importantes adelantos en el trascurso de los siglos, y adelantará mas todavía, si los hombres capaces é instruidos en los descubrimientos antiguos, los toman por punto de partida en sus investigaciones. Pero los que desechando y menospreciando estos inventos buscan otros métodos y abren nuevos caminos presumiendo haber hallado algo de nuevo, han sido engañados y engañan á los demás.» (1) Apesar de esto, no cesan de quejarse de la incertidumbre é inestabilidad de la medicina, se la acusa de no haber creado ningun principio estable, al abrigo de los caprichos de la moda y de las vicisitudes de los sistemas. Los mismos Maestros del arte dan con frecuencia el ejemplo de estas declamaciones.

Pinel asombrado de las dificultades de la práctica médica, afea con justicia la presuncion de un escritor del siglo último (2) que prometía nada menos que la resolucion de este problema general: «Dada una enfermedad, hallar su remedio.» Pero Pinel cayó en el extremo opuesto; este autor ¿no desconocía el verdadero destino de la medicina cuando se propuso por objeto de sus trabajos resolver la siguiente cuestion: «Dada una enfermedad determinar su verdadero carácter y el lugar que debe ocupar en el cuadro nosológico? (3) Pretender, esto es lo mismo que querer borrar de la ciencia la parte mas esencial, la que es el complemento de todas las demás; la terapéutica.

Bichat, al ocuparse del mismo asunto, se espresa así: «conjunto incoherente de opiniones tambien incoherentes, la materia médica es acaso de todas las ciencias fisiológicas aquella en que se pintan mejor las extravagancias del espíritu humano. ¿Qué digo?, no es una ciencia para un talento metódico; es un monton de ideas inexactas, de observaciones, las mas veces, pueriles, de medios ilusorios, de fórmulas tan caprichosamente concebidas como fastidiosamente agrupadas. Se dice que la práctica de la medicina es repugnante, yo añadiré, que es impro-

(1) Obras de Hipócrates. Tratado de la medicina antigua p. I, traduccion de Mr. Littré, 1839, t. I.

(2) Picairsi.

(3) Nosografía filosófica. Introduccion p. IV.

pio de un hombre de razon el que vaya á buscar los principios en la mayor parte de nuestras materias médicas.» (1)

Brousseais es tan esplicito y tan vehemente en sus recriminaciones á la terapéutica como sus predecesores. Véase entre los capitulos del *Examen de las doctrinas médicas* el XV titulado de la *Certidumbre en medicina*.

Lamentos tan unánimes tienen una causa que corresponde poner en claro al historiador. Ciertamente que los que les proferian, no ignorarian el axioma formulado mas arriba, que es del dominio del sentido comun. Asi es que, no es por falta de un principio de medicina práctica, como lo cree el vulgo, el declamar contra la terapéutica, sino por las dificultades siempre grandes, y muchas veces insolubles, que se encuentran en su aplicacion. Echemos una rápida ojeada sobre uno de los casos mas sencillos de la práctica medica y así formaremos una idea mas ó menos aproximada de estas dificultades.

Un individuo padece palpitations de corazon, al instante y sin mas datos, no titubeará un medicastro ó un charlatan en administrarle la dijital, el tridacio ó cualquier otro medicamento incluido en los formularios, y destinado á do combatir este sintoma. No obrará así el verdadero médico, este tardará mas en decidirse, querrá, primero; conocer todas las circunstancias conmemorativas, segundo; examinar al enfermo, empezando por el órgano cuyo trastorno funcional es mas manifesto y concluyendo por las demás funciones, despues de este examen, es cuando se creará autorizado á formular un tratamiento. El médico práctico sabe perfectamente que el padecimiento oculto de un órgano lejano del corazon produce muchas veces palpitations, de manera que de diez individuos que se quejan de ellas, rara vez se encontrarán dos á quienes convenga igual medicacion.

El práctico no concluye con su mision despues que formula un diagnóstico, todavía tiene que elejir los medios mas apropiados á llenar las indicaciones curativas, es decir, que debe tener presentes todos los recursos conque cuenta la terapéutica y hacer que los enfermos y los asistentes ejecuten fielmente sus órdenes y observen con esmero sus efectos. Si pues la práctica ilustrada y concienzuda ofrece tantas dificultades en los casos mas sencillos, ¿que no deberá acontecer cuando se trata de una de tantas afecciones complexas é insidiosas, como la si-

(1) Bichat, Anatomía general. Consideraciones generales, pár. II.

filis constitucional, las afecciones de la piel, las escrófulas, la lepra, etc. que latentes en el cuerpo muchos meses ó años, se propagan, alteran los líquidos orgánicos, apareciéndose las mas veces de una manera ambigua despues de haber invadido sistemas enteros, de donde apenas se las puede echar ya?

Pero estos casos, por graves que sean, permiten, al menos, al profesor, observar, reflexionar, echar mano de los conocimientos de otros, y ensayar diversos medios, cosa que no puede hacer cuando se encuentra frente á esos azotes que caen como un huracan sobre las poblaciones, arrastrando en su ruina, á los jóvenes, viejos, débiles y robustos: tal sucede con la peste, el cólera, el tifus etc. Males que principian por trastornar todas las funciones, tomar las formas mas variadas y acometer con tal furia, que apenas dejan tiempo al médico para reflexionar, para coördinar sus ideas y hacer experimentos. En estas lamentables situaciones, el profesor no solo tiene necesidad de ciencia, de atencion y discernimiento, sinó tambien de sangre fria, de valor y desinterés para disputar á la muerte algunas víctimas y si por acaso acierta con un tratamiento, suele cambiar la constitucion epidémicas y tiene que empezar de nuevo sus investigaciones.

En otras ciencias como la física, la química, es dueño de repetir el mismo experimento tantas veces cuantas crea oportuno; los agentes de que se vale están á su disposicion y puede aislarlos de manera que produzcan sus efectos sin que ninguna fuerza estraña venga á interrumpirle ó influir en sus decisiones, al contrario de lo que sucede en medicina; en esta todo es diferente, la naturaleza y el azár le proporciona la ocasion de experimentar, pero ignora el momento en que puede repetir sus experimentos, pues acaso se pase mucho tiempo antes que pueda hacerlo porque varien los elementos de la esperiencia.

Tambien es imposible sustraer á los enfermos de una multitud de influencias que alteran los resultados terapéuticos, de donde se sigue que, en rigor, es imposible sacar conclusion alguna de dos hechos de medicina práctica. Por eso es de necesidad recoger muchas observaciones por distintos observadores en épocas y en climas diferentes, para llegar á descubrir un método curativo, un principio terapéutico.

Estas dificultades han ocasionado siempre la desesperacion de los grandes prácticos y han inspirado á uno de los mas ilustres esta sentencia tan profunda como melancólica: *«el arte es largo, la vida corta, la ocasion fugaz, la esperiencia engañosa, el juicio difícil.»* Es necesario que el médico no solo wande y haga lo que conviene en ta-

los casos, sino que á ello coadyuyen el mismo enfermo, los asistentes y los que le rodean (Hipócrates. Af.º 1.º, lib. I.)

Apesar de tantos obstáculos, al parecer insuperables, el hombre á llegado á fuerza de trabajo, de perseverancia y de génio á hallar algunos remedios de una eficacia sorprendente en varios casos y á trazar algunas reglas que asemejan la terapéutica á una ciencia exacta, como veremos en lo sucesivo.

CAPITULO IV.

Origen de los sistemas y de las clasificaciones en patologia.

Llevamos dicho que una de las mayores dificultades, acaso la mayor que se ha encontrado en la aplicacion del axioma fundamental de terapéutica, era la imposibilidad de comparar un hecho terapéutico pasado con uno mas próximo, ó en otros términos; por exacto que sea el diagnóstico, por parecidas que sean dos enfermedades, nunca hay identidad en ellas, de donde se desprende, que una medicacion que en el primer caso ha dado buen resultado, puede faltar en el segundo. Es claro que el medio mejor de evitar, ó mas bien atenuar esta causa permanente de errores, consiste en perfeccionar cada vez mas el diagnóstico haciéndole llegar al mas alto grado de exactitud posible, y así se logrará evitar la confusion de estados morbosos esencialmente diferentes y separar otros que solo están unidos por apariencias superficiales. Los médicos de todas las edades han reconocido su importancia y no han omitido medio alguno para hacer que alcance la perfeccion conveniente.

Lo primero de que se ocuparon fué del estudio de los sintomas y los iban anotando unos despues de otros á medida que se presentaban, formándose de este modo cuadros nosográficos destinados á comparar los de un mal con los de otro, para deducir de esta comparacion el tratamiento mas conveniente. Este método, tan sencillo y natural, á primera vista, es en el fondo muy defectuoso, pues tiene el grave inconveniente de dar un valor igual á todos ellos, á pesar de las diferencias que todos los dias vemos, los separan. Los síntomas consignados al azar, sin orden ni concierto, no pintan, cual es preciso, una enfermedad, como tampoco las pinceladas y colores esparcidos acá y allá, el retrato de una persona. En fin, con este sistema es imposible una buena clasificacion, porque antes de usarla, es preciso preguntar antes;

¿cuándo serán iguales los síntomas para colocar dos enfermedades en una misma clase y curarlas con los mismos medios? En la hipótesis actual es imposible contestar á esta pregunta.

No hay, pues, clasificación patológica posible basada en la simple enumeración de estos fenómenos, y por lo tanto la práctica médica que solo cuente con estos elementos, será un mero tanteo que no merece el nombre de arte y el médico un ciego que dé palos á diestro y á siniestro, esto es, al enfermo y á la enfermedad. Hipócrates había conocido bien los vicios de esta manera de observar y describir las enfermedades, cuando censuraba á los Asclepiades de Cnido el haberla seguido, dando lugar con ella á que se multiplicaran las especies morbosas. «Los que han recogido ó coleccionado las sentencias Cnidianas han descrito bien los síntomas, así como el modo de terminar de ciertas afecciones, cosa que puede hacerse sin ser médico, con solo preguntar al enfermo lo que le pasa. En ellas se ha olvidado mucho de lo que el médico necesita saber sin molestar al enfermo, por ser indispensable para la mas exacta apreciación del mal... Algunos conocían, sin embargo, los síntomas de cada enfermedad y las diferentes formas que revestían y lo han tenido en cuenta para hacer un reparto metódico, porque es fácil equivocarse cuando la enfermedad se distingue solo por ligeros caracteres y se la dá un nombre distinto á todas las demás que difieran algo entre sí (1).» Es una verdad casi trivial para los médicos que todos los síntomas de una enfermedad están lejos de tener igual importancia. Hay oscuros pensadores y estúpidos adeptos que han comparado un fuerte dolor de cabeza con una ligera arruga de la piel de la frente, una gastralgia intensa con una comezon del lóbulo de la oreja. La posterioridad no querrá creer tales aberraciones de la inteligencia, si documentos auténticos no lo atestiguaran. (2).

Desde el instante que hubo necesidad de elegir entre los síntomas, se les dividió en permanentes y transitorios, en esenciales y secundarios, en primitivos y consecutivos etc. Desde entonces empezaron las discusiones sobre la esencia de las enfermedades, sus causas, sus síntomas, su curso y sus terminaciones; desde entonces nació la crítica ó filosofía médica y con ella los sistemas, desde entonces, en fin, sujió la idea de ayudar á la memoria en sus investigaciones para recordar con mas facilidad las muchas observaciones clínicas recogidas, y dispo-

(1). Tratado del régimen en las enfermedades agudas, § I. Trat. de Gardell.

(2). Parecidas simplezas y mayores aun se encuentran en el tratado de *Materia médica* de Hahnemann.

nerlas de modo que se recordáran fácilmente y se las encontráran á la primera ocasion. Porque debió espermentarse cierto embarazo cuando se hubieron recogido gran número de hechos clinicos, dispuestos inconvenientemente y sacar partido de ellos en medio del desórden con que estaban colocados. En este caos era imposible encontrar el documento que se quería consultar, el cuadro que se aproximaba mas al de la enfermedad que se había visto. La memoria mas feliz no podía alcanzar á este conocimiento. A medida que las observaciones clinicas se multiplicaban, se hacia cada dia mas urgente, disponerlas metódicamente para poderlas recordar mejor y para ayudar á encontrarlas á la primera ocasion. Tal fué el origen de la primera clasificacion patológica. Como se vé, la idea fué sugerida por la necesidad de favorecer á la memoria y el deseo de facilitar las investigaciones.

Se ignora cual fué el primer método de clasificacion empleado, la primera vez solo se sabe que desde el principio del periodo filosófico, las enfermedades estaban clasificadas por grupos segun el sitio que ocupaban, excepto las fiebres y otras afecciones que atacan toda la economía ó un gran número de partes á la vez que los formaban por separado, disposicion que se encuentra ya en los libros hipocráticos y que ha sido adoptada con algunas variantes y mejoras en épocas muy inmediatas á la nuestra.

Los primeros hombres que discurrieron sobre los fenómenos naturales, que sondearon sus causas, su principio, su fin, nada mejor pudieron imaginar para explicar los movimientos de los cuerpos y sus trasformaciones sucesivas, que poblar el mundo de espíritus, es decir, de sustancias invisibles é impalpables dotadas de fuerza, voluntad é inteligencia en grados muy diversos. Cada cuerpo estaba obligado á contener, cuando menos un espíritu, este presidia y daba impulso á todos los cambios, á todos los fenómenos automáticos que sobrevenian en el cuerpo. El hombre cuya organizacion es tan complicada, cuya inteligencia se eleva á las mas puras abstracciones, á la idea de lo infinito, que se pierde en la interpretacion del fenómeno mas sencillo, cuya voluntad contiene los elementos, pero no puede impedir que blanqueen sus cabellos; el hombre, digo, pareció á los primeros pensadores un ser múltiple, una pequeña imágen del universo. Pensando así, dividieron su cuerpo en muchas regiones que suponian gobernadas por espíritus diferentes. El sistema de Pitágoras, que espondremos mas adelante, ofrece el primer ejemplo de esta poligarquia fisiológica y ha dado origen á una multitud de teorías antiguas y modernas.

RESÚMEN DEL PERIODO MÍSTICO.

Durante los setecientos años que abraza este periodo, la medicina sufrió en la Grecia su primera trasformacion. De doméstica y popular que habia sido, se hizo sacerdotal y algun tanto misteriosa. Hasta entonces se veian principes, capitanes y aun pastores adquirir reputacion médica, pero despues de la guerra de Troya no se oyó hablar mas que de consultas dadas en los templos à nombre de la divinidad, ó sitios célebres como el de Trofonio y Caronio. Esto no hubiera sucedido sino se hubieran intrusado algunos hombres del pueblo à visitar enfermos y vender remedios. Mas la medicina científica, si pudieramos llamarla así, á pesar de las pequeñas nociones que poseia, la ejercían los sacerdotes y la perpetuaban por tradicion entre ellos, desarrollándose lentamente en la oscuridad y el misterio.

«Mr. Aug. Gauthier dice que el ejercicio de la medicina en los templos de Esculapio puede dividirse en dos épocas. En la primera que alcanza hasta Hipócrates, los Asclepiades la han prestado grandes servicios por su buen método de observacion, y eso que empleaban muchas veces medios supersticiosos. Hay que convenir que en aquellos tiempos tan atrasados, la medicina progresó mas con estos que con los medicastros y charlatanes populares, y hubiera sido muy difícil en aquel tiempo en que las ciencias y las artes estaban casi en su infancia, que apareciera de repente un hombre de génio que elevara á la medicina al rango de ciencia. En la segunda que, desde Hipócrates alcanza hasta la aparicion del cristianismo, fué decayendo poco á poco la medicina de los templos para convertirse en una repugnante truhanería. (1)

Mas adelante añade. «Hoy es muy difícil de apreciar lo que sabian los Asclepiades y lo que hicieron progresar á la ciencia. Como nunca faltan hombres dispuestos á aplaudir todo lo antiguo, no debe sorprendernos encontrar en todas épocas escritores que hayan ensalzado la medicina de los sacerdotes, aunque tambien hay otros que les niegan toda instruccion, siendo uno de ellos Malgaine, que asegura podíamos pasarnos bien sin sus conocimientos, opinion que confirma Littré y propone

(1) Investigaciones históricas sobre el ejercicio de la medicina en los templos etc. por Augusto Gauthier 1844 cap. II.

(2) Cartas sobre la historia de la Cirujia insertas en la Gaceta de los Hospitales 1842, Mr. Malgaine, funda principalmente su opinion en las cuatro inscripciones votivas que hemos referido, pero estas inscripciones son de la época de los Antoninos y no pueden servirnos de modelo si las comparamos con las que se encuentran en los templos de los antiguos Asclepiades ni sobre todo las notas clínicas que estos sacerdotes redactaban para su gobierno.

sean borrados de la Historia de la medicina y de la cirugía. (4) Creemos que ambos médicos pecan por exceso, porque es probable que la lectura de las tablas, el hábito de ver enfermos les hiciera aprender algo.»

Me parece que lo mejor que pudiera decirse de esta parte de la Historia de la medicina, es que está envuelta en una grande oscuridad. La imaginacion se despacha á su gusto allí donde faltan documentos justificativos, pero se advierte que en casos tales no son estériles los esfuerzos de los sabios. Mas repito que en medio de tantas y tan diversas opiniones sobre el verdadero saber de los Asclepiades, la de Mr. Gauthier me parece la mas verosímil, la mejor fundada y la mas universal.

Por último nos aproximamos á una época en que el arte va á experimentar una metamorfosis interesante para el filósofo y para el historiador y ventajosísima para la humanidad. En efecto, hasta ahora el edificio médico estaba formado de materiales tomados de acá y allá y agrupados las mas veces sin gusto y sin método; ningun pensamiento concreto, ningun cálculo premeditado habia dirigido las investigaciones de los hombres que habían hecho los primeros descubrimientos. Pero desde ahora, la razon y el génio van á estender y á perfeccionar lo que el azár y el instinto ha bosquejado; el monumento científico de este arte tan difícil va á elevarse grande y magestuoso para que vayan armonizándose poco á poco todas sus partes. Ahora estudiaremos sus adelantos, apoyados, no en vagas conjeturas, sinó en monumentos auténticos y restos mas ó menos bien conservados. Así no nos veremos obligados á adivinar los pensamientos mas recónditos de sus trabajadores en las diferentes fases de su edificacion, sinó que los leeremos en caracteres claros, sobre fragmentos que nos quedan de sus mismos trabajos.

PERIODO FILOSÓFICO.

Comprende el espacio de tiempo trascurrido desde la dispersion de la sociedad pitagórica, el año 500 antes de Jesucristo, hasta la fundacion de la Escuela de Alejandria, el año 320.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Hasta aquí hemos marchado como á tientas, no contando para

(1) A Gauthier, obra citada cap. IV.

guiarnos en la oscuridad de los siglos mas que con algunas luces esparcidas acá y allá y á grandes intervalos. Pero ahora llegamos á una época en que la ciencia se despoja de su velo místico y revela con entusiasmo sus secretos. Los sacerdotes que por tanto tiempo habian estado en posesion de la doctrina de los pueblos, se dejan arrancar el cetro científico por los filósofos, estos les dejan solo el depósito esclusivo de los ritos sagrados, el monopolio de las ceremonias religiosas. Jamás se ha llevado á cabo con tanta paz una revolucion, jamás la inteligencia humana se ha detenido con mas satisfaccion á considerar las circunstancias que la han preparado y acompañado.

Es un hecho digno de tenerse en cuenta, y que no se ha escapado á la penetracion de los antiguos observadores, que los habitantes del Asia, despues de haber inventado los primeros elementos de las ciencias y de las artes y haberlas hecho adelantar bastante, se mantuvieron estacionarios y aun retrógrados, mientras que los Europeos, civilizados mas tarde, han sobrepujado con rapidéz á sus mayores, elevándose á una altura que jamás podian estos esperar. Hipócrates indica este notable fenómeno en su libro de los *Aires, Aguas y Lugares* y lo atribuye con admirable sagacidad á influencias combinadas del clima, costumbres y gobierno. Un clima suave é igual, que no espone al hombre á los cambios bruscos de temperatura, un suelo llano y fértil, alimentos frugales, un gobierno despótico, en fin, instituciones civiles y religiosas que tratan á los hombres como bestias y asignan á cada uno su puesto, del cual no puede salir, desde que nace; todas estas circunstancias parecen al filósofo de Coós muy á propósito para enervar la constitucion física de los pueblos, apagar su inteligencia y concluir con su energia moral, mientras que condiciones opuestas, tales como un clima variable, un suelo accidentado, un gobierno liberal producen, tanto física como moralmente, efectos contrarios. Así esplica la superioridad de los Europeos sobre los Asiáticos.

A estas consideraciones, sacadas de lo mas íntimo de la naturaleza del hombre, añaden los fisiólogos otra muy importante relativa á su conformacion primitiva; dicen que el desarrollo de la inteligencia está en proporcion del volúmen de los hemisferios cerebrales, sobre todo, de los lóbulos anteriores; añaden, fundados siempre en numerosas observaciones y en datos de anatomía comparada, que esta ley no solo abraza al hombre, sinó tambien á los animales. Por esto la raza mongola, á la que corresponden los naturales del Egipto, de las Indias orientales y de la China, es inferior á la caucasiana, madre comun

de la mayor parte de los Europeos, de lo cual deducen que la inferioridad intelectual de los primeros comparada con la de los últimos, es debida, tanto, al menos, á esa disposicion orgánica innata, como á las influencias exteriores.

Hipócrates dice que la Grecia con las islas de Rodas, Creta, Sicilia etc., y un estenso litoral en Europa, Asia y Africa, se encontraba al principio de este periodo en las mejores condiciones para el desarrollo de las facultades intelectuales. Mas pequeña que la mitad de la Francia, tiene un suelo desigual, temperaturas extremas, elevadas montañas con nieves perpétuas, estrechas gargantas atravesadas por torrentes, llanuras muy fértiles, valles deliciosos, laderas áridas y agostadas por un sol abrasador, un mar proceloso, una costa erizada de escollos y golfos profundos; en fin, si nos atenemos á las obras maestras de sus estatuarios, esta nacion está dotada de formas físicas las mas ventajosas, habiendo resultado de ellas, segun los modernos, la belleza, la fuerza y el genio.

Las instituciones políticas que disfrutaban la mayor parte de estas comarcas estaban en armonía con este concurso feliz de circunstancias. En todas ellas el poder despótico de los reyes había sido reemplazado por un gobierno democrático ó una monarquía templada. Todos los habitantes se conocían, se auxiliaban y juzgaban mutuamente, la opinión estaba menos espuesta á estraviarse, se premiaba el mérito; para ser considerado, era indispensable hacerse merecedor por algun hecho brillante, tal como la habilidad en los consejos, un talento privilegiado ó una honra sin mancha; había concluido el tiempo de la fuerza bruta, de los combates cuerpo á cuerpo con los monstruos ó los bandidos, para dar paso á la inteligencia. A los héroes, cuyos sorprendentes trabajos aplaude la Mitología; á un Homero, un Perseo, un Belefonte, reemplazan los grandes hombres, cuyos altos hechos ha referido la historia, tales como un Leonidas, un Milciades y un Temistocles.

Los gimnasios no eran ya, como otras veces, lugares consagrados á los ejercicios corporales, eran los sitios donde se reunían los filósofos, los retóricos, los artistas y los médicos á tratar de las cosas de su arte. Los espectáculos públicos se resentían de esta trasformacion, la fuerza y la destreza no tenían ya el privilegio de excitar la admiracion de la multitud, que solo gozaba con las producciones del espíritu.

Nos aproximamos á una época en que los asistentes á los juegos olímpicos escuchaban entusiasmados los libros de Herodoto, dando á cada uno de ellos el nombre de una de las nueve musas. Si Crotona

so enorgullecía con enviar los mas vigorosos atletas á estas solemnidades nacionales, que atraían el concurso de toda la Grecia; Atenas no lo estaba menos con las coronas concedidas á sus poetas, sus pintores y sus escultores, en cuyas obras maestras resplandecen la hermosura, la fuerza y el génio. La ciencia se iba despojando poco á poco de las formas simbólicas y misteriosas del Oriente para cubrirse con un adorno mas ligero: de taciturna que era en Egipto, se iba haciendo mas comunicativa y hasta locuaz. Insensiblemente se iban borrando los vestigios de esta antigua civilizacion egipcio-indica, que habia servido de modelo á la cultura griega; pronto sus sábios no irán á buscar á países extraños los conocimientos que necesitan, su patria va á ser un foco que alumbrará á las demás naciones. Los filósofos reemplazan á los sacerdotes que por tanto tiempo habian estado en posesion de la doctrina de los pueblos, los cuales quedan encargados de conservar solo el depósito sagrado. Muchos de estos, anteriores á Hipócrates, merecen una mencion especial, siquiera por la influencia que han egercido sus doctrinas en los progresos de la ciencia médica.

* *Tales de Mileto* es el primero de los filósofos que mas ha influido en la marcha progresiva del arte. Suponia dos causas en el universo, una eficiente, *Dios*; otra material, *Agua*; de que están formados todos los cuerpos; es la fórmula verdadera de la naturaleza, de los alimentos, de las semillas etc. Creía que la causa del movimiento general, era un *génio*, una *alma*, de manera que á cada cosa que se mueve por si y no por efecto de un choque, la concedía un alma, y así está lleno el mundo de espíritus divinos inmateriales y eternos. Esta doctrina influyó mucho en la Jonia donde la modificaron diciendo que los efectos visibles de la naturaleza dependen de una sola causa invisible, la cual suponian material. La variedad de cuerpos y de fenómenos naturales la esplicaban por la proporcion y mezcla de los elementos. Los filósofos griegos admitieron este principio dando origen á una secta conocida con el nombre de *sensualista* ó como hoy se la llama, *materialista*. Las doctrinas de estos sábios eran opuestas á las del pueblo y por eso se limitaban á enseñarlas en secreto, aparentando en público pensar como la generalidad, que creía en la pluralidad de sus dioses.

Demócrito, de Abdera, debió sus conocimientos á los sacerdotes de Egipto y adoptó los principios de Leucipo, siendo por esto considerados estos dos filósofos como los fundadores de la *escuela atómica*. Tomó de este *Su sistema de los átomos*, que suponía indivisibles, sin co-

lor, sin dureza, y que por su forma, posicion y colocacion daban lugar á la diversidad y variedad de cuerpos. Dotados desde su creacion de un movimiento continuo, pero siempre en una misma direccion, chocaron entre sí y adquirieron un movimiento de rotacion, durante el cual se combinaban los de naturaleza homogénea. Admitía *una alma*, agente principal de las funciones animales, esparcida por todo el cuerpo y formada de átomos esféricos, de naturaleza ignea é indivisible. Las sensaciones eran, para él, el resultado de la asimilacion de las emanaciones de los cuerpos con el alma, por el intermedio de los sentidos; el sueño la continuacion del movimiento de estas mismas emanaciones en los sentidos, despues de pasada la impresion. Consideraba á la respiracion como esencial para el sosten de la vida, pues dice que hay en el aire muchas sustancias de naturaleza especial, que impiden que el alma se separe del cuerpo. Dice que el semen es de naturaleza aerea y procede de todas las partes del cuerpo; que en la fecundacion se forman, primero, las partes exteriores, despues las interiores; las monstruosidades son debidas á la repeticion del coito, porque encontrándose el nuevo semen con el preexistente en la matriz, las determina. Los modernos le suponen muy instruido en quimica y en el arte adivinatorio y le atribuyen algunos tratados de medicina.

Eráclito de Efeso suponía que los cuerpos deben su existencia á la condensacion ó rarefaccion *del fuego*; su condensacion produce el aire, la de este, el agua, y la de esta, la tierra. El fuego es el principio del movimiento, y como penetra en todas partes, hace que el universo no pueda permanecer en reposo. Atribuye á la enemistad de los principios homogéneos la trasmutacion que á acontecido en los cuerpos y que necesariamente tiene que acontecer. Del fuego proviene directamente el alma del mundo; como una emanacion de la de este, la del hombre, y su inteligencia está en razon directa de su naturaleza ignea, é inversa de las relaciones de los órganos y de los humores. El alma del universo está en el aire y tomamos parte de ella cuando respiramos. De lo dicho, concluía, que solo llegamos á conocer la verdad por nuestra participacion con el alma general, pudiendo engañarnos los sentidos. *

Pitágoras, el mas célebre de los filósofos griegos, el que mas deseó arraigar en su país las tradiciones de la escuela egipcia, nos ofrece el mas palpable ejemplo de esas peregrinaciones lejanas con el objeto de instruirse, siendo quizá, el último sábio que ha trasmitido su doctrina en caracteres simbólicos. Nos interesa mucho conocer su biografía y la sociedad que fundó, porque nos pondrá de manifiesto el contraste del

paso de un estado social antiguo á uno nuevo mas perfecto. Nació en *Samos*, una de las islas mas florecientes del mar de Egea, el año 530 antes de Jesucristo. En su juventud fué atleta, pero habiendo oido hablar un dia al filósofo Berecides (de quien, se dice, admitía tres principios eternos, *Dios*, el *tiempo* y el *caos*) sobre la inmortalidad del alma, le gustó tanto, que renunció á su oficio para dedicarse esclusivamente á la filosofia. Siguió por mucho tiempo las lecciones de este, quiso conocer por sí las costumbres de otros paises y viajó por Egipto, la Fenicia, la Caldea y aún se dice que llegó á la India donde disputó con los *Brammas* y los mágicos que le iniciaron en su culto, sus leyes y su doctrina. Despues de muchos años que pasó ocupado en templar su alma para el bien y enriquecer su inteligencia con muchos y variados conocimientos, volvió á su patria donde fué recibido con aprecio por el tirano Polícrates que gobernaba con dulzura, y sin embargo reusó la hospitalidad que le ofrecía, yendo á buscar un asilo á un país extraño y libre, porque no podia habituarse á la servidumbre de sus hermanos. Marchó al Peloponeso, asistió á los juegos olímpicos donde fué reconocido y aclamado por la multitud. Desde allí, dicen sus biógrafos, fué á la parte meridional de Italia llamada *la gran Grecia*, desembarcó en Crotona y fué á parar á casa del atleta Milon con quien le unian lazos de amistad. Allí empezó su mision de reformador, teniendo sus discursos tal éxito que en poco tiempo reñió muchos discípulos á quienes sometía á un noviciado que duraba de dos á cinco años, durante los que debian guardar un silencio casi absoluto, comer en comunidad alimentos muy frugales, asistir á las lecciones que daba, egecutar sin replicar sus órdenes, en una palabra, tener una vida pura, modesta y arreglada, y los que se hacian mas dignos, eran admitidos despues á la participacion de los misterios. Era tan grande el respeto al Maestro, que muchos vendian sus bienes y le entregaban su valor, en una palabra; toda discusion entre ellos acababa con las siguientes palabras: *el Maestro lo ha dicho*. Su saber era inmenso, su locucion fácil y arrebatadora; se dice que inventó el teorema del cuadrado de la hipotenusa, que fué el primero que dividió el año en 365 dias y 6 horas, que sospechó el movimiento de la tierra y de los demás planetas al rededor del Sol, aserciones todas sin fundamento sólido. Fundó por fin una secta que se conoce con el nombre de *ítálica*, del nombre del país que la dió origen y tambien de *matemática* porque su teoria descansa en los números.

En sus peregrinaciones recorrió la mayor parte de las ciudades de

la gran Grecia, tales como Heraclea, Tarento y Metaponte, visitó los templos y fué iniciado en los misterios de Baco, Ceres y Eleusis; despues estableció en cada una su regla que ejerció poco despues una feliz influencia en las costumbres algo licenciosas de sus habitantes; ganándose el aprecio de los magistrados populares que le consultaban los negocios dificiles por la confianza que tenian en su ilustracion y su desinterés. Algunos de sus discípulos poco emprendedores, á pesar de los excelentes resultados de la doctrina del maestro, gustaban mas de intrigas y cabalas que del estudio y la meditacion, teniendo en poco al encargo especial que les hacia sin cesar: diciéndoles *Huid de lae judias*, alusion que se refiere á la costumbre de depositar una de estas en la urna, cuando se emitian sufragios en las asambleas populares. Los ambiciosos, á quienes su presencia contrariaba sus proyectos, le acusaban de aspirar á la dominacion universal; los sacerdotes lo anatematizaban porque no creia en las preocupaciones de la multitud; se censuraba la sencillez de sus costumbres, lo extraño de su lenguaje, su habitual silencio, su alejamiento de las fiestas y los placeres, se le insultaba, amenazaba y perseguia viéndose obligado á ocultarse para salvar su vida. La mayor parte de sus discípulos se fueron por esto del país, viéndose obligados á disolver su sociedad, que no volvió á constituirse aun en vida de su fundador.

Vamos á hacer un resúmen de la doctrina pitagórica, porque es muy del caso para la historia de la filosofía y de la medicina. De ella emanan bastantes teorías que han influido mucho en la marcha del espíritu humano y dan la clave de las pretendidas ciencias ocultas, cuyo reinado concluyó al terminar el siglo XVIII. Despues espondremos los resultados de la dispersion de sus adeptos.

CAPITULO PRIMERO.

Doctrina de Pitágoras.

De los monumentos de la antigüedad solo nos queda un fragmento incompleto y oscuro de la doctrina pitagórica; es una coleccion de sentencias atribuidas á Lysis, filósofo pitagórico, amigo y preceptor de Epaminondas. Pero sería difícil ó imposible sacar partido alguno de este precioso documento sin el sábio comentario de Fabre d' Olivet, á

cuyo talento es debido el que podamos descorrer una punta del velo que cubre los dogmas tan famosos del filósofo de Samos. (1)

Este comentador, queriendo dar una idea de su trabajo se espresa así: «En mi traducion he seguido el texto griego tal como se vé á la cabeza del comentario de Heriocius, comentado por el hijo de Causabon, é interpretado por Carterio; edicion de Londres, 1673. Esta obra, como todas las que nos quedan de la antigüedad, ha sido objeto de un gran número de discusiones críticas y gramaticales. Ante todo; se ha debido asegurarse hoy de la parte material y esta lo es tan auténtica y correcta como puede ser, y aun cuando todavía conserva algunas variantes, tienen tan poca importancia que no merece la pena nos entretengamos en su exámen. Esto á mi no me importa, y por otra parte, cada uno debe cumplir con su cometido. Este ha sido desde luego el de los gramáticos, concluirlo ó darlo por concluido. Pero el medio de no acabar nunca, es volver á empezar la misma cosa sin querer referirse á trabajo alguno de otro.» (1.^{er} exámen, pág. 190.)

He copiado literalmente del comentario de Olivet todo cuanto se refiere al sistema; mas por abreviar, me he contentado en algunos casos con analizar ciertos pasajes, circunstancia que doy á conocer por la supresion de las comas.

«Pitágoras considera el universo como un todo animado, cuyos miembros son las inteligencias divinas, colocadas cada una segun su perfeccion en la esfera universal. Él fué el primero que dió á esta todo el nombre griego *Kosmos* para designar con él, la hermosura, la regularidad y el orden con que se rije. Los latinos traducen esta palabra con la de *Mundus*, de la cual se deriva la francesa *Monde* (y la española *Mundo*) De esta unidad considerada como principio del mundo se deriva la palabra *Universo* que le damos. Esta misma unidad es para Pitágoras el origen de todas las cosas. Dios es el número 1, la materia el número 2 y el universo el número 12, como el resultado de la aproximacion de las cifras 1, 2, etc. (3.^{er} exámen.)

Como, por otra parte, el número doce resulta de la multiplicacion de 3 por 4; dice este filósofo, que el mundo universal se compone de tres mundos particulares unidos entre sí, y que cada uno se mueve en cuatro esferas concéntricas. Dios es el ser inefable que colocado en el

(1) He aquí el título de la Obra de Mr. Olivet. *Versos dorados ó poesias sentenciosas de Pitágoras*, esplicados y traducidos al francés en versos eumolpicos. Paris 1813, un volumen en 8.º Cada sentencia va acompañada de un comentario que el autor llama exámen.

centro de estas doce esferas, las llena, sin que por eso deje de gozar de libertad. Las cuatro esferas, de que se compone cada mundo particular, corresponden á las cuatro modificaciones elementales de la materia inerte ó amorfa, modificaciones que constituyen toda la materia viva y son el *aire*, el *agua*, el *fuego* y la *tierra*.

La aplicacion del número 12 al universo no es una invencion arbitraria de Pitágoras, la conocian ya los Caldeos, los Egipcios y los principales pueblos de la tierra, aplicacion que dió origen al Zodíaco, cuya division en 12 asterismos se conocía de tiempo inmemorial (3.^{er} *exámen*.)

Segun este sistema, Dios es la unidad, el alma del mundo, el principio de la existencia, la luz de las luces. Entre Dios y el hombre hay un número infinito de séres intermedios cuya perfeccion disminuye á medida que se alejan del principio creador. (3.^{er} *exámen*.) (1)

Al considerar el filósofo como una proposicion geométrica esta gerarquía espiritual, contempló á los séres armónicamente situados y fundó por analogía sobre las leyes de la música, las del universo. Llamó armonía al movimiento de los cuerpos celestes y se valió de los números para espresar las facultades de los diversos séres, sus relaciones y sus influencias. (3.^{er} *exámen*.)

Todas las cosas existentes por sí, provienen de la reunion de tres modalidades, así el universo ó el gran-todo, el *macróscomo*, contiene tres mundos secundarios; el hombre ó el pequeño mundo, el *micróscomo*, está compuesto de cuerpo, alma y vida, condiciones que corresponden á tres facultades diferentes, la sensibilidad, el sentimiento y la inteligencia constituyendo una triada. Cada triada, por otra parte, desde la que abraza la inmensidad hasta la que constituye el individuo mas sencillo, concurre á formar el cuaternario ó la tetrada. (3.^{er} y 12 *exámenes*.)

En su consecuencia, el número 4 representa el principio activo y oculto de toda sustancia, el 2 el pasivo ó la materia, el 3 el conjunto de estas facultades y el 4 la plenitud de su esencia. El 4 (el cuaternario ó tetrada) es por fin, el emblema de todas las cosas existentes por sí, puede servir para representar á cualquier ser, pero de ordinario se aplica al hombre. (3.^{er} y 12 *exámenes*.)

Hay se ha perdido el language de los números de que se valió Pitá-

(1) El autor explica la razon del porque se daba á los espiritus secundarios los nombres de ángeles, ó de espiritus intermedios ó de inteligencias ó de demonios.

goras á ejemplo de los sábios antiguos; los fragmentos que nos restan, mas bien sirven para probar su existencia, que para suministrar datos sobre sus elementos, porque los que los han arreglado escribian en una lengua que suponian conocida, de la misma manera que hacen ahora nuestros sábios, cuando emplean el álgebra. Sin duda que parece ridículo esplicar por estos signos un problema sin tener conocimiento alguno del valor y empleo de ellos, ó lo que todavia es peor, servirse de una cosa para esplicar la cosa misma; con estas fórmulas numéricas no solo se ha pretendido esplicarlo todo, sin comprenderlas ni aun saberlas escribir, lo que parece increíble; sino que los sábios, al verlas desfiguradas, las han despreciado, pero como no tiene fundamento alguno su desprecio, las han hecho aparecer en el mismo idioma que habian empleado los antiguos, obrando en esta ocasion como en otras muchas y creando asi la ignorancia de las ciencias antiguas, para decir despues «la antigüedad es ignorante.» (3^{er} examen.) (1)

El filósofo de Samos admite dos esencias, eternas, increadas, *el espíritu y la materia*; con ellas esplica los diversos fenómenos de sensibilidad, sentimiento ó inteligencia. «El que pretenda ó haya pretendido fundar el universo en la existencia de una sola naturaleza, ya natural, ya espiritual y esplicar por ella los fenómenos del mundo, se espondrá á encontrar siempre dificultades insuperables y al preguntar cual es el origen del bien y del mal, no podrá evitar se hundan todos los sistemas desde aquella época hasta la nuestra; desde Mosco, Leucipo y Epicuro, hasta Espinosa y Leibnitz; desde Parménides, Cenon de Elea y Crisipo, hasta Berkeley y Kant. (34 examen).

Uno de los mayores secretos de sus misterios es la unidad de Dios con la homogeneidad fundada en la unidad del espíritu que la anima y de la cual nacen nuestras almas. Los sabios de la antigüedad (los caldeos y los sacerdotes de Egipto) habian consignado ya este dogma, segun dicen Stanley y el juicioso Beausobre. Los mismos admitian una armonía entre el cielo y la tierra, entre lo sensible y lo inteligente, entre lo divisible y lo que no lo es, de suerte que lo que pasaba en la triada primordial, es exactamente igual á lo que pasa en las demás. Por lo demás, debo decir que la teurgia, la astrologia, la mágie y la química corresponden al cuaternario ó la tetra da humana y se fundan

(1) El pequeño resumen que hemos hecho arriba del language de los números, serviría, aun cuando es imperfecto, para hacer comprender la importancia que los antiguos daban á los periodos ternarios y cuaternarios en la determinación de los dias criticos.

en la homogeneidad natural, de la que parece parten las ciencias ocultas.» (28 examen).

En este sistema, el hombre es un intermedio entre la inteligencia y la sensibilidad, el último de los seres superiores, el primero de los inferiores, libre para unirse á Dios ó para volver al punto donde vino hasta el extremo de perder su dignidad. En este principio espuesto de diversos modos, se funda la trasmigracion de las almas, dogma admitido por todos los pueblos antiguos y desfigurado por los modernos en lo que llaman *Metempsychosis*.

Traspasaríamos demasiado los límites que nos hemos trazado en este exámen, si fuéramos á dar una amplia esplicacion de esta diferencia (37 examen).

«El mismo dice que el alma está unida á un cuerpo bueno ó malo por el intermedio de sus facultades, llama á este cuerpo la carne sutil del alma, y dice que el cuerpo perecedero no es mas que una cubierta grosera.» (37 examen). (1)

Otro de los dogmas de la doctrina pitagórica, es creer en la perfectibilidad indefinida de la naturaleza fundada en la homogeneidad de su esencia, dogma que se han apropiado los modernos y robustecido con consideraciones de gran valor. De él se han ocupado con mas ó menos acierto Leibnitz, Lecat, Ch. Bonet, Buffon, Linneo, Kant, Schelling y en fin el autor de los artículos *Naturaleza animal del nuevo diccionario de historia natural*. (33 examen).

El autor de ellos se espresa así. «Todos los seres organizados son modificaciones de uno universal, primitivo, animal ó vegetal. El hombre es un intermedio entre la divinidad y la materia, entre el cielo y la tierra, su inteligencia brilla en el mundo, es la cadena de comunicacion entre todos los seres. (2) Ha podido haber un tiempo en que un insecto, una concha, un reptil inundo no conocian superior en el universo y se encontraban á la cabeza de los seres organizados. ¿Quién sabe si en la eterna noche de los tiempos, el cetro del mundo no pasará de las manos del hombre á las de otro ser mas perfecto y mas digno de llevarle? Acaso la raza negra, hoy tan secundaria, ha sido la reina de la tierra antes de que existiese la raza blanca; y si la naturaleza ha concedido sucesivamente el poder á las especies mas perfectas; porque ha de

(1) Pondremos de manifiesto en su tiempo y lugar la grande analogía hay entre esta doctrina y la de las nomadas inventada por Leibnitz.

(2) Véase el nuevo *Diccionario de Historia natural* la palabra *Naturaleza*.

detenerse hoy? ¿Quién establecerá los límites de su poder? Esto nos revela un solo Dios y su mano poderosa la que gobierna. (1)»

He dado á estos extractos sobre la doctrina de Pitágoras, mas extensión que lo que queria, arrastrado por la sublimidad de su belleza y encadenamiento de ideas y espero que las preciosas aclaraciones que en ellos he encontrado sobre un gran número de cosas y opiniones, indemnizarán al lector hoy, como lo harán en lo sucesivo. Un sistema que une por un lazo comun á Dios, al universo, al tiempo y á la eternidad; que dá una explicación de los fenómenos naturales, sino verdadera, aceptable al menos, en una época en que se le comparaba con la mitología grosera de los sacerdotes paganos; tal sistema, digo, es muy á propósito para deslumbrar á la vez la imaginación y la inteligencia. Ahora se concibe sin esfuerzo la admiración y el entusiasmo de sus adeptos á medida que abanzaban en el conocimiento de sus misterios. Era pues muy natural, su sumisión, su respeto, su reconocimiento al hombre superior que les inició en estas altas concepciones.

Disuelta que fué la sociedad pitagórica, sus miembros marcharon á diferentes puntos de la Grecia, donde algunos revelaron los secretos de su doctrina. Muchos se hicieron célebres en diversas carreras, pero nosotros nos ocuparemos solo de algunos dedicados al ejercicio de nuestro arte que introdujeron la costumbre de ir de ciudad en ciudad á visitar los enfermos á domicilio, lo que les valió el nombre de *periodeutas* ó ambulantes, en oposicion á los Asclepiades que los visitaban en los templos. Los charlatanes que despachaban sus drogas en las plazas ó en las tiendas, nunca han ocupado sitio alguno en la gran gerarquía médica, por numerosos que hayan sido en algunas épocas.

* *Almeon de Crotona* (2) es uno de los pitagóricos que mas se distinguieron en el ejercicio del arte, del cual se hace especial mencion porque se supone que estaba muy instruido en anatomía y fisiología. Los que le atribuyen conocimientos anatómicos y fisiológicos se fundan en la suposicion que hace de que las cabras respiran por las orejas. Esto, cuando mas, probará que se dedicó al estudio de la anatomía comparada y que descubrió la trompa de Eustaquio en alguna cabra que tuviera perforado el tímpano. En fisiología cree que el asiento del alma reside en el cerebro, que la audicion es dependiente de la forma del oido porque todos los cuerpos huecos transmiten bien los sonidos,

(1) Dicionario de Historia natural. La palabra Animal.

(2) Lauth. *Historia de la anatomía*. Strasbourg, 1815, lib. II.

que el semen emana directamente del cerebro; que lo primero que se desarrolla en el feto es la cabeza por ser el asiento del alma; que el feto se alimenta por la superficie, como el embrión de las aves de la clara, es decir, por imbibición; que la pubertad es análoga á la inflorescencia de las plantas. A este médico se debe la primera teoría sobre el sueño, que según él, consiste en retrogradar la sangre á los vasos gruesos, cesando cuando se dispersa de nuevo, y produciendo la muerte cuando se estanca. La salud consiste en la armonía funcional, la enfermedad en la discordancia.

Empedocles de Agrigento fué mas famoso que el anterior. Filósofo, poeta, legislador, hombre de Estado y adivino, como son la mayor parte de los médicos de la antigüedad, no recibió por completo las lecciones del Maestro, ó las modificó á su manera. Su físico imponente, su elocuencia, su moralidad y sus curas tenidas por milagrosas, le hicieron considerar como el confidente de los dioses. Fué el primero que introdujo en la medicina la teoría de los cuatro elementos con lo que llegó á conciliar los sistemas de sus predecesores, el de Tales, que todo lo atribuye al *agua*, el de Anaximeno, al *aire*, el de Pitágoras, al *fuego* y el de Xenófanes, á la *tierra*, y da á los cuatro unidos parte igual en la formación del universo. A las causas activas que determinan la acción de los elementos las llama *amistad y enemistad*. Los elementos son, según él, eternos; su unión, debida á la casualidad, ha dado origen á todas las cosas; sus diferentes combinaciones, la variedad y distinción de ellas; y su desunión originará algun día el caos de donde todo procede, así como del caos saldrá un nuevo universo despues de un tiempo indeterminado. Aplicó esta teoría de la creación á la de los animales, cuya formación no estaba, según él, sujeta á reglas, ni bajo la influencia de un ser inteligente. El azár habia reunido los elementos y producido monstruos incompletos que carecían de los órganos necesarios á la vida y otros completos cuyas especies se han propagado, mientras que los primeros no. Suponia el mismo origen á las plantas, á las cuales concedía una alma y por consiguiente la facultad de querer y percibir sensaciones. Esta mutualidad de relaciones entre los animales y vegetales le obligó á emplear las mismas expresiones para ambos, pues llamaba huevos á las semillas y gestación á la fructificación; decía que el embrión se producía por la mezcla de los licores prolíficos de los dos sexos, debiendo su forma al predominio de uno de ellos ó á la imaginación de la madre; el sexo al grado de calor de la matriz; los gemelos á la abundancia del licor; los monstruos á la falta ó estra-

vio de él. Aseguraba que el feto se hallaba formado á los cuarenta y cuatro dias. Su teoría servía tambien para esplicar la formacion de los órganos; los músculos resultaban de la mezcla de partes iguales de los cuatro elementos; los tendones de un exceso de fuego y tierra; los huesos de un exceso de esta y de agua etc. Dió el nombres de *Amnios* á la membrana que encierra el feto y *amnióticas* á las aguas en que nada. Por la misma teoría esplicaba las sensaciones; de la afinidad entre los elementos predominantes de los objetos exteriores y los órganos de los sentidos resultaban estas. El sueño es, segun este filósofo, producido por la disminucion del calor y la muerte por la estincion de éste. La respiracion se debe al vacio que resulta en el feto en el momento en de nacer, la espiracion al calor que espele el aire que ha penetrado los pulmones. Esta es su fisiología.

Hemos dicho que por sus curas y hechos extraordinarios le hacian ser el confidente de los dioses, y vamos á referir entre otras, una que pone de manifiesto su gran sagacidad. Hacía mucho tiempo que las fiebres palúdicas ocasionaban grandes estragos en su pais natal, observó que su aparicion coincidía con la presentacion de un viento llamado *Siroco* (Sub-Este,) que viene de Sicilia: aconsejó hacer una tapia en la parte de la poblacion correspondiente al viento y ejecutado su mandato, no volvió á presentarse la peste. Algunos viajeros modernos han confirmado esta asercion, entre otros, el Dr. Brayer en su obra *Nueve años en Constantinopla*.

Los habitantes de Selinonte padecían una enfermedad endémica por causa del agua de un rio que en ocasiones inundaba la ciudad y dejaba charcos que desprendian vapores mal sanos. El filósofo y médico á la vez llevó dos manantiales de agua clara que arrastró la deteñida y la endemia desapareció (1). *

En la misma época florecia en Agrigento otro médico llamado *Acron* que no era pitagórico. Este rechazaba toda teoría médica y quería que se atubieran solo á la esperiencia pura. Por eso muchos le han considerado como el Jefe de la *Secta empírica*. No sabemos que valor puede darse á esta opinion, porque no poseemos fragmento alguno de sus obras. Todo lo mas que se puede decir, es que la division de los médicos en muchas sectas, con sus principios, sus reglas, y en cierto modo, su símbolo distinto; no tuvo lugar hasta dos siglos mas tarde, despues de la fundacion de la biblioteca de Alejandria.

(1) Dió. Laert. *Empedocles. Las Ciencias ocultas* por Eas. Salverte. Paris 1843, póg. 334.

* Hay otro filósofo contemporáneo de Empedocles, muy conocido por su teoría de las *homeomerías*, es *Anaxágoras* de *Clazómene*. Según él, la materia primordial es un conjunto de átomos infinitamente pequeños fuera del alcance de los sentidos. Unos son similares, otros no, estos se unieron y dieron lugar á la formación de los cuerpos, cuyos elementos *homeomerías* tienen la misma naturaleza y propiedades, aunque difieren del mismo cuerpo que resulta de su asociación. Admite una alma inmortal, de naturaleza ignea ó etérea, repartida en todas las partes de los seres organizados. Para Anaxágoras, la mano distingue al hombre de los demás seres y el mayor ó menor desarrollo de su razón depende de ellas. Dice que el embrión procede únicamente del licor del macho, que la madre no hace más que recibir; y la diferencia de los sexos consiste en el sitio que vaya á ocupar el feto en la matriz. Concluye con decir que la bilis entra en los pulmones y es la causa de la mayor parte de las enfermedades. *

Llevamos dicho que los Asclepiades enseñaban la medicina y visitaban los enfermos en los templos, también se enseñó y ejerció en los gimnasios, aun antes que estos hubiesen revelado los secretos de su doctrina. (1) En estos establecimientos había tres clases de médicos un Director ó *Gimnasiarca* encargado de enseñar á los atletas y personas que acudían á estas escuelas; un Vice-director ó *Gimnasta* de administrar los medicamentos á los enfermos, y bastante número de subalternos llamados *Jatraliptas*, de ejecutar las prescripciones del director y vice-director; tales como hacer sangrías, curar heridas, úlceras, reducir fracturas y luxaciones, dar fricciones, unturas etc. Se refieren maravillas de la sagacidad de los directores de estos establecimientos; se dice que conocían las menores infracciones del régimen de los enfermos ó si habían ó no dado el paseo de costumbre ó entregado á los placeres de Venus. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que estos Médicos gozaban de grande reputación y de no escasa habilidad. (2)

La historia conserva los nombres de dos gimnasiarcas contemporáneos á Hipócrates, pero más viejos que él, el primero es *Icos de Tarrento*, célebre por su sobriedad y su continencia; tanto que llegó á ser proverbial. El otro es *Heródico* ó *Prodicio de Selimbria*, el mismo que cita Platon en el pasaje de su república (véase pág. 31.) Este fi-

(1) Véase—Platon—*De las leyes*—Daniel Lecler, *Historia de la Medicina*. C. Sprengel *Historia de la Medicina*.—H. Houdart. *Estudios históricos y críticos sobre la doctrina de Hipócrates*. Paris 1840, en 8.º

(2) Obras de Hipócrates, Libro 2.º de los Prorreticos en su principio.

lósofo dice que Heródico fué el primero que empleó la gimnasia para curar los enfermos, reprendiéndole mucho por querer prolongar de este modo la vida de los achacosos. Hipócrates añade, que mataba á los febricitantes por el excesivo egercicio que empleaba para curarlos (1) pues cuenta que les obligaba á recorrer sin descansar la distancia que hay desde Atenas á Megara, como unos 360 estadios, (próximamente 9 leguas francesas,) y volver. Ambos cargos, por contradictorios que parezcan, se esplican bien, si no olvidamos que un trabajo tan violento conviene á los crónicos y perjudica á los que padecen una enfermedad aguda.

CAPITULO II.

Escuelas Asclepiadeas.

Llevamos dicho que había dispensarios en la mayor parte de los templos de Esculapio donde consultaban los enfermos, se daban remedios y los jóvenes aspirantes al sacerdocio se iniciaban en la práctica médica. Hasta esta época los Asclepiades habían conservado las tradiciones de la escuela egipcio-indica, es decir, que solo transmitían su doctrina á los miembros de su familia ó á algunos estraños que habían satisfecho á las pruebas de la iniciacion. Pero desde que los discípulos de Pitágoras revelaron sus misterios médico-filosóficos, desde que los filósofos se atrevieron á discutir y enseñar públicamente los principios de la física, la teología y la moral, desde que los médicos periodeutas y los gimnasiarcas adquirieron la confianza del público; los sacerdotes no pudieron guardar por mas tiempo silencio, se pena de perder para siempre el cetro de la ciencia que habían tenido hasta entonces, viéndose obligados á arrojar al campo de la discusion los principios y reglas de su práctica. Así es como la medicina salió de la oscuridad del santuario y tomó en poco tiempo incremento tan rápido con las nuevas luces de la publicidad. Los sacerdotes del templo de Cnido fueron los primeros en seguir el impulso del siglo, publicando la pequeña coleccion de sentencias cnidianas. Los del templo de Coós no tardaron en seguir el ejemplo de los de Cnido, pues publicaron una serie de tratados, que reunieron mas tarde bajo el nombre de *Obras de Hipócrates*. Esta coleccion que abraza todas las publicaciones médicas

(1) Proretricos. Lib. 6.º, seccion 3.ª § 18. Edicion de Mr. Littré.

de este periodo, constituye uno de los mas preciados monumentos de la medicina antigua. Pero antes de hablar de las materias de que se ocupan, vamos á decir algo del personage cuyo nombre llevan.

ARTÍCULO I.—HIPÓCRATES (1).

Hipócrates nació en la isla de Coós, hácia el año 460 antes de Jesucristo, de una familia de Asclepiades. Pretende descender de Esculapio por su padre, y de Hércules por su Madre. Cuéntanse (2) siete parientes con este nombre, pero el mas célebre es el segundo. Se conocen pocas particularidades de su vida y se ignora cuando murió; unos creen que vivió 110 años, otros 82, otros 80. Segun las citas que hace en alguna de sus obras, viajó por el Asia menor, la Tracia, la Macedonia, la Tesalia, y otros países. Contemporáneo de Sócrates, aunque mas jóven que él, vivió en el siglo de Pericles, en el que las ciencias y las artes llegaron al mayor grado de perfeccion que entonces se conocía.

La isla de Coós, hoy Stancio, situada entre Mileto y Rodas, cerca de las costas de la Jonia, tiene un clima benigno y pasaba entonces por uno de los puntos mas salubres, pero ha perdido su antigua reputacion desde que está bajo la dominacion turca. Entonces tenía un templo dedicado al dios de la salud y una Escuela de medicina la mas célebre de todas.

Hipócrates se hallaba en medio de las mejores condiciones para recibir una educacion médica completa, mas, descontento aun con esta especie de enseñanza doméstica, visitó las principales ciudades de la Grecia, de Asia y Europa, disputó con los filósofos, visitó los gimnasios, prestó los auxilios de su ciencia á cuantos se valian de él, recogió observaciones, tanto sobre las enfermedades y constituciones médicas, cuanto sobre la influencia de las costumbres, de los climas, del régimen de vida etc. Volvió á su patria y con los materiales que había recojido y con los que le habian dejado sus antecesores, compuso sus obras inmortales que admiró el mundo é hicieron de la medicina una de las

(1) El que quiera estudiar con estension la biografía de Hipócrates, puede hacerlo consultando la escrita por Luis Figuier en el tomo 1.º de su obra *Vidas de los sabios de la antigüedad*.

(2) He aquí la lista de los antepasados de Hipócrates tal cual la espone su biógrafo Clercio. Esculapio, padre de Podalro, padre de Hipóloto, padre de Sóstrates, padre de Dardano, padre de Crisamo, padre de Chomitades, padre de Teodoro, padre de Sostrates II, padre de Crisamo II, padre de Teodoro II, padre de Sostrates III, padre de Nembro, padre de Gnesodico, padre de Hipócrates I, padre de Heráclito, y éste de Hipócrates II, cuyo nombre se ha hecho inmortal. N. del T.

ramas mas importantes de la filosofia natural. Durante su vida adquirió gran celebridad, y en su autoridad se apoyen, cuando hablan de la organizacion humana, su contemporaneo Platon y hasta el mismo Aristóteles.

Poco á poco se fué perdiendo la costumbre de llamar à la medicina la ciencia de Esculapio, desde entonces los sabios principiaron á llamarla la ciencia de Hipócrates. Sus hijos, nietos y yerno fueron tambien médicos y le ayudaron y aun escribieron algunos libros, poniéndolos bajo su egida, ya para honrar su memoria, ya para dar mas valor á sus opiniones y preceptos, ya, en fin, para conformarse con el uso establecido desde muy antiguo entre las familias sagradas ó por todo á la vez; si bien poco despues de su muerte era muy difícil distinguir las obras suyas de las de sus discípulos, dificultad que fué aumentándose en lo sucesivo por la ignorancia ó inexactitud de los copistas que alteraban el testo ó por la mala fé de los bibliófilos. Galeno dice que estos no tenian reparo en poner el nombre de Hipócrates en la portada de los libros que no eran suyos ó que llevaban el de un autor poco conocido para darlos valor con esta superchería; añade, que los comerciantes se valian de este medio para aumentar su precio, sobre todo en la época en que varios soberanos de Egipto y del Ponto Euxino rivalizaban por aumentar sus bibliotecas mandando traer libros de todas partes y pagándolos á precios proporcionados á la reputacion de sus autores.

Los sábios adjuntos á la biblioteca de Alejandria no tardaron en descubrir el fraude; desde la fundacion de esta tuvieron cuidado de colocar en carpeta separada, los escritos que les parecieron originales del mismo Hipócrates, designándolos con el nombre de *Volúmenes* de la *Tabla chica*, disposicion que aun existió en tiempo de Galeno.

Un gran número de comentadores se han entretenido en distinguir las producciones legítimas de Hipócrates, pero como han tomado distintos caminos y se han apoyado en documentos diferentes, ha variado completamente su número. Galeno trae una lista de todos, distinta de la de los demás, lista que han modificado tambien los modernos. Segun las sábias investigaciones de Mercurial, Foés, Grimm, Grunnér, Ackermann Sprengel y otros muchos, podía creerse que está agotado este punto, pero ahora se está publicando una edicion de *las obras de Hipócrates* con el texto francés en frente, cuyo autor Mr. Litré, en una notable introduccion que ocupa casi el primer tomo, pasa revista á todas las opiniones relativas á la autenticidad de los libros hipocráticos, y hace

brotar de un fondo tan rebuscado, y en apariencia estéril, una nueva luz, indicaciones profundas é ingeniosas que uno estaba lejos de esperar. «¡Tan cierto es que en materia de antigüedades, como en materia de ficciones, no se espiga tan bien un campo que no encuentren algo que recoger los que vengan detrás!»

El moderno traductor de las *Obras de Hipócrates* no ha recogido solo algunos manojos de espigas, sino una excelente y abundante cosecha; examina, á ejemplo de sus antecesores, el catálogo de los escritos atribuidos al padre de la medicina griega, y añade nuevas variantes á las ya existentes. Sin engolfarme en investigaciones ó disertaciones ajenas al plan que me he propuesto, he adoptado la siguiente regla para que me sirva de guía en este dedalo de opiniones divergentes. Admito como legítimos los escritos reconocidos como tales por los principales críticos y considero los demás como dudosos ó apócrifos. Esta regla me parece la mas segura para aproximarse á la verdad, tanto como es dable en semejante materia, puesto que los intérpretes ó comentadores propenden, por lo general, á estender el dominio de su autor favorito mas que á restringirle. He aquí, pues, los que me parecen ser los escritos auténticos de Hipócrates segundo.

El Pronóstico.

Algunos aforismos.

Las Epidemias, 1.^{er} y 3.^{er} libros.

Del régimen en las enfermedades agudas.

De los aires, aguas y lugares.

De las articulaciones ó de las luxaciones.

De las fracturas.

Del Mochilo ó de los instrumentos de reduccion.

Esta lista no abarca la cuarta parte, pero, aun reducida como es, basta, si nos atenemos á la época en que fueron escritos, para justificar el entusiasmo de los contemporáneos y la admiracion de la posteridad.

ARTÍCULO II.

Coleccion hipocrática.

Mr. Littré prueba de una manera convincente que esta coleccion, tal cual hoy la conocemos, no se publicó por completo sino en tiempo de la fundacion de las grandes bibliotecas de Alejandría y de Pergamo. Hasta entonces circulaban pocos escritos de Hipócrates, pues la

mayor parte de ellos estaban en poder de sus sucesores que únicamente se los daban á sus discípulos. Esta coleccion encierra un pequeño número de tratados completos, y otro mayor, pero truncado, formado de extractos, fragmentos, notas y pensamientos sueltos cuya misma imperfeccion atestigua por algunos de estos trozos que no estaban destinados á publicarse; correspondiente la mayor parte á escritos de diversos autores, con algunos fragmentos de Platon y Aristóteles. La coleccion hipocrática es el mas antiguo y auténtico monumento de la ciencia médica, es el primer anillo conocido de la cadena que une las doctrinas y los descubrimientos de la medicina antigua con las doctrinas y descubrimientos de la moderna. Solo por esto ya merece nuestra atencion, aunque tambien ayudan á esta la exactitud de sus observaciones, la estension de sus ideas y la delicadeza de las indicaciones que brillan en alguna de sus partes.

§. I. ANATOMÍA Y FISIOLÓGIA.

Ni Hipócrates ni sus descendientes disecaron cadáveres humanos, el respeto profundo que se tenía á los muertos en toda la Grecia se oponia á esta práctica. En sus escritos solo se encuentran algunas generalidades sobre la forma, volúmen y posicion respectiva de las principales vísceras; no así los huesos que están descritos con bastante exactitud, hecho que se esplica por una tradicion de que los Asclepiades de Coós tenían en su escuela un esqueleto humano para enseñar á sus discípulos. Además pudieron adquirir algunos conocimientos sobre la conformacion de las partes contenidas cuando examinaban las entrañas de las víctimas, asistiendo á los heridos que padecian heridas penetrantes de alguna cavidad y disecando animales. Segun la opinion de casi todos los historiadores, estas son las fuentes de donde han sacado sus conocimientos anatómicos los miembros de la familia de Hipócrates. Sin embargo, el autor de la *Historia de la Anatomía* niega que este haya disecado animales y que tuviera un esqueleto. Sea de esto lo que quiera, he aquí los libros en que se encuentran muchos detalles anatómicos.

De los lugares en el hombre.

De las heridas de cabeza.

El Mochilo.

Del corazon.

De las glándulas.

De la naturaleza de los huesos.

Fragmentos sobre la diseccion de los cuerpos.

A la conclusion del período que nos ocupa principió á debilitarse la preocupacion que impedía tocar los cadáveres humanos, tambien parece que empezó á extinguirse la familia de Hipócrates, puesto que desde aquella época ya no figura ningun descendiente suyo en la historia de la ciencia.

La fisiología, tal como hoy la concebimos, es decir, esta rama de la ciencia que se ocupa en describir las funciones de cada aparato orgánico, no puede dar un paso sin el auxilio de la anatomía, por eso choca poco que apenas se encuentren algunas indicaciones en los libros hipocráticos. En ellos se lee que las glándulas son visceras esponjosas destinadas á empapar la humedad de las partes vecinas, y que el cerebro, como glándula mas gruesa, aspira los vapores del interior de todo el cuerpo. Los músculos conocidos con el nombre genérico de *carnes* están destinados á cubrir los huesos; los nervios propiamente dichos, los tendones, los ligamentos y las membranas, son tenidos como análogos y con iguales funciones, es decir, que todos en comun concurren á la produccion de los movimientos. Lo general es que confunden las arterias con las venas, ó si las distinguen, es en la suposicion de que las unas contienen aire y las otras sangre. La respiracion tiene por objeto templar el calor de los pulmones y del corazon.

Pero si los fisiólogos de entonces olvidaban el estudio de cada funcion en particular, en cambio se dedicaban á especulaciones trascendentales sobre la naturaleza y asiento del principio vital. Unos le colocan en la humedad, otros en el fuego, otros en la union de dos ó de cuatro elementos. Cada uno se esfuerza en sostener su teoría con argumentos mas ó menos especiosos, cada uno aspira á la gloria de remontarse hasta los primitivos principios; las verdades aisladas, los conocimientos intermedios eran motivo de desprecio por parte de estos observadores. Esta era la direccion que daban los médicos y filósofos á sus investigaciones, y en algunos libros de la coleccion hipocrática iremos viendo muchas de estas que se limitan al conocimiento del principio motor de las organizaciones.

§. II. HIGIENE.

Al hablar de la medicina de los Hebreos, digimos que Moises habia regulado todo cuanto concierne á la conservacion de la salud. Los As-

clepiades que debian, como él, su educacion á los sacerdotes de Egipto, dieron tal y tan grande importancia á la higiene, que sus escritos son todo lo acabados que se puede esperar de los conocimientos que poseian. Estos son

1.º El tratado de *Aires, Aguas y Lugares* bosquejado por una mano maestra. Se espone en él con método y con ayuda de la esperiencia, el influjo de los climas, de las estaciones, del suelo, sobre la salud del hombre. Se ha censurado al autor de este libro que trate estos graves asuntos de una manera, al parecer, superficial, cosa que no es verdad, si tenemos en cuenta que no habia nacido la fisica experimental sin la que es imposible tratar estas cuestiones de un modo concienzudo. Lo cierto es que no conocemos otro que encierre mas puntos de vista ni de mayor trascendencia filosófica, segun digimos al principiar el estudio de este periodo. En apoyo de lo dicho haremos notar que contiene el gérmen de dos producciones modernas tenidas con razon como obras maestras, *el Espiritu de las leyes de Montesquieu* y *las Relaciones de lo fisico y lo moral del hombre por Cabanis*. (1)

2.º El tratado del *Régimen* dividido en tres libros, composicion bien concebida y mejor desarrollada á pesar de algunas digresiones y rarezas que tiene la primera parte. Su autor dice, que el hombre está formado de dos principios, *el agua y el fuego*, cuyo equilibrio constituye la salud. Esta teoría llena el libro primero; el segundo se ocupa en estudiar todos los modificadores higiénicos destinados á secar ó humedecer; el tercero marca el modo como debe hacerse uso de estos modificadores, teniendo en cuenta la posicion social de los sugetos, su profesion, su buena ó mala constitucion, su estado de gordura ó flacidez, las estaciones etc. En estos tratados se ve el principio de esta dicotomia á la que tanto empeño han tenido los fisiólogos de referir, bajo tan variados nombres, todas las modificaciones del organismo.

3.º El pequeño tratado de la *Dieta salubre* extracto del precedente, desprovisto de toda descripcion fisiológica, al cual haremos solo un pequeño cargo; el ser muy sucinto. Su autor recuerda en él la costumbre que tenian muchos de tomar uno ó mas vomitivos cada mes ordinario en su tiempo como un proceder higiénico. «Dice, que el que tiene la costumbre de vomitar dos veces cada mes, encontrará mas ventaja con hacerlo dos dias seguidos, que una vez cada quince dias.» (§. 7.º)

(1) Véase la octava edicion seguida de la Carta sobre *las causas primeras* con notas por L. Peisse, Paris, 1844, en 8.º

§. III. PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA.

Hemos dado una idea de las nociones que tenían los Asclepiades de la estructura y funciones de las diversas partes del cuerpo, así como de los medios de conservarlas su integridad. Diremos ahora algunas palabras sobre el desorden de estas mismas funciones y medios de hacerlas volver á su estado normal; nos ocuparemos, en fin, de la patología y de la terapéutica, cada una de las que se subdivide en otras ramas segun el modo de ver de sus autores y la estension de los conocimientos que poseian.

Una de las divisiones mas antiguas de la patología y de la terapéutica es la que separa en dos órdenes las enfermedades y la manera de tratarlas; uno interno ó médico, otro esterno ó quirúrgico. Nosotros conservaremos esta division, no porque sea muy filosófica, sinó porque la siguen la mayor parte de los escritores que tratan de esta materia y que todavía se sostiene en la ciencia á pesar de su poca exactitud; pero antes harmos una sola advertencia cuya importancia se irá apreciando en el curso de esta historia y es, que una clasificacion científica no es mas que una colocacion artificial de hechos é ideas que sirven para formar una ciencia. Ahora bien, como cada día se añaden nuevos hechos y nuevas ideas á las antiguas, resulta de aquí que varia el valor de una clasificacion segun el tiempo. Sirvan de ejemplo las que parecían tan buenas en tiempo de Hipócrates con la de Sauvages y tantas otras tan celebradas en el siglo pasado y tan olvidadas hoy por las nuevas y recién hechas por diversos escritores de nuestros dias. El génio del hombre no ha alcanzado á trazar un cuadro inmutable en el cual se encierren todas las ideas, todos los descubrimientos de las futuras generaciones, y el que lo intente, no hará mas que engolfarse en un laberinto donde no pueda salir; verdad es que algunos lo han intentado, pero hasta ahora no lo han conseguido. En mi juicio el mérito de una clasificacion metódica estriba en abrazar, de la mejor manera posible, la universalidad de las materias que constituyen una ciencia en una determinada época y en presentarlas de modo que facilite la memoria y el juicio, modo que se comprende debe variar con las diferentes fases de la ciencia.

Durante el período que estudiamos, el organismo era considerado como un todo casi indivisible, los síntomas como la espresion de un trastorno general orgánico, mas bien que como indicio de un desorden

particular de tal ó cual parte. En virtud de estas miras, los médicos estudiaban siempre su marcha, su gravedad, sus indicaciones generales, sin ocuparse de ninguna enfermedad en particular, por ejemplo: «se decía que era conveniente que el profesor encontrase acostado al enfermo de la misma manera, poco mas ó menos, que cuando estaba bueno, esto es, sobre uno de los lados, con la cabeza y extremidades superiores ó inferiores en semiflexion, lo contrario que cuando la estension es forzada y tiene tendencia á caerse de la cama ó de correrse hácia los pies en ciertos males. (1)»

La escuela de Coós había hecho con sumo esmero desde su principio el estudio de los síntomas de un modo abstracto y general, creando una nueva rama de patología que se conoce con el nombre de *Semeyótica*.

§. IV. SEMEYOTICA.

La Semeyotica ocupa un lugar preferente en la medicina de los Asclepiades. Los dos tratados principales de esta coleccion, *los Pronósticos y el libro 2.º de las Predicciones ó Porrohéticos* estan destinados á esta rama de la patología. De lo mismo se ocupan el 4.º libro de las *Predicciones ó Prenociones coacas*, especie de colecciones que se tienen por anteriores á Hipócrates, así como el libro de *los Sueños* que es un apéndice al tratado del *Régimen*. Todos estos fragmentos reunidos forman mas de la octava parte de los escritos hipocráticos, sin contar un gran número de sentencias esparcidas en otros libros, especialmente en los *Aforismos*. Hipócrates al principio de su *Tratado del pronóstico* nos da una esplicacion precisa del sentido que antes se daba á esta palabra, al mismo tiempo que aprecia con un criterio muy elevado el gran valor de esta rama de la patología. «Dice, que, le parece ser el maspreciado Médico aquél que pronostica mejor, penetrando y esponiendo, antes de todo, á la cabecera de los enfermos, el presente, el pasado y el porvenir de sus enfermedades y poniendo á la par de manifiesto lo que ellos omiten, se convencerán de la verdad de sus conocimientos, se grangeará su confianza y harán sin vacilar cuanto les preceptúe. Dirigirá tanto mejor la curacion de un mal, cuanto que sabrá, con el auxilio de lo que vea en el momento, leer el porvenir. Todos saben que es imposible volver la salud á todos los enfermos: aunque esto valdría mas que predecir la marcha del mal. Pero una vez que muchos tienen que mo-

(1) Del pronóstico, § 8.º

rirse, unos antes de llamar al médico, víctimas de la violencia del mal; otros en el momento de haberle llamado, y los restantes despues de pasados algunos días, sin que haya tenido tiempo de combatir con los medios del arte su enfermedad, importa mucho conocer la naturaleza de las afecciones, saber cuando son superiores à los esfuerzos orgánicos y aun indagar al mismo tiempo, si hay en ellas algo de divino. * deben tambien advertirse cuidadosamente las diferentes enfermedades epidémicas y no ha de ignorarse la constitucion del tiempo. » * De esta manera se llamará con justicia Médico y egercerá con pericia su profesion. En efecto, todo el que prediga con bastante anticipacion los accidentes que pueden sobrevenir, podrá preservar mejor del peligro á aquellos cuyos males son curables y no le deshonrarán cuando conozca y diga los que han de suceder. (1)»

Por este pasaje se vé que la palabra *Pronóstico* tenia una significacion mucho mas lata entre los antiguos que tiene entre los modernos, puesto que abrazaba al mismo tiempo este y el diagnóstico. El segundo paragrafo del mismo libro nos dice de que manera formaban su pronóstico los hipocratistas y da una idea de la gran diferencia que hay entre la medicina de su tiempo y la nuestra. «Dice que el Médico deberá hacer en toda enfermedad aguda las siguientes observaciones: primera, examinar la cara del enfermo y notar si se asemeja á las de las personas sanas, y sobre todo, si se parece á la del mismo cuando está bueno; esta circunstancia es la mejor, pues cuanto mas se aparta del parecido natural, tanto mayor será el peligro. Las facciones llegan á su mayor grado de alteracion, cuando la nariz se afila, los ojos se hundén, las sienes se deprimen, las orejas se encogen y se quedan frías, sus lóbulos se inclinan hacia fuera, la piel de la frente se pone tirante, seca y árida, toda la cara, en fin, queda verdosa, negra, livida ó aplomada. Si desde el principio del mal el rostro presenta estos caracteres y los demás signos no suministran indicaciones suficientes, se preguntará si el enfermo ha estado mucho tiempo desvelado, si ha tenido alguna gran diarrea, si ha sufrido hambre, porque si hubiese acontecido cualquiera de estos accidentes, deberá considerarse menos inminente el peligro. Semejante estado morboso se juzga en veinte y cuatro horas cuando las causas que acabo de indicar son las productoras de la alteracion fisionómica, pero si así no fuese, si la enfermedad no cesase en las horas prefijadas, la muerte no se hará esperar. (2)»

(1) Del pronóstico. §. 1.º

(2) Del pronóstico. §. 2.º

Mucho tiempo y muchas observaciones han sido precisas para reunir en un solo cuadro, como lo ha hecho Hipócrates, los rasgos culminantes de la descomposicion del rostro en el momento que nos abandona la vida, para referir este espantoso aparato de síntomas, unas veces á una ligera indisposicion que se juzga en veinte y cuatro horas, otras á un estado, cuya fatal terminacion nada puede impedir ni retardar. En aquella ocasion, el Médico formaba su juicio y su pronóstico sin tener en cuenta el estado de los órganos interiores, lo que indicaba una gran sagacidad, pues de lo contrario, por mucha atencion que pusiera, debería ser para él un motivo frecuente de errores. Hoy, un Médico en presencia de tal conjunto de síntomas llegaría á atribuirlos á una lesion visceral, cosa que no era posible en tiempo de Hipócrates, á causa de serle desconocida la anatomía patológica y tener que contentarse con la observacion de los fenómenos ostensibles, fundando con ellos su pronóstico y su tratamiento. El que está acostumbrado á ver enfermos, que conoce por esperiencia la variedad infinita y la inconstancia de los síntomas, es el que solo puede apreciar el tiempo, el trabajo y la paciencia que se precisa para entresacar algunas proposiciones generales de la observacion de estos, en una palabra, para trazar reglas de semeiotica como las que nos ha legado la medicina antigua, algunas de las que conservan todavia su valor. Si pensamos mas detenidamente, nos admiraremos de la perspicacia de los antiguos que en muchos casos sabian preveer los acontecimientos de las enfermedades con tanta seguridad como nosotros, que contamos hoy con medios de investigacion mas perfeccionados y numerosos. Téngase además presente, que la mayor parte de estas reglas están formuladas en sentido aforístico, circunstancia que indica la manera que fueron establecidas. He aquí poco mas ó menos como han debido proceder: cuando síntomas idénticos ó análogos se presentaban cierto número de veces, guardando el mismo orden, comprobaban el hecho de su sucesion constante con una proposicion general, cuya enumeracion pocas veces contenía escepciones, porque la esperiencia no habia puesto todavia de manifiesto ninguna de estas. Pero á medida que en lo sucesivo, se fueron viendo, se las anotó y se formaron nuevos aforismos que rectificaban los primeros ó los contradecian; mas adelante se aumentaron las escepciones de tal modo que estos axiomas perdieran parte de su valor. Los autores que despues adoptaron esta forma de enunciar sus conocimientos, fueron menos afirmativos, menos absolutos en sus sentencias, y como tal, inspiraban menos confianza, cambio que vemos operarse entre el tratado del *Pronós-*

tico y el segundo libro de las *Predicciones*. Sea el que quiera el autor de este último, se advierte que se muestra menos confiado y menos afirmativo que su predecesor. Empieza por llamar la atención del lector contra lo maravilloso de ciertas predicciones y cita las que se atribuían á los directores de los Gimnasios. «En cuanto á mi, añade, no soy adivino, pero describiré los signos mas á propósito para poder juzgar, que enfermos podrán curarse, cuales se morirán y cuales los que estarán poco ó mucho tiempo enfermos.» (1)

Segun algunos pasages del mismo libro y algunos fragmentos sobre los sueños que forman parte de la coleccion hipocrática, parece que los médicos de entonces acostumbraban á pronosticar un mal desde la primera ó segunda visita; costumbre que todavia subsiste en China como ya lo hemos dicho, y en Turquía como lo atestigua mi respetable amigo el Dr. Brayer, que con este motivo refiere una curiosa anécdota en la cual hizo hasta cierto tiempo el papel de adivino. (2) Costumbres como esta, recuerdan la infancia del arte; allí donde imperan la ignorancia y la supersticion, se consulta á un médico como á un oráculo, como á un hombre dotado de ciencia infusa, no como á un simple mortal que ha llegado á fuerza de estudios y observaciones á conocer la marcha natural de cierto número de enfermedades y asignar algunos caracteres por medio de los que puede en muchas ocasiones anunciar, con alguna probabilidad, el exito. Hipócrates vitupera mucho á los médicos que abandonando el camino de la verdad y de la rectitud, se convierten en Taumaturgos ante los enfermos, dan sus respuestas de una manera que se adapta bien á las mas diversas situaciones, en fin, emplean toda clase de artificios como hacen hoy los hechiceros, los juglares, los sónambulos, para engañar á los infelices que sufren.

§. V. NOSOGRAFÍA INTERNA.

La nosografía es la clave de la terapéutica, y en tanto es esta segura y racional en cuanto que la primera es metódica y completa. Poco importa que el terapéutico tenga á su disposición muchos y variados

(1) Libro 2.º de las predicciones §. I. Traducción de Gardell.

NOTA. Mr. Littré no ha concluido todavia la traducción de las obras de Hipócrates y por esto me verá obligado á servirme para algunos libros de la de Gardell, y tendré el cuidado de indicar esta circunstancia como acabo ya de hacerlo. N. del A.

El autor alude al tiempo en que publicó su libro, pues hoy está completa la edición, y parte de ella, como ya hemos dicho, traducida al castellano por el Catedrático Santero.

N. del T.

(2) Obra citada.

agentes curativos, si no sabe distinguir todos los casos en que su empleo es oportuno ó perjudicial. ¿Que digo? cuantos mas medios tenga á su disposicion, cuanto mas potentes y enérgicos sean, tanto mas peligrosos llegarán á ser en manos de los ignorantes. Lo que mas distingue al práctico ilustrado y juicioso del rutinario ciego y temerario, es el conocimiento de las indicaciones, dato que solo se adquiere comparando los síntomas que ve, con los observados antes y con las mas fieles descripciones nosológicas.

En muchos pasages de los libros hipocráticos se dividen las enfermedades en esporádicas, endémicas y epidémicas; distincion muy útil y fundada, que el práctico no debe perder nunca de vista, atendido á que una misma enfermedad cambia de gravedad y reclama medios distintos segun las fases y formas en que puede presentarse. Los mismos escritores las dividen en agudas y crónicas, pero lo hacen de una manera oscura, se contentan con indicar esta division, mezclan y confunden en sus libros estas dos clases, en una palabra, no observan ni guardan orden alguno. Uno solo se distingue de los demás por su método, es el pequeño *Tratado de las afecciones*, resumen de nosografía el mas completo de la coleccion; en el están descritas segun la región que ocupan, así es que el frenesí que se le creia fijo en el diafragma, está descrito despues de la pulmonía, y cosa chocante; las fiebres lo están despues del frenesí, como si tuvieran su asiento en el estómago y la parte superior del vientre.

He aquí una lista de libros correspondientes á la coleccion hipocrática destinados en totalidad ó en parte al estudio de la nosología interna.

1.º *El tratado del régimen de las enfermedades agudas, desde el paragrafo 29 hasta 44 inclusive.*

2.º *El tratado de los lugares en el hombre, desde el paragrafo 16 hasta la terminacion del libro.*

3.º *Una pequeña monografía sobre la Epilepsia, llamada enfermedad sagrada.*

4.º *El tratado de las enfermedades, en cuatro libros.*

5.º *El tratado de las afecciones.*

6.º *El tratado de las afecciones internas.*

7.º *Un fragmento sobre las enfermedades de las mugeres en particular sobre la histeria.*

8.º *El libro sobre la naturaleza de la muger.*

9.º *El tratado de las enfermedades de las mugeres, en dos libros.*

10.º *Una monografía sobre la esterilidad.*

Todos estos libros y fragmentos están lejos de constituir un tratado completo de patología interna. La mayor parte de las enfermedades crónicas solo se citan por su nombre, algunas ni aun esto, y solo un pequeño número se describe. La omisión de toda esta clase tan importante de enfermedades es debida á que se las consideraba por la generalidad de los médicos como simples incomodidades que no merecian llamar la atencion.

Hemos citado y refutado ya la opinion de Platon que censuraba á Herodico porque se empeñaba en prolongar la vida de los valetudinarios con el auxilio de la gimnasia. He aqui un pasaje de otro autor contemporáneo de este filósofo que pensaba poco mas ó menos que él. «En su tratado de las enfermedades, §. 36 dice, que «la lepra, las comezones, la sarna, las cóstras, las manchas blancas de la piel, la alopecia, etc. provienen de la pituita; por eso se han empleado remedios que evacuen este humor; *pero estas son mas bien deformidades que enfermedades.* (1).»

En segundo lugar, son tan defectuosas las descripciones que han hecho los Asclepiades de las enfermedades agudas, á pesar del grande esmero que á su estudio prestaron, que es muy difícil, por no decir imposible, citar una sola que ofrezca un cuadro algo acabado y bien ordenado de una especie morbosa cualquiera; de lo cual concluimos diciendo, que estos restos de la antigüedad médica tienen hoy poco interés bajo el punto de vista didáctico, pero si no sirven para el estudiante ó para el práctico novél, valen en último resultado para el erudito ó el filósofo, para quienes los restos de la antigüedad son como las miras que indican el camino que ha seguido antes la ciencia, y el espacio que ha recorrido.

Presumo que mis lectores no llevarán á mal que ponga aquí la descripción de algunas enfermedades elegidas de entre las que me han parecido mejores de la coleccion hipocrática.

DE LA PULMONÍA.

«La pulmonía aparece de la manera siguiente: El atacado se siente débil, se va de acá para allá, no sabe como tenerse, con fiebre alta, respiracion anhelosa y frecuente, dolor en distintas partes del pecho, en las escápulas, en la parte anterior, arriba, abajo ó en medio, gra-

(1) Traducion de Gardeil

vativo; algunas veces delira. Pulmonías hay en que el dolor no se deja sentir hasta que se tose, las cuales son mas peligrosas y de mayor duracion. Al principio del mal no arrojan los enfermos mas que cortas cantidades de una materia espumosa, la lengua se cubre de una capa amarillenta, que luego se ennegrece. Cuando esto sucede desde que la inflamacion se manifiesta, esta marcha con mas rapidéz, lo contrario que cuando el color negro se presenta despues. Entonces la lengua se pone áspera, resquebrajada y se pega al dedo siempre que se la toca, y estos cambios de coloracion y consistencia anuncian el estado de la enfermedad, del mismo modo que en la pleuresia. La pulmonía dura lo menos catorce dias, y lo mas, veinte. Mientras dura, la tos es fuerte y el pulmon se desembaraza de los materiales estraños. Al principio los esputos son abundantes y espumosos hácia el sétimo ù octavo dia; cuando la fiebre ha alcanzado su máximun, si la pulmonía es húmeda, los esputos son mas espesos; sinó, tomarán al diez y siete un color verdoso con estrias sanguinolentas. Desde el doce al catorce son muy abundantes y de carácter puriémulo. Tal es la situacion de todos los que tienen el temperamento y la constitucion de los cuerpos húmedos y cuya enfermedad es intensa, lo contrario que sucede en los de condiciones opuestas, en las cuales la enfermedad es menos grave. Cuando á los catorce dias no salen con la tos mas esputos puriémulos y el pulmon no tiene materias estrañas ó está seco, se cura; en el caso contrario, hay que cuidar si se agota el esputo desde el diez y ocho al veinte y uno; si no se agota, preguntad al enfermo si tiene sabor dulzaino, si dice que si, es prueba que supura el pulmon, entonces ya se sabe que el resultado es al fin fatal. Entonces podrá durar, cuando mas, un año, al menos que el pus no salga en cuarenta dias. Cuando diga que los esputos tienen muy mal sabor, probará que su muerte no se hará esperar.

Desde los primeros dias se puede, pues, saber á que atenerse. Cuando el enfermo arroja todo el pus podrido en los veinte y dos primeros y que no hay nuevos desgarros en el pulmon, se salvará; de lo contrario, se morirá. La primera de estas dos especies de pulmonía no deja tras sí vestigio alguno en el pulmon. Es muy importante conocer las inquietudes que siente el enfermo, y cuales son los medios de que dispone el médico para combatirirlas; si los sintomas son moderados, el resultado es bueno, en este caso la pulmonía no es mortal de suyo. Luego diremos el modo de tratarla.»

DE LA PLEURESÍA. (1)

He aquí el estado de un enfermo acometido de pleuresía. Dolor en alguno de los lados, escalofríos, calentura y respiracion frecuente, tos, decúbito sentado, esputos biliosos de color de corteza de granada, cuando no hay desgarraduras, sanguinolentos, si las hay. Si no las hay y son biliosos, la pleuresía es buena; en el caso contrario, es mala y aun mortal si se presenta hipo; si con la tos sale saliva y coagulos de sangre negra, sobreviene la muerte en el dia sétimo; si llega al diez, se cura el enfermo; si al veinte, termina por supuracion y espata pus concluyendo por vomitarle, siendo entonces muy difícil la curacion. Hay pleuresías secas, sin esputos y son muy malas; en estas los fenómenos críticos son distintos que en las húmedas; en ellas conviene dar mucho á beber á los pacientes. Las biliosas y las sanguineas se juzgan al noveno ó al oncenno dia. Se curan estos males con mas facilidad cuando desde el principio son poco intensos los dolores y si se hacen agudas al quinto y sexto dia, entonces se prolonga el mal hasta el doce; si se le pasa, se cura. Cuando este ha sido moderado desde el principio, violento desde el sétimo y octavo, no se juzga hasta el catorce, despues de lo que ha pasado el peligro.

La pleuresía de la espalda difiere de las demás en que se siente un dolor como el de una herida. Los enfermos se quejan gritando, la respiracion frecuente, esputos poco abundantes; al principio cansancio general, orinas sanguinolentas al tercero ó cuarto dia, lo comun es que muera el enfermo al quinto ó sétimo, pasado este término se cura; despues de esta fecha la enfermedad es menos grave y menos mortal, sin embargo conviene estar con cuidado hasta el catorce, pasado el cual, el enfermo se salva. Ciertos pleúriticos arrojan esputos buenos mientras que arrojan orinas semejantes al jugo que exala la carne asada; sienten dolores agudos que se dirijen de la parte anterior del pecho á las axilas; en este estado, si pasan del sétimo dia, se curan.

Cuando en las pleuresías aparecen granos pequeños en la espalda con calor en las escápulas, sensacion de peso ó incomodidad en el vientre, que despidan materiales verduzcos y fétidos, la muerte sobreviene al dia veinte, por consecuencia de esta evacuacion, pero si pasa del veinte, se cura.»

(1) Ibidem. §. 18, 19 20.

Semejantes y parecidas descripciones, como llevo dicho al principio de este capítulo, no reportan utilidad á los lectores extraños á los estudios médicos, ni á los principiantes; pero son preciosos como monumento histórico para conocer el estado de la ciencia en una época tan remota, de la que solo nos quedan algunos restos; el práctico experimentado ve en ellos con interés muchos caracteres de enfermedades que el mismo ha observado y que prueban hasta cierto punto la exactitud de estos cuadros.

§. VI. TERAPÉUTICA.

Los médicos de los dos períodos precedentes, no habían emitido máxima alguna general de terapéutica, pero seguian por instinto la siguiente: *«cuando una medicacion ha curado una enfermedad cualquiera, debe curar igualmente todas las enfermedades idénticas á la primera.»* Esta máxima de una verdad incontestable, es solo una fraccion de otra mas general que abraza toda la filosofía de las causas y que se puede enunciar de esta manera: *«los mismos agentes colocados en análogas circunstancias, producirán siempre los mismos efectos.»* Pero una proposicion tan universal, que no solo corresponde á la medicina, sino á las demas ciencias, que nada dice sobre la acción íntima de los medicamentos, pareció demasiado superficial á los médicos filósofos y demasiado vaga á los prácticos que ambicionaban tener una regla menos elástica, una regla, en fin, mas conforme con las exigencias de el arte. En consecuencia, unos y otros buscaron un principio fundamental de terapéutica, y he aquí cual fué el fruto de sus investigaciones; creyendo ver que hay siempre una especie de antagonismo entre la causa de los fenómenos morbosos y las propiedades activas de los medicamentos, ó bien entre la modificacion patológica del organismo y la impulsión curativa impresa á la economía por el tratamiento; espresaron esta ley por el siguiente aforismo: *«Contraria contrariis curantur. Los contrarios se curan con los contrarios.»*

La mayor parte de los escritores de medicina adoptaron este principio y se esforzaron en establecer el arte sobre su base; mas para ello, eran precisas dos cosas:

1.^a Conocer la causa primordial de cada enfermedad ó la lesion primitiva que la constituye.

2.^a Determinar el modo de obrar y el grado de energía de los

agentes terapéuticos á fin de que el práctico pueda elegir los mas oportunos al mal que quiere curar.

Poco á poco iremos dando á conocer los resultados de los esfuerzos intentados en diversas épocas para conseguir este doble objeto y mas de una ocasion tendremos de discutir la validez de la *hipenantiosis* ó el principio de los contrarios. Ahora solo nos basta hacer notar que este principio no ha sido, desde su aparicion, acogido por todos. El autor del libro que lleva el siguiente título *de la Medicina antigua* uno de los mas filosóficos de la coleccion hipocrática dedica muchos paragrafos á refutar este axioma (vease §. del 13 al 20 inclusive.) En el tratado de los *Lugares en el hombre* se lee que las enfermedades se curan, unas veces por los contrarios, otras por los semejantes, otras, en fin, por remedios que no tienen relacion alguna de semejanza ni oposicion (vease §. 67, 68, 69, 70, Gardeil.) Terminaremos este capítulo esponiendo un ejemplo del modo como los prácticos de aquella época aplicaban los principios generales de la terapéutica al tratamiento de cada enfermedad. He aquí uno de los mejor ordenados y mas completos que contiene la coleccion.

TRATAMIENTO DE LA PLEURESIA Y DE LA PULMONÍA. (1)

Es necesario tratar de la siguiente manera las afecciones perineumonias y de la pleura. Si la fiebre es aguda, si hay dolor en uno ó en los dos lados del pecho, si el enfermo sufre durante la espiracion, si tose, si los esputos son herrumbrosos ó lívidos ó tenues, espumosos, ó sanguinolentos ó en fin, si se diferencian algo de los que se arrojan en el estado normal; conviene obrar del modo siguiente: si el dolor se estiende por arriba hasta la clavícula ó cerca de la axila y el brazo, se abrirá la vena interna del correspondiente al lado afecto. La cantidad de sangre que se tenga que sacar ha de ser proporcionada á la constitucion del cuerpo, á la estacion, á la edad y el color del enfermo, y si el dolor es agudo, se dejará salir hasta producir desmayo, aplicando despues una lavativa. Si al contrario, el dolor ocupa la región inferior de la pared del pecho y la tension es fuerte, deberá administrarse un purgante suave, pero nada mas interin esté este obrando, despues, podrá tomar el oximiel. El purgante deberá administrarse al cuarto dia,

(1) Apéndice al Tratado del régimen en las enfermedades agudas, §. II. Trad. de Mr. Littré T. II, pag. 395 y siguientes.

usando en los tres primeros de lavativas y recurriendo al medicamento, como ya se ha dicho, si estas no produjesen ningun resultado favorable. Se tendrá con los enfermos mucho cuidado hasta que no tengan calentura y llegue el sétimo dia; desde esta época, si pareciere que están fuera de peligro, déseles un poco de jugo de tisana en pequeña dosis, al principio tenue y mezclada con miel. Si la convalecencia adelanta, sinó duelen los costados, si la respiracion es buena, se administrará dos veces al dia el jugo tenue de tisana aumentando poco à poco su consistencia y cantidad, pero si al contrario, la convalecencia es mediana, se les dará menos de beber y por alimento solo una pequeña porcion de jugo ligero de tisana y por sola una vez; eligiendo para dársela una hora en que los pacientes se sientan mejor, lo que se conocerá por el exámen de la orina. A los que se hallan próximos á la curacion, no debe dárselos tisana, mientras las condiciones de los esputos y la orina no indiquen la cocion; sin embargo, si se ha usado alguna purga y ha producido evacuaciones copiosas, conviene dar la tisana, pero en corta cantidad y ténue, porque sinó, la vacuidad de los vasos no les dejará dormir, ni digerir, ni aguardar las crisis; fuera de este caso, es necesario que se fundan los humores ácidos y que sea evacuada la materia morbosa y entonces nada se opondrá ya á que se alimenten. Se conoce que los esputos están cocidos cuando se parecen al pus; y las orinas cuando depositan un sedimento rojizo como el del orobo (*ervum ervilia* Linn.) En cuanto á los demás dolores de costado, nada impide que se apliquen fomentos y emplastos de cera; se darán fricciones con aceite caliente ó con manteca en los lomos y en las piernas y se cubrirán los hipocondrios hasta las mamas con cataplasmas de simiente de linaza. Cuando la perineumonía llega á su máximun, de nada aprovecha lo que se haga sinó se provoca evacuacion, y es muy malo que el enfermo tenga disnea, que la orina sea clara y acre, y que se presenten sudores al rededor del cuello y la cabeza, sudores que son fatales, por que se presentan á proporcion que el mal se aumenta, produciendo sofocacion y estertor, en cuyo caso muere el enfermo á no ser que le aparezca un flujo de orina abundante y espesa ó una expectoracion de materiales cocidos. Cualquiera de estos fenómenos que sobrevenga espontaneamente resuelve la enfermedad.

Ectegma para las perineumonías de galvano y piñones con miel atica. Otro expectorante, abrotano, (*artemisa abrotanum*) con oximiél y pimienta.—Purgante; hagase un cocimiento con el heleboro negro (*helleborus orientalis* Lin.) y desele á beber á los pleuríticos en el principio

y mientras dure el dolor; tambien es bueno en los males del higado y en los dolores agudos que proceden del diafragma una bebida de opoponaco, (*pastinaca opoponae* Lin.) que se hace hervir en oximiél y despues se cuela. En general debe administrarse en vino y miel cualquier remedio que haya de producir evacuaciones de vientre y de orina, y si se trata, que solo obré por la cámara, se dará en mayor cantidad de agua el oximiél.

§. VII. NOSOGRAFÍA Y TERAPÉUTICA ESTERNAS Ó CIRUJÍA.

Gardeil trae la lista que sigue de los libros de la coleccion hipocrática que tratan de la nosografia y terapéutica esterna ó Cirujía.

- 1.º *El laboratorio del Cirujano*, en que espone la manera de hacer las curas y aplicar los vendages y aparatos.
- 2.º *De las fracturas*. Este tratado es tan perfecto, que parece superior á los conocimientos anatómicos de aquel tiempo.
- 3.º *De las lujaciones*. Este parece ser una continuacion del anterior.
- 4.º *Del mochilo*. Este un estrácto de los tratados de las fracturas y lujaciones.
- 5.º *De las heridas de cabeza*. Monografia notable por la verdad con que trata el asunto.
- 6.º *De los males de los ojos*. { Fragmentos de poco valor, superficial.
- 7.º *De las heridas*. . . . } cial.
- 8.º *De las fistulas*. . . . } Monografias bastante buenas.
- 9.º *De las hemorroides*. . . . }

Esta lista indica lo bastante para conocer que se han omitido muchas cosas de que se ocupa la Cirujía, tales entre otras, las heridas penetrantes de pecho y vientre, las hernias, los cálculos vexicales etc. En estos libros solo se describen algunas operaciones quirúrgicas y si se exceptua el tratado de las fracturas y lujaciones y la monografia de las heridas de cabeza, puede decirse que los demás citados no hacen mas que desflorar el objeto cuyo título llevan, así que todos ellos reunidos están lejos de constituir un tratado completo de Cirujía que pueda compararse con los del periodo histórico que sigue; pero es probable y aun seguro que no conozcamos todas las obras quirúrgicas de los autores hipocráticos, pero lo conocido nos basta para probar que los Asclepiades habian llevado esta rama á un grado de perfeccion tan grande como el de la patologia interna.

§. VIII. OBSTETRICIA.

Si hay ocasiones en que los auxilios de la medicina son muy necesarios y de una grande eficacia, lo son seguramente las que se presentan en la práctica de los partos. En estos momentos la vida de la madre, del feto ó de ambos á la vez, penden de una maniobra bien dirigida ó de una indicacion bien formada. Los deberes del comadron ó de la partera no se limitan á cuidar y favorecer el parto, sinó que alcanzan tambien al embarazo y la lactancia. No deberá chocar que los médicos se ocupen preferentemente de esta rama del arte y que los legisladores la hayan sugetado á reglamentos particulares. Los Asclepiades no la habian olvidado y publicaron los escritos que siguen.

TOMO I. DE GARDEIL.

- 1.º *Una monografía sobre la generacion.*
- 2.º *Otra sobre la naturaleza del niño.*
- 3.º *Otra sobre el embarazo de siete meses.*
- 4.º *Otra sobre el embarazo de diez meses.*
- 5.º *Un pequeño tratado de partos titulado, De la superfetacion; resúmen de Obstetricia; excelente entonces.*
- 6.º *Un pequeño fragmento sobre la denticion.*

TOMO IV.

- 7.º *El primer libro de las enfermedades de las mugeres.*
- 8.º *Un fragmento sobre la extraccion del feto muerto.*

*Los tratados del *Embarazo* de siete y ocho meses, aunque sucintos, son dignos de meditarse, porque revelan el modo como contaban los Asclepiades el tiempo de la preñez y porque contienen observaciones curiosas bajo el punto de vista de la importancia que los pitagóricos daban á los números. Contaban el tiempo por meses ó cuarentenas, siendo los meses, unos de 29 dias, otros de 30. Segun ellos el feto era viable á los siete meses y no á los ocho, opinion fundada en el valor que daban á los números y en la influencia de los periodos críticos.*

*El tratado de la *Superfetacion*, que nada contiene que tenga relacion con su título, si se esceptua un solo paragrafo, es un compendio de partos que abarca todo cuanto sabian los Asclepiades, refiere algu-

nos de estos, los medios para que las mugeres se hagan embarazadas, las causas de la esterilidad, de los abortos y medios de remediarlos.*

* El tratado de la *Estraccion* del feto muerto, que se cree que no es de Hipócrates, porque en él se aconsejan sacudidas bruscas, práctica que reprueba en muchos pasajes de sus obras. En el aconseja extraer el feto en fragmentos, y describe además un procedimiento para reducir las procidencias de la matriz. (1)

El de las *Enfermedades de lamujer*, que se ocupa de la esterilidad, de los medios de remediarla, de los loquios, de la subida de la leche, de los partos laboriosos, del parto del feto muerto, de las molas, etc; constituye la transición entre estos y las enfermedades de esta. Las muchas consideraciones que contiene acerca de los varios estados del utero, hacen mirar á esta obra lo mismo que á la que sigue, como producto de la misma escuela. Una de las mas importantes es la que se refiere al empleo de las bujias ó candelillas para dilatar el orificio de la matriz y lo que concierne al escirro y carcinoma del mismo órgano.

El de la *Naturaleza de la mujer* parece un compendio del de las enfermedades, adicionado con algunas fórmulas.

El de la *Esterilidad* es un extracto de lo que acerca de esta materia, se dice en los diferentes tratados anteriores reuniendo en él las diversas causas de la esterilidad y los remedios para que las mujeres conciban.*

El tratado de la *Denticion* es un fragmento en que se indican las circunstancias en que la salida de los dientes va ó nó acompañada de peligro, fijando la atencion en la diarrea, en la tos, en las aftas y convulsiones. La lectura de estos diferentes tratados nos prueba la importancia que daban á esta parte de la medicina y el modo preferente con que se ocuparon de ella, aunque no con la estension debida, porque en ella se advierten vacíos mas ó menos considerables.

Además en algunos puntos, como sucede en el libro primero de las enfermedades de las mugeres, se dirige á las comadres y no a los médicos, lo que hace presumir que estos solo eran llamados en los casos graves y extraordinarios, siendo aquellas encargadas de asistir en los leves y ordinarios, que son los mas frecuentes.

§. IX. CLÍNICA.

La clinica no constituye una rama particular de la medicina, sino

(1) Obras de Hipócrates, §. 81 de Gardell.

que abraza todas cuantas tienen aplicacion á la cabecera de los enfermos, es la mas importante de la enseñanza médica; el maestro une allí al mismo tiempo el ejemplo al precepto, la práctica á la teoria. Nada hay mas á propósito para madurar la esperiencia de los jóvenes que estas lecciones dadas á la cabecera de los enfermos, cuando el encargado de hacerlo une á una instruccion profunda, una gran probidad; y bajo esta palabra, comprendemos con un profesor moderno, el candor, la justicia, la franqueza, la humanidad y el desinterés. Mr. Bouilland insiste con fundamento sobre la necesidad de añadir estas cualidades morales á la ciencia en el ejercicio y la enseñanza de la medicina. Porque es facil demostrar que no habiendo moralidad, el arte mas bienhechor se convierte en un instrumento de decepcion, en una arma peligrosa puesta en manos débiles. Define al verdadero médico *un hombre honrado instruido en su arte; vir probus medendi peritus*, (1) definicion que no se sabe vulgarizarla bastante, porque manifiesta cuales son las cualidades que deben tener los encargados de curar nuestros males, y de cuidar de nuestra salud. Hipócrates fué universalmente apreciado, no solo por sus virtudes, sino por su génio; virtudes y génio que brillan en sus observaciones clínicas; jamás se ocupó de si mismo, solo le animaba el deseo de ser útil á sus semejantes, ilustrándolos sobre los medios de conservar su salud ó recobrarla cuando la pierden. Confiesa, con una ingenuidad que ha encontrado hasta ahora pocos imitadores, sus triunfos y sus derrotas; convencido sin duda que instruye tanto á los hombres el confesar un error como el poner de manifiesto una verdad.

El libro mas antiguo de la coleccion hipocrática lleva el título de *Epidemias*. Estas afecciones impresionan tan vivamente á todos, que hasta los escritores estraños á la ciencia no se han desdeñado el trazar su historia como uno de los acontecimientos estraordinarios dignos de pasar á la posteridad. Era, pues, muy natural que al describirlas detalladamente los médicos, no lo hicieran por entretenimiento ó por curiosidad, sino con la esperanza de encontrar algun medio que evite la vuelta de tales azotes ó que atenue sus efectos, proponiéndose para conseguir un objeto tan plausible, determinar las causas que las producen. Ahora bien, vamos á ver porqué série de razonamientos han llegado á creer que estas residen en la atmósfera. «Las enfermedades, dicen, provienen, unas del régimen, otras del aire que respiramos. Cuando

(1) Ensayo de filosofía médica París 1837, pag. 239.

muchas personas enferman á un mismo tiempo, en el mismo lugar y del mismo modo, es preciso atribuirlo á una causa general que reside en el aire que se respira. Claro es que entonces estos estados patológicos no provienen del régimen, puesto que el mal ataca á todos sin distincion, á los hombres como á las mugeres, á los borrachos como á los que solo beben agua, á los laboriosos como á los holgazanes, á los glotonos como á los que solo se alimentan de pan. Así, cuando reina una epidemia, la causa no está en el régimen, sinó en el aire que nos rodea. (1)»

Esta manera de discurrir es muy absoluta, porque se han visto desarrollarse epidemias en algunos puntos por la mala alimentacion, como acontece en las poblaciones sitiadas, los buques etc.; otras por causas morales, como el miedo que sigue á una derrota, la exaltacion religiosa ocasionada por persecuciones ó predicaciones fanáticas (2). Sin embargo, no se puede negar que el aire sea el foco mas activo, el vehiculo mas poderoso de las epidemias, sobre todo las que producen sus estragos por mucho tiempo y en una estension considerable.

Otra observacion muy importante que no se escapó á la penetracion de los Asclepiades es esta: que, mientras reina una epidemia, toman su fisonomia todas las demás enfermedades intercurrentes. Partiendo de esta doble base los escritores hipocráticos han creido deber anotar con cuidado el estado de la atmósfera antes y durante estos azotes, y describir con el mismo esmero el carácter general de las afecciones intercurrentes y de la aproximacion de los fenómenos meteorológicos observados durante una estacion, un año, con los fenómenos morbosos vistos en las mismas épocas, trazaron los caracteres de un estado particular al cual dieron el nombre de *Constitucion epidémica*, de esta estacion, este año, etc. Despues de haber descrito un gran número de estas, esperaban llegar á conocer las condiciones atmosféricas que preceden ó acompañan á tal ó cual epidemia, y si era posible en ciertos casos preveer su aparicion y prepararse contra ella.

Tal era tambien la esperanza que abrigaban Sydenham y Stoll, estos dignos émulos de Hipócrates, cuando formulaban con una paciencia admirable sus cuadros de constituciones médicas. Pocos médicos han tenido el valor de seguir sus huellas, y dichoso el mortal á quien esté reservado el honor de determinar la ley que une las enfermedades epidémicas con ciertos estados atmosféricos.

(1) Obras de Hipócrates *Tratado de la naturaleza del hombre*. §. 19 y 11. Gardell. t. I.
 (2) La rafia, el escorbuto, las convulsiones de S. Meraudo, etc.

Siete libros de la coleccion hipocrática, llevan el título de Epidemias; solo el primero y el tercero están consagrados al estudio de las constituciones y parecen ser continuacion el uno del otro, pero la costumbre de considerarlos colectivamente y de separarlos de otros, ha hecho que se les mire como pertenecientes á distinto escritor que Hipócrates. Este pinta; primero las circunstancias mas salientes de la atmósfera, segundo; el carácter general que la constitucion imprime á las enfermedades intercurrentes; y por fin, traza las historias particulares de varios enfermos. Por el extracto de algunas podremos formar una idea del talento de observacion y del método del autor.

1.^a CONSTITUCION. (1)

En la isla de Thasos, durante el otoño, hácia el equinoccio y mientras las Pléyadas permanecieron en el horizonte (es decir, en Thasos, cerca de 50 dias despues del equinoccio de otoño), hubo lluvias abundantes y serenas con vientos del mediodia; el invierno fué austral, dominaron poco los vientos del norte y hubo sequedad; en suma, todo el invierno pareció una primavera. En esta época á su vez reinaron los vientos meridionales, siendo fria y poco abundante en lluvias. El estío fué nebuloso y seco y los vientos etésios (los del Nordeste) dominaron poco, con débil intensidad y sin regularidad marcada. Habiendo sido austral y con sequedad la constitucion atmosférica, un intévalo que hubo á principio de primavera en que las circunstancias variaron, haciéndose aquella contraria y boreal, hizo aparecer algunos *causus* que la mayor parte fueron leves, hubo varias hemorragias nasales y ningun enfermo sucumbió. Se formaron en algunos sujetos parótidas en un solo lado, en otros en ambos, pero sin que tuviesen calentura ni se viesen obligados á guardar cama, algunos, sin embargo, tuvieron calor, pero en todos se disiparon sin accidente alguno y no llegaron á supurar como sucede en las que son producidos por otras causas. He aquí los caracteres que presentaban: blandas, grandes, difusas, sin inflamacion, sin dolor y en todos desaparecieron sin advertirlo. Manifestáronse en los jóvenes y adultos y sobre todo en los que se dedicaban á los egercicios gimnásticos de la palestra, habiendo sido afectadas pocas mujeres. La mayor parte de estos enfermos tuvieron tos seca, tosian y

(1) Obras de Hipócrates, trad. de Mr. Littré, t. II, pag. 599. *Epidemia*, lib. I, seccion 1 §. I.

no espectoraban y la voz se les ponía ronca. En muchos al momento y en otros mas tarde se desarrolló una inflamacion dolorosa en los testículos, ya en uno solo, ya en ambos, con fiebre en unos, en otros no, con poca incomodidad en algunos: por lo demás los habitantes de Thasos no necesitaron los ausilios de la medicina.

Tal fué la constitucion médica al concluir el invierno y la primavera. Pasa despues el autor á describir la del estío y el otoño, y despues refiere algunas historias particulares.

PRIMER ENFERMO. (1)

Filisco, que vivia cerca de la muralla, se metió en cama. *Primer dia*, fiebre aguda, sudor, la noche fué penosa. *Segundo dia*, exacerbacion general, mas por la tarde; una pequeña lavativa produjo evacuaciones favorables y la noche fué tranquila. *Tercer dia*, por la mañana y hasta el medio dia pareció haber cesado la calentura, pero á la tarde se presentó con intensidad, hubo sudor, sed, la lengua empezó á secarse, la orina se presentó negra, la noche fué incómoda, se durmió el enfermo y deliró sobre varias cosas. *Cuarto dia*, exacerbacion general, orinas negras, la noche menos incómoda y las orinas tuvieron mejor color. *Quinto dia*, hácia el medio dia se presentó una pequeña epistaxis de sangre muy negra, las orinas eran de aspecto vario y se veían flotar nubecillas redondeadas semejantes á la esperma y diseminadas que no formaban sedimento. Con la aplicacion de un supositorio, evacuó una pequeña porcion de escrementos con ventosidad, la noche fué penosa, durmió poco, habló mucho y de cosas incoherentes, las estremidades se pusieron frias sin que pudieran recobrar el calor y la orina se presentó negra. A la madrugada se quedó dormido, perdió el habla, sudor frio, lividez en las estremidades y sobrevino la muerte á la mitad del *sesto dia*. Este enfermo tuvo hasta su fin la respiracion grande, rara, como sollozosa, el bazo se le hinchó y formó un tumor esferoidal, los sudores frios duraron hasta el último instante, y los paroxismos se verificaron en los dias pares.»

He aquí al menos un cuadro que dá una idea del conjunto de sintomas, aunque deja algo que desear como vemos. Esta descripcion tan magistralmente hecha no puede compararse con las raquíticas de las tablas votivas. El primero y tercer libro de las Epidemias contienen

(1) *Ibidem*, pág. 683, seccion tercera, §. 18.

cuarenta y dos historias semejantes á la que acabo de exponer; veinte y cinco terminan por la muerte y solo diez y siete por la curacion.

Ciertos críticos han tomado acta de esta espantosa mortalidad para censurar el método curativo de Hipócrates, pero no advierten que es una ligereza, pues bien podian haber tenido en cuenta que solo refiere los casos mas graves y dignos de mencionarse, deduciendo de esto que sería menor el número de los muertos si hubiera citado todos los enfermos. Esta conclusion no es una congetura, resulta con claridad de muchos pasajes de sus libros, entre otros, de esta frase incluida en la descripcion de la primera constitucion médica. «Habiendo sido austral y seca la constitucion atmosférica, un intervalo que hubo al principio de la primavera en que las circunstancias variaron, haciéndose aquella contraria y boreal, hizo aparecer algunos *causus* que por lo general fueron leves, hubo algunas hemorragias nasales y ningun enfermo sucumbió.»

Un cargo, sin embargo, muy fundado puede hacerse al anciano de Coós, y es que nada, ó casi nada, ha dicho del régimen y tratamiento á que sometió á los enfermos, omision sensible porque coloca al lector en la imposibilidad de apreciarle, dejando un gran vacío en la historia de las enfermedades, porque es evidente que los medios terapéuticos é higiénicos empleados en el curso de una afeccion morbosa influyen en la marcha y duracion de esta, por poca eficacia que se les suponga. No es indiferente, por ejemplo, que se coloque un enfermo en una habitacion bien aireada y caliente ó en una lóbrega, fria y mal ventilada, que se le permita beber vino puro á discrecion ó que solo se le dé agua clara etc.

En los otros cinco libros de las Epidemias hay muchas observaciones clínicas espuestas sin órden y referentes á toda clase de enfermedades. Un gran número de ellas no son mas que simples notas ó reflexiones aisladas, otras son completas y redactadas con gusto abarcando el tratamiento, lo que implica un adelanto mas. Me parece que la que sigue es una de las mejores, aunque no es muy estensa. «Hinchazon edematosa durante el embarazo, ortopnea, espectoracion de una gran cantidad de materiales pituitosos, alivio.

«A la hermana de Harpalides la apareció una hinchazon edematosa en los pies hácia el cuarto ó quinto mes de su embarazo, se le abultaron los párpados y la piel del mismo modo que se advierte en las personas flemáticas. Tos seca; algunas veces disnea ó sofocacion tal que se veía obligada á sentarse en la cama para poder respirar y solo cuan-

do dormitaba podía permanecer sentada y en quietud. Por lo demás apenas tenía fiebre, hacía mucho tiempo que no sentía los movimientos del feto, solo cuando se movía, los percibía como la caída de un cuerpo. La disnea persistió cerca de dos meses pero se reponía la enferma tomando un looc de habas de Egipto (*nimphoea nelumbo* Linn.) preparadas con miel, y una infusión de cominos de Etiopía en vino, pues principió á arrojar con la tós materiales cocidos, pituitosos, blancos y cesó la disnea. Por fin parió una niña. (1)»

§. XI. AFORISMOS.

Terminaré esta sucinta reseña de la coleccion hipocrática por el exámen de una obra que reasume las demás. Son los *Aforismos* divididos en siete libros. Ninguna obra médica de la antigüedad ha gozado de una reputacion tan grande como esta; médicos y filósofos la han venerado tanto como los pitagóricos los versos sagrados. Por mucho tiempo se han considerado los aforismos como el coronamiento del edificio científico de la ciencia, como el mas sublime esfuerzo del génio médico. Pocos años hace que la facultad de medicina de Paris (2) exigía á los aspirantes al doctorado que insertaran en sus tesis cierto número de aforismos, y acaso ha sido preciso nada menos que una revolucion política para acabar con estos restos de un culto anticuado. ¡Para alguna de estas proposiciones que espresan verdades generales de utilidad reconocida, ó reseñas delicadas y profundas; cuantas hay que solo contienen verdades escepcionales, reflexiones vulgares ó aun errores y contradicciones!

Bajo el punto de vista práctico, creo que nada valen estas sentencias porque no guardan ilacion alguna entre sí y solo impresionan de corrido el ánimo del lector, olvidándolas en seguida. Por otra parte, aun suponiendo que el profesor las tuviese siempre en la memoria, esto no le haría mas hábil para tratar las enfermedades; su lectura no puede producir una instruccion sólida al estudiante, solo es buena para el práctico cuyo juicio vá madurando la esperiencia, porque él solo es capaz de discernir lo que contiene de verdadero ó de falso, de bueno ó

(1) *Obras de Hipócrates*. Epidemias, Lib. VII. §. 6.

(2) Una cosa igual acontecia en nuestras antiguas Universidades, donde las lecciones clinicas versaban sobre una de estas sentencias, y donde los graduandos tenían que disertar sobre la que les tocaba en suerte.

N. del T.

de malo en sus preceptos generales; porque solo para él contienen una multitud de nociones y observaciones diseminadas.

Así he juzgado los aforismos mucho tiempo antes que Mr. Littré hubiera publicado su traducion. Estoy seguro que aun despues de haber leído las sábias consideraciones de este comentador no he cambiado de parecer; vemos estas famosas sentencias bajo un punto de vista diferente; él como erúdito y filósofo, yo como médico. «Los aforismos, dice Mr. Littré, forman un conjunto de proposiciones yustapuestas, pero no unidas, lo cual es y será siempre una circunstancia poco favorable, pero este inconveniente se aumenta mas todavía si se les compara con las nociones que tenemos hoy de la fisiología y de la patología, pues desaparece bajo este concepto toda significación general, y el aforismo, ya tan aislado de suyo, lo está mucho mas si se pretende introducirle en la ciencia contemporánea, donde no halla entrada ni salida. No sucede así cuando aparecen las ideas al entendimiento bajo la influencia en que fueron escritas; entonces, aun allí donde aparecen mas desacertadas, se reconoce que han estado bajo la dependencia de una doctrina comun que las abraza, lo cual satisface al ánimo, cesando de presentarse al menos por este concepto, como sentencias dictadas. (1)»

ARTÍCULO III.

Teorías y sistemas.

Despues de haber examinado el estado de la medicina de los Asclepiades de Coós bajo el punto de vista esclusivamente práctico y en cierto modo, material, nos queda examinarlo bajo el teórico é investigar el invisible lazo que une todas las partes de su doctrina y los refiere á un principio comun, como las ramas de un mismo árbol.

Se han enseñado mucho en todos tiempos y acaso mas en el nuestro, contra los sistemas. Se les ha acusado y se les acusa hoy de no ser mas que un tejido de errores, un manantial de eternas discusiones. El epíteto de sistemático aplicado á un autor ó á un libro es tenido como una espresion desdeñosa. Muchas personas quisieran desterrar de la ciencia toda teoría, y no conservar mas que los hechos, los resultados de la esperiencia. A primera vista parece este método muy cómodo y seguro, pero reflexionando un poco, es impracticable; los que mas le

(1) *Aforismos*. Argumento §. I., T. IV., pág. 405 de las *Obras de Hipócrates*.

recomiendan, se han visto obligados á quebrantarle en sus libros, como lo quebrantan todos los días en la práctica. Mr. Bouillaud demuestra esto de una manera perentoria y Mr. Monfalcon poco favorable por otra parte á los entendimientos sistemáticos, se vé obligado á confesar lo mismo. «Este último dice, que se ha declamado mucho y con fundamento (por cierto) contra los sistemas, nosotros los condenamos, pero no podemos pasarnos sin ellos. Todo médico instruido tiene su manera de explicar la vida y las enfermedades, quiere darse razon de lo que hace como de lo que ve y si las doctrinas conocidas no le satisfacen, acoje para su gobierno la que le parece mas verosimil. (1) Añadiré que estos no son los únicos que tratan de interpretar los fenómenos vitales, sinó que hasta á los mas rudos le gusta explicarlos, y no son por desgracia los menos pagados de su manera de ver. ¡Tan natural é irresistible es la inclinacion que nos conduce á querer darnos razon de todo cuanto impresiona nuestros sentidos!

Que digo? no hay ciencia posible sin teoría, sin una ordenacion sistemática de nociones parciales que tienden á un objeto comun. Observaciones clínicas recogidas con cuidado, pero colocadas sin arte, sin método, en una palabra, sin sistema; tampoco constituyen un edificio científico, como tampoco materiales amontonados sin orden, un monumento arquitectónico.

Las teorías y los sistemas hacen progresar las ciencias, uniendo artificialmente las diversas nociones de que se componen, de forma que ayuden á la memoria y ilustren el juicio. Verdad es que propagan ilusiones y preocupaciones ridículas, pero acaso son mas numerosas, mas absurdas, mas ridículas las ilusiones y preocupaciones que nacen de la ignorancia y de la barbarie, es decir, de la ausencia de toda doctrina.

Un sistema es verdadero cuando está fundado en analogías positivas, falso cuando lo está en analogías imaginarias, puede ser lo primero en ciertas partes, falso de otras, así es que hay pocos completamente erróneos. Tal es la opinion de Mr. Monfalcon «que asegura tuvieran los sistemas pocos partidarios y estuvieran llenos solo de errores y opiniones congeturales sinó descansáran en algun hecho importante, en alguna ley fisiológica bien establecida. Sus autores no hacen mas que exagerar el valor de sus principios y pretender subordinar á estos toda la ciencia, haciendo que sus secuaces no vean los objetos mas que por un solo

(1) *Diccionario de ciencias médicas.* Palabra sistema. Mr. Morat emite una opinion análoga en el art. *Teoría* del mismo Diccionario.

prisma y que confien ciegamente en la razon de un hombre. (1)» Así es que la falta mas comun de ellos no consiste en carecer de base, ni estar apoyados en ninguna verdad de observacion, sino mas bien en exagerar unas y olvidar otras no menos importantes; de ver, en una palabra, los objetos bajo un solo punto de vista. «Lo mismo dice Bichat de todos los que tienen formada una idea general en medicina á la cual quieren subordinar todos los fenómenos. Acaso el prurito de generalizar demasiado, ha sido mas perjudicial á la ciencia que el ver cada fenómeno por sí.» (2)

Convencido de la necesidad de las teorías para armonizar las diferentes ramas de la ciencia; persuadido que sin su auxilio no podría abrazar nuestra inteligencia tan gran número de conocimientos ni elevarse á altas consideraciones; concederemos á esta importante rama de la medicina toda la atencion que precisa, sin olvidar que solo ofrece una imágen ideal imperfecta de los fenómenos y que en ningun caso puede reemplazar al estudio del mundo real ó dar lugar á la observacion directa.

§. I. TEORÍA DE LA COCCION Y DE LAS CRISIS.

La teoría mas generalizada en los libros hipocráticos es la de la coccion y las crisis; á cada paso se la encuentra sola ó mezclada con otras, sobre todo con la del sistema de los cuatro elementos y de los cuatro humores. Forma parte integrante del antiguo *Dogmatismo* del cual es uno de los rasgos mas característicos y ha llegado hasta nuestros dias en medio del abandono universal de otras doctrinas contemporáneas. Los Asclepiades de Coós consideraban la enfermedad como un conjunto de fenómenos, resultado de los esfuerzos intentados por el principio vital con el objeto de producir la coccion de la materia morbígena. Creían que esta materia no podía espulsarse de la economia sinó despues de haberse madurado convenientemente, esto es, despues que sus elementos separados ó mezclados con los humores naturales del cuerpo, se asociaban de manera que formaban un humor esccrementicio.

El principio vital encargado de este trabajo como de todas las demás funciones fisiológicas ha recibido diversos nombres entre los antiguos segun las atribuciones particulares que le asignaban; se le llama *natura-*

(1) *Diccionario de ciencias médicas* palabra sistema.
 (2) *Anatomía general. Consideraciones generales* pág. 13.

leza, cuando con esta palabra se quiere indicar el conjunto de fuerzas y de fenómenos á que da lugar; *motor*, *impetum faciens*, para significar la prontitud con que pone en movimiento toda la máquina; *alma*, *espiritu*, para espresar su esencia inmaterial y la mas noble de sus facultades, la inteligencia. La palabra *neuma*, *soplo*, designa mas especialmente la manera de obrar de este principio, la sustancia de donde saca su alimento y la palabra *termom*, *calor*, espresa uno de los efectos mas inmediatos á la vida, etc.

Una vez que la materia morbígena se aproxima al término de su madurez, parece que la naturaleza redobla sus esfuerzos, la calentura se aumenta, el enfermo se abate ó delira, todos los síntomas se agravan y anuncian una resolucion próxima, llega en fin, el momento de la crisis ó de la terminacion de la enfermedad. El dia en que esto sucede, los signos que la acompañan ó la preceden se llaman *críticos*, signos que llaman preferentemente la atencion de los médicos, los que deben saber discernir cuando son buenos ó malos para predecir despues el resultado de la enfermedad. Si el trabajo crítico de la naturaleza marcha bien, debe respetarse, no dando remedios intempestivos y auxiliándole solo en caso de urgente necesidad. Cuando se ha verificado la coccion, lo que se conoce por el alivio de los síntomas, hay necesidad de evacuar la materia morbígena. La naturaleza misma basta las mas veces para esto y la enfermedad termina por diarrea, sudores ó evacuaciones abundantes de orina. Pero sucede con frecuencia que el principio vital cansado, agotado por los esfuerzos de la crisis tiene necesidad de ayuda y entonces se hace necesaria la intervencion del médico. A este efecto deberá empujar los materiales morbígenos al emuntorio que le parezca mas natural, esto es, dará sudoríficos, ó purgantes, ó diuréticos, segun las indicaciones de la naturaleza, (1) de la que será siempre el intérprete mas fiel. Así terminan las enfermedades en los casos mas felices. Sin embargo, puede suceder que la coccion se efectúe mal ó incompletamente en cuyo caso ocurre una de dos cosas; ó bien el principio vital dominado por el elemento morboso sucumbe y perece el enfermo, ó bien continúa entre ambos la lucha y empieza un nuevo trabajo de coccion que debe verificarse en un número limitado de dias, como el primero, ó este segundo trabajo puede tener á su vez buena ó mala solution, completa ó incompleta y así sucesivamente.

El periodo de dias preciso para la coccion de la materia morbígena se

(1) *Obras de Hipócrates*, por Mr. Littré, t. V. *Tratado de los humores*, §. 8 y otros.

conoce con el nombre de *Crítico*. El mejor es el cuaternario ó de cuatro dias, despues el ternario ó de tres, en fin, con la adición de estos dos se forma el setenario que ha gozado tambien de una grande consideracion. Se lee en el *tratado del Pronóstico* §. 20: «El mismo número de dias que guarda la curacion ó la muerte en las enfermedades es el que regula las crisis en las fiebres. Las mas benignas, aquellas que llevan en sí los signos mas seguros de curacion, se terminan á los cuatro dias ó antes; las mas graves, las que van acompañadas de las señales mas funestas, privan de la vida en el mismo tiempo; tal es el límite del primer periodo. El segundo alcanza al sétimo dia, el tercero al undécimo, el cuarto al catorce, el quinto al diez y siete, el sexto al vigésimo y así sucesivamente; de cuatro en cuatro dias hasta el veinte. Estos cálculos no pueden hacerse con todo rigor por dias enteros, porque ni el año ni los meses se cuentan por dias completos. Continuando mas adelante con el mismo cálculo y la misma progresion, se encuentra un primer periodo que es de treinta y cuatro dias; un segundo que es de cuarenta y un tercero que es de sesenta. Lo mas difícil que hay es diagnosticar desde el principio la terminacion feliz ó desgraciada de las enfermedades que han de tardar mucho tiempo en juzgarse, la aparicion en todas estas se parece algo, ó mas bien mucho. Preciso es observarlas atentamente desde el primer dia y examinar el estado de las cosas en cada cuaternario que vaya pasando, y de este modo no se engañará el médico sobre el giro que deban tomar. La constitucion de la fiebre cuartana está sujeta á un orden semejante. La terminacion feliz ó desgraciada de los casos en que las crisis se presentan en el mas breve plazo, es mas facil de conocer, porque los principios son muy diferentes: los enfermos que deben curarse tienen la respiracion fácil, no sienten dolor, duermen especialmente por la noche y presentan los demás signos favorables; mas los que han de morir, tienen la respiracion trabajosa, insomnio, delirio y todas las otras señales alarmantes. Puesto que estas afecciones se comportan de esta manera, se debe establecer el pronóstico segun el tiempo y segun cada periodo que se vaya aumentando en la forma dicha á medida que marchan hácia su terminacion. En las mugeres siguen las crisis la misma regla despues del parto.» (1)

Se vé, pues, que en esta escala de dias críticos cada periodo se forma añadiendo el número cuatro ó el número tres al periodo que prece-

(1) *Obras de Hipócrates*, trad. de Mr. Littré, Paris 1840, t. II, p. 169.

de inmediatamente. Para concebir bien el origen y el sentido de esta progresion, es preciso remontarnos á lo que llevamos dicho del sistema de Pitágoras; bueno es recordar que (1) el número cuatro representa en este sistema toda sustancia dotada de facultades propias con existencia distinta de parte de los otros seres, como Dios, el hombre, una planta, un mineral; de donde se sigue que los Asclepiades herederos de la doctrina y del lenguaje simbólico de los Egipcios, han debido naturalmente designar por el número cuatro la entidad morbosa llegada á su máximun de desarrollo. Por la misma razon el numero tres que representa el conjunto de propiedades esenciales de todo ser, ha podido igualmente parecer á propósito para indicar la plenitud de facultades de la entidad morbosa. Si todavía podia quedar alguna duda de la conexion que existe entre el sistema de Pitágoras y la teoría de los dias críticos, el siguiente pasaje hará desaparecer toda incertidumbre sobre este punto. «El médico que nada olvide de todo cuanto pueda contribuir al restablecimiento de los enfermos, deberá anotar lo que les pasa cada dia. Entre los dias pares, el catorce es el mas importante, como tambien el veinte y ocho y el cuarenta y dos; algunos hacen derivar la propiedad perfecta de estos números del modo como están compuestos de otros enteros. Ahora sería muy pesado esponer las razones de tal proceder, baste decir que deben dirigir su atencion al número tres ó al cuatro. (2)»

Como la naturaleza no se sujeta nunca á nuestras limitaciones arbitrarias, sucede con frecuencia que la duracion de las enfermedades no corresponde á un número exacto de periodos ternarios ó cuaternarios; se ve pues, uno obligado á cambiar mas de una vez el modo de contar los dias críticos, circunstancia que ha hecho variar con frecuencia la opinion, aun entre los antiguos. El autor del tratado de las *Enfermedades* desenvuelve en el libro cuarto una teoría fisiológica y patológica en la que tiene por críticos los dias impares. (3) Sin embargo, todavía falta muchas veces esta regla, viéndose uno precisado á convenir que tiene numerosas escepciones; el mismo Hipócrates señala algunas. Entre otras cosas, se lee en el tercer libro de las *Epidemias* seccion tercera §. 12 lo siguiente: «verdad es que todas las enfermedades ofrecen dificultad en las crisis, faltando en muchos casos, siendo en otros de larga duracion, pero en estos se observa mucho mas frecuentemente.

(1) Véase pág. 60 y siguientes.

(2) Véase el *Tratado de la preñez de siete meses*. §. 3, traduccion de Gardeil.

(3) Véase §. 9, 12, 13 y 14: Gardeil.

Pocas la tuvieron hacia los ochenta días, en la mayor parte cesaba el mal en épocas indeterminadas.»

Apesar de la desconsoladora vaguedad que reina en la determinación de los días críticos, la doctrina de las crisis ha llegado hasta nuestros días. Pinel uno de los talentos más filosóficos de nuestra época escribía de este modo al concluir el último siglo «supongo que uno es bastante ilustrado para creer que puede suspenderse con ayuda de algunos medicamentos la marcha de las enfermedades agudas, tales como una calentura esencial ó una inflamación, y que al contrario se empieza por contar los días que han pasado desde su invasión para venir en conocimiento cual es su período actual. Se sabe que las fiebres inflamatorias como las gástricas duran en general uno, dos, y algunas veces tres setenarios; pero que las remitentes gástricas se prolongan con frecuencia hasta el sexto, y sétimo cualquiera que sea el tratamiento que se emplee y que pueden durar muchos meses si se las exaspera con medios muy activos. (1)»

Londré Beauvais autor de un tratado de *Semeyotica* se espresa así: «Hipócrates observador hábil y verídico historiador, ha creado la doctrina de las crisis. Asclepiades y los metodistas, prevenidos de antemano las negaron y le acusaron de haberse dejado arrastrar por los dogmas de Pitágoras sobre los números, atacando también á Galeno porque siguió la opinion del Médico de Coós. Asclepiades ha tenido muchos imitadores en los siglos siguientes, Celso ha sido el más ilustre; pero no puede adoptarse la manera de pensar de los que reusan admitir las crisis cuando tan victoriosamente ha sido combatida en épocas diversas por Galeno, Dureto, Baillou, Fernel, Sydemham, Foresto, Sthal, Baglivio, Van-Swieten, Stoll, Pinel, y cuando todos los días la observación clínica viene á confirmar lo que tan grandes maestros sustentan.» (2)

Una opinion médica que ha llegado hasta nosotros rodeada de nombres tan respetables, merece examinarse con detenimiento; por ello debemos presumir que, hasta que se pruebe lo contrario, no es un puro juego de imaginación y que tiene algun fundamento en la observación de la marcha natural de las enfermedades.

Desde luego se advierte que la conexión que existe entre la doctrina de las crisis y los dogmas de Pitágoras, conexión que no se puede

(1) *Nosogr. filosó.* Introducción pág. 35 de la 3.^a edición.

(2) *Diccion. de cienc. médicas.* Palabra Crisis, t. VII., pág. 376.

negar, nada preguzga ni en pró ni en contra de la verdad de esta doctrina. Todo se reduce á saber, si hay enfermedades ocasionadas ó que parece lo son, por alguna sustancia deletérea, sólida, líquida, ó gaseosa introducida en la economía, provocando de parte de esta una reaccion que se manifiesta por una sucesion casi constante de los sintomas. Ahora bien, nadie duda que hay enfermedades de esta índole, ocupando el primer lugar las fiebres paludicas, tan frecuentes y tan mortíferas otras veces, que de ordinario afectan la forma periódica cotidiana, terciana ó cuartana. Tambien las eruptivas, como las viruelas, el sarampion, la vacuna, la sudamina, la miliar, que tienen periodos bien marcados de incubacion, erupcion y descamacion. Verdad es que hay autores que pretenden que estas últimas enfermedades son modernas, pero esta es una opinion muy controvertida y muy controvertible como lo probaremos en otro lugar; sin embargo, admitamos que así sea, pero no se podrá menos de convenir que si despues de Hipócrates han aparecido otras nuevas de periodos fijos, pueden haber desaparecido las antiguas, en cuyo caso habria compensacion.

Así pues ha existido y existe todavia una clase muy numerosa de indisposiciones de periodos casi fijos, sobre cuya circunstancia tan atendible ha sido fundada en gran parte la doctrina de la coccion y de las crisis. Recordaremos además una observacion que llevamos hecha, á saber, que los Asclepiades habian fijado su atencion con preferencia sobre las enfermedades agudas y entre estas, sobre las epidémicas. La mayor parte de sus historias clínicas se ocupan de ellas. Ahora bien, las afecciones febriles de periodos fijos acostumbran á reinar de una manera epidémica. ¿Cuál es, pues, el cargo que se puede hacer legítimamente á Hipócrates y á los que han adoptado su teoría de las crisis? El haberla estendido á todas siendo patrimonio de unas pocas; en una palabra; haber generalizado demasiado una idea, defecto muy comun en todos los sistemas, como ya hemos demostrado. (1)

§. II. TEORÍA DE LOS CUATRO ELEMENTOS Y DE LOS CUATRO HUMORES.

Despues de la teoría de que acabamos de ocuparnos, la que más domina en los libros hipocráticos, es la de los cuatro elementos ó cuatro cualidades elementales, *lo caliente, lo frio, lo seco, lo húmedo* y cua-

(1) Véase pág. 11.

tro humores cardinales, *la sangre, la bilis, la pituita y la atrabilis*. Esta teoría pasa por ser una invención del Padre de la medicina griega; tal es el parecer de todos los comentadores, de todos los historiadores, entre ellos Galeno, que la adoptó, la perfeccionó á su manera y la hizo reinar exclusivamente muchos siglos despues de su muerte, teoría que se aviene muy bien con la anterior, de la que parece ser su complemento.

Empedocles de Agrigento de quien ya hemos hablado (1) fué el primero que introdujo en la física la consideracion de los cuatro elementos ó de las cuatro formas elementales y son *la tierra ó el sólido, el agua ó el líquido, el aire ó el gaseoso y el fuego ó el eter*. Esta última que apenas conocian los antiguos, corresponde á lo que en física se conoce con el nombre de flúidos imponderables. El discípulo de Pitágoras, admite dos principios en todas las cosas, uno activo, inteligente impalpable que es *Dios*; otro pasivo, desprovisto de toda propiedad de forma precisa, pero susceptible de tomar todas las que el Criador quisiera darle y le llama *materia amorfa*. Esta había recibido del principio activo, Dios, cuatro modos fundamentales ó elementales de existir y que estos modos combinados de diversa manera constituían todos los cuerpos de la naturaleza, de suerte que segun este sistema, no hay ninguna sustancia material que no contenga los cuatro elementos unidos en proporciones variables. El elemento que entra en mayor cantidad á formar un cuerpo, determina su forma permanente; así la tierra domina en los sólidos, el agua en los líquidos, el aire en los vapores ó gases y el fuego en los imponderables y así explica este filósofo las variedades de los cuerpos, conservando el dogma pitagórico de la homogeneidad de la materia. Pudiera creerse que la admision de las cuatro formas elementales ó primitivas era producto de una imaginacion exaltada; no, la observacion atenta de alguno de los más notables fenómenos le había sugerido la idea á la que dió una apariencia de realidad. Como el agua puede pasar del estado líquido al sólido, de este al vapor sin cambiar de naturaleza, así la leña en los fenómenos de la combustion, sobre todo cuando está verde; deja escapar agua por su superficie, y exalar humo que los antiguos consideraban como un aire muy grosero y se convierte en ceniza que es el elemento tierra, y desprende calor y luz, es decir, fuego, que es el elemento más sutil, que

[1] Véase la pág. 68.

sube y se disipa en la atmósfera. Este es el origen del análisis químico de los antiguos.

No pasaremos mas adelante en la exposicion de este sistema, nos basta haber demostrado que no era absurdo y ridiculo antes de los descubrimientos de la química moderna; añadiremos todavía que los químicos de nuestros dias, despues de haber aumentado indefinidamente el número de elementos, tienden á estinguirlos y no están muy distantes de volver á la teoría de la homogeneidad de la materia, por la teoría de los equivalentes.

Tal era en su principio la doctrina de los cuatro elementos que adoptaron Platon y Aristóteles y que la reforzaron con nuevas y muy útiles consideraciones, como veremos mas adelante. Cuando Hipócrates apareció tenía esta doctrina toda la fuerza y todo el atractivo de la novedad y nada tiene de extraño que este médico filósofo la tomara por base y por modelo de su teoría médica; vamos á ver de que manera lo hizo. Empieza por establecer que para conocer bien al hombre, es preciso estudiarle en el estado de salud y enfermedad. Refuta la opinion de los filósofos que decían que está formado de un solo elemento, echándoles al mismo tiempo en cara su poca conformidad, cuando tratan de fijar la naturaleza de este; unos dicen que es el *fuego*, otros el *aire*, otros el *agua* y otros la *tierra*. «Todos los que parten de un mismo principio, continúa, y sacan consecuencias diferentes, dan á probar que ellos mismos no se entienden (1).»

En cuanto á los médicos, añade, unos hay que sostienen que lo está solo de sangre, otros de bilis, otros de pituita. Cada uno razona despues de la misma manera; aseguran que la sustancia es una, cualquiera que sea el nombre que se la dé, y que esta cambia de forma y de potencia, segun que es influida por el calor ó el frio.» En cuanto á mí, digo, que si el hombre estuviera formado de una sola sustancia, no sufriría incomodidad alguna. Supongamos que sufriera como sufre, hoy que sabemos está formado de muchas sustancias; entonces habría un solo remedio para curarle, cosa que no sucede, porque estamos viendo que son muchos y variados. Los que dicen que el hombre es solo sangre, deberian probar que es siempre el mismo y no cambia jamás, ó al menos, asignar una época en la vida en que solo dominára este principio, para de este modo fundar su opinion en conformidad con los principios que

(1). Tratado de la naturaleza del hombre. 8. I.

sustentan. Lo mismo decimos de los que creen está compuesto de bilis, pituita, etc. etc. (1)»

«Desde luego el hombre está compuesto de sustancias diferentes y de la mezcla de estas entre dos seres de una misma especie resulta la generacion de él. Esta no tiene lugar si el calor ó el frio, la sequedad ó la humedad no se equilibrian entre si; lo mismo acontece cuando el hombre muere, cada sustancia va á ocupar el lugar que la corresponde segun su naturaleza; lo húmedo vuelve á lo húmedo, lo seco á lo seco, lo caliente á lo caliente y lo frio á lo frio.»

«El cuerpo del hombre contiene sangre, pituita, bilis amarilla y bilis negra, esta es su naturaleza y por ella se conduce bien ó mal. Está bueno cuando cada una de estas sustancias conserva su justa proporcion en cantidad y fuerza ó cuando están bien mezcladas; enfermo cuando alguna de ellas aumenta, disminuye ó está mal mezclada. Cuando se separan una ó mas, no solo se afecta el punto donde faltan, sinó que aquel donde vayan á parar, se verá sobrecargado y sufrirá despues dolores é incomodidades.»

Segun la opinion de todos los médicos y segun lo que resulta del exámen de la naturaleza del hombre, las sustancias de que se compone son siempre las mismas; *la sangre, la pituita, la bilis amarilla y la negra*; conservan los mismos atributos y se distinguen esencialmente entre si; la pituita en nada se parece á la sangre, ni esta á la bilis, ni la bilis á la pituita, ¿cómo, pues, confundirlas cuando á simple vista se advierte que tienen distinta coloracion? lo mismo sucede si se las toca; su calor ó su frescura, su consistencia ó fluidez las diferencian totalmente. Si damos un remedio anti-pituitoso, el enfermo arroja pituita; si anti-bilioso, bilis; si hacemos una herida, sale sangre etc. El hombre, pues, está constituido por estos cuatro humores que se ven siempre en él, y por eso no hay necesidad de discurrir sobre su existencia (2) »

El autor despues de haber planteado su doctrina mediante razonamientos y observaciones que el cree verdaderas y esentas de toda réplica, y de haber refutado las objeciones de los que profesaban una opinion contraria á la suya, continua diciendo: «la pituita se aumenta en el invierno, es el humor mas análogo por su naturaleza y frialdad á esta estacion; la sangre en la primavera, porque es mas afine por lo mismo á la constitucion caliente y húmeda de esta parte del año; la bi-

(1) Ibidem §. II. Traducion de Gardell.

(2) De la naturaleza del hombre. §. 3, 4, 5 Gardell.

lis en el verano por igual razon y la atrabilis en el otoño que es cuando se presenta con mas abundancia y consistencia. (1)» Despues se ocupa el médico de Cós del modo como se engendran las enfermedades; unas veces, dice, que sucede por el influjo de las estaciones, otras por el régimen, otras por el aire que se respira, otras por el temperamento etc., y por fin concluye estableciendo esta regla general de terapéutica; «*de que es preciso dar remedios que se opongan á las causas que han producido los males ó hecho enfermar á los hombres.*» (2)

Cualquiera que sea la opinion que se forme de este sistema bajo el punto de vista de los conocimientos actuales, se vé uno obligado á convenir que unido á la teoría de la coccion y de las crisis, con la que se asocia de buen grado, ofrece una interpretacion bastante verosimil de los fenómenos fisiológicos que mas habian llamado la atencion de los observadores de aquella época. Efectivamente estos fenómenos, sean los que quieran, no pueden provenir mas que de la accion combinada de fuerzas vitales y de fuerzas fisico-químicas, que obran simultáneamente sobre la economía animal. Ahora bien, la teoría de la coccion espone las leyes segun las cuales ejerce su accion el principio vital; la de los elementos y humores, la influencia de las fuerzas brutas y las leyes segun las cuales se aplica esta influencia á los cuerpos organizados.

Estas dos teorías reunidas constituyen el *antiguo Dogmatismo*, doctrina que nació en Cós y que Hipócrates como autor principal propagó el primero. Los humores desempeñan en ella el papel de elementos fisiológicos ó secundarios, son agentes dotados de propiedades diversas ó quizá contrarias, manejados por la vida que les dirige bien ó mal, puesto que algunas veces hasta contraen propiedades deletereas por consecuencia de la accion de fuerzas exteriores no sometidas al principio vivificador.

Llevamos dicho que son de cuatro especies las fuerzas exteriores admitidas por los antiguos, el *calor*, el *frio*, la *sequedad* y la *humedad*, fuerzas que pueden reducirse sin detrimento á dos; al aumento ó disminucion del calor ó al aumento ó disminucion de la humedad. He aquí toda la física y la química de los antiguos, no conocian la composicion del aire, sus diversas mezclas, la presion atmosférica, la electricidad y sus fenómenos, los cambios químicos de la respiracion y una multitud de otras cosas y de otras influencias; no tenían mas que al-

(1) Ibidem §. 7.

(2) Ibidem §. 8, 9, 10.

gunas nociones vagas y superficiales sobre la accion del calor y la humedad con aplicacion á los humores del cuerpo, prescindian por completo de las grandes modificaciones que los sólidos experimentan por el influjo de aquellos agentes; á los humores concedian cualidades imaginarias derivadas de los elementos que entraban en su composicion, estableciendo entre ellos y las estaciones del año aproximaciones mas poéticas que reales.

Los Asclepiades empapados en las máximas de Pitágoras, creian en la existencia de una armonía perfecta entre el universo ó el *macroscómo* y el hombre ó el *microscómo*. Por eso habian admitido en su fisiología cuatro humores, aunque la observacion no les puso de manifiesto con claridad mas que tres: la sangre, la bilis y la pituita; el cuarto rodeado de incertidumbre y oscuridad le asimilaron, unos al elemento terrestre llamado *atrabilis*, al que atribuian propiedades muy activas y le consideraban como el autor de las enfermedades mas graves; otros al elemento líquido llamado *agua* y creian que no ejercia influencia alguna, ó al menos muy poca, en la produccion de las mismas; decian que el corazon es el reservorio de la sangre, la cabeza de la pituita, el hígado de la bilis y el bazo del agua. (1)

Si estos médicos, menos esclavizados que lo que estaban, á sus preocupaciones filosóficas, hubiesen consultado antes la observacion de los hechos, hubieran entrevisto ó descubierto las relaciones bastante manifiestas que hay entre los humores y las estaciones, hubieran notado que la accion prolongada del frio húmedo en los climas templados de la Grecia desarrollaba el humor y temperamento linfático ó pituitoso, así como los afectos catarrales; que la constitucion húmeda y caliente al concluir el invierno ó la primavera, disponia á las enfermedades francamente inflamatorias ó á las hemorragias, en fin, que el calor seco del verano y principios del otoño activaba la secrecion de la bilis y favorecia la presentacion de calenturas bilioso-inflamatorias y bilioso-pútridas. Pero entonces hubiera sido necesario renunciar á la armonía de las teorías pitagóricas de los cuatro humores con los cuatro elementos y las cuatro estaciones.

A pesar de sus errores y sus imperfecciones, *la doctrina del Dogmatismo* es la mas ingeniosa y la mas completa de todas las que registra la ciencia médica en la antigüedad; responde mejor que ninguna á

(1) *Tratado de la generacion*, § 4.—*Tratado de las enfermedades*, lb. IV, § 1, 2 y siguientes; Gardiel.

las necesidades y tendencias de la medicina antigua, fué recibida con aplauso y aun adoptada por la generalidad de los médicos y por los mas grandes filósofos. Mas adelante tendremos ocasion de volver á hablar de ella á propósito de las variaciones que ha sufrido durante su largo reinado.

¿Qué pensar ahora de los que atribuyen á Hipócrates la gloria de haber separado la medicina de la filosofía y de los que, al contrario, de haberlas unido estrechamente?; que estos mismos no se entienden, como él decia de los que no veian mas que un solo elemento en el hombre. En efecto, es cierto que se habia filosofado mucho sobre la medicina antes de Hipócrates, cierto que este hizo lo mismo que sus antecesores, cierto que participaba de los errores y preocupaciones de su siglo; pero cierto tambien que su doctrina filosófica se distingue de la de sus contemporáneos por una gran sabiduría y profundidad. No cesa de recordar á todos, filósofos y médicos, esta máxima olvidada por ellos, y algunas veces por él: *«que no se puede conocer la naturaleza del hombre sin el auxilio de la observacion médica y que nada debe afirmarse que tenga relacion con ella, sinó despues de haber adquirido la certidumbre por el testimonio de los sentidos»*, máxima diametralmente opuesta á los dogmas de Pitágoras, y que encierra el gérmen de toda una filosofía nueva que desconoció Platon y que solo entrevió Aristóteles como mas adelante demostraré.

Las demás teorías incluidas en la coleccion hipocrática no tienen la importancia, ni con mucho, que las precedentes; se encuentran en un pequeño número de libros, algunas veces en uno solo; pocos médicos las han adoptado y por esta circunstancia mas bien deben considerarse como opiniones particulares de algunos escritores, á pesar de haber entre estos algunos que han suministrado la primera idea de los grandes sistemas inventados mas tarde y por esto merecen de nuestra parte una atencion especial, porque ponen de manifiesto el origen y encadenamiento de las ideas en los siglos pasados.

§. III. TEORÍA DE LAS FLUXIONES.

Esta teoría, una de las mas sencillas que se pueden imaginar, se considera como anterior á Hipócrates. Solo dos tratados se ocupan de ella, el de los *Lugares en el hombre* y el de las *Glándulas*. El extracto que sigue nos dará una idea de lo que es. Se lee en el primero: *«el frio causa las fluxiones; la carne y las venas de la cabeza se condensan si*

este obra repentinamente sobre ellas cuando tienen calor. Entonces se contraen de modo que sale todo el humor que estas partes contienen por consecuencia de la disminucion de volúmen que sufren. La contraccion de la piel hace poner derecho el cabello apretando sus raíces y los líquidos comprimidos al paso se vierten por donde pueden.»

El calor causa las fluxiones; las carnes se enrarecen por su influjo, sus poros se ensanchan, se atenúa el humor que contienen, de suerte que cede fácilmente á cualquier compresion. Cuanto mayor es el enrarecimiento, mayor es el derrame, sobre todo cuando están llenas de humores y lo que no pueden contener se escapa entonces por todas partes. Cuando estos llegan á abrirse camino, se deslizan por allí hasta que secando el cuerpo se cierra la nueva via. Como todas las partes comunican entre sí, las que están secas atraen hácia sí la humedad, cosa fácil en aquellas que no están embebidas ni aumentadas de volumen por esta, sobre todo si son las inferiores, como sucede con frecuencia. Hay en las regiones superiores mas venas que en las inferiores y las carnes de la cabeza, que son mas blandas, tienen menos necesidad de líquidos. Así está mas fácil el camino, partes humedecidas tiendan á equilibrarse con las secas porque toda parte seca atrae la humedad. Por otra parte, no se puede negar que los humores tiendan naturalmente á buscar las regiones inferiores por lijeros que sean y cualesquiera que sea la fuerza que los ponga en movimiento (1).»

Es difícil dar una prueba en tan pocas palabras de mayor ignorancia acerca la conformacion de nuestro cuerpo, y de las leyes de la fisica y de la fisiología. No se espere, pues, de mí una refutacion seria de tantos y tan groseros errores acumulados en tan pocas líneas; me contentaré con decir que el cuerpo del hombre es comparado unas veces, á una esponja que absorbe agua y que la deja escapar segun se la comprime mas ó menos; otras á una criba cuyos agujeros dilatados por el calor dejan paso franco á los líquidos, ó estrechados por el frio, los retienen. En cuanto á las fuerzas vitales cuyos efectos son tan patentes, tan admirables, no solo en el hombre sinó en los vegetales, tampoco se trata de saber si existen ó no!

El autor de este libro admite siete especies de fluxiones, la primera se dirige á los ojos, la segunda á las narices, la tercera á las orejas, la cuarta al pecho, la quinta á la médula espinal, la sesta á las vértebras y á los músculos y la sétima, en fin, que aparece con mas lentitud que

(1) *Tratado de los lugares en el hombre.* §§. 13 y 17. Gardell.

las otras, engendra la ciática y el reumatismo. De este modo se dá razon del como aparecen las enfermedades. (1) Los tratamientos son dignos de tal etiología. Citaré uno solo y por el se podrá juzgar de los demás. «Para curar las convulsiones (dice en el §. 61) conviene poner un brasero encendido à cada lado de la cama, tomar una bebida hecha con la raiz de la mandragora en cantidad regular y aplicar saquillos calientes à la nuca.»

Los traductores y comentadores se han visto embarazados para dar una esplicacion razonable de este pasage, porque el método curativo mencionado está en oposicion hasta cierto punto, con sus ideas, pero no tienen en cuenta que semejante tratamiento se desprende naturalmente de la etiología indicada. Efectivamente si las convulsiones dependen de la grande humedad de la cabeza, es muy natural que se esforzaran en disminuir este exceso de humores con el calor del brasero y los saquillos calientes.

Completaré la exposicion de esta teoría con algunos extractos de la pequeña monografia de las glándulas. El autor principia así: «la estructura de las glándulas es tal como la voy à esponer; son granulosas, esponjosas, poco apretadas, de color de grasa, su tejido en nada se parece à los demas del cuerpo, tienen muchas venas, y cuando se las corta, dejan salir una sangre blanquecina y serosa, si se las manosea, parece que se toca lana sucia, y si se las comprime fuertemente con los dedos, sale un jugo parecido al aceite y su organizacion se destruye. Hay muchas dentro del cuerpo de un tamaño mayor que las que están fuera, las hay en todos los puntos llenos de sangre y humedad, unas reciben y atraen el humor que viene de arriba, otras el que corre en gran cantidad en el mismo sitio ó por el movimiento de los miembros que hacen pase à las articulaciones é impiden se deposite mayor cantidad en los músculos. Las hay tambien donde hay pelos, tal es el lazo que une à ambos!; estas atraen el humor, los pelos se aprovechan de él, se nutren y crecen echando fuera el exceso. Allí donde no hay humedad no se ven estos ni aquellas. (2)»

Mas adelante añade que ciertas partes, como los intestinos y el omento, tienen solo glándulas, y esplica esta anomalía diciendo, «que en los pantanos y sitios húmedos de la tierra no germinan las semillas porque se pudren con tanta agua, lo mismo que sucedería à los pelos

(1) Ibidem §§. 18, 19, 20, 21 y 22.

(2) Tratado de las glándulas, §§ 18, Gardiel.

si salieran en los intestinos ó en el omento; el exceso de humedad no los consiente salir. (1)

Este prurito de explicarlo todo ha hecho divagar mucho aun á los mejores ingenios; los filósofos y médicos de la antigüedad se consideraban desacreditados sinó daban esplicaciones de cada cosa y no echaban mano de toda clase de razones, por absurdas que fueran, para no quedar confundidos. Cierta es que el pequeño tratado que me sugiere estas reflexiones no es el peor de la coleccion hipocrática, al contrario, abraza su objeto con todos los detalles de que disponia la anatomía de entonces. Sin embargo, ¡cuantas divagaciones encierra!

He aquí un último ejemplo: «la cabeza tiene glándulas, el mismo cerebro se parece á una, es blanco y está dividido en porciones como ellas. También aspira á obtener las mismas ventajas, descartándola de la humedad que abunda en ella, y enviándola á las estremidades mediante el derrame de los humores sobre las diversas partes. No se olvide que el cerebro es mayor que las otras glándulas, que los cabellos ó los pelos son tambien mayores que los de otros puntos. (2) Las enfermedades y la alteracion de los humores provienen del movimiento incesante de estos hacia la cabeza y de su derrame no interrumpido en las partes que los han de recibir, donde permanecen siempre en igual estado; efectos ambos que sinó se les pone remedio, pueden acabar con la vida, aunque haya grandes diferencias en los diversos grados de los males.» (3)

§. IV. TEORÍAS FUNDADAS EN LA CONSIDERACION DE DOS ELEMENTOS.

Las cuatro formas elementales de la materia descritas en el capítulo anterior están tan bien determinadas y tan universalmente repartidas que es imposible desconocerlas, así es que ningun autor antiguo se ha atrevido á negarlas. Algunos sólo conceden á dos el título de primitivas y á las demás el de secundarias.

I. En el pequeño tratado titulado *De las carnes ó del Principio del hombre* solo desempeñan el papel de elementos, *la tierra y el fuego*; este es el principio activo dotado (segun el autor) de inteligencia, sabiduría y voluntad, le confunde con el alma del mundo ó con Dios; el otro es el pasivo y de su mezcla con el fuego resultan las formas apa-

(1) Ibidem. § 3.

(2) Entre las glándulas no comprende al hígado.

(3) *Tratado de las glándulas*, § 7.

rentes de los cuerpos. La fisiología de este libro es muy extravagante como se convencerá el lector por los extractos siguientes.

Pienso que lo que llamamos *Calor* es una cosa inmortal, la principal entre todas, que todo lo conoce, que todo lo oye, que todo lo vé, y que sabe el pasado y el porvenir; que subió en gran cantidad á los cielos cuando se hizo el mundo; á este los antiguos le dieron el nombre de *Eter*. La segunda es la tierra, pesada, fria, seca, que solo entra en calor cuando se mueve con velocidad. La tercera cosa que está colocada en medio del aire tiene algo de calor. La cuarta inmediata á la tierra es húmeda y crasa. Una vez que el todo fué dotado de un movimiento circular, se trastornó, resultando mas calor en unos puntos que en otros. La cantidad fué considerable, pero el volumen pequeño. «Hacia mucho tiempo que estaba seca la tierra, y fué llenándose de mohó como vemos acontece con los vestidos, y mas adelante se quemó lo que habia graso y húmedo en esta podredumbre originaria de la tierra y resultaron los huesos.» Lo frio viscoso, aunque calentado, no pudo quemarse ni volvió á humedecerse; lo que hizo fué tomar una forma diferente de los demás y resultaron los nervios.»

Las venas se originaron del frio; la parte mas exterior de este quemada por el calor formó una cubierta densa y resultaron las membranas. El frio interior de las venas fundido por la misma causa volvió á hacerse líquido. Así se formaron tambien en el hombre y en los demás animales la garganta el estómago y los intestinos.»

Calentándose sin cesar al frio, se quemaba su parte exterior y resultaba una membrana, el frio que esta contenia en su interior no siendo craso ni viscoso volvia á humedecerse y convertirse en líquido. (1)»

Del mismo modo explica el autor la formacion de las demás partes del organismo, su naturaleza, su crecimiento y sus diversas y variadas funciones.

Dice que el cerebro es la metrópoli del frio, la gordura la del calor (2).

Las venas del vientre y de los intestinos atraen ó se apoderan continuamente de lo mas ténue y mas líquido de los alimentos y bebidas, y despues que su mezcla ha entrado en fermentacion queda lo mas grosero y pasa á los intestinos gruesos convertido en excremento. La sustancia absorbida que va á todas partes se distribuye por cada una

(1) *Tratado de las carnes ó del principio del hombre* §§. 2, 3, 4, 5, 6, 7, Gardell.

(2) *Ibidem* §§. 11 y 12.

de ellas conforme á su naturaleza, así que bañadas por este jugo nutritivo crecen por la influencia de lo caliente, de lo frío, de lo craso, de lo viscoso, de lo dulce y de lo amargo. (1)

II. *El tratado del Régimen*, del que nos hemos ocupado en el artículo *Higiene*, encierra una doctrina que tiene mucha analogía con la precedente, pero que difiere de ella en que allí ocupa el agua el lugar de la tierra y desempeña el papel de elemento pasivo. El autor empieza por preguntar cuales son los conocimientos necesarios para escribir bien sobre el régimen del hombre y coloca en primer término el conocer su naturaleza, su origen y los elementos, y partes que concurren á formarla; dice que «si en efecto se ignora la composición del hombre desde su principio, lo que en él domina etc. es imposible predecir lo que le conviene. (2)»

Después de haber justificado la oportunidad de las consideraciones fisiológicas á que va entregarse, entra así en materia. El hombre y los animales reúnen en sí dos principios muy distintos por su poder, pero idénticos por sus usos, á saber, el *fuego* y el *agua*. Los dos solo bastan para hacer lo que haga falta y para sostenerle, pero sin poderse separar porque de otro modo no podrían existir. Cada uno desempeña un encargo diferente; el primero es el autor de todo movimiento, el segundo el manantial de toda nutrición y tienen por consiguiente cualidades bien deslindadas ó indeclinables. El fuego es caliente y seco; el agua fría y húmeda; ambos comparten entre sí sus cualidades; el primero toma la humedad del segundo y este la sequedad de aquel.»

«Nada perece por completo, ni nada se crea de nuevo, no hay mas que mezclas distintas y variadas. Los hombres creen que todo lo que nace y crece estaba muerto antes; que lo que desaparece, perece; que es necesario atender mas á los sentidos que á la razón, en lo que se engañan por cierto. Escuchemos sino á la razón misma. (3)» El autor desenvuelve en seguida este bello pensamiento, pero lo echa á perder mezclándolo y confundiéndolo en un fárrago detestable de física general y metafísica.

Llega, por fin á la generación del hombre que explica así. «La mezcla de las semillas se vivifica por el movimiento y se alimenta tanto de las diversas sustancias como del soplo que entra y penetra en lo interior de la muger. Al principio esta mezcla es homogénea, después

(1) *Ibidem* §. 27.

(2) *Tratado del régimen* lib. I. §. 2, Gardeil.

(3) *Ibidem* §§. 4 y 5.

se hincha y aumenta de volumen para en seguida desecarla el calor y el movimiento y darla mas consistencia. El fuego consume la humedad interior; lo mas sólido que hay en esta mezcla se hace mas duro y seco, de suerte que ya no puede suministrar mas alimento al fuego, endureciéndose pues tanto mas, cuanta menos humedad contiene; formándose así los huesos, los ligamentos. De este modo prepara el fuego toda la organizacion en un todo conforme á su naturaleza por medio de la humedad á la cual imprime el movimiento necesario. (1)»

A esta antropogenia algun tanto fantástica, el autor añade aproximaciones nó menos curiosas entre el calor vital y el general del mundo. «El calor del vientre, cavidad, que segun el, sirve de receptáculo á la humedad, esta bajo la influencia de la luna; el que va á la superficie del cuerpo ó á las carnes, bajo la de las estrellas; el de la admósfera, en fin, que se reparte por fuera y por dentro de los vasos egerce un poder parecido al del Sol. «Este es, continua nuestro fisiólogo, el fuego central, el que lo arregla todo segun las leyes naturales y lo hace sin ruido y sin ser visto ni oido. Hay en el, alma, inteligencia, prudencia, crecimiento, disminucion, movimiento, periodicidad, sueño y vigilia. El, pues, lo gobierna todo y en todo tiempo y lugar, no estando nunca en reposo. (2)»

Despues de haber hecho una aplicacion tan poco feliz de sus conocimientos astronómicos, pasa el mismo autor revista á los oficios mas usuales de la vida, al de adivino, de fundidor de metales, de batanero, de zapatero, de serrador de madera, de arquitecto, de músico, y otros semejantes que, segun el, tienen alguna relacion con el régimen del hombre, algun parecido con ciertos actos de la economía. Hablando por ejemplo del arte de platero, dice, «los plateros lavan el oro, le funden y le baten á un fuego suave, pues el fuerte le perjudica, y una vez que lo han dispuesto así, lo emplean para distintos usos. De la misma manera obra el hombre con el trigo, que lo desgrana, lo lava, lo limpia, lo muele y hace con ello muchas cosas para destinarlo despues á su alimentacion, sin emplear un fuego vivo. En la digestion hace sufrir una completa trasformacion á las sustancias ingeridas en el estómago por el solo calor suave del organismo. (3)»

Hipócrates y Empedocles, partieron de una verdadera observacion, cuando el primero publicó su bella teoría de la coccion y de las crisis y

(1) Ibidem, §. 7.

(2) Ibidem, §. 7.

(3) Ibidem, §. 17.

cuando el segundo reducía à cuatro las formas elementales de la materia; ambos se fundaban en informes reales que habian descubierto mediante un sabio análisis, mientras que los inventores de las dos teorías precitadas han apoyado su síntesis en falsas ó triviales analogías y con la ayuda de obligadas aproximaciones. Todos han querido hacer pasar por nuevo cuanto han dicho, siendo extravagante é hipotético. Mucho mejor les hubiera sido seguir el camino conocido que echarse en brazos de una imaginación estraviada.

III. A los sistemas fisio-patológicos que solo admiten dos principios generadores de los cuerpos, corresponde la teoría patológica, según la cual dependen las enfermedades de dos humores solamente, teoría que domina en los dos principales tratados de nosografía de la colección hipocrática; teoría que no deja de tener alguna mezcla de la de los cuatro humores, como puede verse leyendo lo que va á continuación. Se lee en el 1.º de los tratados. «Todas las enfermedades, si son internas, provienen de la bilis ó de la pituita; si son esternas, de diversas causas, unas veces del calor y frio excesivos ó de la abundancia de la sequedad ó de la humedad. «La melancolía producida por la bilis negra termina en la parálisis. (1) Un poco mas adelante, se lee, todavía. Aquellos á quienes atormenta la atrabilis caen enfermos, lo mismo sucede todas las veces que la bilis y la pituita se sobreponen á la sangre. (2)»

El segundo tratado de nosografía que contiene la teoría de los dos humores, se llama *De las afecciones*. En él se encuentra la misma alianza que en el anterior, como puede verse leyendo solo los párrafos 1.º y 36.

§. V. TEORÍA DE UN SOLO ELEMENTO.

Los fisiólogos que solo admiten en el organismo un solo elemento no pretenden decir por esto que el hombre está formado de una sola sustancia modificada de diversos modos, sinó que quieren dar á entender que entre los elementos que entran á constituirle hay uno superior á todos los demás por su energía ó por su actividad en la producción de los fenómenos fisiológicos y patológicos. El deseo de estos ha sido siempre referir á la unidad todas las fuerzas activas de la naturaleza, pero hasta ahora todas cuantas hipótesis han creado en este sentido no pasan de ser meras utopías.

(1) *Tratado de las enfermedades*, lib. 1.º §. 9, Gardeil.

(2) *Ibidem*, §. 29.

La coleccion hipocrática contiene dos libros que se ocupan solo de esta doctrina de un solo elemento, el uno es un tratado de embriología titulado de la *Naturaleza del niño*, bastante bueno para la época en que se escribió y que parece ser una continuacion del tratado de la *Generacion*. El otro es un opúsculo de patología general que lleva el título *De los vientos*. El aire, el soplo ó el *neuma* como le llamaban los Griegos, desempeña en ellos el papel principal, pero en el primero es menos clara y esclusiva su influencia que en el segundo. En este se lee: «lo mas importante que hay que conocer es la causa de las enfermedades, el origen, el manantial de los males que se engendran en el cuerpo. Cualquiera que conozca bien la causa de un mal, podrá poner el remedio adecuado capaz de oponerse desde su origen á su desarrollo, es decir que sea contrario á la enfermedad.» (1)

Una vez admitida por el autor la necesidad de remontarse al conocimiento de la causa de los males, continua: «la naturaleza de todas las enfermedades siempre es la misma, solo se diferencian por su sitio, y á juicio mio las diversas formas que afectan dependen de la diversidad de las partes que suelen ocupar, pero su esencia no varia, y lo mismo al parecer la causa que las produce.» ¿Pero cual es esta causa? Esto es lo que voy á tratar de explicar. «El cuerpo humano se nutre de tres cosas, de alimentos, de bebidas y de aire, es decir necesita comer, beber y respirar. Hay dos especies de soplo, uno exterior que es el *aire mismo*, otro interior que se llama *viento ó espíritu*. El aire interior ó soplo produce los fenómenos mas importantes, y merece que fijemos en él toda nuestra atencion. Nada puede hacerse sin aire, en todas partes se halla, llena el espacio inmenso que hay entre la tierra y el cielo, sirve de sosten al fuego sin el cual este no podria subsistir; no es difícil comprender que hay aire en el fondo del mar, porque respiran los animales que hay en él, en fin no hay nada que no experimente sus efectos. (2)» El mismo autor examina enseguida con especial cuidado la influencia de este agente en el sosten de la vida del hombre y dice que esta influencia es continua, que este se pasa mejor sin comer y beber que sin respirar, concluyendo de aquí que el aire es la cosa mas indispensable á la vida y tambien la causa de los desórdenes mas graves y mas frecuentes. Continúa diciendo que, «le parece que la causa mas principal de las enfermedades proviene de la fuerza ó devilidad del soplo, de su

(1) *Tratado de los vientos*, §. 1 Gardell.

(2) *Ibidem*, §. 2.

estado normal ó de su alteracion por algunos miasmas. Bastará haber establecido este principio general; descendiendo enséguida á los detalles, explicaré el como proviene cada enfermedad en particular del aire ó del soplo. (1)»

De que el aire sea una de las cosas mas necesarias á la vida, ó si se quiere la mas indispensable, no se deduce de una manera indeclinable que sea el único origen ó al menos el mas frecuente de las enfermedades, porque aun cuando lo fuera, todavía no está demostrado. Dejaremos á un lado esta objecion y si es verdad que ante los hechos ó las observaciones mas escrupulosas se hundan la mayor parte de los sistemas, veamos como sostiene la prueba el sistema del *Neuma*, lo cual nos dispensará de nuevos y estensos argumentos. Para explicar la fiebre consecutiva á la falta de régimen dice lo que sigue: «muchos alimentos tienen ó introducen necesariamente mucho aire, porque el soplo entra mayor ó menor cantidad en el cuerpo en proporcion de lo que se come y lo que se bebe; por esto se erupta tanto despues de haber comido ó bebido demasiado, entonces el aire comprimido y encerrado rompe las celdillas que lo contienen y sale por arriba estando el cuerpo aumentado de volumen por su exceso. La gran cantidad de alimentos que contiene el estómago impide que pase fácilmente á los intestinos. El aire reside en todo el cuerpo y refresca hasta las partes mas calientes, enfriamiento que alcanza hasta el origen de la sangre desde donde se estiende á todo el cuerpo: de ahí provienen los escalofríos de la fiebre que son tantos mas violentos, cuanto mas fuerte parece el aire y mayor el enfriamiento (2)»

Basta de citas: creo que las espuestas serán bastante para que el lector se entere del valor de este sistema patológico y del modo como explica la presentacion de los primeros sintomas febriles; sin embargo, guárdese de burlarse de los escritos de los antiguos porque contengan los errores teóricos que hemos apuntado; no olvide que en punto á teorías, los modernos, aun los mas célebres, no están exentos de ilusiones que harán reir algun dia á los que les consideren bajo distinto punto de vista que nosotros y con conocimientos superiores á los nuestros. Las faltas de la ciencia antigua solo nos deben hacer circunspectos para aceptar con reserva las aseeraciones de la ciencia contemporánea.

(1) *Ibidem*, §. 3

(2) *Ibidem*.



§. VI. TEORÍA DE UN ESCEDENTE CUALQUIERA.

En el capítulo anterior hemos visto la síntesis llevada á su último límite, asimilados todos los fenómenos orgánicos y enlazados por una causa común á pesar de su infinita variedad y sus enormes diferencias. Pero para llegar á este conocimiento, para no ver en la formación del hombre, en el desarrollo de sus partes y ejercicio de sus facultades, mas que modificaciones diversas de un sólo agente, tal como el fuego ó el aire, es preciso dotar á alguno de estos de cualidades imaginarias, suponerle instinto, inteligencia, voluntad, que ninguna observación demuestra: en una palabra, es preciso torturar los hechos y crear un mundo á su antojo como el de aquellos enfermos que ven los objetos de un mismo color. Estas utopías, que, á fuerza de abstracciones, crea el espíritu en el silencio del gabinete, se desvanecen comunmente en presencia del mundo real ó de la verdad fenomenal. Basta para que desaparezcan compararlas con lo que dice todos los días la observación y someterlas á la prueba práctica, y esto es lo que ha hecho con gran talento el autor que vamos á examinar. El libro que la contiene se llama de la *Medicina antigua* y es uno de los mejores de la coleccion. Remontándose hasta la infancia del arte, pone en claro los principios, traza su marcha con gran sagacidad, indica el método mas conveniente para asegurar sus progresos, establece, en fin, las verdaderas bases de la filosofia médica. Los críticos y los historiadores están casi unánimes en considerar este libro como posterior á Hipócrates. Solo Mr. Littré entre los modernos, encantado de la doctrina que contiene, se le ha atribuido al mas ilustre de los Asecleplades. (1) El único documento en que se funda para opinar de distinta manera que los demás, es un pasaje de Platon en el cual este filósofo, sin citar precisamente el libro de la *Medicina antigua* parece que alude á él. Yo opino como los mas, aun despues de haber leído el pasaje y el sabio comentario con

(1) He aquí como se espresa con este motivo: El libro de la *Medicina antigua* tan notable por la rectitud de su juicio y la profundidad de las ideas no lo es menos por la belleza y sublimidad del estilo; de suerte que la forma en el, es en un todo digna del fondo. Los periodos, por lo general, largos, están contruidos con una perfecta regularidad y sus miembros se equilibran y redondean en ellos de tal modo, que aparecen tan gratos al oido como á la inteligencia, la espresion llena de exactitud y claridad es siempre grave y firme y sin embargo de trecho en trecho se mejora hasta el punto de dejar ver al escritor, que dueño de sí mismo y del objeto se contiene en los límites trazados por un buen gusto. Es, en verdad, un excelente trozo de literatura griega y un modelo acabado de la discusión científica sobre puntos generales y elevados de la ciencia.

Obras de Hipócrates T. 1.º De la antigua medicina arg. pág. 565.

que le acompaña Mr. Littré. He conservado tambien en los pasajes que cito la traduccion de Gardeil porque sobre esta he calcado mi primer trabajo y que por consecuencia se adapta mejor á mi argumentacion; por otra parte, en cuanto al fondo difiere poco de la de Mr. Littré, pues basta comparar estos escritos para convencerse al instante que estos dos intérpretes espresan unas mismas ideas bajo aspectos diferentes. (1)

El autor empieza por una discusion en la cual demuestra que la medicina no ha sido fundada en opiniones hipotéticas, inciertas y oscuras, sinó en la verdadera observacion del bien ó del mal que experimenta el enfermo siguiendo tal ó cual régimen ó haciendo tal ó cual cosa. Asegura que el mejor medio de añadir algo á los descubrimientos antiguos, no es el de arrojarse á ciegas por caminos estraviados y desconocidos, sinó en seguir con constancia el camino trillado por la esperiencia que es el único que conduce á los adelantos verdaderos.

Como de todas las hipótesis emitidas en esta época para explicar los fenómenos de la economía animal, la de los cuatro elementos era la mas seguida, pues contaba entre sus partidarios á hombres tan respetables como Hipócrates, Platon, Aristóteles y la mayor parte de los médicos; nuestro filósofo ataca con ardor aquella hipótesis y la refuta á su manera. «Principia diciendo que, todos los que de viva voz ó por escrito se han ocupado de la medicina, se han propuesto como base de sus raciocinios la hipótesis del calor ó frio, de la sequedad ó la humedad ó de otro cualquier principio que las ha parecido, simplificando las cosas y atribuyendo las enfermedades y la muerte en el hombre á uno ó dos solos agentes como á una causa primordial y constante, engañándose claramente en muchos de los puntos que sostienen, y son tanto mas dignos de censura, cuanto que se equivocan en un arte que existe, que aplican las gentes á las cosas mas importantes y que honran particularmente en la persona de los buenos prácticos. (2)

El autor despues de señalar á la ligera lo que conviene evitar cuan-

(1) Indicare sumariamente las razones que me hacen pensar como la mayor parte de los Médicos, 1.º El libro de la *Medicina antigua* refuta el sistema de los cuatro elementos que era el de Platon, proclama la superioridad del método experimental, como mas adelantado veremos, es el corifeo de un método completamente opuesto. ¿Como este filósofo habria podido proponerse por modelo á un autor cuya doctrina es completamente opuesta á la suya? El pasaje de Platon considerado en si mismo parece referirse mas bien al libro de la *Naturaleza del hombre* como piensa Galeno, que al de la *Medicina antigua* como presume Mr. Littré, lo que destruye toda la argumentacion de este último. (Vase la introduccion de las *Obras de Hipócrates* por Littré, tomo 1.º pag. 294 y siguientes por una parte y por otra los párrafos primeros del libro de la *Naturaleza del hombre*.

(2) De la *Medicina antigua*. §. 1. Gardeil.

do se cultiva la medicina, dice al instante lo que debe hacerse, reasumiéndolo en el siguiente aforismo: «Observar con atencion lo que conviene ó daña á la salud, examinar donde reside lo malo ó lo bueno de cada cosa, pero sin sutilezas, atenerse pura y simplemente al testimonio de los sentidos.» Este método no era del todo nuevo, Hipócrates habla algo de él en su libro de la *Naturaleza del hombre*, pero no en términos tan esplicitos como el de la *Medicina antigua*. El autor de este último se esfuerza en añadir el ejemplo al precepto, y hasta cierto punto se apropia el método por la estension que le da y las pruebas en que le apoya. «Dice que el que quiera discurrir sobre el arte de curar solo debe ocuparse de cosas de cuya verdad nadie duda, en atencion que los discursos y las investigaciones de un médico no deben tener otro objeto que el estudio de los males que aqueja la especie humana. Por eso la observacion del bien y del mal es lo que ha hecho buscar y descubrir este arte, pues que se veian enfermos agravarse con el uso de los mismos alimentos que los sanos, como todavía se ve hoy.

El que se llama pues médico, el que por confesion de todos posee un arte y descubrió el régimen y alimentacion de los enfermos, parece regular que haya seguido otro camino que el de cambiar en su origen el género de vida salvaje y brutal de los hombres, atrayéndoles al modo de alimentacion de que usamos en el dia? En mi juicio, el método es el mismo; el descubrimiento idéntico. El uno se ocupó en separar todo lo que era superior á las fuerzas de la economía humana en estado de salud, á causa de sus cualidades agrestes y poco adecuadas, y el otro en quitar todo lo que era refractario á las fuerzas de la constitucion por el estado accidental en que se hallaba. ¿En qué se diferencian ambos, sinó en que el segundo tiene mas latitud, es mas variado, exige mas habilidad, habiendo sido el primero el punto de partida?»

De esta manera es como refiere la creacion de la Medicina á los primeros ensayos intentados por el hombre para mejorar las condiciones de su existencia. Demuestra que el mismo instinto que le ha conducido de buen grado á elegir los alimentos que ha de usar, á someter unos á la coccion, otros á preparaciones de diversa índole á fin de hacerlos mas fáciles de digerir y de un gusto mas agradable, le ha sugerido tambien la idea de buscar alivio á sus dolores, de variar el régimen mientras estuviere enfermo y emplear en su curacion otros muchos medios.

Las primeras reglas de higiene y de terapéutica fueron hijas de la esperiència y no de hipótesis alguna, concluyendo de aquí que el méto-

do experimental es el único que hará progresar la ciencia. «Todo hombre, grita, que rechaza la esperiencia y que tomando un camino nuevo se alaba de haber añadido alguna cosa al arte, se engaña á sí mismo y engaña á los demás.» Proscribe todas las especulaciones trascendentales que se tenia costumbre de hacer en su tiempo sobre la naturaleza del hombre y sobre la esencia de las enfermedades, las considera mas bien como un entretenimiento que como una cosa formal.

«No faltan por otra parte sofistas, entre ellos algunos médicos, que dicen no es posible aprender medicina sin conocer de antemano al hombre, y que todo el que quiera ejercer con conciencia el arte de curar, debe poseer este conocimiento. Pienso que todo lo que estos escriben sobre este asunto importa mas á los literatos que á los médicos, y estoy además convencido que solo por el estudio de esta se llegará á adquirir conocimientos positivos acerca de aquella, siempre que se abrace la ciencia en su generalidad. Lo que verdaderamente importa conocer en este caso á todo médico que quiera desempeñar bien su cometido, es las relaciones que el hombre tiene con los alimentos y bebidas que usa y la influencia que cada una de estas pueda ejercer en él. (1)»

Se vé, pues, con qué sagacidad refiere nuestro filósofo las cuestiones de fisiología al método experimental, haciendo lo mismo con los problemas de patología y terapéutica. Se trata, por ejemplo, de esplicar la generacion de las enfermedades; pues no recurre á causas ocultas, tales como el fuego elemental, el húmedo radical, sinó á otras aparentes y apreciables para todo el mundo, tales como los excesos en la comida y bebida, la privacion de alimentos, la falta de preparacion ó mala cualidad de ellos. No niega que el exceso de calor ó frio, de sequedad ó de humedad no pueda llegar á ser en ciertos casos ocasion de enfermedades, pero asegura que estas cualidades primitivas no desempeñan el papel de agentes morbígenos en todas las afecciones, sinó en un pequeño número, y lo prueba con ejemplos sacados de la observacion diaria.

Supongamos, dice, un hombre de una constitucion débil, comiendo trigo tal cual se cria, carne de la misma manera y bebiendo agua; estoy seguro que debido á este régimen, experimentará muchas y graves incomodidades, tendrá dolores, indigestiones, su cuerpo se debilitará y no podrá vivir mucho tiempo. ¿Qué remedio emplear en tales circunstancias? ¿El calor, el frio, la humedad ó la sequedad? Ciertamente que alguno de ellos, porque si una ó mas de estas condiciones

(1) De la medicina antigua, § 22.

han producido la enfermedad, es preciso remediarla con la contraria segun su propio modo de discurrir. El modo mejor y mas seguro de hacerlo es cambiar el género de vida que usaba, dándole á comer pan en lugar de trigo, carne cocida en vez de cruda y haciéndole beber vino despues de la comida.» (1)

Las sustancias que sirven de alimento al hombre estan dotadas de cualidades secundarias, tales como lo amargo, lo salado, lo dulce, lo áccido y otras mil cosas cuyos efectos son mas sensibles y persistentes que los de las primitivas, de lo cual, concluye el autor, que las primeras deben dar origen con mas facilidad á enfermedades que las segundas. He aqui como esplica la accion de los principios secundarios sobre la economía. «Hay en el cuerpo humano lo amargo, lo salado, lo dulce, lo agrio, lo acervo, lo insípido y otras mil cosas cuyas propiedades varian al infinito en cantidad y fuerza. Mezcladas todas y equilibradas unas con otras no se hacen manifiestas, ni ocasionan mal alguno, pero si cualquiera de ellas se aísla y se separa de las demás, entonces se hace sensible y produce una alteracion grande en el cuerpo. Lo mismo sucede á los alimentos que no se apropian bien á la naturaleza del hombre y cuya ingestion le produce alguna enfermedad, cada uno de ellos tiene alguna cualidad superior á las demás, ya la amarga, ya la salada, ya la áccida ú otra cualquiera, y por esto alteran la salud, ni mas ni menos que las cualidades de nuestro cuerpo cuando se separan y aíslan.» (2)

En las otras teorías no se tienen en cuenta las cualidades secundarias por que se las considera como sencillas mezclas, pero nada prueba que sea así. Ninguna observacion, ningun análisis ha probado como lo amargo, lo dulce, lo salado, lo agrio, etc. resultan de la combinacion de lo caliente, lo frio, lo húmedo, lo seco; lo mas racional era observar como se conduce cada uno de estos principios, ya se manifesten espontáneamente en los humores, ya se introduzcan con los alimentos en el organismo. Segun este sistema, la marcha de los humores mal sanos, es, por lo general, la siguiente: «Hemos dicho mas arriba que tenemos sobre este punto datos mas fijos y mas concluyentes, por ejemplo, cuando uno padece un cõriza y tiene un flujo por la nariz, este humor que llega á ser mucho mas acre que lo era anteriormente en el estado de salud, hace que se hinche esta, promueva un calor esce-

(1) Ibidem. §. 11.

(2) Ibidem. §. 12.

sivo, una sensacion de quemadura y si se urge á menudo persistiendo el flujo mucho tiempo, se encona la parte aun cuando es seca y poco carnosas. El ardor de la nariz se mitiga, no mientras dura el catarro y la hinchazon, sinó cuando se espesa el humor que se hace menos acre, mezclándose por la coccion con el líquido primitivo; solo entonces cesa esta incomodidad. Lo mismo acontece con otras tantas alteraciones producidas por la acritud é intemperancia de los humores. Otro ejemplo: Las fluxiones que se padecen en los ojos tienen intensas y variadas acrimonias, ulceran los párpados, algunas veces escorian hasta las mejillas y todos aquellos puntos por donde pasan, llegando hasta destruir la cornea. ¿Y estos dolores, la inflamacion y el calor excesivo, hasta cuando duran? Hasta el momento que la fluxion se espesa por el trabajo de la coccion y el humor que la constituye se hace purulento. Ahora bien, esta coccion se verifica por la mezcla y justa proporcion de los humores.» (1) Todavía el autor cita otros ejemplos y concluye diciendo: «Porque es preciso, sin duda, considerar como causa de la enfermedad todo lo que sostiene este modo de ser mientras existe, desapareciendo cuando se trasforma en otra mezcla. (2)

La regla establecida aqui para discernir las causas de las enfermedades no es tan segura ni tan infalible como cree el autor, puesto que segun su manera de ver, se espondría muchas veces á considerar como causa de enfermedad lo que es solo un sintoma patognomónico ó un efecto constante. Así es que en los ejemplos citados, los humores crudos que salen por la nariz afectada de coriza ó por los ojos de una oftalmia, no son mas que efectos que acompañan á estas afecciones unidos á ellas como la sombra al cuerpo. El autor se equivoca cuando considera á estos humores como causa de las enfermedades concomitantes, por lo que su regla de patologia admite muchas escepciones. A pesar de estos lunares, su teoría es mejor y se aproxima mas á la verdad que las precedentes porque pocas veces se separa de la observacion, mientras que las otras que parten solo de algunas nociones experimentales lo hacen á menudo. para engolfarse y estraviarse despues en el campo nebuloso de las ficciones. Si es verdad que no puede asegurarse que los humores que se desprenden de los ojos ó de las fosas nasales cuando estos órganos están enfermos sean la causa primitiva de su mal, tampoco puede negarse que ocasionan algunos accidentes secundarios, tales como las ul-

(1) Ibidem. §. 19.

(2) Ibidem.

ceraciones de los párpados, de las mejillas, de la cornea, de las alas de la nariz: Son al mismo tiempo efecto y causa como todo fenómeno orgánico.

El autor del tratado que examinamos no echa en olvido á los sólidos orgánicos, se ocupá algo de ellos en los últimos paragrafos y encomia la necesidad de estudiar su estructura y configuracion.

No negaré que las reflexiones de nuestro fisiólogo son breves y superficiales, pero tengase en cuenta que en aquel tiempo estaban en la infancia la fisiología y la anatomía descriptiva, no se conocía la patológica, por la imposibilidad en que se hallaban de abrir cadáveres humanos. Por lo demás, este escritor ha hecho grandes esfuerzos para adquirir nociones positivas sobre la estructura de los órganos, trazando el camino que se debe seguir y que se ha seguido despues. Tampoco desconoce el valor de la fuerza vital ó de la reaccion orgánica sobre el desarrollo marcha y terminacion de las enfermedades; habla de ella con mas ó menos claridad en diversos puntos de su libro, especialmente quando encarga se fije la atencion en los dias criticos y las crisis. (1)

Así pues, como ya he indicado al principio de este capítulo, el libro de la *Medicina antigua* contiene preciosas investigaciones sobre los primeros rudimentos de la ciencia, una esposicion razonada sobre el método espermental aconsejado ya por Hipócrates, el sistema patogénico mas estenso que se habia conocido y que puede reasumirse en la siguiente proposicion: *Es causa de enfermedad todo agente exterior ó interior que afecta nuestra constitucion mas allá de ciertos límites.*

§. VII. MORAL MÉDICA DE HIPÓCRATES.

* La moral médica de este Profesor se revela en la candidéz con que él mismo confiesa sus reveses y sus triunfos y la tendencia á moralizar á los médicos de aquella época en los libros que escribió destinados á este objeto, tales como *el Juramento, el Tratado del Médico, el Arte, el de la Decencia etc.* El Juramento se cree que es anterior á este autor; está dividido en dos partes, la primera se ocupa de la conducta que debe observar el discípulo con sus Maestros, haciendo resaltar el deber que tienen de ser agradecidos etc.; la segunda se ocupa de todo cuanto corresponde á la práctica, esponiendo los medios de aliviar á los enfermos y los preceptos de decoro tan necesarios al Profesor. El tratado del Mé-

(1) Vease pág.

dicó destinado à darlos à conocer, contiene preceptos tan preciosos que todos ellos debieran tenerlos siempre presentes. Dice que el poco aprecio de los médicos entre sí depende muchas veces de la ignorancia de muchos de los que les juzgan. Para él, el verdadero médico debe poseer seis cosas; talento natural, buena educacion, buenas costumbres, mucha aplicacion desde el principio de su carrera, amor al trabajo y no desperdiciar el tiempo. A los que poseen estas cualidades les llama *Médicos de hecho*, no de nombre. La ignorancia, dice, es un mal fondo para los que la poseen, es el enemigo mas temible de la tranquilidad y confianza de los enfermos, y al mismo tiempo el origen de la audacia y de la timidez en la terapéutica. Se ocupa además del aspecto exterior que debe tener este, de sus costumbres, de sus cualidades, del modo como debe ejercer el todo de la ciencia, en especial la cirugía.

En el tratado del Arte defiende la ciencia de los ataques de los ignorantes, justificando la necesidad de ella y traza al paso la conducta de los que la practican, atribuye al alarde de su ingenio la tendencia de muchos à desacreditar el arte, y pone en evidencia à los envidiosos que incapaces de crear ni perfeccionar se ocupan solo en hacer crítica de los descubrimientos y escritos de los demás. Define la medicina el arte de curar los enfermos ó aliviar sus dolores, y dice que hay enfermedades que se conocen y curan, como las hay incurables ó difíciles de conocer, aumentando esta dificultad muchas veces la ignorancia y malicia de los pacientes al dar razon de lo que sienten. Compara la premura que se exige en las acciones del médico con el tiempo que se concede à los que profesan otras artes para resolver las cuestion ó ejecutar sus obras.

El de la Decencia contiene una moral escelente. Dice que el médico no debe ocuparse de otra cosa que hacer bien, que no sea fastuoso ni en su aspecto ni en su conversacion, que nunca falte à la verdad, que las mejores lecciones deben ser los hechos, no razonamientos, que conozca profundamente la materia médica; demuestra que el ejercicio de la medicina eleva al conocimiento de Dios y recomienda tener preparado cuanto pueda exigir cada enfermo; aconseja que las visitas sean frecuentes para aprovechar la oportunidad y que sean instruidos los discípulos y los practicantes; insiste en la necesidad de aprovechar la ocasion en los males; lo que se conoce mediante la observacion y no por el razonamiento; recomienda al médico tenga siempre presente hasta los menores detalles y las noticias mas insignificantes para un juicio mas acertado; por último, le aconseja que infunda valor à sus enfer-

mos, que huya del lujo, de los discursos pomposos, repitiendo tambien que estudie desde jóven para tener tiempo de adquirir buena práctica. *

§. VIII. RESUMEN DE LA DOCTRINA Y TEORÍAS HIPOCRÁTICAS.

La primera de las teorías, la de la coccion y de las crisis está fundada en el hecho capital de la existencia en el hombre de una fuerza que le anima, fuerza que está sujeta á intermitencias en alguno de sus actos, carácter que falta á las generales de la materia; intermitencias que se observan en algunas enfermedades en las que aparecen períodos mas ó menos regulares llamados *críticos ó crisis*. En otras muchas no se vé esta regularidad periódica ó es poco apreciable. Los hipocráticos antiguos cometieron una falta al querer admitir la crisis en todas las funciones patológicas. La fuerza vital es inherente á los órganos y depende en totalidad ó en parte de la constitucion de estos, siendo una cosa precisa estudiar esta constitucion, estudio que no hicieron los Asclepiades por las preocupaciones de entonces. Por otra parte, esta misma fuerza obra al mismo tiempo sobre los sólidos, líquidos y gases que forman parte de los séres organizados ó sobre las sustancias que vienen de fuera, sustancias que están dotadas de propiedades mas ó menos enérgicas, con las que modifican la accion de los órganos, viéndose obligado el médico á estudiarlas en conjunto. Esta teoría médica ha variado mucho hoy que la física y la química se han encargado de hacerla variar.

La mayor parte de los físicos admitían en la materia cuatro formas principales, de las que procedían todas las propiedades tangibles de los cuerpos. Los médicos, á su vez, admitían cuatro principios cardinales, de los cuales hacían depender todos los fenómenos fisio-patológicos. Hubo, sin embargo, un pequeño número de los primeros que solo admitieron dos sustancias elementales y lo mismo hicieron algunos de los segundos, resultando de esta divergencia un conflicto que obligó á algunos hombres, mas atentos que prevenidos, á decir que no puede asegurarse que todas las sustancias materiales se originen de uno solo, de dos ó de cuatro elementos y que jamás la mezcla de lo cálido, lo frio, lo húmedo, lo seco engendran, ya lo amargo, lo ácido, lo dulce ú otra cosa secundaria. De ahí han deducido que es falsa ó al menos hipotética la division de las propiedades físicas de los cuerpos en primitivas y secundarias, admitiendo solo en la ciencia dogmas que se prueban por la experiencia. Esto era pretender provocar una reforma para la que no

estaban dispuestos entonces los ánimos. Veremos lo que sucedió en el período que sigue; ínterin reasumiremos los escritos hipocráticos para que sea mas fácil retenerlos en la memoria.

*
OBRAS DE HIPÓCRATES.

PRIMERA SECCION.—FILOSOFÍA MÉDICA.

Seis tratados; á saber: *los Preceptos, la Regla, la Medicina antigua, el Médico, la Decencia, el Juramento.*

2.ª SECCION.—ANATOMÍA.

Siete tratados: *la Diseccion del cuerpo, la Estructura del cuerpo, la Naturaleza de los huesos, la Naturaleza de las carnes, la Naturaleza del corazon, la Naturaleza de las glándulas, el Tratado de los lugares del hombre.*

3.ª SECCION.—FISIOLOGÍA.

Ocho tratados: *la Naturaleza del hombre, el Alimento, la Vida, la Denticion, la Muger, el Niño, la Generacion, los Sueños.*

4.ª SECCION.—DOCTRINAS MÉDICAS.

Cuatro tratados: *el de los Humores, el de las Crisis, el de los Dias críticos y el de las Epidemias.*

5.ª SECCION.—LOS AFORISMOS.

Estos libros contienen bajo *la forma de corolarios, los Dogmas de la ciencia y del arte.*

6.ª SECCION.—PATOLOGÍA GENERAL Ó HISTORIA DE LAS ENFERMEDADES.

Siete tratados: *que comprenden las cinco secciones de la patología general actual, á saber: la etiología, la sintomatología, la semiología, la nosología, el diagnóstico y el pronóstico. Lo mas notable y pri-*

mordial de sus estudios sobre esta rama del arte se encuentra: la *etiología*, en el *Tratado de los Aires, Aguas y Lugares*; la *sintomatología* en el libro de las *Predicciones ó Porrohéticos y en el del Pronóstico*; la *nosología* en el libro de las *Afecciones y de las enfermedades*; el diagnóstico en el *Tratado del Pronóstico*.

7.ª SECCION.—PATOLOGÍA ESPECIAL.

Seis tratados; á saber: el *de las Afecciones internas, el de las Jóvenes, el de las Mujeres, el de las Mujeres estériles, el de la Enfermedad sagrada ó Epilepsia, el de los Vientos*.

8.ª SECCION.

Tres tratados: *De la Dieta salubre; del Régimen*. (Libros II. y III.)

9.ª SECCION.—DIETÉTICA Y TERAPÉUTICA.

Nueve tratados; *del Régimen* (Lib. I.) *del Régimen en las enfermedades agudas, del Alimento, del Empleo de los líquidos, de las Afecciones, de las Afecciones internas, de la Naturaleza de la muger, de las Enfermedades de las mugeres, de los Medicamentos purgantes*.

10.ª SECCION.—DE LA METAFÍSICA.

Tres tratados: *de la Naturaleza del hombre, de la Causa primera de las enfermedades, de la Creacion del mundo y de los seres*.

11.ª SECCION.—CIRUGÍA.

Diez tratados: *del Laboratorio del Cirujano, de las Lujaciones, de las Fracturas, de las Articulaciones, del Mochilo, de las Úlceras, de las Fístulas, de las Hemorroides, de las Heridas de cabeza, de la Extraccion del Feto*.

12.ª SECCION.—MISCELANEA.

Seis fragmentos; á saber: *Cartas á Heráclito, á Demócrito, á Artagerges, los Discursos á Tésalo y á los Atenienses, la Oracion al pie del altar*.

CAPÍTULO V.

Escuela médica de Coós despues de Hipócrates.

La Escuela de Coós que pasa con justo título por la metrópoli de la Medicina, nació en la Jonia, aquella hermosa parte de la Grecia cantada por Homero. La escuela de Coós se enorgullece con que su origen se remonte hasta Esculapio, pero es lo cierto que no fué considerada como tal hasta el año tres mil quinientos de la creacion del mundo que la constituyó *Hipolopo*. Sus fundadores se gloriaban de haber tomado su doctrina del libro de la naturaleza y de haberla aumentado y perfeccionado con su trato con los Asclepiades de Egipto. Lo que hay de cierto en estas pretensiones es que la Escuela de Coós ha reunido en un foco comun los conocimientos de todos los siglos anteriores á ella y que los ha estendido á los que la han sucedido. En Coós los discípulos prestaban un juramento solemne de respeto á sus Maestros, los que eran para ellos un objeto de profunda veneracion. A todo neófito se le exigía una decidida vocacion, costumbres sin mancilla y talento natural, porque ante todo querían hombres dignos de la profesion médica, á la cual se la consideraba como un sacerdocio. Los discípulos como los Maestros, ejercian su oficio sin interés alguno en honra y dignidad del arte y por amor á la humanidad. Estos esplicaban en forma aforística para sacar discípulos aventajados y los hacian visitar con ellos, hermanando así la ciencia con el arte, la teoría con la práctica. Por mucho tiempo se limitaban á escuchar á sus Maestros y solo despues de dar pruebas de instruccion y habilidad prácticas, se les confiaba el cuidado absoluto de los enfermos.

El espíritu de la Escuela de Coós era eminentemente dogmático, partía del principio que la observacion razonada y dirigida al conocimiento de las leyes vitales era el fundamento de la verdad médica. Toda su doctrina que no es mas que una mezcla de vitalismo, solidismo y humorismo, descansa en dos principios fundamentales que la sirven de base; *la autocracia de la Naturaleza y su Potencia medicatriz*.

Esta escuela, rival siempre de la Cnido, opone á las sentencias de esta publicadas por Eurifon su libro de las *Coacas*, compues por uno de sus mas ilustres Maestros. Este libro como lo indica su nombre, Co-acta, (hechos en comun) es obra de muchos ingenios, está

formado de muchos fragmentos á los cuales se iban añadiendo otros nuevos llenos de curiosas observaciones las cuales se revisaban, se consignaban, y cuando pasado mucho tiempo se venia en conocimiento de su valor é importancia, se formulaba la ley que las unía. De esta manera es como se escribian las obras clásicas y esto es lo que ha hecho decir con mucho fundamento que la voz de Hipócrates no es la voz de un sólo hombre sinó la de un gran número de siglos. La Escuela de Coós se gloria de haber producido el *Tratado de las Fracturas*, el de los *Humores* que eran como el programa de todas las cuestiones clínicas. Otros muchos se han destruido ó perdido. Esta escuela brillante hasta Hipócrates perdió despues parte de su importancia, pero á pesar de esto no faltaron secuaces que siguieron su camino y sostuvieron su antiguo brillo, tales fueron, entre otros, sus hijos Tesalo y Dracon y su yerno Polibio á los cuales se les atribuye alguno de los escritos que forman parte de la coleccion hipocrática. Tambien florecieron en la misma escuela Diocles de Caristo conocido entre los Atenienses con el nombre de segundo Hipócrates; Praxagoras de Coós, el último de los Asclepiades de que habla la historia de la ciencia, pariente de Hipócrates, poseia estensos conocimientos anatómicos, creia, como Aristóteles, que las venas naciañ del corazon, no las confundía con las arterias como hacian sus antecesores y hasta el mismo Hipócrates, pero decia que solo contenian aire ó espíritu vital. Se cree que diseccó muchos cadáveres humanos, que fué el primero que advirtió la íntima conecision que tiene el pulso con las alteraciones dinámicas del organismo, y que echó los fundamentos de la *Esfimologia* al ensayar dar una explicacion de este singular fenómeno. Los libros atribuidos á Hipócrates ó á la Escuela de Coós antes de Praxágoras rara vez mencionan el pulso entre los síntomas de las enfermedades y cuando lo hacen, lo dan poca importancia. Pero despues, la observacion de este Asclepiades alcanzó á ser un manantial fecundo de indicaciones y aun llegó á exagerarse su valor como acontece siempre con los grandes descubrimientos.

Esta Escuela hacia consistir la salud en la exacta proporcion de los elementos del cuerpo y en la completa mezcla de los humores cardinales; la sangre, la bilis, la pituita y la atrabilis; y la enfermedad en el aumento ó disminucion de estas condiciones. Los humores, segun ella, se extravasan y se ponen en contacto con puntos distintos de los de costumbre y producen la enfermedad, siendo preciso que salga por medio de la coccion el humor pecante para que se restablezca el equilibrio.

Esta doctrina seguida hasta la fundacion de la Escuela de Alejandria constituye el antiguo *Dogmatismo* llamado así, sin duda, porque encierra los mas antiguos principios de la Medicina.

Entre los partidarios mas famosos de este sistema citaremos dos filósofos cuyas opiniones han ejercido una grande influencia en la marcha general del espíritu humano y en particular en la del arte de curar. Son *Platon* y *Aristóteles*.

ARTÍCULO PRIMERO.

Platon.

Platon, dotado de una imaginacion viva y brillante, reviste con los encantos del lenguaje la moral mas pura del paganismo, asegurando de esta manera á Sócrates un crédito inmenso y una fama eterna. Mas aquí no vamos á estudiar al riguroso moralista ni al elegante escritor á quien su maestro apellidaba el *Cisne de la Academia*, sinó que vamos á ocuparnos de él como fisico y sobre todo como fisiólogo.

Veamos por qué se había dedicado al estudio de las ciencias físicas. «Dice en él *Phédon* que no hay nada mas racional que pensar con el pensamiento solo, desprendido de todo elemento extraño y sensible y aplicar la pura ciencia del pensamiento á la investigacion de la pura esencia de cada cosa sin el concurso de los sentidos, ni la menor intervencion del cuerpo, porque todo esto no hace mas que perturbar la sabiduría y la verdad por poco comercio ó roce que tenga con ellos. La esencia de las cosas no puede conocerse mas que por esta via. (1)...»

Es evidente, despues de lo que se acaba de leer, que Platon se dedicó al estudio de las ciencias, ateniéndose, no á la observacion y á la esperiencia; sinó á la meditacion pura, á la pura razon, á la pura intuicion mental.

El pasaje siguiente del mismo libro prueba que él aplica este método no solo á la metafisica y á la moral, sinó tambien á la fisica y á la fisiología. «En mi juventud, dice, tenia una vocacion irresistible por conocer la fisica, encontraba algo de sublime en saber las causas de las cosas; porque nacen, porque viven, porque mueren, pensando siempre si los séres animados se forman por lo frio ó lo cálido en estado de corrupcion, como algunos pretenden; si es la sangre, ó el aire, ó el

(1) Obras completas de Platon, traduccion de Mr. Cousin, pág. 207*

fuego el origen de nuestra inteligencia ó ninguna de estas cosas, sinó el cerebro solo el productor de nuestras sensaciones, la de la vista, del oído, del olfato, las que á su vez engendran la memoria y la imaginación, y reunidas la ciencia. Reflexionaba tambien en la corrupcion de todas estas cosas, en los cambios que sobrevienen en el cielo y la tierra, en fin, cada vez encontraba mas dificultades para explicar lo que eran.» (1)

No habiendo dado resultado alguno positivo sus meditaciones, creyó que había seguido un camino falso, y que el método que conduce con mas seguridad al descubrimiento de las verdades abstractas, tales como los axiomas de moral y metafísica, no era el mas á propósito para conocer las cosas materiales, las verdades de observacion. (2) Jamás Platon dudó de la excelencia de su método ni intentó ensayar otro nuevo, pero ya desesperaba de llegar al origen de todo lo creado, de explicar su esencia, cuando acertó á ver en un libro de Anaxágoras la siguiente proposición: *La inteligencia es la regla y el principio de todas las cosas*: y esta idea le hiere como un rayo de resplandeciente luz, su imaginación ardiente se inflama y engendra la célebre y fatalista teoría de las causas finales. Esto fué bastante para que el filósofo de la Academia crease todo un sistema de física. He aquí como discurrió: «Puesto que la inteligencia es el origen de todo, ella habrá dado á cada cosa su destino; si se quiere, pues, encontrar la causa de cada cosa, como nace, como vive, ó como muere, no hay mas que averiguar su fin particular. Añade; no comprendo ni concibo todas las otras causas, pero si alguno viene á decirme porque es una cosa hermosa, porque resaltan tanto los colores, ó las formas ó cosas parecidas; abandono estos razonamientos que no sirven mas que para entorpecerme, y yo mismo digo que nada es mas bello que la belleza misma, sea la que quiera la manera de hacerse, porque ya tengo dicho; *que todas las cosas bellas lo son por la presencia misma de la belleza.*» (3) Esta razon que dá Platon de la belleza de las cosas recuerda la famosa respuesta de las escuelas de la edad media á la siguiente cuestion. *¿Por qué hace dormir el opio? Porque posee una virtud dormitiva.* Merece que el lector fije toda su atencion en el pasaje citado, porque manifiesta como se ha introducido en las ciencias naturales el principio de las causas finales,

(1) Obras completas de Platon, traduccion de Mr. Cousin, pág. 273.

(2) No es este el lugar mas á propósito de examinar si el mismo modo de adquisicion es aplicable á todas las ramas de los conocimientos humanos como lo han pensado muchos filósofos antiguos y modernos. Esta cuestion capital vendrá mejor en otro capitulo y nosotros la trataremos con la estension que se merece.

(3) Obras completas de Platon, pag. 283.

principio que desempeña un papel importante en muchos sistemas de física y de fisiología, principio cuyas fatales consecuencias han hecho separar al espíritu humano del camino de la observacion y la esperiencia y hacerle caer en una especie de quietismo muy contrario á los progresos científicos.

Pero no anticipemos cosa alguna de los resultados que puede producir este método, resultados que veremos mas tarde; sinó que debemos contentarnos con examinar ahora el partido que el mismo Platon saca de él, para explicar los fenómenos de la naturaleza. Como todo se dá la mano en este sistema, del mismo modo que en el de Pitágoras, me veo obligado á decir algo de su cosmogomía, antes de esponer sus ideas fisiológicas; y si alguna vez es imposible ver con claridad en las materias abstractas de que se ocupa, recordaré á los lectores que el mismo Aristóteles, el sutil Aristóteles, el mas asiduo oyente del Académico encontraba alguna vez mucha dificultad en comprender las concepciones de su maestro. En el diálogo titulado *Timeo*, el fundador de la secta académica ha espuesto el resultado de sus meditaciones acerca de los seres en general y del hombre en particular. De él hemos sacado el extracto que sigue:

«Platon geometra, á ejemplo de Pitágoras aritmético establece como principio que Dios y la materia son eternos, pero que esta carece por si de toda forma, de toda propiedad y de toda fuerza. Dios la dió desde el principio una forma triangular; despues tomando cierto número de triángulos primitivos, compuso los cuatro elementos citados mas arriba; *el fuego, el aire, la tierra y el agua*. El fuego que es el mas sutil, compuesto de un pequeño número de triángulos, representa una pirámide; el aire un sólido de doce facetas, un dodecadro; el agua de un icosaedro ó de un sólido de veinte caras; en fin, la tierra el mas grosero de los cuatro, un hexaedro, es decir, un cubo perfecto compuesto de triángulos rectángulos.

El filósofo ateniense despues de haber tomado del de Samos el dogma de la homogeneidad de la materia, se engolfa en el campo de las hipótesis porque se atreve á determinar la figura primitiva que el Criador debió imprimir á la materia amorfa. Quiere que sea triangular porque es la mas sencilla de todas y porque no hay figura alguna geométrica que no pueda descomponerse en triángulos.

Mientras la materia permanece en estado elemental no afecta de modo alguno nuestros sentidos y para que los afecte es necesario que se reúnan muchos elementos y constituyan un cuerpo. Todas las sus-

tancias materiales que conocemos y á las que damos nombres especiales, resultan del conjunto de estos elementos diversos; por ejemplo, el agua que bebemos ó que tocamos, no es mas, segun Platon, que un compuesto formado por el elemento acuoso en mayor proporcion que los demás.

Este filósofo admite, como Pitágoras, espíritus creados de diferentes categorías. «Dice que Dios encargó á los dioses secundarios la creacion de los animales, que de su mano recibieron el principio inmaterial del alma humana, formando en seguida el cuerpo con los mejores triángulos; que le dotaron de dos almas, una inmaterial incorporea é inmortal, y la colocaron en el cerebro; otra corporea mortal y perecedera sitio de las pasiones violentas y funestas, la que colocaron en la médula espinal; separada de la primera por el cuello á fin de evitar el contacto de ambos, y compuesta de dos partes, una buena y otra mala, separadas por el diafragma, tabique medio carnoso, medio aponeurótico que separa el pecho del vientre. La parte buena del alma perecedera la colocaron en el pecho para que sometida á la razon y de concierto con ella, pueda contener los estravios de las pasiones é inclinaciones, cuando no quisieran estas obedecer sus mandatos. (1) La mala en la parte superior del vientre, entre el diafragma y el ombligo, porque necesitando bebidas y alimentos para sostenerse, precisa un sitio para depositarlos. (2)

Los Dioses habian previsto tambien lo perjudicial que sería el exceso en la comida ó bebida; y á fin de que las enfermedades y la muerte no concluyeran con la especie, crearon el bajo vientre para que sirviera de depósito al exceso de las bebidas y alimentos rodeándole de los repliegues de los intestinos por temor á que las sustancias nutritivas atravesaran rápidamente el canal intestinal y hubiera necesidad de renovarlas á cada paso, circunstancia que haciéndonos glotonos é insaciables nos haria olvidar los trabajos intelectuales (3) y negar nuestra obediencia á lo que hay en nosotros de divino.»

De esta manera, cita Platon, las principales partes del cuerpo é imagina haber explicado suficientemente la manera de ser de cada una de ellas, el uso para que han sido creadas, ó para servirme de sus palabras, sus causas finales. Ya he dicho el poco valor que tienen estas esplicaciones en las ciencias físicas.

(1) Obras de Platon. *Timeo*, traduccion de Mr. Cousin pág. 197.

(2) *Ibidem* pág. 199.

(3) *Obras de Platon*, pág. 203.

Su patología es muy compendiada, pues se limita á algunas generalidades, no emite idea alguna nueva ni principio que no esté contenido en los libros hipocráticos, á escepcion de la de los triángulos elementales que busca medio de intercalar en todas partes. «Dice que la naturaleza de las enfermedades tiene algo de comun con la vida de los animales, nacen con un tiempo limitado como cada especie de estos para vivir, salvo los accidentes que puedan sobrevenir, porque los triángulos que constituyen cada animal están dispuestos para durar cierta época, pasada la cual, perece. Lo mismo sucede con las enfermedades; si las medicinas las desordenan antes del tiempo fijado, aumentan de intensidad ó dan lugar á otras muchas; conviene pues, vencerlas despacio mediante un buen régimen y no irritarlas con las medicinas. (1)»

Al dar á conocer algunas inocentadas físico-fisiológicas de Platon, estoy muy lejos de querer ridiculizar las concepciones algun tanto temerarias, pero siempre brillantes de uno de los mas hermosos génius de la antigüedad. No dejo de conocer que consideradas bajo el punto de vista de su siglo las ficciones de este filósofo no son tan escétricas como parecen á primera vista, puesto que han sido reproducidas en muchos escritos antiguos y modernos, ya en parte ó en totalidad; solo he querido probar, por un grande ejemplo, que la introduccion de la doctrina de las causas finales en la física y en la medicina ha sido un manantial fecundo de decepciones, y que el método puramente especulativo ó *á priori*, tan exacto y tan fecundo en las matemáticas ha extraviado á los talentos mas sublimes que habian intentado por esto via la investigacion de las propiedades de la materia y la esplicacion de los fenómenos naturales.

A medida que avancemos en esta historia, resaltarán mucho mas estas verdades, y nuevos ejemplos no menos concluyentes vendrán á confirmarlas.

Dos consecuencias prácticas se desprenden de esto; primera, que es una necesidad elegir un buen método para aprender y cultivar las ciencias; y segunda, que todo sistema físico ó médico que no descansa en hechos accesibles á los sentidos, es por lo menos atrevido, porque donde no pueden penetrar estos, la imaginacion reina como soberana.

Los filósofos distinguen dos modos principales de adquisicion; el uno que se conoce con el nombre de *método lógico ó racional*; consiste en establecer desde el principio algunas proposiciones generales

(1) Ibidem, pág. 257.

para obtener mediante el raciocinio la solución de todos los casos particulares, como sucede con este axioma de matemáticas: *dos cantidades iguales á una tercera, son iguales entre sí*; del cual se desprende el conocimiento de una multitud de problemas; lo mismo que de este principio de moral del que los casuistas deducen una porción de preceptos particulares: *no quieras para otro lo que no quieras para tí*.

A Platon que no conocia mas método que el *á priori*, debe perdonársele el pretender derivar todo su sistema de cosmología y de fisiología de este antiguo dogma: *la suprema inteligencia lo ha ordenado todo de la mejor manera posible*.

El segundo modo de adquisicion, llamado *empírico ó experimental*, consiste en estudiar un gran número de hechos particulares, compararlos entre sí para áveriguar sus semejanzas ó diferencias; en fin, en espresar lo que tienen de comun por medio de proposiciones generales ó abstractas que constituyen axiomas. De este modo fué como Hipócrates que vió repetidas veces muchos enfermos afectados de dolores en varias regiones quejarse de una sola, estableció el siguiente notable aforismo: *Dos dolores que se presenten en distinto punto, el mayor oscurece al menor*. Tambien los físicos, al ver que el agua sube por un tubo sin aire, se apresuraron á decir que *la naturaleza tenía horror al vacío*.

Se vé, pues, que el primer método va de lo general á lo particular, de lo abstracto á lo concreto, del axioma al fenómeno; al contrario, el segundo, de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto, del fenómeno al axioma. Cada uno de ellos tiene sus ventajas, sus inconvenientes y sus usos propios, y lejos de oponerse entre sí, como pretenden algunos, se ayudan mutuamente, y la verdad nunca se grava mejor en nuestra mente que cuando llega á ella por estas dos vias diferentes. Ciertos ideólogos le conocen al primero con el nombre de *Método sintético*, al segundo de *analítico*. (1)

ARTÍCULO II.

Aristóteles.

Aristóteles nació el año de 384 antes de Jesucristo en Estajira,

(1) Las palabras *síntesis* y *análisis* empleadas en esta acepción forman un contrasentido como lo han demostrado los metafísicos modernos y como mas tarde lo demostrare yo. Véase mas adelante la doctrina de Barthez sobre el principio vital.

ciudad en otro tiempo de Tracia y reunida á la Macedonia. Habiendo perdido á su padre siendo aun niño malgastó al instante su fortuna. Dedicado á la carrera de las armas, bien pronto se cansó de esta profesion, abandonándola para volver á emprender de nuevo los estudios favoritos de su juventud; *la filosofía y la medicina.*

Por entonces brillaba Platon en todo su esplendor; de todas partes venían á Atenas para escuchar sus lecciones, Aristóteles era uno de los oyentes mas constantes y mas asiduos, su aficion al estudio era escesiva, pues pasaba los dias y las noches en esta ocupacion. Obligado para sostenerse, á abrir una botica ó tienda de herbolario, daba consultas segun la costumbre de los farmacopolas de aquel tiempo. Por eso el filósofo de Estajira, el gefe futuro de la secta peripatética ó de *los paseantes*, pertenece á la historia de la medicina bajo muchos aspectos; primero por su origen, pues era hijo de un médico llamado Nicomaco, del cual habia recibido los primeros rudimentos de la ciencia; segundo, por la profesion que ejerció muchos años; tercero, por sus investigaciones de anatomía y fisiología comparadas; cuarto, en fin, por su doctrina filosófica que tan grande influencia ha ejercido en todos los ramos del saber humano.

Cuando Filipo Rey de Macedonia, cuyo tacto político es proverbial, quiso dar un preceptor á su hijo Alejandro, entonces de quince años de edad, escribió á Aristoteles una carta muy conocida que honra tanto al Monarca como al filósofo, para que se encargara de su educacion. Nada diré aquí del héroe invencible que conquista el Asia, pero no guardaré completo silencio del amante apasionado de las ciencias y las letras, que en medio de las ocupaciones del gobierno mas grande del mundo y de las guerras intestinas, no solo mantenía con su preceptor una correspondencia científica y le suministraba los fondos necesarios para fundar el primer museo conocido de historia natural, sino que él mismo hacia traer plantas, animales y objetos raros desde el interior del Oriente.

Gracias á la munificencia de su real discípulo, Aristóteles reunió una gran coleccion de productos naturales, mina fecunda de donde sacó su génio un inmenso número de observaciones á que la antigüedad nunca llegó en diversos puntos, siendo por esto la admiracion de los siglos. Ciertos críticos no sabiendo darse razon como un hombre ha podido escribir sobre tan gran número de objetos y derramar tanta luz sobre la mayor parte; sospechan que Aristóteles destruyó intencionalmente los escritos de sus predecesores á fin de apropiarse

sus descubrimientos, del mismo modo que acusaron á Hipócrates de haber puesto fuego al templo de Coós con el objeto de acabar con los archivos de donde sacó los materiales de sus obras: puras calumnias que caen al mas ligero examen de la historia. Mr. Littré explica satisfactoriamente en la introduccion de los libros hipocráticos la pérdida de una multitud de libros antiguos sin recurrir á congeturas atrevidas contra las reputaciones mejor cimentadas. Volviendo otra vez al fundador de la secta peripatética, lejos de omitir los nombres de los autores que habian eserito antes que él sobre un mismo objeto, les cita con frecuencia, refiere sus opiniones y muchos de ellos deben á sus citas el no haber caido en el mas completo olvido.

Los primeros filósofos que meditaron sobre el origen de nuestros conocimientos, sobre el modo como los adquirimos y su grado de certidumbre, se sorprendieron de los groseros y frecuentes errores que ocasionan los sentidos, mientras se maravillaban de carácter de infabilidad que tienen ciertas verdades abstractas, en particular las matemáticas. Para esto citaremos un ejemplo solo de este contraste; ejemplo que es de todo tiempo y lugar. ¿Las observaciones astronómicas aun las mas atrasadas, no nos enseñan que el Sol y la Luna son mucho mayores que lo que aparentemente manifiestan? De este y otros muchos ejemplos parecidos sacan los filósofos esta induccion general, y es que los sentidos transmiten impresiones falsas, dudosas é ilusorias; y que el alma, para elevarse á la posesion de la verdad y de la certidumbre debe aislarse cuanto sea posible del cuerpo y discurrir ó reflexionar en si misma. Este es el orijen de aquella filosofia contemplativa que Pitágoras recomendaba en secreto á sus discípulos y que Platon enseñaba en público.

Sin embargo, los hombres que se dedicaban al estudio de los fenómenos físicos, especialmente los médicos, no podían desconocer la necesidad de la intervencion de los sentidos para obtener una imágen exácta de estos fenómenos, puesto que la esperiencia de todos los dias les ponía de manifiesto la variedad de las concepciones anticipadas del alma relativas á las operaciones de la naturaleza. Cada dia venían nuevas decepciones á hacerles desconfiar de los principios establecidos á *priori* porque estos daban lugar á consecuencias desmentidas la mayor parte de las veces por los hechos. Así que hemos visto en la coleccion hipocrática; unos autores que proclaman la urgencia de desterrar las hipótesis para atenerse solo á la observacion; otros que dicen, en los propios términos, que no hay principio alguno fijo de tratamiento; que la

curacion de las enfermedades se verifica, unas veces, por los contrarios, otras por los semejantes y otras de otro modo desconocido, sin que se pueda decir el como sucede esto. (1) Estas son evidentemente máximas empíricas, pero aisladas; simples reseñas que nunca constituirán ni un sistema ni un tratado.

Estaba reservado al mas grande naturalista de la antigüedad el crear la primera base filosófica del empirismo. Su famoso axioma: *todas las ideas vienen de los sentidos*; (*Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu. Nada hay en el entendimiento que no venga antes de los sentidos*), introdujo en la ciencia un principio nuevo en contradiccion manifiesta con los dogmas revelados de Pitágoras y Platon.

Vamos à ver, como el Jefe de los peripatéticos justifica desde el primer instante este audaz principio, que fué dos mil años despues el germen de una revolucion científica. (2) Se lee en su tratado del *Análisis*: «parece que todos los animales han recibido de la naturaleza su facultad de sentir y de pensar, y una vez producida la sensacion, unos conser-su recuerdo y otros no; estos no tienen idea alguna de las cosas mas allá de la impresion que sintieron; los otros, al contrario, razonan en virtud del recuerdo que les quedó. Ha aquí, pues, la memoria derivada de la facultad de sentir. El recuerdo de una misma cosa repetida muchas veces engendra la esperiencia; y la esperiencia, es decir, toda la nocion general fija en el alma relativa á lo que hay de comun entre muchas cosas, hecha abstraccian de las diferencias, es lo que constituye el principio de la ciencia y del arte. (3)»

En otro libro el filósofo Stagirita recuerda la distincion que hizo entre los animales que tienen memoria y los que no la tienen; añade que los primeros son susceptibles de educacion, los segundos solo tienen instinto; en fin, dice, que solo el hombre es capaz de instruccion y razonamiento.» Despues de esto, continúa espresándose como sigue: «El arte, pues, se constituye por un gran número de nociones experimentales que dan lugar á una idea general.» Conocer la utilidad de un remedio que ha aprovechado á Calias, á Sócrates y otros muchos, es lo que constituye la esperiencia; mas saber que tal remedio es bueno para

(1) *Tratado de los Lugares en el hombre. Tratado de la Medicina antigua.*

(2) Este principio no era enteramente nuevo, pues que Platon alude á el en el pasaje que hem-s citado (pág. 136) cuando se pregunta á si mismo si el cerebro no es el que produce las sensaciones, las que á su vez engendran la imaginacion y la memoria, quienes tranquilamente hacen lo mismo con la ciencia. Pero Platon apenas se digna en pensar en esta opinion, mientras que Aristóteles la adopta y desenvuelve.

(3) *Aristóteles. Todas sus obras que están en griego y en latin.* Su Autor Guillermo Duval. Paris 1610. *De los analizadores que le siguieron*, lib. II. cap. XIX.

todos los individuos de la misma especie acometidos de una misma enfermedad, por ejemplo; á los que se ven molestados por la flema, la bilis, ó la calentura ardiente; (1) es decir que en esto consiste el arte.»

¿Quién no créa, al leer estos fragmentos, que están extraídos de algun capítulo de la escuela sensualista moderna? no se comprende como Condillac, uno de los corifeos de esta escuela, haya escrito las siguientes líneas: «Hace mucho tiempo que se dice que todos nuestros conocimientos provienen de los sentidos. Sin embargo, los peripatéticos estaban muy distantes de conocer esta verdad, que á pesar del talento que muchos han desplegado, nunca han sabido desenvolverla y que despues de muchos siglos el descubrimiento todavía está por hacer.... Ignoro cual fué el motivo que tuvo Aristóteles para establecer su principio sobre el origen de nuestros conocimientos, pero lo que sé es, que no ha dejado libro alguno que le desenvuelva y que por otra parte procuraba oponerse siempre á las opiniones de Platon. (2)»

Lo mejor que puede decirse para excusar la insinuacion epigramática de la última frase de Condillac es que olvidó por completo ó no había leído los pasajes de Aristóteles que antes hemos referido. Todavía hay mas de un descubrimiento que los modernos se han atribuido y cuyo gérmen se encuentra en las obras del principe de los filósofos antiguos: la forma filosófica que forma una de las bases del método de Descartes indicado con claridad por Aristóteles, cuando dice «los hombres que deseen instruirse, deben de antemano saber dudar; porque la ciencia no es mas que la resolucion de anteriores dudas, pero el que no conoce el nudo, es incapaz de desatarle. (3)» Se vé pues que la duda que aquí recomienda Aristóteles es muy diferente de la que profesaba la secta *pirronica* ó *zetetica*; esta la considera como la mayor perfeccion de la ciencia; al contrario, los peripatéticos no veian en ella mas que el principio de ella, una simple disposicion del alma para elevarse hasta la inteligencia, hasta la demostracion de la verdad.

Despues de haber establecido con claridad los derechos de Aristóteles como fundador de la doctrina sensualista ó experimental, restame ver en que se ha separado despues de esta doctrina, y porque ha formulado un método diametralmente opuesto al de los sensualistas modernos. A este efecto, volveré á recordar el segundo axioma emitido

(1) Ibidem, *Metafisica*, Lib. I. cap. 1.

(2) *Obras completas de Condillac*, Extracto razonado del *Tratado de las sensaciones*. Edicion Honel, Paris 1798. T. II. pag 5.

(3) *Metafisica*, Lib. III. cap. I.

por este filósofo sobre la generacion de las ideas.» *Las primeras ideas, dice, que las sensaciones crean en nuestro espíritu, son ideas generales.*»

Véase, pues, aquí, á la escuela sensualista antigua separarse enteramente de la moderna; aquí empieza su antagonismo. Importa mucho examinar en que clase de consideraciones se funda Aristóteles para establecer esta máxima. Invoca en apoyo de esta proposicion el ejemplo de un hombre que viendo desde muy lejos una masa opaca, de formas vagas, indeterminadas, concibe desde luego la idea general de un cuerpo cualquiera; si se aproxima á esta masa y la vé marchar y moverse de un modo automático concibe la idea de un animal, y ya cerca de él, reconocerá, no solo la especie de animal, sino que tambien le distinguirá de los demás individuos de su especie mediante ciertas señas y cualidades particulares y formará entonces una idea de su individualidad. Así es como, segun este filósofo, el espíritu humano marcha de lo general á lo particular y para probarlo, cita el ejemplo de un niño que llama papá á todos los hombres, y mamá á todas las mujeres, pero á medida que crece, especializa sus ideas y aprende á distinguir á su padre y á su madre de todos los demás. (1)

La argumentacion de Aristóteles es capciosa y pudiera engañar á mas de un lector. Creo, que es muy oportuno referir aquí la manera como esplica Locke, uno de los jefas de la escuela sensualista moderna, la marcha de nuestras ideas, la progresion de nuestros conocimientos. Dice este autor, «que las ideas que los niños se forman de las personas de su familia son semejantes á ellas mismas y son particulares. La idea que tienen de su nodriza, de su madre, están bien gravadas en su mente y como otros tantos cuadros fieles representan en ella únicamente sus individuos. Los nombres que los dan corresponden esclusivamente á estos; con el tiempo y con mayor conocimiento del mundo ven que hay otros muchos seres que se parecen á su padre, á su madre, y á otras personas de la familia, ó que están acostumbrados á ver, los cuales tienen su parecido y los dan como á los demás el nombre de hombre. Así van ellos formando una idea y un nombre general. Nada nuevo inventan, solo separan la idea compleja que tenian de Pedro, Santiago, María é Isabel; lo que á cada uno en particular corresponde, de lo que es comun á todos. (2)»

(1) Aristóteles. *Del analisis*, 2.^a parte, cap. II. y XIX. El mismo, *De los principios naturales*, Lib. I. cap. 1. y otros diversos libros.

(2) Locke. *Ensayo filosófico sobre el entendimiento humano*. Trad. de Coste. Lib. III. capítulo III. §. 7. Véase tambien á Condillac. *Ensayo sobre el origen de nuestros conocimientos*, seccion V.

Las dos últimas citas que acabo de leer, sacada la una, de los escritos de Aristóteles y la otra de los de Locke, ofrecen el curioso espectáculo de dos metafísicos que partiendo de un mismo principio «*todas las ideas vienen de los sentidos,*» se separan inmediatamente para seguir caminos divergentes: el primero crée que las primeras ideas que se forman en nuestra mente por el intermedio de los sentidos, son ideas generales; el otro afirma que son individuales. En los ejemplos que Aristóteles cita, confunde las ideas oscuras, vagas é indeterminadas, con las ideas generales; lo que es una falta grave y apenas concebible en un lógico como él. Así, cuando digo, *el todo es mayor que la parte*; espreso una idea general muy clara, en lugar que si percibo un objeto que está muy lejos, tengo solo una idea individual, pero confusa y vaga. Esta divergencia tan ligera en la apariencia y casi imperceptible á primera vista, separa de una manera completa al filósofo estagirita del verdadero camino conduciéndole á un dédalo inextricable de sutilezas estériles. Sigámosle algunos momentos en este camino estraviado y veamos donde vá á parar en todo lo concerniente á las ciencias físicas y médicas.

Desde el instante que nuestro filósofo crée haber probado incontestablemente que las ideas generales son las primeras que se forman en el entendimiento humano, saca esta conclusion; «que el estudio de las ciencias debe empezar por las generalidades ó axiomas, que por este motivo los llama *principios ó elementos*, para pasar enseguida á las nociones individuales ó particulares; *á los fenómenos.*» Sé, pues, que asigna á nuestras ideas un origen muy distinto del que las asignaba Platon, y sin embargo aconseja el mismo método didáctico, el mismo modo de adquisicion que él.

Aplicando este método defectuoso al estudio de la física, principia Aristóteles preguntándose cuantos principios hay en la naturaleza, espone todas las opiniones anteriores á él sobre esta cuestion tan espinosa y despues de discutir las una á una, termina sentando la siguiente conclusion testual «*Todo el mundo conviene que los principios residen en las oposiciones* y esto con razon, porque estos no deben ni engendrarse el uno al otro ni ser engendrados por otra cosa; al contrario, todo debe provenir de ellos. Esto es lo que justamente forma la esencia de las oposiciones; siendo primitivas, no proceden de cosa alguna, siendo opuestas^o ó secundarias, no se engendran mutuamente. (1)» Despues

(1) Obras de Aristóteles *De los principios naturales*, Lib. I. Cap. VI.

nuestro físico prueba por una argumentacion parecida que los principios naturales son dos ó tres, à saber; la oposicion de lo cálido y lo frio, de lo seco y lo húmedo, en fin, la base ó el objeto sobre el cual egercen su energía las oposiciones primitivas, base á la cual dá en otra parte el nombre de *Eter*. (1)

Admite además cuatro elementos, el fuego, el agua, el aire y la tierra, susceptibles, segun él, de trasformarse los unos en los otros, pues hasta se atreve á formular las leyes de esta trasformacion. Por cima de estos y en lo mas elevado del cielo coloca otro quinto, dotado de movimiento circular, rápido y eterno, el primero de todos, inalterable, causa y sosten de todos los demás. (2)

Platon esplicaba todos los fenómenos de la naturaleza por la sola consideracion de las causas finales; pero Aristóteles que se preciaba de mas exacto, asigna á cada fenómeno cuatro causas, á saber: la material, la formal, la eficiente, y la final. La arcilla que emplea un alfarero para hacer un vaso, es la causa *material*; la figura la *formal*; la mano del artífice la *eficiente*, y el uso del vaso la *final*. (3) Si alguno de mis lectores encuentra demasiado tecnicos estos detalles de la filosofia peripatética, sinó comprende la utilidad que hoy pueden tener para los médicos estas distinciones sùtiles y añejas; les ruego que tengan en cuenta que la mayor parte de los escritos antiguos y de la edad media están mas ó menos impregnados de ellas, que es imposible leerlas y en particular la historia de la medicina sin tener una nocion, al menos superficial, de la doctrina de Aristóteles; porque ella dió origen á la teoria médica de Galeno que ha reinado en las escuelas casi hasta nuestros dias. Despues de esta corta digresion, paso á esponer materias que se relacionan mas directamente con la medicina. Prosigamos.

Aristóteles fiel á su método de empezar por los principios aborda la fisiologia por el lado mas oscuro. Lo primero que examina es la naturaleza del alma, sus facultades y sus funciones: ella constituye á su parecer, la esencia de los cuerpos vivos, es decir, de los animales y vegetales; es simple, indivisible y reside entera en cada parte del ser organizado, como se vé dividiendo una planta ó ciertos insectos que continúan viviendo despues de separados en porciones como si fueran el todo,

(1) *Ibidem*, cap. VIII.

(2) El mismo. *Tratado del cielo*, Lib. I. cap. II. y III. Lib. IV. cap. V. *Tratado de la generacion y de la concepcion*, Lib. II. cap. IV. *Tratado de los meteoros*, Lib. I. cap. III.

(3) El mismo. *De los principios naturales*, Lib. II. cap. III. y siguientes.

lo que prueba, según él, que cada una de ellas conserva el alma en toda su integridad.

El alma tiene cuatro facultades, la nutritiva ó vegetativa, la motriz y la intelectual; las tres primeras están en todas partes del cuerpo y son inseparables; la cuarta ó sea la *intelectual ó contemplativa* que es de una especie diferente que las otras, debe tener, según nuestro fisiólogo, sitio aparte, (1) aun cuando no le designa, pero se desprende sea el corazón por lo que se lee en muchos pasajes de sus escritos. (2)»

La primera facultad es común á los animales y vegetales, preside á la nutrición y á la reproducción; la segunda solo á los primeros cuya esencia constituye. Los vegetales carecen de ella porque están formados de uno solo y simple elemento, mientras que el animal lo está de muchos y variados. Entre los animales hay unos que se mueven y otros no; en fin, un pequeño número de especies tienen inteligencia y razón. (3) Este fisiólogo no tenía una idea clara del aparato locomotor, confundía los tendones y los ligamentos con los nervios, y á los músculos los designaba con el nombre genérico de *carne*. (4) Coloca el principio de la facultad motriz en el centro del organismo, por la razón, dice, de que en todo objeto que se mueve, debe haber un punto fijo é invariable que sirva de apoyo á todas las partes y que las de impulso. (5)

El deseo de explicarlo todo conduce á los talentos más claros á emplear palabras huecas para darse razón de cosas serias y verídicas; ya hemos visto ejemplos; todavía veremos muchos más en él curso de esta historia.

El hombre en lugar de observar atentamente los fenómenos de la naturaleza y describirlos con la mayor exactitud posible, quiere siempre llevar sus juicios más allá de las sensaciones, siendo, para él, esta conducta el manantial más abundante de errores en todo lo que atañe al mundo físico.

Aristóteles considera el calor y la humedad como las cosas más indispensables á la vida; cuya duración, dice, es proporcionada á la masa de los humores y á esto atribuye el que vivan más tiempo los animales

(1) El mismo *Tratado del alma*, Lib. II, cap. II.

(2) Sprengel. *Historia de la medicina*, trad. por A. J. Jourdan, sec. 4.ª cap. II. T. I. página 336 y 408.

(3) Aristóteles, *Del alma*, Lib. II, cap. III. y IV. Lib. III, cap. XII.

(4) El mismo. *De la locomoción*, cap. III. En otra parte *Historia de los animales*, libro I, cap. I.

(5) El mismo, *Del movimiento de los animales*, cap. I. y IX.

mas grandes, regla que sufre numerosas escepciones, algunas de las que cita, pero no se detiene en explicarlas. (1)

Desconoció el verdadero objeto del cerebro, aunque le describe mas detalladamente que sus antecesores; pues dice «que lo que se encuentra al momento de abrir el cráneo, es el cerebro, situado en la parte anterior: todos los animales que tienen sangre y aun algunos moluscos le tienen situado del mismo modo, pero el del hombre es mucho mayor que el de aquellos en proporcion á su cuerpo, y por consecuencia es mas húmedo. Le cubren dos membranas, la mas fuerte reviste la superficie interna del cráneo, y la mas débil, el cerebro; este está compuesto de dos lóbulos con independenciam del cerebelo que está debajo y cuya forma, ya á la vista, ya al tacto, parece diferente de la de su vecino; aquel generalmente tiene un espacio vacío en su centro, su sustancia parece que está fría cuando se toca, jamás se encuentran venas y sangre en su interior, pero la membrana de cubierta está llena de unas y otra. (2)» Nadie habia hablado de sus funciones, el mismo Aristóteles ni aun las sospechó, puesto que como acabamos de decir, coloca en el corazon el asiento del alma y de las sensaciones. Tampoco conoció mejor las del sistema nervioso, diga lo que quiera Sprengel que le atribuye, á mi parecer sin fundamento, el descubrimiento de este sistema. (3) Júzguese por lo que dice en el siguiente extracto. «Hablemos ahora de los nervios, dice el naturalista griego. Parten del corazon, este los tiene en su propia sustancia, en la mayor de sus cavidades, y lo que se llama aorta no es mas que una vena nerviosa cuyos estremos son nervios. En los puntos donde terminan estos, hacia las articulaciones, no están huecos y son susceptibles de la misma tension; lo contrario que sucede con las venas que se distribuyen á un lado y á otro de las articulaciones y uniones de los huesos, parten de un mismo tronco, y su continuidad es aparente en los animales que tienen mucha gordura. Pero hay una diferencia entre las venas y los nervios, estos no se continúan sin interrupcion de un principio único á todas las partes del cuerpo como las venas.

Los principales nervios son, el de la corva, del cual depende la mayor ó menor facilidad del salto, enseguida otro nervio doble que se lla-

(1) El mismo. *De la prolongacion y de la brevedad de la vida*, cap. V. *De la juventud y de la vejez, de la vida y la muerte*, cap. IV. y V.

(2) *História de los animales*. Traducion de Camus. París 1783 Lib. I. cap. XVI.

(3) Sprengel. *História de la medicina*. Traducion de Mr. Jourdan, París 1815, T. I. página 384.

ma el tendón, después el estensor y el nervio de la espalda que contribuyen á la fuerza del cuerpo. A los nervios de las articulaciones no dá nombre particular porque no hay huesos articulados que estén unidos por nervios. Se les encuentra en gran número al rededor de los huesos, excepto en los de la cabeza que están pegados por sutúras. (1)»

Es evidente que en esta descripción confunde Aristóteles los nervios con los tendones y ligamentos. Mas Sprengel funda su opinión contraria en el siguiente pasaje. Hay en el intervalo de ambos ojos tres canales que comunican con el cerebro; el mas ancho vá al cerebelo, el mas pequeño y el mas inmediato á la nariz vuelve el mismo cerebro. (2)» Deduce de estas frases que el filósofo había entrevisto los nervios olfatorios y los ópticos en los pescados en los que efectivamente siguen la dirección marcada. Pero que haya ó no sospechado algunos nervios, no se deduce que supiera cual era su destino.

Aristóteles era demasiado instruido para que tuviera necesidad de valerse de conocimientos ajenos. Ninguno en su tiempo sabia mas que él, ninguno ha introducido en la ciencia tantos hechos nuevos. Limitándonos á nuestro objeto, diremos que aunque no diseó cadáveres humanos, corrige muchos errores de los libros hipocráticos sobre la anatomía y fisiología del hombre; refuta la opinión de Polibio que dice que las venas principian en el occipucio y descienden duplicadas á lo largo de la cara anterior posterior y lateral del cuerpo; y asegura que su origen está en el corazón; combate tambien la creencia de aquellos que suponian que van á refrescar el pulmón por té de las bebidas ingeridas. (3)

Como diseó un número considerable de animales, compara con admirable sagacidad para su siglo, los aparatos orgánicos en virtud de los que cada animal vive, se propaga y llena las diversas funciones que le encargó la naturaleza. Señala las variedades de forma y estructura que presenta el corazón de los cuadrúpedos, los pájaros, los reptiles y los pescados, hace lo mismo con el tubo digestivo, el pulmón y los demás órganos; no reúne, segun hacen los naturalistas, todos los caracteres correspondientes á una misma especie de animales á fin de distinguir unos de otros; el método que adopta es muy filosófico y fecundo en datos importantes, presenta poco á poco la historia de cada aparato,

(1) Aristóteles, *Historia de los animales*, lib. III. cap. V.

(2) Sprengel, *Historia de la Medicina*. Traducción de Mr. Jourdan T. I. pág. 386. Aristóteles, *Historia de los animales*, lib. I. cap. XVI.

(3) *Historia de los animales*.

de cada función; después espone sus variedades, sus modificaciones en toda la escala animal; en una palabra, creó la anatomía y la fisiología comparada, y su plan es tan filosófico, que veinte siglos después le ha adoptado Jorge Cuvier. (1)

Si bien es verdad que puede echarse en cara al fundador de la secta peripatética el haber propagado el gusto de las sutilezas escolásticas, no se puede menos de convenir que ha dado el más palpable ejemplo de ser un observador atento y paciente de la naturaleza. Su *Historia de los animales* es un tesoro de datos curiosos sobre las costumbres y hábitos de esta clase de seres, su modo de propagación, sus enfermedades, etc. Sus discípulos animados por su ejemplo y consejos cultivaron con esmero la anatomía, la fisiología y la historia natural. Entre ellos descuella *Teofrasto*, su sucesor, que fué el más hábil botánico de su tiempo, y tan reputado, que un poeta satírico hace decir á Mercurio enseñándole un peripatético que quiso vender: «Este es un hombre que os dirá al momento cuanto vive una mosca, ó á que profundidad del mar penetran los rayos del Sol, cuál es la naturaleza del alma de un buitre, y aun otras cosas más difíciles todavía, por ejemplo, como se conoce la esencia del semen, la generación y el modo de crecer el feto en el vientre de su madre. (2)

Platon y Aristóteles fueron entre los antiguos, los propagadores más eminentes de dos opiniones antagonistas que dividen á los filósofos desde el principio de la ciencia. El uno hace derivar todos nuestros conocimientos de la intuición mental sin intervención de los sentidos; el otro, al contrario, dice que todas nuestras ideas proceden de estos. Estas dos opiniones han dado origen á dos métodos que hemos visto aumentarse y perfeccionarse, por decirlo así, al mismo tiempo; sin que ninguno de ellos haya vencido. Ambos cuentan hoy con partidarios célebres: Descartes, Leibnitz, Kant, espiritualistas; Bacon, Locke, Humé, Condillac, sensualistas.

Importa mucho estudiar y comparar en el curso de esta historia las opiniones y métodos profesados por estas dos escuelas, bien convencido por otra parte, que no es conveniente ni razonable adherirse exclusivamente á los dogmas de una ú otra antes de haberlos estudiado por separado, y si los médicos me acusan de alejarme del objeto principal porque concedo demasiado espacio al exámen de los métodos filosófico-

(1) *Historia de los animales.*

(2) *Obras de Luciano, hacia el fin del diálogo titulado Vitarum auctio.* Pág. 198 de la edición de Bourdelot. Paris 1613.

médicos, les contestaré con este aforismo del mas sábio intérprete de la doctrina de Cuvier: «*La primera cuestion en toda ciencia es siempre una cuestion de método.*» (1) Platon y Aristóteles nos marcan los límites de los conocimientos naturales, ¿pero ambos no estan en un error al proclamar de una manera esclusiva, el uno la intuicion interna, la razon; y el otro los sentidos, la observacion exterior; como origen de nuestros conocimientos? Creemos que si.

RESÚMEN DEL PERIODO FILOSÓFICO.

Durante el periodo que acabamos de recorrer hemos visto á la Medicina despojarse de su velo místico y tomar de repente un rápido crecimiento. Sentadas las bases principales de su edificio, se ven aparecer como en bosquejo cada una de las partes que han de componerle; bosquejo cuyo conjunto presenta ya un aspecto un poco imponente, aunque algo confuso. «*La ciencia antigua, como dice con tanta elocuencia Mr. Littré, tiene mucho parecido con la moderna; desde los primeros tiempos de la medicina, desde sus primeros monumentos se han debatido las cuestiones fundamentales y se han tocado los límites de la inteligencia humana. Dentro de estos límites la ciencia encuentra en un caudal inagotable de combinaciones los materiales que la hacen crecer.*» (2) Esto es cierto hablando de la filosofía y de la medicina.

Hipócrates forma la transicion entre el periodo místico y este; pertenece al mismo tiempo á la historia y á la mitología, porque si son ciertas algunas circunstancias de su vida, si son auténticas algunas de sus obras; en cambio, parecen dudosas la mayor parte. Su doctrina ha sido acogida por sus contemporáneos y por la posteridad con una veneracion parecida á un culto; menos acaso, debido á su mérito real que á su misterioso origen. Ningun médico ha obtenido despues de él un homenaje tan elevado, tan universal y tan duradero. Despues de su muerte se introdujo la anarquía en su escuela, se propagaron solapadamente una multitud de nuevos métodos y teorías á la sombra de su nombre y autoridad, siendo imposible por eso distinguir los verdaderos escritos suyos de los que no lo son. Al cambiar de periodo la ciencia vá á cambiar tambien de aspecto. Despues de algunos años de confusion los médicos van á dividirse en tres grandes sectas que lucharán por mu-

(1) Mr. Flourens. *Análisis razonado de los trabajos de G. Cuvier. Anatomía comparada.* § I., pág. 127.

(2) *Obras de Hipócrates.* Paris 1839. Introduccion, t. I., pág. 507.

chos siglos con fortuna varia y concluirán por agruparse ó ser absorbidos por la mas poderosa. Así desaparecerán las vacilaciones que han reinado durante tanto tiempo.

PERIODO ANATÓMICO.

Abraza el tiempo trascurrido desde la fundacion de la Biblioteca de Alejandria; hacia el año 320 antes de Jesucristo: hasta el 200 de la era cristiana que ocurrió la muerte de Galeno. 520 años.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Los sucesores de Alejandro llevaron á cabo una grandiosa idea, cuando formaron su biblioteca y reunieron en Alejandria todas las riquezas intelectuales del universo poniéndolas á disposicion de los hombres estudiosos que deseaban conocerlas para acrecentarlas y perfeccionarlas. Era entonces tanto mas meritoria esta idea, cuanto que los manuscritos eran muy raros, tenian un valor inmenso y habia pocos ejemplares de la mayor parte de ellos, de algunos uno solo; y sus dueños no los querian vender ni dejar copiar, sinó en ciertos casos. Con frecuencia la biblioteca de una familia consistia en un solo ejemplar y aun así eran muy pocas las que disfrutaban de tal beneficio.

Antes de la fundacion de esta biblioteca y la de Pergamo, solo habia dos á las que realmente se las podia dar este nombre; la de Aristóteles y la de Pericles; los pobres apenas podian instruirse por carecer de elementos y libros para ello; solo los ricos podian hacer lo que tanto ambicionaban las clases inferiores.

En semejantes circunstancias el establecimiento de una biblioteca pública era un acto de filantropía y liberalismo superior á todo elogio, era una de esas felices creaciones que inmortalizan un reinado, una época y sirven para consolidar una dinastía.

No me corresponde esponer las ventajas de semejante institucion, otros antes que yo, lo han hecho de modo que nada deja que desear; únicamente diré que tales fundaciones han ejercido en los tiempos antiguos una influencia parecida á la imprenta en nuestros dias. (1)

(1) Especialmente Mr. Matter autor de una historia de la escuela de Alejandria, de la cual hemos tomado todos ó la mayor parte de los detalles que hemos espuesto acerca de esta escuela. N. del A.

El que quiera mas pormenores acerca de esta célebre escuela puede consultar el libro publicado recientemente por Julio Simon. N. del T.

Dos de sus mas famosos generales concibieron al mismo tiempo el proyecto, de suerte que es difícil asignar á uno la prioridad. Estos dos caudillos son Eudemo gobernador de Pergamo y de la Midia, y Tolomeo Lago del Egipto.

En cuanto el hijo de Filipo pagó á la naturaleza, aunque prematuramente, el tributo que la debe todo ser creado, aquellos de sus Lugartenientes á quienes habia confiado el gobierno de los paises conquistados, no pensaron mas que en declararse independientes, en apropiarse las tierras que conquistaban, en convertirse, en fin, de administradores en propietarios, valiéndose de las armas como el medio mas á propósito de conservar sus dominios ó de invadir tambien los comarcasanos.

Entre tantos como tenia, solo los dos citados pueden considerarse como elegidos por la Providencia para dar impulso al comercio, á las artes y á las ciencias. Ambos rivalizaron en el empleo de los medios para conseguir su propósito y uno de estos grandes medios fué la fundacion de las dos primeras bibliotecas públicas: (320 años antes de Jesucristo) la de Alejandría y la de Pergamo.

Sus sucesores continuaron con mas ahinco este impulso y nada puede dar una idea tan cabal de la actividad y celo que desplegaron, como el número de volúmenes que llegaron á tener ambas colecciones. La de Pergamo reunió 200.000 y la de Alejandría 600.000 ó 700.000. Esta última estaba dividida en dos partes, la grande y la pequeña biblioteca. La primera contenía 400.000 y estaba situada á orillas del mar en el barrio llamado *Brucheyon*, cerca del palacio y del museo donde habia provisiones en abundancia; la segunda en el *templo de Serapis ó Serapion*, levantado en el centro de la ciudad.

Los autores están discordes en la apreciacion comparativa de los volúmenes ó rollos antiguos con los libros modernos acumulados en estos dos grandes depósitos del saber. Unos presumen que 600.000 volúmenes alejandrinos representan 200.000 de los modernos, otros 420.000 y otros 90.000. Sea lo que quiera, el resultado es satisfactorio.

Los reyes de Egipto y del Ponto conocieron al momento el valor que estos establecimientos daban á sus capitales y á sus personas; se estableció entre ellos una laudable emulacion que pronto degeneró en envidia, hasta el estremo de prohibir algunos de los soberanos de Alejandría la extraccion del Papiro, materia de que se componían los libros, á fin de no dejar sacar copias á sus émulos de Pergamo. Esta prohibicion tan bárbara y antiliberal dió un resultado contrario al que

se prometían. Pergamo privada de las cortezas del Papiro, inventó el pergamino, cuyo uso se extendió considerablemente y reemplazó con ventaja á las cortezas que prohibieron los Egipcios.

La escuela de Alejandria conservó siempre una gran superioridad sobre la de Pergamo, ejerció una grande influencia sobre los estudios médicos y por esto merece una mencion especial.

CAPITULO PRIMERO.

Escuela de Alejandria.

El gefe de la dinastía de los Lagidas, Tolomeo Soter, no se contentó con una opulenta biblioteca, sinó que llamó á los hombres de mas fama por su saber y su instruccion para que la ordenaran y clasificaran sus volúmenes. Al efecto les dió alojamiento cerca de ella y decretó una pensión con el objeto de que se consagraran esclusivamente al arreglo de los libros; otros, págados tambien por el Estado, se dedicaban á los estudios y trabajos de su gusto y solo se reunian en dias determinados para leer alguna cosa y discutir sobre ella. El mismo rey asistía alguna vez á estas reuniones, tomaba parte en la discusion y esponía las dificultades que entrañaban los objetos. En el reinado de Tolomeo Filadelfo, hijo y sucesor de Soter, fueron mas frecuentes estas reuniones, se las llamaba *Ludi musarum Apolinis*, luchas ó entretenimientos literarios, y *Museo* el punto donde tenian lugar las discusiones. Se señalaba con anticipacion lo que se habia de discutir y se premiaban las mejores composiciones con menciones honorificas ó con recompensas proporcionadas á su mérito.

No todos los sábios residentes en Alejandria estaban pagados por el Estado ni vivían en la biblioteca; este honor estaba reservado á unos pocos entre los cuales se encuentran dos médicos, *Erasistrato* y *Herofilo*. El primero era nieto de Aristóteles y discipulo de Teofrasto, residió poco tiempo en Alejandria y murió en Smirna, donde fundó una escuela; el segundo, natural de Calcedonia, ciudad de la Bitinia y discipulo de Praxágoras, continuó haciendo investigaciones, sobre todo en anatomía; dejando á su muerte una porcion de discipulos célebres.

Filadelfo encargó á los sábios hebreos la traduccion en griego de los sagrados libros, traduccion estimada por mucho tiempo y que se conoce hoy con el nombre de los *Setenta*.

Un sacerdote egipcio presidía siempre las reuniones del *Museo*, de

manera que allí se asociaba la ciencia de los Hebreos y la de los Egipcios á las concepciones más modernas de los filósofos y literatos de la Grecia. Los soberanos de Egipto enviaron muchas expediciones al interior del Africa, al Mar Rojo y hasta las Indias orientales con el objeto de hacer descubrimientos y entablar relaciones comerciales y científicas. La antorcha de la civilización que había alumbrado en otro tiempo las orillas del Nilo con una luz misteriosa y solitaria, volvió á brillar de nuevo con más fuerza, gracias á las nuevas creaciones de los sábios griegos que vinieron á aumentarla y vivificarla, siendo la corte de los Tolomeos, no solo la escala del comercio griego y romano, sino el foco científico cuyos rayos se extendieron por el mundo antiguo por espacio de diez siglos, tocándola no pequeña parte en estos adelantos á la medicina.

Por un conjunto de circunstancias que vamos á enumerar, la escuela de Alejandría eclipsó desde su fundación á las antiguas escuelas de Cnido, de Coós y de Pérgamo; y en lo que duró, ninguna llegó á oscurecerla. En tiempo de Galeno bastaba haber estudiado en Alejandría ó haber permanecido allí algún tiempo para tener fama de buen médico. La mayor parte de los hombres célebres en alguna de las ramas del arte de curar, estudiaron en esta escuela ó se perfeccionaron en ella.

Muchas causas contribuyeron á los progresos de la ciencia médica en este establecimiento, siendo una de las principales la autorización concedida por los soberanos para disecar cadáveres humanos, autorización casi única en la antigüedad y que dió grande impulso á los estudios anatómicos, fisiológicos y quirúrgicos. Los mismos soberanos no se contentaron con entregar á los médicos los cadáveres de los criminales, sino que ellos mismos disecaron algunas veces: ¡tanta gana tenían de averiguar los secretos de la vida! ó acaso también se proponían con su ejemplo hacer desaparecer la infamia á que se esponían los que se dedicaban á este género de estudios. (1) Reunieron además muchos animales y plantas raras que depositaron en su palacio con el fin de favorecer el estudio de la historia natural y de la materia médica, sin omitir gastos y cuidados para que estas colecciones fueran lo más completas posibles, teniendo después un gran placer en enseñárselas á los sábios y extranjeros de distinción que iban á su capital atraídos por el

(1) Plinio, *Historia natural*, t. XIX, pág. 5. — Lauth, *Historia de la anatomía*, Strasburgo, 1815, pág. 119.

crédito de estas riquezas intelectuales. Política tan hábil como liberal hizo que la ciudad de Alejandría fuese una de las mas florecientes del Imperio romano aun despues de la destruccion del reino de Egipto.

Mas la costumbre de diseccion duró poco en Alejandría y en los demás paises, apenas llegó á la conclusion del siglo II. A estudios tan importantes reemplazaron las estériles discusiones sobre puntos inaccesibles á la inteligencia humana, viéndose postergadas las investigaciones naturales por los mismos que poco antes las recomendáran con empeño.

La dominacion romana fué el mayor azote para la medicina en Egipto, el pueblo rey que gozaba con ver correr la sangre, no solo en los campos de batalla, sinó en sus espectáculos públicos; este pueblo, consideraba como una profanacion horrible el contacto de un cadáver. Si por casualidad algun médico extranjero ó asociado á la persona de alguno de sus Emperadores ó generales deseaba aprovechar la ocasion que le ofrecia la guerra para estudiar la estructura de las vísceras, se veía obligado á esconderse y robar con cuidado algun cadáver abandonado á las aves de rapiña. Por eso en Roma no se conocia ningun anatómico de reputacion.

Para colmo de desgracia se han perdido la mayor parte de los trabajos de los médicos que ilustraron la primera época de la escuela egipcia; hoy solo los conocemos por tradicion y por algunos fragmentos que nos han legado escritores posteriores. El incendio de la biblioteca por la flota de Julio César, inicia la série de desastres que aquella dominacion hizo pesar sobre el Instituto alejandrino. Sin embargo, la Reina Cleópatra, tan célebre por su amor á las ciencias como por su hermosura, sus crímenes y su muerte; (1) reparó lo mejor que pudo esta pérdida; obteniendo de su esposo Marcó Antonio la traslacion á Alejandría de la biblioteca de Pérgamo, pero el imbecil Caracalla, despues de suprimir los espectáculos públicos, mandó asesinar á la mayor parte de los habitantes de la ciudad y echó del museo á los encargados de su custodia.

Solo recogiendo hoy los restos que nos han trasmitido Galeno, Dioscorides, Aretéo, Celio Aureliano, Celso, Plinio y algunos otros, es como podemos volver á trazor á grandes rasgos la marcha de la ciencia en este periodo. Con ellos intentaremos construir el edificio médico tal como debió existir á últimos del siglo II, empezando por esponer los

(1) Historia de la anatomía, pág. 117.

adelantos de cada rama del arte segun el sistema que hemos adoptado, dejando para lo último las teorías y sistemas.

CAPITULO II.

Anatomía y Fisiología.

Sería imposible componer un regular tratado de anatomía con los materiales que nos han dejado los médicos hipocráticos, porque á escepcion de los huesos, no tenían conocimiento alguno, ó á lo mas, muy poco, de los demás aparatos orgánicos. Confundían bajo una misma denominacion los ligamentos, los tendones y los nervios, no sabían distinguir las arterias de las venas; para ellos los músculos eran masas inertes destinadas á cubrir el esqueleto y servir de adorno al cuerpo; tenían una idea falsa ó muy confusa de la estructura del cerebro y funciones de los pulmones, del corazon, del higado, de los aparatos digestivo y genital, etc. por no haber hecho bastante número de autopsias, como muy oportunamente dice el Autor de la *Historia de la Anatomía*. Mas á pesar de esto, emitieron opiniones casi absolutas sobre los órganos y sus funciones, opiniones que nadie se cuidaba de probar ni desmentir.

El único autor de esta época que ha tenido la fortuna de que se conserven sus escritos, es Galeno. En ellos encontraremos cuanto vamos á decir sobre los progresos de la anatomía y fisiología desde la fundacion de la escuela de Alejandria hasta la conclusion del siglo II de nuestra era. Este médico dejó escritas: 1.º Una *monografía sobre el esqueleto*, en la cual recomienda estudiar los huesos teniéndolos á la vista y no en los libros, y aconseja á los estudiantes á que vayan á escuchar á Alejandria las lecciones que sobre esta materia daban los Profesores, teniendo á la vista esqueletos humanos; consejo plausible y bastante para conocer que ni aun en Roma se enseñaba esta parte de la anatomía como en Egipto. 2.º Un *tratado completo sobre toda la Anatomía*, dividido en quince libros, de los que faltan seis y se titula *Administraciones anatómicas*. 3.º Un *tratado anátomo-fisiológico sobre el uso de las partes del cuerpo del hombre*, distribuido en diez y siete libros que poseemos por completo. 4.º, en fin, un *gran numero de detalles anatómicos y fisiológicos*, diseminados en escritos que tratan de otras materias. De las obras, pues, de Galeno, es donde sacaremos lo que vamos á decir sobre los progresos de la anatomía y fisiolo-

gía, durante el espacio de tiempo trascurrido desde la fundación de la Escuela de Alejandría, hasta la conclusión del siglo II de la era cristiana.

Osteología. A los conocimientos que tenían los Asclepiades del sistema oseo, añadieron sus sucesores nuevos detalles relativos á su formación, á su estructura y á sus medios de union. Galeno al describir la mayor parte de los huesos y designarlos con los nombres con que se conocen en el día, dice; que son unos cuerpos duros, fríos, insensibles por sí, pero sensibles por el intermedio de una membrana que los cubre llamada *periostio*, formados de una sustancia térrea producida por la misma semilla, la mayor parte con médula en su interior, de la que sacan su alimento y destinados á sostener todo el cuerpo. Los medios de union entre sí son dos; la *sinfisis* en la que no hay movimiento y la *articulación* que los permite moverse en diversos sentidos los unos sobre los otros. A las articulaciones rodean y cubren los ligamentos, que son blandos, flexibles, elásticos, mas duros y consistentes que las membranas; y los cartilagos en que terminan algunos huesos ó que les reemplazan en algunas regiones, como la nariz, las orejas la traquearteria; tan duros como ellos y tan flexibles y elásticos como los ligamentos. (4)

Miología. Galeno que dió nombre á los haces carnosos que hoy, como entonces, llamamos *músculos*, no los consideró, cual antes acontecía, como masas inertes destinados á cubrir y proteger las demás partes, sinó como órganos encargados de los movimientos voluntarios. Estudió por separado la estructura, la composición, los usos de cada uno de ellos y vió que estaban formados de fibras muy delgadas al traves de las que pasan arterias, venas, nervios encargados de su nutrición y sensibilidad. Se aseguró por esperiencias convincentes, que estos aparatos son indispensables para el cumplimiento de los movimientos voluntarios. Para hacer comprender el mecanismo de la locomoción y probar el papel activo que desempeñan, descubrió en un animal los estensores y flexores de un miembro y despues hizo ver el modo como estos haces carnosos ponian los huesos en movimiento. Segun él, son tan numerosos que es muy difícil contarlos ó algunos están tan unidos que parecen uno todo único, y solo cuando se separan sus fibras es cuando se ven los tendones que parten de ellas.

(1) Galeno. De los huesos, edición de Chartier T. IV. De las administraciones anatómicas, lib. I. T. IV.

A nadie le estrañará que, despues de esta confesion, haya olvidado algunos y que los clasifique segun sus usos; método que han seguido muchos anatómicos por ser mas á propósito para llegar á conocer los movimientos egecutados por las partes, aunque no sea el mejor ni mas cómodo para su estudio. (1) *Angiología.* Los Médicos griegos contemporáneos de Hipócrates confundian las arterias con las venas. Galeno las distinguió como Praxágoras; pero este autor creyó que solo contenian aire y por esto las dió el nombre que hoy Hevan y que conforme á su etimología significa *Canal acreo*: opinion que adoptaron Aristóteles y Erasistrato, pero que Galeno refutó en uno de sus libros apoyándose en el hecho observado por él, y es que siempre que se hiere una arteria, sale sangre; y aduce á esta prueba espermental muchas razones teóricas que hoy nos parecen muy oscuras é inútiles. (2) Colocó en el higado el origen de las venas por considerarlo como un órgano de sanguificacion, y el de las arterias en el corazon. En esto da muestra de estar menos adelantado que Aristóteles que considera del órgano cardiaco como el origen comun de las arterias y las venas.

Fué el primero que comparó los sistemas venoso y arterial á dos árboles fijos al suelo por sus raices y cuyo tronco sube y se divide en muchos ramos; la vena cava es el tronco del árbol venoso, sus divisiones las ramificaciones grandes y pequeñas; las de la vena porta las raices; los ramos de la arteria pulmonal las raices del árbol arterial, la aorta el tronco y sus divisiones las ramás; admitió dos aortas, una superior y otra inferior, cuya descripción hizo; confusa la de la primera, mas clara y exacta la de la segunda; no ignoró que es menor el número de las arterias que el de las venas (3) en atencion á que aquellas nunca dejan de ir acompañadas de venas, mientras que estas se encuentran por lo general solas. Entre las ramificaciones de la vena cava superior comprendió la vena azigos y la mamaria interna; y entre las de la inferior, las renales, las espermáticas, las uterinas, las femorales y las safenas; mencionó tambien la vena y arterias umbilicales.

Neurología. Aristóteles coloca en el corazon el origen de los nervios, Galeno al contrario; dice que nacen del cerebro y la médula spi-

(1) Galeno. *De la constitucion del arte médico*, cap. III. Chartier, T. II. *De las administraciones anatómicas*, lib. I. II. III. IV. V. *Del uso de las partes del cuerpo humano*, libro III. cap. X. T. IV. *Del movimiento de los músculos*, lib. I. cap. I. T. V.

(2) Galeno. *Si en las arterias se contiene sangre*, Chartier, T. III.

(3) El mismo. *De la diseccion de las arterias y de las venas*, T. IV. *Del uso de las partes*, T. 4. Lauth, *História de la Anatomía*, lib. V. par. I. seccion I. cap. III. §. 4.

nal y prueba que aquel y sus sucesores confundían los nervios con los ligamentos y los tendones. Distingue además dos especies de aquellos, unos blandos que salen del cerebro y transmiten la sensibilidad; otros duros que salen de la médula y transmiten el movimiento; nombra siete pares cerebrales que son los mismos que hoy conocemos, excepto el simpático y el motor ocular esterno, y treinta espinales, divididos en diez cervicales, doce dorsales, cinco lumbares y cinco sacros. «Mr. Darremberg advierte que Galeno admite nervios distintos para el movimiento y el sentimiento, porque ignoraba que cada uno de estos contiene fibras destinadas, unas á la sensibilidad, otras al movimiento por su origen de los cordones anteriores y posteriores de la médula espinal.» (1) Conoció los ganglios y pretende ser el autor del descubrimiento. «Dice que la naturaleza hace una cosa admirable ignorada hasta ahora por los anatómicos y es, que rodea con un cuerpo consistente parecido á la sustancia nerviosa á todos los nervios largos y delgados destinados á sufrir el choque violento de los músculos, cuerpo que parece estar unido al nervio; pero que cuando se le disecciona, se ve que se continua su sustancia con el cordón, y que por esta, que se asemeja á un ganglio, aumentan en espesor los nervios. (2)» En fin, este anatómico tuvo algunas nociones del gran simpático aunque no se formó de él mas que una idea incompleta. Para probar que la facultad motriz ó sensitiva va desde el cerebro y la médula á las demás partes por el intermedio de los nervios, aconseja que se corten estos y asegura que cesa al momento la sensibilidad y la motilidad en las partes situadas por bajo de la seccion, lo contrario de lo que acontece en las situadas por cima que conservan la integridad de sus funciones. (3)

Adenología. «Segun el autor de la *Historia de la anatomía*, Galeno no conoció ni describió las glándulas, y si muchos de los humores segregados por ellas, pero no del camino que siguen y funciones que desempeñan, pues supone que tales humores son vertidos por venas particulares, apoyando de este modo la opinion de Marino. Habla primero, de la seccion de la próstata, despues del moco y saliva de la boca, de la bilis, de los líquidos segregados por las diversas glándulas y folículos intestinales. En verdad que choca no haya ocurrido á este gran de hombre la idea de atribuir á las glándulas la funcion especial que

(1) *Tesis inaugural*, Paris 26. de Agosto 1841 pág. 89.

(2) Galeno, *Del uso de las partes*, Lauth, *Historia de la anatomía*, lib. V. part. I. seccion I. cap. III. §. 5.

(3) Galeno, *De la constitucion del arte*, cap. III.

desempeñan, en lugar de considerarlas como una reunion de vasos emuntorios de un humor escrementicio. Mas el hecho es que despues de tanto estudio no le ocurrió esta idea. Para él la preparacion de un fluido por las glándulas fué siempre una cosa secundaria y para nosotros hoy una quimera las venas particulares que el admitia destinadas á llevar la saliva á la boca, puesto que nada tienen que ver con los conductos salivales correspondientes,» (1) uno de los que se llamó despues conducto de *Stenon*.

Esplanología. Galeno divide el interior del cuerpo en tres cabidades; la cabeza que se continua con la columna vertebral, el pecho y el vientre. Distingue en cada una de ellas partes continentes y partes contenidas; las primeras son la piel compuesta del dermis y del epidermis, el tejido conjuntivo, los músculos con sus aponeurosis, los vasos, los nervios, los huesos y algunas membranas; las segundas difieren en cada cabidad y son las que siguen:

I. *Cabeza y columna vertebral.* Esta se diferencia de las otras dos por las señales siguientes: 1.º por la caja osea que la forma. 2.º porque la tapizan dos membranas en lugar de una sola, como tienen el pecho y el vientre; la primera gruesa, fibrosa; la segunda blanda, delgada y lisa parecida á la pleura ó el peritoneo. Nada dice de la aracnoides. Esta cabidad contiene los órganos de la facultad mas noble, *la animal*, formada por el alma racional é inmortal. Abriéndola se vé arriba y adelante el cerebro, especie de masa oval, blanda, de color gris por fuera, blanco por dentro, dividido en dos mitades llamadas hemisferios, separados entre sí por un surco longitudinal muy profundo. Debajo y detras está el cerebelo algo mas consistente y como tres veces mas pequeño que el cerebro. Ambos á dos llenan toda la cabidad, distintos y separados por membranas en la mayor parte de su estension, excepto en el centro ó base del cráneo que se unen por una porcion comun llamada *Mesocéfalo* donde principia la médula espinal y cuya sustancia análoga al cerebro y cerebelo parece una continuacion de él. Describe por separado cada una de estas tres porciones de un mismo órgano; representa su configuracion exterior y sus relaciones con las partes inmediatas; despues estudia su interior, marca su estructura íntima, la disposicion de todas sus partes, hasta las mas pequeñas, el origen y distribucion de sus vasos, el de los nervios hasta que se pierden en la masa total. Vió al poner al descubierto el cerebro de un animal

(1) Lauth *Ibidem*, § 6.

vivo, este tiene durante la vida movimientos de ascenso y descenso y los comparó á los movimientos respiratorios, y supuso que se dilataba como los pulmones para absorber aire que entra al través de la hoja cribosa del etmoides y se contraía para arrojarlo al exterior por el mismo punto, arrastrando tras sí los humores escrescimenticios que salen por las fosas nasales; añade que no sale todo el aire inspirado, sino que parte de él se introduce lentamente en los ventriculos anteriores para unirse á los *espíritus vitales* que son trasportados allí por las arterias del plexo coroides, de cuya combinacion resultan los *espíritus animales*, agentes inmediatos del alma racional y los mas sutiles de los espíritus. Estos sufren su última preparacion en el cuarto ventriculo, donde caen gota á gota por un tubo estrecho y vermiforme (el acueducto de Silvio) para repartirse despues por todo el cerebro, el cerebelo y la médula espinal, donde permanecen quietos, como en reserva; para ser distribuidos por todo el cuerpo por el intermedio de los nervios y llevar á cada una de las partes segun las órdenes y necesidades de la facultad animal, el sentimiento, el movimiento y la energía. (1)

II. *Pecho.* Está separado del vientre por el diafragma, especie de tabique en parte membranoso y en parte carnoso. Encierra los pulmones y el corazon, órganos ambos de la facultad vital. Los primeros, muy esponjosos, que llenan toda la cavidad, son dos; uno derecho y otro izquierdo: el derecho, que es el mayor, está dividido en tres porciones llamadas lóbulos; el izquierdo, mas pequeño, en dos; todas se comunican entre sí por una série de tubos cartilago-membranosos y aquellos á su vez por uno comun llamado *traquea-arteria*, que sube á lo largo y delante del esófago hasta la cámara posterior de la boca donde termina por un agujero llamado *laringe*. Divide el acto de la respiracion en dos tiempos; uno en que se dilata el pecho para dar lugar á que entre el aire y le llama *inspiracion*; y otro en que se contrae para arrojar fuera las partes mas groseras de este fluido y lo llaman *expiracion*. Créese que estas partes crudas del agente atmosférico arrastran tras sí las fuliginosidades del corazon hasta confundirse con ellas, mientras que las mas ténues pasan á las venas pulmonales, de allí á las cavidades izquierdas del corazon para sostener el calor natural y formar los espíritus vitales y la sangre arterial. (2)

El segundo situado en medio del cuerpo, un poco á la izquierda,

(1) Galeno. *Del uso de las partes.*—De las semillas y de varias otras cosas.

(2) Galeno. *Del uso de las partes.*—De las administraciones anatómicas.

que descansa sobre los pulmones, como si fuera en un lecho de pluma, se parece mucho á un músculo, pero se diferencia de estos por muchos conceptos: 1.º porque es mas duro y mas resistente. 2.º porque está compuesto de fibras que se cruzan entre sí, lo que no sucede á los verdaderos que las tienen siempre en una misma direccion. 3.º porque tiene un movimiento propio, independiente de los nervios, como puede verse abriendo el pecho de un animal; entonces si se separa el corazon de las otras partes, continúa moviéndose durante algun tiempo con mucha fuerza. Por estas consideraciones cree Galeno que el corazon se diferencia y es distinto de los músculos de la vida de relacion. Este órgano es, segun él, la fuente del calor vital y de los espíritus vitales, el asiento de la cólera y de las pasiones violentas.

III. *Ventre.* Contiene los instrumentos de la facultad natural ó vegetativa que se dividen en dos series; la primera corresponde á los de la nutricion, la segunda á los de la reproduccion. La primera serie se compone de tres órdenes de órganos; el primero recibe los alimentos, los prepara y distribuye, y lo componen la boca, el esófago, el estómago, los intestinos y las venas del hígado; el segundo está encargado de separar las partículas esccrementicias de las nutritivas, y lo componen el hígado, el bazo, los riñones y sus anejos; el tercero, en fin, espulsa los materiales desechados, y su espulsion se ejecuta mediante los esfuerzos de masas musculares, porque es funcion que está en parte sujeta á la voluntad. Se entretiene en sus *Administraciones anatómicas* y en el *Tratado del uso de las partes* en describir minuciosamente estos órganos, marcando su situacion, estructura, etc. (1)

El aparato reproductor se compone, en el hombre, del pene, de los testículos colocados en el escroto, del epididimo situado en la base de cada testículo, de las vesículas seminales, de la próstata, del canal deferente, de vasos y nervios. Dice que el tenerle situado fuera es porque conserva mas calor, lo contrario que sucede en la muger que lo tiene en su interior por ser mas fria. El de esta lo forman los ovarios (*testículos en la muger*), las trompas (*conductos espermáticos*) y la matriz unida por estas á los primeros. Créese que es bilobulada y destinada; la cavidad derecha para los varones, y la izquierda para las hembras. ¿Había examinado la matriz de la muger? Es probable que no, lo creíble es que haría sus investigaciones en uteros de hembras de irracionales, porque dice que el número de mamas es igual al de cavidades

(1) Lauth. *Historia de la anatomía*, §. 6.

uterinas. El fondo de la matriz, dice, mira hácia arriba, al estómago; el cuello hácia abajo y se continúa con la vagina, canal membranoso que vá á terminar en la vulva. Supone que la semilla del macho, que tiene mas calor que la de la hembra, se mezcla en el acto del coito con la de esta que está, mas fria y resulta la fecundacion; sin que la segunda desempeñe otro papel que el de escipiente, resultando al momento membranas que se van convirtiendo en cartilagos, huesos, vasos, nervios y músculos. (1)

Este ligero bosquejo de la anatomía y fisiología de Galeno, representa el estado de estas dos ramas de la ciencia á la conclusion del siglo II de nuestra era y dá una idea de los adelantos llevados á cabo en este periodo; adelantos inmensos, si se tiene en cuenta que la mayor parte corresponde á los dos primeros siglos de la fundacion de la Escuela de Alejandria y principalmente á los trabajos de Herófilo y Erasistrato. Estos dos anatómicos, no solo disecaron muchos cadáveres, sino que hicieron muchas vivisecciones, y la crónica cuenta que Herófilo no tenía reparo en abrir el cuerpo de los criminales vivos en interés de la ciencia. Ningun autor contemporáneo confirma esta opinion que la tradicion ha ido trasmitiendo de generacion en generacion. (2) Muchos no lo créen, y con razon, porque iguales rumores se han propagado en diversas épocas contra otros anatómicos.

Sea lo que quiera, las costumbres crueles de los pueblos antiguos, el poco caso que hacian de los dolores de los criminales y de los esclavos, hace creer que ha habido algunas veces hombres dispuestos á hacer experimentos *in ánima vilis* con la esperanza de descubrir el secreto de la vida y los medios de prolongarla. Tampoco es imposible que un fanático por la ciencia se haya rebajado hasta el extremo de ocuparse en esta aterradora y cruel investigacion. ¡Tan cierto es que todos los fanáticos son crueles!

Sin embargo, se enfrió pronto el celo por las disecciones y con él la esperanza de hacer adelantos en estas dos ramas del arte, siendo muy pocos los que se dedicaban á este género de trabajos y ninguno que alcanzara la fama de Herófilo y Erasistrato. El único que podia competir con ellos era Galeno, por las muchas esperiencias y descubrimientos anatómo-fisiológicos que hizo, y por sus esfuerzos para vencer la indiferencia de sus contemporáneos llenos de preocupaciones y de igno-

(1) Del uso de las partes.—De la semilla y de otras varias.

(2) Celso, *Tratado de la medicina*. Prefacio—Tertuliano, *Del alma*, cap. X. bzdca al

rancia. Sin embargo, este autor cita todavía algunos que pudieran servir de modelo á los demás para que no se perdiera una costumbre, que encerrada en sus justos límites, es el guia mas seguro de la práctica; el uno es *Rufo de Efeso* que vivió bajo el reinado de Trájano; el otro *Marino* que escribió en los primeros años del siglo II; y el tercero *Quinto* que tuvo muchos discípulos siendo los mas notables *Pelope* y *Satiro*, maestros del mismo Galeno.

CAPITULO III.

Higiene.

La observacion pura del bien ó mal que advertimos con el uso de ciertas cosas fué el primer origen de las investigaciones higiénicas como lo atestiguan el pasage siguiente de un autor ya citado. Dice; «y aun remontándonos á los siglos pasados, juzgo que el género de vida y alimentacion que usamos en nuestros dias no hubiera sido descubierto, si al hombre le hubiera podido bastar para comer y beber lo que basta al caballo, al buey y los demás que le rodean: á saber; las simples producciones de la tierra, los frutos, las yerbas, el heno. Los animales se nutren con esto, crecen y viven sin tener necesidad de ningun otro género de alimento. En los primeros tiempos no tuvo sin duda el hombre otro y el que usamos en el dia me parece una invencion perfeccionada en el trascurso del tiempo, pues de una alimentacion fuerte y agreste se originaban muchos y graves padecimientos, tales como los sufriríamos hoy si continuara la misma causa; y en los que se alimentaban con sustancias crudas, indigestas ó muy activas sobrevenian fuertes dolores, enfermedades graves y una muerte pronta. Es probable que entonces padeciesen menos los hombres á causa de la costumbre; pero sin embargo, los males eran muy grandes y la mayor parte de los enfermos, en especial los débiles, perecian; los de constitucion robusta resistian mas, como sucedé tambien hoy porque unos dijieron con facilidad alimentos muy fuertes, mientras los segundos lo verifican con gran trabajo y dolor. Esta, me parece, fué la causa que obligó á los hombres á buscar alimentos conformes á su naturaleza. En efecto, aprendiendo á macerar, á mondar, á moler, á cribar y amasar los granos, hicieron pan con el trigo y una masa preparada de mil modos con la cebada. Hicieron hervir, asar y componer mezclas con las sustancias

débiles y fuertes haciéndolas mas suaves para que se adaptaran mejor á la naturaleza y fuerzas del hombre. (1)»

Este método tan sencillo como seguro, pero tímido y lento á la vez, no era del gusto de ciertos filósofos, deseaban uno mas complicado, mas directo y mas trascendental. He aquí los términos en que lo describe uno de nuestros Médicos filósofos, «Sostengo que para escribir «bien sobre el régimen del hombre, es indispensable conocer de antemano su naturaleza, porque si desde el principio se ignora su estructura, no puede saberse lo que le conviene. (2) A primera vista, tiene algo de seductora esta teoria, entraña una apariencia de exactitud y profundidad que fascina; pero si la juzgamos por los resultados, al momento nos convenceremos que es mas á propósito para oscurecer y embrollar los datos mas claros de la esperiencia, que para hacerlos evidentes, porque solo emplea medios sacados de una filosofía ideal. El mismo autor, del que hemos tomado la última cita, nos suministra una prueba; consagra, aunque sin fruto, (3) toda la primera parte de su libro á probar que el hombre y los animales estan compuestos de dos principios; *el agua y el fuego*; y se empeña en fundar en esta hipótesis sus máximas higiénicas. Galeno ha seguido el mismo camino, es decir, á querido entresacar de su teoría filosófica las leyes relativas á la conservacion de la salud, camino que le ha conducido á digresiones tan fastidiosas para el lector, como estériles para la ciencia. Ha escrito un libro para decir cuál es la mejor constitucion orgánica, porqué señales se la puede reconocer, y cuál es el grado de su resistencia vital; otro pará explicar lo que debe entenderse por complexion y que es lo que diferencia la buena de la atlética; un tercero en que trata estensamente esta cuestion que puede resolverse en algunas líneas. ¿La higiene corresponde á la Medicina ó á la Gimnástica?

Sus escritos sobre este asunto son muy numerosos, forman todo el tomo sexto de la edicion Chartier en fóllo, pero nada perdería la ciencia con que se redujeran á una quinta parte. Los mas notables son un *Tratado sobre la conservacion de la salud*, dividido en seis libros; otro *sobre las Cualidades de los alimentos*, dividido en tres. Dá de la salud una definición conforme á sus ideas teóricas, pero tan confusa que se vé obligado á acompañarla de largos comentarios. He aquí cual es: «la salud consiste en la justa proporcion de lo caliente, lo frio, lo

(1) Obras de Hipócrates, *De la medicina antigua*, §. 3, trad. de Mr. Littre.

(2) *Ibidem*, *Del Régimen*, lib. V. §. 2, Gerdeil.

(3) Véase el período filosófico, pag. 142.

seco, lo húmedo, para las partes similares; y en la buena conformacion, el número exacto y magnitud conveniente para las partes orgánicas. (1)»

Divide la vida en cuatro períodos; la *infancia*, la *juventud*, la *virilidad* y la *vejez*; insiste mas que sus predecesores en los preceptos relativos al primero y cuarto; dá sobre todo, muchos nuevos é interesantes detalles sobre la primera. Apreció mejor que nadie la influencia de los hábitos y fué el primero que dijo que debía formar parte de la higiene el arte de moderar las pasiones. En fin, quiere que todos los preceptos de esta se deriven de un solo principio formulado de esta manera: *se deben dar los semejantes en el estado de salud, del mismo modo que se dan los contrarios en el de enfermedad.* (2) Trata de justificar este axioma con la autoridad de Hipócrates, con razonamientos y con ejemplos; pero su argumentacion es capciosa, sus afirmaciones se parecen á esta regla dictada por el instinto y confirmada por la esperiencia: *comer cuando hay hambre; beber cuando hay sed.*

Hasta aquí alcanzan los adelantos de esta rama del arte desde la fundacion de la Escuela de Alejandria. Pero antes que Galeno se ocupase de estas cuestiones, habia reunido Celso los materiales esparcidos en los libros hipocráticos y publicado un libro lleno de consejos higiénicos. Empieza por dar algunos á las personas robustas y de buena salud, despues á las delicadas, entre las que incluye á los habitantes de las ciudades y en especial á los literatos; en fin, traza las reglas mas convenientes á las edades, idiosincrasias, estaciones y otras circunstancias; refiriéndose especialmente en sus prescripciones, á la eleccion de los alimentos y bebidas, al uso de los baños, al descanso, al trabajo, á la comida, á los ejercicios gimnásticos y deyecciones provocadas con el objeto de recobrar la salud. Verdad es, que añade poco á lo dicho por Hipócrates y demás predecesores, pero al menos tiene el mérito de presentarlo con mas orden y concision. Este sería el sitio mas adecuado para hablar de los ejercicios, de los baños, de las uncciones que usaban con frecuencia los Griegos y los Romanos y que constituyen una parte tan importante y tan curiosa de su higiene, pero es un plan demasiado basto para emprenderlo ahora. Aconsejo al lector que quiera tener una nocion estensa de estas reglas, que lea el sábio libro de Mercurial, *De arte gimnástica*, y la *Historia de la cirugía* por Peyrilhe (Tomo 1.º L. V, pág. 316 y siguientes.)

(1) De la sanidad, lib. I. §. I.

(2) De la sanidad, lib. I. §. 7.

CAPÍTULO IV.

Patología general é interna.

Hemos visto la confusion que reina en los libros hipocráticos acerca de las distintas ramas del arte, con frecuencia se vé que contiene un mismo libro materias muy diversas, cosa que no sucede con los del periodo que estudiamos; en lo general, brillan estos por un orden didáctico mucho mas severo á causa de cuidarse mas del método en sus composiciones los escritores posteriores á Aristóteles por influencia de este. Como antes, se dividieron las enfermedades en esternas é internas, en agudas y crónicas, en locales y generales; conformándose los médicos con estas clasificaciones hechas ya de antemano. En fin, puede decirse que se exageró la cuestion de método; hubo autores como Galeno que á fuerza de querer ser metódicos, se hicieron confusos con sus distinciones mas sutiles que reales, perdiendo una de sus mayores ventajas, la claridad. El tratamiento que empleaban fué dividido en higiénico, farmacéutico y quirúrgico. Por esto mucho historiadores, entre ellos Daniel Leclerc y Sprengel han creido que la profesion estaba dividida en tres secciones correspondientes á las tres divisiones citadas; dicen que habia desde entonces Médicos *higiénicos ó dietéticos* encargados del régimen de los enfermos; *farmacéuticos*, de administrar los medicamentos, y *quirúrgicos* que hacian las curas y todas las operaciones manuales. Goulin es el primero que combatió este error y con fortuna. (1) Schulze demostró que la division de la medicina en *higiene, farmacia y cirugía* introducida por Celso debia entenderse ó referirse solo á la ciencia y no á la profesion. (2) En fin, B. Peyrilhe, despues de haber citado la opinion de sus predecesores, la corrobora añadiendo algunas otras razones. Dice «que si á estas opiniones tanto mas respetables, cuanto que parten de dos médicos profundamente versados en la historia de su arte, añadimos una reflexion que no ha podido hacerse y que todavia no se ha hecho; y es, que si la division de la medicina se hubiera verificado en la profesion como se verificó en el arte, si esta hubiera sido civil como lo fué escolástica, se hubieran conocido en Roma tres clases de médicos, pero no fué así á pesar de los

(1) *Memorias literarias para servir á la historia de la medicina*, año 1776, pag. 58 y siguientes.

(2) *Historia de la medicina desde su origen*, pag. 418.

esfuerzos de algunos modernos para conseguirlo; pues no han hallado ni aun cirujanos propiamente tales. (1)»

* La patología general de Galeno no es más que un conjunto de definiciones, de divisiones y subdivisiones sin fin sobre la enfermedad considerada en abstracto, sobre las causas y los síntomas en general considerados del mismo modo. Admite muchas clases de enfermedades, unas que se desarrollan en las partes similares, es decir, en los sistemas arterial, venoso, nervioso, oseó cartilaginoso, ligamentoso, membranoso y muscular, á los que hay que añadir los cuatro humores; otras que invaden los órganos, como el cerebro, el corazón, los pulmones etc; en fin, todo el cuerpo. Dice que las de las partes similares pueden originarse de intemperies ó desequilibrio entre las cualidades elementales de que se componen. Los humores pueden hallarse en exceso y constituir una *plétora*, pueden faltar ó disminuir en cantidad y producir la *anemia* ó pueden estar alterados ó viciados en su composición y dar lugar á la *cacoquimia*. Las enfermedades de los órganos las constituyen, ó alteración de forma, situación, cantidad, ó de forma y número. Las soluciones de continuidad son lesiones comunes á los órganos y á las partes similares. Esto es en cuanto á la Patología general.*

En cuanto á la interna, los Asclepiades, como ya hemos hecho observar antes, consideraban los síntomas, no como la expresión de un sufrimiento particular de tal ó cual órgano, sino como la expresión de la economía entera, como resultado de la reacción del principio vital contra el elemento morbígeno. Por eso los sacerdotes médicos, partiendo de esta idea filosófica, habían estudiado cada síntoma por sí, sin tener en cuenta para nada el estado presunto de los órganos y así llegaron á alcanzar un exacto conocimiento de ellos, convirtiéndolos en signos que facilitaban el pronóstico, como lo consiguieron y como puede verse en muchos libros de la colección hipocrática. (2) A uno de ellos, en fin, se debe un importante descubrimiento que parece destinado á dar gran impulso á la semeiología, es la *Sfigmología*. Praxágoras fué el primero que, al concluir este período, advirtió la estrecha unión que hay entre las variaciones del pulso y el grado de energía de la fuerza vital y desde entonces se creyó haber encontrado el regulador ó la medida exacta de todas las vicisitudes que el principio vital experimenta durante su ejercicio. Se anotaron con gran escrupulosidad los

(1) *Historia de la Cirujía* de Dujardin y Peyrilhe, París 1780, lib. V. T. II. pág. 60 y siguientes.

(2) Véase entre otros el *Tratado del pronóstico* y el libro segundo de los *Prorróhéticos*.

cambios mas insignificantes y ligeros de las pulsaciones arteriales y se empeñaron en dar un valor determinado á cada una de estas modificaciones, admitiendo en consecuencia un pulso para cada enfermedad, como la pleuresía, la tisis, las supuraciones etc.; en una palabra, pretendieron discernir mediante estas diferencias apreciables del pulso, todas las modificaciones normales ó anormales, graves ó leves de las afecciones orgánicas. Galeno ha escrito un tratado completo dividido en cuatro secciones para explicar el valor del pulso, con cuatro libros cada una, y además muchas monografías: (1) admitiendo en el primero de la primera sección, sesenta especies: (2) en otro espone y discute las opiniones que reinaban en su tiempo sobre la causa determinante de las pulsaciones arteriales; atribuyéndolas, unos, á la sangre que iba del corazón á los vasos; otros, al paso de los espíritus; otros, en fin, y él entre ellos, á la contracción del corazón que transmitía la facultad pulsativa á los vasos por continuidad de tejidos. (3)

Los discípulos de Herófilo y Erasistrato, bajo la dominación de los sucesores de Alejandro el grande, llevaron á la India la *Sfignologia griega* que Praxágoras creó; de allí á la China, donde todavía existe, pero desfigurada y desconocida. En Europa se adoptó la teoría galénica que no sufrió variación alguna hasta el descubrimiento completo de la circulación de la sangre. Tras del estudio analítico del pulso y sus modificaciones durante la enfermedad, vino el de la orina, el cual adelantó poco en aquél periodo, siendo preciso llegar casi hasta nuestros días para apreciar bien los adelantos que ha hecho y el valor de los escritos que se han publicado sobre esto.

En resúmen, si se comparan los trabajos de la Escuela de Coós sobre la semeyótica, con los de la Escuela de Alejandría; se advertirá en ellos notables y bien marcadas diferencias. En efecto, los Asclepiades reunían ó agrupaban los síntomas mas aparentes de las enfermedades y los acontecimientos que se sucedían, fundando así su diagnóstico y su pronóstico. Galeno y los partidarios de Herófilo y Erasistrato, al contrario; estudiaban un sintoma ó un solo grupo de ellos bajo todos sus aspectos, examinaban sus cambios mas delicados y buscaban con gran esmero sus causas y significaciones. Los primeros empleaban el método sintético en toda su estension y claridad, pero de un modo superficial

(1) Véase Tom. VIII. de sus obras completas, edición Chartier.

(2) *Ibidem.* De las diferencias de pulsos, lib. I.

(3) Véase el libro donde él examina si las arterias contienen naturalmente sangre, capítulo VIII. edición de Chartier, T. III.

y con frecuencia falso; los segundos el analítico, afectando exactitud y profundidad; pero las mas veces era mezquino, sutil, y con una multitud de detalles inútiles.

La nosografía puede asegurarse que se hallaba en la infancia al aparecer el periodo anatómico, pues los Asclepiades no siguieron una clasificación rigurosa, según dijimos en la página 82 y siguientes, ni distinguieron bien entre sí las especies morbosas, ni se esforzaron en presentar metódica y naturalmente los síntomas, la marcha, las terminaciones propias de cada una de ellas; pero durante este periodo se elevó á un grado de perfección notable, como lo demuestran los escritos de Areteo, Celio Aureliano y aun Galeno. Este abandono en el periodo anterior de una rama tan importante de la patología se explica por las causas siguientes: 1.^a La falta de conocimientos precisos en anatomía y fisiología, que les impedía referir los trastornos funcionales á la alteración de textura de tal ó cual viscera, es decir, localizar la enfermedad; localización que es una de las bases mas sólidas de toda clasificación; 2.^a La imposibilidad que se encontraban en dar la verdadera importancia que en sí tenían los males por la idea general que se formaban de ellos. En efecto consideraban los síntomas como la expresión de un desorden universal, mas bien que como indicio de la lesión particular de un órgano; puesto que se habían cuidado poco de indagar cual era el que estaba enfermo, cuando se presentaba tal ó cual grupo de síntomas.

Hemos dicho que la nosografía se hallaba en la infancia al principio del periodo que estudiamos y que alcanzó despues grandísima perfección como cualquiera puede convencerse si examina lo que nos ha quedado de los escritos de Areteo y Celio Aureliano. Estos dos autores vivían según la opinión mas probable, en el siglo II de nuestra era; se sabe muy poco de su vida, lo único que se ha averiguado es que el primero era de Capadocia, en el Asia menor; el segundo de Síca, en la Numidia. Sea lo que quiera, poseemos de cada uno un tratado que comprende la descripción de todas las enfermedades observadas en su tiempo; tratados que, sin disputa, son uno de los monumentos mas preciosos y mejores de la medicina antigua. Ambos á dos escritores los dividen en ocho libros, cuyos cuatro primeros están consagrados á la descripción y tratamiento de las enfermedades agudas, y los otros cuatro á la de las crónicas. Areteo, elegante, conciso y pintoresco en su modo de decir vá derecho á su objeto, no mezcla sus descripciones con disertaciones teóricas ó históricas algo prolifas, aunque siempre interesantes, como hace Celio; su obra escrita en griego le ha valido á su autor el título de

Pintor de las enfermedades. Celio no tiene tan buen lenguaje, pues emplea muchas palabras bárbaras que no se comprenden con facilidad, pero su libro escrito en un mal latín encierra consejos prácticos de tal valía, que hay pocos libros antiguos que le aventajen, según opinan la mayor parte de los críticos.

Galeno ha escrito también mucho sobre patología, pero sin método, todo cuanto ha dicho sobre todas las enfermedades se halla esparcido en sus obras y como abogado entre digresiones teóricas tan difusas como inútiles, de manera que para formar juicio sobre alguna enfermedad y su tratamiento, es preciso ojear muchos de sus libros y confrontar una multitud de pasajes, difíciles algunas veces, de entender. En nosografía no puede servir de modelo á ningún autor. Sin embargo, describe estensamente y bajo el punto de vista de su sistema, las fiebres intermitentes, que según él, son de tres especies; la cotidiana, la terciana y la cuartana. Hace depender, la primera, de la putridéz de la pituita; la segunda, de una cosa análoga, de la bilis amarilla; y la tercera de la misma alteración pútrida de la atrabilis. Las continuas también provienen de una alteración de la bilis amarilla. Esta es toda su doctrina sobre un punto tan interesante de la patología. Los escritores de este período describen detalladamente la lepra, las demás enfermedades de la piel, la jaqueca y un gran número de afecciones crónicas que apenas mencionan los Aselepiades, sea que las tubieran por incurables, sea que, como Platon, vieran solo en ellas ligeras incomodidades que no deben llamar la atención del práctico. Los médicos alejandrinos habían, pues, descrito muchas más enfermedades, no pudiendo por esto comparar sus obras con las de la Escuela de Coós.

Los trabajos de estos mismos médicos han perfeccionado mucho el diagnóstico de las enfermedades agudas tan poco estudiadas por los griegos contemporáneos de Hipócrates, como puede juzgarse comparando una enfermedad cualquiera descrita por Areteo con alguno de los libros Coacos. A fin de establecer este paralelo, transcribimos la descripción de la pulmonía que hace este autor para que se la compare con la de la página 84 que es una de las mejores de la colección hipocrática.

DE LA PULMONÍA. (1)

Dos cosas principales sostienen la vida de los animales; los alimen-

(1) Areteo. Lib. II, cap. I.—Este autor hace preceder ordinariamente á la historia de cada enfermedad algunas consideraciones anatómicas y fisiológicas de la parte donde se asienta, e consideraciones que casi siempre tienen grande importancia.

tos y el aire, ó sea la respiracion; esta importa mas, porque no puede suspenderse sin que el animal perezca. Muchas partes contribuyen al desempeño de esta funcion, la nariz donde ella principia, la traquea-arteria que es su continuacion, el pulmon que es su asiento y el pecho el receptáculo de aquél. Mientras que las otras partes solo sirven de instrumentos al animal, los pulmones contienen la causa de la atraccion del aire, quiero decir, al corazon, que les anima á moverse y atraer aire fresco para refrescarle; asi es que cuando este se halla gravemente atacado sobreviene pronto la muerte. Si son los pulmones y su enfermedad es leve, el enfermo, á la verdad, respira con mas dificultad, vive con mas trabajo pero no sobreviene tan pronto la muerte, máxime si se hace ó aplica algun remedio; si por el contrario, el ataque es grave, como cuando se inflaman; entonces la sofocacion, la ortopnea ponen en grave peligro su vida. Es, pues, de esta última enfermedad á la que se ha dado el nombre *pulmonia*, de la que aquí se trata. El mal principia por una fuerte calentura, con una sensacion de peso en el pecho, sin dolor, si está solo inflamado el pulmon, porque este órgano blando y esponjoso es naturalmente insensible; carece de músculos, y sus nervios pequeños y delgados no sirven mas que para el movimiento, lo que hace que no exista el dolor mas que en aquellos casos en que tambien enferman las membranas que le cubren. El aliento se hace quemante, la respiracion dificil, el enfermo cambia con frecuencia de postura con el objeto de respirar mejor y desea estar sentado, la cara se pone encarnada, especialmente las mejillas; las escleróticas blanquecinas, la nariz aplanada, las venas de la frente y las del cuello prominentes; falta de apetito, el pulso, lleno al principio, se pone blando y como vacio, mas acelerado; la piel caliente y suave; despues el enfermo siente dentro un calor acre y quemante que dá lugar al ardor del aliento, á la sed, á la sequedad de la lengua, al deseo de respirar aire fresco y á la ansiedad continua que tiene; la tos es de ordinario seca; cuando se hace húmeda, hace salir materiales pituitosos mezclados con espuma ó bilis casi pura ó con algo de sangre ó son completamente sanguíneos. Estas dos últimas especies de espustos son peores que los demás, indican mayor gravedad. Cuando la enfermedad vá á terminar por la muerte se aumenta el insomnio, el enfermo no duerme aunque parezca que lo hace. Su inteligencia, dominada por una multitud de pensamientos incoherentes, se extravía, pero por pocos instantes: es raro que el extravío sea duradero; si lo es, no tiene el enfermo conciencia de su estado, pues si se le pregunta como se siente, dice que bien; los extremos se le

enfrian, las uñas se le ponen lívidas y encorvadas; el pulso pequeño, frecuente y apenas sensible, signos todos que indican una muerte próxima, por lo comun al sétimo día. Cuando vá á terminar por la curacion, lo frecuente es ver que destilan las narices, que hay cámaras biliosas abundantes, espumosas, como si provinieran del pecho, ó bien orina copiosa; evacuaciones que si se verifican á un tiempo mismo se cura pronto el enfermo. Algunas veces se forman colecciones de pus en el pulmon; en este caso, lo mejor que puede suceder, es que la materia purulenta salga por los intestinos ó la vejiga, ó que haya una metastasis á la pleura, ó que se abra paso por el costado librándose así del mal, aun cuando tenga mucho tiempo abierta la herida ó úlcera resultante. Si el absceso se abre y se estiende en el pulmon, sofoca al enfermo, porque la debilidad no le permite arrojar el pus tan pronto como es preciso; ó si lo resiste, se forma una úlcera que dura mucho y concluye por producir una tisis. Es muy raro que los viejos sobrevivan á este estado, como lo es tambien que los jóvenes y adultos resistan a la violencia de la inflamacion.»

He aquí un retrato de una enfermedad en el que nada esencial falta y en el que nada sobra. Abraza todos los caracteres mas importantes de la pulmonía descritos de la misma manera que aparecen, y si despues de haber leído y meditado este cuadro nosográfico, se vé el enfermo, recordamos al momento la sintomatología del mal, conocemos su estado presente, lo que puede sobrevenir y el tratamiento mas oportuno. La coleccion hipocrática no encierra la descripcion de una enfermedad digna de compararse con esta; por ella puede juzgarse de los progresos que habia hecho esta rama de la ciencia despues de los últimos Asclepiades. Pues bien, la obra de Areteo contiene una série de descripciones de enfermedades muy parecidas á esta.

CAPÍTULO V.

Terapéutica interna.

En este período no se proclamó ningun axioma nuevo de Terapéutica, se continuó edificando el monumento médico sobre la base propuesta por los Médicos griegos, que consistia, como se sabe, en emplear remedios contrarios al mal; siendo necesario precisar en toda especie nosológica la causa que la determina ó el síntoma patognomónico, para echar mano despues de los medicamentos cuya acción fisioló-

gica fuese lo mas contrario posible á la esencia del padecimiento. Asi discurria la generalidad de los Médicos de este periodo. Sin embargo, *la Secta empírica* se opuso con todas sus fuerzas á la adopcion de este método; dice que, siendo desconocida la causa inmediata ó la lesion primitiva de las enfermedades lo mismo que el modo de obrar de los remedios, es imposible fundar las reglas del arte de curar sobre esta base quimérica y vacía. Es lo mismo que fundar sobre arena ó mas bien sobre quimeras.

A propósito de teorías, volveremos á reproducir los argumentos que alegan una y otra parte, porque algo, ó quizá mucho se adelantó con las acaloradas discusiones habidas entre las diferentes sectas médicas de la escuela alejandrina. Ahora solo quiero examinar el lado práctico de la cuestion, pues es donde se aprecian mejor los progresos que la terapéutica alcanzó en este período. En tiempo de los Asclepiades no se conocia la historia natural médica, ni una verdadera materia médica; en ninguno de sus libros se encuentra una descripcion metódica de las sustancias empleadas en medicina, ni ensayo alguno de clasificacion de los remedios. Aristóteles fué el primero que formó colecciones científicas de productos y objetos naturales, pero su atencion se dirigió á la Zoología, donde hizo descubrimientos que hubieran podido bastar para inmortalizar su nombre. Despues de él, Teofrasto, heredero del Liceo y del Museo, continuó cultivando el estudio de las ciencias naturales ó hizo con la botánica lo que su Maestro con la Zoología. Estudió la conformacion exterior é interior de los vegetales, su manera de nutrirse, su florescencia, su fructificacion, en una palabra, creó la fisiología vegetal; describió las cualidades físicas y las virtudes medicinales de más de quinientas plantas. Todavía los reyes de Egipto siguieron aumentando sus colecciones y las pusieron á disposicion de los sábios de Alejandria, los cuales estudiaron las propiedades de un gran número de sustancias nuevas, con lo que enriquecieron la materia médica.

En Roma se hizo entonces de moda la preparacion de remedios extraños, se entronizó la polifarmacia, llegando á su colmo en los últimos años de este período. Entonces se aumentaron aquellos antidotos famosos conocidos bajo el nombre *Mitidrates*, de *Triacas*, en cuya confeccion entraban lo menos cuarenta ó cincuenta ingredientes. Se creia que cada sustancia conservaba sus virtudes en medio de esta monstruosa mezcla y que gozaba de todas y cada una de las propiedades de las drogas que ayudaban á componerla, formando asi una especie de *panacea*.

El conocimiento de mayor número de enfermedades que las descritas por los Asclepiades y de mayor número de sustancias aplicables á su curacion, hizo sentir la necesidad de una clasificacion patológica y de una farmacéutica. Tres autores Dioscorides, Plinio y Galeno emprendieron esta tarea desempeñada mucho mejor por el primero, cuya obra es notable por el orden, claridad y exactitud con que está escrita. En la introduccion dice que, «él es el primero que á estudiado las sustancias aromáticas y los remedios sacados del reino mineral;» divide su obra en seis libros; el primero trata de los cuerpos olorosos, tales como los aceites, las sustancias crasas, los jugos, las frutas, las gomas, las resinas y los árboles; el segundo, de los animales, de la leche, de las grasas, de la miel, de las yerbas y de las simientes; el tercero de las raices, de las yerbas, de los jugos y de las legumbres; el cuarto de las yerbas y de las raices que restan; el quinto de las viñas, de los vinos y de toda clase de minerales; el sexto, en fin, de las ponzoñas y de los venenos. Por lo espuesto se vé la confusion que reina en la distribucion de las sustancias medicamentosas, lo mismo que en la determinacion de sus caracteres; pues unas veces son tan inexactos y en tan poco número que es muy difícil reconocer un mineral ó una planta; otras, no hace mas que indicarlos y despues de limitarse á nombrar solo una sustancia, describe enseguida sus virtudes medicinales. He aquí una de las mejores descripciones de esta coleccion. «Hay dos especies de ortigas; una con hojas mas silvestres, mas ásperas, mas negras, mas anchas y con semillas parecidas á la del lino, aunque mas pequeñas; otra con hojas menos ásperas y con semillas mucho mas pequeñas. Las hojas de ambas envueltas con sal hasta formar una pasta, alivian las mordeduras de los perros, curan la gangrena, los chancros, las úlceras sordidas, rebeldes y difíciles de cicatrizar, así como la debilidad de los miembros, los golpes, los tumores pequeños, los apostemas abiertos y las parotidas. Aplicadas en emplastro favorecen la resolucion de los infartos del bazo; mezcladas con su propio jugo y puestas en la nariz, detienen los flujos que de ella vienen; machacadas con mirra y aplicadas á la matriz en forma de pesario provocan la menstruacion, frescas, la hacen recobrar su posicion cuando está relajada. Las semillas cocidas con vino, favorecen el deseo carnal, abren el cuello del utero; mezcladas con miel curan los males de pecho, los dolores de costado, las inflamaciones del pulmon. Mezcladas con sustancias corrosivas producen efectos purgantes; cocidas con conchas producen efectos emolientes, provocan la orina, resuelven las ventosidades; en forma de tisana, ayu-

dan á los pulmones; envueltas con mirra favorecen la menstruacion; el jugo en gargarismo resuelve las inflamaciones de la garganta. (1)

Se vé, pues, que la materia médica se habia enriquecido considerablemente con los trabajos de los médicos alejandrinos, el diagnóstico tambien se habia perfeccionado mucho, eran mas precisas las indicaciones curativas pudiendo decirse *a priori* que la terapéutica de los médicos de este período era mucho mas racional y mas eficaz que la de los Aesclepiades. Tenemos por otra parte pruebas materiales de ello en los escritos de Areteo y Celio Aureliano; en ellos se detalla minuciosamente el tratamiento de muchas enfermedades crónicas desconocidas por los médicos coacos, y el de las agudas está espuesto con mas método, claridad y precision que en los libros de estos, como puede convencerse el lector comparando el tratamiento de la pulmonía espuesto por Hipócrates en la página 88 con el siguiente.

CURACION DE LA PULMONÍA SEGUN ARETEO (2).

Cuando el pulmon se inflama y se hincha; el mal es agudo y prontamente funesto, porque le sigue la sofocacion. Es un deber del médico emplear medios prontos y seguros que se opongan á los progresos del mal. Al instante mandará hacer una sangría de un brazo, ó mas bien, de ambos á la vez, (á menos que no seque mucha cantidad de una vez de uno solo) á fin de efectuar una revulsion en los humores del pulmon y se continuará sangrando hasta que cese ó disminuya la sofocacion, pero no hasta el síncope, por temor que se aumente aquella. Cuando se ve que el enfermo respira mejor, se suspenderá el sangrar para volver á hacerlo, si fuese preciso. Efectivamente, no hay cosa mejor que la sangría para quitar la causa del mal, si este procede de la sangre, lo mismo que en el caso en que la flema, la espuma ó cualquiera otro humor de esta especie hinche el pulmon. Entonces sería útil, desengurgitar los vasos y procurar un espacio libre á la respiracion. Despues de la sangría conviene purgar y dar de cuando en cuando fricciones al rededor del ano con un linimento compuesto de nitro, miel, vino y trementina liquida. Cuando no se pueda sacar sangre porque haya algo que lo impida, se echarán lavativas con sustancias es-

(1) Areteo. *De las causas y signos de las enfermedades agudas que mas de ordinario se presentan*. Nueva edicion Mr. Kubn. Leipsic 1828, lib. II. Cap. I.

(2) Dioscorides Anazarbeo. *De la materia médica*, lib. IV. cap. 79. Traducccion francesa de Mateo Lyon 1880.

estimulantes, por ejemplo; de sal con nitro, de trementina con miel, ó bien de ruda con aceite, un cocimiento de hisopo ó de la pulpa de co-loquintida. Será además útil aplicar ventosas á lo largo del dorso, en los hipocondrios ó donde se pueda; eligiendo en el pecho los puntos mas carnosos por temor que compriman y molesten demasiado los bordes del vaso á la piel. Si por este medio se pueden llevar á otra parte los humores haciéndolos menos viscosos y disipar las flatuosidades que hinchan el pulmon, el enfermo obtendrá un alivio marcado; pero de todos modos es preciso atacar por todas partes la pulmonía.

Tampoco se omitirá dar medicamentos por la boca, tanto mas, cuanto que el pulmon sano ó enfermo atrae hacia si la humedad. Así que, se administrarán sustancias que tengan la propiedad de atenuar los humores, haciéndolos menos pegadizos, mas movibles y mas fáciles de ser espectorados; como el cocimiento de hisopo nitrado, ó sal mezclada con agua, miel y vinagre, ó una infusion de mostaza dulcificada con miel. No será malo, si á ello se atreve el profesor, añadir á estas preparaciones polvos de raiz de lirio ó pimienta, ó tambien hacérselos tomar por la boca bien tamizados y mezclados con miel. Si el enfermo pasa los dias y las noches sin dormir, es de temer se le presente un delirio furioso; y al menos que no se rebaje el mal por sí, se le dará algun soporifero á fin de calmar la escitacion ó prevenirla. Son muchos los remedios de esta clase de que podemos servirnos, pero es indispensable dejar de darlos cuando los enfermos corren el peligro de ser sofocados por la fluxion y morir, por temor de que diga el pueblo que se los ha matado.

Los alimentos deben tender al mismo objeto que los remedios, deben de ser un poco acres, incisivos, atenuantes y deterrentes. El puerro, la raiz de una planta llamada cuerno de ciervo, la ortiga, la berza cocida con vinagre, entre las legumbres; la tisana de salvados hecha con un poco de orégano ó de hisopo, añadiéndola despues un poco de nitro ó de pimienta, en lugar de sal. Es tambien muy conveniente un cocimiento de alica (1) dulcificado con miel. Todas estas sustancias se harán hervir hasta que pierdan toda su acritud, porque esta hace mucho daño á los perineumonicos. Cuando estos no tienen fiebre, se les puede mandar un poco vino aguado y que no sea muy astringente, porque importa relajar mas bien que constriñir, á fin de facilitar la espectoración.

(1) Alica, especie de cebada que empleaban los Romanos para la confeccion de ciertas bebidas y remedios. N. del T.

cion. No se les dará mucho á beber porque los pulmones son muy avidos de la humedad y la roban de los órganos inmediatos; exófago, estómago, etc. la que siendo excesiva, les perjudica.

Se cubrirá el pecho con bayetas empapadas en aceite que tenga en disolucion nitro y sal, ó se darán, cuando convenga, unturas con aceite de Ninfa de los lagos (2) ó con un linimento de mostaza seca y cerato. En una palabra, el objeto principal que se debe proponer en esta enfermedad es arrojar fuera el humor, el calor y los gases, y bajo este punto de vista las aplicaciones de olores acres á la nariz, las diversas unturas, las ligaduras á los miembros son otros tantos medios que hay que emplear. Si despues de haberlos ensayado, el mal no cede, puede considerarse como incurable.

He aquí un tratamiento que, salvo algunas particularidades, no desdeñaría ningun autor moderno de patología. Si ahora se le pone en paralelo con las prescripciones extravagantes de los sectarios de Hipócrates, se verá que no admite comparacion. La terapéutica, pues, había progresado mucho en los cuatro siglos trascurridos desde los Asclepiades hasta Areteo, progresos que sobrepujan, bajo muchos aspectos, pero solo con relacion á algunas enfermedades, á los que se han efectuado en los mil seiscientos años despues.

CAPITULO VI.

Patología y terapéutica externas.

Los Asclepiades que carecían casi por completo de conocimientos anatómicos, hicieron progresar poco á la Cirujía, pero á pesar de esto, se atrevían á hacer operaciones dificiles y peligrosas sin atenerse á regla alguna, porque otra cosa no puede suceder cuando se carece de conocimientos anatómicos. Una vez que los médicos alejandrinos llegaron á conocer mejor la estructura y situacion de los órganos; la Cirujía debió tomar grande incremento como lo prueban las obras de Celso y de Galeno, las cuales son infinitamente mejores que las de Hipócrates y demás contemporáneos suyos. Probaremos nuestro aserto haciendo un breve análisis de la obra del primero.

Segun todas las probabilidades, este autor vivía á fines del siglo primero de la era cristiana, un poco antes que Galeno. Escribió de

(2) Centaura mayor. N. del T.

arquitectura, medicina, retórica, filosofía y arte militar, pero solo se han conservado sus obras médicas que son un verdadero resumen de cuanto se sabía en la antigüedad. Principia por reseñar el origen y los primitivos errores del arte, la historia y adelantos de las sectas en que estaban divididos los médicos de su tiempo, á los cuales juzga con bastante acierto, despues traza el régimen de los sanos y de los valetudinarios. Estas son las materias que componen los dos primeros libros del compendio. Los cuatro siguientes están consagrados á la exposicion y á la cura de las enfermedades susceptibles de curarse, ya por el régimen, ya con medicamentos; y los dos que faltan, es decir el sétimo y el octavo, mencionan los casos en los que forzosamente tiene que intervenir la cirugía y los procederes operatorios mas usados entonces. Celso ha encerrado en un pequeño espacio los conocimientos quirúrgicos de los antiguos, no solo los contenidos en los libros de la escuela de Coós, sino algunos mas que no mencionan los escritores de esta escuela. Entre los capítulos enteramente nuevos, citaremos el de la curacion de las hernias, el de los cálculos vexicales, el de la catarata, el de las heridas penetrantes de vientre y las de los intestinos. El órden que sigue es bastante exacto y natural; empieza por estudiar los males que atacan á la generalidad del cuerpo y pasa despues á los particulares á cada region ó parte. Su obra es la única de una época tan atrasada en donde se encuentran descritos con claridad los procederes operatorios de todos los cirujanos ilustres desde la fundacion de la escuela de Alejandria hasta él. Nombra á algunos, entre ellos á Trifon, Evelpisto y Megés que es el mejor y mas sabio de todos.

No disputaré si Celso ejerció ó no la profesion, porque esto me importa poco, lo que importa es tener una idea, siquiera breve, de los progresos de la cirugía durante el periodo anatómico. Para conseguirlo, bastará comparar algunos fragmentos del autor latino con los semejantes de la coleccion hipocrática.

De la hemorragia. Hipócrates define la palabra *aimorragia* la salida de sangre con fuerza y abundancia. Cuando sale con lentitud la llama *Errisin* y *Stalagmon* cuando gota á gota. Pronostica que cuando se produce algun derrame anormal en cualquiera de las cavidades del cuerpo, la sangre se corrompe sin remedio. Empleaba la compresion y algunas veces el fuego, para contener la hemorragia de las heridas, y para curarlas, aplicaba mas veces la esponja que las hilas, práctica que ofrecia el inconveniente de separar en lugar de reunir los lábios de la herida por la hinchazon de la esponja con el agua ó con el pus; lo

que haciádurar mas tiempo las heridas y mas dificultosa la aproximacion de sus lábios por la presencia del cuerpo extraño en los momentos de su union. (1)

Esto es cuanto dicen los libros hipocráticos relativos á las hemorragias; vemos ahora como se espresa Celso. «Desde que se asegura uno por los signos dichos antes de ahora que la herida es curable, se hace preciso curar con esmero á los enfermos á quienes la inflamacion ó la hemorragia puede comprometer la vida, Ahora bien, esta puede ser temible por el sitio, la estension de la lesion y la fuerza con que sale la sangre. Entonces aconseja llenar la herida con hilas y colocar despues encima una esponja empapada en agua fria á la cual la mano ha de contener; y si á pesar de esto, continúa la salida de sangre, propone que se renueven las hilas, pero empapadas en vinagrè. Algunos cirujanos de aquel tiempo acostumbraban á echarlo en la herida; pero el temor que este tópicó suprimiese repentinamente la materia y produjera una inflamacion mayor, temor muy fundado en las heridas de partes aponeuróticas, le obligó á retraerse de su empleo; de lo cual infiere tambien que se deben en estos casos próscribir los cáusticos y los escaróticos aunque fueran buenos para contener el flujo, y si por casualidad se les emplea, quiere que se eche mano de los mas sencillos y suaves. Si la hemorragia se resiste á estos medios, aconseja practicar dos ligaduras al vaso en lo interior de la herida y cortar lo que queda entre ellos, á fin de que se consoliden y afirmen sus boquillas. De esto á practicar la ligadura de los vasos en las amputaciones no había mas que un paso; y sin embargo, pasaron muchos siglos para que lo hicieran los cirujanos. Si la ligadura es impracticable, propone el cauterio actual, siempre que la herida haya dado bastante sangre y no haya nervios ni músculos, como en la frente, en el vértice de la cabeza, partes que el creía exentas de estos tejidos. Tambien habia, como antes, la costumbre de aplicar ventosas en puntos distantes para llamar la sangre allí, pero es claro que estos medios no tienen valor alguno en estos casos.» (2)

Con lo dicho no hay necesidad de marcar las diferencias que entran los consejos de Celso con los de Hipócrates; aquellos son mas metódicos, mas detallados, mas racionales que los de los escritores hipocráticos. Me contentaré con añadir un segundo ejemplo.

(1) Dujardin, *Historia de la Cirujia*, t. I, lib. III, pág. 216.

(2) *Ibidem*, t. I, lib. IV, pág. 372.

De la extraccion del feto muerto. «Si se compara, dice el mismo historiador, la manera cruel con que Hipócrates extraía el feto, con la práctica de hoy; se verá cuanto ha progresado la ciencia en este ramo. Hipócrates introducía en la matriz la mano untada de cerato, el dedo pulgar armado de un gancho que él llamaba *uña*. Cortaba desde luego el brazo de la criatura y le sacaba; introducía de nuevo la mano, desgarraba el vientre y extraía poco á poco las entrañas; despues quebrantaba las costillas para hacer que disminuyera el volúmen del cuerpo y extraerle con mas facilidad. En otra parte describe un proceder parecido. Cuando el feto muerto colocado oblicuamente en la matriz presenta la mano por la vulva, cubre previamente á la muger con un lienzo para que no vea lo que hace ó lo que va á hacer; tira de la mano hácia fuera y abajo para sacar el brazo y le desarticula por la escápula, despues abre el pecho por la articulacion de la clavícula é incinde las paredes del vientre para dejar escapar el aire; y por fin trata de coger y sujetar la cabeza para sacarla entera, y si esta tentativa no tiene éxito, la aplasta y va sacando todo por partes.» (1)

Celso obraba de la manera siguiente: Mandaba echar á la enferma, al través, en la cama, con las nalgas levantadas; introducía lentamente el dedo índice untado en aceite en la matriz cuando el cuello se hallaba relajado y se estaba quieto cuando empezaba á contraerse de nuevo, hasta que una nueva relajacion le permitiera introducir poco á poco los demás y despues la mano; casos había en que, dice, introducía las dos, pero esto no es creible. Una vez la mano en la matriz, averiguaba la posicion del feto, es decir, si presentaba la cabeza, los pies, ó si estaba atravesado, lo que á juicio de él no es difícil. Como se sabe que en esta última situacion la mano y el pie están muy distantes del orificio de la matriz, procuraba volver al niño de manera que presentara la cabeza ó los pies. Celso había notado que despues de la cabeza, eran los pies los que ofrecían una posicion mas natural y mas ventajosa para el parto, y esto era ya un gran adelanto que había hecho el arte despues de Hipócrates. Cuando la criatura presentaba un brazo, [intentaba sacarle por la cabeza, si era un pié iba á buscar el otro. En este último caso se creía fácil el parto, aun con el solo auxilio de la mano. Cuando lograba sugetar la cabeza en el estrecho, clavaba un gancho romo en la órbita, en la boca, en el oido y algunas veces en la frente. El mismo autor dice, que

(1) Dujardin *Historia de la cirugía*, t. I, lib. III, pág. 291. —Obras de Hipócrates. *De la superfetacion. De la extraccion del feto muerto. Enfermedades de las mugeres*, lib. I á la conclusion.

si se tira cuando está contraído el orificio del útero, puede el gancho separar la parte que sujeta el resto del cuerpo, ir á chocar con el cuello de la matriz, ocasionar convulsiones y poner la vida de la madre en inminente peligro, por lo que encarga se tire poco á poco, con suavidad y en momentos en que esté relajado el órgano. Mientras que el operador tira del instrumento con la mano derecha, hace que la izquierda dirija el gancho y el feto.

Si este tiene una posicion de tronco y no se le puede dar la vuelta para sacarlo, debe enganchársele por el sobaco y tirar poco á poco. Como entonces la cabeza se queda detras, se la separa del hombro para sacar cada parte por separado, valiéndose para esto de un gancho igual al primero pero que tenga corte por su curvadura. Se saca, primero; la cabeza, porque si se principia por el tronco que es la parte mas voluminosa, se cree no poder extraerla, sinó corriendo un gran peligro. Sin embargo, si el operador se viera obligado á sacarla la última, se doblará una sábana y se la colocará en el vientre para irse comprimiendo con lentitud y un ayudante vigoroso ó inteligente sujetará la matriz con las manos para que la cabeza se presente al cuello del órgano, donde la enganchará el Cirujano y la sacará con mucho cuidado.»

Aunque este proceder no es muy natural, no puede menos de conocerse que es mas racional y mas metódico que el de Hipócrates, á pesar de lo raros que son los partos manuales ó instrumentales.»

Hubiera querido abreviar estas citas y otras muchas, pero despues de haberlo pensado con madurez, he preferido dejar al pensamiento de sus autores su color y desenvolvimiento naturales, mas bien que desnaturalizarlo con indicaciones incompletas ó alterarlas al penetrar en su análisis; proceder del cual me he valido en último resultado. Mi principal objeto, al escribir esta historia, es ofrecer al lector un cuadro compendiado, pero tan exacto como es posible, de las vicisitudes de la ciencia médica; poniendo á su disposicion los diversos legajos de este proceso, para que así pueda juzgar por sí mismo de su valor, que no formularle yo. Son para mí tan claras las ventajas de este método que creo innecesario justificarlas mas adelante.

*El autor se ocupa solo de estudiar á Celso como cirujano, y bueno es anotar cuanto importa saber de él como médico, ya que dejó tambien en esta materia muestras de su profundo saber. Por eso nos atrevemos á ampliar los datos biográficos para conseguir dar á conocer á este escritor bajo distinto punto que lo hace el historiador francés.

«En el reinado de Tiberio, ó sea en la época en que vivia el Salva-

dor del mundo, floreció el ilustre *Cornelio Celso*, cuyo nombre, patria y profesion ofrecen muchas dudas, dando margen á diversas opiniones. En casi todas las ediciones de sus obras se le dá el pronombre de *Aurelio*, por haberse encontrado en todos los manuscritos el título de *A. Cornelii Celsi Artium Liber* vj; pero otro mas antiguo de la biblioteca vaticana presenta en letras romanas el de *Aulius Cornelius Celsus*, que, segun opinion de los mejores críticos, es el que mas la conviene, porque el pronombre Aurelio es tomado de la familia Aurelia, como el de Cornelio de la Cornelia; y no hay ejemplo de semejante reunion de nombres de diversas familias. Tampoco se sabe nada con seguridad respecto á la patria de este autor: sin embargo se presume nació en Roma, aunque otros quieren sea natural de Verona.

Escribió un tratado de Medicina, dividido en ocho libros, es el cuadro mas perfecto de la medicina de los antiguos; el estilo presenta una pureza, claridad y elegancia tal, que con razon se le ha llamado el *Ciceron de los médicos*. El primer libro contiene un prefacio sobre el origen y progresos del arte de curar, sobre las diferentes sectas de médicos y sobre sus diversas opiniones. Este prefacio ocupa la mitad del libro: la otra se reduce toda á preceptos higiénicos. El segundo libro trata de la semiótica y de la terapéutica; el tercero y el cuarto de las enfermedades en particular: en este último se encuentra un tratado de esplanología que puede darnos una idea de los conocimientos anatómicos de aquella época. En la mitad del libro quinto están descritos exactamente los medicamentos simples y compuestos; y en lo restante, y en el libro siguiente, se trata de las enfermedades que se curaban principalmente con la aplicacion esterna de los medicamentos. En fin, los libros sétimo y octavo se ocupan solo de las enfermedades y operaciones quirúrgicas propiamente dichas.

Celso ha seguido principalmente las ideas de Hipócrates y Asclepiades, traduciendo libremente un gran número de pasajes del primero, relativos al pronóstico y á algunas operaciones de cirugía; y ateniéndose por lo demás al segundo, al cual llama *buen autor*. Este ha sido el motivo de que se creyese por algunos que era metódico; pero no hay mas que leer atentamente sus obras para convencerse del poco fundamento de esta opinion.

Se burlaba con Asclepiades de los dias críticos de Hipócrates, cuyo origen atribuía á la ciega preocupacion que habia reinado en los tiempos antiguos con respecto á los números misteriosos de Pitágoras. Dice tambien que era infundado el escrúpulo de los antiguos, que creían que

no se debía sangrar á los niños, mujeres embarazadas y viejos: quiere Celso que para el uso de la sangría, se atienda solo á las fuerzas del enfermo.

Juzgaba que debía sangrarse en los casos siguientes: en las *fiebres agudas*, cuando el cuerpo estaba *colorado* y *las venas llenas de sangre*; en la *pleuresia*, en la *perineumonía*, en la *parálisis*, *convulsiones*, *dificultades de respirar*, *privacion súbita de la voz*, *apoplejía*, *dolores fuertes*, *roturas ó contusiones internas*, *esputo ó vómito de sangre*, *caquexia*, y en fin, en todas las enfermedades agudas, cuando se creía que el enfermo tenía demasiada cantidad de sangre ó malos humores en las venas.

Con respecto al tiempo en que debe usarse el medio terapéutico de que tratamos, Celso quiere que se atienda desde luego al periodo de *crudeza ó indigestion*; en este estado, dice, no conviene la sangría, y por lo tanto debe suspenderse hasta el segundo ó tercer día, siempre que el caso no sea muy urgente. Pero jamás deberá sangrarse despues del cuarto, porque á este tiempo la mala sangre podía haberse disipado por sí misma, ó haber hecho impresion en las partes; en cuyo caso esta operacion no haria mas que debilitar.

Cuando la sangre sale de buen color, dice que debe cerrarse inmediatamente la cisura, porque sería el remedio mas nocivo que útil. No conviene, añade, sangrar mucho de una vez, pues es mejor hacerlo repetidas veces en distintos días, y de ningun modo *usque ad animi deliquium*.

El uso de las ventosas estaba mas en voga que en tiempo de Hipócrates. Celso habla de dos especies diferentes: unas de cobre, cerradas por la parte superior, y en las cuales se introducian unas hilas secas y se encendian antes de aplicarlas; y otras de cuerno, abiertas por ambos lados, que se aplicaban por un extremo á la parte enferma, y por el otro se hacia una fuerte succion, tapándola despues con cera.

Causa estrañeza que Celso, tan exacto en todo, nada haya dicho del modo de extraer la sangre por medio de la aplicacion de las sanguijuelas, que, segun dejamos dicho, se usaban ya en tiempo de Themison.

Al principio de las enfermedades aconsejaba la dieta; y queria que cuando los enfermos reclamasen alimento, se les fuese dando poco á poco, es decir, sin concederles mucho de una vez. En cuanto á la duracion de la abstinencia, dice, que debe arreglarse segun la *naturaleza del mal y la del enfermo, el clima, la estacion y demás circunstan-*

cias. Habla tambien del modo de promover el sudor y del uso de los baños, fomentos, etc.

La máxima mas general de Celso, y sobre la que funda la curacion de todas las calenturas, es que *la materia que ocasiona la fiebre se disipa por sí misma cuando nada se da al enfermo que pueda producirle otra nueva*; esta es la razon por la cual en su tratamiento no solia administrar purgantes ni lavativas, sino que atendía particularmente al régimen: *optimum medicamentum est oportune cibus datus*. El mejor medicamento es dar de comer con oportunidad.

Divide las fiebres en *cotidiana tertiana, quartana, hemitritea, continua, vaga, pestilencial, ardiente y lenta*. En esta distincion es en lo único que se ocupa, pues que, á semejanza de los empíricos, no se detiene en el exámen de las causas.

No juzgaba la calentura por el aumento del calor ni por la frecuencia del pulso, porque conocia la poca certeza de estos signos; para esto, decia, es preciso que la piel esté seca con desigualdad, que el calor esté particularmente aumentado en la frente y venga como del fondo de las entrañas; que el aliento que sale por las narices esté muy caliente; que el color de la cara varíe, poniéndose de pronto mas pálida ó mas encendida de lo que está ordinariamente; que los ojos estén cargados y muy secos ó muy húmedos; que el sudor, cuando le haya, sea desigual; y en fin, que el latido de las arterias no sea bien uniforme.

Para la curacion de las fiebres en general dice Celso que es preciso observar si el cuerpo está *estreñado ó relajado*. En el primer caso hay una especie de sofocacion, y es preciso aflojar el vientre y promover la orina y el sudor; algunas veces son necesarios los ejercicios violentos, la sangría, la esposicion á la luz solar, la dieta, la sed y la vigilia; despues de esto los baños, las unturas y algun alimento ligero, simple, líquido y caliente. En el segundo caso se debe contener el sudor, cuando le hay, aconsejar el reposo en paraje oscuro y prescribir un ejercicio moderado.

Celso habla igualmente del tratamiento que exigen las calenturas en particular, que consiste principalmente en la abstinencia y el régimen.

Entre las enfermedades de que trata este autor, se encuentra el *cólico*, cuya descripcion no está en las obras de Hipócrates. El nombre de *cólico* era nuevo en tiempo de Celso, pero no la enfermedad que designa, como pretende Plinio, pues que Diócles de Caristo la conoció con el nombre de *ileo*.

Celso ha gozado de gran reputacion en los tiempos antiguos y mo-

ernos; *Columella* le pone en el rango de los mas famosos médicos de su época, y Plinio le cita entre los que han contribuido á ilustrar su historia natural. Entre los modernos que le han prodigado elogios, se cuenta el célebre *Fabricio de Aquapendente*, que decia á sus discipulos: *Celso es admirable en todos sentidos, y sus secretos no deben salir, de dia ni de noche, de vuestras manos.**

CAPÍTULO VI.

Clinica.

Hemos dicho que la Clínica (página 92) no es una rama distinta de la ciencia, es la ciencia misma aplicada á la cabecera del enfermo, es el campo de batalla del médico, el teatro donde no solo despliega todos los recursos que le proporciona el arte, sinó tambien los de su génio y su conciencia. Todo práctico ademas de tener un gran talento, cualidad indispensable para el ejercicio de la ciencia, debe prestar grande y sostenida atencion para conocer el momento de obrar y no desaprovecharla, circunstancia que exige una gran presencia de espíritu, una firmeza de carácter que aleje de sí el miedo en las azarosas circunstancias en que puede encontrarse, animándole á obrar, sin que le inquieten las calumnias y las quejas injustas y sin que le importe perder su reputacion por salvar á sus enfermos. En sus conversaciones debe de decir siempre la verdad, no ocultar sus faltas, sus reveses, ni exagerar sus triunfos, porque no debe olvidar que los unos y los otros le sirven de leccion, y que en su posicion elevada, ocultar lo verdadero y publicar lo falso, es crear homicidas para lo sucesivo. Tales son las cualidades que brillan en las historias clínicas atribuidas unánimemente á Hipócrates en sus libros I y III de las *Epidemias*.

El periodo anatómico en que tanto adelantó la ciencia no nos ha dejado coleccion alguna de observaciones clínicas dignas de compararse con las de Hipócrates, sea que hayan desaparecido los trabajos de los grandes Escritores alejandrinos despues de la destruccion de las bibliotecas, sea que no haya habido en aquel tiempo un hombre que haya reunido en grado tan eminente como el anciano de Coós las cualidades que constituyen un gran práctico. Solo Galeno es el único de este período que puede parangonarse con él por la universalidad de sus conocimientos y la multitud de sus escritos, y á pesar de todo esto, no nos ha dejado historias como las de los Asclepiades. De cuando en cuando

relata la historia de algunos enfermos con el propósito de poner de manifiesto la certeza de su diagnóstico ó la escelencia de sus teorías. No se vé en sus escritos como en los del pintor de las constituciones epidémicas al escritor severo é imparcial, sinó al dialéctico prolijo y sutil que no deja pasar ningún fenómeno sin interpretarle y discutirle.

Aforismos. Muchos escritores de este periodo, y entre ellos Galeo, comentaron los aforismos de Hipócrates, pero ninguno se atrevió á escribir otros nuevos. La mayor parte no se atrevieron por temor á los antiguos oráculos, cuya reputacion era colosal, acaso entrevieron el abuso que se hacia de este género de literatura mas pretencioso que sólido en Medicina. Sea lo que quiera, no los haremos un cargo por haberlo abandonado.

CAPITULO VII.

Teorías y sistemas (1).

CONSIDERACIONES GENERALES.

A medida que las investigaciones de la anatomía y la fisiología espe-

(1) *Escolio.* Hemos citado muchas veces las palabras *teoría, sistema, doctrina*, y todavía las citaremos muchas mas: sin embargo, nada hay mas vago que las diversas acepciones que dan los autores á cada una de ellas y sobre todo á las dos primeras. Para hacer desaparecer esta incertidumbre he recurrido á los diccionarios mas modernos y mejores y nada he encontrado que pudiera satisfacerme. Ninguno de ellos da una explicacion racional de la sinonimia de estos terminos y de los matices que los diferencian. (a) Algunos de los mas modernos tratan de introducir la distincion siguiente: «La teoría es una produccion del génio que vé las cosas tal cual son; el sistema un producto de la imaginacion que pinta las cosas segun cree mas conveniente. Pero vemos que semejante distincion descansa en una base incierta y arbitraria, porque cada autor y sus partidarios tienen por verdaderas sus propias opiniones y tienen por falsas las de sus antagonistas, como lo hace notar muy bien Mr. Raige-Delorme en su *Diccionario de Medicina* en 25 volúmenes, artículo *Doctrina*.

Mr. Bouillaud se queja altamente de esta falta de exactitud y precision en el lenguaje filosófico y especialmente de la ambigüedad de las palabras *teoría, sistema, doctrina*, etc. pero no hay otro remedio (b).

En mi juicio solo Mr. Coutanceau es el que ha dado una definicion clara y precisa de las palabras *teoría, sistema*. «La teoría, dice, indica las relaciones de los hechos entre sí, el orden de su sucesion y de su dependencia. El sistema (en Medicina) es una teoría general de las leyes y del mecanismo de la vida, mediante la cual se esfuerzan en referir á un pequeño número de principios, algunas veces á uno solo, todos los fenómenos de la salud y de la enfermedad» (a). Aunque Mr. Coutanceau ha restringido para la Medicina su definicion de sistema, mientras que es aplicable á todas las ciencias, no por eso ha dejado de marcar con mas precision que nadie las diferencias que separan estas dos palabras y las semejanzas que las aproximan, al decir que el sistema es una teoría general. Tal es el sentido que nosotros hemos dado á estas palabras cuando hemos querido diferenciarlas, así decimos, la teoría de la fiebre, de la inflamacion, el sistema de Hipócrates, de Temison, de Stahl. En fin, la palabra *doctrina* se toma en una significacion mas estensa todavía, porque significa todo lo que se dice, todo lo que se enseña sobre una materia cualquiera, abraza en su generalidad las nociones teóricas y prácticas, los sistemas, los hechos, las hipótesis. Esto es lo que deba entenderse por las locuciones siguientes que se emplean con tanta frecuencia en el lenguaje médico: *Doctrina de Coës.—Doctrina de Montpellier.—Doctrina de Leyden, etc.*

(a) Consultad el *Diccionario de la Academia*.—El *Diccionario de Laveaux*.—El *Diccionario de Napoleon Landais*.—El *Diccionario de ciencias médicas*, en 60 volúmenes.—El *Diccionario de los sinónimos*, por Boivinilliers, etc.

(b) *Ensayo de Filosofia médica*. Paris 1836, pág. 166, nota.

(c) *Diccionario de Medicina* en 25 volúmenes, palabras *teoría, sistema*.

rimental han hecho progresar la Medicina, que el diagnóstico se perfeccionaba; que los adelantos de las ciencias auxiliares aumentaban los recursos de la terapéutica, se hizo mas preciso poner en órden las adquisiciones materiales de la ciencia para poderlas retener en la memoria; de encadenar los numerosos hechos antiguos y modernos que forman el tesoro de la ciencia por una teoría mas ó menos verosímil. Un gran número de filósofos partiendo de puntos de vista diferentes, intentaron esta empresa tan difícil: en efecto, los unos se han esforzado en reunir las tradiciones del pasado con las conquistas del presente sin alterar nada de los principios fundamentales de la doctrina recibida; otros, al contrario, juzgando estos principios erróneos ó insuficientes, han aspirado nada menos que ha destruir el edificio científico para reedificarle sobre nuevas bases.

Si el historiador quiere darse cuenta de las opiniones particulares emitidas sobre cada uno de los fenómenos de la economía, encontrará casi tantas teorías como autores médicos hay, porque no hay uno que no modifique por sí la doctrina que le han enseñado sus maestros. Pero teniendo solo en cuenta las diferencias radicales, las divergencias de los principios de cada uno; podemos admitir en este periodo cuatro sistemas; á saber, el *Dogmatismo*, el *Empirismo*, el *Metodismo* y el *Electicismo ó Sincretismo*.

ARTICULO I.

DEL DOGMATISMO.

Ya conocemos los principios del dogmatismo, su origen, sus autores y sus partidarios mas ilustres; sabemos que esta doctrina enseñada en la Escuela de Coós y sostenida por el asentimiento de Platon y de Aristóteles, dominaba en el mundo médico muchos siglos antes de la fundacion de la Escuela de Alejandría. Los primeros y mas célebres profesores partidarios de este sistema, le reformaron poco. Herófilo admitía la esplicacion de Hipócrates y de Praxágoras su Maestro, sobre los efectos que ocasionaba la mezcla de los humores, con relacion á la salud y á la enfermedad; casi seguía en la práctica el mismo camino que ellos. Además de sus grandes descubrimientos en anatomía, había hecho muchas esperiencias con los medicamentos que llamaba, *las manos de Dios*, cuando se los empleaba en momentos de estar bien indicados, ó

instrumentos del diablo, cuando faltaba la oportunidad en su administración. (1)

Al adoptar Erasistrato la mayor parte de los dogmas hipocráticos pensaba que la fiebre y las inflamaciones provienen del paso de la sangre de las venas á las arterias. Según él, estas solas contienen en el estado natural aire ó espíritu, pero dice, que cuando hay plenitud en las venas, el exceso de sangre se extravasa y vá á parar á las arterias, dando lugar á todos los síntomas inflamatorios y febriles. Para él, la plétora sanguínea es una de las causas mas frecuentes de las enfermedades, y sin embargo, rara vez aconsejaba la sangría para combatirla; prefería la dieta, los vomitivos, las bebidas atemperantes, los baños y el ejercicio; era poco partidario de los purgantes y no creía, como Hipócrates, que ciertos remedios tuvieran la propiedad de evacuar este ó el otro humor exclusivamente. Decía que los humores ténues salen los primeros, despues los mas gruesos; de manera que, según él, los purgantes mas débiles hacen arrojar solo el humor más ténue, como el agua; los que son algo mas fuertes, la bilis; y los mas enérgicos la atrabilis.

Peró entre todos los partidarios del Dogmatismo, el mas fecundo, el mas hábil y mas poderoso es *Claudio Galeno*. (2) Nació en Pergamo (por los años de 128 á 131 despues de Jesucristo) ciudad del Asia menor, célebre por un templo dedicado á Esculapio, por su escuela de medicina y por su magnífica biblioteca, rival de la de Alejandría. Su padre, llamado *Nicon*, que era escultor, fué su primer Maestro; pero tuvo además otros dos muy distinguidos. El jóven Galeno aprovechó extraordinariamente las lecciones que estos tres profesores le dieron, pues á los quince años estaba apto para disputar con los mas sabios en gramática, filosofía, historia, matemáticas etc. Entonces por encargo espreso de los Dioses se decidió á estudiar medicina. Refiere el mismo con un candor admirable el modo como Apolo le habia dado en sueños este consejo, el que se apresuró á seguir por no faltar á la voluntad divina. Pero sus numerosos y sábios escritos justifican mucho mejor su vocacion para el estudio de esta ciencia que todas estas reminiscencias místicas. Viajó mucho para instruirse, y visitó, entre otras muchas ciudades, la capital de Egipto, donde permaneció algun tiempo. De vuelta á su pátria, el gran sacerdote le encargó la curacion de los heridos

(1) Galeno, *De compos medicam local*. Lib. VI, cap. [III]. (Lúler, pág. 322.)

(2) Para mayor ilustracion del lector, puede consultar la biografía de este Médico, así como las de Platon, Aristóteles y otros; en el tomo primero de las vidas de sábios ilustres de todos tiempos por Luis Figúier. N. del T.

del Circo, desplegando en el cumplimiento de este encargo su gran copia de conocimientos anatómicos y quirúrgicos. Pronto abandonó su país natal para ir á brillar en una esfera mas amplia. Se fué á Roma á donde su génio y nombre le llamaban, y allí pronto se creó una reputacion entre los mas distinguidos personajes, porque á ello le brindaba su fácil y brillante palabra, su variada y profunda erudicion y su habilidad práctica; pero su jactancia, su desden para con los demás compañeros, su desmedido orgullo le suscitaron gran número de enemigos que le hicieron odiosa su permanencia en Roma. Es curioso el retrato que hace de los médicos de esta capital en su libro de *Prenotionæ*. (1) Les llama envidiosos, ignorantes, ladrones, envenenadores, y concluye diciendo que despues de habertos quitado la máscara, tendrá mucho cuidado en ponerse á cubierto de sus emboscadas y maleficios, abandonando la gran ciudad, donde no se atiende mas que al que gasta mas lujo ó al charlatan mas audaz que obtiene la confianza de un público estúpido y frívolo; para irse á vivir á un punto donde todos los habitantes se conozcan y sepan cuál es el origen, la educacion, la fortuna y las costumbres de cada uno de ellos.

En efecto, salió de Roma atravesó la Tracia, la Macedonia, visitó á Lemos y fué llamado á Aquilea donde se hallaban los Emperadores Marco Antonio y Lucio Vero en marcha contra los Marcomanos y las naciones germánicas para volver despues á la Ciudad de los Césares donde fué nombrado Médico de Commodo Antonio y Septimio Severo. En fin, se cree que murió á los 71 años de edad, hacia el 204 de la era cristiana; unos dicen que en Roma, otros que en Pergamo, y otros que en el camino para ir de una de estas ciudades á otra, y un fraile asegura que murió yendo en peregrinacion á Tierra Santa.

Galeno dice que no pertenecia á secta alguna en que estaban divididos los Médicos de su tiempo; apellida esclavos á los sectarios de Hipócrates, Praxágoras ó Herofilo. Pero no debe creérsele cuando pretende permanecer neutral en medio de doctrinas tan opuestas; lo mas probable es que fuera una distraccion disculpable en un hombre que tanto ha escrito ó un recurso oratorio para darse el aire de imparcial é independiente. El hecho es, que al momento se advierte su inclinacion por la doctrina de Hipócrates, la esplica, la comenta con estension, la adiciona, refata las opiniones opuestas y se esfuerza en hacerla triunfar de las demás. «Yo soy el primero, dice, que he establecido el ver-

(1) *De prenotione ad posthumum*. Edicion Chartier, T. VIII. pág. 886.

dadero método de curar las enfermedades; confieso que Hipócrates me ha enseñado el camino, pero como él fué el primero, no adelantó tanto como quiso y deseaba. Su método es vicioso, omite ciertas é importantes indicaciones y no hace todas las distinciones que son necesarias; es, con frecuencia oscuro á fuerza de querer ser breve á la manera de los antiguos, habla muy poco de las enfermedades complicadas; en una palabra, solo ha bosquejado lo que otro deba acabar, ha abierto el camino, otro se encargará de ensancharle y hacerle practicable.» (1) Esta corta cita nos dá á conocer la importancia que el mismo Galeno se dá y el poco aprecio que hace de los trabajos de los médicos que han vivido desde Hipócrates hasta él.

Veamos ahora como á cumplido la mision que se impuso. Dice, que hay en el hombre tres principios, los *sólidos* á los cuales llama tambien las *partes*, los *humores* y los *espíritus*. Entre los sólidos, los unos son *simples* ó *similares*, es decir, que si se les divide, se obtienen siempre fracciones homogéneas con el todo; tales son los huesos, los músculos, los nervios, las membranas, etc. Se puede dividir una de estas partes en tantas fracciones cuantas se quiera y se obtendrán siempre partículas iguales de huesos, músculos, etc. á la del todo de que se separaron. Otras partes se llaman *orgánicas* ó *compuestas*, como el brazo, la pierna, la cabeza, el ojo, porque ejecutan los actos mas complicados, mas notables y mas perfectos, y porque están formadas de muchas partes similares; otras *simples* procedentes del esperma, tales como los nervios, las membranas, los huesos, las venas y son poco susceptibles de corromperse y reproducirse una vez destruidas; otras, por fin, *simples tambien*, que se corrompen al instante y se reproducen con la misma velocidad y facilidad, y son las que proceden de la sangre, como las carnes. (2)

Galeno refuta como Hipócrates y valiéndose de los mismos argumentos que este á los filósofos que no admiten mas que un solo elemento; tampoco piensa como aquellos que, al admitir muchos, los consideran como inmutables en su esencia. Dice que cuando se dividen las carnes, se produce calor y dolor; ahora bien, ninguno de estos efectos tendría lugar si las carnes se compusieran de un solo elemento, ó si los que entran en su constitucion fuesen inalterables en su esencia; sucedería entonces lo que sucede cuando separamos un dedo de otro; no

(1) *Método de curar*, lib. IX. cap. VIII. (Chartier, T. X. pág. 201.)

(2) *De la constitucion del arte médico*, libro y cap. II. y siguientes. *De la semilla*, libro I. cap. V. y X.

se produce dolor ni calor. En consecuencia de este razonamiento, admite con Hipócrates y Aristóteles cuatro elementos ó cuatro cualidades primordiales, el *cálido*, el *frio*, el *seco* y el *húmedo*. Piensa que todos los cambios que sobrevienen en los cuerpos son efecto de una de estas, pero considera al cálido como el mas activo de todos y al frío como el que le sigue en efectos. El *fuego*, el *aire*, la *tierra* y el *agua* son los cuerpos naturales en donde se ponen mas en claro los elementos ó cualidades primordiales y por eso se les llama elementales, porque sirven para formar á los demás. (1)

Aquí se vé que Galeno reproduce amplificado el dogmatismo hipocrático. Lo que sigue es la continuacion del mismo objeto, pero el lector que está al corriente de la doctrina de la escuela de Coós, sabrá distinguir sin necesidad de que se lo digan, las adiciones y pretendidas mejoras que ha hecho á esta doctrina el Médico de Pergamo. Voy, pues, á proseguir sin otra interrupcion esponiendo el sistema galénico.

Existe entre las partes similares ó simples del cuerpo humano *cuatro diferencias simples y otras tantas compuestas*; que una parte esté mas cálida que otra, es una diferencia simple; que una parte esté mas cálida y mas seca, mas cálida y mas húmeda; es una diferencia compuesta. La exacta proporcion y justa mezcla entre estas cualidades simples ó compuestas producen las buenas constituciones y la salud, pero esta justa proporcion y mezcla no deja de ser mas que un tipo ideal; el hombre de mejor constitucion y mas sano no deja de sentir alguna desproporcion. Galeno admite entre la salud y la enfermedad ocho estados intermedios que llama *temperamentos ó mezclas imperfectas* compatibles con el libre ejercicio de las funciones; cuatro son simples y cuatro compuestas. Un exceso de calor ó frio, de sequedad ó de humedad constituye un temperamento simple, pero si á la vez hay exceso de calor y humedad, de frio y de sequedad, de sequedad y calor, hay un temperamento compuesto. Las enfermedades, segun él, no son temperamentos, sino intemperies. (2)

Despues de esta clasificacion un poco sutil y arbitraria espone los caracteres que los distinguen entre sí. He aquí, segun él, los que corresponden á un cerebro frío. «Los emuntorios naturales de esta viscera,

(1) De la constitucion del arte médico, lib. y cap. VIII y siguientes.—Introduccion ó el médico, cap. IX y siguientes.—De los elementos segun Hipócrates, lib. I, cap. I y siguientes.

(2) De la constitucion del arte médico, cap. IX. Arte médica, cap. IV. De los temperamentos, lib. I, cap. VIII. Véase tambien el lib. II, y III. De la mejor constitucion de nuestro cuerpo, de la sanidad, lib. I, cap. I, y siguientes.

es decir, el paladar, las orejas, la nariz, los ojos, suministran secreciones abundantes, el pelo es fuerte, rojo, áspero, delgado y empobrecido y difícil de doblegarse. Los que reúnen estos caracteres son muy sensibles al frío y están muy dispuestos á padecer catarros y pesadéz de cabeza. La piel que rodea el cráneo está fina al tacto y pálida á la vista, las venas de los ojos apenas se advierten; en fin, estos sujetos tienen una gran propension á dormirse. » (1) Nuestro fisiólogo pasa de esta manera revista á los principales órganos y describe los signos de sus diferentes temperamentos. Espone despues los que corresponden á los humores y á los de ciertas cosas estrañas al organismo. En esto, como en lo dicho, ya se vé con claridad el dogmatismo hipocrático.

Continúa diciendo que la sangre, el aire y la primavera son calientes y húmedos; la bilis amarilla, el estío y el fuego son calientes y secos; la tierra y el otoño son secos y fríos; la pituita y el invierno son fríos y húmedos. Considera como indispensable la mezcla y la conversion de unos humores en otros, del mismo modo que acontece con los elementos primitivos, porque aunque existan en todas partes mezclados entre sí y viviendo en armonía, hay, sin embargo, un órgano, una edad, una estacion en que abundan mas que otros. La sangre, por ejemplo, domina en el corazon de los jóvenes y en la primavera; la bilis en el hígado de los adultos y en el verano, etc. (2)

Además de las partes ó sólidos y de los humores hay en el organismo un tercer principio denominado *espíritus*. Estos espíritus son de tres órdenes, *naturales*, *viales* y *animales*. Los naturales que Galeno compara á una especie de vapor sutil que se escapa de la sangre venosa, se forman en el hígado en donde se encuentra el origen de la sangre. Los vitales brotan del corazon donde es atraído el aire de los pulmones y allí se mezclan con los naturales. Los animales que se engendran en el cerebro á donde llegan los vitales para degenerar en aquellos. Los espíritus no son mas que unos instrumentos del alma; esta es, en definitiva, el verdadero gobernador de la economía.

Galeno admite como Platon y Aristóteles tres facultades, ó mas bien tres partes en el alma, una *vegetativa*, que reside en el hígado; otra *irascible*, en el corazon, y la tercera *razonable*, en el cerebro (3). Cada facultad ó especie anímica tiene á su cargo, independientemente

(1) *Arte médico*, cap. VIII. De los temperamentos, lib. I. II. III.

(2) De los humores introducidos ó sea el médico, cap. XII. De las opiniones de Hipócrates y Platon, lib. VIII. cap. V.

(3) De las sentencias de Hipócrates y Platon, libro VI, cap. 1, II, III.

de los espíritus, un cierto número de facultades secundarias; así la vegetativa tiene en su departamento *la facultad generatriz, la aumentativa y nutritiva*. Cada una de estas facultades secundarias tiene á su vez otras mas subalternas á su servicio; así la nutritiva, por ejemplo, que tiene su principal asiento en el estómago, tiene la *atractiva, la retentrix, la asimilatrix, la espulsiva*. (1) Por medio de esta gerarquía de almas, espíritus y facultades, Galeno y sus discípulos esplicaban todas las funciones con una precision admirable. Si á alguno de ellos se le preguntaba que era la nutricion ó como se ejecutaba, contestaba que era una funcion natural, á la que concurren todos los órganos, compuesta de facultades, á saber: la *atractiva*, que llama hácia si los alimentos; la *retentrix*, que los mantiene quietos el tiempo preciso para que se cuezan; la *asimilatrix*, que los trasforma en partículas análogas á las partes de nuestro cuerpo, y la *espulsiva* que elimina y arroja fuera sus elementos escrementicios. Cuando un discípulo ó candidato daba esta respuesta, profesores y asistentes deberían darse por satisfechos porque su contestacion estaba arreglada á la doctrina fisiológica de entonces. Así era la fisiología de este Dogmático; un conjunto de entidades imaginarias y abstractas. La patología ofrece los mismos caracteres, en ella figuran tambien entidades abstractas é imaginarias, á las cuales las dota de atributos como si fueran seres reales y positivos. Vé enfermedades en los sólidos, en los líquidos y en los espíritus; las de los sólidos son de tres géneros; en el primero comprende las afecciones de las partes similares, ó sea las intemperies; estas las divide en dos especies, á saber, *intemperies simples* que provienen del exceso de una sola cualidad elemental, ya sea el calor, el frio, la sequedad ó la humedad; *intemperies dobles ó compuestas* producidas por la exageracion de dos cualidades á la vez; como un exceso de calor y sequedad ó un exceso de calor y de humedad, etc. El segundo género de enfermedades comprende las lesiones orgánicas debidas á irregularidades de conformacion, á errores de número, de magnitud ó de situacion. En fin, el tercero es comun á las partes similares y á las orgánicas, abraza todos los accidentes que originan las soluciones de continuidad. Distingue además Galeno entre las enfermedades, diversas complicaciones que constituyen otras tantas especies nuevas. (2)

El mismo dice que, la esencia de la calentura consiste en un calor

(1) *De las facultades animales*, lib. I, II, III.

(2) *De las diferentes enfermedades*.—*De las causas de las enfermedades*.

contra natural que se desarrolla, unas veces en el corazón, otras en sus humores, y otras en sus espíritus. Estos son los que mas pronto se inflaman, siguen despues los humores y por último los sólidos. Las calenturas mas largas residen en los sólidos, las de duracion mediana en los humores y las mas cortas ó rápidas en los espíritus (1). Las calenturas ardientes degeneran en hécticas ó consuntivas de dos maneras: 1.^a cuando se prolongan hasta el punto de consumir toda la humedad del corazón ó de su tejido; 2.^a Cuando invaden la totalidad del órgano antes que se haya agotado toda su humedad. Las fiebres hécticas se reconocen en la temperatura del cuerpo de las arterias que es mayor que la de las partes inmediatas, diferencia que se advierte sobre todo en el momento del diastole arterial. (2)

Las calenturas dependientes de los humores son de tres géneros; el *continente*, el *continuo* y el *intermitente*. Cada género de estos se divide en muchas especies. Las intermitentes mas comunes son las cotidianas, las tercianas y las cuartanas. Las primeras las produce la pituita; las segundas la bilis; y las terceras la atrabilis. Todavía admite otras muchas especies de calenturas, ya simples, ya compuestas. (3)

En cuanto a la marcha de las afecciones febriles, nuestro patólogo admite en ellas con Hipócrates, cuatro periodos; la *invasion*, el *aumento*, el *estadio* y la *declinacion*. Compara estos periodos á las cuatro edades del hombre, repartidos de esta manera; á la primera edad que es la de la generacion, el de invasion; á la segunda, que es la de crecimiento, el aumento; á la tercera, que es la de la fuerza, al estado; y la cuarta que es la vejez, al de declinacion. Cuando el enfermo muere, lo hace siempre en una de las tres primeras fases, nunca en la última. (4) Por lo demás nuestro autor profesa sobre la coccion, las crisis y los dias críticos, la doctrina pura de la Escuela de Coós (5).

Divide la accion de los medicamentos en *primitiva* y *consecutiva*. La primera depende de una ó de dos cualidades que dominan en la sustancia medicamentosa; así hay tal sustancia que calienta, porque predomina en ella el fuego; tal otra que refresca, porque predomina el frio; etc. Cosas hay tambien que calientan y secan al mismo tiempo y otras que calientan y humedecen á la vez. Entre los agentes terapéu-

(1) De las variedades de fiebres. Lib. I, cap. I, II, III.

(2) Ibidem. Lib. I, cap. XXIII.

(3) Ibidem. Lib. II.

(4) De los tiempos en las enfermedades, cap. I. V.—De los tiempos en toda enfermedad, cap. I. V. De las crisis, lib. I, cap. II.

(5) De las crisis lib. I. II. III. De los dias decretorios, lib. I. II. III.

ticos que están dotados de una misma facultad, por ejemplo, la de calentar; hay unos que la poseen en grado eminente; otros en un grado mas inferior. Así las sustancias amargas son, por ejemplo, muy calientes; las dulces menos; su calor es algo menor que el nuestro. El sabor salado proviene del exceso del elemento igneo y del terrestre. (1) Sustancias hay que producen su efecto inmediatamente, como el fuego que de repente se aviva y el hielo tratado lo mismo; otras no tan pronto, como el pelitre y el castor; y otras que enfrían á la larga, como el beleño, la mandragora y sus análogos.

Se dice que una cosa posee una facultad real ó accidental segun que esta depende de su misma esencia ó de alguna circunstancia accesoria; por ejemplo, el agua que es fria en su estado normal puede hacerse caliente por algun accidente, pero este calor prestado desaparecerá pronto, mientras que persistirá su frescura natural.

Despues de otras distinciones todavia mas sùtiles sobre la manera de obrar de los medicamentos, Galeno traza las reglas mas conducentes para reconocer sus efectos, indica las precauciones que hay que tomar para no dejarse engañar por falsas apariencias. Despues pasa del ejemplo al precepto, y demuestra por una série de esperiencias y de razonamientos que el agua es de un temperamento frio y húmedo; el vinagre tambien, pero con cierta mezcla de calor producido ó resultado de su acritud. (2) La accion de un medicamento que se manifiesta despues de su efecto primitivo, del cual es una consecuencia, se llama segun el, *consecutiva*; accion que es muy variada. Remedios hay que abren los poros, otros que los cierran, otros que endurecen los tejidos, otros que los reblandecen, otros que limpian los humores, otros que los alteran, otros que favorecen su formacion, otros que calman los dolores, otros que dirigen su accion con especialidad á ciertos órganos, á ciertas funciones, tales como los vomitivos, los purgantes, los diureticos, los emenagogos etc. Galeno se empeña en averiguar la relacion que hay entre la accion primitiva y la consecutiva de los medicamentos, cree que los remedios que endurecen los tejidos son de un temperamento húmedo y frio; los que provocan una abundante orina, calientes y secos; los que activan la secrecion de la leche y del semen, son moderadamente húmedos y calientes etc. (3)

(1) De los medicamentos simples. De las facultades de los temperamentos, libro 1. II. III. y IV.

(2) De los medicamentos simples y facultades de los temperamentos, Lib. I., II., III. y IV.

(3) Ibidem, Lib. V.

En cuanto á los principios que deben dirigir al práctico en la elección de los remedios aplicables á cada enfermedad, el Médico de Pergamo proclama el axioma de «que las enfermedades se curan por sus contrarios» ni mas ni menos que lo que decia la Escuela Cóaca. Consecuencia de este modo de pensar, todas sus investigaciones, todas sus disertaciones son una constante y obstinada investigacion de la esencia de las enfermedades, una destruccion completa de todo lo accesorio, un analisis riguroso que separa todo elemento extraño, para presentar el mal desnudo de toda complicacion y aplicarle despues un tratamiento cuya accion sea diametralmente opuesta á su naturaleza. Para él, la esencia de las enfermedades consiste, unas veces en el exceso de una ó dos cualidades elementales de las partes enfermas, otras en la reaccion del principio vital, causa eficiente y primitiva de todos los síntomas. Se vé aquí su doctrina confundida con la de los dogmáticos, es el mismo dogmatismo adicionado, esplicado y elevado hasta sus últimas consecuencias. De vez en cuando se acuerda de los Metodistas y apela al *Strictum* y el *Lasum* para esplicar la naturaleza del mal y buscar el medicamento que se le ponga. En muchos pasajes guarda mucha consideracion á los empíricos para quienes el estudio de los síntomas y la experiencia pura son las fuentes del diagnóstico y la terapéutica. A pesar de estos lunares, Galeno es, ha sido, y debe ser considerado como uno de los partidarios mas decididos del dogmatismo hipocrático.

Ha escrito mucho de patologia y terapéutica, y sin embargo, es muy difícil ó quizá imposible tratar bien una enfermedad con tal guia, ¡tan vicioso es el órden que adopta, tan defectuosa es la manera que tiene de ver las cosas! No obstante, deben esceptuarse de esta proscripcion los cuatro libros del tratado de *Locis affectis* en donde dá excelentes consejos para descubrir el sitio de las enfermedades, con especialidad el de las mentales y nerviosas. Este tratado junto á los escritos de anatomía y fisiología de que ya hemos dado cuenta, constituyen un título de gloria para el Médico de Pergamo y justifican ó escusan la infatuacion que se le ha echado en cara por mas de doce siglos. Galeno es superior en cirujía á los Cirujanos de Coós y de Alejandría. Reusaba cuanto podia valerse de los cáusticos, empleaba además los vendajes, aparatos y máquinas hipocráticas, emplastos, fomentos, unguentos; practicó algunas operaciones quirúrgicas, en especial la sangría á pesar de la costumbre opuesta de sus contemporáneos de Roma.

Este escritor enciclopédico ha hecho importantes servicios á la historia, ha sido el único que ha dado á conocer las opiniones de un gran

número de médicos cuyos escritos han perecido, sobre todos los de los jefes de secta. Gracias á su celo sabemos algo de las luchas habidas entre los dogmáticos, los metodistas y los empíricos. Si las numerosas obras que ha publicado no sirven para los fines particulares de todo medico práctico, al menos son un arsenal en donde puede sacar el erudito ó el dialéctico materiales ó argumentos en favor de toda clase de cuestiones médicas.

Ahora nos vamos aproximando á una época en que los médicos se mostraron envidiosos por brillar, mas por las sutilezas de su dialéctica y por el lujo de una vana erudicion, que por lo acertado de su práctica. Bien, es verdad, que los defectos mismos de Galeno contribuyeron todavia á afirmar en sus manos el cetro de la ciencia, porque por su erudicion, la sutileza en el razonamiento, nadie mas que Aristóteles puede comparársele, y al que tambien aventaja por la elegancia, la pureza y la fuerza de su estilo. Se dice que habia compuesto mas de 500 volúmenes de medicina y la mitad de otras materias. Pero es necesario tener presente que entre estos volúmenes hay un gran número que solo constan de algunas páginas.

ARTÍCULO II.

Empirismo.

Hemos visto que la época en que se fundó la Escuela de Alejandría fué una de las más brillantes en la historia del progreso humano. El amor á las artes, á las letras y á la filosofía tan estendido en Grecia la habia dotado de obras maestras de todo género. Los compañeros de Alejandro habian llevado hasta el centro del Asia, primera cuna de una civilizacion decrepita, otra jóven y vigorosa dispuesta á reparar las faltas de la primera. La ciencia radiante y comunicativa de los Griegos vino á eclipsar en las orillas del Nilo los ya pálidos y amortiguados rayos de la antigua ciencia de los Egipcios.

Mientras que los sucesores de Platon y de Aristóteles continuaban las tradiciones de sus grandes maestros, otros filósofos creaban escuelas rivales y se esforzaban en propagar sus diversas doctrinas. Epicuro renovaba y embellecia el sistema de Leucipo y Demócrito sobre los átomos, el vacío y el movimiento perpetuo. Pirron que daba mas amplitud á las teorías de Parmenides y Zenon sobre la poca certidumbre de nuestros conocimientos y nuestros juicios, fundó la secta de los *escépticos* ó

zetéticos ó indiferentes en materias científicas, como hicieron los Epicureos con la moral. Por otra parte Euclides inventó el arte fútil de embrollarlo todo y de hacer callar á sus antagonistas con argumentos capciosos y extravagantes. Su secta llamada *contenciosa* se preparaba solo para vencer en las discusiones públicas entonces en moda, empleando una dialéctica ligera y quisquillosa, que se fué poco á poco propagando á las demás escuelas.

Como siempre, la medicina sufrió la suerte de la filosofía, se dividió en muchas sectas. Herófilo y Erasistrato al combatir algunos puntos de la doctrina de Coós habian respetado el fondo; pero sus discípulos, Filino de Coós, Serapion de Alejandria y otros menos célebres, dijeron que eran falsas é hipotéticas todas las teorías de los elementos y cualidades elementales, de los humores cardinales, de la coccion, de las crisis y días críticos, de las causas próximas y ocultas, de la esencia de las enfermedades y hasta el famoso axioma terapéutico base del dogmatismo; *Las enfermedades se curan por sus contrarios*. Esto les animó á reconstituir el arte sobre nuevas bases, reconstitucion que hizo progresos rápidos y vió unirse á sus filas gran número de médicos famosos. El mas célebre fué *Heraclides de Tarento* que vivió en el mismo tiempo que ellos ó pocos años despues. El metodista Celso Aureliano, que segun el historiador Daniel Leclerc tenia la costumbre de insultar á todos los médicos de cualquier secta que fueran, habla bien de Heraclides; le llama noble, instruido, y dice que es el último y mas distinguido de los empiricos (1) Galeno, se espresa, casi lo mismo, «nunca este empírico dice, hablaba en contra de lo que él creia cierto por solo el placer de no atentar contra los intereses de su secta, referia lo que él mismo habia experimentado y era tan bueno ó mejor práctico que ningun otro contemporáneo suyo. (2)»

Los empiricos habian escrito un gran número de obras que se han perdido y solo sabemos algo de su doctrina por lo que han dicho otros escritores de otras sectas, circunstancia que nos autoriza á pensar que no la hayan espuesto con claridad y buena fé. Estos sectarios se remontaban á la infancia del arte, referian como habian sido tratados los primeros enfermos y de allí deducian el camino que habia que seguir para que adelantara la ciencia. He aquí como, segun Celso, discurrían. Entre el número de enfermos que al principio se pasaban sin médicos, hubo unos ator-

(1) *Acutorun*, Lib. I. cap. XVII. — *Ibidem*, Lib. II. cap. IX.

(2) *Galeno* comentarios ó libro de las articulaciones de la coleccion hipocrática 3. — *Ibidem*. De la composicion de los medicamentos por géneros, Lib. IV. cap. VII.

mentados por el hambre, que querían comer; otros, al contrario, disgustados, no han querido tomar nada y se han encontrado mejor que los primeros, algunos han comido antes de la fiebre, otros durante ella y otros al fin, aliviándose los últimos; los primeros han comido mucho, los segundos poco; los que mas han comido se han sentido peor que los que menos. Esto, que sucedía todos los días, hizo que algunos observadores fijaran su atención y conocieran lo que aprovechaba ó dañaba á los pacientes. De aquí nació la medicina; á fuerza de ensayos hechos con los enfermos, unas veces con buen resultado, otras con malo, ha aprendido á distinguir las cosas dañosas de las que no lo son. Una vez en posesion de los remedios, los hombres principiaron á ocuparse de la manera como obraban. (1)

Si comparamos este pasaje con los del libro de la *Medicina antigua* que hemos citado antes, se verá que hay entre ellos una perfecta conformidad. Mas tarde tendremos ocasión de señalar otras analogías entre la doctrina de este libro hipocrático y el sistema de los empíricos.

Tres son las bases en que fundan los empíricos su doctrina: 1.^a la observacion personal llamada tambien *autopsia*; 2.^a la lectura de las observaciones recogidas por otros prácticos ó la *historia*, 3.^a y última las inducciones que se sacaban de la autopsia y la historia y que servian para descubrir cosas ignoradas entonces, pero que se habian observado antes. A este último medio de averiguar la verdad daban el nombre de *epilogismo*, ó *razonamiento consecutivo*; otras veces le llamaron *analogismo* porque se apoyaba en analogías ó semejanzas de las cosas observadas. Estos tres orígenes de la instruccion médica; la *autopsia* ó observacion personal; la *historia* y el *epilogismo* ó *analogismo*, forman el *tripode* de la doctrina empírica.

De la autopsia. Los empíricos habian comprendido todo el valor de esta máxima de Hipócrates: *la experiencia es engañosa*; y por esos tomaban las mas minuciosas precauciones para evitar todo motivo de error á que parece estar sugeto este modo de adquisicion, el primero de todos y el verdadero fundamento del arte médico. Querian que una enfermedad se estudiará muchas veces en individuos de diferentes edades y condiciones sociales y orgánicas desde su principio hasta su fin, desde su estado mas sencillo hasta el mas grave y complicado, y que se anotara cuales de estas condiciones favorecen, retardan ó impiden su desarrollo, para despues hacer la autopsia. Tambien querian que se empleara un

(1) Ceiso traduccion de Ninnin, Lib. I. cap. I.

gran número de veces un mismo tratamiento en una misma enfermedad y en circunstancias bien determinadas, para que pudiera conocerse su valor en casos semejantes. No confundían el síntoma con la enfermedad; llamaban síntoma á un fenómeno aislado ó visto separadamente, tal como el dolor, la hinchazon, la coloracion, la tós y la dificultad de respirar. Daban el nombre de enfermedad á un conjunto de síntomas ó mas bien, á un concurso de accidentes patológicos no fortuitos, sinó necesarios ó que se presentaban casi siempre del mismo modo. Aunque habian desterrado de su patología lo que los dogmáticos llamaban fenómeno esencial ó constitutivo, causa inmediata ó próxima de las enfermedades no creian por esto que todos los síntomas tubieran el mismo valor y la misma significacion. Median la importancia de un síntoma, no por su pretendida esencia, que nada hay que la revele, sinó por circunstancias sensibles que todo el mundo puede apreciar: así es, que el que persistia durante una enfermedad, les parecia merecer mas atencion que el que duraba menos; el que atacaba á la vida misma ó que anunciaba una grave perturbacion en un órgano importante era á sus ojos mas peligroso que aquel que solo lo hacia á funciones secundarias ó indicaba una alteracion superficial. Pero por trascendental que fuera un síntoma, no le concedían un valor absoluto y esclusivo, sinó que le unian á los demás para apreciarlos en conjunto. Así es que, mientras habia médicos que daban una importancia exagerada al pulso, á las orinas, á otras deyecciones ó al estado de la piel para el conocimiento de ciertos males; decian que era necesario tener presente hasta donde fuera posible, todas las circunstancias y explorar en cada enfermedad, no solo el órgano ó la funcion especial afectada, sinó tambien todas las funciones, todos los órganos, ó al menos los mas principales. Querían que se anotase el momento en que aparecen y desaparecen los síntomas, el órden con que lo hacen, su marcha, en una palabra, todas sus relaciones; sin olvidar las condiciones de edad, sexo, hábito, constitucion, clima, estacion etc.

El Médico que habia observado muchas veces la misma enfermedad desde su principio hasta su terminacion, y que conservaba un recuerdo fiel de sus síntomas, de su marcha, de sus complicaciones mas comunes y de los medios empleados para curarla, este médico poseia un *teorema*. El que conservaba el recuerdo de un gran número de teoremas poseia la esperiencia ó habilidad práctica. Así la autopsia ó observacion clinica repetida producía un teorema; la reunion de un gran número de estos, la esperiencia; es decir, la verdad en medicina.

Un teorema empírico no era más que una pintura exacta de todos los fenómenos ostensibles de una enfermedad colocados según la importancia y el orden con que se presentaban, con la indicación de sus variedades y el tratamiento que les convenia, ya separadamente, ya á todos juntos. A cada uno le daban un nombre especial que era como el símbolo ó compendio de todos los síntomas de que se compone. Este nombre se derivaba; unas veces, de la parte principalmente afectada; otras del predominio de sus síntomas; otras de alguna analogía con algun objeto extraño; tal sucedia, cuando por la palabra pulmonía designaban un conjunto de síntomas que tienen su asiento en los pulmones, con la palabra gastritis otros que se derivaban del estómago etc.; con las palabras ictericia, mania, un síntoma culminante; con las palabras cancer, elefantiasis etc.; la analogía con otro cuerpo extraño al organismo. Se ve, pues, que los empíricos daban poco valor al nombre de una enfermedad, porque por él, decian, no se viene en conocimiento de su esencia, sinó de un conjunto de síntomas; lo esencial, para ellos, era que se describieran con exactitud estos, marcando el orden de su sucesion y despues sus irregularidades y complicaciones.

De la historia. La segunda fuente de verdad médica para los empíricos es la *historia*, es decir, el conocimiento de los hechos clínicos consignados en los libros. Con su auxilio disfrutamos de la esperiencia de los demás, rectificamos nuestras propias observaciones y llenamos un vacío; podemos en una palabra, adquirir en poco tiempo mas conocimientos y práctica que si pasáramos toda nuestra vida en recoger notas á la cabecera de los enfermos, porque es imposible que un hombre solo vea por sí todos los males, aprecie su diversidad y sus frecuentes cambios, estudie los efectos de los remedios empleados en cada caso y guarde con fidelidad en su memoria ó en sus notas los datos de tantas cosas, aun cuando viviera muchos años y tuviera bastante paciencia para emprender un trabajo tan largo y tan complicado. Sin la historia la esperiencia de los que nos han sucedido y la nuestra no tendria valor alguno para la ciencia, seria como si no existiera. Entonces la medicina, en lugar de adelantar, permaneceria estacionaria ó progresaria muy poco.

Pero para sacar todo el partido de este manantial de instruccion, es preciso hacer un buen uso de él y no admitir mas que los hechos que reúnan caracteres suficientes de verdad. Ahora bien, estos pueden reducirse á los siguientes: 1.º la reputacion de un autor: esta es una cosa muy esencial que hay que tener presente. Los escritos de un médico co-

nocido y reputado se leen con avidez como sucede con los de Hipócrates que pasa por observador atento y escritor veraz, mientras que se siente lo contrario con los de Andreas, cuya exactitud y sinceridad se ponen duda. 2.º Que sean varios los observadores de épocas y países distintos que refieran lo mismo y con idénticas circunstancias. 3.º Que lo observado por otros esté acorde con nuestras propias observaciones. Así pues, antes de creer lo que un autor dice, quieren los empíricos que se someta su doctrina á un examen crítico severo, para apreciar despues su valor en proporeion al grado de certidumbre que presenta. La historia ilustrada de esta manera, llegará á ser para el práctico un guia seguro y un repertorio de grande utilidad.

Del epilógismo ó analogismo. Puede acontecer que se tenga que tratar una enfermedad nueva ó que no haya sido descrita á pesar de conocerla, y entonces ni la autopsia, ni la historia, nos ofrecen modelos que imitar. Puede tambien suceder que se tenga que tratar otra bien conocida, y sin embargo, no tengamos á nuestra disposicion los remedios indicados para combatirla; entonces serán mas insuficientes aun la autopsia y la historia. En ambos casos hay que valerse del raciocinio y guiarse por la analogía. Si se trata, por ejemplo, de una enfermedad no observada ni descrita todavía por los autores; buscad, dicen, los empíricos, entre los hechos clínicos propios ó ajenos aquellos que mas se parezcan á la que veis y curazla de la misma manera. Así el tratamiento que se haya empleado con éxito para una erisipela, podrá emplearse para tratar otras enfermedades de la piel análogas á ella; así un remedio que haya curado un reumatismo de la pierna curará muy probablemente uno de un brazo. Si queremos sustituir un remedio conocido pero que no está á nuestra disposicion, con otro equivalente; buscad, dicen, entre las sustancias de que podeis disponer aquella que presente mayores analogías con la conocida; podeis, pues, sustituir el jugo de nispero con el de membrillo cuando tengais que combatir un flujo celiaco, el cocimiento de simiente de lino que es suave y mucilaginoso, con el de raiz de malvavisco que es el que mas se le parece.

Mas ejemplos de epilógismo ó analogismo. Si un enfermo tiene dolores en la region hipogástrica, unas veces muy vivos, otras menos, que aparecen á intervalos regulares y que desaparecen algunas veces por completo; si estos dolores se aumentan andando y especialmente por la equitacion, si el mismo enfermo sufre frecuentes interrupciones al arrojar la orina, rápidas unas, mas ó menos lentas otras; si

una sonda metálica introducida por la uretra hasta la vejiga hace percibir á lo largo de este conducto una sensación de roce contra un cuerpo duro y rugoso; tal concurso de circunstancias autorizará al profesor á pensar que un cálculo vexical es la causa probable de todos los síntomas citados. Del mismo modo si se ven en la cabeza de un hombre que se ha vuelto loco accidentalmente, cicatrices con hundimiento de los huesos; es permitido conjeturar que una herida de la misma region es la causa ocasional de la manía. En fin, si un individuo que hubiere sido mordido por un perro, al parecer, sano; aun cuando la herida no presente caracter alguno particular; será prudente tratarla como si estuviera envenenada, porque la esperiencia nos enseña que la mordedura de un perro rabioso se parece en un todo á la de un sano, y en la duda, es mucho mejor tomar el partido mas seguro.

Definiciones de los empíricos. Estos médicos rechazaban absolutamente las causas latentes y las propiedades llamadas esenciales, elementales ó primitivas, y por consecuencia no podían admitir las definiciones de los dogmáticos, las cuales para la mayor parte están basadas en la pretendida esencia de las cosas ó en su causa próxima y oculta. Las reemplazaban con simples descripciones llamadas *hipotiposis*, que consisten en la enumeracion sucinta de las cualidades sensibles de los objetos. Definían la fiebre una afeccion que se manifiesta por un movimiento acelerado del pulso, aumento de calor, acompañado con frecuencia de sed, diferenciándose en esto de Galeno, que decía que, era un calor contranatural que tenia su asiento en el corazon; de Asclepiades, para quien era un movimiento acelerado de la sangre ocasionado por la obstruccion de los poros; de Erasistrato, una afeccion originada por el paso de la sangre de las venas á las arterias. Los empíricos decían que un hombre está bueno cuando sus funciones se desempeñan con regularidad, mientras que Galeno hacía consistir la salud en el justo temperamento de las cualidades elementales, en la exacta proporcion, número y situacion de las partes compuestas y en la perfecta mezcla de los humores.

Escolio. A propósito de estas definiciones haré notar que la doctrina de los antiguos empíricos se aproxima singularmente á la de los sensualistas modernos. Los empíricos rechazaban las causas ocultas, las propiedades llamadas esenciales ó primitivas, negaban que podamos conocer la naturaleza íntima de las cosas, es decir, las cosas mismas. Pretendían que solo podemos saber sus relaciones entre sí y con nosotros mismos, porque estas relaciones son sensaciones; y que todos nuestros

conocimientos vienen de los sentidos. Querían que nuestros juicios y nuestros razonamientos en medicina no traspasaran jamás los límites de estos órganos. En fin, reemplazaban las definiciones con simples descripciones, ni mas ni menos que lo hacen nuestros sensualistas de hoy. (1)

Anatomía y Fisiología. A los empíricos se les censura haber hecho poco caso de estas dos ramas de la ciencia de la vida, censura que á muchos parece exagerada, puesto que no negaban de una manera absoluta su utilidad, sino que las consideraban como accesorias, posponiéndolas á la observacion clinica. Es difícil averiguar lo que hay de verdad en este punto, puesto que lo poco que sabemos de su manera de pensar se lo debemos á sus adversarios. Parece poco verosímil que los discípulos de los dos mas grandes anatómicos de la antigüedad hayan negado la importancia de los descubrimientos de sus maestros; mas sea de esto lo que quiera, si los jefes de esta secta han cometido esa heregía médica, son tanto mas culpables, cuanto que está en abierta contradiccion con el principio fundamental de su doctrina. No es posible que filósofos que hacían derivar todas sus ideas de las sensaciones, hayan desdeñado el estudio de la anatomía, la única de las ramas de la medicina que nada ó casi nada tiene que ver con el raciocinio, y que por el contrario debe todos sus adelantos á la observacion. Por otra parte, todos sabemos la necesidad de los conocimientos anatómicos para ejercer dignamente la cirugía.

Alguna mas excusa merecen el haber desdeñado á la fisiología, porque en su tiempo esta rama del arte se componia por lo general de difusas disertaciones sobre el principio de la vida, sobre los elementos que entraban en la composicion del organismo, sobre la causa primera de la generacion y un gran número de cuestiones envueltas en el misterio. Pero al lado de esta fisiología trascendental y oscura, se levantaba otra menos ambiciosa, que siguiendo paso á paso los adelantos de la anatomía, se limitaba á describir las funciones de los órganos y trazar su forma, situacion y contestura. Esta fisiología que se distingue con el nombre de orgánica para diferenciarla de la otra, es utilísima, y aun creo que indispensable al patólogo y al práctico.

Terapéutica. Llevamos dicho que en los siglos mas remotos no se conocía axioma alguno de terapéutica. Cuando un tratamiento habia dado buen resultado en ciertas enfermedades, volvía á emplearse en

(1) Véase el *Arte de pensar de Condillac*. 1.^a parte, cap. VIII y X.

otros análogos, sin entretenerse en indagar en virtud de que principio obraba. La conducta de los que entonces egercian la medicina era puramente instintiva; pero reflexionando un poco, se verá que este instinto tiene por fundamento un axioma infalible que ya hemos mencionado antes y que es oportuno mencionar otra vez aquí. «*Toda medicacion que ha curado una enfermedad, curará otras análogas á la primera.*» (1)

Este axioma no tiene necesidad de demostracion, su evidencia le hace igual á uno de matemáticas. Sin embargo, Hipócrates y sus discipulos creyeron deber sustituirle con otro, no tan cierto, pero de aplicacion mas fácil en la ciencia. En consecuencia, proclamaron el principio siguiente que fué adoptado casi por unanimidad y que invocan todavia hoy muchos médicos: «*Las enfermedades se curan por sus contrarios.*» Verdad es que hemos mencionado antes dos libros de la coleccion hipocrática, cuyos autores, sin contradecir este axioma, niegan que sea aplicable á todos los casos de curacion. Estos afirman que ciertas enfermedades han sido curadas, unas veces, por sus semejantes y otras por remedios que no parecen, ni semejantes ni contrarios á la naturaleza de la enfermedad. (2)

Los empíricos fueron mas lejos; dijeron que siendo desconocida la naturaleza íntima de las enfermedades así como sus causas tambien íntimas, era imposible descubrir la razon de casualidad entre esta naturaleza y estas causas y el modo de obrar de un remedio cualquiera. Decian que la sangría curaba ciertas inflamaciones y exasperaba otras; eso nos enseña la esperiencia, ¿pero quien hubiera podido preveer este resultado? Que relacion hay entre la sustraccion de la sangre y la resolucion de una inflamacion? Una pequeña dosis de opio hace las mas veces dormir y una grande produce insomnio. ¿Qué oposicion hay entre estas dos cantidades tan desiguales de una misma sustancia para que produzcan efectos tan opuestos? El vino bebido con exceso produce un letargo á ciertos individuos y á otros ocasiona un delirio furioso. ¿Es porque es semejante á la naturaleza de los primeros y contrario á la de los segundos, ó viceversa?

Los que pretenden que es preciso conocer la esencia de una enfermedad antes de tratarla, deberian, al menos, ponerse de acuerdo para ver en que consiste esta esencia. Sin embargo, si se pregunta á alguno

(1) Véase el periodo místico, Artículo *Terapéutica*.

(2) *Obras de Hipócrates*. Trad. de Mr. Littré, t. I.—*Tratado de la medicina antigua* desde el § 10 al 30 inclusive.—*Tratado de los lugares en el hombre*, § 67, 68, 69 y 70.

Nota. Todos los Médicos conocen este aforismo: *Un vomitivo cura algunas veces el vómito*

de estos médicos en qué consiste la naturaleza de un flemon, uno os dirá que es un tumor originado por el calor escesivo de la sangre, otro por la acritud de la bilis; un tercero por la constricción de los poros, y un cuarto por la extravasacion de la sangre etc.; y si aguardamos á que se pongan de acuerdo, cosa que puede no llegar á suceder; ¿qué camino habrá que tomar para tratar un tumor de esta especie? Es seguro que no habrá otro que la esperiencia; la esperiencia que es la única que nos enseña la conducta que debemos seguir en casos tales. Todo lo que se puede decir de un tratamiento que ha sido eficaz contra una enfermedad, es que lo será igualmente en lo sucesivo, si se le emplea en idénticas circunstancias; por eso lo mas esencial, lo mas importante en estos casos para precisar lo mas posible las indicaciones curativas es observar y describir bien los fenómenos patológicos. Como los médicos de aquella misma época, no obstante la divergencia de sus teorías, empleaban poco mas ó menos los mismos remedios; los empíricos concluían diciendo que se conducian todos segun la esperiencia, que varia poco, mientras que las esplicaciones teóricas se contradicen á cada paso.

Corolario. Por lo demás la cuestion que ahora debatimos es de las mas interesantes y espinosas de la medicina. Constituye el fundamento de la terapéutica, ha sido objeto en diferentes épocas de grandes debates que tendremos que mencionar muchas veces en el curso de esta historia, con especialidad cuando hablemos de las teorías modernas. Como todavía no ha llegado el momento de discutir á fondo, me anticiparé á decir que una enfermedad no es siempre el resultado de una sola y única influencia. Tomemos, por ejemplo, muchos sugetos heridos de la misma manera por un instrumento cortante y en un mismo punto del cuerpo. Tendremos, pues, aquí una enfermedad muy sencilla, y sin embargo, es casi seguro que no llevará en todos igual marcha á causa de las condiciones individuales diferentes en cada uno de ellos. Así pues, en los casos mas sencillos, una enfermedad está sujeta á muchas influencias simultáneas y sucesivas, de suerte que se la puede considerar como una resultante de muchas fuerzas. Ahora bien, para neutralizar los malos efectos de esta resultante, no es necesario aniquilarla siempre oponiéndola una fuerza opuesta y de una energía igual ó superior; se concibe que basta las mas veces moderar su intensidad ó modificar una sola ó algunas de sus partes componentes.

Origen del empirismo filosófico ó razonado. Algunos autores creen que el empirismo es una deducción de la doctrina escéptica ó

pirrónica. Galeno opina así, cuando aconseja á un médico empirico imitar la conducta modesta de un filósofo pirrónico: ser, como este, sencillo, afable y nada ambicioso, amigo de propagar su doctrina, mas bien mediante una práctica hábil y afortunada, que no con largos discursos. (1)

Curt Sprengel es del mismo parecer que Galeno y asegura que el empirismo en medicina es una consecuencia, una séqúela del escepticismo filosófico. (2) Sin embargo Sesto Empirico médico filósofo que vivia al principio del siglo III. de nuestra era y que ha dejado una esplicacion apologetica de la doctrina de Pirron niega semejante analogía entre esta doctrina y el empirismo como muchos han llegado á comprender. (3)

Esta divergencia me obliga á echar una ojeada comparativa á los dos sistemas. 1.º El filósofo pirrónico duda de todo; para él, hay motivos iguales para admitir ó desechar todas las cuestiones; el empirico rechaza todas las esplicaciones que no se deriven inmediatamente de los sentidos, pero admite la certidumbre de los hechos, las verdades de observacion. 2.º El filósofo pirrónico reconoce que hay sensaciones que nos agradan y otras que nos repugnan; conviene por ejemplo, que la miel es dulce y que el dolor nos incomoda; pero si se le pregunta en que consiste la dulzura de esta miel y la incomodidad del dolor, confiesa con toda ingenuidad que no lo sabe: el empirico está, en esto, de acuerdo con el pirrónico, confiesa á su vez que ignora la esencia de las cosas; dice además, que es imposible conocerla, porque está fuera del alcance de los sentidos; lo contrario de lo que sucede á un dogmático que no titubea en dar una esplicacion de esta esencia. Este os dirá que el dolor proviene de la disgregacion de los elementos (4) que el sabor dulce es producido por la mezcla prudente de lo cálido y lo frío, lo seco y lo húmedo. (5) 3.º El pirrónico es indolente por temperamento, jamás ve motivo suficiente para decidirse en uno á otro sentido, en medicina la espectacion es su regla práctica: el empirico es todo lo contrario, obra con actividad porque está convencido de la verdad de su arte que el cree producto de muchas y repetidas observaciones clínicas.

(1) *De la subfiguración empirica*, cap. VIII.

(2) *Historia de la medicina*. Trad. por A. J. L. Jourdan. sec. 4.ª cap. IV. Paris 1815, tomo I. pág. 469 y siguientes.

(3) *Text, Empir, Pirron, Hipotyp*, Lib. I. cap. XXXIV.

(4) *Hipócrates y Galeno*.

(5) *Galeno*.

Este ligero paralelo de ambas doctrinas prueba que si hay entre ellas alguna semejanza, también hay radicales diferencias que impiden considerarlas como producto de un mismo origen. Por otra parte, siguiendo con atención las fases de esta historia, se advierte que el empirismo tiene un origen puramente médico: en efecto, hemos visto á los primitivos médicos seguir instintivamente este sistema; mas tarde Acrón de Agrigento, contemporáneo de Pitágoras, afirma que la experiencia es el único fundamento del arte de curar. El mismo Hipócrates al esforzarse en referir su doctrina á los dogmas pitagóricos, proclama en muchas partes la superioridad de la práctica sobre la teoría y en sus historias clínicas se muestra mas celoso de relatar con fidelidad los hechos que de justificarlos con esplicaciones. Doctrina fué esta que inspiró al principio grandísima confianza, pero que poco á poco se fué perdiendo á causa de los rudos golpes que sufrieron algunos de sus principios con los grandes adelantos que hicieron la anatomía y la fisiología en los dos primeros siglos de la Escuela de Alejandría. Entonces se echaron á volar una multitud de esplicaciones antipáticas las unas á las otras para darse cuenta de las funciones orgánicas. En medio de esta anarquía, los prácticos prudentes á quienes la experiencia ponía de manifiesto todos los días la utilidad de ciertos remedios, se dedicaron á buscar en esta misma experiencia una arma contra las variaciones incessantes de los dogmáticos y la incertidumbre estéril de los empiricos.

A preguntarnos ahora á que doctrina filosófica se puede referir el empirismo médico, diremos que á la sensualista; doctrina que fundó Aristóteles, pero que luego la abandonó al instante para trazar las reglas de la metafísica y de la lógica del racionalismo. En efecto, este filósofo engañado por una observacion superficial, afirma que las ideas generales son las primeras que se forman en nuestra inteligencia por el intermedio de los sentidos y que ellas constituyen el principio de todas las ciencias. Al contrario, los filósofos modernos han demostrado que las sensaciones producen solo ideas particulares y que las generales se forman las últimas, mediante una operacion intelectual que llaman *abstraccion*, de lo que deducen que lejos de ser la base del edificio científico, son solo su techumbre, su coronamiento.

Los empiricos adoptaron la doctrina espuesta por el filósofo de Stagira, (1) pero en lugar de estraviarse como él al buscar desde luego las

(1) En un pasage citado antes, Aristóteles dice formalmente que las sensaciones engendran las ideas y la memoria de donde se origina la experiencia, madre comun de las ciencias y las artes.

generalidades de la ciencia, malamente llamados principios; se limitaron á recoger con esmero los hechos y á describirlos con exactitud, á fin de deducir de ellos reglas prácticas. Crearon, pues, los verdaderos fundamentos del arte, pero por no haber sabido elevarse hasta las generalidades mas abstractas, hasta los axiomas mas universales; dejaron su obra imperfecta y ni aun siquiera indicaron á sus sucesores el objeto final al cual deberían dirigir sus esfuerzos.

Progresos del empirismo. La doctrina empírica se propagó con rapidéz; ya hemos citado los nombres de tres autores célebres que la profesaban en la época de su fundacion. Galeno nombra un gran número de empíricos que escribieron mucho, pero que sus obras se han perdido para nosotros. Parece que en tiempos de este escritor todavía no se consideraba injuriosa la calificacion de empírico, porque se glorian de serlo hombres muy respetables; habla bien de ellos, al paso que desprecia á los metodistas. Mas de una vez confiesa, al combatir el empirismo, que sus razones le convencen. (1) Ya hemos visto que el metodista Celio Aureliano se ocupa de alguno de ellos en términos muy lisonjeros; en fin, el eclético Celso los juzga todavía mas ventajosamente.

Los modernos que se han tomado el trabajo de profundizar las doctrinas antiguas, se han admirado del buen orden del sistema empírico. Citaré, entre otros, á los historiadores Daniel Leclerc y Curt Sprengel. Este último se espresa en estos términos en un pasaje, que no es el único, donde hace el elogio del empirismo. «Veo en todos sus principios las pruebas mas patentes de la gran sagacidad y excelente juicio de los antiguos empíricos. Es verdad que estaban mas animados del verdadero génio de la medicina que la mayor parte de sus predecesores (los dogmáticos) dedicados á teorizar sin fruto. (2)»

Las circunstancias en medio de las cuales se proclamó el empirismo eran las mas á propósito para que se propagara; las teorías médicas habian caído en una espantosa confusion, todos los principios, todos los métodos, todas las opiniones se habian puesto en litigio. Los recientes descubrimientos anatómicos, la introduccion en la práctica de un grán número de medicamentos nuevos cuyas propiedades todavía no estaban bien estudiadas, el furor cada vez mas creciente de las disputas filosóficas, todo esto habia quebrantado los antiguos dogmas sin susti-

(1) Galeno. *De la subfiguracion empírica*, cap. XIII y siguientes.

(2) *História de la medicina*, Trad. de Mr. Jourdan, sec. 4.^a, cap. IV. T. I. pág. 476.

tuirlos con otros mejores, con algo que mereciese el asentimiento general. En medio de semejante confusión, debería ser acogida con entusiasmo por los médicos, á quienes la esperiencia de todos los dias les pone de manifesto la inutilidad de la dialéctica para los adelantos de la ciencia, cualquier doctrina que pusiera término á las incesantes variaciones del dogmatismo, á la incertidumbre estéril del escepticismo, que solo se apoya en el conocimiento de los hechos.

Decadencia del sistema de los empíricos. Poco se tardó en conocer que el empirismo, aunque fundado en la observacion pura no había hecho cesar las disidencias de opiniones ni las incertidumbres, porque si el racionalismo que procede de lo general á lo particular, está sugeto á decepciones; el sensualismo ó el método experimental que va de lo particular á lo general tiene tambien sus dudas. Por otra parte, los antiguos empíricos al fijarse en las cosas, sin hacer esfuerzos para remontarse al conocimiento de los principios primordiales, ó por mejor decir, á los axiomas; se parecian á los obreros que se interrumpen ó cesan á la mitad de la construccion de un edificio. En fin la mayor falta del empirismo, al decir de los antiguos, era el que no se habia afiliado á ninguna secta filosófica entonces conocida. Doctrina semejante habia podido seducir á los prácticos por su aparente sencillez, pero no puede satisfacer á las inteligencias especulativas; carece, pues, de las condiciones requeridas por el mundo sábio de nuestros dias. Así fué tan estrepitosa su caída, así el nombre de empírico ha llegado á ser sinónimo de ignorante. Sin embargo pronto le veremos rechazar con orgullo tanta humillacion, y aspirar, aunque temerariamente, á dominar todas las ciencias bajo el nombre de método experimental, cuando los trabajos de Bacon, Locke y Condillac hayan desembrollado un poco su metafisica.

ARTICULO III.

Del metodismo.

Los empíricos habían podido arrastrar los ánimos inclinados á la práctica, y por espacio de cerca de siglo y medio hicieron grandes esfuerzos para dar á la medicina sólidas bases fundadas en sus principios. Habían recogido muchas observaciones clinicas con todo el esmero posible, trazado verdaderas historias de cada especie de enfermedad con la indicacion de los remedios que para curarlas habían dado mejores resultados. Tenian mucho gusto en multiplicar estas descripciones

modelos ó *paradigmas*. Con frecuencia se presentaban en la práctica nuevos casos que daban lugar á la formacion de nuevos teoremas, porque, en esta doctrina, cada grupo de síntomas no descrito todavía por los autores, estaba obligado á representar una nueva enfermedad. De esta manera las especies morbosas se iban multiplicando hasta el infinito, se volvía á caer en el mismo defecto que Hipócrates habia echado en cara á los Cnidianos, defecto que trae en pos de sí la confusion, en tanto que no se reúnen las especies afines en un solo grupo llamado género, y los géneros análogos en otro grupo superior á ellos; es decir, en tanto que no se remonta de las generalidades secundarias á las mas elevadas. Así el empirismo puro tal como lo habian concebido sus fundadores no podía prestar servicio alguno á la ciencia, porque despues de haber echado los primeros sus cimientos, no han sabido continuarlos ni perfeccionarlos los que les han sucedido.

En este intermedio, apareció en Roma un retórico de talento despejado y fácil palabra, mas versado en la lectura de los filósofos y gramáticos que en los libros de medicina, con la intencion de enseñar allí retórica. Este era *Asclepiades de Prusa* en Bytinia. Pronto se hizo amigo de los mas célebres personajes de la república romana, profesó por algun tiempo la elocuencia y adquirió gran fama en su arte sobre ciento cincuenta años antes de Jesucristo. Ciceron fué su amigo. Sin embargo abandonó la literatura para ejercer la medicina, y desde el principio rechazó todo camino conocido y se empeñó en seguir otro nuevo. Al efecto, empapado en la doctrina sensual de los Epicureos en moda entonces entre la aristocracia romana, publicó una teoría que al mérito de la novedad unia la circunstancia de estar conforme con las ideas filosóficas reinantes. Consecuente con los dogmas de Demócrito y Epicuro, Asclepiades dice que los principios de los cuerpos son eternos inmutables, indivisibles, impalpables y solo perceptibles á la razon; principios que carecen por sí de cualidades propias, que están dotados de diversas figuras y de un movimiento continuo, á los que dá el nombre de *átomos*, Todos los fenómenos del universo, todas las cosas son debidas á este movimiento y á sus combinaciones casuales.

Cuando se pregunta á este novador como es que los cuerpos están dotados de propiedades, siendo así que los elementos que los consti tuyen carecen de ellas, responde que estas dependen del modo y manera con que se verifica la agregacion de los átomos. La plata en barras es blanca, reducida á polvo parece negra; al contrario, el cuerno de ciervo es negro en masa y en polvo, blanco.

Pasando de la física á la fisiología, Asclepiades dice, que el cuerpo humano está formado de tejidos permeables, es decir, llenos de agujeros imperceptibles que los dá el nombre de *poros*; al través de los que pasan y repasan los átomos de diversas figuras y volúmenes, átomos que en su paso continuó y espontáneo por los poros, producen todas las funciones fisiológicas y patológicas; las secreciones, la sensibilidad el dolor etc. Según él, la salud depende de la exacta proporción de la figura y volúmen de los átomos con los poros; la enfermedad de la falta de estas condiciones. Por lo demás se burlaba de la teoría de un principio motor de la economía dotado de instinto velando por la conservación de las partes y del conjunto, y de la de Hipócrates sobre la coccion, las crisis y los días críticos: nada esperaba de los esfuerzos de la naturaleza; toda su confianza para curar algun mal la tenia en la pericia del Profesor. A la terapéutica prudente del anciano griego la llamaba una *meditacion sobre la muerte*.

Si las esplicaciones fisiológicas de Asclepiades no eran las mas á propósito para llamar la atencion de los buenos talentos y sobre todo de los médicos dedicados á la práctica, en cambio sus ideas terapéuticas gustaban mucho á los enfermos. Su objeto primordial en el tratamiento de una enfermedad consistía en dar mayor amplitud á los poros cuando estos estaban estrechados por la constricción de los tejidos, ó de hacer que se estrecharán cuando estaban muy abiertos. Para conseguirlo, aconsejaba emplear remedios seguros, pronto y agradables, consecuencia de lo que rechazaba todo aquello que le parecia violento, como los vomitivos, los purgantes drásticos, las incisiones, los cauterios; rara vez apelaba á la sangría y no toleraba mas que alguna que otra operación quirúrgica. Sus remedios favoritos los sacaba de la higiene; paseos á pié, á caballo, en litera, en barco, fricciones de diversa manera dadas; vino, puro unas veces, mezclado otras con ciertas preparaciones; etc. No hay duda que estos medios son muy útiles en muchos casos; empleados á propósito y en concurrencia con otros, prestan grandes servicios, sobre todo en las enfermedades crónicas y en las convalecencias. Pero reducir á esto solo los auxilios médicos, privarse por un capricho de otros muchos de mayor poder, es tener mas gana de suscribir á las exigencias de los enfermos, de captarse su voluntad, que de curarlos. Atento mas el Bytinio al éxito del momento que á una gloria sólida, no obtuvo, á pesar de su talento, mas que una celebridad efímera. Esta acabó cuando su vida.

Temison de Ladoicea, discípulo de Asclepiades, imbuido en las

ideas de su maestro sentó los verdaderos principios del metodismo. Dividió, como él, las enfermedades en dos grandes clases; *agudas y crónicas*: cada una de estas en tres géneros, el *constrictivo*, el *relajante* y el *misto*. Después fundó la distincion de estos géneros, no en la consideracion de las cualidades ocultas, como los dogmáticos; ni en la no menos hipotética del estado de los poros, como su maestro; sino en los caracteres ostensibles observados en los enfermos. A estos caracteres sensibles los llama *comunidades* cuando son comunes á las enfermedades de un mismo género, y *conveniencias* cuando solo hay entre ellos semejanzas. Las comunidades del primer género son; la hinchazon, la tension, la dureza de las partes, la supresion parcial ó total de alguna evacuacion natural; todo aquello, en fin, que anuncia una constriccion de los tejidos. Las del segundo son; el reblandecimiento de los tejidos, la disminucion del volúmen del cuerpo ó de alguna de sus partes, el aumento de las evacuaciones ordinarias ó la presentacion de alguna nueva. Las del tercero, las que son debidas á la mezcla de las dos primeras. Temison era ya viejo cuando publicó su plan de reforma, pero se ignora qué grado de perfeccion le hizo alcanzar. Solo se sabe que *Tésalo de Tralles* y *Sorano de Efeso* hicieron en él cambios y adiciones, pero sin que sepamos cuál es la parte que corresponde á cada uno de estos autores en la creacion del sistema de los metodistas. Celio Aureliano habla de ellos en su obra, y de ella hemos sacado casi todos estos datos referentes al metodismo.

En el primer género ó sea el constrictivo; colocaba, entre otras enfermedades agudas; la apoplejía, las anginas, el letargo, las convulsiones, el ileo, la rabia, etc.: y entre otras crónicas; el dolor de cabeza, los vértigos, la epilepsia, la manía, la ictericia, la amenorrea, la polisarcia, etc. En el segundo; la pasion cardiaca, el cólera, la hematemesis, etc.: en el tercero, en fin; la pulmonía, la pleuresia, el cólico, la disentería, el asma, la parálisis, los catarros, la tisis, etc.

Como se vé, había mucho de arbitrario en esta clasificacion. Los mismos metodistas no estaban de acuerdo en el lugar que debían ocupar algunas enfermedades; unos querían colocar á la hidropesia en el primer género, otros en el segundo; al asma, unos, en el tercero, y otros en el segundo ó en el fluxionario; y así de los demás. Pero el mayor cargo que se puede hacer á la clasificacion de los metodistas, es el haber colocado bajo una misma comunidad enfermedades tan diversas y de separar otras muy análogas entre sí. Sea lo que quiera, lo cierto es que este ensayo de clasificacion patológica fundado en los

caracteres sensibles de las enfermedades y no en las causas ocultas ó imaginarias, era un gran progreso. De esta clasificacion ó reparticion resulta que no hay para los metodistas mas que dos especies de indicaciones que llenar; relajar cuando hay constriccion; constringir cuando hay flujo ó relajacion; y solo dos métodos curativos que admitir llamados por ellos *conveniencias ó comunidades curativas*. Todos los remedios estaban comprendidos en una de estas dos. La sangría, por ejemplo, las ventosas, las cataplasmas emolientes, las bebidas atemperantes templadas y laxantes, los sudoríficos, una suave temperatura, el sueño, el ejercicio continuado hasta producir cansancio, formaban parte de la *conveniencia ó comunidad* de la relajacion ó de los relajantes. La obscuridad, el aire frio, las bebidas aciduladas y frescas, el cocimiento de membrillo, el vino tinto puro ó mezclado, el vinagre, la agua aluminosa formaban parte de la *conveniencia ó comunidad* constrictiva ó de los astringentes. Algunos otros admitian otra tercera que llamaban *profláctica*. Comprendia todos aquellos medios especiales empleados para prevenir ó contener los efectos alterantes de los venenos. Pero los metodistas puros como Aureliano rechazaban esta *conveniencia*, y no querian admitir remedios específicos como tampoco enfermedades de igual índole. Borraban de su materia médica los purgantes, los diuréticos, los emenagogos, los anodinos, los estupefacientes, y solo esceptuaban de esta proscripcion los vomitivos; que daban, no para evacuar la bilis ó la pituita como hacian los dogmáticos y los empíricos, sinó para imprimir al organismo una sacudida capaz de abrir los poros, logrando así cambiar la disposicion general.

En cada enfermedad distinguian tres períodos ó *conveniencias temporales*; el período de invasion ó aumento, el de estado y el de declinacion. Cada una de estas *conveniencias* reclama cuidados especiales y llega á ser motivo de indicaciones curativas. En fin, añadian á estas tres, otra cuartá llamada *quirúrgica* por que comprende todas las operaciones de la Cirujía, las cuales consisten en separar del cuerpo todo aquello que le es estraño ó contra su naturaleza. Esta *conveniencia* la dividian en otras muchas, segun que las cosas extrañas vienen; ó del exterior, como una espina, una flecha etc., ó del interior, como un tumor, un absceso, una escrescencia, una úlcera, un labio leporino, etc.

En virtud de estas consideraciones que se refieren á los síntomas comunes á las enfermedades y á sus *conveniencias* curativas, se creian dispensados los metodistas de toda investigacion ulterior. No hacian caso alguo de las causas ocasionales ó próximas, porque decian que, una

vez que habían producido su efecto, es decir, la enfermedad, su principal deber era curarla; sacando las indicaciones de ella misma, de su naturaleza, de sus caracteres, de su marcha, de sus síntomas y no de circunstancias anteriores que no ejercen ya influencia alguna. Para ellos la naturaleza de los males consistía únicamente en las conveniencias ó en las comunidades: el sitio que ocupaban, la edad del enfermo, sus sus costumbres, el estado de sus fuerzas, de la estacion, del clima era una cosa secundaria ó nula. Decían que estos detalles eran superfluos ó estaban desprovistos de toda importancia para el tratamiento.

Porque segun su sistema, una enfermedad comprendida en el primer género, tal como un tumor inflamatorio, reclama constantemente los mismos auxilios, sea cualquiera el punto que ocupe, sean cualesquiera tambien, la edad del enfermo, la estacion, el clima, etc. y si alguna vez tenian en cuenta el sitio del mal, era con el objeto de aplicar los tópicos mas convenientes.

Los empíricos, queriendo librarse de los errores cometidos por sus predecesores los dogmáticos, al pretender conocer las causas próximas ú ocultas de las enfermedades ó sus principios ó elementos, habían creído que lo mejor era desterrar de la ciencia todas estas generalidades puramente abstractas; y á fin de aproximarse lo mas posible á la verdad fenomenal ó de observacion, formaron tantas especies morbosas como síntomas diferentes, tubieron ocasion de apreciar. De esto resultaron á la larga una multitud de especies que costó mucho trabajo en reconocerlas, trabajo tanto mayor, cuanto que muchas estaban separadas solo por ligeras mudanzas. Para obviar estos inconvenientes, fué preciso reunir en un solo grupo todas las especies análogas y formar géneros, que aunque fueran pocos, pudieran ser apreciados con mas facilidad, mediante caracteres bien marcados. Del conocimiento del género, la inteligencia podria descender con holgura á la determinacion de la especie. Así es como el método filosófico sirve de escudo á la debilidad de nuestro espíritu.

Los metodistas desconocieron el verdadero uso de los grupos de segundo orden, es decir, de los géneros que habían creado. En lugar de servirse de ellos para determinar con mas comodidad las especies, las desecharon como inútiles, y solo se atuvieron á sus conveniencias generales, de suerte que trataban de la misma manera y con los mismos medios, la manía, la ictericia, la amenorrea, etc., enfermedades crónicas correspondientes al primer género, el constrictivo: mientras que por otra parte, la pulmonía, los cólicos, la disentería etc., afecciones agu-

das del género mixto, reclamaban el mismo tratamiento. No habían tenido en cuenta, ni la fuerza medicatriz, ni la coccion, ni las crisis, ni otra multitud de circunstancias que hemos citado muchas veces. En fin hacian todavía menos caso que los empiricos de la anatomía y de la fisiología. Era tan grande su deseo de simplificar la práctica de la medicina que sometian á sus enfermos á un mismo régimen. Les hacian ayunar durante los dos ó tres primeros dias, los tres siguientes les concedian algun alimento, en fin, iban aumentando la cantidad de estos á cada período ternario. Su manía de *uniformacion* en ninguna parte se revela de una manera tan evidente como en el método de tratamiento que llamaban *círculo metasincrítico* ó simplemente *metasincrisis*, del cual echaban mano en las enfermedades rebeldes despues de haber agotado todos los remedios ordinarios. He aquí la descripción de este famoso círculo metasincrítico tal como la describe Celio Aureliano en su tratado de las enfermedades crónicas. (Libro 4.º capítulo 4.º)

«El primer dia se tendrá á dieta al enfermo, al siguiente despues que le hayan paseado en litera, dado una untura y un baño corto, se le dará la tercera parte del pan que tenia costumbre de comer cuando estaba bueno. Comerá tambien carnes saladas y asadas, condimentadas con mostaza, aceitunas verdes aderezadas con sal y otras cosas parecidas, pero se abstendrá de comer puerros, ajos, cebollas y otras ensaladas que fatigan el cerebro. Se le dará á beber vino y se continuará alimentándole así dos ó tres dias, si lo puede soportar; y sinó, se añadirán á los alimentos dichos, sesos ó pescados frescos. Despues otra porcion igual de pan, verduras por tres ó cuatro dias, concluyendo por darle el resto del pan suprimido, pasando así de esta mediana alimentacion, á la que proporciona la carne de gallina. Así se continuará por un número igual de dias hasta concluir por darle tocino. Si el cambio quiere hacerse con mas frecuencia, se pueden hacer cuatro porciones del pan á fin de añadir una cada vez que se cambie de carne, es decir, que se dará una, cuando esté casi á dieta el enfermo; otra, cuando coma gallina; otra, cuando perdiz, y la cuarta cuando el tocino. Mas para que el paciente no llegue á disgustarse con comer una misma cosa muchos dias seguidos, convendrá variarla tantas veces, cuantas sea posible. El primer dia, por ejemplo, que haya empezado á comer lomo, podrá en una comida reemplazarlo con sardinas, en otra con atun. Cuando le toque comer gallina, podrá tambien comer; unas veces, tordos; otras, becafigos; otras, hortelanos ó pichones; y así sucesivamente, todo esto alternando con alguna manzana, porque mas de una

pueden implarle. Cuando tenga que hacer uso del tocino, podrá tambien hacerlo de ensaladas, pero sin cometer esceso alguno. El primer dia que tenga que variar el régimen de alimentos, tendrá mucho cuidado en beber solo agua y darse una untura, los siguientes podrá beber vino y bañarse, pero no todos los dias porque los baños tomados con frecuencia pueden renovar el dolor de cabeza. Deben tambien hacer mas ó menos ejercicio segun su estado.

Una vez terminada esta primera parte de círculo metasincrítico, se pasará á la segunda. En esta se hará vomitar al enfermo, durante cuyo tiempo se suprimirá toda alimentacion fuerte. El primer dia, despues de haberle paseado un poco, se intentará hacerle vomitar con las raices del rábano ó con otras sustancias, si estas faltan. Estas se preparan del modo siguiente: se toma como una libra de corteza de ellas, se la hace pequeños trozos, se la echa en agua dulcificada con miel (hidromel) á la cual se añade un poco de vinagre ordinario ó escilitico. Dispuesta así la corteza, se le dá al enfermo á comer un poco antes de la comida diaria, y á beber poco á poco el licor donde ha estado en infusion. Despues se le hace que se pasee con calma, que descanse, y cuando pasada como una hora, sienta malestar en el vientre, se le dará á beber solo dos vasos de agua tibia por temor de enervar el medicamento, y metiendo los dedos en la boca, se le escita el vómito. Se continúa así hasta que haya arrojado todo lo que hubiera tomado antes. En seguida se le hace tomar una gran cantidad de agua para lavarle el estómago y para estinguir los restos del fuego que el rábano habrá producido. Sobre esto se escita el vómito, vuelve despues á tomar mas agua, se vuelve á hacersela vomitar y así sucesivamente, hasta que salga del estómago tan limpia como cuando entró. Una vez que el enfermo haya concluido de limpiarse, se le ponen fomentos á la cabeza y se le hace enjuagar la boca con agua tibia. Poco despues se debe pasear poco á poco para librar á la cabeza del aturdimiento que le han causado las sacudidas del vómito, á menos que se crea mas oportuno darle fricciones en todo el cuerpo, cosa que produce el mismo efecto que el paseo y procura una traspiracion general y provechosa. Despues se le dan á beber dos vasos de agua caliente y se le mete en la cama ó se le deja que descansa, sin comer ni beber, ni aun dormir en algun tiempo, hasta que se haya calmado la agitacion producida por el remedio. Si mientras está alterado se le deja dormir, entonces se obtendrá un resultado opuesto al que se propone el profesor, porque es sabido que el sueño tiene la propiedad de producir la constriccion. Conviene además que se abstenga de

comer por temor que se corrompa la comida por el calor y aumente la irritacion que queda en el estómago á consecuencia del vómito, además de que algunas veces quedan pequeñas porciones de la corteza del rábano que pudieran mezclarse con los alimentos y corromperlos, lo que daría origen á vapores que suben á la cabeza y aumentarían el mal en vez de disminuirle. Al dia siguiente se bañará y alimentará regularmente, y al cabo de dos ó tres dias se irán empleando los otros medios que completan el círculo comenzado. Si se vé que el enfermo se siente mejor y que tiene intervalos de una calma perfecta despues de haberle hecho repasar el círculo *resontivo ó que dá fuerzas*, se le vuelve á hacer vomitar, y tomar despues alimentos salados (Drimifagia). Por fin se acabará con entereza lo que falte del círculo metasinerítico.»

Termino esta cita, ya demasiado larga, aun cuando no representa ni aun la mitad del círculo citado. Los que deseen conocerle por entero, pueden consultar el original ó bien la *Historia de la Medicina* de Daniel Leclerc, (2.^a parte, Libro 4.^o, Seccion primera, Capítulo 11.) Pero lo que he referido basta para que el lector se convenza que esta série de pruebas algo rudas por las cuales se hace pasar al enfermo, no son, en realidad, mas que un método perturbador ordenado.

Hemos dicho que los fundadores del metodismo desconocieron el verdadero uso de los principios generales que establecieron. En lugar de considerarlos como un progreso, como una perfeccion del empirismo, como un medio de retener clasificados en la memoria los numerosos y precisos detalles que suministraron, los rechazaron: no tuvieron á cada género como una coleccion de especies que importa distinguir, sinó que creyeron que el conocimiento del género dispensaba del conocimiento de las especies. Ignoraban que tanto mas general es una idea, cuanto mas se aleja de la verdad objetiva, de la realidad fenomenal. ¿Y cómo no lo habian de ignorar, cuando el mas grande de los metafísicos de la antigüedad, Aristóteles, había dicho que las primeras ideas que se forman en nuestros sentidos son generales, mientras que dos mil años despues se ha sentado lo contrario, es decir, que son particulares?

La doctrina metódica abreviaba singularmente el estudio de la medicina, hasta el punto que uno de los corifeos de esta secta, *Tésalo de Tralles*, á dicho que podía enseñarse toda ella en seis meses. Nada tiene de extraño que prometiera enseñarla en tan poco tiempo si solo se limitaba á inculcar á sus adaptos algunas nociones superficiales sobre los caracteres mas comunes de las enfermedades y sobre las virtudes de

los medicamentos, ¡pero desgraciados aquellos que confiaran su salud y su vida á estos médicos improvisados! Porque no sabiendo distinguir las ligeras y delicadas diferencias que separan á muchas enfermedades, dejarían escapar el momento oportuno de obrar y prolongarían los sufrimientos de sus enfermos ó acabarían con su vida sin tener escrúpulo alguno de ser ellos los autores de semejante resultado.

Desde que el metodismo apareció en el mundo médico, hizo grandes progresos. Por una parte había muchos dedicados al estudio de la ciencia, deseando concluir su aprendizaje para ponerse á ejercerla lo mas pronto posible y aprovecharse de su saber; por otra, favorecía una inclinacion natural que tiene el espíritu humano hacia las generalizaciones y llenaba una necesidad de la época que el empirismo no había sabido llenar; en fin, pretendía ser un intermediario entre el dogmatismo y el empirismo, porque reunía las ventajas de ambos y ninguno de los inconvenientes. El metodista dice á los dogmáticos: «admito como vosotros las verdades racionales deducidas solo de los fenómenos sensibles, no de circunstancias que estén fuera del alcance de los sentidos. Dice á los empíricos: tomo como vosotros, por guia á la observacion, pero no quiero ver al arte embarazado con una multitud de preceptos difíciles de retener y mas difíciles aun de poner en práctica. La esperiencia me sirve para deducir unas cuantas reglas basadas en indicaciones ó signos evidentes.

He aquí sin disputa un buen programa, como lo son todos los de los forjadores de sistemas; pero no sabemos que decir sobre el modo como ha sido llevado á cabo. Galeno no se dejó llevar de esta manera de pensar; pone en relieve los sofismas de los metodistas, demuestra la insuficiencia de su doctrina y las peligros que entraña su aplicacion á la práctica, los ridicula y los llama los *Borricos de Tésalo*; por alusion á la falta de instruccion literaria y médica de la mayor parte de ellos.

ARTICULO IV.

Del Eclecicismo.

Si echamos una ojeada retrospectiva sobre los sistemas que llevamos espuestos, se advertirá que en todos ellos hay verdades útiles que la razon y la esperiencia de todos los siglos confirman, pero que tambien cuentan con algun error ó alguna exageracion.

El primero y el mas antiguo de todos, el dogmatismo, llama espe-

cialmente nuestra atención sobre los movimientos espontáneos de la economía, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad, pinta admirablemente el *consensus* de las fuerzas vitales, las simpatías orgánicas y sus esfuerzos para alejar del cuerpo toda influencia deletérea. En efecto, esta tendencia conservadora es uno de los rasgos mas característicos y mas notables de los fenómenos de la vida y que mas impresionan; tendencia casi providencial que se pone mas de manifiesto, sobre todo en ciertas enfermedades agudas. Los primeros médicos que estudiaron la marcha de estas afecciones, se dedicaron con una laudable perseverancia á describir en cada enfermedad las leyes que rijen al principio vital ó á estas fuerzas orgánicas. Este era el desideratum del dogmatismo, el que ha resistido á los caprichos de la opinion y á los progresos sucesivos.

Pero fuera de las fuerzas orgánicas, hay otras que modifican su accion, las alteran algunas veces ó aun las trastornan hasta acabar con ellas. Estas son las fuerzas físico-químicas, que obran unas veces, de una manera clara, como cuando un hombre es muerto ó herido por un instrumento ó agente mecánico, ó por un veneno violento; otras de un modo embozado, como cuando se desarrolla en el organismo una enfermedad lenta por la influencia del régimen, del aire, ó otra cosa parecida.

Los dogmáticos dividieron las fuerzas estrañas á la economía en cuatro especies; lo *cálido*, lo *frio*, lo *seco*, lo *húmedo*, que corresponden á las cuatro formas generales de la materia admitidas por los físicos de su tiempo, el *fuego*, el *aire*, la *tierra* y el *agua*. Enseguida para mas uniformidad y armonía supusieron despues en el mismo organismo cuatro humores, la *sangre*, la *bilis*, la *pituita* y la *atrabilis*, caracterizados cada uno por el predominio de una de sus cualidades elementales. Ahora bien, esta clasificacion de las cualidades elementales ó de las fuerzas inorgánicas, su presunta analogía con los humores del cuerpo, su manera de obrar en él, todo esto no tenia mas fundamento que una hipótesis, una preocupacion; todo era imaginario. Dirijian por lo tanto su tratamiento contra estas pretendidas causas, contra el exceso de una de estas cualidades ó de los humores. Este era el lado débil del dogmatismo y por él le atacaron sus adversarios.

Los empíricos objetaron con mucho fundamento diciendo que, causas ocultas ó inaccesibles á los sentidos no podian servir de base á un tratamiento racional; para nosotros, dijeron, la naturaleza de las enfermedades reside en el conjunto de fenómenos apreciables por los sentidos, es decir, en el conocimiento de sus síntomas; afirmaron después que no

había una relacion constante de antagonismo ó de semejanza entre una enfermedad y su remedio.

Los Metodistas mejoraron mucho el método empírico, al formar grupos secundarios destinados á reunir segun ciertas conveniencias los grupos primitivos ó las especies de los empíricos, esbozando así un sistema completo de nosologia.

No recapitularé aquí los defectos de estas doctrinas porque debe el lector conservarlos todavía en la memoria. Presumo que he probado por completo lo que dije al principiar este capítulo, que estos tres grandes sistemas que tanto han figurado en este período histórico contienen cosas excelentes mezcladas con errores y defectos.

Muchos médicos de la antigüedad decían esto mismo; veían aunque no con claridad, que ninguno estaba en posesion de las verdades de la ciencia, pero les era imposible decir con precision como nosotros lo hemos hecho, lo que había de bueno ó de malo en cada uno, porque todavía no se conocían los principios filosóficos que nos han servido de guía para averiguarla. Estos médicos no habiendo podido establecer regla alguna general que sirviera de base á sus juicios, decidían todas las cuestiones segun su capricho. Se llamaban *Ecléticos* ó *episintéticos* para dar á entender con este nombre que no abrazaban sistema alguno exclusivamente, sinó que tomaban de cada uno lo que les parecía mejor.

Los ecléticos no formaban una secta, porque carecían de dogmas precisos en la teoría y en la práctica. Tenían la pretension de no seguir mas que las inspiraciones de la razon y la esperiencia, lugar comun que todos los sectarios invocan y que no distingue á ninguno particularmente. El estado habitual de un eclético era la duda, la incertidumbre; á primera vista pudiera confundirsele con un pirrónico, pero reflexionando un poco se vé que la duda de estos es absoluta, como producto de sus principios filosóficos; la de un eclético no; esenta de toda base no es mas que un puro tanteo.

El eclecticismo en medicina, es la carencia de todo principio fijo, ó como tenemos dicho en nuestra introduccion; es el autocratismo individual erijido en dogma. Es como el Proteo de la fábula, no puede cogerse porque carece de forma, no puede refutarse porque no tiene principios.

Muchos prácticos se llamaban ó querían ser ecléticos porque así se evitaban discutir sobre cosas que no sentían ó no tenían inclinacion. Por otra parte abrazando esta doctrina, disfrutaban de una libertad

grande en cualquier caso, para seguir la opinion que les parecia mas aceptable. En fin un ecléctico es un hombre falto de convicciones arraigadas, se parece á un ciudadano que en medio de las convulsiones frecuentes de su país no abraza ningun partido, no tiene opinion alguna á fin de no comprometerse con nadie, y que acaso por esta indiferencia misma, es el menos competente para juzgar los actos y los razonamientos de los demás. (1)

* A este periodo corresponde el estudio de la medicina hipocrática, que si bien no presenta timbres muy gloriosos para nuestra patria, tampoco es digna del desdén con que la han mirado muchos historiadores. Sabido es que la medicina romana fué en su principio mitológica como lo fué la de los demás pueblos, que sufrió luego las modificaciones de las edades, y que desde los tiempos de *Syla* la dominó el espíritu griego. Los ciudadanos romanos se desdeñaron el ejercerla (2) y por eso no crearon escuelas, ni conocieron métodos de enseñanza y los pocos que se dedicaron á su práctica se confundieron con los médicos griegos y alejandrinos. El orgullo y vanidad de aquellos conquistadores, el deseo y afición del vulgo á las novedades y á lo desconocido, fueron los principales motivos de su desdén á una ciencia tan benéfica, y por eso la historia registra tan pocos nombres entre los médicos romanos, por eso la hija de Esculapio tan honrada en Grecia, fué entregada en Roma á los estraños, á los esclavos y á los libertos, que mas se asemejaban á los charlatanes de que nos habla Galeno, que á verdaderos representantes del Dios de Epidauro; por eso los Césares se vieron obligados á dictar leyes severas contra la negligencia ó ignorancia de los médicos, algunos de los que no hacían mas que deshonrar la profesion y com-

(1) Lo que hay aquí de vago ó indeciso en la expresion de nuestro pensamiento concierne á los antiguos sistemas de Medicina, desaparecerá completamente cuando esponamos los sistemas modernos que de ellos se derivan, porque entonces se conocerá mejor la verdadera generacion de las ideas y el modo como se han formado las ciencias fisicas.

(2) Efectivamente, las leyes pertenecientes á la medicina romana, no forman sistema alguno concreto como las demás del orden civil. Ninguna corporacion consultaba á los médicos en asuntos propios de su profesion, se guiaban únicamente por lo que deducian de la lectura de las obras de Hipócrates. Sin embargo, Numa dispuso, un siglo antes que se publicasen las doce tablas, que no fuese enterrada la muerta en cinta sin abrirla primero, á fin de salvar, si era posible, la criatura, disposicion que observaron escrupulosamente los Romanos. Lo mismo hizo respecto al suplicio de una mujer embarazada de condicion libre, el cual se diferia hasta despues del parto, porque el infante obtenia el derecho de ciudadano. Otra de las disposiciones importantes versa sobre el infanticidio, crimen que asimila al del abandono de los recién nacidos muertos por inanicion voluntaria. Las doce tablas que vinieron despues, se ocupan de la tutela de los enagenados por sus parientes, del divorcio, pasados tres años de estar demente, uno de los cónyuges; de los castigos que se debieron imponer á los que se dedicaban á castrar á los niños, castigos que en el siglo III de nuestra era consistian en la confiscacion de bienes, el destierro y hasta la muerte; á los pederastas, á los envenenadores y á cuantos se valian de medios infames para atentar ó acabar con la vida de sus semejantes.

prometer gravemente la vida de sus clientes. Pero no por eso carecían de conocimientos que pudieran servir de norma á algunos de los pueblos conquistados ó dominados por ellos. Al entrar, pues, en España durante la segunda guerra púnica habian de traer consigo sus costumbres, sus leyes, sus conocimientos, para imponerlos á los vencidos. La medicina española en posesion entonces de los descubrimientos y práctica de sus primitivos pobladores, de los Fenicios sus amigos y aun de los Judios, tendría por necesidad que ensanchar su dominio con los conocimientos importados por los romanos á la par que estos los suyos con las prácticas de los Españoles. La higiene pública tan floreciente entonces en el pueblo Rey empezó á llamar grandemente la atencion de los habitadores de la Península, dando lugar á monumentos cuyas ruinas atestiguan hoy sus esfuerzos en pró de los progresos de este ramo, especie de medicina social que tanto influye en la salud de las masas. Baños y fuentes públicas, cloacas para recibir y dar fácil acceso á las aguas inmundas, caminos estensos y bien acondicionados cuyos restos admiramos hoy todavia, prueban los sacrificios y esfuerzos de todo género que hizo este pueblo belicoso en pró de la salud de sus nuevos súbditos. Todavía se leen en Antequera, en Jaen, en Tarragona, en Barcelona y en otros muchos puntos epitafios que recuerdan monumentos levantados por los romanos; todavia el templo de la Virgen de los Desamparados en Valencia, recuerda uno levantado á Esculapio; todavia la iglesia parroquial de San Miguel de Barcelona otro dedicado al mismo Dios.

A los médicos ó prácticos romanos que residian en España se debe la ampliacion de la materia médica y farmacología alejandrinas, á los mismos la introduccion en Roma de los conocimientos y medios que empleaban los profesores españoles en la curacion de diversas enfermedades. Las adormideras de nuestra península, la berdolaga, el hinojo, el aspalato, las rosas silvestres, las yerbas cantábrica y betónica y otras varias conocidas mucho antes y de un valor terapéutico incontestable fueron introducidas en su terapéutica. Las adormideras por si ó por su jugo producian excelentes efectos en muchas y grandes enfermedades, la verdolaga en las anginas, colgada al cuello á guisa de amuleto, el hinojo en las enfermedades nerviosas y en las oftalmias, las yerbas betónica y cantábrica en las lesiones del aparato digestivo, de los riñones, de la vegiga etc. Lo mismo hicieron con algunos productos animales de un uso frecuente entre nuestros profesores, como son los caracoles de las Islas Baleares destinados á curar los vómitos de san-

gre; los polvos de una víbora llamada *Caule* para las mordeduras de los perros rabiosos y por fin la adopción de una bebida llamada de las *cien yerbas* que era una verdadera panacea para nuestros médicos peninsulares. Estos llegaron á inspirar gran confianza hasta los mismos Césares. Prescindamos de algunos Epitafios que recuerdan la gratitud de sus autores al Dios de la medicina, ó la memoria de personas queridas, como acontece con los dedicados á Cayo Albio Januario, médico natural de Béjar (antigua Pax) y á Tiberio Claudio Apolinar, de Tarra-gona y mencionemos á solo á Antonio Musa, médico de la misma Ciudad; que asistió y curó á César Augusto de una grave enfermedad del hígado que contrajo en sus escursiones guerreras por la Península. El César agradecido á favor tan señalado, no solo le recompensó particularmente, sino que concedió á los médicos el uso de llevar baston y anillo como signo de nobleza, tal cual lo usaban los Caballeros romanos. Esto era una honra desconocida hasta entonces por los médicos españoles y hasta por los mismos compañeros de Roma.

La historia conserva todavía mas nombres de médicos que se distinguieron en diversos puntos de nuestro país durante la dominación romana, médicos que sin duda alguna recibieron su instrucción de otros á causa de no haber escuelas destinadas á la propagación de todos cuantos conocimientos atesoraba la ciencia indígena y exótica.

Vinieron después los Godos, los Suevos y las Vándalos á reemplazar á los Romanos, y estas hordas mas atentas á sus conquistas de territorio y á satisfacer sus instintos salvajes, poco ó nada hicieron en pro de las ciencias y en particular de la medicina. Esta se encerró en los claustros donde bajo una forma mística mantuvo siempre encendida la antorcha del saber, que algunos siglos después había de acabar con la rudeza de los poseedores, entonces, del territorio, con los que vinieran á reemplazarlos, para ser sustituidos, por fin, por los verdaderos indígenas. *

RESÚMEN DEL PERIODO ANATÓMICO.

En este periodo hemos visto florecer los estudios médicos en la isla de Coó, bajo los sucesores de Hipócrates, volver á tomar nuevos bríos al fundarse la Escuela de Alejandría y llegar al instante en esta Ciudad á un grado de prosperidad desconocida hasta entonces. Hemos señalado algunas de las circunstancias que concurrieron á esta feliz revolución, tales como, la instalación de una gran biblioteca, de un Museo científi-

co, sinó público, al menos abierto á los sábios que iban á la capital del Egipto; el permiso de hacer autopsias que en ninguna parte podían practicarse, sinó clandestinamente y con peligro. A esta reunion de circunstancias debió la celebridad que alcanzó esta Escuela, la que conservó siempre igual superioridad, á pesar de lo mucho que cercenaron los Romanos sus derechos y prerogativas. En este periodo hizo trascendentales adelantos la anatomía y la fisiología, y se perfeccionó la patología esterna y la interna. Las obras de Areteo (1) y Celio Aureliano (2) son superiores á cuantas se escribieron antes. Sin embargo, ninguna escuela conocida se elevó en este periodo á la altura que la Dogmática representada por Hipócrates, ningun médico, acaso, renne en el mismo grado que él las cualidades que constituyen un gran práctico, la inteligencia, la sinceridad, el desinterés, el cariño á su arte y á la humanidad.

La ciencia en general adelantó tambien mucho en este periodo; en lugar de algunas tentativas, de algunos ensayos incompletos de generalizacion que se ven en los libros hipocráticos, ofrece sistemas completos cuyas partes severamente coordinadas, se adaptan mas ó menos bien á las formas diversas de las enfermedades, á los detalles de la práctica. El dogmatismo ampliado y perfeccionado representa tan exactamente como es posible, la influencia resultante de la combinacion del principio vital con las fuerzas físico-químicas. El empirismo echa las bases de un nuevo edificio científico, edificio que deja, no solo sin acabar, sinó sin que ni aun entreveé cual es su verdadero objeto. El metodismo que hubiera debido contentarse con indicar este objeto aceptando los datos experimentales suministrados por el empirismo, los rechaza y se lisongea de reconstruir el edificio médico, empezando por la cúspide, es decir, por estudiar las propiedades generales de la materia. Este sistema seduce por su aparente sencillez y exactitud suma, pero lo cierto es que levanta un edificio imaginario que desaparece al solo soplo de la observacion y de la práctica diaria. El eclético llega y no encuentra la verdad toda en los sistemas anteriores y aconseja á sus sectarios que no se adhieran á ninguno y elijan de cada cual lo que mejor les parezca, pero para que lo lleven á cabo, no dice cuál es lo mejor ni regla alguna para reconocerlo; se atiende solo á la razon y á la esperiencia individual,

(1) Areteo de Capadocia. *Libros de las causas y signos de las enfermedades agudas y mas frecuentes*. Nueva edicion en griego y en latin con notas por Kuhn. Leipsic. 1838 en 8.º

(2) Celio Aureliano. *De las enfermedades agudas y crónicas*. Nueva edicion. Amsterdam, 1709. en 8.º

es decir, proclama el *individualismo*, la *duda* y el *aislamiento*. En este conflicto llega Galeno apoyando el dogmatismo, ampliando su doctrina y explicándola mas en armonía con los fenómenos de la vida. Debía, pues, triunfar, como en efecto sucedió; sus mismos errores contribuyeron á su afianzamiento porque estaban de acuerdo con las preocupaciones de la filosofía dominante.

FIN DEL PERIODO ANATÓMICO.

LIBRO SEGUNDO.

EDAD DE TRANSICION.

Empieza en la muerte de Galeno (201 de nuestra era) bajo el reinado de Septimio Severo el Africano y concluye en el renacimiento de las letras en Europa hacia el año 1400.

V. PERÍODO GRIEGO.

COMPRENDE EL ESPACIO DE TIEMPO DESDE LA MUERTE DE GALENO
HASTA LA DESTRUCCION DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA;
EL AÑO SEISCIENTOS CUARENTA.

Consideraciones generales.

En la época á que se refiere, este período histórico solo dominaba en todo el mundo antiguo conocido la autoridad de un hombre. Esta era la del emperador *Septimio Severo*. Sus estados eran aun mas dilatados que los de Alejandro el Grande y su dominacion prometía durar mas que la de este. Parecia que la influencia del pueblo Rey cimentada por setecientos años de una política tan astuta como perseverante y fuerte, habia de prolongar por mucho mas tiempo su influencia en los destinos del mundo antiguo. Los pueblos vecinos á sus fronteras todavia alteraban algunas veces la paz en su vasto territorio, pero ninguno era bastante fuerte para penetrar hasta el centro y causar verdadero daño á este poder gigantesco. Habian cesado las guerras civiles ó habian cambiado de objeto; el Pueblo y el Senado, estos dos eternos competidores, no se disputaban ya el poder supremo, habian abdicado el uno en el otro; la forma monárquica era para ellos una necesidad, los ciudadanos no se alborotaban mas para cambiar la forma de gobierno, sino para elegir su jefe.

Una revolucion análoga á la del mundo político se preparaba en el mundo intelectual. Las discusiones filosóficas tan interesantes en las escuelas de la Grecia, cuando se agitaban en ellas con la mas amplia libertad las mas árduas cuestiones sobre física, metafísica y moral, han

perdido ya mucho de su interés y pronto tienen que cesar por entero. La supremacía de uno solo tiende también á dejarse sentir en todas las ramas del mundo intelectual. Ya apenas se cuestiona sobre los principios, sinó sobre el verdadero sentido de las palabras del Maestro. En moral se atenían á Platon, á Epicuro ó á Zenon; hasta que á la de estos vino á reemplazar otra mas sublime, mas pura, la de *Jesús* hijo de *María*. En física y metafísica se seguirá ciegamente á Aristóteles y en medicina á Galeno.

La historia que debe ser la imágen fiel de la humanidad se concentra en sí durante esta edad llamada con justicia de *transición*, puesto que sirve de paso insensible de un estado social á otro. En lugar de presentar un cuadro acabado de las grandes luchas, de las grandes perturbaciones, se limita hasta cierto punto á pintar la vida íntima de las personas. Ya no se ocupará de las discusiones entre las diferentes sectas porque ya no hay mas que una y un solo método que seguir durante una larga série de siglos. La ciencia médica que retrograda con lentitud, no se verá contenida por ninguna peripecia extraordinaria; sinó que su cetro pasará de las manos de un pueblo á las de otro, y que el idioma de Avicena y de Albucasis va á reemplazar al de Hipócrates y Galeno.

El primer período de la edad de transición solo nos ofrece el estudio de la vida y escritos de cuatro médicos discípulos de la escuela de Alejandría, cuya reputacion se sostuvo hasta la invasion de los Arabes. Aun cuando estos escritores no hayan hecho mas que compilar en gran parte las obras de Galeno y otros, han prestado, á pesar de esto, un gran servicio, presentando la ciencia bajo una forma mas abreviada y cómoda, y enriqueciéndola con algunas particularidades y sobre todo impidiendo que se apagara su brillo entre sus incultos contemporáneos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Comentadores célebres.

§. I.

Después de Galeno; el primer autor de alguna importancia que cita la historia es *Oribasio*. Era, como aquel, natural de Pergamo y vivía en el siglo IV. Fué valido de Juliano el apóstata y le acompañó á las Galias cuando nombraron gobernador á este príncipe. El mismo lo dice

en la introduccion de una de sus obras. El Joven César supo aprovechar los grandes dotes de Oribasio y cuando le nombraron Emperador, le hizo Cuestor de Constantinopla. Despues de la prematura muerte de este Emperador filósofo, Oribasio continuó disfrutando el favor del nuevo César, pero sus enemigos le calumniaron, le persiguieron y lograron desterrarle. El valor que demostró en esta ocasion, las curas extraordinarias que hizo y su elocuencia, le atraieron al instante el cariño de aquellos hombres semisalvages que le empezaron á mirar como á un Dios. Su fama llegó pronto á los oidos de los Emperadores Valente y Valentiniano, que convencidos de su error, volvieron á llamarle y devolverle sus bienes y propiedades, dejándoselas disfrutar hasta su muerte. Eunapio contemporáneo suyo y médico tambien, pinta á Oribasio de una manera muy lisongera; era, dice, el hombre mas sábio de su tiempo el mejor y el mas elocuente médico.

Oribasio escribió muchas obras de las que la mas notable se titula *Colecciones medicinales* que dedicó á Juliano, cuando aun no era Emperador; contenia sesenta y dos libros de los que solo conocemos diez y siete. He aquí algunos trozos de la introduccion que indican los motivos que tuvo para escribirlos. «Divino César, hace mucho tiempo que he terminado el resumen de los libros de Galeno, que vos me encargasteis durante mi estancia en la Galia citerior. Os dignasteis decirme cuan grande era vuestra satisfaccion y encargarme al mismo tiempo encerrase en un pequeño volumen todo cuanto útil y provechoso han escrito los mas ilustres médicos sobre el arte de curar. Resuelto á complaceros con todas mis potencias, nada he omitido de cuanto ha dicho Galeno, porque es el que mejor y con mas claridad ha espuesto su doctrina, el que mejor y con mas fidelidad interpreta los sentimientos y los principios de Hipócrates. Oribasio hizo un extracto de su grande obra para su hijo, extracto que dividió en diez y nueve libros que poseemos, así como otro compendio sobre la preparacion de los remedios y la curacion de las enfermedades emprendido á ruego de Eunapio su amigo.

Como se vé, este escritor no tiene reparo en confesar que ha tomado de otros autores lo que ha publicado, especialmente de Galeno. Sin embargo, hay ciertos trozos en sus obras que no se encuentran en parte alguna, pero se ignora si son suyos ó sacados de los libros que se han perdido porque él cita muchos autores cuyos escritos no han llegado hasta nosotros, entre ellos Herodoto gefe de la secta neumática, Archigenes, Posidonio y Antilo. Sea lo que quiera, su principal mérito estriba en

haber reproducido las ideas de otros con tanta claridad, órden y precision, que sus resúmenes son preferibles á los mismos originales. Lo que ha dicho de las mugeres embarazadas, de las nodrizas y de la primera educacion de los niños ha parecido tan acabado á los escritores posteriores hasta el siglo 15 que la mayor parte no han hecho mas que copiarle á la letra. Al hablar de Pablo de Egina citaremos un ejemplo. (1)

Oribasio escribió poco de cirujía, se ocupó mucho de la anatomía copiando á Galeno. Fué tanto su aprecio á este dogmático que adoptó sin reparo sus teorías y hasta sus palabras, tanto que se le conoce con el nombre del *mono de Galeno*.

§. II.

Aecio es el segundo compilador célebre y el primero que profesó el cristianismo. Floreció á fines del siglo V y principios del VI. Nació en Amida, ciudad de la Mesopotámia; estudió en Alejandria, pasó despues á Constantinopla donde le agregaron á la corte con el empleo de Gentil hombre. Este médico es el que mas revela el carácter místico de aquellos tiempos. Al hacer la composicion de cierto ungüento recomienda recitar en voz baja las siguientes palabras. «Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se digne dar tal ó cual virtud á este medicamento.» En otra parte, aconseja se pronuncien estas palabras para estraer un hueso de la garganta. «Hueso, sal de la garganta como Jesucristo hizo salir á Lázaro del sepulcro ó como Jonás salió del vientre de la ballena; ó mejor todavia: hueso, yo te conjuro por San Blas, mártir de Jesucristo, para que salgas ó bajes.» Manifiesta igual credulidad por las virtudes milagrosas atribuidas por los charlatanes de su siglo á una multitud de remedios.

Sin embargo, este autor tiene para nosotros los mismos títulos de aprecio que Oribasio. Como este, ha coleccionado todo lo mas notable que ha encontrado en los escritos de sus predecesores y ha fundado un cuerpo de doctrina que nada esencial falta en él. Su obra dividida en cuatro secciones, de cuatro libros cada una, forma un tratado completo de medicina y cirujía y en él describe las regiones anatómicas que tienen relacion con las fracturas y dislocaciones. A él debemos muchos trozos de libros antiguos que se hubieran perdido por completo. Por lo demás, su terapéutica quirúrgica consiste solo en aplicaciones al es-

(1) Véase la página 237.

terior, indica la composicion de una multitud de emplastos y unguentos, recomienda con frecuencia el empleo del cauterio; ya actual, ya potencial. En su materia médica coloca los remedios segun al reino á que corresponden y por órden alfabético, pero no describe como Dioscórides los caracteres de las sustancias, se contenta con esponer sus virtudes medicinales, que las juzga con arreglo á la doctrina de Galeno.

§ III.

Alejandro es el tercero de los compiladores de este período. Nació en Tralles, ciudad de la Lydia, donde se hablaba el griego con correccion. Su padre que se llamaba Esteban, y era médico tambien, tenia cinco hijos, á los cuales dió una educacion muy esmerada que aprovecharon mucho, pero Alejandro fué el mas distinguido entre los cinco. Viajó por el Asia, Egipto, España, las Galias é Italia, fijándose por fin en Roma donde adquirió una estraordinaria reputacion. Viejo ya é imposibilitado para el ejercicio de la ciencia, quiso todavia ser útil á esta publicando el fruto de su larga esperiencia. Al efecto compuso un tratado dividido en doce libros, consagrado exclusivamente á las enfermedades internas. Los diez primeros tratan de todos aquellos males que tienen asiento determinado, empezando por los de la cabeza y acabando por los del vientre. El undécimo se ocupa solo de la gota, y el duodécimo de las fiebres. Segun el mismo autor, este libro deberia ocupar el primer lugar, pues tal parece ser su intencion, segun lo indica en el prólogo. «Pues qué deseas, mi querido Cosme, que esponga las medicaciones cuya eficacia é visto probada en mi larga esperiencia, me apresuro á darte gusto en recuerdo de la buena amistad con que tu padre y tú me habeis distinguido. A mi edad me contemplo feliz con complacerte y puesto que tengo fuerzas para ello, voy á consignar aquí con la mayor brevedad posible los conocimientos adquiridos en tantos años de práctica. Espero que los que lean sin prevencion mi libro quedarán sorprendidos de la verdad de mis descripciones, de la exactitud de mis indicaciones y de la claridad y concision con que están expuestas. Me he esforzado en echar mano hasta donde me ha sido posible de términos vulgares y de uso comun, á fin de que me entiendan todos cuantos me lean. Empezaré por las calenturas efémeras segun el método del divino Galeno, al cual seguiré sin reparo.»

Vemos que este autor respeta tanto al médico de Pérgamo como sus

predecesores, pero no adopta tan á ciegas sus opiniones, al menos en lo que tienen relacion con la práctica. Algunas veces opina de distinto modo; no por el deseo, dice, de contradecir á un hombre tan grande, sino por el interés que tengo de esponer las cosas tal cual deben ser. Nada modifica ni corrige á las teorías galénicas, y sin embargo, no debe comparársele á los otros dos compiladores que llevamos estudiado. Su manera de describir y tratar las enfermedades indica que las conoció bien, cita muchas que hasta él nadie había nombrado; tal es, entre otras, la de una mujer atormentada por un hambre escesiva llamada *bulimia* que sentía tirantéz continua en el estómago y un violento dolor de cabeza. La curó haciéndola tomar hiedra, con la que echó una lombriz de doce codos de larga. Esta es, pues, la vez primera que atribuyeron accidentes de esta índole á la presencia de lombrices en el estómago. Aconseja la sangría del pié contra los esputos de sangre; dice que es mejor que la del brazo, porque practicada lo mas lejos posible del sitio del mal, produce una revulsion mas pronta y eficaz. No se puede decir hoy una cosa mejor. En las tercianas, y con especialidad en las cuartanas, acostumbraba á dar un vomitivo antes del acceso y asegura haber obtenido excelentes resultados de esta medicacion, cosa que se concibe perfectamente antes del descubrimiento de la quina. Pero lo que apenas se concibe, lo que choca y allije al mismo tiempo, es que un hombre tan juicioso y tan ilustrado como Alejandro, haya creído en la virtud de los amuletos y de los talismanes, pues los llega á recomendar en muchas ocasiones. ¡Tal era la preocupacion general de su siglo y era preciso que un hombre tan piadoso pagase el tributo á los errores de sus contemporáneos! Alejandro, al menos, puede escusarse de haberse dejado llevar de esta supersticion que era comun á todos, mientras que no merecen consideracion alguna muchos médicos célebres de épocas mas inmediatas á la nuestra que han cedido tambien á esta debilidad humana.

No pretendemos hacer un paralelo entre este autor y Areteo de Capadocia, pero es lo cierto que hay entre ellos un gran parecido; ambos describen un corto número de enfermedades, como unas sesenta; lo que prueba que no han querido hablar sino de las que han visto y conocido bien. Ambos siguen un órden análogo y el mas conforme á los conocimientos de su tiempo, describen los síntomas, trazan los signos que distinguen unas enfermedades de otras de una manera casi igual, pero el estilo de Alejandro no es tan elegante ni tan correcto como el del médico de Capadocia, mas se aproxima á él por su concision, claridad y

energía. Todavía se diferencian en que, Alejandro no describe como Areteo la region anatómica donde reside la enfermedad.

El lector podrá acabar esta comparacion poniéndola á la vista la historia siguiente con la que hemos referido en la página 478.

«Llamo *pleuresia*, dice Alejandro, no á toda especie de dolor de costado, sino á la inflamacion de la membrana que reviste las costillas, que vá acompañada de fiebre aguda por su proximidad al corazon, que sufre simpáticamente. Si pues, advertís en un enfermo una respiracion penosa, fiebre alta, tos y un dolor pungitivo, podréis asegurar que tiene una pleuresia. Las personas afectadas de una inflamacion del higado tienen tambien fiebre y respiran con trabajo; el lado afecto está tenso y doloroso, tienen tos, pero simpática; mas no sufren ni el dolor pungitivo, ni su pulso está resistente.

He aquí como se distingue la pleuresia de la hepatitis. Los pleuríticos tienen un pulso duro que produce en los dedos una sensacion como los dientes de una sierra, cosa que no acontece con los que padecen una hepatitis. Los atacados de pulmonía tampoco sienten nada parecido, á causa de la blandura del tejido afecto. La tos es tambien diferente en la pleuresia y en la hepatitis. En la primera de estas enfermedades es mas violenta y mas prontamente seguida de esputos. Mientras dura la enfermedad, el color de estos indica cuál es el humor de donde se deriva la inflamacion. Los esputos rojos denotan que viene de la sangre, los amarillos de la bilis, los blancos y viscosos de la pituita, los negros de la atrabilis. En la hepatitis, los enfermos tosen, mas no expectoran. Sin embargo, muchas veces no hay esputos en la pleuresia, de lo cual se debiera deducir que padece el enfermo una hepatitis; pero es sabido que hay pleuresías rebeldes y de una coccion difícil, y por cierto que son las mas graves. La inflamacion puede todavía desarrollarse debajo de las costillas falsas sin estenderse hasta el pecho; puede tambien ser exterior. En casos tales, no hay expectoracion, pero los humores que ocasionan la flecmasia dan entonces lugar á absesos, á menos que se disipen, lo que rara vez sucede. Prestad, pues, atencion á estos signos, así como al color de la cara; en los acometidos de hepatitis es de ordinario pálido; lo contrario que en los pleuríticos. De este modo se pueden discernir estos últimos. (1)»

(1) Del arte médico, lib. VI, cap. 1.

§. IV.

Pablo de Egina, llamado así por haber nacido en la Isla de Egina, es el último compilador griego de que deberemos ocuparnos. No se sabe en que época vivió, pero la opinion mas probable le coloca á últimos del siglo VI y primera mitad del VII. Viajó mucho y despues permaneció bastante tiempo en Alejándria, ya con el objeto de instruirse, ya con el de ejercer la medicina. Su habilidad en Cirujia y sobre todo en Obstetricia le hizo célabre hasta entre los Arabes, cuyas parteras, dice, le llamaban desde puntos muy lejanos para que las ayudára en los partos difíciles. Por esto es por lo que los escritores Arabes le apellidaron el *Comadron*. Esto no quiere decir que solo ejerciera esta sola rama del arte, sinó que habia adquirido en ella una grande reputacion, que concluyó por hacerle célebre.

Pablo de Egina ha compuesto un resúmen de toda la medicina dividido en siete libros; elije, imitando en esto á sus predecesores, lo que le parece mejor y aun lo copia. Podríamos citar capítulos enteros tomados textualmente de Oribasio; entre otros, los relativos á las mujeres, en cianta y la primera edad de los niños. Me contento con poner un ejemplo á la vista del lector para que juzgue por sí del desenfado con que los autores de aquél tiempo copiaban á sus antecesores.

DEL RESUMEN DE ORIBASIO.

LIBRO V.

Educacion del niño.

El niño, á poco tiempo de haber sido dado á luz, debe nutrirsele primeramente con miel; despues con leche, dos veces cada dia ó á lo sumo tres. Cuando el niño tome esta leche con gusto y se confie en que ha de digerirlo, se le puede suministrar otro alimento, pero que no le satisfaga enteramente. Si por ignorancia sucediese lo contrario, se hace el niño, indudablemente, mas soñoliento y perezoso; su vientre

DE PABLO DE EGINA.

LIBRO I.

Educacion del niño.

Conviene sea miel el primer alimento que se ofrezca al infante recién nacido; después leche, dos, ó á lo mas, tres veces al dia. Cuando el niño se mostraré pronto para tomarlo y hay esperanza que lo dijiera, puede ya entonces dársele otro alimento, pero que no le llene. Si por inadvertencia de quien le cuida quedase repleto, se hace al punto mas soñoliento y mas flojo; viene cierto tumor ó hinchazon

empieza á hincharse é inflamarse y la orina se vuelve mas acuosa. A la presentacion de tales síntomas no se le debe dar nada hasta que hubiere consumido cuanto tiene en el vientre. Será suficiente alimentarle con leche por espacio de dos años, y despues puede pasarse á los demás alimentos.

en el vientre y la orina se torna mas clara ó acuosa. Comprendida la hartura por estas señales, no debe la nodriza darle nada hasta que aquella desaparezca. Es bastante alimentar al niño con leche por tiempo de dos años, y despues puede dársele todo género de alimentos.

Pablo no ocultaba á nadie su proceder, y él mismo lo dice en la introduccion de su resúmen. «En atencion á que es sumamente difícil, por no decir imposible, retener en la memoria los principios generales del arte de curar y los remedios aconsejados por los antiguos, he arreglado este compendio con lo que me ha parecido mejor de sus escritos. Nada de lo que aconsejo me pertenece, á escepcion de algunos detalles que la observacion y la esperiencia me han enseñado, pero he leído á todos los autores mas celebrados y he imitado á Oribasio, recojiendo de cada uno lo que me ha parecido mejor para conservar la salud.» A pesar de este desinterés, Pablo no es un escritor desprovisto de originalidad. La parte quirúrgica de su libro encierra muchas observaciones que le son propias y que prueban que era un excelente práctico, porque lejos de contentarse con los consejos de otros, sabía modificarlos con arreglo á su propia esperiencia. Con frecuencia es mas esplicito que Celso, ya en la descripcion de las enfermedades y sus indicaciones curativas, ya en la exposicion del *Proceder operatorio*. Entre otros, citaré los capítulos relativos al hidrocefalo, á la toracéntesis y á la paracéntesis, á la extraccion de los cálculos vexicales y á los aneurismas. Es el primero que ha conocido y descrito el aneurisma varicoso, la estirpacion de la glándula mamaria hipertrofiada en el hombre, etc.: tambien parece que ha sido el primero que ha ejecutado la operacion de la broncotomía segun un proceder de Antilus, el cual describe detalladamente.

Concluiré todo lo relativo á este autor por una sola reflexion y es que Fabricio de Aquapendente, famoso cirujano del siglo XVI, saca de él y de Celso lo principal de su doctrina.

CAPÍTULO II.

Organización médica.

En esta historia dejo dicho algo sobre la organizacion médica de

los pueblos mas célebres de la antigüedad; ahora voy á estudiar esta organizacion de una manera mas especial, describiré los cambios mas principales que ha sufrido la profesion médica á medida que ha ido avanzando la civilizacion desde la infancia de las sociedades hasta la ruina de la escuela de Alejandria; hablaré de las pocas leyes que ha poseido la enseñanza en los primeros tiempos del ejercicio del arte y pondré de manifiesto el origen de algunas instituciones destinadas á propagar los beneficios de la ciencia en las clases inferiores de la sociedad. A la conclusion de este período volveré á repetir lo que ahora voy á decir, á fin de examinar bajo un solo punto de vista todo cuanto á él se refiere. Entonces á beneficio de este estudio comparativo podrá el lector echar una rápida ojeada sobre las modificaciones que ha sufrido la profesion médica en la antigüedad. El aniquilamiento de la influencia griega en Egipto, marca para la historia de la ciencia los límites de los tiempos antiguos con los modernos. Epoca es esta en que surge un nuevo idioma y nuevos escritores; el cetro de las ciencias y de las artes pasa de las manos de los Griegos á las de los Arabes; aquí, pues, empieza una era nueva.

Si se estudia de una manera general la organizacion de la medicina entre los antiguos, se advierten en ella cuatro fases distintas que responden cada una de ellas á una forma y á un grado particular de la civilizacion.

Primera fase. En el origen de las sociedades, entre las tribus nómadas y pueblos pequeños, antes de la existencia de las grandes ciudades, y sobre todo antes de la invencion de la escritura, eran muy limitados los conocimientos humanos, pues bastaba la memoria de un solo hombre para tenerlos presentes. Se reducian estos á unas sencillas nociones que se trasmitian verbalmente de padres á hijos, de los maestros á los discípulos, constituyendo casi siempre el patrimonio de una familia. Entonces era frecuente que una sola persona fuera al mismo tiempo, sacerdote, jefe de la familia, y depositario de los secretos de la ciencia. Tales fueron entre los Judíos; los Patriarcas Abraham, Isaac, Jacob: entre los Griegos; los héroes, tales como nos los pinta Homero; Hércules, Teseo, Jason, Aquiles, Ulises etc.: á quienes vemos despues del combate ocupados, unas veces, en curar las heridas de sus compañeros de armas; otras, en preparar su alimento; otras, un sacrificio; otras, una ceremonia fúnebre.

Hemos ya dicho que Machaon y Podaliro hijos de Esculapio; eran, al par que distinguidos capitanes, escelentes cirujanos y que la mayor

parte de los guerreros que asistieron al sitio de Troya se alababan de haber sido discípulos del Centauro Chiron. También sabemos que los Egipcios atribuían la invención del arte de curar y todos los demás artes y ciencias á muchos de sus reyes, principalmente á Hermes, autor, según ellos, de muchos libros que contenían los secretos médicos de entonces. Lo mismo decían los Caldeos respecto de Zoroastro, los Chinos de Cinningo y Hohanti. En una palabra, la misma tradición con algunas ligeras variantes vuelve á encontrarse en todas las naciones famosas de la antigüedad, deduciendo de esto que los primeros mandatarios de los pueblos eran al mismo tiempo médicos y sacerdotes. Por eso llamamos *patriarcal* á esta primera fase de la profesión, porque el ejercicio de la medicina constituía una especie de patronazgo, de protección.

Segunda fase. Cuando las tribus ó poblaciones nomadas se agruparon para formar naciones, cuando principiaron á tener industria, cuando fueron acrecentando sus conocimientos, con ayuda, sobre todo, del admirable artificio que permite fijar las ideas y dar cuerpo á la palabra fugitiva, entonces ya no fué posible que un solo hombre retuviera en su memoria cuanto se sabía, ni tampoco que una sola mano dirigiera los destinos de una asociación por pequeña que fuese. Viéronse, pues, obligados á compartir las funciones sociales según las circunstancias, pero siempre con la particularidad de conservar en muchos países y por mucho tiempo en una sola persona el sacerdocio y el ejercicio del arte de curar. Así sucedió en Egipto, cuyos sacerdotes en tiempo de Moisés ejercían la medicina y las demás profesiones liberales; estaban divididos en muchos órdenes y cada uno aprendía solo aquello que debía practicar. El legislador de los Hebreos, educado por los sacerdotes, introdujo la mayor parte de sus prácticas entre los Judíos y confió á los Levitas el culto y el ejercicio de la medicina y el de la higiene pública, la única parte de la ciencia que menciona en sus leyes.

En Grecia despues de la ruina de Troya hasta la dispersion de la sociedad pitagórica, los Aselepiades eran los únicos médicos á quien el público respetaba; sus templos se convirtieron en dispensarios donde acudían á consultar los enfermos de todas partes y aplicarse los remedios. Casi lo mismo sucedía en los demás países; lo hemos visto entre los antiguos Galos, y los habitantes de las islas británicas, entre los Chinos, los Japoneses, los Tártaros, los Africanos y los del nuevo continente, y lo veremos aparecer en Europa, en tiempos aun mas próximos á nosotros cuando á la civilización romana la reemplace la barbarie de los prime-

ros siglos de nuestra era. Esta coincidencia que podría llamarse universal no debería ser efecto de la casualidad, y es fácil explicarla, si se tiene en cuenta que en los siglos de ignorancia y superstición, se consideraba á las enfermedades, mas bien como un castigo del cielo, una advertencia de la cólera divina ó el resultado de alguna influencia maligna, que como efecto de causas naturales. Por eso creían que era preciso conjurar esta cólera, tanto, al menos con oraciones, con espiacones, con sacrificios, con exorcismos, como con remedios sacados de la misma naturaleza. Con esta disposición de los espíritus era casi inevitable separar á los sacerdotes del ejercicio de la medicina, porque tambien ellos participaban de la opinion general y creían que una de sus obligaciones era el curar los enfermos. A esta fase la daremos el nombre de *sacerdotal*.

Tercera fase. El clero, sin embargo no quedó siempre en ciertos países en posesion esclusiva de los secretos médicos, llegó tiempo en que el arte se enseñó públicamente y todo ciudadano podia dedicarse á su estudio y ejercicio. Esta resolucion se llevó á cabo primeramente en la Grecia, y hemos visto que se había manifestado hácia el principio del siglo V. antes de Jesucristo, despues de la dispersion de la sociedad pitagórica. Hemos tenido en cuenta alguna de las circunstancias que acompañaron á esta reforma, entré otras la publicacion de las doctrinas de las Escuelas médicas de Cnido y Coós: hemos dicho tambien como las familias médicas que estaban encargadas de la direccion de estos institutos y que pretendían descender de Esculapio, se asociaron de grado ó por fuerza á este movimiento intelectual, abriendo al público sus enseñanzas y divulgando sus secretos.

Es probable que mucho tiempo antes de esta revolucion, hubiera en Grecia y en otras partes, individuos que no fueran sacerdotes y que sin embargo, ejercieran el arte, pero estos no pasaban de ser unos médicos de baja estofa, verdaderos charlatanes depositarios de alguna panacea ó receta de familia; herbolarios, pero no verdaderos depositarios de la ciencia médica de su tiempo, pues solo los Aselepiades lo eran y la transmitian únicamente á los iniciados. No sucedió lo mismo despues de la revolucion que hemos citado; entonces la ciencia pasó al dominio de todos y para ser admitido en ella, bastaba tener lugar y medios para comprar libros y pagar á los Maestros. La ciencia ganó mucho con esta transformacion, pero la profesion decayó considerablemente en el ánimo del pueblo porque no veía desde entonces en ella mas que una especulacion. Esta reforma se estendió de Grecia, á Asia, á Egipto, penetró en Roma en

tiempo de la segunda guerra púnica, pero tardó en hacer adelanto alguno hasta que no vino en su ayuda el talento y la elocuencia de Asclepiades de Prusa, porque hasta entonces había sido allí la medicina una especie de patriarcado. El mas anciano ó mas instruido entre los parientes trataba á los enfermos de la familia como mejor le parecía, sin que los sacerdotes se entrometieran, mas especialmente, que los gafes de familia en estas funciones. Caton el censor se habia ocupado mucho de esta medicina doméstica, ha escrito un libro en el cual recomienda la berza como un remedio soberano en una multitud de casos. Veneraba el número tres como los pitagóricos y no se desdena de transmitir á la posteridad las palabras mágicas que el creia buenas para ayudar á reducir las fracturas y luxaciones.

Si esta medicina no es de ordinario la mas ilustrada ni la mas eficaz, en cambio es la mas suave y la mas desinteresada; por eso el viejo censor conservó hasta su muerte un odio implacable á los médicos verdaderos. He aquí los términos con que se dirige á su hijo Marco para que aborrezca como él á los médicos. «A su tiempo te diré lo que pienso de los Griegos y lo que hay en Atenas mas digno de aprecio; conviene estudiar, así como de paso, sus artes y sus ciencias, pero no profundizarlas. Yo volveré á ocuparme al fin de esta raza perversa y fiera; sin embargo, estate seguro, como si te lo digera un adivino, que tan pronto como esta nacion nos comunique sus conocimientos, echara á perder, corromperá cuanto toque, y lo hará con tanta mas facilidad y holgura, si nos trae además sus médicos. Estos han jurado matar con su ciencia á todos los creyentes en ella, y todavia exigen un estipendio á cuantos prestan sus cuidados, á fin de que se fien mejor de ellos y puedan acabar con mas facilidad con su vida. Son bastante insolentes para llamarnos bárbaros como hacen con los demás, y aun nos tratan con mas desvergüenza, pues nos llaman *opicos* (1) (*Cato De re rústica*.)

Si el odio de Caton parece ciego y ridiculo como todo lo que exagera, preciso es convenir por otra parte que los médicos griegos que venian á Roma daban motivo á estas invectivas. La mayor parte eran unos intrigantes, sin instruccion, sin educacion, sin mas objeto que hacer fortuna y dispuestos á cometer toda clase de bajezas con tal de conseguir su objeto. Así los retrata Galeno, como ya hemos tenido ocasion de decir en otra parte. El mismo Asclepiades de Prusia cuyo talento es indisputable y que parecía estar autorizado á ejercer con dig-

(1) Los antiguos designaban con este nombre á los habitantes de los campos. N. del T.

nidad el arte, no tuvo reparo en acudir á estos vergonzosos medios, pues prometía curar á todos sus enfermos de una manera *pronta, segura y curable*. «Cualquiera, dice, que conozca bien la medicina, no estará nunca enfermo. La fortuna se encargó de confirmar este aforismo en su persona, por que dejó esta vida á una edad muy avanzada sin haber estado enfermo, pues murió de un accidente. Este ejemplo de avaricia tuvo por desgracia muchos imitadores: algun tiempo después uno entre ellos mostró una imprudencia mayor. Fué Tésalo de Tralles, hijo de un tejedor, y tejedor él mismo, muy inferior en todo á su maestro, pero mas desvergonzado que estè. Se presentaba en público acompañado de una turba de discípulos, aprendices de panaderos, tejedores, cortadores, cardadores y otros oficios por el estilo, los cuales cantaban á voz en cuello las excelencias del maestro. Desde luego se advierte cuanto ruido metería una gente tan ignorante y cuanto ensalzarian á su director. Este llevó su audacia hasta escribir á Neron, diciéndole que todos cuantos médicos habían existido nada habían hecho en beneficio de la ciencia y de la humanidad; solo él era el autor del verdadero método de curar. La crónica refiere que alcanzó un éxito extraordinario ¡pero qué siglo! ¡qué príncipe!

A Roma acudían, mas que á parte alguna, muchos y malos médicos. Galeno esplica esta circunstancia del modo siguiente: «En una gran ciudad como es Roma, es muy fácil á un extranjero y á un romano ocultar su nombre, su origen, su fortuna y su conducta. No se juzga de las personas mas que por el boato con que se presentan en público, y si por casualidad llega á saberse quien es, le basta mudar de barrio para que nadie le conozca. En un pueblo pequeño todos los habitantes se conocen, se sabe quienes son sus padres, que educación dieron estos á sus hijos, cuál es la manera de vivir de cada uno, de suerte que es muy difícil el engaño, ó acaso imposible.»

En medio de este desbordamiento del charlatanismo, la salud de los ciudadanos se encontraba á merced del primer impostor que se llamaba médico, porque no había medio de distinguir al hombre honrado del embustero. Tal desórden no podía durar mucho y el exceso de mal dió margen á medidas represivas, como sucedió al poco tiempo. A esta tercera fase de la profesion la llamaremos *fase laica libre*.

Cuarta y última fase. El abuso que ocasionó la libertad sin límites del ejercicio del arte, obligó al Senado romano á intervenir y oponerse á tales excesos de una manera firme y digna. Aquí empieza para la profesion otra nueva fase que llamaré *fase laica organizada ó legal*.

El emperador Antonino Pio fué el primero que se ocupó de esto, menciona en muchos de sus decretos, inmunidades que disfrutaban los médicos de Beneficencia, de los partidos y del ejército. No es esta todavía la ocasión de compulsar las pruebas, basta con enunciarlas. (1)

Es preciso remontarse hasta los Emperadores cristianos para descubrir los primeros rudimentos de una verdadera organización médica. Solo entonces es cuando el título de *Archiatro* recibe un carácter legal al cual son unidas ciertas funciones, mientras que antes no era mas que un título honorífico, una distinción ambicionada por la vanidad y con frecuencia usurpada. Andromaco, médico de Neron, fué el primer Archiatro, porque Galeno que lo era de Marco Aurelio no llegó á conseguir llevar este nombre.

Desde el reinado de Constantino el Grande el nombre de Archiatro se encuentra con frecuencia en los edictos de los Emperadores; con él designaban, unas veces, á los médicos de la corte; otras, á los de inferior categoría, como á los de las ciudades y los campos. Había, pues, dos especies de Archiatros; *los palatinos* que formaban parte de la servidumbre imperial, figuraban entre los empleados mas distinguidos de la corte, y á veces se les conferían las primeras dignidades con notables privilegios. Estos disfrutaban en el siglo V el título de condes, duques y eran los confidentes de los emperadores (2).

Los otros llamados *populares* formaban en cada ciudad una especie de colegio encargado de la higiene y policía de las poblaciones. Nadie podía ejercer la medicina en su jurisdicción sin ser antes examinado y aprobado por ellos, y si alguno se preparaba á hacerlo sin este requisito, le echaban una multa de dos mil dragmas. El Estado pagaba á estos que gozaban tambien de muchos privilegios, pero no de tantos como los palatinos. En cambio de estas ventajas, tenían la obligación de visitar gratis á los pobres; no así á los ricos que tenían que abonarles sus derechos de asistencia. Los que no pertenecían al colegio no tenían la obligación primera, pero tampoco percibían sueldo del Estado ni disfrutaban de privilegio alguno; vivían del producto de su trabajo. Estos eran diez en las ciudades de primer orden, siete en las de segundo y cinco en las demás. Los municipios y las personas mas notables los elegían segun sus méritos. (3)

(1) Código de Justiniano, Lib. X, Tit. LI — De los Profesores y los Médicos I. — El Digesto, libro XXVII, tit. 1. — De las disculpas.

(2) Historia de la Cirujía, Lib. VI, t. II, pág. 715.

(3) Digesto, lib. L, t. IX De los decretos oficiales.

Tal fué la primera organizacion médica destinada á acabar con la anarquía de entonces, organizacion que duró hasta la destruccion del imperio romano por los bárbaros del Norte. En este periodo, que corresponde al año 400 de la era cristiana, figuran por primera vez personas encargadas de confeccionar los medicamentos propinados por los médicos (1). Eran muy parecidos á nuestros boticarios, aunque se diferenciaban mucho por su saber y posicion social. Antes los médicos preparaban ó hacian preparar á sus discipulos y sirvientes los remedios que disponian, segun se advierte en muchos pasajes de Hipócrates y Galeno. Los farmacópolas que mencionan los escritores anteriores al siglo IV no eran mas que droguistas ó herbolarios, á quienes se dirigian los médicos para proveerse de las sustancias que necesitaban. Acaso tambien alguno de estos tenia dispuesto algunos de un uso frecuente y diario, como la triaca. (2)

CAPÍTULO III.

Instituciones accesorias á la medicina.

Comprendo bajo este título los hospitales, los hospicios, los dispensarios, todos aquellos establecimientos, en fin, donde se daban los auxilios de la ciencia á las clases menesterosas. La antigüedad pagana no nos ha legado ningun establecimiento benéfico, al menos que no se considere como tal uno de los gimnasios de Atenas llamads *Cynosargo* en el cual recogian y daban de mamar á los recién nacidos abandonados criándoles hasta que llegaren á la edad de servir á la república ó bien trabajar en los pritaneos que habian creado muchas ciudades de aquel país para alojar y entretener á los ciudadanos que habian merecido bien de la pátria. La Roma republicana ó imperial jamás tuvo establecimientos de este género, los suplía con frecuentes repartos, ya de víveres, ya de tierras, con el perdon de las contribuciones atrasadas ó con el pago de una parte de las deudas particulares, con el permiso dado á los padres de abandonar á sus hijos recién nacidos cuando carecian de medios para alimentarlos, con la autorizacion para que pudie-

(1) Oribasio, *A Eunapio. En el premio de los Euporistas.*

(2) Dujardin y Poyrilhe, *Historia de la cirugía*, lib. V, t. II, pág. 61 y siguientes. Segun estos autores el primer ensayo de organizacion médica data desde el imperio romano en el IV y hasta en el III siglo de nuest. a. e. a, mientras que segun Cuvier no empezó hasta el VI, segun el modelo de los Establecimientos científicos fundados en Persia por los Nestorianos. *Historia de las ciencias naturales*, por G. Cuvier, redactada por Mr. Magdalena de San Agý. París 1811, t. I, pág. 407.

ran enlazarse las familias plebeyas con las patricias. El amo mantenía y cuidaba á sus esclavos como propiedad que era suya, ni mas ni menos que á sus ganados. El derecho de hospitalidad, establecido entre las familias, ciudades, villas y lugares aseguraba al viajero la subsistencia y el alojamiento.

Pero ninguna de estas instituciones se parece á los hospitales de hoy, nada de esto da una idea de estos Establecimientos. Al Cristianismo debemos la fundacion de las primeras hospederías y de los primeros hospicios. (1) Santa Paula, dama romana, al terminar el siglo V. despues de haber brillado en el mundo y dado ejemplo de las mas raras virtudes se retiró para continuar con mas libertad una vida llena de abnegacion y desinterés. Marchó á Jerusalem, cuna de la fé, teatro de las mas grandes maravillas, allí se asoció á otras mugeres animadas de los mismos sentimientos piadosos y formó con ellas bajo la direccion de San Gerónimo (2) una congregacion que compartía el dia en leer libros santos y en practicar obras de caridad. La multitud de fieles que venia á visitar estos lugares sagrados, los que por iguales motivos habian fijado allí su residencia, estaban con frecuencia espuestos á las mas duras privaciones y aun cuando soportasen con un valor heroico y una resignacion estoica sus desgracias, no podrían menos de impresionar á sus hermanos en Jesucristo, especialmente en los casos de verlos enfermar y sin auxilios. Crearon para estos casos asilos donde alojarlos y atenderlos en sus enfermedades, allí recibían el cariño y los cuidados de una caridad la mas ingeniosa, á la par que la asistencia médica, eran para estos desgraciados una verdadera providencia. Los que á estas prácticas se dedicaban, pensaban que este era el mejor medio de que Dios perdonara sus debilidades, todas sus imperfecciones y creencias; tales eran las mas á propósito para exaltar la compasion instintiva de un sexo eminentemente simpático.

Estas santas mujeres fundaron un hospicio para los pobres enfermos, y á fin de poner el último peldaño á esta obra de misericordia, compraron una casa fuera de la ciudad, donde enviaban á los convale-

(1) Consultar sobre esto á Percy y Willaumo. *Memoria sobre esta cuestion: «Los antiguos, tenían establecimientos públicos para los pobres, los huérfanos ó los desamparados los militares, enfermos ó heridos ó no? Que es lo que habia de cierto. Paris 1815 en 8.^a»*

(2) A este santo se atribuyeron las primeras noticias que nos dá la historia acerca de los hospitales. Refiere que un insigne varon llamado Oceanio gastó todas sus riquezas en fundar un lugar en el cual se recogiesen y fueren asistidos todos los enfermos de las inmediaciones y designa esta institucion con la voz de *nosocomium* que como se sabe es de origen griego y formada de *nosos* enfermedad y *comio* cura; la cual empleó antes San Gerónimo que otro alguno. Y hablando de Sta. Paula dice que los Médicos de los hospitales la aconsejaron el uso del vino para preservarla de la hidropesia. N. del T.

cientes á respirar un aire puro y disfrutar de los encantos de la campiña tan saludables á estos. Tambien en este mismo siglo se instituyó en Etiopía una religion hospitalaria con el nombre de *San Antonio Abad* que se hizo despues órden militar, y acaso á su imitacion se creó en Francia la que en fines del siglo XII y principios del XIII se estableció con el mismo título y tuvo á su cuidado y direccion en Europa muchas casas-hospitales para los atacados de la terrible enfermedad llamada *fuego sacro, fuego pérsico, fuego de San Anton*, la cual parece no era otra cosa que el ergotismo gangrenoso bajo una forma epidémica ó por lo menos muy general, y que en los referidos siglos hizo terribles estragos en España y en las islas Baleares. Posteriormente se han creado otros asilos benéficos bajo nombres distintos en otros paises por asociaciones fundadas por el celo caritativo y verdaderamente religioso de los cristianos, que han concluido * por ser verdaderos hospitales; tales son los de San Juan de Dios, del Amor de Dios, de la Misericordia, de San Vicente de Paul, etc. Despues los emperadores, los reyes, los califas, levantaron á porfia grandiosos edificios para aliviar las miserias humanas, dotándoles de rentas con que atender á sus necesidades. Crearon dispensarios, asilos de beneficencia, concluyendo por fin por convertir á estos asilos en escuelas médicas que contribuyeron grandemente á los progresos del arte.

MEDICINA HISPANO-GODA.

* Llevamos dicho en el anterior periodo, que los Godos, los Suevos, los Vándalos, vinieron en los primeros siglos á reemplazar á los Romanos en nuestro país. Estos, débiles, flacos, sin valor cívico, tuvieron que dar paso á otros menos afeminados, mas fuertes y mas ansiosos de estender sus dominios por otros paises. Huestes numerosas de habitantes del Norte acaudilladas por el soldado Constantino, proclamado Emperador por las legiones romanas sublevadas de la Gran Bretaña, ocuparon las Galias, atravesaron los Pirineos, arrollaron y acuchillaron las legiones de los generales de Honorio, último Emperador romano, y se estendieron por el territorio de la Península, destruyendo á su paso cuanto no convenia á sus propósitos de conquista y venganza. Las ciencias, no muy adelantadas por cierto entre nosotros en los siglos anteriores á los romanos y durante su dominacion, tendrían que resentirse de la oscuridad en que se hallaba envuelto el génio de los nuevos conquistadores, mas fuertes que morigerados, mas rudos que instruidos.

Estos que estaban persuadidos que los Romanos habian alcanzado aquél grado de decadencia y debilidad en el cultivo de las ciencias y de las artes, tenían horror á los sábios, á los matemáticos, á los filósofos. La ignorancia era muy grande ya en el siglo VI y llegó á su colmo en el VII. En este siglo bastaba que un eclesiástico alcanzara á salmodiar el canto llano para ser tenido por un sábio. La medicina tendria que sufrir como las demás ciencias el trabajo de destruccion comenzado en todas las comarcas romanas ocupadas entonces por aquellas razas semi-salvajes que odiaban hasta el nombre de los antiguos poseedores del territorio ibero. El nombre de *Romano* habia llegado á ser entre ellos un epíteto el mas injurioso que un hombre podia dirigir á otro. No habian, pues, de ocuparse de crear escuelas, establecer métodos para enseñar ni levantar monumentos que atestiguaran sus deseos de hacer progresar la ilustracion algo mas que lo que fué en el período anatómico. Asi parece ser lo cierto porque no puede probarse historicamente que hubiera medicina española y verdaderos médicos españoles en aquellos siglos. No conocemos documento alguno del nombre, escritos ú opiniones de médico alguno, ni de escuelas donde se enseñara la ciencia con método. Las mismas leyes godas arrojan mucha luz para pensar de esta manera, ellas demuestran de una manera indudable que los encargados de la asistencia de los enfermos eran personas de poca ó ninguna instruccion y de conducta sospechosa. Por aquella legislacion (1) «el físico y el barbero (que les coloca en el mismo rango) no pueden curar ni sangrar una mujer sin que estén presentes sus allegados, ni visitar los presos sin que lo presencie el carcelero, porque dice la ley (2) *non demanden que les de alguna cosa con que mueran, de beber.*

(3) Los físicos contrataban la asistencia de los enfermos con la condicion de no recibir estipendio alguno si el enfermo se moria. (4) Si sangraban á alguno y este enflaquecia por la sangría, decian: *que pague el fisico 150 sueldos, y si muere, metan el fisico en poder de los parientes que fagan de él lo que quieran.*

Con leyes tan opresoras y repugnantes no es posible que existieran médicos instruidos y reglamentados, cual pretenden algunos historiadores. Ningun hombre que se apreciara en algo, podia dedicarse á su

(1) Fuero juzgo, Ley I. Euricó.

(2) Idem Id., Libro 11., Ley II. Euricó.

(3) Idem Id., Ley IV. Euricó.

(4) Idem Id., Ley VI. Euricó.

N. del T.

estudio y ejercicio con disposiciones que le hacian responder con su bolsillo y su cuerpo del éxito de la enfermedad, y no así como quiera, *sinó entregado á los parientes del difunto para que fagan de él lo que quieran.*

Otras muchas leyes hay referentes á la enseñanza, á los hechiceros, adivinos, encantadores etc., que demuestran bien el estado de ignorancia de aquellos tiempos. Hay una referente á lo primero que dice así. (1) *El fisico que enseñe á un discípulo, recibirá doce sueldos por su trabajo,*» cantidad que por cierto no llega á la duodécima parte de la multa que se le imponía al maestro, por si solo enflaquecía el enfermo despues de hacerle una sangría. Se conoce por esto sin grande esfuerzo lo poco que apreciaban á la mas benéfica de las ciencias y del ningun empeño que tenían de sacarla del estado de postracion en que se hallaba. No habia pues medicina científica, ni médicos que sirvieran de intérpretes de sus adelantos y decisiones, al menos en lo que se refiere á Profesores civiles. Si algo se sabía, si algun impulso progresivo recibieron las ciencias en aquel período de descomposicion, fué debido á los Clérigos, que mejor educados respectivamente que los Seglares, habian de tener mas desenvuelta su inteligencia y mas en armonía con la educacion que recibieron, circunstancia en verdad muy á propósito para que esta clase se hiciera dueña del poder y de las creencias. Los sacerdotes encargados de conservar la pureza del dogma, de moralizar y suavizar las costumbres, se abrogaron facultades y derechos que redundaban en provecho de sus asociados y en perjuicio de aquellos que diferian en opiniones religiosas, como acontecia con los Judios. Emplearon, pues, una terapéutica mística basada mas bien en supuestos milagros, conjuros, oblacones y exorcismos, que en verdaderos remedios capaces de hacer desaparecer las enfermedades, práctica que daba un fruto muy distinto que el que obtenian sus compañeros civiles.

El médico clérigo no vacilaba en asegurar que sus descabros eran debidos al enojo de la divinidad, no á su ignorancia, y sus triunfos á Dios y á su ciencia; salvando de este modo su responsabilidad médica y su reputacion de las hablillas del vulgo, cosa que no acontecia á sus compañeros no clérigos que la ponian siempre á prueba y muchas veces en grave peligro. Pero por lo mismo que gozaban de mayor prestigio que sus compañeros *los fisicos*, habian de cometer mas faltas en su

(1) Fuero Juzgo, Libro 11, Ley VII. Vense otras muchas correspondientes á Sisnando, Recesvinto, etc.
N. del T.

primitivo y sagrado ministerio, dando así lugar á quejas y reformas de importancia. Vinieron despues los concilios, publicaron nuevas leyes que prohibieron el estenso y libre ejercicio de la profesion á la mayor parte de estos médicos regulares, quedando solo vinculado este privilegio en algunas órdenes religiosas, como las de San Juan de Dios y la Merced.

La Cirujía que no transige con la terapéutica mística y adivinatoria como su hermana la medicina, que no establece indicaciones sin un fundamento sólido y muchas veces tangible, se cultivaba entre aquellos sacerdotes médicos con bastante acierto y regularidad; contaba con el conocimiento y práctica de bastantes operaciones, entre ellas la Cesárea que hizo con feliz resultado en Mérida (Estremadura) el Médico y Obispo Paulo despues de un estudio detenido del hecho que la motivó. Ignoramos si los demás ramos del arte sufrieron algun adelanto, ó si por el contrario cayeron en un olvido lamentable por culpa de estos profesores ó por la de los Gobiernos de entonces. La historia nada nos enseña, ó si algo dice alusivo á esto, está lleno de dudas que sirven mas para confundir al que las trata de desenmarañar, que para arrojar luz sobre ellas. Lo único que parece cierto es, que los sacerdotes contribuyeron á mantener vivos los recuerdos médicos que encontraron en España y acaso á acrecentarlos algo mas que lo que ya estaban, cosa, en verdad, de grandísima importancia en un período histórico tan sugeto á controversia como es el que examinamos. Basten ahora estas indicaciones que podrán servir en lo sucesivo á los que se dediquen á desenmarañar las oscuridades de la historia para resolver las dudas que abrigan hasta hoy todos los que la riuden culto.

Ocupémonos, pues, de otra medicina y de otros médicos, aun cuando para hacerlo, tengamos que alterar el órden cronológico, medicina y médicos que han impreso un carácter especial al período que sigue debido á la índole y natural disposicion de los dedicados á su estudio. Es la medicina hebrea y los hebreos sus intérpretes.

MEDICINA HISPANO-HEBREA.

Ningun historiador ha podido hasta ahora marcar la época de la venida de los Judios á España, algunos la hacen coetánea á la de las primeras colonias que la invadieron. Cuando Roma subyugó á la Judea, muchos de los que pudieron librarse de las iras de su nuevo dueño buscaron un nuevo asilo en Oriente, en Babilonia, en Egipto, y en

nuestro país. Su diseminacion hizo que carecieran de verdadera pátria y de interés para adoptarla, y que errantes por el globo, no tuvieran otro móvil que aumentar sus riquezas, para poder ser útiles á sí mismos y conservar su independencia en medio de los países que los habian dado asilo. Por eso se dedicaron al comercio y al cultivo de las ciencias que, como la medicina, habian de acrecer su importancia é influencia para con sus opresores. Su número fué aumentando poco á poco en nuestra Península con la venida de los Romanos, de los Godos, de los Arabes y de las naciones que sucesivamente fueron ocupando el territorio.

Muchos escritores al ocuparse de la medicina hebreo-española nos hablan de obras, nos señalan escuelas públicas donde se aprendia la ciencia y donde se conferian grados que autorizaban á su ejercicio, pero lo hacen sin apoyarse en documento alguno que justifique su opinion. Verdad es que los judios españoles han desempeñado un papel importantísimo en la Historia de la medicina pátria, que han prestado verdaderos servicios á la ciencia en España, que su reconocida capacidad hacia que los Reyes y los Príncipes les eligieran para que cuidaran de su salud; pero de esto, á ser verdad que ejercieron y enseñaron metódicamente la ciencia haciéndola llegar á un alto grado de esplendor en los primeros siglos de nuestra era, hay una gran distancia. Su importancia social y científica no empieza hasta el siglo XI. porque antes subyugados por las leyes bárbaras (1) de los dominadores del país no llamaban la atencion. Veamos sinó lo que dice Rodrigo de Castro en su Biblioteca de autores sabios españoles. «Las edades de las Talmudistas ó Emorain concluyen en el año 505 de nuestra era. De estos Emorain y de los sabios que les sucedieron en las Academias de Pombidita y Mehasiad en Persia faeron discípulos los judios españoles descen-

1) He aquí algunas: Fuero Juzgo—Ley 12—Que ningún judío circuncide servo christiano—Mandamos que ningún judío non compre servo christiano nin lo reciba donado, é si lo comprar ó recibir donado é lo circuncidar, pierda el precio que dió por él, é el servo christiano sea fecho libre, é el judío que circuncidar servo christiano pierda todo quanto há, é sea todo del rey ó el servo ó la serva que non quisier ser judios deben ser libres.

Ley 13—Que ningún judío se torne christiano.

Ley 14—Que ningún servo christiano se torne judío.

Ley 15—Que ningún christiano compase á ningún judío.

En vista de estas leyes, los judios de Toledo hicieron una abjuracion y protestacion en tiempo del Rey Recesvint. Posteriormente por decreto del Rey D. Juan I., dado en Soria el año 1380 y por una disposicion de las Cortes, celebradas en Toledo el año 1480, volvieron á sufrir las vejaciones que antes, vejaciones que vino á aumentar la bula expedida en Roma por el Papa Sisto IV. creando la inquisicion en España, la que despues dió varias órdenes para la estincion de los judios que no llegó á consumarse hasta su total espulsion por los Reyes católicos. Hoy han desaparecido todas estas trabas y los adoradores de las tablas de la Ley mosaica pueden dedicarse á su culto y sus quehaceres bajo el amparo de las leyes.

N. del T.

dientes de las tribus de David y de Judá que se establecieron en España despues de la destrucción del Templo y Ciudad de Jerusalem por el Emperador Tito Vespasiano, como refiere R. Abraham Ben David, en el libro *Sedem Holam: Orden del mundo*; y fueron los mas señalados entre los de otras naciones por su sabiduria, y profunda inteligencia en la ley en las cinco edades de los sábios Rabanam, Seburae, espositores del Talmud, en las ocho de los Gueonim Maestros universales de la Yesiba ó Academia de Pombidita en la Persia y en la edad de los Rabanim en que se empezaron á erigir en España sus Academias, siendo la primera la que se fundó en la Ciudad de Córdoba en el año del mundo 2708 (de Cristo 948) por R. Mosch uno de los mas famosos sábios de Pombidita. En este tiempo cesaron las edades de los Gueonim en la Persia y empezaron las de los Rabanim en España y en la primera de esta empieza la série continuada de los escritores sabinos españoles.»

El primer Médico Español judío de que se tiene noticia es *Izchag* que vivia por los años 1040 y que escribió una obra de medicina en castellano, sobre las diferentes especies de fiebres, incluidas las intermitentes, la cual se halla manuscrita en la Biblioteca del Escorial, obra que entre otras cosas dignas de notarse sobre el método mas filosófico de estudiar las fiebres es digno de llamar la atención el pasage siguiente: «En la fiebre hay que considerar que es, é qual es, como é, porque é, donde nace, é donde é, é como se cria, ca en demandar de la fiebre si es, será gran sandez. Ca vemos é entendemos que fiebre es de muchas maneras: mas comencemos á saber que es la su definición, sabremos la su natural é la su sustancia cual es, ca así se demuestra la sustancia cual es de las cosas.»

Gran sandez, dice este judío, que es creer en la esencialidad de las fiebres, calificación que estampa tambien el fraile Rodriguez en su *Palestra Médica*, y en nuestros dias el mismo Brousseais á quien se le considera como el inventor de la idea.

Este mismo médico judío escribió un libro de *Moral Médica* que bien pudiera servir hoy de modelo á los escritores de nuestros dias. Hay en él un capítulo con el epigrafe de «*Cual debe ser el discípulo*» digno de llamar la atención de cuantos escriban sobre el asunto. Encarga que el discípulo honre al maestro, sea obediente á sus mandatos cual si fuera su padre, que sea laborioso, que atienda lo mismo á los pobres que á los ricos, que sea prudente, reservado, continente, modesto, estudioso, humilde, caritativo y religioso, todo con el propósito de ser útil á sus enfermos.

Otro de los célebres judíos que merece particular mención es el Cordobés Moseh-Ben-Maimon (*Maimonides*) por otro nombre Ramban, que adquirió gran renombre literario por sus grandes conocimientos lingüísticos, por sus aforismos médicos dignos de tanta estima como los de Hipócrates, y por sus compendios de los libros de Galeno y Avicena despojados de aquellas parafrasis peripatéticas de que abundan los escritos del primero.

Maestro Alfonso, conocido entre los de su religion con el nombre de Babi-Abner, nació en Burgos el año 1270, fué médico de la Ciudad de Valladolid donde abjuró el Judaismo. Compuso varios libros entre ellos uno sobre la concordia de las leyes y dejó otros muchos manuscritos que se hallaban en el Monasterio de Benedictinos de la misma Ciudad.

Moseh-Abdalla que tradujo al hebreo y al catalan los Aforismos de Hipócrates. En esta traduccion hace ver este autor el gusto que se tenía entonces en el cultivo de la Medicina clínica á pesar de la diferencia de opiniones filosóficas entre los de su raza y los Arabes, partidarios de Galeno y Aristóteles. Contemporáneo de este Judío fué el anónimo autor de la obra de *Regia medicina practica Castellæ*, médico de D. Fernando IV, Rey de Castilla. En ella se ocupa de estudiar á la manera de Hipócrates la influencia de los agentes cosmicos sobre los individuos y las poblaciones, llamando seriamente la atención de todos hácia un estudio poco cultivado hasta entonces.

Amato y Zacuto, Lusitanos, discípulos del Dr. Alderete, catedrático de la Universidad de Salamanca, dignos de recordarse por su precoz ingenio y asombrosa erudicion. El primero empezó á ejercer la Cirujía á la temprana edad de 48 años y publicó varios libros, comentó á Dioscorides, escribió un opúsculo sobre la manera de visitar los enfermos y otro sobre el modo de proceder al estudio de la Clínica médica. El segundo cultivo la medicina y escribió un libro titulado *Historia Medicorum Principum* destinado á dirigir á los jóvenes en el camino difícil y espinoso de la práctica.

Por último, y dejando á un lado otros muchos, *Himmanuel Gomez*, que además de médico, era poeta; glosó el primer aforismo de Hipócrates y encomió mucho la necesidad que tiene el médico de aprovechar la ocasion en las enfermedades, sinó quiere verse espuesto á sufrir grandes descalabros.

Los médicos hebreos fueron tambien hábiles Cirujanos, pues practicaron graves y delicadas operaciones, como la de la catarata al Rey D. Juan de Aragon, cuando ya tenía setenta años de edad, la de la ta-

lla, fistulas etc. Fueron además excelentes naturalistas y consumados orientalistas como lo confirma la eleccion que se hizo en Alfonso de Alcalá, Doctor en medicina por la Universidad de Salamanca, para la traduccion de nuestra Biblia poliglota.

RESUMEN DEL PERIODO GRIEGO.

En tiempo de Galeno todavía se disecaban animales, y este mismo Profesor nos dice que hacía sus demostraciones en monos cuya organización se aproxima mucho á la del hombre. Muchas veces aun, los médicos que seguían á los grandes ejércitos, obtenían permiso para abrir el cuerpo de alguno que hubiese muerto en el campo de batalla; pero tal costumbre llegó á perderse por completo. Ya no se estudió mas que en los libros la organización humana, los cristianos tenían mas repugnancia á su estudio práctico que los mismos paganos, y los Padres de la Iglesia primitiva lanzaron anatemas contra esta profanación de los restos del hombre.

Este abandono de la anatomía ayudó mucho á la decadencia del arte de curar, pero tambien hubo otras causas tan poderosas que contribuyeron á ello. Una de las primeras y mas principales fué la rápida propagacion del cristianismo que acabó con todas las escuelas paganas, desacreditó las ciencias profanas y concluyó con su enseñanza, reanimó ó creó de nuevo en todas las inteligencias el gusto á las disputas religiosas, pasión que hizo tanto daño á la nueva iglesia y apresuró la caída del imperio de Oriente. La segunda fué los pocos que cultivaban las ciencias profanas unidas entre sí de una manera muy defectuosa, explicaban los hechos naturales del mismo modo que los antiguos, sin atreverse á añadir nada nuevo á lo dicho por estos. Alejandro de Tralles y Pablo de Egina en el trascurso de mas de cuatro siglos parecieron algo originales; el uno con algunas observaciones que enriquecieron la patología y la terapéutica internas, y el otro perfeccionando algunos métodos y procedimientos en Cirujía.

Pero si el periodo que acabamos de estudiar fué perjudicial para las ciencias, no lo fué para las mejoras sociales. Principió á organizarse y reglamentarse el ejercicio del arte poniendo coto de esta manera á los excesos del charlatanismo. Se publicó una ley para refrenar estas intrusiones, la cual exigía ciertas condiciones de capacidad y crédito de parte del que quería ejercer la profesion, ley que respondía á una necesidad apremiante para el buen servicio de la generalidad. En fin,

los establecimientos de caridad creados entonces se convirtieron en centros de instruccion médica.

Este periodo primero de transicion no ha sido perdido del todo para el porvenir de la ciencia, y sobre todo para el alivio de la humanidad.

PERÍODO ARABIGO.

Principia en la destruccion de la Biblioteca de Alejandria año 640 de la Era cristiana, y concluye al fin del siglo XIV.

CONSIDERACIONES GENERALES.

En la época en que dá principio este período no existía ya el imperio de Occidente, sus provincias habian sido ocupadas por los bárbaros salidos de las selvas de la Germania. Con sus restos formaron muchos reinos independientes, de los que mas notables fueron el de los Francos en las Galias, el de los Visigodos en España y el de los Lombardos en Italia. Justiniano fué el último Emperador romano, cuyas armas sostuvieron algo su brillo en Italia, Africa y España, gracias á la habilidad de alguno de sus generales, especialmente á la de Belisario.

El imperio de Oriente, fuerte todavía, era atacado por todas partes y cada dia perdía alguno de sus apoyos, pareciéndose á una plaza fuerte que los enemigos la tienen sitiada y vé caer poco á poco en su poder los baluartes destinados á sostenerla. Los Turcos habian principiado á recorrer las orillas del Danubio; los Persas, esos eternos enemigos del nombre romano, les hacian una guerra sin tregua, unas veces descaradamente, otras oculta. En fin, acababa de salir de los desiertos de la Arabia un adversario mas temible y que hacia sufrir entonces al imperio crueles pérdidas: este era el pueblo árabe. Allí habia un hombre legislador, profeta y conquistador á la vez, que habia reunido bajo un mismo mando y bajo un mismo culto á tribus en otro tiempo divididas y rivales, con las que formó una nacion poderosa y entusiasta, animada de la sed de conquistas y del ardor del proselitismo. Este hombre era Mahoma que se dedicó á propagar su doctrina. Cincuenta años después ya ocupaban sus sectarios toda la Arabia, la Judea, la Siria, el Egipto. El año 640 ó 644 Amrou acabó la conquista de este último reino apoderándose de Alejandria, su capital. Este mismo Amrou condenó á ser pasto de las llamas la biblioteca alejandrina, en cumplimiento

to de las órdenes del califa Omar, segundo sucesor de Mahoma. Se componía de quinientos mil volúmenes que sirvieron, según el historiador Abulfarage, para calentar por espacio de seis meses los baños públicos, que pasaban entonces de cuatro mil. Tal fué el primer fruto del Establecimiento del Islamismo. (1)

Felizmente el ardor de hacer prosélitos duró poco entre los príncipes musulmanes y la política fué para ellos de un orden mas elevado que la religion; muchos se dedicaron á recoger los restos de la ciencia antigua escapados al fanatismo ignorante de sus antepasados. Mas tolerantes en materias religiosas que los príncipes cristianos sus coetáneos, acogian sin distincion de pais y de creencias á todos los hombres notables que se re refugiaban en sus estados, dándoles empleos y recompensas proporcionadas á su mérito. De esta manera los filósofos y los perseguidos por hereges, buscaron un asilo entre los musulmanes, llevándoles en cambio sus conocimientos y la civilizacion griega.

Entre los príncipes de esta nacion que se distinguieron por su grande amor á las letras, figura en primer lugar Haroun al-Raschid, llamado el *Carlo-magno de Oriente*, contemporáneo y émulo en gloria del Emperador de los Francos, el héroe de tantas leyendas y poesias árabes, cuya dominacion se estendía al Asia, Africa y Europa; es decir, desde las orillas del Ganges hasta la Península Española. Embelleció mucho á Bagdad, capital de su nacion, la dotó de escuelas públicas, de mezquitas, de hospitales. Todavía Almamon, su hijo y sucesor, hizo mayores esfuerzos en favor de las ciencias y de las artes, fundó la Academia de la misma capital, que llegó á ser una de las mas célebres de la edad media, y no perdonó sacrificio alguno por atraer hácia sí á los sábios ilustres de todos los paises; encargó á sus embajadores que compráran todos los escritos de filósofos y médicos que encontráran, y á medida que los recibía los mandaba traducir al árabe. El intérprete Honain, que por cierto era cristiano, se ocupó en esto por espacio de mas de cuarenta años, cada libro que traducía se le pagaba, literalmente, á peso de oro.

* La dominacion árabe en España durante los siglos 10 y 13 hizo progresar mucho las ciencias y las artes. Muchas ciudades tenían escuelas, Academias y bibliotecas públicas: las de Córdoba, Toledo, Sevilla y Murcia fueron célebres en todo el Occidente, y de todos los confi-

(1) Algunos críticos modernos han querido poner en duda el incendio de la Biblioteca de Alejandria por los Arabes, pero Mr. Matter ha consignado este hecho con pruebas irrecusables.

nes de Europa venían á instituirse á estos centros del saber árabe. La Biblioteca de Córdoba, capital del reino, contenía mas de 224.000 volúmenes. El cetro literario y científico había pasado de las manos de los Griegos y Romanos á la de los Arabes; la ciencia de estos estaba dividida en este periodo, entre Baydad; Córdoba y Toledo, entre Asia y España.

Los árabes abrazaron con ardor el estudio de la medicina, se empeñaron en traducir á su idioma todos los libros griegos que tuvieron á la mano y á ellos debemos la conservacion de algunos fragmentos, sin embargo de que poseemos otros que no conocieron; por ejemplo, los escritos de Areteo y muchos libros de Galeno.

Los Arabes no hicieron caso alguno de los autores latinos, no conocieron á Celso ni á Celio Aureliano, tuvieron nociones mas incompletas que nosotros de la antigua medicina, aunque estuvieron mas cerca de sus orígenes.

La anatomía y la fisiología, lejos de adelantar entre los árabes, al contrario, retrogradó. Sus médicos jamás diseccionaron cadáveres y se atuvieron en un todo á lo dicho por Galeno, limitándose á copiar y traducir con la mayor fidelidad posible sus descripciones, trabajo que no solo había de tener las inexactitudes del original, sinó las del traductor cuando este no iba á copiar directamente á la naturaleza. Compréndese por esto que su Anatomía había de ser inferior á la de los Griegos, su modelo.* Sin embargo no faltó algun medico español de esta raza que á pesar de la terminante prohibicion del su código religioso de diseccionar cadáveres humanos, se propusiese estudiarla y rectificase muchos conceptos de Galeno. Estos fueron Abdalla Tif, médico de Baddad, Mohamad Algapheki y Aberroes, maestros de la escuela de Córdoba. Mohamad escribió un libro con el nombre del *Disector*, ó sea *Anatomía del cuerpo humano*, la cual distribuyó en seis partes que versaban, de los huesos, de los músculos, de los vasos, etc. Aberroes otro en que recomienda al profesor la necesidad del estudio de la organización como base fundamental de la ciencia; describe en él los huesos, los músculos, los vasos, los nervios y muchas vísceras. Tampoco desdeñaron ni se atuvieron en fisiología los árabes españoles á lo dicho por Galeno, pues el mismo Aberroes estampa en el capítulo 8.º de su *Coliget* las siguientes palabras que prueban á que altura se hallaban de conocimientos en fisiología, en particular en lo referente á la circulacion de la sangre: *arteriæ quæ portam sanguinem á corde et ramificatæ sunt per totum corpus ad ferendum rem ipstam*; y un poco

mas abajo dice: *manifestum est de anatomia quæ multæ arteria à corde mittuntur ad cerebrum.*

Conocieron el papel que la médula desempeñaba en los movimientos voluntarios, digeron que sus cordones eran los conductores de sus determinaciones, no desconocieron la sensibilidad de los órganos, de los huesos, las funciones que muchos de estos desempeñaban; describieron los temperamentos y dieron reglas para modificarlos en beneficio de la salud, en fin, señalaron una infinidad de detalles que no nos es dado indicar en este lugar.

La patología de los Arabes se enriqueció con algunas observaciones nuevas, de las que indicaremos al hablar de sus hombres mas notables. Los médicos de esta nacion fueron los primeros que empezaron á distinguir las fiebres eruptivas por sus caracteres exteriores, cosa que casi omitieron los Griegos. Los de la escuela de Córdoba emitieron ideas muy atrevidas sobre la mayor parte de estas enfermedades y especialmente sobre las fiebres en general y sobre los absesos, diciendo que su calentura era puramente un accidente que no desaparecería ínterin durase la coleccion que la motivaba. Muchos llamaron la atencion sobre la frecuencia de las enfermedades del aparato digestivo, en particular Abenozar que dedicó un capítulo entero á su estudio en el tratado 45 de su grande obra. El mismo nos enseña la manera de alcanzar un diagnóstico exácto de las lesiones del corazon sin valerse por ello mas que del estudio ostensible de los síntomas, pues sabido es que este médico no conocía los medios de inspeccion que hoy sirven al práctico para el perfecto conocimiento de las alteraciones de este centro.

La cirugía no se contentó con adiciones insignificantes tales como el uso de pomadas, emplastos, unguentos; adiciones que estaban muy lejos de compensar las pérdidas sufridas por el abandono de una multitud de operaciones usadas entre los griegos; sinó que las heridas, los absesos, los tumores, las fracturas fueron objeto de estudio y preferente atencion por los médicos cordoveses.

La terapéutica hizo grandes progresos entre estos. Su materia médica espurgada de todo el farrago de medicamentos inútiles empezó á retener aquellos que con justicia merecian el nombre de tales. Introdujeron y retuvieron, entre otros, á los purgantes minorativos, como la casia, el maná, el sén, que reemplazan con ventaja en muchas ocasiones á los fuertes, empleados por los antiguos; mejoraron los jarabes, los espíritus, las aguas destiladas mas usuales, estudiaron los efectos de algunas sustancias empleadas como antidotos en algunos envenenamien-

tos, buscaron con afan algunos cuerpos capaces de acabar y deshacer los cálculos vexicales que tanta gravedad llevan en sí y dieron la primacia al aceite de huevos, al bálsamo natural, al de alquimeso etc. Los mismos pensaban y no sin razon alguna, que un solo individuo no podría ejercer dignamente en todo la ciencia médica sin detrimento de su propia instruccion, y al efecto convinieron en separar la terapéutica interna de la esterna. Crearon por consiguiente médicos y cirujanos encargados cada cual del ejercicio de la parte de la ciencia que se les encomendaba ó á la que tenian especial predileccion. Abenzoar Padre decia que los grandes Médicos no deben ejecutar operaciones de Cirujía si es que han de ser considerados por sus compañeros y el público; pero el hijo critica la contestacion de su padre y dice: «mi padre «ha sido uno de aquellos que ha pasado toda su vida sin hacer opera- «cion alguna y si la necesidad le hubiese puesto en el caso de hacerla, «no hubiera sabido, aun cuando hubiera querido practicarla, por no es- «tar acostumbrado. Yo aunque dotado de un espíritu apocado, he que- «rido ejercerla por recreo y por amor al arte: para conseguirlo lo «aprendí con el estudio y despues quise por esperiencia saber la com- «posicion de las medicinas. Quise tambien conocer los huesos y sus re- «laciones; todo esto quise, no solo saberlo, sinó ejercerlo y practicarlo «con mis propias manos y con toda mi voluntad; he seguido y seguiré «siempre este camino por mas vil y despreciable que parezca á los «médicos.»

Fueron, en fin, dogmáticos á la manera de Hipócrates y Galeno y sus ideas médico-prácticas están espuestas en las siguientes líneas que no se desdeñarán acoger los Profesores juiciosos y algun tanto notables de este siglo. *Sola la esperiencia es la guia fiel y la piedra de toque de una práctica racional y la que debe condenar ó absolver á los médicos, tanto en esta vida como en la otra.....que el arte de curar no se adquiere con distinciones lógicas y sutilezas sofisticas, pues solamente el largo uso, acompañado de un principio sólido es el que puede dar al hombre un talento regular.*

Vamos á ver por el conocimiento de la vida de sus hombres mas notables que fué entre ellos el arte.

CAPÍTULO PRIMERO.

Medicina de los Arabes.

§. I.

Razes ó Rasis es el primer Médico algo notable que ha escrito en idioma árabe. Era Persa de origen y floreció á la conclusion del siglo IX y principios del X. Si se ha de dar crédito á los escritores de su nación naturalmente inclinados á lo exagerado y maravilloso, era un hombre muy versado en todas las ciencias: en música, en astronomía, matemáticas, química, medicina etc.; lo cierto es que á los treinta años era uno de los profesores mas distinguidos de la Academia de Bagdad, y que venían de muy lejos á escuchar sus lecciones. Elejido entre otros muchos y hábiles médicos para dirigir el gran hospital de esta ciudad, desempeñó su cometido con gran celo é inteligencia hasta una edad muy avanzada. A los ochenta años dejó de visitar por haberse quedado ciego, entonces llegó su reputacion á la cumbre. En efecto se concibe que un hombre empapado en las doctrinas de los médicos antiguos y que por tantos años desempeñó un puesto tan importante adquiriera un gran tino práctico. A este tino debió el sobrenombre de *Esperimentador* con que se le conoce.

Rasis, escribió mucho de filosofía, medicina, historia, química, etc. pero la mayor parte de sus escritos se han perdido ó permanecen olvidados en alguna Biblioteca. Poseemos, sin embargo, dos tratados de medicina, de los que, el uno mas pequeño, y dedicado al Califa Almanzor contiene escelentes consejos para alcanzar á elejir un buen médico. He aquí algunos. «Informaros antes con esmero de los antecedentes de aquél á quien vais á confiar vuestra salud y la de vuestra familia. Si este hombre se distrae con cosas frivolas, si abandona el estudio de la ciencia por otras estrañas á la profesion como la música, la poesia, si es aficionado al vino, á las orgías, guardaos de poner en tales manos lo que mas se debe apreciar en el mundo, la salud. Solo merecerá vuestra confianza aquel que estudie mucho, que vea muchos enfermos, que converse con compañeros mas hábiles, que añada á la lectura constante de buenos autores sus propias observaciones, porque es imposible verlo todo, espermentarlo todo por sí, y el saber y la esperiencia de un solo individuo comparados con el saber y la esperiencia de todos los hom-

bres, y de todos los siglos se parece á un pequeño arroyo al lado de un rio caudaloso.

El mejor libro de Rasis es el conocido con el nombre del *Continente*. Es una coleccion de lo mas notable que habia encontrado en los autores. Está dividido en dos partes que juntas abarcan treinta y siete libros, formando un resúmen algo confuso de toda la medicina y de toda la cirujia. La primera parte se ocupa de las enfermedades que invaden un solo órgano, como la cabeza etc.; la segunda se ocupa de aquellas que tienen su asiento, unas veces, en una region del cuerpo; otras, en otro; como el flemon, la erisipela, las heridas etc. como tambien de las que afectan toda la economía como las fiebres, la peste etc.

Los libros de que se compone el Continente aunque guardando cierto orden en su colocacion, no constituyen una obra ajustada á un plan uniforme en el que todas sus partes se correspondan entre sí; sinó que mas bien son un conjunto de notas, extractos y ayudas de memoria que no estaban destinados probablemente á publicarse, al menos en el estado en que hoy los conocemos; conjunto rico de hechos y citas eruditas mas interesantes bajo el punto de vista histórico que el científico, porque nada ó poco nuevo encierra que no contengan los autores griegos, á no ser la indicacion de algunos remedios nuevos introducidos por los Arabes en su materia médica, y una mencion especial de las fiebres eruptivas conocidas con el nombre de viruelas. Como los Arabes fueron los primeros que las describieron, se ha deducido de aquí que son originarias de la Arabia, pero habian sido conocidas por los médicos griegos ó latinos de la primera edad. Opinión es esta, sin duda, muy verosímil; mas antes de admitirla de una manera absoluta, veamos lo que dice el mas antiguo documento auténtico que poseemos relativo á estas enfermedades. En el Continente, en su libro treinta, Rasis se expresa así: «Galeno dice en su cuarto libro del hábito que los antiguos llamaban flemon una cosa muy caliente, como la erisipela, las viruelas, enfermedades que son producidas por la bilis. Repite esto mismo en el tratado del pulso y en el libro noveno de las enfermedades internas en estos términos: «Las materias escedentes que no se mezclan con la sangre se pudren, disminuyen con el tiempo y dan origen á erisipelas, viruelas, etc.»

El mismo dice en el libro cuarto del pulso; «La sangre se pudre mucho en las apostemas, las viruelas y las erosiones hasta el punto de quemar la piel.» Yo mismo digo que Galeno á llamado las viruelas por su nombre, que ha trazado su tratamiento particular como puede infe-

rirse de sus espresiones, puesto que las considera como una especie de crisis.»

Claro es por esto que Rasis no consideraba las viruelas como una nueva enfermedad, ni como originaria de su país. Su testimonio es de un gran peso en la cuestion de que se trata, pero lo sería mas si los pasajes de Galeno que cita estuvieran en las ediciones que poseemos. Confieso que no los he encontrado, y sin embargo, creo que no invalida lo dicho antes, porque los egemplares que el médico árabe tendría à la vista, diferían mucho acaso de los nuestros. Por lo demás, diré con el Doctor Bruno, sábio helenista del siglo XVII, «Esta cuestion no me parece tener tanta importancia como otras veces se la ha querido dar: ¿es acaso inverosímil que los antiguos hayan designado estas enfermedades con los nombres de pústulas, exantemas, que con frecuencia se encuentran en sus libros? (1)

El Continente, à pesar de su imperfeccion, ha sido muy estimado por los orientales y aun por los latinos. Los escritores árabes, posteriores à Rasis, han tomado de esta coleccion lo que mejor les ha parecido, limitándose la mayor parte à ordenar y redactar con mas esmero los muchos materiales en que abunda. (2)

§. II.

Haly Abbas, era tambien persa y floreció en los últimos años del siglo X, como unos cincuenta años despues de Rasis. Escribió bajo el título de *Almaleki* (*obra real*) un tratado dividido en veinte libros que forma un sistema completo de medicina teórica y práctica, calcado en gran parte sobre el Continente de Rasis. Se ha acordado en considerar este tratado como el mejor que han escrito los médicos árabes por lo que se la prefiere al *Canon* de Avicena, muy en boga entre los Orientales durante la edad media.

§. III.

Avicena, apellidado el príncipe de los médicos, nació en Bokana ciudad muy populosa del Corasán el año 980. Desde sus primeros años manifestó una disposicion extraordinaria para las ciencias y una aficion

(1) *Lexicon, médico greco-latino.*—Véase *Morbiliis*.

(2) G. Cuvier piensa que el *Continente* no ha sido escrito por Rhazés; sino que es una coleccion de lecciones orales de este médico recogidas por alguno de sus discipulos. (*Historia de las ciencias naturales*, pág. 385.)

á su estudio que pasaba los días y las noches estudiando. Marchó á estudiar filosofía y medicina á la Universidad de Bagdad, donde no tardó en darse á conocer. Al instante le llamaron á la Corte, donde le colmaron de favores y le elevaron á la dignidad de gran Visir, pero repentinamente cayó en desgracia, le despojaron de sus dignidades y bienes, lo apresaron y amenazaron con quitarle la vida. Dos años estuvo preso, despues de los que recobró la libertad y volvió á la gracia del público y de la Corte. Viajó mucho, pero disfrutó poco su nueva posicion: el demasiado trabajo y su natural intemperancia fueron minando poco á poco su constitucion robusta y murió de una disenteria á la edad de cincuenta y seis años.

Avicena, escribió muchas obras de las cuales la principal es la que llamó *Canon*, palabra griega que significa *regla, ley*. En efecto, el Canon fué por espacio de cinco ó seis siglos un libro clásico ó por mejor decir, el código médico de Asia y Europa. Los profesores de las facultades se limitaban á leerle en cátedra, á explicarle y comentarle y á sacar extractos ó resúmenes. Ningun autor, despues de Galeno, ha gozado de tanta autoridad y prestigio como él, y aun cuando ahora no ejerza tanta influencia, presumo que nada perderemos con ocuparnos algo de un escritor tan renombrado.

Toda su obra está dividida en cinco libros: los dos primeros se ocupan de esponer los principios generales de la fisiología, de la patología, de la higiene, de la terapéutica espuestas conforme á lo dicho por Aristóteles y Galeno. Podemos decir que estos encierran la parte filosófica de la ciencia. El tercero y cuarto, de la descripción y tratamiento de todas las enfermedades conocidas hasta entonces, y el último de la composicion de los remedios. La obra entera como todas las de este periodo no es mas que una compilacion parecida al *Almaleki*. Los fragmentos que siguen pondrán al lector al corriente de su importancia.

Definicion de la Medicina. «La medicina, dice, es una ciencia que dá á conocer las disposiciones del cuerpo humano, en tanto que este es susceptible de enmienda ó modificacion, con el fin de conservar ó restablecer la salud.» Esta es una definicion bastante oscura y alambicada, mas no es nada en comparacion del comentario con que la acompaña el autor. «Acaso no falte quien me diga que habiendo dividido la medicina en teórica y práctica, me he apresurado á darla el nombre de ciencia y de ciencia especulativa. A esto responderé que si hay artes esclusivamente teóricas, y otras exclusivamente prácticas; la medicina, lo mismo que la filosofia, es á la vez lo uno y lo otro. Cuando en una

ciencia admitimos dos ramas, una teórica y otra práctica, damos á cada una significacion diferente que el vulgo: por ejemplo, no queremos decir que una esté destinada á demostrar y otra á obrar, sino que hay en la ciencia dos ramas; una que se ocupa de los principios, otra de la manera de aplicarlos. Así, cuando se dice en medicina que hay tres clases de fiebres y nueve temperamentos ó complexiones, mencionamos su teoría; al contrario, cuando se dice que hay que emplear los repercurivos, los refrigerantes, los incrasantes al principio de los apostemas calientes; despues los repercurivos en concurrencia alternando con los emolientes; en fin, los emolientes unidos á los resolutivos en la declinacion de la enfermedad, mencionamos su práctica. (1)»

Confieso que despues de haber leído y vuelto á leer con la atencion mas escrupulosa este pasage en la traduccion latina, me ha parecido difícil, sinó imposible, encontrar en el un sentido claro y preciso. Parece que Avicena emplea aquí un juego de palabras, aventaja en sutileza á Aristóteles y Galeno á quienes toma por modelos, pero exagerando sus defectos. Por lo demás, la enseñanza filosófica de las escuelas no consistia entonces sinó en sutilezas escolásticas; se torturaba de mil maneras el libro ó el autor que se habia adoptado por guía, contentándose luego con esponer las ideas ajenas en lugar de esponer las suyas, para seguir despues aquel que interpretaba mejor una palabra ó una frase. Con esta disposicion de los ánimos se llegaba á creer como sublime y trascendental lo que solo era muy oscuro ó acaso ininteligible; de suerte que la parte filosófica del Canon, la que trata de las generalidades de la ciencia y que hoy nos parece la mas defectuosa, podrá haber sido la mejor en su tiempo y la que mas á contribuido al gran éxito de la obra.

En la segunda parte, destinada á la esposicion de los preceptos prácticos, el autor se extravía mucho mas, lo que hace que su lectura sea pesada y fastidiosa; pero hay algunos capítulos consagrados al estudio de las fiebres eruptivas, que todos están de acuerdo en considerarlos como los mejores y que pueden arrojar mucha luz para la historia de estas enfermedades dando á conocer la manera que tienen de presentarse. Estractaré algunos pasages.

De las viruelas. La sangre experimenta algunas veces una ebullicion parecida á la de algunos jugos vegetales y que produce la disgregacion de sus elementos. La causa natural de esta ebullicion no es otra que los residuos de la sangre menstrual que se encuentran en la matriz en el

(1) Canon. Lib. I, fen. 1, doctrina I, Venetia, 1563.

momento de la impregnacion y que despues se depositan en ella: residuos engendrados por alimentos de mala calidad; de aquellos que enrarecen los elementos de la sangre y los hacen entrar en efervescencia hasta que su parte sana se separa y domina, como acontece con el vino cuando fermenta, que se purifica. (1)»

Esta teoría parecerá muy grosera y ridícula á muchos jóvenes médicos de nuestros dias, porque se diferencia bastante de las teorías corrientes hoy en las escuelas; pero si la examinamos sin prevencion, se ve que sirve para darse cuenta de lo principal que acontece en las fiebres eruptivas y en particular de las viruelas. Como son una enfermedad tan frecuente en la especie humana, se ha creído que era inherente á su naturaleza y que cada individuo hereda el gérmen de sus padres. Además la regularidad y la violencia de los síntomas febriles, la gran cantidad de materia impura que la erupcion hace arrojar al organismo de sí, todo esto parece anunciar un trabajo depuratorio, una energía vital, con el propósito de eliminar un humor ó un principio mal sano.

Esta hipótesis clara y sencilla á la vez ha sido admitida casi sin contradiccion hasta nuestros dias. Estaba tan profundamente arraigada que no han faltado teólogos que hayan proscrito la vacuna como contraria al orden de cosas establecido por Dios, y aun médicos que dicen que esta solo sirve para retener en el organismo un humor que le importa echar de sí. Pero aun cuando fuese cierta la opinion de estos pensadores, no puede sacarse la consecuencia que pretenden. En efecto, supongamos sea cierta la hipótesis, de que nosotros al nacer, contraemos el gérmen de tal enfermedad; no se seguirá de esto que estemos obligados á dejarlo crecer hasta el punto de dar lugar á terribles accidentes, siempre que poseamos un medio bueno y seguro para destruir una predisposicion tan grave.

Signos de la aparicion de las viruelas. Los síntomas precursores de las viruelas son de ordinario, el quebrantamiento general, la raquialgía, el picor de la nariz y prurito en la cara, coloracion de esta, la inyeccion de los ojos que se ponen llorosos y los espantos durante el sueño. Poco despues se presentan en la piel muchas manchas que van aumentando de volumen. Sufre el enfermo pesadez y dolor de cabeza, frecuentes vahidos, respira con trabajo y la voz se le pone ronca, la saliva espesa, la boca seca, sensacion de constriccion penosa en la gar-

(1) Canon, Lib. IV, fen. 1, tratado IV, cap. VI.

ganta y en el pecho, pies temblorosos. Todo este aparato morboso va acompañado de fiebre. (1)»

Este cuadro sintomatológico no es tan perfecto como los que nos han legado Areteo y Alejandro de Tralles. En el no se hace distinción alguna entre los síntomas, ni en cuanto á su frecuencia, ni en cuanto á su gravedad, ni en cuanto al orden con que se suceden. El autor no nos dice si es preciso que se presenten todos juntos ó si bastan algunos para pronosticar la aparición de las viruelas. Tampoco ha indicado la marcha, los caracteres, la duración de la erupción, ni las fases tan características de la calentura que llamó particularmente la atención de los antiguos.

De las Morvillas. Los escritores de la edad media comprenden bajo este nombre todos los exantemas febriles, tales como el sarampion, la escarlatina. «Las morvillas, dice Avicena, son una especie de viruelas biliosas. Hay entre estas dos afecciones muy pocas diferencias; las morvillas provienen de la bilis ó de una cantidad menor de materia morbífica, sobresalen muy poco de la superficie cutánea y cuando aparecen no presentan eminencia alguna, ninguna cosa que exija una cura particular; mientras que, al contrario las viruelas, desde que aparecen presentan elevaciones, pústulas. Las morvillas son un poco menos graves y menos aparentes que las viruelas, pero se asemejan á estas en los signos precursores. Sin embargo la ansiedad del estómago, la dificultad en la respiración, la inflamación general son mas intensas en las morvillas, pero en cambio es menos vivo el dolor de los lomos, dolor que en las viruelas es producido por la gran cantidad de sangre que acude á la vena situada á lo largo de la espalda, á la cual distiende; porque las viruelas provienen de la abundancia de sangre corrompida y las morvillas de la gran fuerza con que se ha corrompido este líquido. Las viruelas aparecen casi siempre por grados, las morvillas de ordinario con rapidez.» Por lo que antecede se ve que los médicos de aquella edad dividian las calenturas eruptivas en dos géneros; el primero comprendia bajo la denominación de viruelas; todas las erupciones con elevaciones mas ó menos prominentes, llenas de un líquido cualquiera, tales como las pústulas, las ampollas, las vögüillas. El segundo bajo la denominación de morvillas; las erupciones consistentes en manchas, placas y granos poco prominentes y sin contener líquido alguno. Esta era sin disputa una división muy filosófica y que la ciencia conserva todavia.

(1) *Ibidem*, cap. VII.

Dieron el nombre de morvilias: palabra que significa pequeña enfermedad ó pequeña peste: á todas las comprendidas en este género, porque las afecciones que abraza, hijas segun ellos de una cantidad menor de materia morbígena que las del primer género, son menos graves que las viruelas. En fin, bueno es hacer notar que los autores de este período colocan estas fiebres eruptivas en la clase de las pestes ó calenturas epidémicas pestilenciales.

Si nos remontamos á la antigüedad, me parece que la historia de estas enfermedades ofrece tres fases distintas. En la primera no se hace caso de la erupcion, se la considera como un epifenómeno poco importante, como una especie de crisis segun el dicho de Rasis: solo llamaron la atencion de los observadores los síntomas febriles como reguladores de las fuerzas vitales y la gravedad del mal. Los Asclepiades que no hacian caso de las afecciones herpéticas, de la lepra y de otras indisposiciones de este género, podian muy bien olvidar estas erupciones transitorias que no dejan huella alguna de su paso ó cuyas señales constituyen, cuando mas, alguna desmejora. En la segunda fase, sea que las fiebres eruptivas hayan tomado de repente un desarrollo extraordinario, sea que hayan franqueado por primera vez los límites de la Arabia, la atencion de los médicos se fijó algo mas sobre los caracteres de la erupcion y distinguieron dos géneros. En fin, en la tercera que alcanza hasta nosotros, cada género se ha dividido en muchas especies fundadas igualmente en los caracteres de la erupcion.

§. IV.

**Honaino-Ben-Isac.* Este arabe de desconocida patria, aunque los historiadores de su nacion se inclinan á que fué Español, estudió la medicina, viajó despues mucho, permaneció en Grecia aprendiendo el idioma griego, marchó á la Siria, á la Persia, donde hizo lo mismo; visitó todas las Academias de Oriente y adquirió en estos viajes una vastísima erudicion, que le valió ser nombrado médico de cámara del Califa Motguakel, el cual le encargó tradugera al arabe las principales obras griegas de filosofía y medicina escritas en griego. La verdad con que hizo las versiones acrecentó su fama por lo que fué llamado *fuentes de las ciencias* y mina de las virtudes. Trasladó al arabe gran parte de los comentarios de Galeno á los libros de Hipócrates y lo hizo del mismo testo griego segun afirma en el prólogo que puso á la obra de los siete libros de los aforismos del medico de Coós. Escribió mucho y co-

mentó la mayor parte de los libros de este autor y de Galeno. Se ignora cuando y donde falleció.

§. V.

Avicena (el cordobés), contemporáneo de Averroes, floreció en Córdoba y Sevilla muchos años después que el médico pasado de que nos hemos ocupado. Viajó por todos los estados españoles sometidos á los Arabes y murió envenenado por sus emulos. Escribió un libro al que dió el mismo nombre que el del otro Médico persa; razón por la que es muy difícil saber lo que le pertenece. Lo más verosímil es que sea todo cuanto no conste en el antiguo codice del Avicena de Bagdad; tales son los tratados de la Triaca, el de la Alchimia y el de la Cólica.

§. VI.

Abdel Malek Ben-Zahr: Ern-Zorh, vulgarmente AVENZOAR.

Avenzoar, hijo y nieto de médicos, natural, según unos, de Sevilla, según otros de Peñaflo, pueblo de aquella Provincia; es uno de los más ilustrados médicos arabes-españoles, acaso aun más, que Avicena el Persa á quien se le considera como el primero entre los médicos islamitas. Se ignora la fecha de su nacimiento, y en su larga vida que se cree duró 135 años procuró instruirse mejor que ninguno y sacar gran partido de su práctica y experiencia. Encarcelado y maltratado por Halí, preboste del Rey, á quien había curado un hijo de ictericia, volvió á cobrar otra vez el favor real y merecido que le consultaran y encargaran comisiones por mandato de los Califas. Como desde joven tuvo á su cargo un hospital, adquirió un tino práctico poco común, tino práctico y experiencia que consiguió en un libro que llamó *Taisyf* en el cual expuso las reglas más convenientes para tratar las enfermedades y para administrar ó emplear los remedios más adecuados á su curación. Viajó mucho para instruirse y enfermó durante sus peregrinaciones, quedándole algunas dolencias como recompensa á sus afanes en pró de su instrucción y la de sus discípulos. El mismo refiere que en uno de los viajes principió á sentir un pequeño dolor en la parte anterior y media del pecho, que se fué aumentando y estendiendo poco á poco, con tos y calentura aguda, dolor hijo de una violenta inflamación que terminó por supuración y por la salida del material de la cavidad mediastina; hecho que pinta y distingue de las pleuresias por síntomas que les di-

ferencian, y al cual creyó dar por primera vez el nombre de abceso del mediastino. Describe y menciona tambien por vez primera los abcesos del pericardio que no habian conocido ó no vió descritos en ningun autor griego ni arabe; dice que esta membrana sufre además otras enfermedades debidas á su engrosamiento por la adición de sustancias cartilaginosas ó membranosas, aconseja sangrar del lado mismo del mal como el medio mejor de combatir estas alteraciones, cosa que reprueba en las pleuritis.

Esposne en su libro un gran número de observaciones propias; nuevas unas, destinadas otras á combatir las teorías del Médico de Pérgamo, que atribuye las parálisis solo á la temperatura fria, estendiéndola Avenzoar tambien á la influencia de las otras cualidades del aire; concede sensibilidad á los dientes y huesos contra la opinion del jefe de los dogmáticos alejandrinos. Sus ideas sobre la causa de la vida y sobre el ejercicio regular de las funciones, á pesar de la tendencia constante que tienen los elementos orgánicos á disgregarse y descomponerse, difieren muy poco de las que profesó el célebre Sthall. Parece que este Arabe trazó el camino que algunos siglos después siguió el médico alemán y que tanto influyó en la teoría y la práctica de la ciencia desde el pasado siglo. Dice que todos los órganos son iguales ante la organizacion, todos están íntimamente enlazados para el bien comun, especialmente el corazon y el cerebro, á quienes concede igual importancia. Habla de las parálisis parciales de la misma manera que lo hacen hoy los médicos contemporáneos, y menciona para el caso una del esófago producida por una angina de mal caracter. Cuenta, por fin, el caso de una tisis curada por su abuelo con el solo uso del azúcar rosado; de otra producida por una ulceracion del estómago, la cual dice que nadie la había descrito hasta él y así otras muchas observaciones á cual mas interesantes.

Avenzoar no solo fué sabio en medicina, sino tambien en cirugía y en farmacia. El mismo afirma que en los primeros años de su carrera estudió los huesos, no solo para conocerlos, sino para practicar algunas operaciones; como la reduccion de las fracturas y luxaciones, aunque los médicos de su tiempo se avergonzaban de ello; pero jamás practicó la talla porque decía que le parecía deshonoroso; abrió algunos cadáveres como lo demuestran las descripciones de algunos órganos y membranas, que como el pericardio y el mediastino le dieron motivo á estudiar y curar sus enfermedades. Conoció y describió las heridas penetrantes de vientre con lesion de los intestinos, las de las arterias, de

las venas, etc., y dió consejos útiles para su curacion que obtuvo en muchas ocasiones. Empleaba la compresion y los astringentes para curar la fístula lagrimal, decia que la catarata no era mas que un humor coagulado producido por los vapores del estómago y que para curarla no era preciso extraerla; reprobó la pretension de algunos médicos y cirujanos que querían curar las alteraciones de la inteligencia con el fuego. Aconsejó que nadie practicára operaciones de alguna gravedad sin estar bien penetrado de la situacion de las partes donde iba á operar, y aunque así fuera, ensayará primero el hacerlas en un animal. Por esto recurrió él á abrir la traquea en una cabra para poder hacer esta operacion en el hombre. En fin, recomienda muchas cosas para resolver los infartos cancerosos, los cálculos vexicales, los exotosis y otras enfermedades del dominio de la cirujia.

Dijimos que fué muy versado en farmacia y así lo acreditan las palabras que hemos referido en la página 258 y los numerosos antidotos que aconseja se empleáran en los casos de envenenamiento.

A todos estos conocimientos unia una caridad sin límites, pues distribuía entre los pobres enfermos cuanto le producía la asistencia de los ricos. Falleció, por fin, en Sevilla el año 1179 de nuestra era (557 de la Egira).

§. VII.

Abouvalid-Mohammed Ibn-Ahmed Ibn-Mohammed Ibn-Roschd.

llamado vulgarmente AVERROES.

Nació en Córdoba el año 1126 de nuestra era. Su familia que pertenía casi toda á la magistratura, gozaba de gran consideracion en el país. Su abuelo, que era Cadí, era considerado como uno de los mejores jurisconsultos musulmanes. Recibió una educacion tan completa como le permitía la alta posicion de su familia. A imitacion de su padre y de su abuelo, estudió, una vez que tuvo edad para ello, teología, segun los Ascaritas; derecho canónico, segun el rito Malekita; medicina, segun los preceptos de su maestro Avenzoar, y filosofía, segun los consejos de su profesor Ibn-Babja, Ibenauñ. Su reputacion como lealista y como filósofo se extendió con rapidéz é hizo que á la muerte de su padre le nombráran tambien Cadí y gran Sacerdote. Poco después el Sultan de Marruecos *Abd-el-Mommen* le llamó á su córte y le encargó la reforma de las Leyes y de la Jurisprudencia que mas directamente se relacionaba con la instruccion, nombrándole al paso Cadí de esta

córte con facultades de poder ejercer su dignidad en toda la Mauritania. Tan señalado favor de parte de un príncipe tan instruido unido á lo bien que desempeñó las comisiones que le dió, puesto que organizó los tribunales, los diversos ramos de la administracion y de la instruccion pública, y mas que todo esto, la libertad y franqueza con que publicaba sus opiniones filosóficas arregladas en un todo á las de Aristóteles, á quien profesaba una veneracion que rayaba en fanatismo; le crearon una infinidad de enemigos cuyas malas artes concluyeron por derribarle del alto puesto que ocupaba y envolverle en la gran desgracia en que cayó. Su decidida vocacion á la filosofía peripatética fué el pretexto de que se valieron sus enemigos para perderle y lo consiguieron, logrando que el Sultán lo degradára, le confiscára sus bienes y lo desterrára á Lucena donde todos los dias sufría insultos del populacho que le tenía por judío. Estas persecuciones eran para él intolerables y pudo al fin sustraerse á ellas huyendo á Fez donde tuvo la desgracia de ser reconocido y vuelto á encarcelar. En Fez permaneció mucho tiempo, y no hubiera salido de su prision sinó se hubiera retractado á la entrada de la gran Mezquita de aquella poblacion de los errores religiosos que se le imputaban y que habian ocasionado su caída. Poco después pasó á Córdoba, su patria, donde vivió muchos años olvidado y pobre, y allí hubiera perecido si la circunstancia de ser su sucesor un fanático ignorante y feróz no hubiera obligado al mismo Sultán á á devolverle sus honores, sus cargos y sus bienes, y mas que todo, su amistad. Porque es de advertir que Averroes fué durante su mando justo, laborioso, modesto en su trato, incorruptible, y en su desgracia benéfico para con sus enemigos, caritativo para con los pobres. Escribió de filosofía, á la cual debe mas bien su celebridad; de política, de teología, de retórica y de medicina. Su tratado que llamó *Coliget* (coleccion) lo dividió en siete libros que se ocupan de la anatomía, de la patología, de la materia médica, de los venenos, de la higiene, etc. En él sienta principios muy parecidos á los de su maestro Avenzoar, pues dice que la esperiencia es el fundamento de la medicina y que los hechos reunidos han de formar la verdadera filosofía de la ciencia. En sus comentarios al Cánón de Avicena dá buenos consejos acerca del uso que debe hacerse de los principios médicos, consejos que le han valido el renombre que tiene en las Escuelas y la preferencia que se le dá á otros escritores árabes, á pesar de ser mas teórico que práctico. En ellos anuncia por vez primera las traslaciones de sitio que sufre el reuma, tan graves en algunos casos, traslaciones que, dice, ignora co-

mo ni por donde se verifican. Averroes dió durante su vida lecciones á mas discípulos cristianos y judíos que musulmanes, á causa de pasar por poco ortodoxo entre estos últimos. Tuvo varios hijos que cursaron teología, derecho y medicina y desempeñaron cargos públicos de importancia; uno de ellos llamado Abou-Mohammed-Abdallak se distinguió como médico y escribió un libro sobre el *Método en terapéutica*, libro que no era mas que la ampliacion de las ideas de su padre sobre el mismo asunto. Murió, por fin, en Marruecos el 40 de Diciembre de 1198, segun unos historiadores, y el 1206, segun otros, y fué trasladado á Córdoba y depositado en el mausóleo de su familia.

§. VIII.

Abu-al-kasim, Khalaf-ben-Al-Abbas-Al-zahravi, vulgarmente llamado ALBUCASIS.

Este es uno de los últimos médicos árabes que mas celebridad han alcanzado en la ciencia. Nació, segun Sprengel, en Zahera, cerca de Córdoba, y segun otros, en esta misma ciudad. Como todos los escritores de esta nacion tomó mucho de sus antecesores, de los griegos, de sus mismos compatriotas, sobre todo de Rasis. Pero sin embargo, es menos plagiario que la mayor parte de todos ellos, mas juicioso, mas prudente y al mismo tiempo mas experimentado. Escribió una obra con el título de *Al-Tassref* ó sea *Exposicion de conocimientos*. El *Al-Tassref* se divide en dos partes de las que cada uno comprende quince secciones, la anatomía, la fisiología, la materia médica, la dietética, la medicina interna, en fin, la cirugía, se tratan allí con la estension de que era capaz este Profesor; verdadero restaurador de la cirugía entre los árabes relegada injustamente al olvido por el consejo de Avenzoar padre y otros médicos célebres. El *Al-Tarref* que constituye una vasta enciclopedia nunca ha sido traducido por completo, solo la parte quirúrgica que constituye una décima tercera parte del original, lo ha sido por Gerardo de Cremona, é impreso en fólío en Argenterato el año 1552. En la Biblioteca de la facultad de Mompellér hay una traduccion en lengua romana que es del siglo catorce. Channing ha dado tambien otra traduccion latina con el texto árabe.

La parte traducida por Gerardo de Cremona es la mejor que nos queda de la cirugía de los Arabes. Esta dividida en tres libros; el primero trata de la cauterizacion, el segundo de las operaciones por

incision, y el tercero de las fracturas, de las luxaciones y de los instrumentos que como el *Speculum uteri*, *Forceps* etc. se precisan en determinados casos. Al libro acompañan láminas que son un testo vivo de los aparatos ó instrumentos de uso entre los Arabes. Si por acaso no es la única obra antigua ilustrada con láminas, es al menos la primera que ha llegado hasta nosotros en esta forma.

Albucasis como Abenzoar hijo, reprueban la conducta de los que sin bastantes conocimientos anatómicos se atreven á hacer operaciones siquiera sean leves, y á emplear medicamentos desconocidos, pues asegura que semejante ignorancia da lugar á daños muchas veces irremediables y otras fatales; establece en su primer libro las indicaciones para poder emplear con éxito la cauterizacion con el hierro y dice que en ninguna enfermedad dá mejores resultados que en las neuralgias y en las afecciones cancerosas, en las luxaciones espontáneas y en las desviaciones incipientes de la columna vertebral; marca el sitio donde el cauterio debe aplicarse; detras de las orejas en las neuralgias faciales, en el muslo en la ciática, pues dice que un enfermo murió por haberle hecho un cirujano la cauterizacion en el tarso y quemado los tendones. Para cohibir las hemorragias producidas por cualquier enfermedad de los vasos recomienda como Rasis y Avicena, la compresion con el dedo, la cauterizacion, la division completa del vaso y si esto no basta por que sea considerable su calibre, la ligadura. Al efecto, dice que se haga, *aut ligetur cum filo ligatione forte*, palabras que espresan con toda claridad el precepto de este cirujano que sin duda alguna lo habia tomado de su Maestro Avenzoar, mas terminante en este punto que su discípulo. Dice este: *vt primum liges estringendo caput ipsius vena que est usus cor et postea incidis*. Parece que no debería disputarse en vista de estas citas quien era el verdadero autor del descubrimiento de la ligadura de los vasos en todas las ocasiones en que dan lugar á la salida de sangre, porque es preciso convenir que esta gloria corresponde en parte al cirujano Arabe que nos ocupa. Autor del pensamiento ó mas bien continuador y perfeccionador, no supo ó no quiso hacer aplicacion de el en las hemorragias producidas en las amputaciones. Dominado por las preocupaciones de su tiempo ó por la especie de enagenacion en que le habian sumido las virtudes secretas y casi divinas que el creia ver en el fuego, siguió cauterizando las heridas de las operaciones y dejó á otro cirujano mas ilustre ó mas favorecido por la casualidad que la empleara en estos casos y acabara de una vez con la bárbara práctica de las cauterizaciones y la peregrina idea del envene-

namiento de las soluciones producidas por las armas de fuego. De todos modos es digno de consideracion este consejo por cuanto manifiesta la inocuidad de la ligadura de los vasos en caso de necesidad.

Albucasis, describió en su segundo libro, gran número de operaciones, algunas por primera vez; entre ellas la de la abertura que debe hacerse en el cráneo en los casos de hidrocefalo, la de la circuncision, paracentesis talla etc. (4) Dice que en el hidrocefalo el liquido puede estar entre el córtis y el hueso en cuyo caso puede operarse, otras dentro del cráneo, entre las membranas ó en la sustancia misma del cerebro y le parece que ningun cirujano prudente se atreveria á darle salida, pues asegura es incurable segun opinion unánime de todos los autores. Pero si alguna vez se viera obligado á hacerla, recomienda que se haga con mucha parsimonia y marca las modificaciones que tiene que tener la corona de trépano para no herir las membranas, accidente, que segun él, producirá una relajacion universal del cerebro y de los nervios y aun la disolucion de su propia sustancia. En cuanto á la circuncision, que considera como descubierta por él, no es verdad; pues antes la habian descrito Pablo de Egina y Celso. La paracentesis no es tampoco obra suya, es y ha sido en un principio obra de la naturaleza que por sí ó por cualquier accidente ha dado salida al liquido ó indicado el sitio donde debe hacerse. A él solo le corresponde el modo de extraer el humor y las precauciones que hay que tomar para no producir accidentes desagradables; la invencion del instrumento que empleaba para ello que no era mas que un trocar de dos caras al cual dió el nombre de *Spatomele*. Sucede lo mismo con la litotomia que ya conocieron y practicaron Celso y Pablo, pero es el inventor de un método que llama por incision para extraer los cálculos en las mujeres, método que con-

(4) He aquí las razones que decidieron á este Cirujano á escribir este libro que es todo un Tratado de medicina operatoria. «Después de haber terminado con bastante felicidad la obra de medicina que habia emprendido para vuestra instruccion, hijos míos; he juzgado oportuno añadirle un pequeño tratado sobre las operaciones manuales, en atencion á que esta parte de la ciencia está completamente olvidada en nuestro país y en nuestro siglo, pues no se encuentran mas que algunos vestigios. Cortas descripciones en los libros antiguos desfiguradas casi todas por la ignorancia de los libreros, los manuscritos llenos de errores y faltas que se duda á cada paso del sentido de los autores y que nadie se atrevió á prescindir de ellos en el estudio de la cirugía. He aquí todo. He emprendido este pequeño trabajo á fin de volver á la vida á esta rama del arte una de las mas bellas y mas útiles; he expuesto en pocas palabras los métodos operatorios; describo todos los instrumentos necesarios y acompaño sus diseños; en fin, nada omito de cuanto pueda ser útil en la práctica. Una de las razones principales de ser tan raro encontrar un buen cirujano, es que es largo el aprendizaje de este arte y que el que á él se dedica, tiene que estar muy versado en la Anatomía. Debe, pues, conocer los órganos, su figura, sus relaciones y las funciones que desempeña, tales como los huesos, los músculos, los nervios, las arterias y las venas. Nadie debe hacer tentativa alguna en un arte tan difícil, sin tener un conocimiento perfecto de la Anatomía y de la accion de los remedios.»

siste en introducir el dedo en las partes genitales comprimir la vegiga con la mano y hacer que la piedra descienda á su fondo ó hacia el coxis y practicar despues una pequeña incision que podrá ensancharse tanto cuanto exija su magnitud, método que han seguido posteriormente algunos cirujanos, entre ellos Bruno. Tuvo especial predileccion por el estudio de las enfermedades de los ojos y sus cubiertas, describe con esmero y prolijidad los tumores de los párpados, los procedimientos mas convenientes para curar sus prolapsos y los padecimientos de los puntos y saco lagrimal, para lo que inventó un instrumento en cuya punta habia una recedecita; menciona una aguja hueca para desmenuzar la catarata por inspiracion, método á la verdad desconocido é imposible; dice que nunca debe practicarse la traqueotomía si la enfermedad que la motive se ha extendido á la laringe y á los bronquios y que en el caso de decidirse á hacerla, no es necesario incindir los cartilagos, sinó la membrana que los une; demuestra con hechos que no es operacion tan grave como hasta entonces se habia creido. Los partos fueron tambien una de las cosas que mas le llamaron la atencion. Conoció la necesidad de practicar la version del feto en los casos de una mala posicion, pero su proceder era muy imperfecto. Se conoce que no leyó lo que habian dicho sobre esto los Asclepiades, Celso y Pablo.

Es admirable Albucasis por su proceder en el tratamiento de las heridas traumáticas, ya simples, ya complicadas; en las enfermedades de los huesos, en los accidentes que unas y otras lesiones entrañan y mas aun por su circunspeccion cuando tenia que separar un miembro; pues dice que jamás debe practicarse su ablacion sinó está putrefacto, sea esta putrefaccion producida por causa esterna ó interna. En las fracturas simples empleaba los medios de reduccion que hoy se emplean con mas frecuencia, pero no con la suavidad que lo hacen nuestros cirujanos, y si iban complicadas con heridas, proponía, una vez cohibida la hemorragia, reducir al instante los fragmentos ó esperar algunos dias, hasta el noveno, si habia inflamacion. Si la coaptacion no podía verificarse y los fragmentos irritaban las carnes, aconsejaba la separacion de estos con la sierra.

No se sabe el año en que nació y tampoco en el que murió, pero los historiadores mas veridicos creen que murió en Córdoba el año 1105 ó el 1107 de nuestra era, aunque Sprengel lo hace subir hasta el año 1122.

De todos modos concluiremos cuanto llevamos dicho sobre este autor con un dicho de Fabricio de Aquapendente: Celso entre los latinos,

Pablo entre los griegos y Albucasis entre los árabes forman un triunvirato incomparable. *

MEDICINA DE LOS GRIEGOS DURANTE EL PERIODO ARÁBIGO.

Mientras los árabes alcanzaron un grado de ilustración y poder que solo puede compararse á épocas próximas á la nuestra, los griegos iban decayendo de día en día. Su génio, su valor, todas sus antiguas virtudes se iban debilitando poco á poco y parecia inmediato el momento de su desaparición. La historia de la medicina no encuentra un solo nombre que citar en este período de cerca de setecientos años: no solo no se encuentra un escritor célebre, pero ni discreto ni aun compilador hábil.

Actuario, cuyo verdadero nombre es Juan, hijo de Zacarias, vivió por los últimos años del siglo 13 y principios del 14. Fué empleado en la Corte de Constantinepla como lo prueba el sobre nombre de Actuario con que se le conoce y que no es mas que un título honorífico que llevaban los médicos de Palacio.

Nada se sabe de su vida, pero si que escribió mucho y que gran parte de sus escritos se han perdido. El mejor es un resúmen de medicina dividido en seis libros titulado *De la cura de las enfermedades*, calcado por completo en la doctrina de Galeno. Espone en él la teoría de los dias críticos con toda claridad apoyada en hipótesis astronómicas combinadas con mucha habilidad. Es la primera obra que menciona los nuevos medicamentos introducidos por los árabes en la materia médica, tales como los purgantes minorativos, los jarabes, los julepes y las aguas destiladas, y sin embargo olvida el citar las enfermedades que tan perfectamente describieron los escritores de esta nacion, como las viruelas, las morviliás, la espina ventosa y otras muchas.

Su tratado de los espíritus animales dividido en dos libros, es notable por el encadenamiento de las ideas; pero es, por decirlo así, la quinta esencia de la teoría de Galeno sobre este asunto. Despues de haber establecido como base que el hombre está formado de dos sustancias contrarias, *alma* y *cuerpo*; pasa á decir en que difiere el alma humana de la de los brutos. La primera es una emanación de la divinidad, y como tal simple, inmortal, dotada de diversas facultades, inteligente, impasible por naturaleza propia, pero capaz de apreciar y sentir por sí el placer y el dolor, sino por el intermedio de los espíritus que la unen al cuerpo. Siendo, pues, los espíritus el lazo de unión del alma con el

cuerpo, es muy importante conocer su naturaleza, su procedencia, las alteraciones que pueden sufrir, los medios capaces de evitar su perturbación ó de combatirla.

Actuario explica su formación de la siguiente manera: «El mejor «jugo de los alimentos digeridos por el estómago va á parar al hígado, «donde se forman los espíritus naturales que son los instrumentos de la «facultad concupiscible de nuestra alma. Estos marchan con la sangre «por la vena lambdoidea que se divide en dos ramas; la una vá á distri- «buirse á las partes inferiores y la otra al ventrículo derecho del cora- «zon, de este al ventrículo izquierdo para sufrir una nueva transforma- «cion y dar lugar á los espíritus vitales que las arterias distribuyen des- «pues á todo el cuerpo. Ahora bien, existe en la base del cerebro una «red admirable de vasos arteriales y venosos muy ténues que se cono- «ce con el nombre de *plexo reticular*, y en este plexo sufren los espí- «ritus vitales una tercera atenuacion que los transforma en espíritus ani- «males, los cuales están en relacion directa con el alma, á la cual dan «cuenta de todas las sensaciones de los objetos exteriores para que esta «desempeñe las mas elevadas funciones de la vida. (1)»

No seré yo el que ponga de manifiesto los errores anatómicos y fisiológicos de esta teoría; me contentaré con decir que el plexo admirable en el cual, segun este escritor se confeccionan los espíritus, no existe en el hombre.

Pero admitiendo la hipótesis de Actuario, que es la de Galeno y de casi todos los fisiólogos de la antigüedad, no puede uno menos de confesar que nadie ha explicado mas metódicamente que él las funciones de la economía y la generacion de las enfermedades. Dice que la salud puede alterarse de dos maneras: primera; cuando los humores abundando en el cuerpo ó estando viciados en su composicion, dejan exhalar densos vapores que alteran los espíritus, oscurecen las sensaciones del alma é introducen el desórden en sus operaciones: segunda; cuando una de las cualidades elementales, el calor ó el frio, la sequedad ó la humedad estan en exceso en una parte cualquiera y produce una intemperie. Bajo este punto de vista aprecia despues nuestro fisiólogo la influencia de las diversas especies de alimentos, del sueño, de la vijilia, del ejercicio, del descanso, de las pasiones, de los remedios, en una palabra, de todos los agentes higiénicos y terapéuticos. Los consejos que dá, tienen por objeto conservar la pureza de los espíritus, favorecer la

(1) Del espíritu animal. Lib. I, cap. VI.

coccion de los humores, impedir su alteracion ó su excesivo aumento y restablecer el equilibrio de las cualidades elementales. Aquí, pues, se vé tambien un sistema perfectamente ajustado á las reglas de la lójica, pero fundado en hipótesis y errores materiales.

CAPITULO II.

Medicina de los latinos durante el mismo periodo.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

En Al principiar este período las provincias del imperio de Occidente ofrecen el mas triste espectáculo. Hordas de salvajes salidos de las selvas de la Germania y Escandinavia se arrojan sobre ellas, saquean y degüellan á sus moradores reduciéndoles á una servidumbre brutal. Todo cambia, todo sufre grandísima modificacion en el Mediodia de Europa: leyes, costumbres, idioma, instituciones, monumentos. Cada generacion vé aparecer una nueva irrupcion de gentes que vienen á exigir su parte de botin y de renombre, imprimiendo á su paso por estas comarcas, antes tan fértiles y ahora tan áridas, su huella destructora. Parece que el génio de Carlo-Magno va á dar vida por algun tiempo al imperio de Occidente; pero apenas dió el último suspiro, empezaron á separarse los elementos heterogéneos de su imperio unidos entre sí por lazos muy débiles. Los grandes dignatarios del imperio, libres del yugo de su amo y señor, se sublevaron contra su poder; despues unos contra otros, dando esto origen durante muchos siglos á una série no interrumpida de combates, de guerras, de invasiones sin resultado alguno definitivo. El régimen feudal vino á sustituir á esta anarquia militar: nadie gozaba un momento de reposo; los pobres perseguidos, los ricos siempre con las armas en la mano ó para defenderse ó para atacar; sólo algunos pocos encontraban sosiego en los conventos ó monasterios donde se dedicaban al estudio de la teología y de las ciencias eclesiásticas. Las letras como las ciencias profanas habian caido en un completo abandono. Sin embargo, al finalizar el siglo XI las cruzadas ofrecieron un nuevo elemento á las ambiciones turbulentas de los Barones cristianos, pero mientras estos se disponen á marchar al Oriente en alas de su entusiasmo religioso, empiezan á dar señales de vida los pueblos de Europa: algunos se labran su independenciam, crean leyes,

renace la vida de los municipios y se aumentan los establecimientos consagrados á la instruccion. En fin, en los siglos XII y XIV empieza á descorrerse el velo que cubria la faz de los Estados católicos, aparecen en el horizonte científico algunos hombres de talento y aun de gé-nio que empiezan á brillar entre tanto ignorante y supersticioso, como las estrellas en el firmamento antes de venir la luz del dia. Tales fueron el Dante, el Petrarca, Bocacio entre los literatos: sus escritos recuerdan la pureza y el buen gusto de los mejores siglos de la antigüedad pagana: tal fué en las matemáticas, Leonardo de Pisa, que dió á conocer el primero en Europa los caracteres árabes y algebraicos, y la manera de servirse de los primeros. (1) Tambien las ciencias físicas tuvieron en esta época sus representantes á pesar de la grandísima influencia de la escolástica y la teología. (2) Rogerio Bacon precipitó con la fuerza de su gé-nio la reforma científica que trescientos años mas tarde habia de ponerse en práctica, tentó introducir la filosofía experimental y se dió tan buena maña para convencer á sus ideas á cuantos le escuchaban, que estos se comprometieron á sufragar los gastos de sus experimentos ofreciéndole la cantidad de 2000 libras esterlinas, algo mas de 400.000 francos, (380000 rs.) Esto fué sin disputa un dinero bien empleado porque sirvió para hacer descubrimientos prodigiosos para aquel siglo; así es que á Rogerio se le atribuye el descubrimiento de los lentes cóncavos y convexos, y su aplicacion para construir telescopios y microscopios. Sus observaciones astronómicas le indujeron á pedir la reforma del calendario que tres siglos despues hizo el Papa Gregorio XIII. Conoció tambien la pólvora y sus efectos; en fin, Rogerio despreció la física de Aristóteles. Tanta sagacidad y sabiduría le ocasionó algunas persecuciones; el general de la órden de los Franciscanos le condenó á prision perpétua y á sostenerse solo con pan y agua hasta que le mandó poner en libertad el año 1266 el Papa Clemente IV. Dejó un gran número de obras, muchas de las que están todavía manuseritas que no han querido publicar los Franciscanos porque las creian tocadas de magia y brujería.

(1) Cuvier atribuye el honor de esta importacion á Gerbert sabio benedictino del siglo X que despues fué papa con el nombre de Silvestre II. (*Hist des scienc natur. Paris 1844, T. 1.º*) Página 396.

(2) Los filósofos estaban divididos en dos campos, conocidos con los nombres de *realistas y nominalistas*. Los primeros siguiendo á Platon decian que las ideas tenían una existencia propia, una realidad independiente del espíritu, que son verdaderas entidades; al contrario, los segundos siguiendo á Aristóteles, dicen que las ideas generales son puras abstracciones que forma nuestro espíritu en virtud de las sensaciones y que fuera de él no tienen realidad alguna. Estas dos sectas se hacian una guerra á muerte, y como ambas reclamaban la proteccion civil y eclesiástica, resultaban persecuciones unas veces á una, otras á otra, segun el partido que dominaba en aquel instante.

ARTÍCULO I.

ORGANIZACION MÉDICA DE OCCIDENTE.

Ya hemos visto cual era la organizacion médica del imperio romano hasta el siglo VII. Archiatos palatinos agregados al servicio de los Principes; archiatos populares formando en cada Ciudad un colegio encargado de la policia sanitaria, de la enseñanza y exámen de los aspirantes al ejercicio de la medicina y de asistir gratis á los pobres: he aquí á que se reducen las noticias positivas que poseemos sobre esto hasta la destruccion de la escuela de Alejandria. Es probable que despues de la ruina de esta célebre Escuela, subsistiera la misma organizacion en las provincias que continuaron formando parte del imperio griego de Constantinopla.

Nosotros ignoramos que leyes y reglamentos rijieron entre los árabes para el ejercicio de la ciencia. Solo sabemos que en muchas ciudades fundaron escuelas y academias para la enseñanza y progresos de este arte, pero carecemos de datos positivos sobre el modo como se rejian estas Escuelas y estas Academias, sobre los grados académicos que se conferian en ellas y sobre el modo de comprobar la suficiencia de los aspirantes á estos. (1) Como ya llevamos dicho, estos paises gozaron poco tiempo de un gobierno ilustrado y liberal, y una vez bajo la dominacion turca perdieron la mayor parte de sus instituciones científicas que dejaron abandonadas despues: y si hemos de juzgar por lo que hoy pasa todavía en estas desgraciadas comarcas sumidas en la ignorancia y sujetas á un feróz despotismo, la mas espantosa anarquía médica reemplazó á la antigua organizacion.

En Europa siguieron un rumbo distinto las cosas: las invasiones de los bárbaros produjeron solo desolacion y ruinas. Los Estados cristianos de Occidente ofrecen durante tres ó cuatro siglos la imágen del caos; sus soberanos ocupados en preparativos para defenderse ó para usurpar á sus vecinos ó á sus parientes su herencia, se cuidaban poco de dotar á los pueblos de leyes ó instituciones útiles, ó si alguno de ellos queria hacer algo en obsequio de sus administrados,

(1) El Rey árabe de Córdoba, Gehwar-ben-Muhamad-ben-Gehwar, el año 1021, mandó echar de sus dominios á los charlatanes ó curanderos ignorantes que se llamaban médicos, sin esperiencia ni conocimientos, y ordenó que un tribunal de sabios examinaran á los que pretendieran ejercer la ciencia y servir en los hospitales.—N. del T.

se lo impedían un gran número de obstáculos que surgían de todas partes. En medio de estas disensiones, las escuelas eclesiásticas colocadas bajo la protección de los Obispos fueron las únicas que conservaron un simulacro de enseñanza literaria y científica. En tiempo de Carlo-magno los colegios de las catedrales y de algunos monasterios enseñaban algo de medicina bajo el nombre de *Physica*, circunstancia que hizo que los clérigos solo fueran los depositarios de la ciencia. Véanse entonces llegar á ser médicos de los reyes, á Obispos, Abades y Sacerdotes. Los monges benedictinos del Monte Casino gozaron por mucho tiempo de gran reputacion como médicos, siendo uno de los mas notables de siglo IX Berthier, abad del citado convento; Didier que al finalizar el siglo XI ascendió al pontificado bajo el nombre de Victor III, y Constantino llamado el Africano, del cual hablaremos al ocuparnos de la Escuela de Salerno. En el número de los sacerdotes que se distinguieron por su saber en medicina desde el siglo IX al XI debemos contar á Hugues, abad de S. Dionisio, que fué médico del Rey de Francia; Didon, abad de Sens; Sigual, abad de Epernay; Milon, arzobispo de Benevento y otros; en fin, algunas religiosas ejercieron tambien la medicina, como Hildegarda, Abadesa del convento de Rupertsberg, cerca de Bingen, la cual escribió una especie de tratado de *Materia médica*. (1) Desde el siglo IX hasta el XIII los judíos monopolizaron con el clero el ejercicio del arte. El conocimiento que muchos tenían de la lengua árabe por su contacto con los sarracenos, les facilitaba el estudio de las obras de Medicina de esta nacion, que marchaba entonces á la cabeza del progreso; y á pesar de los cánones de la Iglesia que prohibían á los israelitas administrar por sí medicamentos, y hacer remedios á un cristiano, se veían obligados muchas veces á recurrir á ellos, no solo para enseñar, sinó tambien para asistir á los Reyes y Pontífices.

La instruccion de estos medicastros cristianos ó judios, clérigos ó laicos se reducía, por lo general, á muy poco; con frecuencia se componía de el conocimiento de algunos síntomas y de la posesion de algunas recetas; y nada mas podia ser, porque ni tenían libros ni había profesores capaces de educar convenientemente á los aspirantes al ejercicio del arte. Podremos formarnos una idea de lo que era en esta época la enseñanza de la medicina cuando digamos que en el siglo XIII Juan

(1) Véase la *História de la medicina* por Sprengel, traduccion de Mr. Jourdan, T. II, página 315 y siguientes.

Gaddesden, el autor de la *Rosa anglicana* colección informe de fórmulas extravagantes era el oráculo de la Universidad de Oxford; el doctor á la moda en la Corte de Inglaterra; como Bernardo de Gordon, autor del *Lilium Medicinæ*, obra muy parecida á la *Rosa anglicana*, lo era entre los profesores de Montpellier. Guy de Chauliac juzga de esta manera la obra de Gaddesden. «Finalmente, he destapado y visto una rosa inglesa, que me ha sido enviada, muy insípida. Creí haber percibido en ella un olor agradable y no he visto mas que una cosa que se parece mucho á los cuentos del Español Gilberto y de Teodoro.» (1) M. Malgaine dice que este juicio de Guido es muy severo, pero parece que él no se muestra menos con un hombre que deshonoraba su carácter sagrado y su profesion de médico con truhanerías propias de charlatanes y con ganancias ilícitas. Una de las proezas que mas risa le causaban era el haber vendido á los cirujanos barberos una receta compuesta de ranas de árbol y se gloriaba despues el haberlos engañado. (2) Ninguna confianza podrá, pues, inspirar este comerciante de remedios secretos, este charlatan para quien eran bueros todos los médicos, con tal de ganar dinero, este ponderador sempiterno de una multitud de ridículos procedimientos. (3)

No habia ley ni reglamento alguno que tuviera por objeto asegurarse de la capacidad de los que aspiraban al ejercicio de la profesion; cada cual podia por su cuenta y riesgo emprender la curacion de los enfermos: asi que, además de los sacerdotes y de los judíos que ocupaban los primeros puestos de la ciencia y de la profesion, habia una multitud de curanderos de baja estofa, como barberos, bañeros, algebristas ó componedores de huesos. La moralidad de estas gentes corria parejas con su ciencia, como lo prueban una ley de Teodorico, Rey de los Visigodos que rijió en gran parte del Occidente durante seis siglos (desde el VI al XII) y que citamos en las páginas 448 y 449.

Se vé que á falta de haber exigido del aspirante á la profesion de médico garantías suficientes de saber y moralidad, el legislador ejercía una vigilancia incesante sobre cualquiera que se mezclaba en asuntos profesionales. Como hace observar Mr. Malgaine, estas prescripciones tan severas se dirijian acaso mas contra la cirujia, que por lo general ejercian sugetos poco instruidos y de mediana educacion, que contra la medicina;

(1) *La Grande Cirujia de Guy de Chauliac*, restituída por Lorenzo Joubert Ruan, 1639, página 10.

(2) Freind, *Historia de la medicina*. Paris, 1798, en 4.º

(3) Freind, *Historia de la medicina*.

patrimonio casi exclusivo de los clérigos, únicos depositarios de la ciencia de aquellos siglos que gozaba de la mayor consideracion, y no parece, pues, probable, que el poder civil se entrometiera en entregar á los parientes del muerto á un médico clérigo ó protegido por el clero. (1) Es tambien probable que desde esta época, es decir desde el siglo VIII, se separase la medicina de la cirujía, separacion que anulaba las tradiciones de los mas grandes maestros y que parece en sí poco racional. Esta medida no se tomó en virtud de ninguna ley civil, sinó que fué introduciéndose poco á poco en la práctica por consecuencia de la prohibicion hecha á los médicos clérigos de verter sangre. El ejercicio solo de la medicina produjo una gran relajacion en las costumbres y la disciplina del clero, que obligó á los concilios y á los Papas á amenazar y aun castigar con penas severas á todos los sacerdotes que quebrantasen esta prohibicion, cosa que hacian con frecuencia, circunstancia que obligó á intervenir tambien al poder civil. (2)

Rogero, fundador del reino de Sicilia y uno de los hombres mas distinguidos de su tiempo, fué el primer príncipe cristiano que se ocupó de corregir estas infracciones. En 1140 publicó unas ordenanzas por las cuales obligaba á todos los que quisieran ser médicos ó cirujanos á ser examinados por un tribunal *ad hoc* que les autorizase á ejercer la medicina bajo pena de prision y confiscacion de bienes, sinó lo hacian. Otros muchos soberanos imitaron despues á Rogero, publicando reglamentos para regularizar la práctica de la ciencia, y por fin, se completó la educacion científica y literaria con la creacion de las Universidades y de las Facultades.

* En España penetrados tambien los pueblos de esta fatalidad; una vez que habían dejado caer en desuso lo mandado por Gehwar en el año 1024; cuidaron de sujetar á tanto aspirante á médico á alguna forma de exámen para que el perjuicio fuese menor. Cada provincia tenia sus fueros particulares obrando en punto á médicos y cirujanos segun sus leyes. En Aragon sus Reyes nombraron *Prohombres* que celaban el ejercicio del arte de curar, castigando con dos años de privacion de oficio *al que no hubiere cursado el arte de oficina, y multando con la pena de cincuenta maravedis de oro y destierro fuera del reino al fisico que no hubiere sido examinado por el oficial ordinario y dos peritos de la ciudad ó uno.* En el principado de Cataluña, en el reino de Navarra

(1) Lindenbrog, *Cod. leg. antig.* Wisigoth, Lib. XI, tit. I.—Sprengel, *Historia de la medicina*, traduccion de Mr. Jourdan, Paris 1815, t. II, pág. 349.

(2) Sprengel, *Historia de la medicina*. Trad. de M. Jourdan, t. II, pág. 350.

y en el de Galicia, había también disposiciones especiales concernientes á exámenes y policía de *físicos, cirujanos, maestros de llagas, algebristas, ensalmadores, exorcistas, etc.* En el reino de Valencia había otras muchas alusivas á los médicos, cirujanos y farmacéuticos que mencionaremos al hablar de la Universidad de aquel reino. En Castilla, cada provincia y en muchas de estas, cada pueblo; tenía las suyas propias, estensivas á admitir los médicos, cirujanos y farmacéuticos puesto que estaban autorizados para examinarlos antes. El Rey D. Alfonso el Sábio para ver de cortar y castigar tanto abuso y reglar el ejercicio de la profesion, consignó en algunas de sus Partidas bastántes disposiciones encaminadas á este fin. En la 1.^a del Libro 4.^o Título 16 previene «Por cuanto muchos físicos é cirujanos no son tan sabidores como facen la «demuestra y acaesce á las vegadas que mueran por ello.» En la 7.^a Título 8.^o Partida 7.^a que habla de los Boticarios manda que. «Los boticarios que diesen á los omes á comer ó beber escamonea ó otra medicina fuerte, sin mandado de los físicos; si alguno bebiéndola se muriese por ello; deve avér el que la diese, pena de omicida. En la 8.^a del mismo Título y Partida, se espresa así. «Físico ó especiero ó otro ome cualquier que vendiese á sabiendas yerbas ó ponzoñas ó algun ome que las compre con intencion de matar á otro con ellas é gelas mostrase á conocer ó á destemplar ó á dar porque mate á otro con ellas, también el comprador, como el vendedor ó el que las mostró como el que las diese, «deven avér pena de homicida por ende: maguér el que las compró non pueda cumplir lo que cuidaba por se le non guisó. E si por aventura «matase con ellas, entonce el matador deve morir deshonoradamente, «hechandole á los leones ó á cánes ó á otras bestias bravas que lo maten.» Este mismo Rey creó en la Escuela de Salamanca un tribunal para que sufrieran de antemano y recibieran los correspondientes exámenes y grados cuantos aspiraban al ejercicio de toda ó parte de la ciencia de curar. *

ARTICULO II.

ESCUELA DE SALERNO.

El origen de esta Escuela de la edad media es algo oscuro; la opinion mas es boga la hace remontar á la destruccion por los árabes de la Biblioteca de Alejandría. Se cree que después de esta funesto acontecimiento los profesores y los médicos de aquella ciudad se dispersaron por el mundo: algunos vinieron á refugiarse á Salerno donde fundaron

la Escuela de medicina, célebre ya á fines del siglo VIII, pero que llegó á su colmo en los siglos X hasta el XIII. Muchas circunstancias concurren entonces á su fama; primero, el número y habilidad de sus profesores que eran los mas instruidos de la cristiandad; segundo, la posicion topográfica que la dió grande importancia con las cruzadas. Colocada en el camino por donde pasaban los que de Asia venían á Europa á descansar de sus fatigas, ofrecía hospitalidad franca á los peregrinos, asilo seguro á los heridos en los campos de Palestina y clima benigno y delicioso muy á propósito para curarse. La reputacion de esta Escuela llegó á ser tan grande, que allí iban á curarse todos los que padecían de alguna enfermedad crónica ó heridas que no habían podido cicatrizar los médicos de otros paises. Roberto, Duque de Normandia é hijo de Guillermo el Conquistador herido en un brazo en Asia, se quedó en Salerno á curarse y Juan el Milanés compuso para aquél guerrero un resúmen de los aforismos higiénicos de esta Escuela que hizo mucho ruido en el mundo médico y se publicó el año 1100 bajo el título de *Preceptos higiénicos de la Escuela de Salerno*. Muchos médicos le comentaron, siendo uno de ellos el célebre Arnaldo de Vilanova. He aquí el principio y la dedicatoria:

Anglorum regi scripsit Schola tota Salerni. (1)

Si vis incolumen, si vis te reddere sanum,

Curas tolle graves; irrasci crede profanum.

Parce mero; cenato parum, non sit tibi vanum

Surgere post epulas. Somnum fuge meridianum,

Non mictum retine, nec comprime fortiter anum.

Hæc bene si servas, tu longo tempore vives.

(*Régimen sanitatis Salerni, Paris, 1493*).

La historia ha conservado los nombres de muchos profesores de esta Escuela que son dignos de mencion. *Petrocello*, autor de la *Suma médica*; *Gariopontus*, compilador de las obras griegas y latinas mas en boga en aquellos tiempos. *Trotula* (médico hembra) que ejerció y enseñó con gran brillo la medicina en Salerno en el siglo XI. A esta, sin duda alguna, se refiere Oderico Ota! cuando dice que Rodolfo Matatesta no encontró en Salerno (el año 1059) con quien disputar mas que

(1) La Escuela de Salerno escribió al Rey de Inglaterra lo que sigue:

Si quieres vivir sano, si anhelas la salud, aleja de tí todos cuantos cuidados graves te asedien. Ten en cuenta que es muy perjudicial el enfadarse, bebe vino con mesura, cena poco y pasea algo después de las comidas, pues esto no te estará mal: huye del sueño al mediodía, no te vi lentes para retener la orina y las heces ventrales. Si observas bien todo esto, vivirás largos años.

(*Régimen de sanidad de la Escuela de Salerno.*)

con una matrona muy sábia. La Maestra Trotula escribió un libro que no solo se ocupaba de las enfermedades de su sexo y de los partos, sino tambien de las demás partes de la ciencia, y con tal acierto en algunos puntos, que nada nuevo han añadido los escritores de hoy, sobre todo, en los que tiene relacion con la alimentacion y educacion de los niños desde que nacen, hasta los siete años. *Juan Plateario*, el viejo, marido de Trotula; *Juan Plateario*, el jóven; *Cofon* el viejo; *Constantino de Cártago*, llamado el Africano, que para instruirse viajó por la Arabia, la Persia, la India, la Etiopia, el Egipto, en fin, por donde él creia que podía aprender algo. Vuelto á su patria fué perseguido como mago y se le condenó á muerte, pero huyó y se fué á la Pullá á casa del duque Roberto de Guiscard que le nombró su secretario, luego fué agregado á la Escuela de Salerno y ejerció algun tiempo la medicina hasta que disgustado del mundo se retiró al Monasterio del Monte casino, donde se dedicó á traducir y compilar las obras de los médicos griegos y árabes, traducciones y compilaciones en extremo útiles en una época en que no se comprendían los originales y que contribuyeron poderosamente á propagar los conocimientos médicos entre los pueblos cristianos. *Archimateo* que escribió tres obras de grande importancia en la historia y práctica de la medicina: una que versa *sobre el modo como debe comportarse el médico para con los enfermos*; otra *sobre la instruccion del médico*, libro que recuerda los de Hipócrates que se ocupan de esto mismo, como la *Ley, Del Médico, etc.* y la última, *Introduccion á la práctica de la medicina* que es un verdadero Tratado de clinica calcado en las doctrinas de los médicos griegos: *Cofon*, el jóven, el *Maestro Bernardo*, el Provincial, y otros muchos que con el cirujano *Roger*, en el siglo XIII, cierran la lista de los maestros de Salerno cuyos escritos representan con bastante fidelidad la doctrina de los griegos y latinos.

En este mismo siglo Federico II, nieto de Rogerio, dió un nuevo impulso á las ciencias y á las letras, reunió las diferentes escuelas en una sola, y publicó diversos reglamentos de grande importancia, entre ellos uno que prohibía ejercer la medicina en el reino sin estar antes examinado Maestro por la escuela de Salerno. Exigia tres años de filosofia antes de dedicarse al estudio de esta ciencia; despues cinco segun Sprengel, dos segun Malgaine, (1) al menos de medicina; además uno

(1) Lindembrog, *Constitucion de Nápoles y Sicilia*, Lib. III, cap. 34.—Sprengel, *Historia de la Medicina*. Traducción de Mr. Jourdan, sec. VII, cap. II, t. II, pag. 363.—Mr. Malgaine, obras de A. Pareo, introduccion, § 4, p. 80.

de práctica con un profesor de nota, circunstancia que parece indicar que no había *Clinicas* en los hospitales, y otro año para estudiar la *Anatomía humana* y las operaciones, si quería ejercer la medicina y otra para la cirugía. El aspirante debería acreditar antes de ser examinado, que era hijo de legítimo matrimonio, que tenía 25 años de edad, que había seguido las lecciones de los Maestros calcadas en la terapéutica de Galeno, en el primer libro de Avicena y los aforismos de Hipócrates, y una vez aprobado, tenía que jurar ser fiel á las buenas costumbres, sumiso á los mandatos sociales, asistir gratis á los pobres y no perjudicar en nada á los boticarios. Despues recibia su diploma autorizado por el emperador ó un delegado suyo, castigando severamente y confiscando sus bienes y aun reduciendo á prision á todos cuantos faltasen á estas prescripciones. Organizacion tal hizo que fueran á Salerno muchos médicos estrangeros para instruirse en su arte. Gilles de Corveil estuvo en esta ciudad por entonces, y mas tarde Gilberto. Un aleman en su itinerario de aquel tiempo escribe los versos que siguen:

- (1) *Laudibus æternum nullus negat esse Salernum
 Illuc pro morbis totus circumfluit orbis
 Nec debet Spernii, fateor, doctrina Salerni
 Sit quamvis exosa mihi gens illa dolosa.*

Este mismo Emperador dió el golpe de gracia á la Escuela Salernitana, creando en Nápoles otra igual á la cual dotó con esplendidez y concedió numerosos privilegios. Despues de numerosas vicisitudes, hijas del tiempo y de las costumbres, vino á desaparecer por decreto de 29 de Noviembre de 1811, sin que nada valiera á los ojos de los que prepararon esta medida, su antigüedad, su renombre y sus grandes servicios prestados á la ciencia y á la humanidad. Queda á Salerno una Escuela secundaria de medicina muy parecida á las que hay en Francia y en otras naciones.

ARTICULO III.

ORIGEN Y CRECIMIENTO DE LAS UNIVERSIDADES.

§ I.

Dejamos dicho que en tiempo de Carlo-Magno, cada Catedrál poseia

(1) Nedie niega que la Escuela salernitana es digna de fama eterna. Allí acuden de todas partes á buscar alivio á sus dolores, remedio á sus enfermedades. Confieso que no debe despreciarse la doctrina de esta escuela, aunque aquella gente, por sus supercherias, sea para mí aborrecible.

una Escuela donde se enseñaba á leer, á escribir, á contar, canto llano, teología y algunas veces tambien medicina. El colegio episcopal de París tenia sus regentes médicos que daban consultas y curaban los enfermos en el átrio de Nuestra Señora y aun dentro de la Iglesia. Lo mismo sucedia en otras ciudades. Pero cuando la profesion médica fué declarada incompatible con el sacerdocio por algunos concilios; los Papas, á fin de conservar la alta jurisdiccion que desde tiempo inmemorial ejercian sobre los que se dedicaban al ejercicio del arte médico y de la abogacia, erigieron ciertas escuelas episcopales en Universidades para enseñar á la vez filosofia, teología, derecho y medicina, ó solo alguna de estas facultades. Asi fueron creadas durante este siglo (XIII) la mayor parte de las grandes universidades de la Europa cristiana, entre otras las de Bolonia, Padua y Nápoles en Italia, las de París, Mompellert, Tolosa en Francia, las de Valencia y Tortosa (1) en España, la de Oxford en Inglaterra. El Papa Inocencio III espidió una bula que garantizaba de todo anatema que no fuera lanzado directamente por la Santa Sede á los profesores y estudiantes de la Escuela de París. Luego vinieron otras bulas á confirmar y ampliar estas inmunidades. Los mismos reyes de Francia consideraban como un grande honor el conceder nuevos privilegios á su Universidad. Pronto el cuerpo universitario formó una segunda capital con sus leyes, sus costumbres, su policia, sus habitantes y sus jueces distintos de los de la ciudad.

* En España aun antes que en Francia y acaso en punto alguno del globo, había Universidades que difundian los conocimientos de aquellos siglos con todo el brillo que era capaz la inteligencia de los hombres que regian los destinos de la humanidad. La de Jérica desde tiempos remotos adquirió grande preponderancia y allí florecieron las ciencias y las letras en el noveno consulado de Augusto. Pasado el tiempo sufrió las consecuencias de éste este cuerpo literario, y hubiera muerto al concluir el siglo XII, si el rey D. Jaime II de Aragon, despues de su vuelta de la conquista de Sicilia, no la hubiera restaurado, confiando su direccion á Fr. Arnaldo de Aymerich, general de la órden de la Merced, al cual ordenó que con anuencia del Papa Bonifacio se enseñasen en la Universidad las artes liberales, entre ellas la medicina, y mandando venir de todas partes los mas eminentes Profesores á quie-

(1) El autor comete una equivocacion afirmando la existencia en aquel tiempo de una Universidad en Tortosa, puesto que ni entonces ni ahora ha habido en aquella localidad centro alguno literario de esta categoria. Tampoco estaba creada la de Valencia; mas si las que á continuacion citamos, especialmente la de Salamanca.—N. del T.

nes otorgó muchas gracias y privilegios. Pero quien atendió preferentemente al estudio de la ciencia, en especial la anatomía, mucho tiempo antes que en las demás universidades españolas y extranjeras, fué el rey D. Juan I de Aragon que con fecha 3 de Junio de 1391 espidió un decreto para que los estudiantes de medicina de Lérida y aun los Profesores de la Universidad se valiesen de los cadáveres de los condenados á muerte por los tribunales, ahogándolos por sumersion para estudiar anatomía; que está numerado con el núm. 11 de las gracias concedidas por dicho rey. Es como sigue:

Privilegio concedido á la Universidad de Lérida, (fundada en 1300) por el Rey D. Juan I. de Aragon, mandando á los tribunales que cediesen á los Profesores de la Universidad los condenados á muerte para que despues de ajusticiados ahogándolos en agua, se entregasen á los médicos para que hiciesen anatomía en sus cadáveres. Dice así.

*Ex num. 11. Gratiarum. Pro
studentibus Medicinam in
Studio Herde.*

*Del número 11 de las gracias.
Para los estudiantes de
medicina en Lérida.*

Nos Johanes Dei gratia Rex Aragonum et cetera. Licet interiora per exteriora judicium judicentur et etiam arbitrentur; atamem firmiora et veritati constantiora persistunt que ad oculos patent quam que probationum seu experientiarum formis ad veritatem deducuntur. Idcirco ad ingentem supplicationem pro parte Universitatis studii artis medicine generalis civitatis Herde et medicorum ejusdem, propterea nobis factam tenore presentis nostri privilegii cunctis temporibus valituri statuimus, ordinamus ac etiam Universitati studii predicti et medicis ac lucubrantes in eodem presentibus et futuris concedimus quod infra annos á data presentis nostri privilegii in antea continue computandos (et ex post de trienios in trienios perpetuo hujus vicarius et Curia seu paciarum ac prohi homines ut alli quicumque officiales civitatis predictae, seu ille

Nos, Juan, por la gracia de Dios, Rey de Aragon etc. Aun cuando por los juicios exteriores se juzguen y estimen los interiores; no obstante, los mas firmes y veraces perseveran y estan patentes, aunque se hagan manifiestos por medio de experimentos y pruebas. Por lo cual, decretamos en vista de la reverente peticion que se nos ha hecho á nombre de la Universidad médica de la ciudad de Lérida y médicos de la misma: á tenor de las presentes letras, concedemos un privilegio valedero para en adelante á la Universidad de la facultad dicha, á sus médicos y personas estudiosas que son ó fueren en el mismo estudio que en el término de tres años que empezarán á contarse desde la data de este nuestro privilegio y de tres en tres años en adelante y perpetuamente: y ordenamos que el Sepulturero mayor, la Curia, los hombres honrados y probos y cual-

vel illi eorum ad quem, seu quos pertineat seu spectet quomodo-cumque cumper vos Unjversitatem predictam seu Medicos ejusdem requisite fecerint tradant et dent ac tradere et dare teneantur unum hominem cujuscumque legis seu statu existat morte atamem ejus de meritis exhibentibus cum designatum vobis dictis medicis studii seu civitatis Herde antefacte. Sic quod quacumque manerie seu especie mortis quem ejus demeritum occasione subire debeat minime obsistente palam eoram omnibus qui eum videre sic obire voluerit per officiales nostros predictos in aqua judicialiter demengatur et inibi penitus sufocetur, quo ab hac luce modo et forma predictis sublato per junturas et partes ac arterias corporis providendum membrorum oculorum dispositionem intercipiatur et incidatur ad vestre omnino et ac libitum voluntatis quæ *incisio* apud medicos *anatomica* nominatur, qua quidem incisione seu mutilatione per vos facta corpus seu cadaver ipsius defuncto per vos tradatur ecclesiastice sepulture. Mandantes per presens privilegium nostrum dictis bajulo vicario et curie, pacciaris que ac probis hominibus et ceteris officialibus dicte civitates et aliis ad quos spectet presentibus et futuris quatenus hominem predictum in quolibet triennio cum per vos medicos qui nunc estis vel fuerint per tempore in dicta civitate seu per mayorem partem vestrum seu eorum requisitus seu requisite fuerint ut prefertur, tradant, liberent atque dent *pro dicta experientia seu anatomia fenda omni difficultate cesante*. Injungentes nihil omninus inclito infanti Martino duce Montis-albi carissimo fratri nostro in

quiera oficial de la Ciudad dicha, á quienes pertenezca ó pertenecer pueda en algun modo siempre que fueren requeridos por citada Unjversidad ó por sus médicos; entreguen, den y estén obligados á dar y entregar todo hombre que fuere muerto por sus deméritos ignominiosamente y lo pidieren asi otros médicos de la susodicha ciudad de Lérida. Y así por cualquier manera ó especie de muerte que haya de sufrir en castigo de sus deméritos sin que de modo alguno puedan estorbarlo cuantos lo presenciaren, sea por nuestros antedichos oficiales judicialmente sumergido en el agua y allí mismo ahogado. Después será sacado en el modo y forma ya dichos se abrirá y rasgará por las junturas, arterias y partes del cuerpo, como también los miembros ocultos á vuestro libre arbitrio y voluntad, cuya *incision* se llama por los médicos *anatomia*. Acabada esta incision ó mutilacion hecha por vosotros, el cuerpo ó cadáver del tal difunto se llevará por vosotros también á la sepultura eclesiástica. Mandamos por este nuestro presente privilegio á los mencionados, Sepulturero mayor, á la Curia y hombres probos y honrados, á los demás oficiales de dicha Ciudad y á quienes atañan ahora y en adelante, que el condenado en cualquier trienio, siempre que fuere pedido ó pedidos (como se dice arriba) por vosotros los médicos que ahora sois y los que fueren por tiempo en referida ciudad ó aun cuando se pidiese solamente por la mayor parte de vosotros, entreguen, justifiquen y den tales cadáveres para hacer dicha experientia ó anatomia, cesando ya toda dificultad, que hasta ahora hubiese habido. Encargamos muy especial-

omnibus Regnis et terris generali Gubernatore ceterisque universis et singulis officialibus nostris presentibus et futuris et aliis etiam ad quos spectet quatenus privilegium et ordinationem nostram huiusmodi teneant inviolabiliter et observent, tenerique et observari faciant inconcurse et non contraveniant seu aliquem contravenire permittant aliqua ratione.

Cum nos *ob utilitatem et commodum Rei publicae* et cum predicta in certa Scientia fieri ordinaverimus et velimus. In cuius rei testimonium presentem vobis fieri iussimus nostre Majestatis. Sigillo impendente munitam. Datam in loco daytoria tertia die junii anno á nativitate Domini, millesimo trecentesimo nonagesimo primo, Regniq[ue] nostre quinto. Joanes Dei gratia Regis Aragonum et cetera.—Rex Johanes.—Testes sunt Eymericus de Seintyllis.—Pontius de Perilionibus mayordomus.—Bernardus Margariti.—Franciscus de Garriga militis et Guillelmus de Vilarnau camerarius domini Regis predicti.—Signum Bernardi de Jonquerio secretarii dicti domini Regis qui mandato ipsius hec scribi fecit et clausit. Dominus Rex mandavit mihi Bernardus de Jonquerio.—Vicecancelarius qui eam vidi dixit fore expeditam.—Petrus Margal.

mente á nuestro muy querido hermano el inelito infante Martin, capitán de Monte-blanco, Gobernador general en todos nuestros reinos y tierras, á todos los demás y á cada uno de nuestros oficiales que son ó fueren, como tambien á aquellos á quienes incumba; que esta nuestra orden y privilegio lo guarden y cumplan exactamente y lo hagan cumplir y guardar con rigor y no lo contravengan ó permitan sea contravenido de ninguna manera, puesto que nos así lo hemos querido y mandado, atendiendo al provecho y utilidad de la república, con pleno conocimiento de causa.

En testimonio de lo cual espedimos el presente fortalecido con el sello colgante de nuestra Magestad. Dado en nuestra Dataria á 3 de Junio del año de la Natividad del Señor 1391 y quinto de nuestro reinado.—Juan; por la gracia de Dios, Rey de Aragon etc.—Rey Juan.—Son testigos: Eimerico de Cañas.—Poncio de Perilione, mayordomo.—Bernardo Margariti.—Francisco de Garriga, soldado, y Guillermo de Vilaruan, camarero del Sr. Rey antedicho. Hay la firma de Bernardo de Jonquerio, secretario de dicho Rey y Señor por cuyo mandato se escribió y rubricó este decreto.—El Rey y Señor me lo mandó á mi Bernardo de Jonquerio.—Pedro Margal, Vicecancelier que le ví, dije convenia su publicacion.

La Universidad alcanzaba entonces una envidiable nombradía, pues no solo era la principal, sino que se la consideraba entonces por todos como el verdadero centro literario del Reino de Aragon, y así continuó hasta el año 1427, en que por causas que no son de este lugar, fué disminuyendo su crédito hasta el extremo que los de otras Universidades y regiones alternáran con los Catalanes y Aragoneses en el Rectorado

de ella, distincion que recayó por primera vez en el Valenciano Don Nicolás Monsoriú, cuyo titulos y merccimientos adquirió en aquella misma Universidad.

La de Huesca creada por Quinto Sertorio caudillo de los descontentos de nuestro territorio por las crueldades de los Prétores romanos. La fundó con el propósito de educar convenientemente la juventud para el gobierno, no solo de España sinó tambien de Roma y de preparar á los Ocenses á sacudir el yugo del pueblo Rey. Así es que antes de ser asesinado por Perpenna, todo su cuidado despues de los asuntos de la guerra se reducía á allegar medios con que poder aumentar el poderío é influencia del establecimiento que fundó. Muerto, la juventud ocense y los demás habitantes de Huesca cuidaron que no decayera, antes fué creciendo en importancia para lo cual apeló la ciudad á arbitrios y privilegios que ayudaran á sostener el brillo que ya ostentaba en vida del capitán romano. Los Reyes de Aragon, los Obispos y los Papas, desplegaron un esquisito celo en sostenerla y así hubiera continuado si los cambios ocurridos en tantos siglos no hubieran obligado á sus protectores á modificar sus intenciones para con el establecimiento, abandonándolo por fin para dar lugar á otras creaciones mas en consonancia con el espíritu de los tiempos. Pedro 4.º, celebró Córtes en Alcañiz, y restauró la Universidad en 1334 dotándola de Reglamentos y privilegios análogos á los que poseía la que puede considerarse como la madre de todas.

Es la de Salamanca.

Alfonso VIII de Castilla en los momentos de descanso que le dejaban los asuntos de la reconquista del país, creó á principios del siglo XIII la Universidad de Palencia, reuniendo en aquella Ciudad á los hombres mas notables de su reino por su saber y su ilustracion. La ciencia que por entonces se había refugiado á los monasterios, iba á tomar nuevo rumbo con la especie de secularizacion que recibía de parte de este Monarca y de algunos mas que se apresuraron á seguir tan civilizador ejemplo. Esto hizo Alfonso IX de Leon que estableció en Salamanca un estudio que sirviera de núcleo para otros mas estensos cuando los recursos del tiempo lo permitieran.

El contacto continuo con los árabes mas adelantados entonces que los pueblos occidentales; el ejemplo de algunas califas y soberanos musulmanes que tanto interés desplegaban por la ilustracion de sus pueblos, eran otros tantos motivos para que los monarcas cristianos pensaran en propagar en ellos la ilustracion y el saber, pero la penuria del

tesoro, efecto entonces de las guerras con los infieles, impidió que se creáran de una vez establecimientos de instruccion estables y duraderos, por lo que el fundador trató de subsanar esta falta concediendo privilegios y exenciones tanto á los maestros como á los escolares. Al efecto dispuso que dos especies de inspectores ó tasadores fijasen el precio que debían tener las casas donde se alojáran los estudiantes; que se eximiera tanto á estos como á los catedráticos (lectores entonces) de los derechos de portazgos por todos cuantos objetos formasen el equipaja personal de cada uno; instituyó jueces propios para gobierno de los estudios y para entender en todas las causas que se referían á ambos. Nadie de esto hubiera bastado para sostener su brillo si la circunstancia de haberse unido las coronas de Leon y de Castilla no hubiera atraído á este nuevo estudio á cuantos se dedicaban al cultivo de las ciencias y de las artes. Fernando III confirmó los decretos y privilegios creados por su padre en favor de la Universidad por medio de un nuevo privilegio en el cual se leen las siguientes frases: *é quiero é mando que aquellas costumbres é aquellos fueros que ovieron los escolares en Salamanca en tiempo de myo padre cuando estableció hy las escuelas, tambien en casas como en las otras cosas, que essas costumbres é essos fueros hayan.*

Como por entonces miraban con especial predileccion los árabes las ciencias naturales y exactas y con ellas la medicina, como los príncipes cristianos ocupados en dar estabilidad á sus conquistas olvidaron completamente el cultivo de esta, viéndose reducida á algunas prácticas completamente empíricas, como por otra parte muchos españoles buscaron en Córdoba remedio á sus males, valiéndose de los conocimientos de sus sábios médicos, la ampliacion de los estudios en la nueva Universidad vino á restablecer por completo los estudios médicos. Sus Maestros tradujeron al latin la obra del famoso Cordobés Avicena para que sirviera de texto en ella, estos mismos se encargaron de explicar y comentar su doctrina por considerarse, segun dicen los escritores de aquél tiempo «como mas breve y recogida que la de Galeno» y por lo tanto mas provechosa su lectura, al menos para los principiantes. De aquí se propagaron estos estudios á otros paises que en aquella época desconocian los progresos que habían realizado en la antigüedad, aquí se despertó el gusto por los autores griegos que apenas eran conocidos en Occidente mas que por los escritores y compiladores árabes. Viene luego Alfonso el Sábio que fomentó en muchas ciudades de su reino la enseñanza, pero mereciendole gran predileccion la Universidad ya esta-

blecida y algun tanto floreciente; creó nuevas cátedras y las dotó modesta, pero decorosamente, en un decreto fechado en 1234. Dicho decreto, manda crear una nueva cátedra de medicina que con la de comentarios de Avicena iba á servir de núcleo á la nueva facultad médica. Además de las cátedras y Maestros oficiales nombrados por el Rey Sábio, esplicábanse otras por profesores pagados por los mismos Escolares, costumbre que se adoptó en Paris y en otras Universidades extranjeras y que solo duró en Salámanca hasta el año de 1480. No contento con esto, apeló segun costumbre de aquellos tiempos al Papa Alejandro IV para que confirmára el estudio creado por su abuelo concediéndole el nombre de Universidad. El pontífice accedió á esta peticion, y declaró además, en vista de su floreciente estado, que fuese considerada como uno de los cuatro estudios generales del Orbe, y mandó que los que una vez se examinasen y aprobasen en ella, fuesen admitidos á las regecias y á las lecturas en cualquiera otra Universidad ó Instituto de enseñanza sin necesidad de nuevo exámen (1255). El mismo Rey autorizó á los escolares que pudieran establecer por sí mismos un *Rector* ó *Mayoral* al cual obedezcan en las cosas convenientes, circunstancia que induce á suponer que á él es debido la creacion de este nuevo poder dentro del Establecimiento. Con los privilegios y donaciones hechos por este mismo monarca, prosperó de un modo notable y en pocos años la Universidad siendo grande la concurrencia de escolares españoles y extranjeros, como tambien de Maestros, que siendo anuales, se disputaban la honra de leer algunas asignaturas en aquella escuela. Por desgracia este estado lisonjero duró poco. Cuando el mismo Alfonso X á causa de su aspiracion al trono imperial de Alemania vió agotados los recursos de su reino, desatendió la Universidad llegando hasta el extremo de tener que acudir al auxilio de sus sucesores y de algunos Obispos y Pontífices si no se queria que concluiria el estudio. Con las nuevas rentas quedó asegurada la Escuela y dispuesta á crear nuevas cátedras y á mejorar sus locales que ya no podían contener el gran número de escolares que acudían á ella por la gran fama que iba adquiriendo, fama que hizo que los Sumos Pontífices y los Reyes otorgaran al establecimiento honrosas distinciones entre ellas el «que los graduados de doctores ó maestros por Salámanca gocen, así como sus descendientes del caracter y exenciones de los hijo dalgos quedando libres de toda carga y el de estar dispensados los procuradores del estudio de prestar pleito homenaje á los monarcas cuando subian al sólio.» Se señalaron además salarios más crecidos á algunas cátedras, entre ellas las de teo-

logía y medicina que hasta entonces habían sido pobremente dotadas. Por este motivo (1334) el Rey Alfonso XI, el Rector y la Universidad, pidieron al Papa Juan XXII que el Maestre-escuela de la catedral, que desde muchos años antes era Juez ordinario de aquellos estudios y de los estudiantes, fuese además Canciller y tuviese la prerrogativa de conferir grados de Licenciado y Doctor en todas las facultades, cargo que disfrutó hasta la casi completa emancipación de la Universidad de la autoridad de los Papas. Así que el Emperador Carlos V, celoso por las prerrogativas de la corona, no dejó de enviar sus inspectores ó reformadores de cuando en cuando para que no caducase esta costumbre establecida por los Papas. El año de 1538 nombró reformador de la Universidad á D. Juan de Córdoba, Dean de la catedral cordobesa, el cual con acuerdo del Claustro creó dos nuevas cátedras de medicina en las cuales debía leerse á Galeno, que unidas á las otras algun tanto descuidadas por las diferencias entre las dos potestades, completaban la facultad. En esta época florecía grandemente la Escuela médica, los discípulos que de ella salían eran considerados como los primeros de España y ningún rey ni magnate consideraba segura su vida sin la asistencia de un Doctor salmantino. Así continuó mejorando hasta el reinado de Felipe II en que empezaron á decaer los estudios por consecuencia de los sistemas y escuelas, que separándose hicieron variar completamente la enseñanza. El silogismo, la envidia, la prevaricación y otras pasiones ruines reemplazaron al orden, claridad y templanza con que se esponían antes todas las doctrinas, dando lugar á que se formaran dos bandos conocidos con el nombre de *Canistas* por ser su jefe el célebre teólogo y catedrático Melchor Cano, y de *Carrancistas*, por serlo de este el Arzobispo de Toledo, D. Bartolomé de Carranza. Este embrollo ocasionó las prisiones de Fr. Luis de Leon y el Brocense, la huida de otros muchos, las disputas entre los Rectores y Maestres-escuelas, la desmoralización de los estudiantes que daban su voto á los opositores á cátedras, sufriendo por ello un golpe mortal todas las ciencias, especialmente la medicina que vió desaparecer de sí á su hermana la cirugía creada siglo y medio antes, y suprimida el año 1577. (1) Consecuencia de esta disposición se cerró el Teatro anatómico que estaba situado en la hermita de San Nicolás, perjudicando con esta medida á

(1) Todavía se conserva en esta escuela como prueba de la importancia que tenía entonces la cirugía, el maniquí para práctica de los vendajes, mandado hacer en aquellos buenos tiempos de la enseñanza de la anatomía y cirugía (1570) y renovado dos siglos después (1765) para iguales efectos é iguales necesidades.—N. del T.

muchos jóvenes pobres que se dedicaban á este arte y haciendo infructuosos los desvelos del Dr. Zumel, judío converso, de Gomez Pereira, Juan Bravo y otros laboriosos Cirujanos que tanto habian enaltecido la escuela quirúrgica Salmantina. Pasó tiempo y con él Monarcas débiles que prepararon la especie de muerte á que la condujo Carlos II. Nuestros sábios de entonces se ocupaban en frivolidades, mientras que los extranjerios cultivaban con ardor las ciencias exactas y naturales. Despues ha sido lo que ha querido el tiempo y han aceptado los hombres. (1)*

Toda la ciencia, dice Malgaine, estaba vinculada en el clero; y la enseñanza para salir del Claustro, tendría tambien que continuar siendo católica. Estos nuevos sacerdotes, aunque fuera del claustro, unidos al Papa por sus juramentos y por sus privilegios componian una Milicia potente y vigorosa. Por el clero propiamente dicho, los Papas reinaban en las conciencias; por los nuevos sacerdotes universitarios reinaban en las inteligencias. Con tales elementos, á nadie deberá chocar que ellos estuvieran impacientes por no poder concentrar en sus manos todos los otros poderes.» (2) Sin embargo, es preciso hacer justicia á los Papas, á los monges y al clero católico en general, porque ellos han sido casi los únicos que han preparado el movimiento intelectual de la Europa moderna. Las Universidades, al contribuir á que se relacionaran los sábios, les ofrecian la ocasion y los medios de conocerse y de ilustrarse mutuamente, escitando su emulacion con recompensas y honores, concurriendo así con eficacia á elevar la civilizacion á una altura mayor que en los tiempos del paganismo.

Verdad es que no se conocieron al instante los resultados de estos Establecimientos, se precisaron muchas generaciones para sacar las consecuencias, y ver madurar sus frutos. Por eso es, porque al concluir este período histórico, menos bárbaro que al principiar; no conocemos mas que algunos escritores dignos de mencionarse. Los que gozaban de alguna reputacion en las ciencias y en particular en la medicina, brillaron mucho menos, por lo que escribieron, que por el deseo de instruirse y por el celo con que procuraron propagar la instruccion. Hoy que abundan los buenos libros, podemos formarnos una idea, aunque no sea mas que aproximada, del trabajo que emplearon nuestros antepasados;

(1) El que quiera mas pormenores acerca de esta célebre Escuela, puede consultar la notable memoria escrita por el Sr. D. Alejandro Vidal, ayudante de la clase de primeros de la Biblioteca de la Universidad.—N. del T.

(2) *Obras de A. Pareo*, introduccion §. 4, pág. 28.

sacrificios de todo género, viajes largos y penosos para proporcionarse un manuscrito ó para oír á un profesor célebre, y todo sin esperanza de remuneracion. Tal fué la conducta de la mayor parte de los autores cuya vida y trabajos vamos á referir con brevedad.

GERARDO DE CREMONA (LOMBARDIA).

Este es el primero que figura en este período por órden de antigüedad. Malgaine dice, que es en vano buscar el nombre de Gerardo en ningun Diccionario de medicina ni en otros muchos de distinta índole, pero es lo cierto que hay pocas ciencias que no le sean deudas de algun adelanto. Piadoso y aplicado habia leido cuanto contenian los libros latinos, mas no habiendo podido proporcionarse en Italia el *Almagesto de Tolomeo* se fué á Toledo donde se proporcionó un ejemplar en árabe, idioma que no sabia, pero que la aprendió; y tradujo el libro, como tambien cuantos se proporcionó. Entre el gran número de sus traducciones se cuentan las de algunos tratados de Hipócrates y de Galeno, la obra de Serapion, los libros de Rasis y Almanzor, el Canon de Avicena y el tratado de Cirujía de Albucasis. Murió en Cremona el 1187, á los sesenta y tres años de edad y legó todos sus libros al convento de Sta. Lucia donde fué enterrado. (1)»

Guillermo de Saliceto tuvo una vida mas pacífica. Nació en Placencia en los primeros años de aquel siglo. (13) Fué profesor, primero en Bolonia, despues en Verona. Jamás salió de la alta Italia. Eseribió sobre medicina y cirujía, pero fué mas cirujano que médico. Fué el primero que en este período de ignorancia se valió de su esperiencia personal y no siguió á ciegas la opinion de sus maestros. Murió en 1277 ó 1280.

Arnaldo de Villanueva, (2) el de la patria dudosa; fué fanático por

(1) Alguno que otro de nuestros cronistas afirma que este Médico fué andaluz, natural de Carmona á quien le llamaban el *Honain* de los Españoles. Tambien dicen lo mismo algunos eruditos extranjeros, entre ellos el célebre Villebrune. Este autor en la edicion que hizo en Paris de los Aforismos de Hipócrates en 1779 en una nota del prólogo página 14 dice lo siguiente. «In hoc viaticum comentarium Scripsit Gerardus Carmonensis Hispanus, non Cremonensis italicus. Obiit Tolet! ann. 1180 vir omni genere doctrine clarus qui sexaginta ferme volumina arabice in linguam latinam transtulit. Sin embargo en la traducion que hizo en Toledo de la Cirujía de Albucasis se titula Cremonensis y no Carmonensis.

N. de: T.

(2) A. Arnaldo le hacen francés los franceses fundados en un dicho del mismo. Dicen que, se dice nacido súbdito de Roberto Rey de Nápoles y Conde de Provenza. Pues que ni la Cataluña ni el Languedoc habian nunca pertenecido á Roberto y que este era Conde de Provenza, para ser Arnaldo súbdito suyo, debería ser *Provenzal*. Esto dicen los franceses. Los Españoles le hacen español fundados tambien en otro dicho del mismo. En su libro de *Finis* destinado al Rey de Aragon D. Jaime, hermano de D. Fadrique, Rey de las dos

las ciencias; hijo de padres pobres y de humilde cuna, debió nacer hacia el año 1250, según las más probables conjeturas. En sus primeros años se dedicó al estudio de las lenguas latina, árabe, griega y hebrea en la ciudad de Barcelona y después pasó á París á estudiar filosofía, aunque no falta tampoco quien dice (El Sr. Morejon) que la estudió también en Barcelona. Una vez iniciado en estos conocimientos marchó á Mompellert en cuya célebre Universidad estudió la medicina y la cirugía con el Dr. y Profesor, Juan de Casamida. Concluido este estudio marchó á Salerno, mas no se sabe el tiempo que permaneció allí y después regresó á Barcelona donde se fijó para ejercer la profesión. Poco tardó en darse á conocer y sobrepujar á los demás compañeros y por eso le llamaron para asistir á D. Pedro III rey de Aragón, enfermo de gravedad en la villa de Villafranca del Panadés en los primeros días del mes de Noviembre de 1285, y el cual murió el ocho del mismo sin haber dejado sucesión, proclamando los Aragoneses como su sucesor á su hermano D. Jaime á la razón en Sicilia. Trasladado este á Aragón eligió por su médico á Arnaldo permaneciendo á su lado hasta la proclamación como Pontífice de Bonifacio VIII, que nombró á Arnaldo su médico ordinario por el gran concepto que le merecía su ciencia difundida por él desde su cátedra de París. Entonces empezó á publicar alguno de sus muchos escritos, pero los teólogos de aquella escuela envidiosos de su gloria, lo persiguieron y se vió precisado á emigrar á Sicilia y pedir amparo á su Rey D. Fadrique. La muerte del Papa Bonifacio contuvo algo las iras de sus perseguidores y le proporcionó los medios de volver á Barcelona, pero en la travesía sufrió las consecuencias de una horrorosa tempestad y fué á parar á las costas de Africa en cuyo punto se dedicó al mejoramiento de los vinos. Cuatro años permaneció en Africa, después de los que volvió á Barcelona, donde se dedicó de nuevo á la práctica de su arte y á la publicación de algunos escritos llenos de ideas religiosas algo atrevidas para aquel tiempo. Esto dió lugar á que los inquisidores de Cataluña y Aragón, reprodujeran las quejas de los teólogos de la escuela de París, y Arnaldo se viera otra vez perseguido y condenado como herege, condena que desatendió completamente el Papa Clemente V.

Sicilias, dice así: *Audivi quedam nostrá terra*, palabras que espresan con toda claridad que Arnaldo es español como lo eran los Reyes sus amigos. ¿De donde era? Los franceses dicen que de Villanueva Loubet/Vau/ ó de Villanueva; pequeño pueblo á dos leguas de Mompellert. Los Españoles de Cervera (Cataluña), fundad s en un manuscrito de un religioso de Barcelona llamado Fernet, escrito en el siglo XV. que se conserva en la Biblioteca nacional de Madrid.—N. del T.

No por esto se desacreditó Arnaldo, antes mereció mas atenciones del Rey de Aragon D. Jaime. En efecto este Rey mas ilustrado que los acusadores de su médico, le comisionó cerca de las personas de los Pontífices Benedicto VI y mas especialmente Clemente V para arreglar algunos negocios muy interesantes y lo hizo á satisfaccion de ambas partes. Fué tambien amigo de los Reyes de Inglaterra, Jerusalem, Sicilia y Francia. Este mismo Papa envió á Arnaldo el año 1309 para que intercediese con el Rey D. Jaime, que asediaba entonces á Almería con el propósito de restablecer la paz entre Roberto electo Rey de Sicilia y su hermano D. Fadrique, comision que dió por resultado el arreglo de sus diferencias.

Arnaldo tuvo una hija que tomó el hábito de religiosa en Valencia y despues de viudo se hizo sacerdote, y el Arzobispo de aquella ciudad lo destinó á un pueblo segun se colige de la sentida pastoral que este buen Prelado dirigió á sus sufragáneos, á fin de indagar la causa de su muerte y el paradero de muchos de sus escritos. Arnaldo tendria lo menos 55 y 60 años de edad cuando recibió las órdenes. Por último, su muerte se cuenta de diversas maneras pero generalmente se cree que acaeció el año 1313 en la travesía de Sicilia á Aviñon al ir á visitar al Papa Clemente V que estaba enfermo. Arnaldo es el primer médico que estudió en Mompellert y que se atrevió á desviarse de la rutina seguida hasta entonces de ser todo escritor un compilador servil de los árabes y de los griegos del bajo imperio. Sus obras, aunque muy numerosas, son la mayor parte muy cortas; son mas bien memorias ó consultas que verdaderos tratados, y tan interesantes y nuevas algunas, que prueban el talento y el deseo de saber que le animaba. En el tratado de *venenis* dice que el *oropimente* (Sulfuro de arsénico) produce la *escoriacion de los intestinos*, y como para apreciar esta lesion, que por cierto es real, se precisa apelar á la autopsia; prueba que este médico abrió cadáveres contra las preocupaciones de su tiempo. Las mas importantes son un tratado sobre los vinos en el que dá señales de ser un excelente químico y naturalista. Enseña á sus contemporáneos el modo de preparar el alcohol, los aceites esenciales, como el de trementina, los éteres, los vinos medicinales, etc.; dos de higiene, dedicado uno al Rey de Aragon, con el titulo de *Liber de regimini sanitatis*. El libro de las parábolas *secundum institutum veritatis eterna*, escrito bajo la forma aforística y digno de meditarse por todos los médicos que se dedican á la práctica. Vamos á citar algunas porque de ellas se desprenden verdades que deberian tenerse siempre

presentes para provecho de los enfermos y enseñanza de los médicos.

Toda curacion dimana de Dios.

El que aprende, no para saber, sino para ganar, se hace abortivo en la facultad que elije.

Cuando el enfermo precise de auxilio alguno especial, conviene que el médico lo aplique por sí.

Conviene que el médico sea eficaz ó ejecutivo en el obrar, no hablador ó charlatan, porque las enfermedades no se curan con palabras, sino con remedios.

Toda curacion progresa si se usa lo que aprovecha y se evita lo que daña.

Antes de conocerse la especie de enfermedad y su causa próxima, debe regirse el enfermo solo con remedios inocentes.

El médico sábio y piadoso cuida mas de curar una enfermedad por la dieta que por los medicamentos.

Es embustero é ignorante el médico que echa mano de medios usados y raros, pudiendo socorrer al enfermo con los comunes y sabidos.

Y así otros muchos referentes al régimen de los enfermos y convalecientes. El libro de *Regimine de omnibus febribus ad instanciam papæ Clementis V*, *El Tesoro de los Pobres*, coleccion de recetas y preceptos médicos muy en boga en la edad media, y *Los comentarios á los aforismos higiénicos* de la escuela de Salerno, dedicados al Rey de Iuglaterra, y sobre todo un *Tratado de moral Médica* cuyo contenido, segun nuestro Diego Alvarez Chacon, debiera tener siempre presente el médico joven para que con arreglo á sus preceptos dispusiera su corazon antes de entrar en en el ejercicio de la medicina. Quiere que todo Profesor sea *estudioso, cauto, circunspecto, diligente y benévolo con el paciente, fiel en sus promesas, ambiguo en sus pronósticos, firme cuando tenga necesidad de obrar, parco en emplear remedios heróicos siempre que pueda disponer de otros mas suaves, aunque retarde algo la curación y opuesto á experimentar en los enfermos por temor de hacerles daño*. El médico, dice, que siguiere estos preceptos será el mas perfecto y Dios guiará su juicio.

Raimundo Lulio, ó el *Dr. iluminado*: es otro de los Españoles célebres que ilustraron aquella edad. Nació en Palma, capital de la Isla de Mallorca, cuando en 1231 el Rey D. Jaime I de Aragon convocó las Córtes para dar á conocer su propósito de espulsar los moros de la Isla. Raimundo Lulio, padre del *Doctor iluminado*, se presentó para for-

mar parte de la Expedicion en la que se distinguió por su valor. Conquistada la Isla, compró muchas tierras, estableciéndose allí y desempeñando honrosos y lucrativos empleos, adquirió una gran fortuna, lo cual hizo que llamara á su esposa que estaba en el continente, la que hasta entonces estéril, dió á luz un niño en 1235. Los padres favorecidos por su posicion se esmeraron en dar una educacion brillante á su hijo que desde sus primeros años daba muestras de gran capacidad é inteligencia. Su génio turbulento, sin embargo, hizo que aprendiera muy poco y que empleara la mayor parte del tiempo en disipaciones y orgías. Inquieto su padre por la vida ociosa y desarreglada de su hijo le hizo, aun siendo bastante jóven, contraer matrimonio con una heredera noble y rica llamada Catalina Labots, de la que tuvo dos hijos y una hija. Contra lo que generalmente sucede Lulio no modificó en nada su conducta y tenia ya 30 años y sus desórdenes iban en aumento. Para colmo de su intranquilidad se apasionó entonces de una señora génovesa de extraordinaria hermosura, llamada *Ambrosia di Castello*, que se había establecido en la Isla con su marido, á la cual dedicó un soneto que mereció elogios de la dama, al mismo tiempo que un consejo para que abandonara una pasion que degradaba su nobleza, segun resulta de la carta que le dirigió con tal motivo. Raimundo, sin embargo, no se dió por satisfecho, antes redobló su empeño para conseguir que Ambrosia correspondiese á la pasion que le inspiraba. Asombrada esta de la tenacidad de Lulio concertó, de acuerdo con su marido, escribir al jóven citándole en su casa. Al entrar en ella no pudo el amante dominar su gran emocion causada, no solo por la presencia de la muger á quien amaba, sinó tambien por la solemnidad y cierto aire de tristeza que observó en ella. La dama rompió el silencio y preguntó á Lulio cual era el motivo del encarnizamiento con que la perseguía, á lo cual respondió el jóven que le era imposible dejar de adorar á la muger mas hermosa del Universo, y volvió á elogiar los encantos á que había dedicado sus versos; entonces Ambrosia se decidió á curarle radicalmente de su loca pasion, enseñándole aquello que había celebrado en sus sueños. Descubrió su seno devorado casi en su totalidad por un cancer, diciéndole despues: «considerad, señor, lo que ansiáis con tanto furor, ved la podredumbre que alimenta vuestra pasion, cambiad, pues, de amor y en vez de amarme á mí, amad á Dios que es completamente bueno é incorruptible.» Enseguida dejó Ambrosia solo á Raimundo entregado á sus reflexiones.

Vuelto á su casa, permaneció inmóvil, como herido del rayo, pen-

sando solo en el pecho lacerado de su amada, y desde entonces tomó la resolución de renunciar al mundo. Al efecto abandonó á su muger y á sus hijos, distribuyó la mayor parte de sus bienes entre su familia y los demás á los pobres, hizo un viaje á Santiago de Galicia y vestido despues con el sayal de San Francisco de Asis partió solo á una propiedad que se habia reservado en el *Monte de Randa*, donde fabricó una choza para guarecerse de las injurias del tiempo. Allí permaneció nueve años consagrado á la oracion y á la penitencia; allí en aquella *celda de Randa* formó el proyecto de trabajar activamente en la conversion de los infieles, particularmente de los sectarios de Mahoma, para cuya consecucion se dedicó á estudiar su lengua. Familiarizado que fué en ella leyó cuantos libros árabes tuvo á la mano y alcanzó una erudicion prodigiosa que luego le habia de servir para llevar á cabo sus propósitos. En marcha para Africa corrió el riesgo de ser asesinado por un mozo que habia tomado á su servicio, el cual no tardó en comprender los deseos vehementes de su amo. Dió una puñalada á Lulio en el pecho, el instrumento resbaló sin penetrar en el interior, y este tuvo valor para desarmarle y entregarle á los tribunales. Despues que hubo recobrado la salud partió para Roma el año 4286 á fin de conseguir llevar á cabo el proyecto de crear muchos monasterios donde los monjes se dedicáran al estudio de las lenguas orientales y se preparáran por su método ó *Arte magna* para predicar el Evangelio en los países habitados por los infieles. Desgraciadamente al llegar á la Capital del mundo cristiano murió el Pontífice Honorio IV, varon piadoso é instruido en quien él habia fundado todas sus esperanzas; pero no por esto se desanimó, pues en vez de esperar en Roma el nombramiento de un nuevo Pontífice aceptó la invitacion que le hizo el Canciller Bertrand de la Universidad de París (4287), donde se trasladó y enseñó su *Arte magna*, primera forma que dió al método que habia inventado para coordinar, afianzar y facilitar las diversas operaciones de la inteligencia. Pronto la fama de sus lecciones se estendió por toda Europa, y dos años despues (4289) se trasladó á Mompellert donde á la sazón se hallaba el rey de Aragon y de Mallorca y allí enseñó públicamente su *Arte inventivo* que no es más que su *Arte magna* bajo otra forma. En 4291 marchó de Mompellert á Roma, pero con la intencion de pasar por Génova y detenerse allí algun tiempo, como en efecto lo hizo y tradujo en árabe su *Arte general*. En Roma espuso al Papa y al Sacro Colegio su deseo de establecer escuelas para el estudio de las lenguas orientales, pero el Pontífice y los grandes Dignatarios preocupados con las noticias de

los desastres de Tierra Santa, no prestaron atención á los proyectos del sábio mallorquin.

No desmayó su celo con una negativa muy parecida al desprecio y así intentó hacer por sí solo lo que en vano había esperado ayudado de otros. Volvió á Génova con ánimo de embarcarse para Africa, ajustó el viaje, pero luego se arrepintió y volvió á entrar en la ciudad, donde fué objeto de burla del populacho. Tanto le afectó este acontecimiento que cayó enfermo (1294) de gravedad y le trasladaron á un convento de Padres Predicadores, donde hizo testamento y recibió los sacramentos. No restablecido aun, se embarcó en un buque destinado á Túnez, y allí se detuvo para disputar con los Doctores musulmanes acerca de los dogmas de su religion. Al instante se creó muchos prosélitos que le protegieron y proporcionaron tranquilidad bastante para componer su *Tabla general de las ciencias*. Pero su sosiego duró poco; acusado ante el rey de Túnez de que atentaba contra el culto de Mahoma, le mandó prender condenándole enseguida á muerte, y allí hubiera concluido si un Santon ó sacerdote islamita prendado de la profunda instruccion y escelencia de carácter del sábio mallorquin no hubiera intervenido en su favor. Recibió, pues, la orden de salir inmediatamente de la ciudad, lo cual hizo, no sin correr el riesgo de ser muerto á pedradas por el populacho. Lulio tenia ya 57 años; volvió á Génova, punto obligado de sus expediciones, descansó allí algun tiempo en el que se entretuvo en perfeccionar su método; pasó despues á Nápoles, donde dió lecciones públicas de su *Arte magna*. Allí (1293) volvió á encontrar á su amigo y maestro Arnaldo, á quien conoció largamente en París y Mompellert; allí adquirió los conocimientos prácticos que le faltaban, ya que los teóricos los aprendió en su retiro de *Randa* con la continúa lectura de los libros árabes; allí llegó el misionero á ser tan hábil químico como su maestro. Sin embargo de estos nuevos estudios de una importancia secundaria para él, pero que á nuestro juicio son sus mejores títulos, no descurió su proyecto favorito, y al efecto volvió á Roma (1294) esperanzado en que el Papa Celestino V ó su sucesor Bonifacio VIII se ocupáran de su proyecto y contribuyeran á realzarlo.

Estos Papas ocupados mas en estender su poder temporal en Italia que en pensar en misiones, recibieron con desden á Lulio que aburrido marchó á Milan, donde se dedicó al estudio de la química con mas ardor que hasta allí. Pero tales ocupaciones no eran mas que un descanso para volver á sus tareas favoritas, puesto que volvió á Mompellert á ocu-

parse de nuevo y enseñar su doctrina filosófica. Allí contrajo amistad con Raimundo Gauffredy General de los Franciscanos, el cual dió cartas para que los superiores sometidos á su jurisdiccion permitiesen al *Doctor iluminado* enseñar en sus conventos sus doctrinas. Semejante favor dió grande autoridad á su método contribuyendo poderosamente á juzgarlo. No contento con esto, volvió á Génova, de allí á Francia, Sicilia, Mallorca y la isla de Chipre para exhortar á los cristianos á combatir el islamismo; y á sus príncipes á que crearan las escuelas, pero todo fué en vano; la indiferencia y el desden fueron el pago de sus desvelos. De Chipre (1300) pasó á la Armenia, recorrió aquellos países, volvió á la Palestina y allí como en todas partes exhortó á los cristianos á combatir á los turcos, y por fin volvió á Génova escala de sus peregrinaciones, despues á Mompellert en cuyas dos ciudades compuso varias obras sobre puntos diversos: entre otras una con el título de *Brevis práctica artis generalis*, nueva modificacion de su método de pensar y razonar. De allí marchó á París, disputó con Juan Scoto llamado el *Doctor sutil* pasó á Leon, Mompellert y á Aviñon donde se hallaba el Papa Clemente V, á quien volvió á renovar su peticion, pero en vano. Cansado de tanta repulsa volvió á Mallorca, puso en órden sus negocios y los de su familia y volvió á Africa á intentar por tercera vez la conversion de los infieles. En efecto marchó á Bugía tocando á su paso en Roma y Argel, donde lo apresaron y condenaron á muerte, pero le conmutaron esta pena con la de destierro. Siguió su camino y en Bugía predicó publicamente el Evangelio y confundió á los doctores musulmanes que rabiosos de su derrota quisieron matarle y lo hubieran conseguido sin la intervencion de unos mercaderes genoveses que lograron se le apresara solo y se le guardara alguna consideracion. En su prision que duró seis meses le visitaron los sábios árabes empeñados en atraer á sus doctrinas al sabio extranjero, pero no pudiéndolo conseguir lo soltaron y le mandaron salir de la poblacion como perturbador del órden público. Mucho sintió abandonar la ciudad en los momentos en que empezaba la guerra intelectual que por tanto tiempo deseó entablar con los sarracenos. Al efecto se embarcó en un buque genovés que naufragó á la vista de Pisa pereciendo casi toda la tripulacion, excepto él y algunos marineros que se salvaron en una tabla. Allí enfermó y fué recojido y asistido por los religiosos de Sto. Domingo y apenas restablecido, empezó á predicar por la ciudad su cruzada, que por cierto hizo gran mella en el ánimo de los Pisanos. Estos redactaron una peticion al Papa que residia en Aviñon y encargaron su presentacion á Lulio que á su paso por

Génova para ir á Francia hizo lo mismo que en Pisa y con igual resultado.

Gozoso con el entusiasmo que habia escitado en las dos ciudades de Italia llegó triunfante á la Córte pontificia y se apresuró á ofrecer al Papa los testimonios de su celo religioso que habia recojido en Pisa y Génova, pero el Papa y el Sacro Colegio preocupados con otras promesas desdeñaron las de Lulio, el cual piadoso y sencillo no sobrellevó con tanto valor esta injuria como los malos tratamientos de los turcos y los peligros del naufragio. Resentido marchó á Paris, donde despues de haber combatido con grán éxito á los filósofos que defendian las doctrinas de Averroes, tuvo la satisfaccion de que aquella Universidad aprobase su *Grande arte* por un gran número de votos. Esto le hizo olvidar los desaires de Roma y que su doctrina se esparciera por toda Europa. La aprobacion de la Universidad acrecentó mucho la celebridad del *Doctor iluminado* y todos los Soberanos deseaban verle y tratarle. Entre los que mas interés tuvieron en ello fueron los Reyes de Inglaterra, y Escocia, Eduardo II y Roberto Bruce. Lulio que tenia ya 77 años y que soñaba todavía con su conquista de la Tierra Santa y su conversion de los infieles, accedió á los deseos de estos potentados; porque se figuró ver en ellos nuevos y poderosos instrumentos para la consecucion de sus propósitos. Fué á Londres donde lo encerraron en la Torre del mismo nombre para ver mejor los resultados de sus experimentos sobre la trasmutacion de los metales: idea dominante en el ambicioso Eduardo. Luego que concluyó tan importante trabajo y pudo volver á sus estudios habituales conoció el misionero que su habitacion de la Torre era una prision y que el Rey le retenia para satisfacer su codicia y proyectó escaparse como lo hizo en una barca del Támesis que lo trasportó á un buque que se dirijía á Mesina en cuya ciudad compuso su tratado de los *Esperimentos*. De Mesina fué á su pueblo donde, despues de haber compuesto varias obras, formó la intencion de volver á Africa á predicar de nuevo el Evangelio y ver á sus discipulos. Desembarcó en Egipto, llegó hasta Jerusalem y de allí volvió á Túnez donde vió á sus amigos y los exhortó á que prosiguieran en su fé, despues continuó su camino á Bugía donde empezó á predicar publicamente el Evangelio. En cuanto le vió el populacho, le llenó de injurias y empezó á maltratarle hasta que hubo satisfecho su rabia. Llegó la noche y todavía se hallaba tendido en la playa, cuando unos Genoveses se acercaron con una lancha y lo llevaron á un buque que se hizo á la vela para Mallorca con el objeto de restituirle á su patria, pero po-

co duró el resto de la vida que aun conservaba el mentor, y hallándose el buque á la vista de la Isla, exhaló el último suspiro el 29 de Junio de 1315 á los 80 años de edad.

Raimundo escribió muchas obras: algunos las hacen subir á cuatro mil, otros mas prudentes á trescientas, y aun parecen muchas. Por ellas se deduce que el sábio mallorquín se ocupó de todas las ramas de la filosofía natural; de geometría, de física, de astronomía, de historia natural, de química, de medicina, de metafísica, de teología, etc. Rogerio Bacon, en el órden físico, valido de la observacion y de la esperiencia echó las bases de la *ciencia positiva*; Raimundo Lulio en el órden metafísico valido de la dialéctica y de la ilacion de las ideas generales y de toda clase de relaciones, creó la *la unidad de la ciencia*.

Su principal obra por la cual se le ha considerado como profundo pensador es su *Arte magna*, que no es mas que en el fondo el método sintético ampliamente concebido y poderosamente aplicado; un método de enseñanza completo para la inteligencia de su autor, pero de escaso ó ningun valor despues de su muerte. Este suele ser el destino de la mayor parte de las obras de la inteligencia; el inventor rara vez consigue el objeto que se propone. Raimundo pasó la mayor parte de su vida ocupado en asuntos religiosos y teológicos, la perdió por atacar la religion islamita y ganó la corona del martirio. Pues bien, la posteridad ha olvidado todo esto. Hoy solo se conoce y considera á Lulio por el lado mas débil, hoy no se vé en él mas que al químico. Él aprendió esta ciencia en los libros árabes, él tuvo empeño de hacer las aplicaciones prácticas que los mismos indicaban. Pues bien, Arnaldo, su amigo y semi-paisano, le enseñó en Mompellert y en Nápoles el arte de las manipulaciones. Desde entonces se dedicó con ardor al estudio práctico de la química, como es fácil ver por las obras que se le atribuyen. Lulio describe y marca perfectamente la composicion del agua fuerte, cuya preparacion habia indicado ya el Arabe Gheber, y otras muchas manipulaciones químicas para obtener cuerpos ya conocidos, pero que su obtencion era mas fácil con sus métodos. En su *Potestas divitiarum* indica un instrumento que tiene mucha semejanza con el aparato de bolas de Liebigt, recién inventado por este, y destinado á recoger el ácido carbónico cuando se analizan sustancias orgánicas.

Tambien se le considera algo como médico. Su *Ars de principijs et gradibus medicine* destinado á demostrar la certeza así como la superioridad y utilidad de la ciencia es digna de recordarse: tambien lo es *Liber de regionibus infirmitatis* destinado á poner de manifiesto lo

difícil que es el ejercicio de la ciencia por los muchos conocimientos que precisa el Profesor. Escribió además cuatro libros de medicina práctica, uno de semeyótica y otro de filosofía médica y de ideología clínica; libros tanto mas meritorios, cuanto que fueron los primeros que se conocieron. En fin, Lulio fué un verdadero enciclopedista como lo eran todos los sábios de la edad media. Abarcó todos los conocimientos, tanto para obedecer á las inclinaciones de su inteligencia, cuanto para elaborar su método de enseñanza general que nos ha marcado en su *Ars magna* y su *Ars brevis*, todo lo que le recomendará solo á la posteridad sábia. *

Lanfranc, natural de Milan y discípulo de Saliceto ejerció la cirugía en lo mas recio de las disensiones de los Güelfos y Gibelinos. Vencido su partido, el jefe del partido vencedor, Mateo Visconti, lo desterró. Marchó á Francia, se detuvo en Leon algunos años y allí escribió su *Pequeña Cirujía*. En 1293 fué á Paris á instancia de Juan Passavan, Decano de la Facultad de Medicina, y dió un curso de cirugía obteniendo un gran triunfo. Entonces acabó su grande *obra de Cirujía* que publicó enseguida. No se sabe cuando murió, pero el modo con que habla de él en 1306 Enrique de Mondevil hace presumir que ya no vivía. «Mr. Malgaine dice que la cirugía principió á decaer en tiempo de Lanfranc, menos sin duda por su falta que por la de su tiempo. Hemos visto que desde el tiempo de Bruno los barberos sangraban y practicaban las escarificaciones. (1) Cuando Lanfranc vivía, aplicaban las sanguijuelas y hasta los cauterios y tampoco faltaban mujeres que hacían la competencia á los barberos. Los cirujanos laicos estaban en abierta oposicion con los cirujanos clerigos. Lanfranc que había heredado el odio de su Maestro había luchado muchas veces con ellos, y si bien no sabían tanto como él, en cambio eran mas atrevidos. Los cirujanos clérigos empezaban á ver las operaciones como cosa indigna de ellos. Lanfranc que deplora estos pretestos y que dice que ha sangrado algunas veces de la mano, no quería practicar la paracentesis, ni la catarata, ni la quelotomía, ni la talla, etc.» (2)

Juan Pitard era en 1306 cirujano de Felipe el Hermoso, Rey de Francia y primer jurado del Chatelét. No escribió cosa alguna, pero se le tiene por el fundador del Colegio de cirujanos de San Cosme y San Damian tan celebrado en los anales de la cirugía francesa. En 1311 este colegio no era mas que una pequeña asociacion de cirujanos, cuya

(1) Bruno egercia la profesion en Padua en 1250.

(2) *Obras de Ambrosio Pareo*, Paris 1840, t. 1, introduccion §. 6, pag. 46.

importancia fué acreciendo insensiblemente por las luchas que sostenían de una parte contra la facultad de medicina, de otra contra los cirujanos barberos. Mr. Malgaine que ha estudiado con una paciencia verdaderamente alemana el origen y los titulos de esta sociedad, prueba lo mucho que han exagerado su influencia muchos historiadores. (1) Despues examina estas largas querellas por su aspecto mas feo y lo hace con la vis cómica de un *Aristofanes* y la gracia de un *Lutrin*.

Guido de Chauliac, el Cirujano mas célebre de la cristiandad durante este período, nació en un pequeño pueblo de la diócesis de Mende en Gevandán. Dezeimeris dice que era ya clérigo y tenía al menos 25 años el año 1325, así es que puede fijarse la época de su nacimiento al finalizar el siglo XIII. Creese que estudió las humanidades en el colegio de la Catedral de Mende que entonces gozaba de gran celebridad, pasó despues à Mompellert à estudiar medicina bajo la direccion de Raimundo de Molieres, Pedro de Tolosa, Pedro de Horlac ó de Aurillac y el maestro Bartolomé ó Bartomeco, llamado tambien Bertran ó Bertucio en los ejemplares impresos de la *Cirujia* de nuestro autor. Es probable que Guido estudiara algunos cursos en París, porque el mismo cuenta la manera como curó á un zapatero un callo de un pie. Lo mismo hizo en Bolonia donde practicó algunas disecciones. El mismo historiador dice que poco satisfecho con lo que entonces se enseñaba en las escuelas, se familiarizó con los libros de los antiguos y adquirió una instruccion mucho mayor que la de todos sus contemporáneos. Ejerció su profesion en muchos puntos, especialmente en Lion, fué médico del Papa Clemente VI que residia en Aviñon donde se habia trasladado la silla pontificia; creese ademas que fué tambien médico de Inocencio III y despues de Urbano V su compatriota, nombrado Papa en 1362, el cual nombró á Guido su capellan comensal ó lector de su capilla. No se sabe cuanto tiempo gozó de esta dignidad, todo cuanto sabemos de él es por sus escritos y parece que nada escribió despues del año 1363, época en que publicó su grande obra de *Cirujia*. (2) Malgaine dá una lista de las obras que escribió, pero la única que merece atencion es su *Grande Cirujia* que él llama *Inventario*, para significar, como lo hace, que contiene todo cuanto se habia enseñado hasta entonces de esencial sobre cada parte del arte. En su capí-

(1) *Obras de A. Pareo*, París 1840, t. I, introduccion, §. 6, pág. 420 y siguientes.

(2) Mr. Dezeimeris. *Diccionario de Medicina*, palabra Guido de Chauliac.

tulo singular, *Capitulum singulare*, que le sirve de introduccion, echa una rápida ojeada á la historia y progresos de la cirujía desde Hipócrates, nombra un gran número de autores árabes, griegos, latinos, y en esta euumeracion cita á Celso y Areteo à pesar de que no conocemos sus obras y hasta muchos médicos árabes que hoy permanecen en la oscuridad. Nadie ha sabido mejor que él guardar el respeto que se merecen los antiguos y hacer justicia á los modernos. «Las ciencias, dice, se forman por aumentos sucesivos, un mismo hombre no puede echar los fundamentos y perfeccionarlos, somos como los niños llevados á cuestras por un gigante, vemos lo que ellos han visto y aun algo mas.» En el mismo capítulo, al trazar el carácter del cirujano, dice, «que sea instruido, experimentado ingenioso de buenas costumbres, es decir, segun la interpretacion que el mismo dá á esta frase: *que sea atrevido en todo aquello que sea posible hacer, prudente en los peligros, que huya de las malas curas ó prácticas, sea amable con los enfermos, bondadoso con sus compañeros, prudente en sus pronósticos, casto, sóbrio, piadoso y compasivo, no sea ambicioso ni avaro, cobre con moderacion su salario segun su trabajo y la posibilidad del enfermo, el buen ó mal resultado de la cura y su dignidad.* Jamás,» dice Malgaigne, la medicina desde Hipócrates habia empleado un language tan noble y dicho en tan pocas palabras.

Todo el *Inventario* está dividido en siete libros. El primero consagrado á la anatomía, nada nuevo contiene, es la misma de Galeno. Guido proclamó en él la necesidad de disecar; dice que en Mompellert se acostumbraba á disecar animales, y propone servirse tambien de los cadáveres de los ajusticiados. Habla de láminas que representan las partes del cuerpo humano dibujadas bajo la direccion de Enrique de Hermondaville ó Mondeville. Estas son las primeras de este género que hace mencion la historia.

En cuanto á su Cirujía propiamente dicha, es un extracto de lo mejor que escribieron Galeno, Oribasio, Pablo de Egina, Rasis, Avicena, Albucasis, Royer, Roland y otros muchos. En este libro discute, escoje, juzga y reasume las opiniones y los métodos. Mas á pesar de esto era un libro muy útil por el espíritu que habia reinado en la eleccion y el buen criterio del autor. «En esta época, dice Dezeimeris, un inventor no hubiera prestado servicios tan importantes como un compilador juicioso. Entonces eran muy raros los libros y tan caros que no podia comprarlos mas que un corto número de cirujanos. Refundirlos en uno solo reuniendo en él lo mas importante, era poner la ciencia al nivel de

todas las fortunas, instruir á cuantos carecian de libros, y crear, no la cirujía, sinó cirujanos.»

En el segundo libro que trata de los Apostemas, nuestro autor dá á esta palabra una estension mucho mayor que la damos hoy. Designa con esta palabra, todo tumor, escrecencia ó hinchazon general ó parcial. «Los grandes apostemas, dice, son, segun Galeno, grandes tumores que se desenvuelven en las carnes; los pequeños son, segun Avicena, eminencias, pústulas, granos que aparecen en la piel.» Despues divide los apostemas en calientes y frios: los primeros provienen, unas veces de la sangre, como el flemon, el antrax, el estiomeno ó gangrena, las pústulas; otras de la bilis como la erisipela, las vegiguillas, las efervescencias. Entre los frios, coloca el edema, la timpanitis, las escrófulas, el escirro, el cancer, etc.

La práctica de Guido, aunque tímida, era mas atrevida que la de Lanfranc; tampoco él practicaba la talla, la dejaba para los operadores ambulantes, la describe segun el método de los Arabes y como la habia visto ejecutar; incindia el vientre en la ascitis, no se atrevia á desbridar una hernia, habla de la catarata que él practicó en un cirujano. (1)

La peste que durante el siglo XIV concluyó con la cuarta parte de los habitantes del globo, se presentó dos veces en Aviñon en tiempo de este cirujano. El mismo confiesa con ingenuidad que de buena gana hubiera huido como otros de aquel lugar de desolacion, pero que no se atrevió: *Et ego*, dice, *propter infamiam non fui ausus recedere*. Permaneció por fin en su puesto visitando á los enfermos y consolándolos, á pesar de la poca eficacia de los remedios. Se contagió y todos le abandonaron creyéndole muerto. En tan terrible trance conservó bastante sangre fria para estudiar los progresos de su enfermedad, analizar sus sufrimientos y dar una descripcion de ella digna de Hipócrates.

Aquí concluye la lista de todos los escritores médicos mas notables durante el período arábigo. La obra de Guido llegó á ser bien pronto el código médico de toda Europa, se la comentó, se la tradujo á todas las lenguas, se la reprodujo bajo distintas formas, fué clásica por mucho tiempo, y hoy conserva el mismo interés que entonces. Por otra parte, está escrita en un latin correcto, claro y hasta elegante; muy superior al empleado por la mayor parte de los escritores de aquel tiempo.

(1) Mr. Malgaigné, *Obras de A. Pareo*, Introduccion §. 9.

*En el período que estudiamos se multiplicaron prodigiosamente los Establecimientos de Beneficencia, tanto entre los Arabes como entre los cristianos. Al lado de cada mezquita ó cada catedral habia un hospital ó una escuela, dotadas mas ó menos por los Emperadores, los Califas, los Reyes, los Obispos, los Cabildos ó los particulares que esperaban redimir con dinero sus pecados, para asegurar la salvacion. Entonces se fundaron muchas órdenes religiosas para la asistencia de los pobres enfermos. Las principales fueron las de Sta. Maria, San Lázaro, la de los Caballeros de San Juan de Jerusalem y la de las hijas de Dios. Algunas de estas órdenes faltaron á su instituto, se hicieron bastante ricas y discolas y escitaron la codicia de los reyes, obligandó á estos á suprimirlas ó reformarlas. Pero los primeros hospitales no se crearon en Europa para la curacion de las enfermedades ordinarias y esporadicas, sinó que se establecieron para contener los espantosos estragos de la lepra, para el tratamiento de los apestados y de otros enfermos atacados de las mortíferas y frecuentes epidemias que como consecuencia natural de la ignorancia y el descuido de las reglas de la higiene, de las guerras y sequias, sufrieron todos los pueblos. Los hospitales para los leprosos son sin disputa los de una fecha mas remota. Parece que Lázaro resucitado por el *Salvador* habia muerto de esta terrible enfermedad y los primeros cristianos entusiastas por el engrandecimiento y observancia de las prácticas de Jesucristo se entregaron con evangélica caridad á la asistencia de los leprosos y fundaron una hermandad con el título de *San Lázaro*, dedicada á tan piadoso objeto, la cual existia ya en el siglo IV. y pasó despues á ser orden militar. De aquí el nombre de *Lazaretos* ó hospitales de San Lázaro que se dió á los erigidos para los leprosos y cuyo número ascendia en Europa á muchos millares en el siglo XII. Sin embargo, estos establecimientos mas bien que verdaderos hospitales, eran localidades situadas fuera del recinto de las poblaciones y destinadas á la secuesturacion de los leprosos, puesto que en dicho siglo XII casi todas las naciones de Europa de comun acuerdo ordenaron separar estos enfermos del resto de los hombres segun estaba ya consignado en la lejislacion de Moises para el pueblo hebreo. Nunca como en esta época fué tan ferviente el cuidado de los enfermos: los Papas, los Obispos, los Reyes, dieron ejemplo de un valor heróico curando por si mismos las úlceras de los leprosos, á pesar de creerlas contagiosas. La importada de Oriente por los Cruzados se habia propagado con espantosa rapidez; la miseria, el desaseo, la carencia de auxilios habian multiplicado hasta un extremo inconcebible

las enfermedades de la piel, la ignorancia y el temor agravaban mas el mal, confundiendo con la lepra otras enfermedades cutáneas mas benignas, de suerte que solo en Francia en el siglo XIII se contaban cerca de dos mil leprosos y diez y nueve mil en toda Europa. Se publicaron multitud de ordenanzas contra estos, á cual mas severas, por el terror que inspiraba esta asquerosa enfermedad, prohibiéndoles entrar en los pueblos, haciéndoles que no tocasen con nadie, si la casualidad hacia que encontraran gentes á su paso, porque creian que el aliento solo podia propagar el mal. Se secuestraba á todo aquel que hubiera tocado alguno ó alguna de sus ropas, y el que infringia estos mandatos, se le castigaba con penas muy severas y hasta con la muerte.

Ruiz Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, general de las tropas de D. Sancho II. fundó el año 1067 en Palencia el primer hospital de leprosos. Esta ciudad era entonces una de las mas importantes de los reinos de Castilla y de Leon y cuna de la primera Universidad que se conoció en España. Un siglo despues (XII) se instituyeron en Zaragoza uno para peregrinos, el de San Bartolomé, el de la Seo, el de San Pablo y otro para leprosos; en Cuenca el Real de Santiago (1182) á cargo de los Caballeros de la misma orden y poco despues otro de San Anton, otro en Leon para peregrinos. En el siglo siguiente (XIII) se crearon muchos para los atacados del *fuego sacro* de *San Anton*, entre los cuales figura como el mas antiguo el de Castrojeriz, Provincia de Búrgos, cuyo comendador de la orden hospitalaria de San Anton tenia á su cargo otros varios en las Cañillas, Portugal y Andalucía; otro en Mallorca por el Rey D. Jaime; el de San Julian de Zaragoza que con otros se refundió en el de Ntra. Sra. de Gracia en 1425; otro en Burgos titulado del Rey á cargo de las Huelgas y desempeñado por comendadores de la orden de San Anton; dos en Barcelona, uno para leprosos y el de Sta. Cruz, otro de San Anton en Madrid, otro de leprosos en Sevilla, cuya fundacion se debe á Alfonso el sábio (1) y dos con el título de San Anton y la Caridad; otro en Salamanca para leprosos y tres mas, uno del Estudio llamado de los Judios donde enseñaba ana-

(1) He aquí la carta escrita por este al príncipe D. Sancho con este motivo: «Que no permita que ningún tocado de esta enfermedad pueda ser recogido ni amparado, ni curado en casa alguna, so graves penas, y perdimento de bienes, que luego se ejecuten en la una y en la otra parte, sin otra licencia de poder estar en otra que esta casa, atinando en todo á que de su comunicacion y trato no se le pegase á otro el mal y gofedad, y que le fuesen en todo y por todo guardadas estas libertades, entre los demás, al mayoral, de poder ejecutar todo esto, y poner en la casa á los tales malatos, sin que en lo tocante á este particular le pueda ir á la mano alguna justicia eclesiástica ni secular, excepto solamente su consejo real, etc.»

tomía el Dr. Zumel (1) judío y profesor de aquella Universidad y los otros dos para enfermos de todo género; seis en Valladolid, con los nombres de San Lázaro, situado al otro lado del Puente del Pisuerga, de Sta. María de Esgueba, de todos los Santos, de San Pedro Martir, de D. Pedro Miago y de D. Nuño Perez. En el siglo que sigue (XIV) de funesta memoria por la terrible epidemia que con el nombre de *Peste negra* devastó todo el mundo conocido entonces, se fundó por los Médicos y Cirujanos de Sevilla el hospital de San Cosme y San Damian, el cual en 1587 pasó á ser el conocido con el nombre de hospital de las bubas; el de San Lázaro en la Coruña y muchos otros. Basta con los citados para comprender el inmenso poder de la caridad cristiana en aquellos siglos y lo mucho que hizo en los siguientes en favor de estos asilos benéficos.*

Otra de las instituciones que habia de dar tambien excelentes resultados para la curacion de las enfermedades de la piel eran los baños. Los establecieron en casi todas las ciudades y su número se aumentó tanto que en el siglo 15 formaban los propietarios de estos Establecimientos en París una compañía poderosa (2). Santiago Despars, Médico de Carlos VII. y uno de los Profesores mas celebrados de la Facultad, se pronunció abiertamente contra el abuso de los baños públicas y vióse por ello obligado á abandonar la Capital por temor á las persecuciones de esta corporacion.* En España fueron los baños de uso comun desde el tiempo de los romanos, los cuales construyeron sólidos y cómodos edificios para ellos, cuyos vestigios y minas se ven aun en varios puntos de la Península. Los árabes conservaron este mismo gusto, mas el abuso que cometian las gentes que iban á bañarse y mas que todo la creencia que llegó á tener Alfonso VI. Rey de Castilla de que enervaban el vigor de los soldados, le indujo á decretar su estincion y hasta la destruccion de los edificios. Existen dos fragmentos poéticos que pintan las causas morales y políticas que obligaron al Rey á tomar esta medida. El uno es del autor de las respuestas á las cuatrocientas preguntas del Almirante D. Fadrique; el otro de nuestro célebre poeta Castillejo que escribió dos siglos despues; lo que prueba que las cau-

(1) Se cree que este Profesor fué el primero que esplicó metódicamente anatomía en la Escuela de Salamanca.

(2) Véase P. S. Gerard. Investigaciones sobre los Establecimientos públicos de baños de París, desde el siglo IV. hasta el presente. [*Anales de higiene pública y medicina legal*, París 1832, T. VII. pág. 5 y siguientes].

sas de vedar los baños susistieron nueve siglos hasta él. He aquí la composición de cada uno de ellos:

¿Si es pecado entrar en los baños?

Solían usar en Castilla

Los señores, tener baños,

Que mil dolencias y daños

Sanaban á maravilla;

Y pues hay tan pocos de ellos,

Y pocos vemos tenellos;

Quería de vos saber

Si por salud ó placer

Es pecado entrar en ellos.

Respuesta del autor.

Solían siempre hacellos

En ciudades principales,

Y por bienes comunales

Guardallos y sostenellos;

Los sanos se recreaban,

Y los dolientes sanaban,

Y otros bienes muchos mas

Que dice Santo Tomás

Que en los baños se encontraban.

Mas tambien hay grandes males

Que del mucho uso resultan,

Que los que en ellos se juntan

Hacen pecados mortales.

Que se hacen lujuriosos,

Delicados y viciosos

Con achaque de salud,

Quedan flacos, sin virtud,

Cobardes y temerosos.

Y por quitar estos daños
Fué provechoso y honesto

Que el rey D. Alfonso sexto
 Hizo destruir los baños,
 Que los sábios le dijeron
 Que los suyos se perdieron,
 Porque en baños ocupados
 Como hombres acobardados
 De la batalla se huyeron.

Que los baños pueden ser
 Al enfermo beneficio,
 Mas quien lo toma por vicio
 Tórnase medio mujer.
 Y el que así vive al revés,
 Sin parar mientes quien es,
 Es como hombre de manteca,
 Que mejor le está la rueca
 Que la lanza ni el arnés.

La segunda de Castillejo es

Estando en los baños.

Si quereis saber señores
 Que es la vida de estos baños,
 Es sabor de sinsabores,
 Por un placer mil dolores,
 Por un provecho mil daños.

Es un dulce desvarío
 Con que se engaña á la jente,
 Do combaten juntamente
 Lo caliente con lo frio,
 Eo frio con lo caliente.

Vienen de todos estados
 Tras estos locos placeres,
 Muchos mal aconsejados,
 Frailes, clérigos, casados,
 Hombres varios, y mujeres:
 Caballeros y señores,

PERIODO ARÁBIGO.

Hidalgos y cortesanos,
 Mercaderes, ciudadanos,
 Oficiales, labradores,
 Muchos mancebos y ancianos.

Las mujeres á manadas,
 Mozas y viejas barbudas,
 Muchachas, amas, criadas,
 De placer regocijadas
 Solo por verse desnudas.

Vienen por mil ocasiones
 Casadas y por casar,
 Pero las mas á ganar
 Los muy devotos perdones
 De parir ó de empreñar,

Andamos allí mezclados
 En el agua á todas horas,
 Despues de una vez entrados
 Los amos con los criados,
 Las mozas con las señoras.

Es forma de purgatorio
 Dó cada cual comparece,
 A pagar lo que merece,
 Sin ser á nadie notorio
 Lo que el vecino padece.

Unos de mal de riñones,
 Otros sarna y comezon,
 Catarros é hinchazones,
 Y otras diversas pasiones,
 Que no sufren relacion.

De las cuales con la gana
 Que llevan de verse buenos,
 Van todos de placer llenos,
 Y aunque el haño no les sana,
 Encúbrelos á lo menos.

Hay buena conversacion

Entre los ya conocidos,
 Los que mas y ménos son
 Dejan la reputacion,
 A vueltas de los vestidos.
 Cuentan cuentos de placer
 De lo que acaso se ofrece,
 Y por el mundo acontece,
 Mas los mas son de beber,
 O cosa que lo parece.

Por consiguiente, los cuentos
 De las mujeres caseras,
 Son segun sus pensamientos
 Desposorios, casamientos,
 Vientres, partos y parteras.
 Cuantos hijos tiene Marta,
 Y como empreña Rodrigo,
 Lo que ella pasa consigo
 Cuando sin tiempo se aparta
 Del contorno del ombligo.

RESUMEN DEL PERIODO ÁRABIGO.

Tres grandes hechos dominan en la historia de este período que resumen en cierto modo la marcha del espíritu humano.

1.º La nacion árabe, hasta entonces desconocida y casi estraña á los progresos de la civilizacion, pasa rápidamente de un estado semisalvaje á ocupar el primer rango en las naciones civilizadas. Despues de haber impuesto su religion á los paises conquistados, abrazó con entusiasmo el culto de las letras, reparó cuanto pudo los estragos que hizo y recojió los restos de los monumentos científicos y literarios de la Grecia. La Medicina fué una de las ciencias que los árabes cultivaron con mas ardor, y sin embargo añadieron poco á los conocimientos que habian recojido de los Griegos. Bien pronto un pueblo mas bárbaro y mas desconocido salido de las selvas de la Tartaria subyuga á su vez á la nacion árabe, la envilece hasta hacerla descender á su primitivo estado de ignorancia.

2.º La nacion griega que marchaba despues de tantos siglos á la cabeza de la civilizacion, se deja arrancar uno á uno los florones de su

antigua corona. Poder, virtud, valor, génio, independencia, todo lo va perdiendo lentamente, descendiendo, al fin, á ocupar el último lugar entre los pueblos modernos. Durante este período, solo un Médico merece una mención por parte de la historia, y sin embargo, sus escritos, nada nuevo contienen, como no sea algunos remedios que tomó de los médicos árabes sin nombrarlos.

3.º El Occidente aherrojado por los bárbaros del Norte, cae en una espantosa ignorancia desde los primeros años de este período, pero sus habitantes, al perder la libertad é independencia que disfrutaban bajo la dominación romana, conservaron todo su valor. Su raza se mezcló con la de los rudos hijos del Norte. Al momento cayeron como un torrente sobre los Sarracenos que ocupaban todo el mediodía de España. Tranquilos en cuanto á estos, volvieron sus armas contra ellos mismos y se destrozaron durante muchos siglos. Animados por el fanatismo, como en otras ocasiones los Mahometanos, se dirijieron en tropel al Asia menor, á la Siria, al Egipto ocupados hacia muchos siglos por los Sarracenos. Estas empresas lejanas y llenas de aventuras, el aspecto de una civilización nueva, inspiraron á los Francos el gusto por la poesía y las artes liberales muy en boga entre los Arabes. Durante los siglos XIII y XIV los Gobiernos europeos se regularizan, se consolidan, se crean instituciones liberales, despierta poco á poco el génio occidental, y á la conclusión de este período se vislumbra alguna civilización en Europa. La medicina participa de este movimiento progresivo; desde el XIV la vemos figurar dignamente en Italia, en Paris y sobre todo en Mompellert. Sin embargo los médicos se mantienen todavía bajo la tutela de los Arabes, apenas algunos se han atrevido á hojear los libros griegos.

Aquí concluye para nosotros la edad de transición ó la edad media, y se abre otra mas gloriosa que saludaremos con el poeta: *Ya empieza para la humanidad una nueva serie de siglos famosos.*

Magnus ab integro seculorum nascitur ordo.

Virg. Eglor.

HISTORIA DE LA MEDICINA.

LIBRO TERCERO.

EDAD DE RENOVACION.

Se extiende desde el principio del siglo XV hasta nuestros dias.

VII. PERIODO ERUDITO.

COMPRENDE LOS SIGLOS XV Y XVI.

Consideraciones generales.

Esta edad que no abraza sinó un espacio de tiempo algo mayor de cuatrocientos años, es decir, como la tercera parte de lo que duró la edad precedente; ofrece, sin embargo, á la historia de las ciencias en general y á la de la medicina en particular, los materiales mas numerosos, mas variados y mas interesantes. El espíritu de los pueblos occidentales largo tiempo sumido en una especie de estupor, despierta poco á poco y parece haber adquirido por el descanso un vigor extraordinario. Rompiendo rápidamente sus góticas ligaduras se lanza en todas direcciones con un ardor juvenil; unos se remontan á estudiar los siglos pasados para poder hallar los restos de la ciencia antigua, restaurarlos y darlos una especie de culto; otros se esfuerzan en asociar las ideas antiguas con las modernas y levantar sobre esta doble base el monumento científico universal; otros, en fin, mas atrevidos ó mas temerarios rompen con el pasado, rechazan las tradiciones y pretenden construir el edificio científico únicamente con materiales de nueva formación.

Ya llevo anunciado algunas de las circunstancias que prepararon el despertar del pensamiento en Europa, tales como, la disminucion de las luchas intestinas entre los Principes y sus vasallos, una mejor organizacion social, la creacion de establecimientos á propósito para difundir

la nuevas luces, etc.; mas aquí añadiré que este despertar fué considerablemente favorecido por algunos descubrimientos industriales de una importancia capital. La invencion de la brújula, por ejemplo, haciendo los viajes largos marítimos menos peligrosos y mas frecuentes, abrió á la cosmografía y á otras muchas ciencias un ancho campo; con la ayuda del telescopio, el astrónomo pudo apoderarse de algunos rayos estraviados en la inmensidad de los cielos, calcular con mas exactitud las revoluciones de los cuerpos celestes, asignar á nuestro globo su verdadera forma, restituir al Sol sus dimensiones gigantescas y su legítimo lugar en el centro del sistema planetario. El ojo de los naturalistas armado del microscopio penetró en el mundo de lo infinitamente pequeño y apercibió en él una multitud de fenómenos que los antiguos ni aun habían sospechado. El grabado en cobre, multiplicando casi á voluntad las obras maestras de la pintura y escultura, permitió añadir á la descripción verbal de los objetos su representacion gráfica, y por decirlo así, viviente; tantas veces cuantas pareció necesario.

Pero de todos los descubrimientos que han inaugurado la edad moderna y la han ilustrado desde su principio, ninguno ha arrojado tanto brillo, ninguno ha ejercido tan grande influencia en el desarrollo y propagacion de las ideas como la imprenta. Después de la escritura, nada se ha encontrado hasta el presente tan favorable á la trasmision del pensamiento como el arte tipográfico. Este arte cuyos primeros ensayos tuvieron lugar entre los años 1435 y 1440, alcanzó desde su origen un grado notable de perfeccion por el concurso de tres industriales llamados Guttemberg, Fusth y Schæffer. Gracias á sus ingeniosas combinaciones la palabra reproducida un número indefinido de veces, pudo estender las ideas y la luz hasta los rincones mas oscuros y los rangos mas humildes de la sociedad. Desde entonces se aseguró en el mundo el triunfo de la razon y de la inteligencia, desde entonces pudo entreverse en un porvenir mas ó menos lejano el fin del reinado de la fuerza bruta; porque, mediante este feliz artificio, el pensamiento es ahora imperecedero, como su principio.

Al principiar este periodo dominaba todavía en las escuelas médicas la literatura árabe, no se invocaban mas autoridades que las de Rasis, Haly-Abbas, Avicena. Santiago Despars, uno de los profesores mas distinguidos de la facultad de Paris, se hizo célebre en la primera mitad del siglo XV por sus compilaciones de los libros de Avicena y Mesué. Sin embargo, empezaba á introducirse el gusto de la literatura griega en algunas universidades de Italia, gusto, que al fin, prevaleció y

se estendió rápidamente en las otras universidades de Europa despues de la toma de Constantinopla en 1483 por Mahomet II, emperador de los Tarcos. Este funesto acontecimiento que parecia deber dar un golpe mortal á la lengua y á las letras griegas, al contrario, apresuró su resurreccion en Occidente. Presa la ciudad del pillaje y del saqueo, se espatriaron muchos sábios llevando consigo los manuscritos que pudieron salvar. La mayor parte se refugiaron en Italia, donde encontraron protectores ilustrados y celosos de la instruccion; tales fueron los Médicis de Florencia, los Pontífices romanos, Alfonso de Aragon, soberano del reino de Nápoles y Sicilia. Estos fugitivos dieron á conocer á sus patrocinadores las obras maestras de la antigüedad griega por tanto tiempo olvidadas, pagando así á su pátria adoptiva los favores que de ella recibian, estendiendo en ella los modelos de la buena literatura. Entre los extranjeros que mas contribuyeron á popularizar las obras griegas, cita la historia con entusiasmo los nombres de *Teodoro de Gaza*, de *Agrirófilo* y *Lascaris*. Entonces se difundió por toda Europa el gusto por los libros, las bibliotecas y por instruirse. Los monumentos de la antigüedad griega y latina fueron buscados con un ardor y una paciencia infatigable y publicados despues: sus obras traducidas y comentadas con un cuidado estremo, siendo todavia muy estimados hoy muchos de estos escritos y comentarios. Se discutió con gran sagacidad la autenticidad de estos manuscritos, la pureza de los textos, se hicieron grandes esfuerzos para purgar las nuevas ediciones de las faltas, vacios é interpolaciones que contenían, ya por el trascurso del tiempo, ya por la ignorancia ó la ambicion de los copistas. Sábios de primer órden se dedicaron á esta tarea tan penosa como ingrata, pero eminentemente útil; ellos allanaron á sus sucesores el camino de las ciencias; ellos le han limpiado de las espinas y abrojos que encontraban á su paso. Démosles por tanto celo las gracias. La ciencia en España cobijada en aquel tiempo en la Universidad Salmantina, continuó entregada á sus tareas desde el siglo XIV bajo la proteccion de los Reyes y Pontífices que á porfia favorecian su propagacion por todo el mundo, puesto que acudian á sus aulas de todos los puntos de Europa. Muchos y grandes hombres brillaban en el siglo XV en aquel emporio del saber, y muchos de ellos fueron á estrangeras tierras á difundir las luces que adquirieron en la Universidad castellana. Brillaron Pedro Ciruelo, que despues marchó á París á esplicar Matemáticas; Bartolomé Ramos, profesor de música y descubridor del *bajo continuo*, que fué á Bolonia con igual objeto; Juan de Segovia y Alfonso de Madrigal (llamado el

Tostado); Antonio de Nebrija; Fray Alonso de Espina, judío converso que llegó á ser Rector; Zamora, primer catedrático de Hebreo; Pablo Coronel, comentador de la Sagrada Escritura, y Alfonso de Alcála, teólogo profundo y doctor en medicina. En ella se educaron el Cardenal Gimenez de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá; Fr. Bartolomé de las Casas, el infatigable compañero de Colon en sus atrevidos viajes.

En el XVI además de los citados y de otros muchos que aquilataron la honra de la ciencia dentro y fuera de España, cuéntanse médicos tan insignes como Antonio Zamora, catedrático de Astronomía; Enrique Hernandez, de Medicina; Agustin Vazquez, Francisco Lopez de Villalobos, Andrés Laguna, de los cuales haremos especial mencion; Benito Bustamante, comentador de Hipócrates; Blas Alvarez Mirabal, teólogo y médico; Cristóbal Orozco, Cristóbal Perez de Herrera, Francisco Sanchez de Oropesa, Alderete y Porcel, maestro y discípulo; Fernando Pinciano, Nuñez de Oria, Juan Bravo, Luis de Lemus, Rodrigo de Castro, y mas que todos Pedro Ponce, inventor del método para enseñar á hablar á los sordos-mudos; y cirujanos como Andrés Alcazar que describió la operacion del trépano antes y mejor que Vidi Vidius.

No solo corresponden á este siglo tan insignes médicos y otros que no citamos, sinó la creacion entre nosotros de otros centros literarios, descubrimientos importantes, invenciones útiles y curiosas y trascendentales observaciones clínicas. En él se fundaron por órden del Supremo Gobierno nuevas universidades, nuevas cátedras de anatomía y ciencias auxiliares; provistas las primeras de teatros anatómicos dotados de medios suficientes para elevar esta parte de la ciencia á la altura merecida y importancia que alcanzó en aquellos tiempos, se aplicaron los conocimientos médicos á la resolucion de gran número de cuestiones judiciales desprovistas antes de los datos que la medicina pudiera proporcionarles; se introdujeron en la materia médica el guayaco, la zarzaparrilla, la china, el sasafrás y otras muchas sustancias; se perfeccionó el método de administrar el mercurio en la sífilis, se inventaron las candelillas para curar las estrecheces de la uretra, el modo de desalar el agua del mar y hacerla potable. Andrés Laguna vislumbró el valor de los órganos generadores de las plantas para su clasificacion, que muchos años despues sirvió á Linneo para establecer su sistema sexual. Desde este siglo data el principio del estudio de la clínica, los esfuerzos hechos por muchos médicos célebres para darse razon del como se verificaba la circulacion de la sangre, la publicacion de monografías sobre diversos puntos de la

ciencia, especialmente del croup, de la calentura petequial, vulgarmente llamados *garrotillo* y *tabardillo*, de la peste bubonaria, etc. De este mal se ignoraban todos los datos necroscópicos hasta que Porcel se atrevió á introducir el cuchillo en los cadáveres de los apestados y describir sus lesiones. Y para que nada faltase al deseo de saber de nuestros médicos de aquellos siglos quisieron inventar estatuas anatómicas, grabar en bronce láminas que representasen fielmente objetos de historia natural, especialmente de botánica, cuyo objeto consiguieron J. Valero de Tovar y Alfonso de Herrera. Por fin, ninguna de las observaciones clínicas que registra la historia médica desde los tiempos mas remotos hasta entonces, puede compararse con las hechas por Mercado acerca de las calenturas intermitentes. Este médico logró fijar sus caracteres, de benignidad unas veces, de malignidad otras, con una precision que nada nuevo han añadido después los médicos posteriores y manifestando que estas enfermedades tenían la particularidad de revestirse con síntomas propios de otras.

Hablaremos de estas fundaciones, de estas creaciones, de estos descubrimientos, mas antes vamos á echar una rápida ojeada á los trabajos de algunos de los laboriosos criticos que han vuelto á la vida los monumentos de la medicina antigua.

El primero que se presenta á nuestro exámen segun el orden cronológico es *Nicolas Leoniceño*. Nació en Lonigo cerca de Vicenza el año 1428; estudió en Padua la medicina y la ejerció en Ferrara por mas de sesenta años. Sus lecciones y sus escritos contribuyeron eficazmente á propagar el gusto de la sana literatura. Fué el primero que tradujo directamente del griego al latin los aforismos de Hipócrates y otros muchos libros de Galeno. Disfrutó de una salud inmejorable y de una lucidez extraordinaria de espíritu durante su larga carrera; raras y preciosas ventajas que debió á su templanza y pureza de costumbres y á la tranquilidad de su alma. Murió por fin á la edad de ochenta y seis años, llorado por los sábios y por el pueblo. Leoniceño combatió con tenacidad la inclinacion de sus contemporáneos por los Arabes y los Arabistas y consiguió por fin que tuvieran por modelos á los autores griegos y latinos. Sus cartas sobre los errores de Plinio el naturalista y algunos otros médicos están escritas con una elegancia y una pureza desconocidas hasta entonces; son el primer ejemplo de este siglo de una crítica imparcial de los antiguos; demuestra que el enciclopedista romano, al cual tributa una profunda veneracion, ha cometido un gran número de contradicciones é inexactitudes por no com-

prender bien los autores griegos que compila, cargo que hace tambien á los escritores árabes, aunque con mas severidad: «Estos hombres dice, jamás conocian las plantas que describian, las tomaban de los autores que les habian precedido traduciéndolas mal, resultando de estas diversas denominaciones y descripciones, cada vez mas defectuosas, un verdadero caos. ¡Desgraciado el enfermo que toma medicamentos aconsejados por el médico que descansa en la fé de Mesué ó de Serapion!» (1)

La critica de Leoniceno es siempre cortés y prudente, sobre todo cuando se ocupa en combatir las opiniones de sus contemporáneos. En la carta que acabamos de citar escribe á Policiano lo siguiente. «Me he propuesto contestar en una carta, no en un libro á las razones que espone para justificar á Plinio de haber confundido la yedra con la jara, porque no quiero hacer públicas mis discusiones literarias con un hombre que es íntimo amigo mio y á quien quiero de todo corazón, pero la cuestion exige mas amplias consideraciones que las que yo imaginé.» (*Ibidem.*)

El segundo es *Tomás de Linacro, de Cantorbery*, contemporáneo de Nicolás, aunque algo mas jóven que él. Despues de haber hecho sus primeros estudios en la Universidad de Oxford, partió el año 1484 para Italia con el objeto de perfeccionar su instruccion. En Florencia asistió á las lecciones de Demetrio Chalcondylo, uno de los refugiados griegos de que ya hemos hablado. Protejido por Lorenzo de Medicis á causa de su modestia y de sus felices disposiciones, este príncipe le propuso se encargara de la educacion científica de sus hijos, que tenian por preceptor á Angel Policiano, el mismo á quien Leoniceno se dirigía tan afectuosamente en la carta que hemos citado. El jóven inglés aceptó con júbilo la oferta de Lorenzo, oferta que tanto le honraba y le proporcionaba la ocasion de satisfacer su pasion por el estudio: aprovechó, pues, tambien las lecciones de sus maestros que poco tiempo despues les llegó á aventajar. Dueño de todo cuanto se sabia en su tiempo, volvió á su pátria donde fué dignamente recibido y apreciado. Nombrado médico ordinario de Enrique VIII y de la princesa María, reina despues de Inglaterra, Linacro se mostró digno de su alta posicion por el celo que desplegó durante su vida por su instruccion, fué el primer Inglés que habló con pureza la lengua latina, tradujo muchas obras de Galeno, traducciones que hoy se estiman todavia mu-

(1) Carta á Policiano.

cho, creó de su bolsillo dos cátedras, una en Oxford, otra en Cambridge, cuyos profesores deberían explicar las obras de Hipócrates y Galeno. Pero lo que mas le recomienda á la consideracion de su pais es la creacion del Colegio de Londres.

Para apreciar con exactitud la importancia de tal creacion y el mérito de su autor, es preciso recordar las circunstancias que le rodearon y los obstáculos que tuvo que vencer. En esta época solo los Obispos estaban autorizados para permitir el ejercicio de la medicina en sus diócesis, resultando de esto que la práctica estaba confiada á los Monges y á los empíricos. Linacro tuvo que valerse de su crédito y de su influencia en la corte para hacer desaparecer tales abusos y logró conseguirlo gracias á su perseverante celo; alcanzando que se publicara un edicto para que nadie pudiera ejercer la medicina sin estar antes graduado en alguna de las Universidades del reino ó sufrido un exámen ante el Presidente y tres profesores del Colegio. La recompensa que obtuvo por tan laudables é inteligentes esfuerzos fué el considerarle como el verdadero restaurador de la medicina en su pais. (1)

*El tercero que se presenta á nuestro exámen fué el Español *Antonio Gomez Pereira*. Castellano segun unos (de Medina del Campo) Gallego segun otros (del Obispado de Tuy) estudió la medicina en Salamanca y la ejerció en la ciudad donde se cree que fué natural. Insigne humanista, filósofo y médico, sentó por máxima *que en las ciencias humanas á ningun autor se le ha de dar fé, sinó prueba lo que afirma*, máxima que le valió tal reputacion y nombradía, que logró sinó oscurecer, al menos anublar la fama de Bacon, de Descartes, de Cardan, de Giordano, de Gasendo, de Neuton, de Leibnitz y de tantos otros. Fué el primero que se reveló contra Aristóteles y Galeno, publicando un nuevo sistema de física contrario al del primero, y descubriendo las faltas de su filosofía. En él sentó nuevos principios opuestos á la materia y formas sustanciales que hasta entonces habian dominado en las escuelas, quitó el alma á los brutos, sesenta años antes que lo hiciera Descartes, para convertirlos en puras máquinas como el filósofo francés. Galeno, aristotélico también, habia imperado en medicina por el largo espacio de catorce siglos y nadie se habia atrevido á contradecir sus doctrinas hasta que Pereira lo hizo acabando con las opiniones del médico de Pergamo, en escritos llenos de sólidas y luminosas ideas que forman los eternos cimientos de esta tan difícil como importante ciencia, igua-

(1) Fréind, *Historia de la medicina*. Palabra Linacro.

lándose en esto á los primeros y mas célebres médicos griegos. Con su audacia é independencia, con su talento eminentemente filosófico, concluyó con la tiranía del Galenismo que por tantos siglos habia aherrojado á todos los médicos de Europa. Todo cuanto espone en sus obras sobre las fiebres, sobre las flecmasias, sobre la calentura hectica, el tifo y las viruelas está copiado de la misma naturaleza.

Sydenham ha sido hasta ahora considerado como el primero que definió la fiebre de la siguiente manera: *la fiebre es un instrumento de que se vale la naturaleza para estirpar los males y restablecer la salud*, definición que le ha valido los elogios de Boherhaave y Stoll. Pues bien, un siglo antes escribió nuestro español lo que sigue: *«febre non in alium usum naturæ gignit, quam ut ejus vim superflua, quæ corpus humanum malè afficiunt dissentur, aut concoquantur: et cococcta per sensibiles corporis meatus patentissimos redditos ob febrilem calorem excernantur et alia naturæ humanæ incommoda resartiantur.* (Tomo II, página 52 y siguientes de su obra *Antoniana Margarita*, impresa en Medina del Campo;) palabras que revelan lo infundado de los elogios tributados por su definicion al médico inglés que no ha dicho tanto ni tan bien como el médico de Medina. Decimos lo mismo de la teoría de Stahal sobre el mismo asunto. Antes que el médico de Viena estableció Pereira como causa próxima de la calentura al alma racional, y se maravilló que no se hubiese conocido antes esta idea que después adquirió tanta voga por haberla apadrinado el médico alemán. Pereira, pues, debe de figurar dignamente al lado de los dos anteriores sin que baste el tiempo á ofuscar su nombre, como por desgracia ha sucedido con otros sábios profesores que como él se separaron de las doctrinas griegas y árabes seguidas sin exámen por la mayor parte de sus compañeros.

El cuarto es *Luis Mercado*, varon, no solo ilustre por su cuna, sino tambien por sus virtudes y ciencia. Nació en Leon, antigua y primitiva capital del reino de este nombre, hácia el año de 1536. Sus padres le proporcionaron una educacion acomodada á las condiciones precitadas haciéndole que estudiara filosofia, donde ya reveló su talento esquisito y privilegiado y su predileccion al estudio de la medicina, predileccion que favorecieron y secundaron mucho llevándole á Valladolid, córte entonces y emporio de las Españas, cuando apenas contaba diez y seis años de edad, donde principió á estudiarla con afán alcanzando el grado de Licenciado á los veinte y tres, y el de Doctor á los veinte y seis con el objeto de poder hacer oposicion á cualquiera vacante de Cá-

tedra en su facultad. En aquella sazón desempeñaba la de *Prima* de Avicena el Doctor Fernan Rodriguez, pero muerto este el año 1572 y sacada á oposicion su cátedra, firmó Mercado la contienda, teniendo por competidor á su compañero y amigo el Doctor Juan de Peñaranda, temible adalid, mas experimentado que el jóven leonés, pero no mas instruido. Mercado triunfó y fué presentado para la cátedra vacante cuando tenia treinta y seis, cargo que desempeñó por espacio de veinte años con aplauso general y aceptacion bien pública y merecida. Su disertacion, curiosa por demás, versó sobre el punto siguiente: «*De vento septentrionale*, eleccion que revela el profundo estudio que había hecho de los libros de Hipócrates para alcanzar á dominar el conocimiento de las topografías médicas tan indispensables para quien con el mayor descargo de conciencia y con el mejor acierto desee ejercer la medicina. Ya catedrático Mercado pronto se dió á conocer por sus explicaciones, que admiraban á la Universidad y á la córte en términos de tenerle parangonado con los primeros sábios médicos de la época. En prueba de la justicia de estas apreciaciones, díganlo, por una parte sus escritos, cuyo mérito es superior á todo elogio; por otra, la misma Universidad que le nombró jefe del claustro de la facultad, segun se vé en el título de una de sus obras y eternizó su memoria postuma haciendo gravar en una aula de medicina (núm. 4) la siguiente inscripcion y en la misma forma que á continuación la trasladamos:

El DR. D. Luis DE

Mercado, Catedrático

de Prima de Avicena-Proto-Médico

General de estos Reinos,

Médico de Cámara de los Se-

ñores Felipe II y Fe-

lipe III y Famoso

Escritor,

por otra, la distinción y deferencia que le dispensó el monarca Felipe II, nombrándole uno de sus Profesores de Cámara el año 1578, á pesar de tener ya á su lado médicos tan sábios y virtuosos como lo fué el Doctor Francisco Valles de Covarrubias, del que nos ocuparemos en seguida, y encargándole la direccion del Proto-Medicato general de sus reinos para que por sí y ante sí ordenase y recopilase las instituciones para la enseñanza de la medicina. Catorce años contaba nuestro leonés al servicio de su Rey y Señor y veinte de Catedrático, cuando creyó

demasiado pesado para su edad, no demasiada por cierto, el desempeño de ambos cargos; pidiendo la jubilacion de la cátedra que el Rey se la concedió gustoso con todo el haber y consideracion á ella anejas, colocando en su puesto en clase de sustituto hasta su muerte al Doctor Pedro de Sosa. Muerto Felipe aquél mismo año, su hijo, el III de este nombre y heredero del vencedor de S. Quintin, le hizo continuar desempeñando su cometido cerca de su persona, dispensándole iguales deferencias de atencion y respeto hasta su muerte que ocurrió en Valladolid por el año de 1608 á los 72 años de edad.

Como hombre de ciencia Mercado no solo rivalizó con su compañero Valles, sino que ha merecido que algunos escritores, entre ellos nuestro célebre y erudito escritor D. Nicolás Antonio, dijera de él que *«los que en España atribuyen la primacia y miran á Valles como el mas sobresaliente de los médicos, deben tener entendido, que si este sobrepuja en la agudeza de filosofar y en el arte teórico de la ciencia; en la profundidad de conocimientos, de tesoros prácticos encierra Mercado mas tesoro. Mr. Jourdan al ocuparse del mismo en su diccionario bibliográfico, dice que Mercado fué el médico mas célebre del siglo XVI y que sus obras, aunque frecuentemente citadas, son poco leídas, siendo así que merecen serlo mucho mas.»*

Como jefe de familia supó inculcar á sus cuatro hijos las máximas morales y religiosas que le habian servido en sus primeros años de base á sus buenas prendas y cualidades. Mercado escribió muchas obras que se hallan reunidas en tres tomos en folio con el título de *Opera omnia*, de las cuales se han hecho varias ediciones en Valladolid 1605, 1644, 1613, Francfort 1608, 1644, 1620, Venecia 1609. En ellas trata de la ciencia en toda su estension y lo hace con tal acierto que en muchos tratados no han hecho innovacion alguna los escritores posteriores, viniendo á justificar las palabras de Jourdan en su diccionario citado. Dígalo sinó el tratado de *februm esentia differentiis, causis, dignotione, et curatione*, impreso en Valladolid el año 1586 en 8.º en el cual se ocupa de las diferencias de cada una de las fiebres en especial de las intermitentes que dividió en benignas y malignas ó perniciosas, pintándolas con tal acierto que nada nuevo han añadido los autores de hoy á lo dicho por el catedrático de Valladolid; el de *faucium et gulturis anginosis et lethaliibus ulceribus*, en el que despues de establecer los signos que diferencian las anginas ordinarias benignas de las malignas ó *garrotillo*, segun lo llama el vulgo, discurre con sumo acierto sobre el modo de curarle, ni mas ni menos que lo ha-

cen hoy los modernos escritores; el libro cuarto de las enfermedades propias de la muger titulado, *De puerperarum et nutri cum affectionibus* del cual se hicieron ediciones en Valladolid, Francfort, Venecia etcétera; libro único en su género entonces, y en el cual pinta Mercado con la maestría que le era habitual las afecciones á que están espuestas las mugeres durante la gestacion y el puerperio; y en fin otros muchos dignos de estudio por cuantos se interesen por los adelantos de la ciencia y el esplendor de la medicina española. Mercado, pues, merecia de nuestra parte un recuerdo mas estenso, pero la necesidad de ser lo mas breves posible, nos obliga á ocuparnos de su compañero y contemporáneo Francisco Valles, digno como el de eterno renombre.

Francisco Valles (1) es el último y mas esclarecido de los prohombres que combatieron el arabismo y resucitaron las doctrinas de los médicos griegos. Nació en Covarrubias, villa de la Provincia de Burgos, de cuya ciudad dista siete leguas y recibió el agua del bautismo el cuatro de Octubre de 1524. Sus padres D. Francisco Valles y D.^a Brianda de Lemus, debieron ser personas distinguidas, porque así lo hace creer el *Don* que llevaban y la calidad de los padrinos del recién bautizado. Hijo, según parece, de médico, empezó en edad temprana á dedicarse á las letras para trasladarse despues á la célebre Universidad que tanto enaltecíó el nombre de Valles. Ignórase la fecha que sucedió esto, únicamente consta que fué colegial en el Colegio mayor ó Trilingüe de la misma, y que desde 1544 en adelante hizo sus estudios médicos y fué recibiendo los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor, alcanzando esta última dignidad á los veinte y nueve años, no sin haber tenido que sostener un pleito con el claustro de doctores de la Universidad Complutense, que negaban á Valles el derecho á estos grados bajo el pretexto de no haber llenado las condiciones reglamentarias en sus estudios. A pesar de este primer obstáculo en su carrera no desmayó Valles en su propósito, antes alcanzó un triunfo que completó dignamente con su elevacion al Magisterio en el mismo lugar donde habia sufrido oposicion tan ruda. Valles era Catedrático de *Prima* un año despues de haberse graduado de doctor, puesto que prueba el mérito que tempranamente descollaba en él. Su cátedra era la principal de la facultad y en el desempeño de ella se levantó á tan gran altura desplegando tanto

(1) Tomamos esta nota de la excelente memoria del malogrado Sr. Oliver premiada con el accésit por la Academia de Medicina de Madrid. Pueden registrarse otras muchas biografías premiadas tambien, pero la que esponemos nos ha parecido la mejor y mas adecuada á nuestro objeto.—N. del T.

ardor y talento y tan profundo saber en la esposicion de la doctrina Galénica que llegó á ser designado comunmente con los titulos de *Alma de Galeno*, de *Galeno Español*. A la par que su reputacion como catedrático y médico práctico creía, sucedía lo mismo como escritor. Mientras daba sus lecciones, pedia licencia al Rey para imprimir su primera obra: *Controversiarum Medicarum et philosophicarum libri decem*, Enero 1555; la mas meritoria de todas cuantas escribió y lo hacia cuando solo contaba treinta años, dedicándosela a los médicos y ofreciéndoles para en el caso de aceptar sus doctrinas otros nuevos trabajos, ofrecimiento que tardó poco en cumplir y con largueza. Dos años despues (1558) vió la luz pública en Alcalá su libro titulado: *Comentar, in quator libros meteorologicorum Aristotelis*; al siguiente en Lyon el de *Commentaria in Galeni de locis patientibus libros sex: y la de Tractatus medicinalis* que abrazaba: *I De urinis Compendiaria tractatio: II De pulsu libellus; III, De febribus Commentarius; IV Methodi medendi libri quator*. En 1561 en Alcalá: *In Aphorismos Hippocrates simul et in libellum de alimento Commentaria*: En 1562, *Octo librorum Aristotelis de Physica doctrina versio recens et Commentaria* dedicada al Rey Felipe II. En 1567 *Commentaria in Prognosticum Hippocrates*. En 1569, *In libros prænotionum, in libros de ratione pictus Commentaria*.

Contribuyeron á acreditar mas y mas su reputacion los comentarios y varias traducciones de obras del gran médico de Pergamo publicados por el mismo; como son los de *Temperamentis etc.* comentarios y traducciones que le valieron un cargo de parte de aquellos que le creian entusiasmado con las doctrinas de aquel médico oscurecidas y desfiguradas entonces: cargo injusto, dirigido, no á Valles, sinó á aquella época de restauracion, de conciliacion, de reflexion y de sutileza, como era el renacimiento. No podia presentarse entonces como cimientó de la futura ciencia médica otra doctrina superior á la hipocrático-galénica y no podia, sin borrarse muchas páginas de la historia, arrancarse esta doctrina de la inteligencia de los médicos. Valles entusiasta de Galeno no creia sin embargo á ciegas en su autoridad, ni tampoco en la de Hipócrates, Avicena y otros: observador atento de la naturaleza se acomodaba á las tendencias de esta en cada caso sin someterse á los principios generales ni á los preceptos de sus antecesores, conducta que le hizo llevar con justicia el titulo de médico hipocrático ó Hipócrates Español, con que sus contemporáneos le glorificaron y la posteridad le ha confirmado. Su fama traspasó bien pronto los estrechos límites de

la Escuela en que brillaba: sus escritos, que se imprimian y leian en toda Europa, sus curaciones divulgadas por la admiracion y gratitud de las gentes, sus numerosos discípulos difundidos por toda la Peninsula, estendieron la fama de su talento, de su ciencia y tino práctico por todo el mundo civilizado. No bien tuvo noticia de tantas raras dotes el Rey cuya salud estaba algo quebrantada, llamó á Valles á la Côte y le nombró su Médico ordinario de cámara. Absorto á la expansion de su ingenio y á la práctica del arte que tan magníficamente poseia, allí en aquel nuevo teatro se iban desplegando de un modo sorprendente las cualidades de nuestro médico y allí habria de alcanzar en presencia de la Côte el sobrenombre de *Divino* con que se le conoce. Cuéntase la siguiente anécdota que dió origen al sobrenombre. Hallábase un dia el Rey Felipe cruelmente atormentado por la gota y Valles le aconsejó que metiese los pies en un barreño de agua tibia, segun la mayor parte de sus biógrafos, de leche tibia segun el P. Feller. El consejo valió al Rey un pronto alivio de sus dolores y al dia siguiente escitado por la gratitud al presentarse Valles en la cámara, le saludó diciéndole. ¡Ay divino Valles lo que te debo palabras que repitieron les cortesanos, el pueblo despues, que, considerando justa esta calificacion, dió en nombrar en lo sucesivo al médico de Felipe II el *Divino Valles*.

Si favores y mercedes debía á su Real cliente su médico, consuelos inefables y en cierta ocasion hasta la vida debía aquel al segundo. El Rey enfermó de gravedad y Valles lo administró un purgante al quinto dia contra la opinion de sus compañeros que esperaban ó temian la muerte del enfermo al sexto, guiados de aquella sentencia de Galeno: *Qui in quarto ad peiorem statum recidunt, plerique sexto moriuntur*. El enfermo curó y por tan señalado beneficio le otorgó muchas mercedes y preeminencias y le regaló 6000 doblones. El mismo Valles cuenta el suceso en el cap. II. del libro IV. de su *Methodus medendi*, suceso que pone de relieve el tino práctico y la independencia de sus opiniones médicas. Primer médico de cámara Valles utilizó el favor del monarca para realizar los altos pensamientos que alimentaba en su espíritu, y para llevar á cabo las reformas que en la profesion y en la enseñanza médica consideraba necesarias. Felipe II le nombró Proto-médico general de los reinos y señoríos de Castilla, cargo el mas elevado de la Profesion en España. Valles correspondió á esta nueva prueba de confianza, dictando y proponiendo medidas para regularizar y perfeccionar la enseñanza, dar el esplendor debido á la profesion y proporcionar buena asistencia á las poblaciones. Ya en sus comentarios al libro de

los Aforismos de Hipócrates, había hecho una triste pintura del estado de la enseñanza médica en España, lamentando el descuido de exigir las certificaciones auténticas de los cursos privados, la frecuencia con que estas se presentaban falsificadas, la tibieza de los exámenes; en una palabra, la facilidad extrema con que cualquiera obtenía el título para ejercer la profesión médica, sin que la creación de los Proto-médicos hubiese servido de correctivo á tan graves abusos. Para poner remedio á tanto mal instituyó Valles el exámen por el Protomedicato de todos los laureados en las diversas escuelas antes de despedirles la licencia para ejercer la medicina en las ciudades y en los pueblos: señaló las reglas que convenía seguir, ya por parte de los farmacéuticos para las preparaciones medicinales, ya también por parte de los médicos; en la adopción de los pesos y medidas que debían usarse en el arte de recetar; porque unos adoptaban las árabes y otros las romanas: en un libro que de orden del Rey escribió con este título: *De las aguas destiladas, pesos y medidas que los boticarios deben usar por nueva ordenanza y mandato de S. M. y Real consejo, hecho por el Doctor D. Francisco Valles, Proto-médico general de todos los reinos y señorios de Castilla*. Valles á pesar de las graves ocupaciones de su destino, no disminuyó en nada su amor á la ciencia, concluyó su vida de escritor con dos obras que tanto por la importancia y gravedad del asunto como por su mérito, parecían reservadas para darse a luz en los años de madurez. Tales son los *Comentarios de los libros de las epidemias de Hipócrates*, cuya publicación fué recibida con inmenso aplauso y afirmó todavía más la reputación de él y la *Philosophía sacra, sive de iis que scripta sunt phisicé in libris sacris*, obra enciclopédica, de la cual no pudiera darse mejor idea ni hacer más cumplido elogio que escribiendo en la portada y titulándola *Rerum divinarum humanarumque notitia*. El Rey satisfecho y convencido del mérito de su médico, le eligió juntamente con los sábios Arias Montano y Ambrosio de Morales para formar la gran biblioteca que quiso establecer en el Escorial, logrando así que también contribuyeran los hombres de ciencia á la creación de aquel monumento, gloria de aquel reinado y maravilla del mundo.

Valles no solo atendió á los cuidados de su Real Cliente, sino que se acordó de su patria y familia en momentos supremos para ella. En su pueblo natal se declaró una epidemia, que diezaba sus habitantes, Valles pidió y obtuvo permiso para ir á socorrer á sus paisanos y una de las medidas adoptadas por él para poner coto á los estragos del mal

fué el derribo de las murallas que rodean el pueblo. Por tan oportuno remedio y para recordarlo mandó su Ayuntamiento dar el nombre del Divino Valles á una calle de la poblacion.

Valles estuvo casado cuarenta y dos años con D.^a Juana de Vera; de la cual tuvo seis hijos que ocuparon puestos distinguidos. Con sus bienes y los de su muger fundó en 1587 un mayorazgo; primero, sobre la casa en que habitaba en la calle de Santiago de la dicha ciudad de Alcalá, despues sobre una hacienda llamada Serafin ó Jerafin que todavía se conoce con este nombre, para sus descendientes y en caso de que faltasen, para el Monasterio de la Concepción Gerónima de Madrid, el Colejio de la compañía de Jesus de Alcalá y la Universidad de la misma, asignando á esta última la casa que habitaba en la espresada calle determinando *que fuese señaladamente para el Catedrático que á la sazón y adelante fuese de la Cátedra mas principal ó mas antigua de medicina en dicha Universidad; por manera, que el tal Catedrático mientras lo fuese sea usufructuario de ella, haciendo la Universidad la memoria y aniversario que en favor de los fundadores creyeren que es razon y ordenaren.*

Valles anciano ya, con el cuerpo debilitado, pero con la misma energía de espíritu que siempre, sentia acercarse su fin. Admitió, pues, la oferta que el Colegio mayor de San Ildefonso de la Universidad le hizo en 30 de Julio de 1589 de permitir se le enterrase juntamente con su mujer y un hijo en una de las capillas del colegio y de poner piedra y señal en su sepultura, pero la Providencia que tan prodiga en toda clase de bienes había sido con él en toda su vida, no se dignó concederle este postrer consuelo. En 1592 determinó el Rey pasar á Burgos y llevar consigo á su médico á pesar de la negativa y súplica de este para no salir de Alcalá, pero el Rey le instó de nuevo á que le acompañara como lo hizo, pero suplicándole que en caso de fallecer había de ser conducido á Alcalá y enterrado su cadáver en la sepultura del colegio. Llegó la Côte á Burgos y á poco tiempo hubo de retirarse Valles al Convento de Agustinos (hoy colegio de sordo-mudos de Castilla) situado extramuros de la Ciudad, donde acabó sus dias el Domingo 20 de Setiembre de 1592 á los 67 años, 11 meses y 15 dias de su nacimiento. El Rey cumplió fielmente su promesa. Mandó conducir los restos de su médico con toda pompa y suntuosidad á Alcalá y darlos sepultura en la capilla del colegio segun expresa la voluntad del finado que es la segunda del lado de la Epístola, cinco dias despues de su muerte. A solicitud de sus hijos D. Francisco y D. Gabriel, se abrió ante el corregidor de la ciudad el

testamento cerrado que, el yá difunto, había escrito por sí en Madrid el 20 de Mayo del mismo año. En él se descubre el alma profundamente religiosa del esclarecido médico, siendo notable, por lo espontánea, la protesta de fé católica con que principia.

Cumplidas las disposiciones testamentarias del finado y cerrado su sepulcro colocaron en la losa la inscripcion que sigue, que revela el elevado concepto de ingenio, saber y virtudes que había dejado al morir Francisco Valles.

D. O. M.

Francisco Vallesio, Philippi II Hispaniarum et Indiarum Regis catholici Dignissimo Proto-Médico Philosophis in Academia complutensi.

*Parente magno, virtutes in Hesperia Magistro,
Carissimo et optimo*

*in phisicis primus, nulli virtute secundus, in
Medicis certum, est non habuisse parem,
et tamen hic magnus toto Vallesius orbe en-
perit et parvo clauditur in tumulo.*

*Ast animo athercas habitat noxus
Incola sedes, nimiram Has sedes qui Bene
Vixit habet.*

Valles como escritor abarcó de una sola vez las cuatro fuentes del saber del siglo XVI: la Biblia, Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Empezó por purificar los textos griegos, devolviéndolos su significacion natural alterada y oscurecida por tantas versiones, los ilustró con comentarios hijos de sus propias observaciones, espuso cuanto nuevo se había dicho despues de ellos y concluyó por examinar con detenimiento todo lo que los libros sagrados contienen relativo á la ciencia de la naturaleza. Pero dejemos al filósofo con sus ideas sobre la eternidad de la materia, el alma humana y la naturaleza del fuego y demos á conocer al médico.

Ocupándose de las cualidades y conocimientos que considera indispensables á todo médico, dice, que son tantas las que Galeno exige en el verdadero imitador de Hipócrates, que aun cuando nos dediquemos esclusivamente al estudio de la verdad y despreciemos las riquezas y la vanagloria, parece cosa insuperable el llegar a reunir las. En efecto, exige la cosmografía y la astronomía para que se tomen de los lugares y los tiempos las indicaciones necesarias para las prescripciones médicas, la filosofía llamada natural, la ciencia anatómica como la única

que puede indicar el sitio del padecimiento. Exige además otra filosofía llamada *Etica*, pues esta sirve para calmar las perturbaciones del ánimo, que son, como sabemos, causas tan poderosas de enfermedad; exige por último, la retórica *que martos aegrotantes timentes animare, iratos placare, furentes coercere possit*. A todos estos conocimientos es indispensable añadir el de los idiomas, porque hoy no tenemos en el nuestro escritos los monumentos de los mas insignes médicos. sinó la mayor parte en griego, otros en latin y los demás en árabe.

Al hablar de la edad como condicion del buen médico en el libro VIII de sus controversias dice lo que sigue: Partiendo del principio de que el arte de curar reposa sobre dos bases, la esperiencia y la razon: *ars médica duobus quasi cruribus incedi*) niega que la juventud sea impropia para constituir al buen práctico y que solo las canas pueden dar ciencia y esperiencia. «El que envejece forjando sofismas, dice, es el mas inútil de los mortales para el arte médico. Así hay hombres que son jóvenes siempre, es decir, inespertos á pesar de sus canas. No se puede ser buen médico sin el saber, la reflexion y la prudencia, y todas estas cualidades no van unidas á las canas, algunos las poseen antes y otros ni aun después de encanecer. *Itaque non sunt in canis hæc omnia contingunt nonnullis ante canos, nonnullis ne post canos quidam.*»

Los caracteres especiales del verdadero médico, del médico hipocrático, son rechazar el dogmatismo, reconocer en la naturaleza humana un principio de actividad espontánea que mantiene la salud y es el oculto movil de la marcha de las enfermedades; sentar, en consecuencia, como base del arte la observacion de la naturaleza, precepto admirablemente espresado con la frase célebre de Baglivio: *Medicus natura etc.*, y atenerse en la práctica á un empirismo mas ó menos racional, á un verdadero eclecticismo hijo de la duda, ó mejor dicho, de la ignorancia, sobre los fundamentos reales y positivos de las indicaciones terapéuticas. Todo esto dice Valles y todo esto y aun algo mas es preciso para llevar con honra el nombre de médico.

Examina la enfermedad y la define del modo que sigue en sus controversias, cap. I, lib. IV. «Conócese, dice, que la esencia de la enfermedad no consiste en la alteracion ó lesion funcional (*in læsa operatione*) en que cuando un individuo está enfermo, aunque cese la alteracion durante el sueño en cuyo tiempo no opera ó funciona bien ni mal; la enfermedad, sin embargo, subsiste. Así, pues, la enfermedad no está en la alteracion funcional (*in læsa operatione*) sinó en la dis-

posicion por la cual es producida esta lesion (*sed in ea dispositione per quam læditur.*)

Su definicion de la enfermedad es la que á la letra dice así: *Affectus præter naturam qui lædit operationes per se et primo ita ut noxa sentiri possit.* Sus términos los esplica el autor en seguida y lo hace con tanta claridad que no queda duda alguna del valor de ellos y de la opinion del espositor. Verdad es que hubiera podido definirla, el esceso, la falta de proporcion ó la carencia de alguno de los humores, ó imitando á su contemporáneo Fernel, fijar esclusivamente toda su atencion en la lesion anatómica; pero cualquiera de estas teorías conduce á una terapéutica esclusiva ó sistemática opuesta á la enseñanza de Hipócrates que Valles seguia y respetaba. La idea espuesta acerca de la enfermedad la corrobora al tratar de las causas que la producen en las siguientes palabras: «no hay causa final en las enfermedades, porque siendo estas una imperfeccion, no cabe que existan causas á fin de producirla; deben, sin embargo, exceptuarse las enfermedades provocadas por el arte, las cuales llevan un fin determinado. La causa de la enfermedad no es material porque esta no es sustancia, sinó accidente; no es efecto directo de las causas estrañas al organismo, sinó un movimiento preternatural, pero activo y reaccionario. Sigue estudiando las cualidades de los alimentos y medicamentos y su distincion y dice: «las cualidades del alimento son dobles; unas, como inherentes á su propia sustancia, otras, á su manera de comportarse. A la primera corresponde el ser de fácil ó difícil digestion, tener jugos crasos ó ténues, buenos ó malos, de mucho ó poco nutrimento, de facil ó difícil descenso. A la segunda el ser cálidos ó frios, húmedos ó secos, astringentes ó laxantes, debilitantes, aperitivos ó *facienti contraria*. La primera cualidad depende de que como alimento es pasivo, la segunda de lo que tiene de activo. Las cualidades de los medicamentos son dobles tambien; una mecánica ó fisico-química que se comporta á la manera que lo harian en un cuerpo inorgánico; y otra virtual no directa, que provoca en el organismo por una especie de afinidad vital, efectos enteramente especiales y exclusivos de la vida, poniendo en juego la sensibilidad orgánica, propiedad esclusiva de los cuerpos vivos.

Los preceptos terapéuticos de Valles se hallan en consonancia con su idea de enfermedad. Encargaba mucho respetar los movimientos naturales en ellas, observar su marcha con esmero y no perturbarla sino en los casos en que la razon y la esperiencia unidas imponen la necesidad de obrar sin demora. Valles, hipocrático siempre, decia:

«que no es posible lograr una curacion del todo exacta, es decir, sujeta á reglas fijas establecidas á priori, porque las indicaciones son en extremo numerosas y variadas. El médico prudente debe, pues seguir el justo medio entre las medicaciones empíricas y las racionales. Su axioma terapéutico era el mismo que estampa Hipócrates en su libro *De veteri medicina*. «Las enfermedades se curan unas veces por sus contrarios, otras por sus semejantes, otras con remedios cuya accion no es contraria ni semejante, pero que no se sabe como obran. No hay en este punto regla fija.» Lo contrario que su contemporáneo Fernel que afirma ser una verdad el *contraria contrariis*, sin cuya circunstancia no puede obtenerse verdaderas curaciones.

Valles trataba de encaminar el arte médico por la via espermental apartándola de los sofismas que hasta entonces habian guiado en la práctica á la mayor parte de los médicos de su tiempo. En el libro IX de sus *Controversias* inculca la necesidad de estudiar las virtudes de los medicamentos, se lamenta de la comun ignorancia sobre este punto y combate los excesos de la polifarmacia.

Concluamos, por fin, estos datos diciendo que los que deseen conocer á este célebre médico, que estudien su patología en los *Comentarios de los libros de las Epidemias*; su semeiología en su *Tratado del pulso y de las orinas*; su terapéutica en su *Methodus medendi*; sus celebradas *Controversias* y su *Sacra Philosophia*, donde podrán admirarle á un tiempo como crítico profundo, como historiador filósofo, médico y naturalista, hábil y poderoso dialéctico, escritor correcto y elegante, en fin, como un genio vastísimo, asombroso, digno de ser llamado *Divino*.*

Los cinco personajes cuya vida y escritos acabamos de trazar y cuya influencia sobre sus compatriotas fué tan grande, pertenecen á este periodo. Merecian una mencion especial, no solo por el valor de sus trabajos literarios, sino porque fueron de los primeros médicos que abrazaron el culto de los clásicos griegos y contribuyeron á propagarle con eficacia. Otros muchos le siguieron distinguiéndose tambien; tales fueron, Goutier de Andernach, Santiago Houllier, Luis Dureto, etc.

No es posible consignar aquí todos los sábios que consagraron su vida á restaurar los monumentos de la medicina antigua; me basta con haber señalado la tendencia general de las inteligencias hácia las investigaciones bibliográficas en esta epoca de regeneracion intelectual, tendencia que denota una necesidad profundamente sentida, debida á la nueva direccion que comenzaban á tomar los estudios. En efecto, des-

de el momento en que se empezó á apreciar la mayor superioridad de los autores griegos sobre los comentadores árabes, se empeñaron en remontarse al origen de lo bello, buscando con avidéz cuantos estaban olvidados en el polvo de las bibliotecas. Las obras griegas eran entonces muy pocas y estaban estropeadas por el abandono en que habían testado durante tantos siglos; era pues una necesidad sacarlas de aquella oscuridad, depurarlas, coordinarlas y propagarlas por medio de la imprenta. Este trabajo, poco costoso hoy, exigia entonces muchos y variados conocimientos, una gran sagacidad, y sobre todo, una paciencia y un desinterés admirables. Los hombres más sábios no se desdijeron en hacerlo, y á esta espontaneidad es debido el epíteto de *Erudito* que caracteriza este periodo.

Anucio Foés publicó entonces una edicion completa de las obras de Hipócrates que él mismo tradujo al latin. «En medio de la escasez de buenos manuscritos, dice un historiador moderno, de la defectuosidad de los textos, de las numerosas alteraciones introducidas sucesivamente por los copistas, era de necesidad una edicion griega y exacta de las obras de Hipócrates que en vano se había esperado despues de tanto tiempo. En 1595 se publicó en Franfort sobre el Mein, un volumen mucho menos notable por su tamaño que por el tiempo, aplicacion y sacrificios de toda especie que debió costar su composicion á su docto y laborioso autor: «Foes era un práctico distinguido, pero pobre, que vivió de su trabajo y de la plaza de médico titular de la ciudad de Metz. Consagró á este gran trabajo todos los ratos de soláz y vigillias que tuvo durante cuarenta años. Su nombre marcha unido al de Hipócrates como la yedra á la encina de cuya savia participa.

Tampoco debo pasar en silencio otra publicacion que data tambien de la última mitad del siglo XVI, tan importante como la anterior bajo el punto de vista médico en la cual ha desplegado el autor una erudicion casi increíble; es el tratado de la *Gimnástica de los antiguos por Gerónimo Mercurial*, obra clásica no menos precisa para el historiador que para el anticuario.

Despues de haber rendido un justo homenaje á los trabajos bibliográficos que contribuyeron á la restauracion del buen gusto en Europa, llega el tiempo de examinar en detall los adelantos de cada una de las ramas del arte en este periodo.* Antes, sin embargo, haremos una reseña de los principales cuerpos científicos españoles, cual hemos dicho; creados en aquellos siglos, para de este modo conocer la verdadera

constitucion de la ciencia y su influencia en la marcha general de la humanidad.

UNIVERSIDADES.

Las Universidades en las edades anteriores á nuestra era y mas atrás aun, no fueron mas que escuelas memorables fundadas ó dirigidas por eminentes pensadores. La libertad que entonces disfrutaba la ciencia dió lugar á atrevidas é importantes teorías, pero tambien á delirios intelectuales, á turbaciones y hasta desgracias para los paises donde tales escuelas se fundaron. Sin imprenta, sin papel, sin nada de cuanto hoy atesora el arte tipográfico, todas las cuestiones se agitaban de viva voz entre los maestros y los discípulos ó entre los mas aventajados de estos. Nadie se cuidaba de poner coto á las exageraciones de los unos, á los delirios de los otros, á la intolerancia de todos, de suerte que era imposible dar cuerpo á los esfuerzos aislados de tantos cultivadores de la inteligencia, durando casi hasta nuestros dias las acerbadas disputas que representaban el estado de las sociedades. Son célebres las fundadas por Pitagoras, Platon, Aristóteles, Epicuro y Zenon y tantos otros. De las dos primeras han tomado su punto de partida las escuelas idealistas modernas y de la del tercero la enseñanza en general de nuestros cuerpos científicos modificada por los adelantos que las ciencias han ido alcanzando en la larga série de siglos trascurridos desde que la fundó el Jefe de los *Pascantes*. Estos cuerpos científicos fueron creados en la Europa moderna para responder á necesidades intelectuales imperiosas por causa del atraso á que se había llegado en todo género de estudios y por la civilizacion mayor que habia seguido á las victorias de la reconquista. En efecto, las Universidades levantaron bandera para todo aquel que amante de la ilustracion quisiera alistarse como voluntario y fuera á difundir por todo el orbe conocido los progresos de las ciencias y las artes amortiguadas por el espíritu agreste é inculto de los invasores germánicos.

Al siglo XIII, como hemos dicho en la página 292 se remontan las mas antiguas de España que son las de Palencia y Salamanca; en el siguiente se restauran las de Lérida y Huesca, se crean las de Murcia y Valladolid; en el XV las de Barcelona, Zaragoza y Gerona como complemento de las de Aragon; las de Luchente, Sigüenza, Avila en Castilla y en el XVI toman grande incremento estos cuerpos literarios y se fundan en la primera mitad Valencia, Sevilla, Santiago, Alcalá, Toledo, Granada, Lucena, Tortosa, Oñate, Gandia, Osuna y Osma; y

en la segunda mitad Almagro, Oropesa, Irache, Baeza, Orihuela, Tarragona, Oviedo y Vich. Desde entonces decrece el generoso impulso de nuevas creaciones, pues solo aparecen en todo el siglo XVII la de Pamplona, la de Palma, y en el XVIII la de Cervera, y en el actual la de Madrid que responde al espíritu centralizador de nuestra época.

No se entienda que tan crecido número de Universidades coexistiese nunca en España: la de Palencia, poco despues de creada la de Salamanca, y sus estudios llevados á Valladolid, las de Murcia, Luchente, Lucena, Gandia y Oropesa duraron poco: las de Barcelona, Gerona, Lérida, Huesca, Tarragona y Vich, se fundieron en la de Cervera y en diferentes épocas de nuestro siglo fueron suprimidas muchas de ellas por disposiciones de los Gobiernos que se han sucedido. A mas, muchas de las citadas no abrieron cátedras de medicina que sirvieran como de complemento al compromiso que contrajeron al adoptar el nombre de Universidad, y otras lo hicieron con tanta parsimonia, con tan premeditado miedo que no son acreedoras á un estudio especial que ponga de relieve los grandes servicios que desde su fundacion prestaron á la ciencia médica en España. Nuestras investigaciones se limitaron á las que con justo título han creado escuelas médicas y han impreso carácter á las doctrinas que aun hoy propagan algunas con brillo. Son las de Valladolid, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Alcalá, Granada y Santiago.

VALLADOLID. La Escuela palentina trasladada á Valladolid, residencia predilecta de la reina Doña Berenguela, por su hijo el rey Don Fernando el Santo, en el mismo siglo, fué la primera que se creó dirigida por el Obispo y Canónigos de aquella Santa Iglesia. Mas en los primeros años de este siglo XIII, el rey D. Alfonso VIII, celoso de la instruccion de sus vasallos, é informado del crédito y merecida reputacion con que se sostenían los estudios en Valladolid, determinó, á propuesta del Arzobispo D. Rodrigo, dar el carácter de Universidad á aquella Escuela para que la juventud se dedicase con mas facilidad al estudio de las ciencias. Al efecto llamó á los más sábios Profesores de España, Italia y Francia, que atraídos por las prerogativas y crecidos estipendios que se les ofrecían, empezaron á difundir sus conocimientos al gran número de alumnos que concurrían de todas las partes del Reino, llegando á adquirir una gran celebridad durante el reinado de este Rey que miró con singular predileccion al establecimiento que por decirlo así, restauró y aumentó. Pero en el tormentoso reinado de don Enrique I de Castilla, fueron decayendo estos estudios á causa de ha-

berse apoderado el ambicioso D. Albar, tutor del Rey de las tercias que estaban consignadas para el pago de los Profesores. El Rey prometió pronta reparacion de este agravio, reparacion que no se verificó hasta el reinado de D. Fernando III su sucesor. Este Rey que por muerte de su Padre Alfonso IX, reunió en si las coronas de Leon y de Castilla, llevó á Salamanca los Profesores de mas reputacion que habia en la Escuela palentina con cuyo motivo concluyeron mas pronto los estudios en ella y se resintieron los de Valladolid hasta el estremo de acudir Hernando, Obispo de aquella Santa Iglesia á la Santidad de Urbano IV para que concediese algunas inmunidades y prerogativas con el fin de evitar su completa ruina, como en efecto concedió por un Breve espedido en Civitavecchia en 14 de Mayo de 1262 á los Doctores y estudiantes de aquella Universidad los mismos privilegios, indulgencias, libertades y preeminencias que gozaban los Maestros y estudiantes de Paris ó de Bolonia, ó de cualquiera otro punto donde hubiera estudio general. A medida que la estancia de la Corte se fué haciendo mas permanente, todos los Reyes se esmeraron á porfia, enriqueciéndola con cuantiosas donaciones y exorbitantes privilegios. D. Alonso XI sucesor de su padre D. Fernando IV, creido por algunos fundador de esta Universidad fué uno de los mas solícitos y decididos protectores de ella; por su intercesion el Papa Clemente VI por bula espedita el año 1336 la hizo Universidad pontificia, mandando que en adelante fuese canceller de ella el Abad de la Santa Iglesia Colegial. En su orijen contaba esta Universidad solo siete cátedras, pero en el siglo diez y seis llegó á tener hasta veinte y seis, la mayor parte creadas en este y en el anterior siglo por el claustro, entre ellas la prima de Avicena, creada en el 1534, la de Visperas en 1540, la de Cirujía establecida por Felipe II en 1594 donde se estudiaba anatomía práctica á imitacion de lo que sucedía en Bolonia y Mompeler. El primer catedrático de anatomía en esta Escuela fué el célebre Alonso Rodriguez de Guevara, cuyo solo nombre atrajo á la Escuela gran número de alumnos y Profesores encanecidos en la práctica como el Dr. Oñate y el insigne Montaña de Monserrat que siendo de edad de 70 años, y habitualmente imposibilitado de la gota, se hizo conducir en una silla de manos para oír las esplicaciones del sábio Guevara, siendo de notar que este primer curso, contra lo comunmente establecido duró veinte meses, dando lugar la exactitud de las esplicaciones de Guevara, que Monserrat dijera que el *«Cirujano que quiera ser experimentado en anatomía, vaya á aprender á Bolonia en Italia, á Mompeler en Francia y á Valladolid en España.»*

La traslacion de la Côte á Madrid hizo perder á esta ciudad mucha de su importancia y por consecuencia se resintió bastante su Universidad pero no por eso se descuidó su enseñanza; antes por el contrario, en los siglos XVII y XVIII se ampliaron los estudios creando nuevas cátedras, entre ellas la de prima de Hipócrates, que desempeñó y creó en 1618 D. Miguel Polanco, catedrático jubilado de filosofía y médico de cámara del Sr. D. Felipe III; la de Método que ya existía en 1620, la Academia de medicina práctica, fundacion del Claustro á instancia del Profesor de medicina D. Lorenzo Pinedo, y el Colegio de médicos de S. Rafael, debido al mismo Sr. Polanco en 1628 con real aprobacion del Sr. D. Felipe IV. Así continuó el estudio de la medicina hasta casi nuestros dias en que la necesidad de unificar la ciencia obligó á suprimir las cátedras de las Universidades para crear otras en determinados puntos que abrazasen todos los ramos de la ciencia y dieran origen á Profesores que reunieran en si los conocimientos divididos antes y por tantos años en dos secciones, dando lugar por ello á distinciones que perjudicaban á la clase por las diferencias que parece entrañaba el estudio de una ó otra parte de la ciencia; la *medicina* ó la *cirujía*.

ZARAGOZA. Segun la opinion de algunos historiadores, la existencia de esta Escuela general data de algunos años antes de la era cristiana cuando la ciudad fué restaurada. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que se dió amplitud á estos estudios ó se crearon de nuevo dos siglos despues en que principia la gloriosa tradicion de la venida de la Virgen á Zaragoza, los que la alcanzaron gran concepto hasta en paises lejanos por las singulares dotes de sus jefes los Obispos. Fundadores éstos de estos estudios, solo admitian un limitado número de alumnos para la enseñanza de las letras humanas y la filosofía, ya que las demas ciencias no tenían el desarrollo necesario para poderse inculcar en el ánimo de los destinados á cultivar las primeras. Los establecieron en la misma parroquia del Pilar, segun se dice en una escritura del archivo de aquella, y allí permanecieron y siguieron su curso natural acrecentando su importancia segun iba propagándose el cristianismo, hasta la dominacion de los árabes, que parece debiera destruirlos, pero no fué así; antes los árabes hicieron ostentacion en sus conquistas de tolerancia política y religiosa, pues permitieron el culto cristiano en torno de la capilla ó parroquia del Pilar bajo la vigilancia de un Alcaide moro Al amparo de aquella tal cual benignidad que mantuvo á los cristians, aunque no sin angustias, en cierta independencia y unidad: los estudio,

citados fueron creciendo segun consta de documentos, procedente unos, de los mismos dominadores, otros de donaciones hechas por los Reyes á alguno de los que dirigían los estudios.

La vida claustral que el reducido pueblo cristiano se veia obligado á hacer en el barrio en que vivia, la inevitable emulacion que no podia menos de producir la cultura árabe en tan íntimos vecinos habia de influir en ellos y hacer que florecieran sus escuelas, como florecian las de los islamitas. En efecto, estos hijos de estrañas tierras llevaron mucho tiempo la bandera de la ciencia y estendieron sus conquistas intelectuales á mayor distancia que las materiales, objeto preferente de su ambicion en los primeros momentos de su establecimiento en nuestro país. Insignes maestros y escritores eminentes salieron de esta escuela creada por los nuevos dueños, é insignes preceptos y consejos importantes estamparon en sus escritos para que fueran poco despues patrimonio de los reducidos á casi esclavitud. De la escuela árabe de Zaragoza salieron los islamitas *Obaidallah ben Aliben*, médico y filósofo; *Mouamad Altámíneo*, fundador en Córdoba de una cátedra de poesia y gramática; los *hermanos Ibu Fnertes*, comentadores del Coran; *Abdalla ben-Joseph*, filósofo y médico que fué á enseñar á Córdoba lo que en Zaragoza aprendió, y otros muchos que honraron la Escuela Aragonesa con su ingenio y producciones. Su fama animó al Rey Alfonso el Magno á enviar á sus hijos á estudiar allí las ciencias naturales, ejemplo que siguieron otros grandes impelidos por el mismo deseo del Rey, y tambien las escuelas cristianas que ampliaron sus estudios á la sombra protectora de los árabes.

Estas, tímidas por la crítica situacion en que se hallaban, continuaron cultivando la ciencia casi en el misterio y hubieron corrido muchos mas años si Alfonso el Batallador no hubiera reconquistado la Ciudad el año 1118. Este monarca puso en gran gobierno la Ciudad recuperada, convirtió en catedral la mezquita mayor y dió su proteccion á las Escuelas cristianas trasladándolas al sitio donde se ostenta hoy la Universidad. Creciendo esta en importancia en los siglos posteriores, confiriendo grados mayores en todas las facultades, bajo la Jurisdiccion estensa del Maestro mayor, en adelante Rector; fué declarada Universidad el 13 de Diciembre de 1174 á instancias del Arzobispo D. Juan de Aragon por el Papa Sisto IV que espidió una Bula facultándola para seguir confiriendo todos los grados y dotándola de preeminencias como la de Salamanca y Paris. Esta bula fué seguida de otra dos años despues en la cual se nombraba Canciller al Arzobispo de Zaragoza,

con la condicion de que le sustituyera en sus funciones el Maestro mayor ó Rector, que lo era el célebre D. Pedro de la Cabra, Doctor en medicina; de suerte que estos dos documentos no hacen mas que revestir de autoridad pontificia á la Universidad ó estudio anterior. La aprobacion de estas bulas recayó en 25 de Enero de 1477 mediante un privilegio de D. Juan II, y el 6 de Marzo del mismo año se procedió á la redaccion de los Estatutos en que intervinieron el Rector, Pedro Arbues, (poco ha canonizado) y el notario Alfonso Francés. Desde esta fecha hasta el privilegio otorgado por el Emperador Carlos V publicado en las Córtes de Monzon el 10 de Setiembre de 1542 y confirmado en 6 de Agosto de 1554 y 26 de Mayo del año siguiente por los Papos Julio III y Paulo IV en que quedaba instituido el estudio general de todas las facultades con cuantas prerogativas tuvieren todas las Universidades del mundo, se pensó en reconstruir y ampliar el edificio del estudio, asi como dotar mejor á los Profesores, contribuyendo á estas mejoras el Municipio que logró hacer coadyuvar á su propósito al Arzobispo y demás dignidades eclesiásticas. En tan celosa y noble tarea les auxilió algunos años despues el Rector Sr. D. Pedro Cerbuna, Prior de la Seo, despues Obispo de Tarazona y lo hizo con tal ahinco que dicen, puede considerársele como el fundador ó el que dió mayor lustre á aquel cuerpo literario. Durante su administracion que duró desde el privilegio de las Córtes de Monzon hasta su muerte, no hubo necesidad que no fuera satisfecha, ni prevision que no se cumpliera, ni reforma que no se llevara á cumplido término, pues que formó nuevos Estatutos, organizó convenientemente el Rectorado, reconstruyó el edificio, aseguró para el porvenir la vida moral y material de la Universidad y buscó los mas eminentes profesores que educaran en sus aulas á otros que los reemplazaran con aplauso de los alumnos. Tanto es asi, que la facultad de medicina en representacion elevada al Consejo Supremo el año 1672 decia, que los Catedráticos de medicina de la Universidad «con sus vigiliass, estudios y calificados escritos la han ilustrado y engrandecido sobre todas las Universidades de Europa, siendo envidia de todas las naciones por el ejercicio y práctica universal que tienen en todo género de curacion.» Cerbuna, que llegó á reasumir en sí los poderes de la Ciudad, de la Corona, de la Diputacion, del Arzobispo y del Cabildo por acuerdo del Municipio tomado en 1587, estableció veinte y seis cátedras, amplió las de medicina, planteadas con regularidad cuarenta y un años antes, distribuyéndolas en, una de tercia y cuarta, otra de aforismos, otra de

anatomía y otra de cirugía á cargo de los Doctores Gerónimo Gimenez, Juan Valero de Tobar, Juan Sanz y Pedro Gerónimo Portoles, los cuales formaban el tribunal destinado á conferir los grados académicos en la propia facultad, reemplazando al oficial ordinario y algunos peritos encargados de autorizar con su acuerdo el ejercicio del arte antes de la creación de la Cofradía de San Cosme y San Damian, compuesta de médicos y farmacéuticos comisionados para esto desde el año 1394 y cuya aprobación en dicho cargo fué confirmada por D. Juan de Navarra lugar-teniente del Rey Alfonso V en 1455. Cincuenta y tres años despues concedió á dicha cofradía Fernando el Católico grandes privilegios (1) la Audiencia acordó la continuacion de su goce en 1531 y el Emperador Carlos V. en 1530 confirmó lo que las anteriores prerogativas y la costumbre habian creado, es decir «de no poderse egercer la medicina sin estar colegiado en dicha cofradía.»

A determinacion tan justa de parte del Rector Cerbuna, de asumir en la Universidad las facultades del Colegio para que solo bastasen los grados universitarios para el egercicio de la profesion y no los del Colegio como hasta allí, nada tuvo que oponer este; pero conservó una grande ojeriza contra este acuerdo del célebre Rector que le servia de pretexto para desahogarse por entonces, pero que un siglo despues dió lugar á una cuestion ruidosa que terminó por una concordia firmada en 1657 y copiada como suplemento en los Estatutos de 1753, por la cual

(1) Privilegio concedido el año 1488 por Fernando el católico al Colegio de médicos de Zaragoza para la enseñanza de la Anatomía patológica.

Primer mandato. «Que placia á la magestad del Sr. Rey otorgar privilegio perpetuo á la cofradía de Sanct Cosme y Sanct Damian de la ciudad de Zaragoza de las cosas infrascriptas. Primo que toda vegada que por los Metges y Cirugianos de la dicha cofradía, ó por los Metges y Cirugianos que visitaran en el Spital de Santa Maria de Gracia, será deliberado obrir ó anatomizar algun cuerpo muerto en el dicho Spital, lo pueden obrir ó anatomizar todo ó en parte, agora sea de hombre, agora de mujer, tantas quantas veces en cada un any á ellos será visto; sin ser incorrer en pena alguna. Empero que la tal obra, ayán de ser llamados los Metges y Cirugianos de la dicha cofradía, para que hi sean los que hi quieran ser, y contribuir si algunos gastos acerca de aquello se auran de hacer; y que en la tal anatomizacion ninguna persona, de cualquier estado, ó condicion sea, no presuma, ni ose poner empacho alguno, so pena de mil sueldos aplicaderos....etc....»

Segundo mandato. «Item que daqui adelante, qualquiere persona que en la dicha ciudad de Zaragoza, términos y barrios de aquella querra practicar y usar de....Cirugia sei hayan de examinar por dos Metges y dos Cirugianos eleidos por la cofradía, presentes los Mayordombres ó el uno de los mayordombres á todo cargo de sus conciencias, y si al tal examinado le fallaran suficiente según sus conciencias, le otorgen licencia para dicha ciudad, términos y barrios de aquella, valedera y patente con sello de la dicha cofradía, según ella será visto y ordenado. E si alguno se fallara tan temerario de cualquier grado, estado ó condicion sea, que presuma y goze usar, y practicar directamente ó indirecta, asi de medicina como de cirugía sin su licencia y escamen, encorra por cada vez, en pena de cuatrocientos sueldos....etc....»

Tercer mandato. «Que ningun especiero ni cirugiano no ose dispensar, ni dar medicinas ningunas ordenadas por cualquier persona, que por la dicha cofradía no sea aprobada...., etc. Asimismo que ningun especiero ni cirugiano no pueda ordenar, ni dar xaropes, ni medicinas, ningunas laxativas, menos de ordenacion de Metges; y si el contrario de todo lo sobredicho se fallara en aquel tal especiero ó cirugiano encorra en pena de trescientos sueldos....etc....»

se determinó que el ejercicio de la medicina exigiera cuatro años de estudios universitarios y dos de práctica según lo consignado en el fuero del Colegio de 1592. El tribunal, desde la inclusión de la concordia en el Reglamento, tenía que componerse de seis jueces por parte de la Universidad y siete por el Colegio, continuando así hasta una época cercana á la nuestra en que la Universidad absorbió por completo á aquella creación cesando de vivir por consecuencia de las reformas hechas en este siglo.

~~~~~

VALENCIA. (1) Esta ciudad como la de Zaragoza, tiene la pretension de ser la primera que abrió tienda de las ciencias en España y que en ella muchos centenares de años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo se estableciera una de las más antiguas Universidades del mundo. Esto dice Escolano, aunque no se cuida de probarlo. En Valencia no hubo Estudio general ó Universidad como hoy se dice, hasta fines del siglo XV, ó mejor dicho, hasta principios del XVI en que á petición del municipio y del clero se estableció por el Papa Alejandro VI y que confirmado por el católico Rey D. Fernando. Lo que parece probado es, que antes de esta época la instrucción estaba encomendada á unos monjes de un Monasterio de la Orden de S. Basilio titulado del *Santo Sepulcro*; (hoy Parroquia de S. Bartolomé) allí instruían á todos cuantos conservaron viva la llama de la fé cristiana, al lado y aun bajo la opresion de los fanáticos hijos del Profeta. Estos mismos monjes, una vez conquistada la ciudad y todo el Reino valenciano en 1238 por el Rey D. Jaime el *Conquistador*, le escitaron á establecer un Estudio general «que no solo al nuevo reino, como dice un breve de Inocencio IV, sino á todos los países y provincias vecinas fuera por extremo útil y saludable.» Pero apesar del breve que acabamos de indicar, parecieron difíciles de realizar los deseos del Rey y del Pontífice por la inquietud de los vencidos y el mucho trabajo de los vencedores, que les impedía mantenerse en paz, viéndose obligados á encomendar al privado celo y á la iniciativa particular la enseñanza que tuvieron intencion de asegurar reuniéndola en un solo centro. Por estas causas concedió esta libertad en uno de sus fueros que dice así: «*Atorgam que tot Clerque ó altre hom puxque francament, e seus tot servi e tribut, tenir Studi de gramamita é de totes altres arts e*

---

(1) La reseña de esta Universidad procede de la erudita memoria del Sr. Velasco y Santos, Archivero Jefe del reino de Valencia. La de la anterior de la del Dr. y Catedrático Sr. Borao.

»de física, (de medicina) é de dret civil e canonich en tot loch per tota la Ciutat.» Este segundo acuerdo dió por resultado el que se abrieran cátedras de arabe y hebreo en diversos puntos de la ciudad, el cual sin duda corresponde al ínclito martir S. Pedro Nicolas Pascual, Doctor parisiense y natural de esta ciudad, que leyó públicamente la teología y otras ciencias por espacio de muchos años. Así mismo también pertenece al famoso teólogo Fr. Bernardo Oliver, agustino, Doctor parisiense, predicador del Rey D. Pedro de Aragón.

Así las cosas y pasado el primer siglo de la reconquista de Valencia empiezan á cultivarse las letras y las ciencias con ardor. Al efecto en 30 de Marzo de 1345 el Obispo D. Raimundo Gaston, de acuerdo con su cabildo instituye en la Catedral una *lectura pública de teología*, en la casa llamada de la *Almoína* y trece años despues, en la Sala capitular; que desempeñaron los religiosos dominicos durante un siglo, sobresaliendo el famoso Fr. Juan Monzón y el no menos famoso y venerado S. Vicente Ferrer. A los sucesores del Obispo y canónigos sucedieron otros que abrieron en sus casas estudios de otras ciencias y artes apoyados por las personas de mas valía del suelo valenciano, con especialidad del Ayuntamiento ó Magistrado público, que ya entonces empezó á dar muestras de aquel acendrado celo y vivísimo interés que mas tarde habia de desplegar por el lustre y esplendor de la enseñanza universitaria. La lucha eptablada también entre el Magistrado y el Cabildo, hizo retardar algo la reunion de estos estudios en un centro comua hasta que el Consejo general de la ciudad insistió por segunda vez, (la primera 4 de Marzo 1373) en 1389 (28 Setiembre) en hacerlo, sometiendo al exámen y aprobacion de dos juristas, dos médicos, cuatro notarios y algunos prohombres de la ciudad ciertos Estatutos que para el réjimen de las mismas acababa de ordenar Pedro Figuerola, Maestro en artes y en medicina. Desde entonces se unen las varias cátedras de la ciudad, tomando al menos la apariencia de *Estudio general*. Nuevos esfuerzos y nuevas decisiones de parte del Cabildo, del Magistrado y de las personas mas doctas, ampliaron los Estatutos de Figuerola que fueron aprobados el 5 de Enero de 1412 para que rigieran el nuevo estudio, aunque todavia sin las aprobaciones Real y Pontificia. Escuela de artes y de Gramática es lo que verdaderamente habia en Valencia á principios del siglo XV y para ella se hicieron los Estatutos de 1412.

Lo que es un hecho que en 28 de Febrero de 1410 la ciudad recomienda á todos cuantos han intervenido en el arreglo de los Estu-

dios á que se pongan de acuerdo sobre lo que hay que hacer sobre dichas escuelas, sobre los hombres, los salarios etc. y un hecho tambien que en 7 de Octubre del año siguiente proveyó segunda vez el Consejo la reunion debida de todas las cátedras en cierta casa que habia sido de Mosen Pere Vilaragut y á la sazón pertenecia á los *obreus de murs y valls*, dando por consecuencia estos acuerdos que el 5 de Enero de 1412 se leyeran ante el Consejo y fueron aprobados los primeros y definitivos estatutos del nuevo Estudio que algunos suponen inspirados por S. Vicente Ferrer, tenida cuenta los grandes esfuerzos que hizo para conseguir la reunion de los estudios dispersos.

Ya reunidos, poco pudieron adelantar en los reinados de Alfonso V de Aragon y de su sucesor D. Juan II á causa de los deplorables sucesos de que fué teatro el país en estos reinados. Harto harian con sostenerse ó ir creciendo con lentitud para dar á Valencia no escasos frutos de ilustracion y aun de gloria. En efecto, á mediados del siglo XV; reinando los Reyes católicos, vemos un hecho que viene en apoyo de esta presuncion, sinó es realidad; en la adopcion de la imprenta primero que las demás ciudades españolas, medida que seguramente no se hubiera realizado á no hallarse preparado de antemano el terreno y á no ser vigorosa y fecunda la semilla arrojada por los que enseñaban, ya en el Cabildo, ya en los mas célebres conventos, ya especialmente en las aulas del Estudio. Lícito es inferir que los que á ella llevaron tal y tan prodigioso invento encontraron al llegar magníficos elementos para establecerla y plantearla sin necesidad de ir á otras capitales universitarias como Salamanca que era considerada como el verdadero centro de la vida científica y literaria de la Península en aquella época. Allí se imprimieron muchos libros que por su importancia habia de venir en conocimiento de la vida propia que ya por entonces (1474 á 1485) gozaban aquí en Valencia las ciencias y las artes. Cuanto, en efecto, habian creado y prosperado dichas Escuelas en el último tercio de este siglo puede inferirse tambien del siguiente dato tomado del *Manual de Consell*. En 4.º de Abril reconocen todos lo mezquino y estrecho que es ya el edificio en que estaban instaladas las cátedras, por lo cual resuelven comprar, como compraron, por 15000 sueldos que pagó el tesoro de la Ciudad á cierta Isabel Saraño, una casa con dos patios y dos huertos contiguos con el ánimo de agregar la mayor parte á la antigua casa de Mosen Pere Vilaragut y reservar acaso el resto, para construir en el mas tarde la Casa rectoral, segun se indica en uno de los papeles del Archivo del municipio. Pocos años des-

pues asciende al Pontificado su Arzobispo D. Rodrigo de Borja, natural de Játiva (1492), bajo el nombre de Alejandro VI el cual espidio con fecha 13 de Octubre de 1502 la tan deseada bula de creacion del Estudio en Universidad y su inauguracion oficial se hizo haciéndolo saber, junto con el privilegio confirmatorio del Rey Católico, el Magistrado público á son de trompeta á todos los habitantes de la ciudad y su reino para que en lo sucesivo no tubieran que mendigar en lejanas tierras el pan del alma. Valencia al fin vió realizadas sus antiguas aspiraciones, no sin haber vencido grandes dificultades que hasta habian hecho infructuosos los esfuerzos de su Magistrado y hombres doctos. Todo en efecto se presentó bien al principio. El trece de Mayo de 1503 se hizo la eleccion de catedráticos ó lectores y de Rector, recayendo en Micer Gerónimo Dassio, que reemplazó al Maestro Gerónimo Boix. En los años sucesivos, á la par que ensanchaba el estrecho círculo de sus enseñanzas, trataba de organizarse con mas perfeccion y esmero. Así es que en 1520 trataron de reformar los Estatutos de 1499 que ya eran insuficientes para el Gobierno interior del establecimiento. Al efecto se nombró una comision de doctores de todas las facultades para que auxiliados por el Rector y su lugar-teniente se encargaran de revisar los referidos Estatutos, de estudiar con detencion las presentes necesidades, y sin perder de vista las bulas y el privilegio del Rey Católico, proponer *ad referendum* las reformas que juzgase mas convenientes. Pero malos tiempos corrian para llevar á cabo reformas semejantes: las Comunidades de Castilla por una parte, y las Germanías por otra eran motivo bastante para que no progresara el Establecimiento. Añádase á lo dicho la falta de rentas propias con que sostenerse y se vendrá en conocimiento de las dificultades que tenia que superar la Universidad para su sostenimiento y brillo. Marchaba así con fortuna varia, ya impetrande de la Santa Sede por conducto de su Rector Salaya una bula de indulgencia plenaria en favor de cuantos con limosnas ó donaciones contribuyeran al sostenimiento del estudio universitario ó ya con rentas propias y permanentes, como sucedia con la de Salamanca y alguna otra. Por un momento creyó la ciudad ver realizadas sus esperanzas y verse libre de semejantes apuros fundada en la esperanza de que la Duquesa de Calabria diera á la Universidad 2500 libras de renta en cambio de algunas concesiones y privilegios que la Universidad cediera á aquella señora, deseo que parece que no se llevó á efecto por causas que no se han podido averiguar. Ello es que la ciudad siguió nombrando sus profesores como lo habia hecho

anteriormente y llevando sobre sí el sostenimiento del establecimiento, convencida que los gastos de esta índole son siempre reproductivos. Este celo de la Municipalidad valenciana, fue sin duda mas eficaz, desde que por concesion de la Santa Sede á sus ruegos otorgada y á sus ruegos confirmada por el Rey Católico, se agregaron á la Universidad 500 ducados de renta anual sobre la Mensa episcopal de Orihuela. Entonces llegó á alcanzar á ser una de las primeras Universidades de España y una de las mas conocidas de Europa por el gran número de estudiantes que acudian á sus aulas atraidos por la reputacion de sus maestros y por el número de sus enseñanzas. Desde entonces pierde su carácter local y se confunde en parte con la de otras Universidades. Vemos ya que el Magistrado de la ciudad tenia que costear de sus propios fondos la primitiva adquisicion y los ensanches posteriores del edificio y visto ya el compromiso formal de sostenerla, pero contando con los 500 ducados de la Mensa episcopal de Orihuela y con los cuantiosos bienes de la Pavordia de Febrero, en tiempo de Sixto V.

Veamos cual fué su organizacion ó sea el gobierno interior de la misma. En la bula del Papa Alejandro confia la direccion del nuevo Estudio á un Canciller que habia de serlo el mismo Arzobispo de Valencia con facultad de delegar, al Rector y varios canónigos doctos, encargados de la enseñanza y de la formacion de las leyes ó Estatutos porque se habian de seguir, negando la participacion que debieran tener á los Jurados de la ciudad pero que la conservaron á pesar de esta prohibicion como sostenedores que eran del Establecimiento. El canciller era pues el jefe, pero el Mayoral ó Rector el director. A este acudian Maestros y estudiantes á dirimir todas sus diferencias; este amonestaba y aun castigaba con multas á los primeros y con reclusion en el *Cepo* ó carcel del Estudio á los segundos, cuando por díscolos ó revoltosos lo mereciesen; á este se sometian á exámen las doctrinas vertidas en las cátedras, examinaba las obras de texto y las tesis que Maestros ó estudiantes intentaban sostener en público para su aprobacion. El Rector no tenia á su cargo cátedra alguna, para de esta manera dar mas autoridad y prestigio y mas independencia al que habia de ser jefe y cabeza de Maestros y escolares, acuerdo que no se llevó á rigor en los años sucesivos. Este cargo que conferia la ciudad lo era solo por tres años, si es que el Jurado estaba satisfecho, sinó lo hacia cuando mejor le parecia, llevando este derecho á un grado tal que en 1525 nombraron Rector vitalicio al célebre Juan de Salaya, Doctor parisiense y natural de la ciudad, con la obligacion de dar to-

dos los días dos lecciones de teología y con el sueldo de 200 libras anuales. A la muerte de Salaya volvió á ser trienal el cargo de Rector, con el sueldo de 75 libras y demás emolumentos y los mismos cargos, y con la condicion de que el nombrado fuera un canónigo ó dignidad de la Santa Iglesia, segun lo dispuso Sixto V. Del propio modo que la ciudad nombraba el Rector, lo hacia con los catedráticos. Todos los años de Mayo á Setiembre se reunian en consejo, el Racional, el Síndico y Jurados de la ciudad con el Rector para hacer la eleccion que recaía en sugetos de reconocida capacidad y cuyo sueldo no era fijo, sino acomodado al estado mas ó menos próspero de los fondos del municipio y á la importancia de la asignatura que tuvieran que desempeñar. El nombramiento era anual, pero lo comun era que conservasen en sus puestos á todos aquellos que daban pruebas de su saber y de su exactitud en el cumplimiento de su deber, de suerte que se contaban Profesores que llevaban 50 años esplicando su asignatura. A estas justisimas medidas era debido que la Escuela valenciana desde mediados del siglo XVI tuviera un profesorado eminente en casi todas las facultades, en medicina sobre todo y en lenguas griegas y hebrea, en Artes y en Bellas letras quizá en mayor número que las demás Universidades. Los electores que eran trece, á saber: el Racional, seis Jurados, los cuatro Abogados de la ciudad, el Médico y el Escribano del Consejo, designaban los Catedráticos de comun acuerdo; pero de este modo de nombrar producía muchas veces desavenencias y en 1344 acordó que se pusieran en bolas ó papeletas arrolladas los nombres de los electores todos para que el designado por la suerte hiciese la eleccion de los catedráticos y el Rector segun su conciencia, jurando antes que no miraría á mas que el provecho y adelantamiento del estudio general. Pero el remedio era insuficiente para evitar los disgustos, y por ello acordaron en 1338, que en adelante se hiciese la eleccion por mayoría de votos, continuando así por mucho tiempo. No se exigían grados para el desempeño de las cátedras aun cuando buscaban siempre los que á su capacidad reunían grados de Doctor ó bachiller, al menos á los de Lenguas y Artes. Habia además Profesores libres que pedian permiso al Rector para esplicar ó leer públicamente un autor ú obra cualquiera distinta de la del catedrático oficial, siempre que lo hiciese á distinta hora que éste. De este modo decian que esto sería un estímulo para los titulares y un excelente medio para acreditar los libros, su talento ó instruccion que frecuentemente los llevaba al desempeño de las titulares. A mas de los Catedráticos ó lectores habia otros que se llamaban *Examinadores de*

*Grados*, los que nombraba la ciudad. Su número varió según los tiempos; primero fueron ocho, luego seis, mas dos Jurados y los cuatro Abogados de la ciudad. Su encargo se reducía á examinar privadamente al graduando y darle ó no su aprobacion para tomar puntos y ejercitar despues en el Teatro. Estas *Examinateras* tenían el caracter de vitalicias y solo por graves motivos se desposeía á los que las desempeñaban que por lo regular eran Doctores ancianos ya, de gran prestigio y ciencia.

Tal era la organizacion del Cuerpo universitario de Valencia durante todo el siglo XVI ó desde el año 1499 ó desde el 1502 que se inauguró como Universidad, pues hasta entonces habia sido solo Estudio general mas ó menos incompleto. Tambien habia ya dos Cátedras para cada facultad, entre ellas una que llamaban *Cirrogismes* cuyo Profesor habia de leer la *mitat del temps als cirurgians é l'altra mitat als apothecaris*. El Profesor elegia el autor ó autores que pensaba explicar ó leer, fijando el Rector la hora y sitio de la leccion, despues esponia y fijaba con la posible lucidéz lo que se llamaba la *mente del autor*. De esta manera de obrar se desprende la necesidad ó importancia de las disputas escolásticas, verdadero campo en que mejor ostentaba el escolar sus dotes intelectuales, á la vez que demostraba mayor suma de conocimientos adquiridos. Así sucedia en efecto, todas las Facultades sin exceptuar siquiera á la medicina estaban obligadas á tener durante el año, reparaciones y conclusiones; particulares, para los que se graduaban de Bachilleres; públicas y solemnes para los grados de Doctor y Maestro etc. Respecto al número de años y materias que en esta Universidad se exigian para aspirar á los diferentes grados en cada ciencia y facultad, no se especificaron hasta que la enseñanza fué adquiriendo mas desarrollo y se aumentaba el número de Cátedras. Solo la medicina, como profesion que exige su inmediato ejercicio y cuya práctica mas ó menos acertada y habil puede tener grave trascendencia social, creó la institucion de los *Médicos Examinadores* que nombraba el Consejo municipal en el principio de cada Juradería y los cuales debian, previo el conveniente exámen, autorizar ó prohibir el ejercicio de su profesion á cuantos pretendian dedicarse á la ciencia ó al arte de curar. Establecida despues la Universidad, desplegó igual celo la ciudad por los adelantos de esta Facultad. Todas fueron atendidas con singular esmero; pero la medicina y cuanto á ella se refiere fué promovida con mayor celo y perseverancia y con grande y piadoso celo vigilada. Ya en 1409, por el tiempo mismo en que, bajo el nombre de Estudio general, iban á organizarse aquí las Escuelas de Artes;

el tiernísimo y perspicaz sentimiento de caridad, encarnado en el buen Giliberto Jofré se habia adelantado á las prescripciones de la ciencia estableciendo un Hospital ó asilo para los pobres *enahenados*. Y por cierto que, tanto el celoso Padre mercenario, como los demás que le ayudaron en esta santa empresa, bien lejos estarían de pensar que al llevarla á cabo, no solamente hacían una buena obra, sinó que proporcionaban con ella á su patria una gloria que muchos habían de envidiar un dia: la que á Valencia resulta de haberse en ella planteado de un modo permanente el primer *Maniconio que hubo en el mundo*; el primero al menos que se tenga noticia hasta hoy.

Pero si la caridad le dió origen, preciso es reconocer también y confesar que su conservacion y las mejoras que sucesivamente recibiera luego, que la buena distribucion de sus piezas y su magnificencia, que la organizacion admirable en fin, de un establecimiento, que de simple Maniconio ó *casa dels folls* ha llegado á ser un Hospital general de los mejores de España; no ya tan solo de la caridad es obra, sinó también de la sábia direccion y réjimen facultativo que ha tenido siempre, y estos, á su vez, del extraordinario celo con que desde antiguo y en esta Universidad se han promovido y cultivado los estudios médicos. En efecto, cúpoles la suerte á los valencianos de que entre ellos viese la luz del dia un varon insigne y de los mas entusiastas por este género de estudios, el Dr. Pedro Gimeno, discípulo de Brachiello de Lobaina, del famoso galenista Silvio de París, y en Pavia de Andres Vesalio, el mas grande de aquellos dos. Hallábase realmente al nivel de la ciencia mèdica en Europa este ilustre valenciano, cuando regresó á su ciudad natal que se apresuró á darle una cátedra en su Escuela. Efectivamente, fué secundado entonces en la enseñanza por Miguel Gerónimo de Ledesma Juan Almenar y Juan Calvo, que también aquí por entonces florecían. El primero, que era helenista consumado y buen conocedor del árabe, escribió un tratado de *Prima primi cánonis Avicennæ sectio*, en 8.º Valencia 1547, y otro de *Pleuritide comentariorum*. El segundo es autor del notable libro y apreciableísimo para aquella época *De tunc venerea sive de morbo gallico aliisque affectibus corporis humani*, del cual se han hecho en el extranjero ocho ediciones.

Después viene el insigne Luis Collado, el Valles de la Escuela valenciana que debía sazonar en breve la sana y robusta semilla que arrojaban estos hombres en el alma de la juventud del país, de cuyo tan inclinada á este género de conocimientos. La influencia de estos hombres fué tan grande, que no habiendo mas que tres cátedras de me-

dicina cuando en ella entró de profesor Pedro Gimeno; (1548) veinte y seis años despues, habia las siguientes: 1.<sup>a</sup> *una de Principiis*, 2.<sup>a</sup> *de Simples*, 3.<sup>a</sup> *de Práctica* (práctica general) 4.<sup>a</sup> *de Hipocrates*, 5.<sup>a</sup> *de Cirugia*, 6.<sup>a</sup> *de Anathomia*, 7.<sup>a</sup> *de Herbes*, (Yerbas) *ó simples*, 8.<sup>a</sup> *de Prathica aplicada*. Esta última acababa de erigirse á instancia de Collado y otros que dijeron ser muy necesaria para que los estudiantes ya Bachilleres ó antes de serlo, pudieran perfeccionarse y fijar mejor sus idea para *saber de la manera que han de curar les malalties é quina sort de medecines han de aplicar en aquelles*. Todavía se añadieron dos regencias ó catedrillas el año 1584 y en 1590 una nueva cátedra de *Remediis morborum secretis et eorum usu*. No estará demas añadir que no ya tan solo en el número de cátedras sinó en todo se echa de ver el interés y predileccion del Magistrado de la ciudad por la facultad y enseñanza de la medicina. De cuantos artículos encierran, por ejemplo, los Estatutos de 1564, ninguno con mas esquisita prevision dictado que cuantos se refieren á esta enseñanza. No solo prescriben alli las *materias que necesariamente debian oír* los estudiantes en cada curso; no solo se manda que tales materias *se lean sin interrupcion* por el catedrático respectivo y en su defecto por un *sustituto que sea dels doctors mes habils y doctes* que hubiese en la Universidad, sinó que se escrupuliza mas que en las demás facultades la asistencia á las clases y la probanza de los años escolares. Y teniendo además en cuenta, que no pocos estudiantes, apenas recibían el grado de Bachiller, ibanse á ejercer la profesion en villas y lugares donde podrían causar gran daño sinó llevaban mas que conocimientos teóricos, se prohíbe que ninguno pretenda dicho grado sin probar antes de un modo indubitante y seguro *haber practicado seis meses* cuando menos, en compañía de un Doctor que ejerciese la facultad, pero esto no antes ni al propio tiempo, sinó despues de terminar los tres años del curso que para el grado se exigian. Todavía hubo de parecer insuficiente esta práctica de medio año, pues por el artículo 45 de las Constituciones de 1584 se mandó que practicasen durante año entero. Ahora bien, lo establecido en los Estatutos de 1564 y la cátedra de práctica creada á ruegos de Collado, que otra cosa, en realidad es, sinó la *clínica médica* que dos siglos despues habrá de plantearse de nuevo como una de las principales y mas precisas materias ó asignaturas de esta enseñanza?

Por otra parte, al crear los Jurados en 1590 la cátedra *De remediis morborum secretis et eorum usu*, diéronselá al Dr. Lorenzo Cozar con el encargo de *mostrar á totes les persones de la manera que se han*

de fer y de aplicar dits remeys (los secretos) Este médico había publicado un libro de *Medicinae fonte*, que tiene por objeto probar cuan preciso es para un médico el conocimiento de la Química y que auxilios tan poderosos pueden sacar de ella para la curacion de las enfermedades. El libro de *Medicinae fonte* revela la cátedra de *Química medica*, siquiera sea en estado rudimentario, circunstancia que prueba que la Escuela valenciana iba por este tiempo al frente ó quizá llevándolas no poca ventaja á todas las demás de España. Por desgracia de la medicina, se vió como las demás ciencias envuelta en vagas nebulosidades é inútiles cuestiones escolásticas, dando lugar á un olvido casi completo de su enseñanza práctica que con tanto empeño inauguró Collado.

Pero la misma se defendió mejor y con mas brio de aquél universal contagio en este y en una gran parte del siguiente siglo. Diganlo las notables obras que dieron á luz sus mas illustres representantes; las severas medidas que sucesivamente adoptara el municipio con el fin de hacer eminentemente práctica y eficaz la enseñanza médica. Desde el año 1563 en adelante, apenas hay eleccion y nombramiento de maestros, en la cual, espresamente, y bajo graves penas pecuniarias, no se recomienda á los de medicina el cumplimiento exácto de sus deberes respectivos; en que al de anatomía, en particular, no se le exija que haga el número de disecciones *generales* y *particulares* que marcaban los reglamentos formados al efecto, y que no se mande al de *Simplex* ó *Yerbas salir todos los años á hervorizar durante un mes* por las montañas vecinas. Esta escuela fué, pues, una de las que mejor cumplian con los estatutos en punto á trabajos anatómicos. De ella salieron á enseñar y practicar la anatomía en Alcalá y Salamanca los Doctores Medina, Gutierrez y Salat (Jaime García) discípulo de su padre; en ella florecieron el referido Luis Collado y antes Pedro Gimeno, á los cuales Chinchilla los consideraba como los representantes del gran Vesalio acá en España, y por tanto como los primeros y mas fervientes propagadores de los conocimientos anatómicos y de la afición al arte operatorio entre nosotros los españoles.

La enseñanza llevaba en esta Escuela cierto sello de originalidad que la distinguía de las demás empeñadas en varias disputas, de suerte que, si no era la primera en España en el último tercio del siglo XVI, fué al menos una de las que mas contribuyeron á los adelantos de la ciencia, de las que mas alto crédito y merecida fama alcanzaron en nuestra patria y fuera de ella durante aquél siglo y gran parte del siguiente. Entonces se esmeraban todos en comentar la medi-

cina griega y en penetrarse de su espíritu, en fomentar el estudio de la botánica general y aplicada, en plantear hasta donde era posible entonces la enseñanza clínica y en propagar los conocimientos anatómicos y quirúrgicos que á tanta altura habían elevado ya Gimeno, Collado, Segarra, Sañat, Calvo, García, etc.; de algunos de los que se dice conocían la circulación de la sangre. De tales maestros y de enseñanza tan esmerada salieron discípulos tan notables como Miguel Vilar, Catedrático de anatomía de esta escuela; de Prima de medicina después en Nápoles y proto-médico general de aquél reino y médico al fin de los Reyes católicos D. Carlos II y Doña Mariana de Austria; Vicente Moles, médico que fué de Felipe IV que publicó dos obras muy singulares una titulada *Philosophia naturalis sacrosancti corporis J. Christi*, y otra de *Morbis in sacris literis Pathologia*, impresa en Madrid el año 1642; Miguel Gil Pruñonosa, García, Segura, Tordera y Oribay de Monreal todos catedráticos de esta escuela; el Dr. Benavente, catedrático de Prima en Salamanca y médico de cámara de los Reyes católicos y Domingo Brian que por los años de 1730 lo era del Emperador de Austria. Este médico durante su larga y gloriosísima carrera, logró ponerse al nivel ó quizá por cima de propios y estraños, pues aun en vida era públicamente aclamado «*sens agravi de tercer, Parè de la medicina y Mestre universal de casi tots los doctors aisi de la Universitat del Studi general de la present cuitat como de totes les demás de España et extra en dita facultat*, al que los Jurados le confiaron la cátedra *dels Simples y herbes* sin necesidad de hacer oposicion y le asignaron el lugar mas próximo al Rector en todos los actos académicos; el que en la Universidad de Paris presidia en efígie unas célebres conclusiones que merecieron al sustentante su discípulo Ranchino el título de médico del Rey Cristianísimo. El simpático y venerable Melchor de Villena, llamado el *Tobías de su siglo* por tantos oficios de caridad como hacia ordinariamente á los enfermos pobres y desvalidos que imploraban su asistencia. Su panegirista Ballester afirma que en los 95 años que vivió, fueron tantas las obras que escribió, que por ellas merecería muy bien llamársele el *Tostado de la medicina*.

Estudiando con atencion los libros y escritos de los más célebres médicos de esta Escuela durante este periodo se advierte en ellos la perniciosa influencia de los sistemas nuevos que vinieron á perturbar la magestuosa marcha y desenvolvimiento de la medicina hipocrática y el maléfico influjo que sobre ellos ejerciera aquél furor dialéctico de que estaban poseidos. Pero al través de formas indigestas y mal coor-

dinadas puede verse en los mas un severo juicio y un fondo nada escaso de sólida doctrina; aun por ejemplo la obra de Matias García: *De motu cordis; De motu arteriarum; De motu sanguinis*; tratado el mas completo que se escribió en España sobre la circulacion de la sangre, probará que no en vano habian enseñado aqui los célebres anatómicos Collado y Gimenez. Aun el estudio hipocratico-galénico de Oribay de Monreal sobre las *fiebres pútridas*, y el de Domingo y Ramon sobre las *viruelas*, aun los escritos de Lloret y Martí y de su científico adversario Gilabert en pró y en contra de la medicina escéptica, proclamada por el madrileño Martin Martinez con tanta elocuencia y poderoso ingenio, y aun, sobre todo, las obras de Nicolau, de Cerdan y de Seguer prueban que la enseñanza de la medicina estaba muy lejos de haber perdido aqui su verdadero rumbo. Se vé, pues, que á pesar de esta influencia, jamás abandonaron los médicos valencianos su antigua pasion por la medicina griega, antes bien, continuó siendo la base y fundamento de la enseñanza médica de su escuela.

Los estudios anatómicos ya tan arraigados aqui á principios del siglo XVII, tomaron asimismo mas incremento cuando en 1630 se elevaron al número de 20 las ocho disecciones que por costumbre ó por estatuto habia solido hacer antes todos los años el Catedrático de anatomía, aficion que no disminuyó en lo sucesivo, puesto que bajo la direccion de los Profesores de esta escuela se intentó en 1680 por un pintor valenciano, *Crisóstomo Martinez*, la formacion de un curso completo de anatomía por medio de láminas de gran marca y primorosamente dibujadas y esculpidas; obra notable que á no haberla interrumpido la inesperada muerte del autor habria dado á España y al mundo una gallarda muestra del brillante estado de la enseñanza de la anatomía en Valencia. Por esta circunstancia llamó en 1730 el Sr. Laíseca y Alvarado, Decano de la real Cámara y protector de los reales hospitales al valenciano Vicente Gilabert que habia sido muchos años director y catedrático de anatomía para que dirigiera la construccion de un anfiteatro anatómico que hemos conocido en nuestros dias.

Para terminar, en fin, la reseña histórica de la enseñanza médica en aquella escuela, réstanos añadir que si algo dicen en favor de una Universidad determinada los grandes hombres que de ella salen y en ella se crearon, dificilmente podrá ninguna competir con la que albergó en su seno, primero como discipulo, y después como maestro á D. Andrés Piquer, al médico ilustre que por su vastisima erudicion, profundo talento, esquisito tacto médico y pasmosa laboriosidad se

atrajo la admiracion de España y la atencion de Europa, mereciendo bien el dictado de Hipócrates español del siglo XVIII.

Posteriormente à esta fecha fué decayendo la enseñanza médica en todas las demás escuelas, sin que pudiera por entonces remediarse un mal que amenazaba concluir con ella. Fué necesaria toda la influencia que gozaba el entonces Rector D. Fray Vicente Blasco en la ciudad y en la corte para sacar de la postracion en que yació la enseñanza universitaria. Al efecto escribió un nuevo plan de estudios que presentó al Consejo y fué aprobado por una Junta especial y confirmado por S. M., el que mandó se observara en esta Escuela con fecha 20 de Marzo de 1787. En él se encuentra perfectamente organizada y repartida la medicina, á la cual agregó las cátedras de física y química, restauró las Clínicas casi olvidadas ya en todas las escuelas españolas, probó la necesidad de crear por segunda vez un Jardín botánico (primera 1632), un Gabinete de Física, un Laboratorio químico y un observatorio anatómico con cuyas medidas obtuvo magníficos resultados. Allí aparecieron entre otros muchos en diferentes ramos del saber, los médicos Blasco y Torró, Gasco, Barcachina catedráticos de aquella escuela; allí se educó el célebre Orfila, que tanta gloria alcanzó en tierra estraña con mengua y desdoro de aquella en que nació. El mismo Señor Blasco logró que se hiciera escepcion única á favor de esta Universidad de la enseñanza de *Clínica médica* mandada suprimir en todas las Universidades al terminar el año 1795 para llevarla á la corte, siempre que se formara para esta enseñanza un plan ó reglamento semejante al que en la corte regía (condicion de la Real órden de 25 de Setiembre de 1796,) reglamento que en efecto, oyendo al Claustro de medicina, redactó el mismo Sr. Rector y aprobado en fin por S. M. en 30 de Agosto de 1797 se publicó en el propio año con el título de *Ordenanzas para el gobierno de la Cátedra de medicina práctica establecida por S. M. en la Universidad de Valencia*, privilegio en verdad, por ser único, notabilísimo; pero que merecia una Escuela que marchaba constantemente delante de las demás en la enseñanza referida, como ya llevamos dicho.

Pero las ventajas de este último privilegio quedaron pronto anuladas con la supresion que decretó el gobierno de la enseñanza médico-quirúrgica en todas las Universidades el año 1799, contra cuya medida representaron el Rector y claustro de Valencia, pidiendo se les concediese establecer aquí un *Colegio mayor* de esta Facultad como el concedido á Salamanca, peticion que no dió resultado para ninguna escuela hasta

el año 1804 en que con el restablecimiento del Protomedicato quedaron las cosas como estaban antes. El plan de Blasco duró hasta 1807 que fué reemplazado por otro hasta 1811 que volvió á reaparecer para morir tres años despues y ser sustituido por otros mas reaccionarios haciendo que la enseñanza se convirtiera en una verdadera tela de Penelope. Con esto y con la reclamacion que la Direccion general de estudios hiciera á favor del Monarca para nombrar Rector y catedráticos, en 1827 quedó definitivamente en poder del Gobierno la enseñanza pública dejando desde entonces de patrocinar el Estudio el municipio de la ciudad.

He aquí lo que ha sido la Universidad valenciana en punto á medicina; tal y tan importante papel ha sabido desempeñar en la marcha literaria y científica de España en los cuatro siglos que casi lleva de existencia.

Hoy además de la nativa aptitud que muestran tener los valencianos hácia este estudio, á mas de las imperecederas glorias y tradiciones de la escuela que tampoco dejan de servir de estímulo, tiene hoy museos anatómicos bien surtidos y abundantes en piezas ó figuras de todo género que facilitan mucho el estudio de la anatomia y fisiología un instrumental completo y numeroso para las clínicas y disecciones, Gabinetes farmacológico y toxicológico muy provistos, y sobre todo un Hospital donde radica la enseñanza clínica, con sus cátedras correspondientes. Con tales elementos puede confiarse al claustro el satisfacer las necesidades intelectuales que exigen los hijos de aquel país privilegiado y al que tienen derecho por su aptitud y por sus esfuerzos de siempre en pró de la instruccion general.

---

**BARCELONA.** Esta Universidad se fundó en 1430 y existió hasta 1714 en que Felipe V la estinguió para reunir en una sola (en la de Cervera) todas las del Principado. En dicho año el Magistrado de la Ciudad, para evitar que los hijos de aquella capital fuesen á educarse en Tolosa, Perpiñan, Bolonia, Lérida y otras Universidades, estableció en ella un Estudio general dotado al principio con fondos municipales, mas faltándole la validez necesaria, los Consellers se dirijieron al Rey Alonso V para obtenerla, lo que consiguieron prévia la correspondiente bula del Papa Nicolás V, autorizando á la Universidad para enseñar teologia, derecho canónico, filosofia, artes liberales y medicina y rodeándola de todos los privilegios inmunidades y exenciones que tenían los demás

cuerpos literarios establecidos en España. Prosperó poco la nueva escuela, pues en 1459 se hallaba en la mayor decadencia y esto obligó á pensar en su organizacion, á cuyo efecto el Consejo de los ciento nombró á cinco Consellers para que formaran otros Estatutos, los que publicaron el 1560 en dialecto lemosin.

La organizacion que la dieron desde aquella fecha fué muy parecida á la de las demás. Nombraron un Rector con el esclusivo objeto de cuidar de la administracion del establecimiento; un Vice-rector, de la disciplina de los estudiantes y de la puntual asistencia de los catedráticos y de todo cuanto concernia al cuidado del buen nombre de la escuela reformada. A todo esto, el municipio fué siempre el protector y moderador de ella y el que tenia el encargo de cuidar con preferencia de los medios mas á propósito para sostener el estudio conforme á los nuevos estatutos. Asi que pagaba seis Cátedras de teología, otras seis de cánones, cinco de *medicina*, seis de filosofía, cuatro de gramática, una de retórica y dos de *anatomía* y *cirujía*. Mas antes de estas creaciones de cátedras de medicina y cirujía, existian en todo el Principado leyes particulares que autorizasen el ejercicio del todo ó parte de la ciencia, las cuales, casi al mismo tiempo que en otras, fueron reemplazadas por las atribuciones concedidas al Colegio de médicos y farmacéuticos para espedir tales permisos en el ejercicio y práctica médicoquirúrgica. Creadas por los estatutos de 1560 las cátedras dichas se suscitaron graves desavenencias entre el Colegio y la Universidad, resultando de esto una avenencia hecha entre uno y otro cuerpo con fecha 16 de Marzo de 1563 para que los jurados de ambas creaciones alternaran en la constitucion del tribunal que habria de conferir los grados necesarios para poder practicar la medicina. La Universidad, sin embargo, decaía y hubo necesidad de reformar las disposiciones reglamentarias y abrir de nuevo, en virtud de estas nuevas reformas, las cátedras; de las cuales, seis correspondieron á *medicina*; tres mayores y tres menores y una de cirujía, con la obligacion tambien de hacerse en ella, al menos, dos discusiones cada mes. De las tres mayores, una era de Hipócrates, otra de Galeno, y la tercera de práctica: de las tres menores; una de la *naturaleza humana* y de los *temperamentos*, otra de *las causas y diferencias de las enfermedades* y la tercera de *anatomía y simples*. Continuó mejorando la Universidad y alcanzando muchos lauros por espacio de siglo y medio hasta que fué trasladada á Cervera por mandato de Felipe V por odio á la ciudad que sostuvo obstinadamente la causa del Archiduque. El año 1837 fué restablecida sin que

hasta ahora haya sufrido contratiempos dignos de mención. En la traslación á Cervera solo llevaron las cátedras de medicina quedando instalado en Barcelona desde entonces un Colegio de cirugía médica que ha durado hasta la reunion de las secciones la facultad.

ALCALÁ. El Arzobispo de Toledo D. Gonzalo García Gudiel, solicitó de D. Sancho el Bravo, privilegio para fundar en Alcalá una Escuela con las mismas franquicias y exenciones que gozaban los Estudios de Salamanca y Valladolid, mas no parece que tuvo efecto este proyecto cuya ejecucion se retardó mas de medio siglo en que el Arzobispo don Alfonso Carrillo renovó la petición de erigir algunas cátedras en la misma ciudad, á la cual accedió Pio II por la bula expedida en Mantua el 16 de Julio de 1459. Aquel prelado estableció por este privilegio, tres cátedras de humanidades, nombrando un Rector encargado de hacer cumplir las constituciones que él mismo habia dado. Vino despues el Cardenal Gimenez de Cisneros y sobre estos débiles cimientos trazó la grande obra de su Universidad, procediendo con gran aparato el 14 de Marzo de 1498 á colocar por su propia mano la primera piedra del edificio. Al año siguiente recibió la sancion pontificia por dos bulas expedidas el 15 de Abril por Alejandro VI, aprobando; con la una, la creacion de aquél cuerpo literario y con la otra, autorizándola para conferir grados mayores y menores. El Cardenal no tuvo la satisfaccion de ver concluido el edificio cuya primera piedra colocó, pero luego sus sucesores llevaron á cabo el propósito de la manera que hoy se vé. En los trece primeros años se ocupó en ampliar los estudios de Carrillo unidos al nuevo colegio Universidad y en redactar las nuevas constituciones que habian de servir para el régimen del estudio, las que mandó leer en la capilla el 23 de Marzo de 1513. Por ellas tenian que rejirse para elegir Rector y demás cargos propios del establecimiento y por ellas nombrar los catedráticos que mediante oposicion debieran ser elegidos, como así las regencias que tenian que durar tres años y cuatro meses. El edificio se concluyó el año 1539 y ya contaba entonces la Universidad con cuarenta y dos cátedras de diversas materias, de las que cuatro correspondian á medicina y dos á anatomía y cirugía. El Cardenal por sí nombró los primeros Profesores que desempeñaran estos cargos y lo fueron el Doctor Tarragona, Pedro de Leon, Antonio de Cartagena y Juan Reinoso. Después fueron sucediendo á estos otros aun mas célebres que honraron la ciencia de una manera parecida al gran-

de Hipócrates y hubiera continuado hasta nuestros días brillando como en aquellos tiempos, si causas que no debemos enumerar no la hubieran hecho decaer y desaparecer por fin para llevarla á la Capital de la Nación. En efecto, desde casi la mitad del siglo pasado principió á perder su importancia y poderío, y entonces se cercenaron sus gastos de una manera poco conforme á su importancia y al decoro de sus profesores, de suerte que hubo momentos de tener muchas cátedras abandonadas que invadían despues algunos regulares por tener ya asegurada la subsistencia. El Claustro, sin embargo, trabajaba por levantar la Universidad, pero sus esfuerzos repetidos por espacio de casi medio siglo no pudieron alcanzar su reforma y hacer desterrar los muchos abusos que por tanto tiempo habian coadyuvado á su sostenimiento: circunstancias todas que concluyeron por acordar casi en nuestros días, su traslacion á la Côte como en efecto sucedió el año 1836. Aquí con los grandes elementos que procura el centro del poder, con las agregaciones que se le han hecho, con el estenso desarrollo que se dió á sus estudios en los planes de 1843 y 45, ha venido á ser la primera de España y una de las mejores de Europa.

SEVILLA. La creacion de Estudios en esta ciudad data desde tiempo muy lejano, pues de ellos se conservan algunos vestigios en la iglesia de San Salvador, unos relativos á escuelas antes de nuestra era, otros á las creadas por los árabes. Mas estando en Burgos el Rey Alfonso el Sábio, dió á favor de Sevilla un privilegio con fecha 18 de Diciembre de 1236 en que facultaba al Magistrado popular, abrir un estudio y escuelas de latin y árabe y no contento con esta concesion solicitó del Papa Alejandro IV permiso para el establecimiento de un estudio general, como, en efecto, lo consiguió por bula dada el 29 de Junio de 1260, en la cual concedia exencion de residencia por tres años á todo maestro y estudiante que gozase alguna prebenda ó beneficio fuera de Sevilla.

Las desgracias que acibararon los últimos años de Alfonso, no le permitieron cumplir sus deseos y durante los turbulentos reinados de sus sucesores no se pensó en dotar á Sevilla de las escuelas proyectadas, quedando reducido el estudio á humanidades, filosofía y artes liberales. Así continuaron los estudios en dicha Ciudad hasta el próspero reinado de los Reyes Católicos en que el Ayuntamiento, el Arzobispo Fr. Diego de Deza y el Arcediano Rodrigo Fernandez de Santaella, les suplicaron les otorgase las licencias competentes para poder fundar

escuelas de Estudios generales como en otras partes del reino, licencia que le fué concedida por cédula espedita en la misma ciudad el 22 de Febrero de 1502. (1) Santaella que fabricaba una casa para fundar Universidad consiguió por su parte del Papa Julio II una bula para erigir su escuela; y por otro lado, el Arzobispo ganó otra fechada el 22 de Noviembre de 1516 para establecer un colegio eclesiástico donde se leyera latinidad, artes y teología, confiriéndose los grados académicos. El Ayuntamiento que debiera haber completado la obra desistió de su idea y cedió el privilegio á Santaella que dió á su casa el nombre de colegio bajo la advocacion de Sta. Maria de Jesús, en contraposición del Ayuntamiento que dió á su creacion el nombre de Universidad. El Arzobispo se propuso atender solo á las necesidades del clero; el Arce-  
 cedianó á humanidades, pero con la cesion del privilegio municipal, á todas las demas ciencias, inclusa la *medicina*. Santaella gastó cuanto tenia para concluir de planta su colegio y apesar de sus esfuerzos y su celo no tuvo el gusto de verlo concluido, pues falleció el 20 de Enero de 1509 cuando apenas tenia concluidas las constituciones que dictó para él. Con la cesion del privilegio del Ayuntamiento quedó de hecho considerado como patrono y director de ambos Establecimientos el Arce-  
 cedianó, de lo cual resultaron grandes males á la enseñanza universita-  
 ria, pues queriendo sujetar á iguales regias ambos establecimientos, á hacer innozaciones favorables á los colegiales y completamente ilusorias á los doctores y catedráticos de la Universidad, resultó un desórden que obligó al Rey á comisionar á D. Luis Paredes, Alcalde de casa y Córte á hacer una visita al colegio y Universidad y propusiera lo conve-  
 niente. Cumplió el comisionado su encargo y formó unos Estatutos que examinados por el Consejo de Castilla fueron aprobados por Real cédula espedita el 21 de Abril de 1621, con los cuales alcanzó el claustro universitario á tener atribuciones propias y verdadera jurisdiccion acadé-  
 mica hasta entonces absorbida por los colegios del Arzobispo y de Santaella, ó sea, de Sto. Tomás y Maese Rodrigo.

La Universidad, desde entonces, completó sus enseñanzas y se pre-

(1) D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, por la gracia de Dios etc.

Nos por: hace bien é merced tuvimos por bien, é por la presente os damos licencia é facultad para que podáis hacer é hagáis el dicho estudio general en que haya las cátedras que á vosotros pareciere. Y es nuestra merced y mandamos que todos los maestros, doctores, licenciados, bachilleres que se graduasen en dicho estudio, gocen y les sean guardadas todas las honras y franquicias, de que según las leyes de nuestros reinos. Y en cuanto á las dichas constituciones é ornanzas que el dicho estudio ha de tener, vos mandamos que las hagáis, é las enviéis ante Nos para que las mandemos ver é confirmarlas, é enmendarlas, é proveer cerca de ellas, de lo cual vos mandamos dar esta nuestra carta, firmada de nuestros nombres, sellada con nuestro sello, fecha en la M. N. ciudad de Sevilla, á 22 de Febrero, año 1502.—Yo el Rey.—Yo la Reina.»

paró á sostener sus derechos contra las pretensiones del colegio seminario. Este apoyado en ciertas cláusulas de la concesion pontificia otorgada á Santaella negaba al estudio de Santa Maria de Jesus las prerogativas de Universidad, y publicaba edictos convocando alumnos á sus aulas. Llegó el conflicto á tal extremo que el Claustro general acordó, con fecha 11 de Junio de 1656, á luchar hasta conseguir se le respetara sin condiciones. Desde entonces principió á dar razonados frutos como lo atestiguan los muchos varones ilustres en todas las facultades que han brillado en aquella Universidad. Hoy su escuela médica reside en Cádiz, después de muerte del colegio creado por el catalan Virgili.

GRANADA. Estando en esta ciudad el emperador Carlos V el año 1526 convocó una gran junta de personas notables con el objeto de acordar los medios mas conducentes para extirpar de raíz los vicios y males que habia dejado la no todavia distante dominacion musulmana. Entre los que se propusieron fué la fundacion de un Colegio donde se formáran hombres sábios que enseñáran á los hijos de los moriscos los principios de la verdadera religion y se indicó á la par la idea de una Universidad ó Estudio general para el mismo objeto. El Emperador adoptó la idea y en real cédula espedita en Granada el 7 de Diciembre de 1526, encargó al Arzobispo la fundacion del Colegio y señalando fondos al efecto. Al mismo tiempo se dirigió al mismo Pontífice impetrando bula para la creacion de la Universidad y Clemente VII la espidió en 1531 con las mismas condiciones que á las demás. Seis años despues facultó la Emperatriz Regente al Arzobispo para que ordenara los Estatutos y constituciones que habian de regir el naciente cuerpo literario, lo cual ejecutó haciendo además la eleccion de los cargos inherentes al buen régimen de las facultades creadas, entre ellas la *medicina*. Contaba desde su principio con escasos fondos y los estudios no pudieron prosperar como en las otras Universidades, teniendo que acudir á que desempeñáran las Cátedras los que por razon de su oficio ó posicion podia hacerlo sin estipendio. Sin embargo, continuó dando las enseñanzas hasta nuestros dias. Hoy es una de las universidades y una de las Facultades de medicina que honran mas á nuestro país.

SANTIAGO. Tambien en esta ciudad habia antes del siglo XV un Estudio de humanidades cuyo origen debia ser muy remoto, el cual creciendo en importancia obligó á algunas dignidades eclesiásticas, en-

tre ellos el Sr. D. Diego Muros, Obispo de Canarias á otorgar una escritura de fundacion de otro nuevo estudio (48 de Julio de 1504) con el nombre de Universidad, á cuyo efecto impetraron autorizacion pontificia y la obtuvieron el 49 de Diciembre de 1504 del Papa Julio XI concediéndola todos los privilegios y exenciones que á las demás Universidades. En virtud de esta autorizacion, el Obispo Muros y los demás firmantes de la escritura ampliaron los estudios cediendo aquel su casa y terrenos que le pertenecian para construir el nuevo edificio. Faltábale, sin embargo, la sancion real y esta la obtuvo en cédula firmada por Fernando el Católico en Valladolid á 4.º de Setiembre de 1509, y confirmada por Doña Juana y D. Carlos I en Madrid el 24 de Octubre de 1516. Despues de Muros vino á patrocinar la nueva Universidad el Arzobispo de Toledo D. Alfonso de Fonseca, que cedió al estudio gran parte de su patrimonio y rentas que la Iglesia tenia y empleaba en otros objetos. Mas á pesar de sus buenos oficios, no alcanzó vida bastante para formar las constituciones de la Universidad, encargando á su testamentario que lo hicieran. Al efecto, dos de ellos se reunieron en 1554 para llevar á cabo lo dispuesto por el Sr. Fonseca, limitándose solo á nombrar los catedráticos por la proximidad del curso. Así hubiera permanecido tal estado de cosas si el Gobierno Supremo no hubiera intervenido directamente por primera vez el 1553 por consecuencia de la apatía de los encargados de cumplir las prescripciones del Arzobispo que habian dejado llegar á un lastimero estado al Establecimiento. Así es que el Emperador Carlos V envió al Dr. Cuesta, catedrático de la Universidad de Alcalá, con poderes para llevar á cabo las reformas necesarias lo que hizo sin el concurso de los patronos, según resulta de la Real carta espedida en Valladolid el 26 de Enero de 1557 por el Rey Felipe II. Del arreglo de Cuesta resultaron tres cátedras de gramática y latin, tres de artes, cuatro de teología, una de cánones y tres de medicina en 1645; una de *Prima*, otra de *Visperas* y otra de *Método*.

Así continuó el estudio hasta el año de 1751 en que se crearon dos mas, una de *Anatomía* y otra de *Cirujía* y sucesivamente ha sufrido esta Escuela iguales vicisitudes que las demás, quedando en algunas reformas reducida á la nulidad su Facultad de medicina y eso que no faltaron médicos que llevaron su nombre á lejanas tierras y que la honraron en vida, como hoy la honran en muerte. En estos dias conserva las mismas prerogativas que las demás Universidades y su Escuela médica se vé concurrida por un considerable número de alumnos.

**MALLORCA.** Esta isla tuvo tambien por algun tiempo su Universidad. Fundada sobre las escuelas que Raimundo Lulio creó en la ciudad de Palma, fomentadas despues por los esfuerzos de D.<sup>a</sup> Beatriz de Pinos y D.<sup>a</sup> Inés Paxte y Quint, por los años de 1478 y 1481 vinieron à formar el *Estudio general y Luliano* que los Reyes de Aragon favorecieron con amplos privilegios, alcanzando gran boga en el pais. Mas à pesar de su importancia, no tenia la facultad de conferir los grados académicos, por lo que sus sostenedores acudieron impetrando de Fernando el Católico un privilegio para ello, el que le otorgó en Córdoba el 34 de Agosto de 1483 con las mismas condiciones que à las demás Universidades, privilegio confrmado por el mismo Rey en 27 de Febrero de 1503, por Carlos I en 14 de Marzo de 1526, por Felipe II en 24 de Octubre de 1597. No tuvo, sin embargo, cumplimiento hasta el 28 de Abril de 1626 en que se estableció por completo el Estudio. Faltábale la sancion pontificia y obtuvo esta por intervencion de D.<sup>a</sup> Maria de Austria, Gobernadora del Reino el 17 de Abril de 1673 mediante una bula espedita por Clemente X que autorizó al Obispo de Mallorca para formar los Estatutos. Veinte y cuatro años tardaron en aprobarse estos, y à su aprobacion contaba la Universidad con veinte y cinco cátedras, cinco de las que correspondian à *medicina*. Las materias que se leian, eran: *de las indicaciones; de los afectos; de la manera de purgar; de las orinas; del pulso; de las fiebres; de las crisis; de la naturaleza del hombre; de los temperamentos y de las facultades naturales de Galeno*. La mayor parte de estas cátedras eran de patronato del Ayuntamiento ó de los Jurados de la ciudad ó reino, otras eran de particulares. Como las rentas eran escasas, continuaba languideciendo la Universidad si Carlos III no hubiera aplicado à su sostenimiento algunas de la Compañía de Jesus; pero restablecida esta volvió à su anterior estado de languidez, hasta el año 1829 que quedó reducida à seminario incorporado à la Universidad de Cervera.

Esta ligera reseña que hemos hecho de las Universidades que mas han hecho en pro de la medicina, nos manifiesta que la mayor parte nacieron desde los últimos años del siglo XV hasta fines del siguiente, es decir durante los reinados de los Reyes Católicos y Felipe II, periodo de prosperidad y de grandeza en el cual la medicina alcanzó su edad de oro, para volver à decaer en el Reinado de Carlos II tan diferente de los citados. ¡Tan cierto es que las ciencias marchan à la par del estado politico de las naciones y que su progreso y decadencia están sujetas à las mismas causas y efectos que el de las sociedades!

## CAPÍTULO III.

**Anatomía y Fisiología.**

Hemos visto á la anatomía casi olvidada por los romanos y por los árabes y aun por los cristianos de los periodos de la edad media, pues tenia en contra de su estudio práctico, no solo las preocupaciones del vulgo y de los sábios, sinó las mas severas prohibiciones de los Príncipes y de los Papas, viéndose obligados los médicos á estudiar esta parte de la ciencia en restos de animales como lo hizo Galeno en los monos. Pero el año 1315 se atravió Mondini, profesor en Bolonia, á diseccionar dos cadáveres de mujer y poco tiempo despues publicó una obra con láminas grabadas en madera que obtuvo un éxito maravilloso y sirvió por espacio de mas de dos siglos de guia en las demostraciones anatómicas juntamente con los escritos de Galeno y de los árabes: Mondini, sin embargo, no dijo nada nuevo, se contentó con indicar, mas bien que describir las partes. Lauth al ocuparse de este autor se espresa en estos términos: «Mondini puede ser considerado como un anatómico que ha examinado atentamente los cadáveres que ha diseccionado; pero es preciso leer su esplanología para conservar tan favorable opinion.» El mismo se espresa de esta manera cuando quiere estudiar los músculos profundos de las estremidades «Despues de las venas del antebrazo se notan muchos músculos y cordones largos y gruesos; (tendones); este estudio no debe hacerse sobre los cadáveres frescos como yo lo he hecho ahora; sinó en uno puesto á secar al sol por espacio de tres años como yo lo he hecho otras veces al esplicar el número y la anatomía de la estremidad superior ó inferior.» Aconseja para descubrir los nervios, macerar en agua fresca las carnes, práctica perjudicial y contraria al buen método de diseccion. (1)

En esta época y mucho tiempo despues aun, se tenia costumbre de hacer las demostraciones anatómicas en los cerdos ó en otros animales, y fué por esto una grande audacia por parte de Mondini hacerla en restos humanos. Era tan general la preocupacion que se oponia á esta clase de disecciones en el hombre, que, durante mas de un siglo, nadie se atrevió á volver á hacer, al menos de una manera ostensible, la tentativa del profesor boloñés; el mismo conservaba algun escrúpulo de lo

(1) *Historia de la anatomía*, Strasburgo, 1816, tit. I lib. V parte IV secc. II pag. 303.

que habia hecho, porque no quiso abrir la cabeza por temor de cometer un pecado mortal. Para comprender su escrúpulo y el de sus contemporáneos, basta saber que el Papa Bonifacio VIII habia dado una bula el año 1300 que impedía abrir el vientre y cocer los muertos. Y verdad es que esta prohibicion, no tenia por objeto, dice Hoflinx, sinó abolir el absurdo uso introducido por los cruzados de descuartizar y cocer los cuerpos de sus allegados muertos en los países infieles y enviarlos á sus familias, á fin de que los inhumaran en tierra bendita; pero es lo cierto que la misma bula fué interpretada sin ó con razon, como contraria á las disecciones anatómicas, pues que vemos que el año 1482 acudió la Universidad de Tubinga á la autoridad del Papa Sixto IV para obtener el permiso de disecar cadáveres humanos. (1)

A fines del siglo XV y principios del XVI fué decayendo semejante preocupacion; los mismos Papas que marchaban entonces á la cabeza del movimiento científico, se apresuraron á anular todas las disposiciones contrarias al estudio de la anatomia humana, y las Universidades de Italia dieron el primer ejemplo. Achilini, Benedetti, acaso tambien Santiago Berenger disecaron antes del año 1500 en Bolonia, en Padua y Pavia. Pronto se propagó esta práctica á otras naciones. Por aquel tiempo Dubois, mas conocido con el nombre de Silvio, siguiendo la moda de su tiempo se hizo célebre en París enseñando anatomia por espacio de cuarenta años, contribuyendo á vulgarizar el gusto por esta ciencia. Djsecó un gran número de animales y cuantos cadáveres pudo proporcionarse, lo que no era cosa fácil, como luego veremos. Sin embargo, subordinó todas sus investigaciones á la autoridad de Galeno, de tal manera que no quiso admitir nada que le contrariase, á no ser que fuese causa de una derogacion de las leyes de la naturaleza ó un resultado de la degeneracion de la especie humana.

\* En las Universidades españolas tambien se cultivó la anatomia. No volveremos á recordar el privilegio concedido por D. Juan II de Aragón á la Universidad de Lérida segun dijimos en la página 289 para disecar los cadáveres de los muertos por mandato de la justicia, ni lo que llevamos dicho que acontecía en las Universidades creadas en estos siglos; especialmente en las de Salamanca, Valladolid, Zaragoza; sinó lo que sucedía en el monasterio de Guadalupe (Estremadura). Habia en nuestro país desde el año 1322 un santuario y un hospicio con este nombre, destinado á dar hospitalidad á los muchos

(1) *Historia de la Anatomia* Strasburgo 1815, tit, I lib. V parte IV seccion H pag. 298.

peregrinos que iban de todos los puntos del reino á visitar este santuario. Allí levantaron sus primeros cenovitas un hospital para atender á las necesidades de estos, que dotaron con suficiente número de médicos y practicantes, con la condicion de que los Profesores nombrados no solo enseñaran á sus peculiares sirvientes, sino á los que vinieran de fuera. Estos mismos alcanzaron del Papa un privilegio para abrir los cadáveres con el laudable objeto de averiguar las causas de su muerte, circunstancia que aprovecharon para rectificar muchos de los errores de las descripciones de Galeno y de los Arabes y para llamar la atención sobre las lesiones encontradas despues de la muerte, con el fin de darse razon de los fenómenos anormales habidos durante la vida. Hay mas; el cultivo de esta interesante parte de la ciencia era tan esmerado en los siglos que estudiamos que el Consejo supremo á instancia de Rodríguez de Guevara, catedrático de anatomía en la Universidad de Valladolid consultó á la de Salamanca y Alcalá, sobre si convenia estudiar esta asignatura los cirujanos. Ambos cuerpos literarios contestaron afirmativamente, diciendo que no solo era necesario á estos, sino tambien á los médicos, apresurándose en su virtud el Consejo á ordenar su enseñanza en las demás escuelas generales que todavía no habian planteado esta mejora.\*

Los demás anatómicos seguian la misma marcha viciosa que Silvio, ninguno se atrevia á contradecir abiertamente las aserciones del oráculo de Pergamo, hasta que al fin, apareció un hombre de génio y animoso preparado para toda clase de discusiones por profundos estudios, en una palabra, un verdadero reformador. Este es Andres Vesalio. Nació en Bruselas el año 1514, de una familia ya de antiguo ilustre en medicina, estudió humanidades en Lobaina, bajo la direccion de Guintieró Gontier de Andernach, catedrático de lengua griega. Desde sus primeros estudios se conoció la inclinacion del jóven escolar por la anatomía. En sus ratos de ocio se ponía á disecar ratones, topós, perros etc. Se apoderó del cuerpo de un criminal espuesto todavía en el sitio de las ejecuciones en Lobaina, cuerpo á quien las aves de rapiña le quitaron la carne dejándole tan solo los huesos sostenidos por sus ligamentos, separando primero las estremidades, pero cuando quiso llevarse el tronco, estaba tan fuertemente atado al palo por cadenas de hierro que precisó toda la noche para arrancarlo. En seguida Vesalio fué á París atraido por la celebridad de Silvio. Allí, no se contentó con escuchar las lecciones del Maestro, quiso por sí mismo observar á la naturaleza, y al efecto, se vió obligade muchas veces á disputar á las fieras los res-

tos de los ahorcados depositados en el cerro de Moufaucou, ó introducirse furtivamente en los cementerios á desenterrar cadáveres, aun á riesgo de ser acusado de crimen de sacrilegio. Sus progresos fueron tan rápidos como su ardor por el estudio. A los veinte años daba lecciones á sus condiscípulos y les ponía de manifiesto las válvulas semilunares de la aorta, que Silvio no había encontrado. A los veinte y tres fué nombrado profesor de anatomía en la Facultad de Padua por el Senado de Venecia y a los veinte y nueve publicó su grande obra de anatomía con láminas, muy superior á cuanto nos había transmitido la antigüedad. (1)

El año siguiente, Vesalio, no menos célebre como práctico que como anatómico, pasó á Madrid llamado por el Emperador Carlos V. que le nombró su médico de Cámara y abandonó para siempre su cátedra y su afición á las disecciones.

Vesalio fué el primero que se atrevió á contradecir á Galeno, refutó muchos de los errores de su anatomía y dijo que la mayor parte de sus descripciones estaban tomadas de los monos. Semejante audacia levantó contra él numerosos contradictores, entre los que se encontraba su maestro Silvio, el mas valiente pero mas exausto de razon; pero como esta estaba de parte del jóven reformador, concluyó por triunfar. Sin embargo, á pesar de las muchas y repetidas disecciones que habian servido de base á su anatomía, no estaba al abrigo de la censura. Colombo y Eustaquio le dijeron con fundamento que los ojos, los músculos de la laringe, los de la lengua etc. no habian sido descritos conforme los datos que arrojan las autopsias. Mas como en esta ocasion, dice Lauth, «las irregularidades, las lagunas de su obra no destruyen su gloria, solo resulta que el camino abierto por él era á propósito á conducir todavia despues á otros muchos sábios á la celebridad» (2)

Por lo demás, los espíritus estaban maduros para la revolucion que Vesalio inició, lo que prueba que apenas hubo el apelado de las decisiones de Galeno á la observacion de la naturaleza, se apresuraron una multitud de anatómicos á seguir su método. Ya hemos citado á su discípulo Colombo, su colaborador y sucesor en la cátedra de Padua. B. Eustaquio, profesor en Roma que comparte con el anatómico de Bruselas la gloria de haber fundado la anatomía humana y haberla dotado de maravillosos descubrimientos; Falopio, discípulo y consecuente amigo de Vesalio que egirió en Ferrara, Pisa y Padua, arrebatado prematuramente á la ciencia que cultivaba con tanto ardor y éxito, y

(1) *De la fábrica del cuerpo humano, siete libros*, Bale 1542. Con láminas grabadas en madera.

(2) *Historia de la anatomía* pag. 373.

cuyo nombre debe marchar unido al de Vesalio en la historia de la anatomía moderna, como los de Herofilo y Erasistrato en la antigua. Todos estos anatómicos sostuvieron el espíritu de reforma y acabaron con la anatomía galénica. Lauth hace el siguiente juicio de los trabajos de este anatómico. «Falopio es tan respetable por lo castizo de su lenguaje como por sus talentos anatómicos. Bajo el modesto título de observacion, ha publicado un tesoro de descubrimientos sobre todas las partes de la organizacion, y cuando se ve obligado á corregir á Vesalio dulcifica su crítica, pero sin que perjudique á la verdad; de suerte que los escritos de Falopio, son un excelente comentario de los de Vesalio (4).»

Las investigaciones de Gerónimo Fabricio, sobre la formacion del huevo y del feto, sobre las valvulas de las venas y de las vísceras, tienen igualmente una importancia capital: estaban destinadas á formar un tratado completo de anatomía humana y comparada que su autor no tuvo tiempo de concluir. Mas nombres célebres pudieran tener aquí cabida, pero los paso en silencio por ser del dominio de la historia particular de anatomía.

\*Durante este periodo pudiéramos citar algunos anatómicos españoles, si bien es cierto que no hicieron descubrimientos que consten en la historia. Tales son Andres Laguna, reputado como el descubridor de la valvula ileo-cecal y autor de un libro de anatomía cuyo título es *Methodus anatómica*, Luis Vasseo, (catalan) discípulo de Silvio que escribió de lo mismo con el objeto de recopilar lo dicho por Galeno, en su libro de *usu partium*; Luis Lovers de Avila que escribió una *Declaracion breve de la maravillosa composicion del microscopo*, en forma de sueño; Pedro Gimeno (valenciano) que disputa á otros el descubrimiento y descripción del *estribo*, pequeño hueso del oído: autor de un *Breve diálogo de cosas médicas*, entre las cuales hay una referente al estudio de la organizacion muy necesaria á todos los que se dediquen al estudio de la medicina; Andres de la Plata: (manchego), Bernardino Montaña de Monserrat, otro que trata de la *Fábrica y composura del hombre* en un libro *ad hoc*; Juan Valverde (castellano viejo) que se ocupa de lo mismo en su libro *Historia de la composicion del cuerpo humano*. Todos estos estudiaron la generalidad de los órganos, pero algunos lo hicieron solo de algunos de ellos, como de los huesos los doctores Céspedes, Collado y Rodríguez de Guevara. Y como si esto

(4) Ibidem pag. 377.

no bastara para patentizar la alta estima en que eran tenidos en España los estudios anatómicos en los siglos XV y XVI, bastará recordar que algunos cirujanos de aquel tiempo como Calvo y Fragoso, dedicaron gran parte de su cirugía universal al estudio de esta rama importante del arte y otros pusieron á prueba su ingenio para ver de lograr una copia fiel de los órganos que constituyen la estructura humana. Tal fué Juan Valero de Tobar, primer catedrático oficial de anatomía en Zaragoza, que inventó unas estatuas anatómicas hechas con seda, sustancia que en manos de este anatómico desempeñaba igual papel que hoy la cera, el carton piedra, el lino, el cáñamo y tantas otras materias que se emplean en la construccion de piezas anatómicas.\*

Una vez destruidas las preocupaciones, se introdujeron muchas mejoras en las facultades de medicina, se empezó á establecer anfiteatros permanentes de diseccion; porque hasta entonces los anatómicos habian disecado en su casa ó en alguna sala provisional. El estado se encargó de pagar las cátedras nuevamente creadas y en algunas ciudades no solo permitieron diseccion los cadáveres de los criminales, sino de los fallecidos en los hospitales. Los Pontífices fueron los primeros en introducir esta mejora y esto explica el grán número de cadáveres que Eustaquio tuvo á su disposicion en lugar de los tres ó cuatro de que podia Vesalio disponer cada un año. El escalpelo vino á reemplazar en las salas de diseccion á la incómoda navaja de afeitar.

Este concurso de circunstancias elevó prontamente á la anatomía á un grado de perfeccion á que nunca había llegado en la antigüedad. No contentos con diseccion y describir los órganos, los reprodujeron con el grabado, perfeccionando la idea de Mondini, que tan buena acogida tuvo. Se separaron los nervios por completo de los tendones y ligamentos, se les siguió desde su origen hasta donde se pudo, hasta sus ramificaciones mas ténues; y se aseguró que las fibras musculares no eran producto del espesamiento de la sustancia nerviosa. Los vasos linfáticos ó absorbentes solo fueron sospechados.

Pero donde se hicieron descubrimientos capitales fué en el sistema capilar. Los antiguos creían que habia huesos en el tejido del corazon, que los tabiques que separan sus cavidades no eran porosos, sino compactos, resultando de esta conformacion que la sangre no pueda pasar de una á otra cavidad al traves de estos tabiques; en fin, el exámen atento de las válvulas condujo al descubrimiento de la circulacion pulmonal. Miguel Servet, el mismo que pereció en la hoguera por odio de Calvino, fué el primero que sospechó este importante hecho fisiológico.

Observó que la sangre no podía pasar directamente de las cavidades derechas del corazón á las izquierdas á causa de la impermeabilidad de su pared divisoria, y que era preciso que este líquido pasara por el pulmón donde se impregnara del espíritu vital contenido en el aire para ir despues á la aurícula izquierda. Esta conjetura de Servet estaba confirmada por la disposición de las válvulas de la arteria y venas pulmonales. Además, el calibre de la arteria parecia muy desproporcionado para la cantidad de sangre que necesita el pulmón para su alimento, lo que hacia probar que el destino de este vaso no era el que se habia creído hasta entonces. Por el mismo tiempo descubrió Fabricio de Aquapendente las válvulas de las venas y mas tarde Colombo y Andrés Cesalpino, esplicaron con mas exactitud la circulación pulmonal. Todos estos descubrimientos eran un paso inmenso hacia el descubrimiento de la circulación de la sangre cuyo hecho se le disputan encarnizadamente muchos autores.

\*Nuestros historiadores los Sres. Morejon y Chinchilla, se empeñan en hacer á nuestros médicos de los siglos que estudiamos los primeros descubridores de la circulación grande y pequeña. Aparte de esta, cuya gloria corresponde por completo á nuestro desgraciado Miguel Servet, del cual hablaremos y cuyas palabras copiaremos; la primera solo les debe esfuerzos de ingenio que no sirvieron para descubrirla, sino para ayudar á hacerlo. Pasajes de los escritos de Fray Vicente de Burgos, Juan Sanchez Valdes de la Plata, Bernardino Montaña de Monserrat, Juan Calvo, Bartolomé Hidalgo de Agüero, Andres de León, Francisco de la Reina, Jaime Perez de Valencia, Andres Laguna, Luis Lovera de Avila, Pedro Gimeno y Francisco Matias Marti, les sirven de apoyo á su opinion. Copiaremos todos ellos para que cada cual juzgue del valor de los juicios de tan respetables historiadores.

## FRAY VICENTE DE BURGOS.

...«El corazón á dos concavidades: la una á la parte derecha, y la otra á la parte siniestra, y son llamadas los pequeños vientres del corazón. Entre estos dos vientres ha una abertura que algunos llaman la vena ó la via hueca; y esta abertura es ancha contra el costado derecho, y estrecha contra el costado izquierdo, y esto es así necesario por hacer la sangre mas sutil y mas delicada, la cual viene del vientre izquierdo al derecho, y porque el espíritu vital se engendrase en la parte izquierda muy mas sotilmente; ca segun San Agustin

dice en el libro de la diferencia y del espíritu y del ànima, en el vientre derecho hay mas de sangre; mas en el izquierdo hay mas de espíritu y por esto es ende principalmente el espíritu vital engendrado, y por unas venas y arterias sotiles es por todo el cuerpo estendido en todo lugar, y dilatado. *La parte siniestra del corazon ha dos pequeños forados, el uno dentro de las arterias y venas que traen la sangre del corazon al pulmon: el otro es por do sale la gran arteria, que es la forma de todas las otras arterias del cuerpo, por la cual viene el pulso especialmente en el costado izquierdo por la causa sobre dicha. La parte derecha del corazon ha asi mismo dos agujeros: el uno es dentro de la vena hueca que trae la sangre del figado á la diestra parte del corazon, y por el otro forado sale la vena que cria el pulmon. Estos dos agujeros son cubiertos de dos pequeñas pieles que se abren cuando la sangre ó el espíritu sale de fuera, y despues se cierran por que no puedan dentro despues de salidos entrar. En cada una de los pequeños vientres del corazon ha una pieza de carne que parece una oreja, y por esto son llamadas las orejas del corazon, y aquí son las venas y las arterias fundadas y fuertemente firmadas. El corazon ha en su longo una manera de huesos tiernos que son nombrados la silla del corazon. El corazon es cercado de una pelleja que se llama la caja del corazon, y es atada con las pieles del pecho. Esta pelleja no es muy junta al corazon, á fin que su movimiento no sea empachado, el cual movimiento es necesario al corazon como fundamento del calor de que el cuerpo del animal es engendrado: esto todo es de los dichos de Constantino en el XXI cap. del 4.º libro de pantegui.*

...Hablando en el capítulo 61 de las propiedades de las venas dice: Las venas son así llamadas porque son las vías de la sangre que en ellas nada, y se esparea como rio por todo el cuerpo, por la cual todos los miembros son ruciados y criados, segun dice Isidoro. Las venas, segun Constantino, comienzan en el hígado, y las arterias en el corazon, y los nervios en el cerebro.

...«Estas venas ó arterias comienzan en la siniestra parte del corazon, de la cual salen dos, y la una de piel muelle. y es llamada la vena tocante, y es así necesario por portar gran cantidad de espíritu y sangre al pulmon, y para recibir el aire, y mezclar con la sangre para refrescar el corazon. Esta vena entra en el pulmon, y ende se divide en muchas partes. La otra arteria es mayor que esta, y saliendo del corazon y subiendo arriba, se parte en dos: la una

*va alto, y lleva la sangre y el espíritu de vida al cerebro, porque ende sea el espíritu vital guardado y nutrido. La otra parte vá mas bajo á la diestra y á la siniestra delante y detras; y parte en muchas maneras.»*

JUAN SANCHEZ VALDES DE LA PLATA.

... «Las venas, dice, se llaman así, porque son las vías de la sangre que en ellas nada, y se esparce como un río por todo el cuerpo; por la cual todos los miembros son rociados y criados, según dice Hipócrates; y dice más; que las venas comienzan en el hígado; y las arterias en el corazón, y los nervios en el cerebro. Las venas son necesarias al cuerpo porque son los vasos de la sangre por la traer del hígado á cada una parte del cuerpo para lo criar. Las venas son mas muelles y de mas tierna natura que los niervos, por mejor mudar la sangre que viene en ellas del hígado, del cual son vecinas. Quanto á la natura todas las venas son hechas de una túnica, y no de dos como las arterias; porque las arterias reciben el espíritu y lo guardan; mas las venas que salen del hígado como de la madre, maman el nutrimento de la sangre, y lo dan despues á cada un miembro por sí, según su necesidad. Ellas son estendidas por todo el cuerpo, y sirven las unas á las otras muy sutilmente, según el gran artificio de naturaleza. Entre las otras venas hay una llamada arteria que es necesaria á la natura para atraer el calor natural del corazón á todos los miembros.»

... «Va prosiguiendo en su esplicacion, y hablando de la aorta ascendente y descendente dice: «*La una vá alta y lleva la sangre y el espíritu de vida al cerebro, porque allí sea el espíritu animal guardado y mantenido. La otra vá abajo á la diestra y á la siniestra, delante y detras, y se parte en muchas maneras, y así parece como la vena; es hueca para recibir la sangre, y por llevarla de una vena á otra; y es la que guarda la sangre y la vida del animal, y contiene en sí los quatro humores sanguíneos apurados, de las cuales todas las partes del cuerpo son mantenidas.»*

BERNARDINO MONTAÑA DE MONSERRAT.

... Este dice que «la utilidad del corazón, como hemos dicho principalmente, es para que de la sangre que lleva del hígado, se engendre en él la sangre arterial y de la sangre arterial se engendren también en él

espiritus vitales, y por esta razon tuvo necesidad de los dichos ventriculos; el derecho para que recibiese la sangre del ligado mediante la vena cava; y el izquierdo para que hiciese en él la sangre arterial, y de la sangre arterial los espiritus vitales.

Sigue después queriendo trazar el camino que lleva la sangre y dice: «... El camino por donde pasa esta sangre del un ventrículo al otro es la *misma sustancia del corazon*, la cual, mediante *sus poros*, dá lugar al dicho paso: que la vena arterial vá á los livianos y se esparce por su sustancia para que la parte carnosa de dichos livianos se mantenga de aquella sangre que le envía el corazon por la dicha vena: que por la arteria venal entra *al corazon el aire fresco del pulmon* para refrescar el corazon: el cual corazon también envía por la dicha arteria sangre arterial y espiritus vitales, y que devuelve al pulmon el aire que se ha calentado y algunos espiritus fuliginosos que allí se originan.»

(Libro de la anatomía del hombre, pág. 116 en adelante.)

JUAN CALVO.

Dice que «el corazon tiene tres géneros de fibras: unas rectas que sirven para atraer á sí la sangre de la vena cava *como el aire de los pulmones*; otras trasversas que ayudan *para echar los escrementos que en él se engendran* y otras oblicuas que ayudan á la retencion: que el corazon tiene trabazon con el pulmon mediante la arteria venal, por la cual el corazon les envía sangre arterial:» «que en el corazon se halla un septo con *muchos horados* para que pudiese pasar la sangre que entra por el derecho vientrecillo al izquierdo.»

(Tratado primero de anatomía, pág. 486, col. 1.ª y 2.ª)

BARTOLOMÉ HIDALGO DE AGUERO.

Dice que «El corazon tiene dos ventrículos y entre ellos un *septo horadado* por donde se comunica la sangre y espiritus el uno al otro:» que «la vena arteriosa se esparce en los pulmones llevando sangre elaborada:» que «la arteria venosa lleva aire del pulmon al corazon:» que «el corazon tiene dos movimientos (sistole y diastole) que el primero sirve para espeler los vapores escrementicios y fuliginosos y son evacuados del siniestro ventrículo por la artéria venosa y mucho mas por la arteria magna:» que «en medio de estos dos movimientos hay un intervalo que llaman *quies* y es para que el aire atraído lo goce el corazon.»

El corazón tiene también cuatro bocas ó agujeros. Al primero del vientrecillo derecho corresponde la mayor vena del cuerpo, que es la cava y lleva la sangre al corazón. Del segundo nace la vena arterial que lleva sangre al pulmón. En el vientrecillo izquierdo están los otros dos agujeros. Del primero nace la arteria venal por do se comunica la sangre espiritual desde el pulmón al vientrecillo izquierdo, y por el otro sale el mayor tronco de la mayor arteria que hay en el cuerpo.»

(Tesoro de la verdadera cirugía.)

ANDRÉS DE LEÓN.

«Hállanse en el corazón dos ventrículos, uno diestro y otro siniestro situados á la larga: el siniestro está en medio del corazón y el otro á la parte derecha y este sirve de recibir la sangre que viene del hígado para prepararla al siniestro: que el pasaje de un ventrículo á otro es por los poros que hay en la sustancia del corazón: que no es de las partes del cuerpo, sino del hígado de donde viene la sangre por la vena arterial, la cual sirve para la nutrición del pulmón: que el ventrículo siniestro sirve de apurar la sangre que viene del derecho y allí se hace la sangre arterial de que se mantienen los miembros sólidos y también los espíritus vitales para lo restante del cuerpo. ....»

Prosigue diciendo: Háse de notar que las obras mas principales del corazón son la dilatación y compresión que habemos dicho; porque mediante la dilatación recibe sangre del hígado y aire fresco de los livianos; y mediante la compresión envía espíritus vitales y sangre arterial y espele el aire caliente y los malos humos que llevó misturados; y así mismo envía á los livianos del ventrículo derecho la sangre que le sobra de la sangre arterial, porque de ella se mantienen.»

(Lib. I de anatomía, cap. XXII, fol. 38 y 49.)

FRANCISCO DE LA REINA.

«Si te preguntaren. Que por qué razón quando gobiernan un caballo de los brazos, ó de las piernas, sale la sangre de la parte baxa y no de la parte alta. Responde. Porque se entienda esta cuestión aveis de saber, que las venas capitales salen del hígado y las arterias del corazón: y estas venas capitales van repartidas por los miembros en esta manera: en ramos y miseraycas por las partes de fuera de los brazos y piernas, y van al instrumento de los vasos: y de allí se tornan estas mi-

seraycas à infundir por las venas capitales que suben dende los cascós por los brazos à la parte de adentro. *Por manera que las venas de las partes de fuera tienen por oficio de llevar la sangre para abajo y las venas de las partes de dentro tienen por oficio de llevar la sangre para arriba. POR MANERA QUE LA SANGRE ANDA EN TORNO Y EN RUEDA POR TODOS LOS MIEMBROS, y unas venas tienen por oficio de llevar el nutrimento por las partes de fuera y otras por las partes de dentro hasta el emperador del cuerpo, que es el corazon, al cual todos los miembros obedecen.*»

(Cap. XCIV de su libro.)

### JAIME PEREZ DE VALENCIA.

«Et ideo est dicendum confor-  
mando cum sacra scriptura, quod  
sicut ille sapientissimus architec-  
tor omnipotens Deus, in principio  
creationis disposuit faciem terræ  
elevando montes, et declinando  
campos, et deprimendo valles infi-  
mas in quibus congregantur om-  
nes aquæ à montibus per campos  
decurrentes, ut dictum est; ita pa-  
riter, taliter disposuit interiores et  
viscerales partes terræ quod in ea  
fecit venas et meatus subterrâneos  
penetrantes totam terram; per quas  
venas continue serpunt aquæ, ut  
manifeste videmus. Nam in pro-  
fundo cujuslibet maris fiunt mul-  
tæ submersiones, aquarum, et per  
venas supra dictas serpunt pene-  
trantes partes terræ, et dulcoran-  
tur ex frigiditate. Et per equili-  
brium emergunt et ebulliunt ex  
radicibus, et lateribus montium  
oppositorum, et fiunt flumina  
fluentia et decurrentia per faciem  
terræ usque ad maria. Ex quibus  
sequitur primo, quod aqua quæ  
decurrit supra faciem terræ, pri-  
mo serpit et intercurrit per venas,  
et conductus, et meatus in visce-  
ribus terræ, sicut sanguis conti-  
nue movetur per venas animalis

«Y por lo tanto, debe decirse,  
conformándose con lo expuesto en  
la sagrada escritura, que así como  
aquél Dios omnipotente, sapienti-  
simo arquitecto, dispuso en el prin-  
cipio de la creación la haz de la  
tierra de la manera que hoy la ve-  
mos, con montes elevados, planicies  
estensas y valles profundos donde  
van à reunirse todas las aguas de  
los montes y los campos como está  
dicho; así, de igual manera, hizo  
con las partes interiores y orgáni-  
cas de la tierra que la dotó de ve-  
nas y conductos subterrâneos al  
través de la misma por las cuales  
corren sin cesar las aguas, como  
todos los dias vemos. Pero en lo  
profundo de cualquier mar ocurren  
muchas sumersiones de las aguas  
que corren por las venas arriba  
dichas, penetrando en las entrañas  
de la tierra y templándolas segun  
su frialdad. Y mediante su equili-  
brio aparecen en la superficie y  
saltan ruidosamente de las profun-  
didades y lados de las montañas  
opuestas, resultando de su conjun-  
to los rios que corren por la su-  
perficie de la tierra hasta los ma-  
res. De lo cual se sigue, primero:  
que la que corre por la superficie

*quia homo dicitur microcosmus, id est, mundus parvus factus ad instar mundi magni. Et hoc videmus manifeste. Nam in quacumque parte fodimus terram semper reperimus venas aquarum transeuntium per viscera terræ, et non solum per viscera terræ, sed etiam per viscera rupium repèriuntur aquæ transeutes, et penetrantes rupes per venas. In quibus rupibus fiunt putei, ut ego oculis pluries vidi in diversis partibus.»*

*«Unde sicut in homine repèriuntur venæ per quas discurrit copîa sanguinis, et repèriuntur miseræ per quas discurrit modicus sanguis, ita pariter in visceribus terræ, et in hoc manifestatur summa sapientia Creatoris.»*

de la tierra, lo hace primeramente por las venas y conductos hasta sus entrañas, *del mismo modo que la sangre se mueve sin cesar por las venas animales, porque el hombre se llama microscómo, es decir, mundo pequeño, hecho á la manera del mundo grande, y esto lo vemos con toda claridad.* Pero en cualquiera parte de la tierra que cabamos, siempre encontraremos venas que conducen agua á sus entrañas, y no solo por estas, sinó tambien por las de las rocas y venas que las penetran, rocas que forman pozos, como yo he tenido ocasion de ver en muchas partes.

*De la misma manera que hay venas en las entrañas de la tierra así las hay en el hombre, unas que llevan gran copia de sangre, otras llamadas misericas, por las cuales corre una menor cantidad, y en esto se pone de manifesto la gran sabiduría del Criador.»*

#### ANDRÉS LAGUNA.

...«mediam thoracis regionem ipsum cor occupabit, tametsi verge in sinistram alterum latus magis magisque videatur, ob illam sinistri specus frequentem palpitationem, quæ sinistram quam dextram latus magis ferire videtur. Unum et item alterum habet dantaxat ventriculum; dextrum, scilicet, et sinistram. Nec scio quid eorum ænigma velit, qui tertium etiam cordi ventriculum addunt, nisi forsam per illum, poros eos qui in septulo sunt intelligunt. Verum enim vero cor, ut quod ex se sanguinem nullum habeat, per auriculam dextri ventriculi à vena cava illum accipit mutuo. Ex quo transumpto in sinistram cordis spe-

El corazón ocupará la region media del torax, aun que parezca se inclina mas y mas al lado izquierdo por aquella frecuente palpitation que parece hiere mas á este lado que al derecho. Tiene solamente dos ventrículos; á saber, uno derecho y otro izquierdo. No sé en que pueda fundarse la opinion de aquellos que añaden tambien al corazón una tercera cavidad, á no ser que entiendan como tal aquellos poros ó durezas prominentes que hay en el tabique. Pero en realidad de verdad, el corazón como que de suyo no tiene sangre alguna, la recibe reciprocamente de la vena cava por la aurícula del ventrículo derecho,

cum, vitales spiritus conficiuntur: qui tandem per arterias in universum corporis habitum relegati, frigidas quidem partes calefaciunt, calidas autem impense sua flabellatione refrigerant. Quum igitur cor principalissimum totius corporis organum sit, quodque prius vivat, tardiusque moriatur, aliqua ex parte condonandum est Aristoteli, qui putarit principem animæ vim non alibi quam in corde esse locatam.

Interim tamen adverte circa artificium opusque naturæ. Nam quum duo solummodo vasá á corde in pulmones produceret, alterum quidem quæ vena est, arteriosum; alterum vero quæ arteria, venosum; hoc est unica tunica fabricatum, compegit. Verum ecce nom vulgaris controversia suboritur. Quum enim ex corde in pulmones, duo tantummodo vasa explantentur, alterum vena arteriosa per quam defertur sanguis subtilis ad nutritionem eorum, alterum arteria venosa, per quam in cordis systole (ut et Galenus ipse fatetur) vitales spiritus relegantur, quæstio inquam oritur, quando, aut per quem locum excrementa fuliginosa á sinistro cordis ventriculo ad pulmones ipsos peliuntur. Non per venam arteriosam: solus enim sanguis per eam emittitur. Dices forsam, per arteriam venosam. Sed quod nec per eam, facillimum est probare. Nam aut in diastole: nam cum tunc temporis cor dilatetur trahit quidem benignum aer; non autem mittit. Non in systole, dum contrahitur, tunc siquidem mittit vitales spiritus ad pulmones. Igitur namquam. Iccirco existimandum est aera frigidum prius in pulmonibus accuratissime elaborari, quam ad cor ipsum perveniat.

de donde trasportada á la cavidad izquierda del mismo se confectio- nan los espíritus vitales, los que pasando por fin, por las arterias á todo el cuerpo, van á calentar las partes que están frias y á refrigerar diligentemente á las cálidas con este aireo ó especie de aireación. Siendo, pues, el corazon el órgano mas principal de todo el cuerpo, el que primero empieza á vivir y el que mas tarde abandona la vida, debe concederse algo de certeza á la opinion de Aristóteles: que decia que, el asiento principal del alma estaba en el corazon y no en otro sitio.

Parate, empero, á reflexionar ahora acerca del artificio y obra de la naturaleza. Como solo hay dos vasos que van desde el corazon á los pulmones, uno que es la vena, arterioso: otro que es la arteria, venoso: este formado de una sola túnica; se unen. Mas he aquí surge una controversia nada vulgar. Porque como del corazon á los pulmones solo se dirijan dos vasos; por el uno llamado vena arteriosa va la sangre sutil para la nutricion de estos; por el otro, arteria venosa: los espíritus vitales cuando se contrae el corazon (segun confiesa el mismo Galeno). Originase, digo, la cuestion de cuando y porque sitio se arrojan los excrementos fuliginosos desde el ventriculo izquierdo del corazon á los pulmones. Por la vena arteriosa no van, puesto que por ella solo pasa sangre. Dirás, acaso por la arteria venosa? Pero es fácil probar que tampoco por esta. O bien en el diastole, pero en el tiempo que el corazon se dilata atrae ciertamente aire benigno, mas no le envia despues. No el sistole ó cuando se contrae, puesto

que entonces envia á los pulmones los espíritus vitales. Nunca, pues por lo tanto, habemos de creer que el aire frio se elabora muy cuidadosamente en los pulmones antes que llegue al corazon.

LUIS LOBERA DE AVILA.

«Cordis substantia est dura quasi lacertosa, in se habens duos ventriculos, alterum dextrum, et alterum sinistrum et in medio foveam ut dicit Galenus in secundo teg. in quibus distinguntur sanguis nutritivus veniens ab hepate et efficitur subtilis et spiritualis, et propterea in eodem sunt duo orificia, per destrum ingreditur ramus venæ ascendentis et portantis sanguinem ab hepate superius, et ab eodem ingreditur una vena quæ dicitur vena arterialis et vadit ad nutriendum pulmonem, et reliquum remanens ascendendo ramificatur in multis partibus aliis ramis ut dictum est. Et ab orificio sinistro egreditur vena pulsabilis, cujus pars una vadit ad pulmonem, quo dicitur arteria venalis portans *caprinosos vapores* ad pulmonem, et aër introducens ad ipsum cor refrigerandum. Et alia pars ramificans inferius et superius, sicut dictum est de aliis venis. Et super ista duo orificia sunt tres pelliculæ aperiens introrsum sanguinis et spiritus tempore convenienti, et juxta ipsa sunt due auriculæ per quas ingreditur et egreditur aër sibi preparatus á pulmone.»

«La sustancia del corazon es dura y como correosa; tiene en sí dos ventriculos, uno derecho y otro izquierdo y en medio una cavidad (en el segundo tegumento, como dice Galeno) en los cuales se distingue la sangre nutritiva que viene del higado y se hace sutil y espiritual y por lo tanto hay en él dos orificios; por el derecho entra el ramo de la vena que trae y lleva la sangre desde el higado á la parte superior, y del mismo parte una vena que se llama arterial y se distribuye para nutrir los pulmones, y la parte que queda y asciende, se divide en otras ramas para repartirse en muchas partes, como queda dicho. Por el izquierdo sale una vena pulsatil, cuya una parte de la cual va á los pulmones y se llama por esto arteria venal, encargada de llevar á estos órganos los *vapores caprinosos* y dar paso al aire para refrigerar al mismo corazon y la otra se ramifica por arriba y por abajo como se ha dicho de otras venas; y sobre estos dos orificios hay tres pelliculas ó tetillas que se abren y cierran para dar paso á la sangre y los espíritus al tiempo conveniente, y yustapuestos á ellos dos aurículas por las cuales sale y entra el aire preparado así por los pulmones.»

PEDRO GIMENO.

Duos sinus seu ventriculos obtinet, quorum alter in dextro latere constitit, amplior, rariori, tenuiorque cordis substantia obductus visitur, ac cavæ venæ orificium seu principium ad hunc pertinet, cui tres membranulæ introrsum ductæ veluti januatrices præficiuntur. Dein vas, arteriæ constans corpore fungens verò tamen venarum officio, eaque ratione arterialis vena appellatum: ab illo ventriculo egreditur in ipsius orificio tres perinde exigens membranas, extorsum tamen expectantes. Secundus ventriculus sinistro latere repositus ac crassa precipuaque cordis substantia circumdatus, duobus tantumdem donatur orificiis quorum inferius vasis cujusdam est, arteriæ usum præstantis *quod aërem spectat*. Cæterum, venæ corpore efformatim ac proinde venalis arteria appellati, in cujus orificio duas tantum membranas natura præfecit, introrsum conniventes. Elatius verò orificium arteriæ magnæ principio dicatur, cui etiam tres membranas natura elargitur extorsum respicientes. Cor enim hunc spiritum attrahens, atque in sinistram ventriculum magnam sanguinis copiam à dextro exhauriens, ex vapore ejus sanguinis halituoso, et illo aëre, propria virtute suæ substantiæ spiritum conficit, quem concomitatum sanguine subsistente, impetuque ruente, ac fofum, per magnam arteriam universoni corpori distribuit. Ad spiritum igitur conficiendum cor utitur aere quo fervidus calor illius attemperetur. Porro quidquid in ac spiritus elaboratione fuliginosum minusque aptum est perfici-

El corazon tiene dos senos ó ventriculos, de los cuales uno está colocado en el lado derecho, es mas ancho y se halla como cubierto de la sustancia mas delgada y tenue de este órgano y á él corresponde el orificio ó principio de la vena cava, dentro de la cual hay situadas tres membranitas que se abren hácia adentro y hacen el oficio de porteras. Despues el vaso formado del cuerpo de la arteria, haciendo en realidad, por fin, el oficio de vena, por cuya razon se la ha llamado arteria venal; de aquél ventriculo parten igualmente tres membranas en su orificio que miran hácia afuera. El segundo ventriculo colocado en el lado izquierdo, rodeado de la mas crassa y principal sustancia del corazon, tan solo está dotado de dos orificios, de los cuales el inferior corresponde á cierto vaso que presta el servicio de arteria, *el cual aspira el aire*. Por lo demás, el vaso formado de una manera irregular del cuerpo de la vena, y que por esto se llama vena arterial, tiene tambien en su orificio dos membranas dirigidas hácia adentro. El orificio mas alto es en realidad el principio de la gran arteria, á la cual la ha dotado tambien la naturaleza de tres membranas que se abren hácia afuera. El corazon, pues, atrayendo este espíritu y vertiendo gran cantidad de sangre del ventriculo derecho al izquierdo, confectiona por su propia virtud del vapor halituoso de su sangre y *con aquél aire* el espíritu de su sustancia el cual acompañado y fomentado de la sangre que salta y se precipita con violencia, vá á distri-

ciendo spiritui, per venalem arteriam in pulmone trudi, adque hinc cum aere, qui in pulmone reliquus erat, compreso thorace excerni; omnibus anatomicis est visum adeo sanè ut cor indefessa ipsius distentione sanguinem in dextrum ipsius ventriculum à cava vena attrahat ut is partim in sinistrum ventriculum ducatur, partim vero in idoneum pulmonis nutrimentum ab ipso ventriculo preparetur, atque contracto corde per arterialem venam pulmonum offeratur.

buirse por todo el cuerpo mediante la gran arteria. Consecuencia de esto, el corazon, al confeccionar el espiritu, se vale del aire para que modere su escesimo calor. Y á la verdad, como esta entraña es muy poco á propósito para purificar el espíritu por la elaboracion de la parte fuliginosa, la espele con fuerza por la arteria venal al pulmon y con los restos de aire que en este queda, se purifica, una vez que se comprime el pecho. Todos los anatomicos opinan que el corazon en su incesante movimiento de dilatacion atrae la sangre desde la vena cava á su ventriculo derecho, para que este envie parte de ella al ventriculo izquierdo, y la restante sea preparada por el mismo ventriculo para el conveniente nutrimento del pulmon y contraido el corazon se la ofrezca á aquél órgano por el intermedio de la vena arterial.

## FRANCISCO MATIAS MARTI.

«Cor in duas veluti partes divisum apparet: dexteram et sinistram: cuilibet earum auricula et ventriculus respondent: quorum motus inæqualiter et alterne fiunt: primus ex auricula dextra ortum ducit: dum hoc contrahitur, sanguinem ex vena cava venientem, in ventriculum dextrum pelit. Dum hic comprimitur sanguis ad arteriam pulmonicam transit, ex hæc ad pulmones. Hinc cum aere per tracheam in inspiratione ducto mistus, purus, ruberrimusque efficitur: ex arteria pneumonica ad venam pulmonalem transit sanguis, ex qua iterum ad cor, ad auriculam sinistram irrui. Ec hæc compressa ad ventriculum delabitur; qui ad aortam; et per ejus ramos estre-

«El corazon aparece como dividido en dos partes: derecha é izquierda. A cada una de ellas corresponde una auricula y un ventriculo, cuyo movimiento se verifica con desigualdad y de una manera alterna. Lo primero que se mueve es la auricula derecha y cuando esta se contrae, vierte en el ventriculo derecho la sangre procedente de la vena cava. Comprimida por el ventriculo la sangre, pasa á la arteria pulmonal y de esta á los pulmones. Mezclada en estos con el aire, que mediante la inspiracion pasa por la traquea, se vuelve pura y muy roja. De la arteria pulmonal pasa la sangre á la vena del mismo nombre, de esta al corazon, en cuya auricula izquierda se

mas corporis partes irrigans in Venas Intrimititur earum curriculum sequens ad venam cavam ad auriculam dexteram *Et ita in deinceps motus giratorius.*»

precipita, la contraida, la hace pasar al ventriculo izquierdo, de este á la arteria aorta y por los ramos de esta regando las partes mas lejanas del cuerpo *pasa á las Venas* por cuyos conductos corre hasta buscar á la vena cava y desaguar en la auricula derecha y *asi sucesivamente el movimiento giratorio.*»

De lo espuesto en las anteriores citas resulta que los médicos españoles tuvieron una idea muy confusa de la grande circulacion, si no es contradictoria y errónea siempre; pues aunque algunos como Francisco Matias Marti, parece que siguieron el procedimiento espermental antes de describir el como se verificaba el paso de la sangre de las arterias á las venas; este autor es desconocido á todos los bibliógrafos é historiadores, esceptuando al Sr. Chinchilla que lo cita y apunta la descripcion circulatoria de la manera que acabamos de ver, pero cuya buena fé en estas y otras cuestiones debe ponerse en duda. Asi como este erudito médico se empeña en atribuir el perfecto invento al escritor desconocido, el Sr. Morejon mas erudito que él y cuya buena fé es proverbial cuando se trata de asuntos históricos, se lo atribuye al albeitar de Zamora *Reina.*

Empeño vano el de este celebrado historiador de nuestras glorias médicas el querer hacer pasar la descripcion de la circulacion hecha por Reina como modelo de exactitud, pues esta sería excelente y la entendería cualquier discípulo de Galeno: si fuese exacta la parte anatómica y por ende la fisiológica.

No hay en el hombre ni en los animales venas capitales que salgan del higado, ni vena alguna que del higado se reparta por los miembros; que los ramos y meseraycas que van repartidas por las partes de fuera de los brazos y piernas, y van al instrumento de los vasos, y de allí se tornan á infundir por las venas capitales que suben desde los cascos por los brazos á la parte de adentro, son un magnifico entretejido de vasos imaginarios, cuya descripcion no podian entender los lectores, pero el autor tampoco.

Hasta aquí la parte anatómica pura; en cuanto á la fisiológica, no puede ser mas clara, en verdad, la idea del autor. «Por manera, dice, que las venas de las partes de fuera tienen por oficio de llevar la sangre para abajo, y las venas de las partes de dentro tienen por oficio de llevar la sangre para arriba.» De todo lo cual infiere el autor «que

la sangre anda en *torno* y en *rueda* por todos los miembros:» pues esto es lo que saca de los antecedentes, el segundo «*Por manera*» del profesor veterinario.

«Ahora bien; como el primer antecedente, el anatómico, es un enorme despropósito que traslada las famosas venas miseraycas ó mesaraicas desde el mesenterio por el hígado á los miembros, unas por las partes de fuera, y otras, continuacion de estas, por las partes de dentro de aquellos; y el segundo antecedente, el fisiológico, es otro despropósito de igual enormidad, cuando menos: pues supone una marcha de la sangre en los mismos miembros de arriba abajo por las venas de las partes de fuera, y de abajo arriba por las venas de la parte de dentro; es evidente de toda evidencia que aquellas palabras del albeitar: «*Por manera que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros,*» son un tercer desatino fisiológico, que supone lo que dicen textualmente las mismas palabras, que la sangre anda alrededor de los miembros; á saber: de arriba á bajo por las venas de fuera, y de abajo arriba por las de dentro. Y por si algo faltaba para el complemento de esta teoría *sui generis*, añade luego el autor: «Y unas venas tienen por oficio de llevar el nutrimento por las partes de fuera y otras por las partes de dentro hasta el emperador del cuerpo, que es el corazon, al cual todos los miembros obedecen.»

De suerte que, segun el albeitar Reina, el emperador del cuerpo que es el corazon, recibe desde su asiento muy tranquilamente el nutrimento que le llevan las venas, unas por las partes de fuera de los miembros, y otras por las partes de dentro; pero no se dice en este singular sistema que el corazon envíe el *nutrimento* á las demas partes del cuerpo, sino que manda como señor á todos los miembros, pues que todos los miembros le obedecen.

Si, pues, los médicos españoles solo hicieron grandes y laudables esfuerzos para alcanzar el triunfo en cuestion tan importante, una cosa igual acontece con algunos extranjeros émulos de la gloria del ingles Harveo.

Colombo y Andres Cesalpino esplicaron de una manera mas explicita, pero no concluyente, el mecanismo de la circulacion general de la sangre y este último se espresa de esta manera:

Illud sciendum est; cordis meatus ita á naturá paratos esse, ut ex vená cavá intromissio fiat in cordis ventriculúm dextrum; undè

Debe tenerse presente que la naturaleza ha dispuesto de tal modo las comunicaciones del corazon que la introduccion ó paso (de la san-

patet exitus in pulmonem: ex pulmone præterea alium ingressum esse in cordis ventriculum sinistrum, ex quo tandem patet exitus in arteriam aortam, membranis quibusdam ad ostia vasorum appositis, ut impediunt retrocessum: sic enim perpetuus quidam motus ex venâ cavâ per cor et pulmones in arteriam aortam, ut in questionibus peripateticis explicavimus. Cùm autem in vigilia motus caloris nativi fiat extra, scilicet ad sensoria: in somno autem intra, scilicet ad cor: putandum est in vigilia multum spiritus et sanguinis ferri ad arterias; inde enim in nervos est iter. In somno autem eundem calorem revertit ad cor, non per arterias: ingressus enim naturalis per venam cavam datur in cor, non per arteriam. Indicio sunt pulsus qui expergiscéntibus fiunt magni, vehementes, celeres et crebri cum quâdam vibratione: in somno autem parvi, languidi tardi et rari. (3 De causis pul 9 et 10. Nam in somno calor natus minus vergit in arterias: in easdem erumpit vehementius, cum expergiscuntur.

«Venæ autem contrario se modo habent: nam in somno fiunt tumidiore, in vigilia exiliore, ut patet intuenti eas quæ in manu sunt. Transit enim in somno calor natus ex arteriis in venas per osculorum communionem, quam anastomosim vocant; et inde in cor. Ut autem sanguinis exundatio in superiora, et retrocessus in inferiora, instar Euripi, manifesta est in somno et vigilia; sic non obscurus est huiusmodi motus, in quâcumque parte corporis vinculum adhibetur, aut aliâ ratione occludantur venæ. Cùm enim tollitur permeatio, intumescunt rivuli quâ parte

gre?) se verifica desde la vena cava al ventriculo derecho; de este á los pulmones, de estos al ventriculo izquierdo, de este á la arteria aorta en la cual se encuentra como presa é imposibilitada de volverse atrás mediante unas membranas (las valvulas?) colocadas en su embocadura. De este modo se sostiene sin cesar el movimiento entre la vena cava, los pulmones, el corazon y la arteria aorta, segun ya dijimos en las cuestiones peripatéticas. Como por otra parte, el calor natural se dirija hacia afuera durante la vigilia, á saber, á los órganos de la vida de relacion, ó sea á los sentidos; lo contrario que en el sueño, que va al corazon, debe pensarse que en la vigilia gran parte de los espiritus y de la sangre van á las arterias y de estas á los nervios. En el sueño, por el contrario, vuelve el mismo calor al corazon, no por las arterias, sino por la entrada natural de este órgano, por la vena cava, no por la arteria. Señal de que esto sucede son las pulsaciones que, en los que despiertan se hacen grandes, vehementes, aceleradas y frecuentes, y con cierta vibracion; cosa que no sucede mientras se duerme, que son pequeñas, lánguidas, tardas y raras. (3 De las causas de las pulsaciones 9 y 10.) En el sueño, pues, el calor natural acude en menor cantidad á las arterias; distinto de lo que acontece poco tiempo despues de haber despertado que llega con vehemencia y en mayor proporcion.

No sucede lo mismo con las venas, estas se comportan de diverso modo: durante el sueño se entumescen, en la vigilia se aligeran como puede verse observando las de las manos. Pasa pues el calor na-

fluere solent. Forté recurrit eo tempore sanguis ad principium, ne interceus, extinguatur.» (Andrés Cesalpini *Questionum medicarum*, lib. II quæstio XVII Venetiis, apud Juntas, 1571).

tural de las arterias á las venas por las comunicaciones directas que tienen entre sí mediante sus boquillas terminales que los anatómicos llaman *anastomosis* y de allí al corazón. Pero si en el sueño y la vigilia se hace notoria la inundación ó aflujo de la sangre hacia las partes superiores y su retroceso á las inferiores, al tenor de las aguas de Euripo: (1) no es menos notorio este movimiento en cualquiera parte del cuerpo que se ligue ó ate fuertemente ó siempre que por cualquiera otro medio se obstroyan las venas. Pues cuando se impide el paso, se entumescen los arroyuelos por cima de la parte que acostumbran á desaguar. Quizá al mismo tiempo vuelve la sangre á su primer punto de partida para que así no se estinga el movimiento.» (Andrés Cesalpino, *cuestiones médicas*, lib. II. *Question XVII, Venecia, Casa de Juntas 1571*).

Observemos, desde luego que este pasaje encierra todos los elementos necesarios para llegar al conocimiento de la circulación de la sangre. El autor dice en ella de una manera clara que este líquido no puede refluir hacia el corazón por las arterias á causa de las membranas que cierran la entrada de la aorta; añade que la vena cava es el único vaso que la permite llegar á dicha viscera; habla de la *anastomosis* de las arterias con las venas y hace notar que si se pone una ligadura al rededor de un miembro, las venas se hinchan por debajo de la ligadura. Parece que aquí solo falta que el autor pronunciara la palabra *circulación*, mas no lo hace; al contrario, compara el movimiento de la sangre al flujo y reflujó de las aguas del Euripo como hace Aristóteles. Se vé, en esto, que tortura su inteligencia por conciliar cosas inconciliables: la opinion de los antiguos sobre el movimiento de la sangre con los descubrimientos recientes de la anatomía. Así es, que la gloria de Harveo queda incólume en esta discusión, como veremos con evidencia en otro lugar.

(1) Geografía antigua, Euripo; Estrecho del Negroponto, N. del T.

En cuanto á la pulmonal podemos atribuir por completo la gloria á nuestro compatriota Miguel Servet segun vamos á ver en sus palabras. Pero antes digamos algo de su vida, toda vez que su fama como médico, su manera de espresarse como fisiólogo en la cuestion que debatimos le hace acreedor al reconocimiento de la Historia.

El siempre infortunado y despues medico Miguel Reyes Servet, fué natural de Villanueva de Aragón, en donde nació por el año 1509 y por cuya circunstancia, tomó, como era costumbre en aquellos tiempos, un tercer apellido: el de *Villanovano* que significaba y recordaba el pueblo de donde era oriundo. Su padre que, segun todas las probabilidades históricas perteneció á la curia en clase de notario, le dedicó desde bien niño al conocimiento y estudio de las lenguas, habiendo hecho progresos en la griega, latina y hebrea. Con estos preliminares tan necesarios é indispensables en aquella época para aprender cualquiera ciencia; estudió la filosofía, aprendió las matemáticas y recibió algunas nociones de historia sagrada; las cuales habrian de serle tan funestas á lo mejor.

En medio de lo borrascoso de la vida de nuestro médico y de los motivos poderosos que debiera tener la historia para conservar todos los detalles correspondientes á la existencia de Miguel Servet, aparecen en tinieblas sus primeros años posteriores á los, en que se dedicara á los estudios mencionados. No obstante, resulta como un hecho innegable que, orientado nuestro Servet en los conocimientos preliminares precisos para emprender cualquier carrera, se trasladó de su patria á la vecina de Francia y en esta á la ciudad de Tolosa con el propósito de seguir la carrera de la jurisprudencia. Mas fuese por inclinacion natural, fuese porque esa era la tendencia del siglo, lo positivo fué que Miguel Servet, en vez de estudiar á Justiniano y comentar á Heinecio, estudió á Santo Tomás y comentó á Linnense con tal acierto y maestria que, no tardó en ser consumado en materias y cuestiones teológicas.

En medio de esta verdad histórica, se tocan con mil dificultades para señalar el itinerario en la vida de Servet, lo mismo científica que pública, siendo en esta parte tantos los dictámenes cuantos han sido sus historiadores, pudiéndose comparar en este extremo á la biografía de Arnaldo de Villanova en lo que concierne al verdadero lugar del fallecimiento de este.

Consumado en el conocimiento de las lenguas orientales y geografía, nada mas natural que concebir la razon que asistiría á Servet, para

multiplicar sus conocimientos por medio de los viajes; al mismo tiempo que, profundo en la teología y no con los suficientes bienes de fortuna para subvenir á los cuantiosos é indispensables gastos, habria de proporcionarse arrimo en algun personage notable. He aquí pues por qué nuestro Miguel Servet, siendo muy jóven y sin duda estudiante todavia, se sometió al servicio de D. Francisco Quintana, confesor del emperador Carlos V y I en España, en compañía de cuyo prelado viajó por Bolonia, Lombardia y Alemania.

Apenas Servet contaba de edad veinte años, que su reputacion como teólogo era conocida en Francia y fuera de ella, llamándole su inspiracion adversa, á tomar parte en las cuestiones religiosas que entonces se promovieron. A su virtud, confereció en Basilea, en Strasburgo y en Zwingle con los principales protestantes, viéndose en la dura precision de defenderse publicando en 1531 la obra sobre la *triple esencia de Dios*, lo cual habria de ser una de las causas que le condujesen á las llamas, á los 22 años de publicada.

Abrumado nuestro Servet con el peso de tantos sinsabores como le produjera la publicacion de su obra, por haberse mostrado en ella ostensible contra el protestantismo, y en especialidad contra su jefe principal Lutero; se trasladó á Paris hacia el año de 1531 en el mismo en que se publicó su obra referida.

Residente y avencindado en Paris, conoció los disgustos que le atraeria el teson que habia mostrado en las cuestiones religiosas, por lo cual tomó nueva direccion en sus estudios, dedicándose á los medicos en la universidad de aquella capital bajo la direccion de los conocidos catedráticos Silvio y Fernelio. Pocos años fueron precisos de estudios médicos á Servet, para que su talento descollara sobre el de sus condiscipulos en tal manera que, á los dos cursos escolares, planteó escuela pública bajo su direccion. Y como si le persiguiera la escritura cual una adversa estrella, su obra sobre *la Naturaleza de los jarabes* le proporcionó disgustos tales con la misma facultad de Paris, que en 1536 se vió precisado á sostener un ruidoso litigio, el cual, sin embargo de haber sido sentenciado á favor suyo, con la circunstancia de prevenir con reprension á la parte contraria, *Trátese con mas decoro y humanidad al español Servet*, no dejó de causarle mil disgustos. Por fin terminada su carrera, recibió el grado de Doctor en la facultad de medicina.

Los sinsabores y los malos ratos que sufriera, merced á los litigios sostenidos contra la Facultad de Paris, le obligaron á salir de esta populosa capital el año de 1538, despues de haber conocido y conferen-

ciado con Calvino el cual, se mostró desde la primera entrevista, orgulloso adversario del talento de nuestro Miguel Servet.

Su primera direccion fué á Lyon en donde para sostenerse, se vió precisado á servir de corrector de una imprenta, cuyo propietario era un tal Frelon. Al poco tiempo marchó de esta ciudad á la de Avignon; regresó despues á Lion, y escaseando de recursos falto de proteccion, y precisado á mal vender sus producciones científicas á los librereros, para peor pasarla, se fijó como profesor de medicina en el año de 1540 en Charlieu, villa situada á 12 leguas de Lion en la cual permaneció tres años ejerciendo la facultad de medicina. Durante ellos, sobre no haber podido reunir una mediana fortuna con que atender á sus necesidades, tuvo que resignarse á nuevos disgustos, los cuales le hicieron por fin abandonar la poblacion de Charleu hácia el año de 1543.

No obstante su capacidad y su carrera científica de médico, Servet hubiera perecido en la indigencia, si una alma caritativa y una mano protectora no le hubiesen auxiliado algunas veces en sus necesidades. El religioso cuanto virtuoso prelado Pedro Parmier, arzobispo de Viena en aquella sazón habia sido y era su constante protector, cuya dignidad eclesiástica apreciando en su justo mérito la inteligencia de Servet, y como dice con bastante fundamento Morejon: *«tan bondadoso por naturaleza como amigo y protector de los hombres de ingenio é ilustracion; le obligó á pasar á Viena en cuyo palacio arzobispal encontró aquella oveja descarriada del redil, un alojamiento acomodado á la persona que le dispensaba.»*

Otro que nuestro aragonés, reflexionando sobre los sinsabores y disgustos que la lectura, meditacion y escritura relativas á cuestiones teológicas, le habia acarreado en el trascurso de su azarosa vida, hubiera abandonado un camino que, naturalmente le conducia á la ruina y perdicion, y habria despues de dar gracias al Altisimo por el beneficio que recibiera del prelado Parmier; dedicado esclusivamente al ejercicio de la medicina en Viena, en cuya carrera hubiese podido lucir con brillantez sus dotes intelectuales.

Mas él, monomaniaco por ideas religiosas, se empeñó en oponerse á algunas de ellas sin prevision y sin cautela, publicando al efecto las suyas en abierta oposicion á ciertos dogmas religiosos, admitidos por todo el cristianismo como otras tantas verdades.

En medio de este precipicio por el cual caminaba Servet, es casi seguro no le hubiese conducido á su fin trágico, si, probablemente, envidioso de las glorias de Calvino, no hubiese soñado mas de una vez

en eclipsarlas. Su primer paso para conseguirlo fué, el ponerse en relacion, si se quiere, amistosa ó cuando menos confidencial, con el herejarca del siglo. Pero este, mas astuto y previsor que el español, llevaba á otro terreno las cuestiones, las trataba con suavidad mas aparente y siempre que contestaba á su émulo, lo hacia con refinada política, bien penetrado sin duda, que el carácter impetuoso y fuerte de Servet rompería de una manera tal, que proporcionase méritos para vengarse de una manera inaudita y atroz.

Asi sucedió en verdad y por desgracia, pues sabedor Calvino de que Servet estaba imprimiendo, aunque en secreto, varias obras en apoyo á sus doctrinas, busca y encuentra medios de adquirir algunos fragmentos de ellas y los remite juntos ¡que infamia! con la correspondencia particular de Servet, á las autoridades de Viena y con la mas pérfida delacion, pidiendo la prision y horroroso castigo de su adversario.

Quien de los mortales, hubiese alcanzado los últimos tiempos de la inquisicion y los que por la lectura, tuviesen una idea del *Santo oficio*, comprenderán lo que en el siglo XVI era el fanatismo y que tan instantánea sería la prision de nuestro compatriota, que digo, como la llegada á Viena de los documentos remitidos por Calvino. En efecto, delatado por este á los tribunales católicos, fue en vista de la fundada acusacion, preso el dia 4 de Abril de 1553.

Nunca tribunal alguno, ni aun casi los llamados en estos tiempos *comisiones militares*, sustanciaron una causa criminal con mas velocidad que la seguida contra el desgraciado aragonés Miguel Servet. Cada momento que trascurría se le hacía un año á el inhumano Calvino, quien para si, habia jurado la perdicion de Servet. Trece dias fueron suficientes para que el tribunal pudiese sustanciar la causa y solas las pruebas presentadas por Calvino, abonadas para conjeturar que el fallo del proceso sería la sentencia de muerte. Y de que manera? De una inquisitorial y atroz, pues segun las mayores probabilidades, Servet debía ser quemado por hereje y enemigo de la religion de Jesucristo.

Mas, su angel tutelar que todavia no habia perdido la gracia de velar por la conservacion y la vida de nuestro preso, hizo llegasen á su noticia estas tan tristes nuevas y que en medio de su encarcelamiento hallase medios de fugarse en la época mas oportuna y crítica: el dia diez y siete del mismo abril, cabalmente á los trece de haber sido arrestado y preso.

Errante, fugitivo y guiado únicamente por su fatal destino, despues de vagar por un país enemigo por espacio de tres meses, se internó



en la Suiza, cometiendo la imprudencia de pasar á Ginebra, en cuya ciudad vivia su enemigo encarnizado.

Cometido el primer error, fácilmente se concibe un segundo y un tercero: de lo contrario no sabria esplicarse la permanencia de Servet en Ginebra mucho mas tiempo que el suficiente, á que Calvino supiese su fuga de Viena y su arrivo á Ginebra; bien es verdad, que atendido su carácter particular y á ser cierto lo que la *Union* asegura, pensó Servet hallar un fundamento de su razon y una prueba para su acrisolacion, en aquello mismo que sirvió para martirizarle.

Cerciorado positivamente Calvino, merced á las pesquisas de sus satélites, de que Servet residia en Ginebra, proyectó de nuevo su delacion y de manera que, no pudiera librarse, valiéndose al efecto de un francés criado suyo, llamado Mr. Nicolás Lafontaine, el cual instruido minuciosamente por Calvino hizo la declaracion ante los competentes magistrados con una acusacion que abrazaba 38 artículos, teniendo el valor ó la resignacion de sujetarse hasta la prueba de ella, á prision con el acusado y á sufrir la pena de Talion, en caso de no probarla.

Presentada la acusacion contra Servet en toda forma, fué preso el dia 13 de Agosto del mismo año de 1553 y á los dos dias, en el 15, se le tomó declaracion ante el Consejo. Durante la audiencia, mostró nuestro acusado la mayor serenidad y la mayor virtud; la primera, en la manera de esponer los hechos y de patentizar en ellos la declaracion injusta dimanada de un odio personal de Calvino; y la segunda en la veracidad y exacta narracion, sin omitir cosa alguna ni retractarse de lo que á sabiendas le perjudicaba. Suspendida la vista de la causa en aquel dia, se siguió en el siguiente 16, á la cual asistió Colladon como abogado defensor del acusador; mas, ora fuese por el interés que presentaria el proceso, ora por el mucho tiempo que durase la audiencia ó por otras causas que no se han podido investigar; la sesion se prorogó para el siguiente dia 17 de agosto. Entre los medios naturales de defensa propia, demandó ó suplicó Servet al Consejo, que en razon á ser extranjero é ignorante de las costumbres del país, se le permitiese á un procurador en su defensa. Esta demanda justisima segun las leyes de Ginebra, alarmó á Calvino, quien para conjurarlo y prevenir en su favor los ánimos de los jueces, quienes pudieran (tales como el presidente Berthelier) inclinarse á favor de Servet; se presentó en la audiencia el dia 17 acompañado de algunos sacerdotes de la misma cofradia. El resultado del momento no podia ser dudoso, pues que indefenso Servet y sin facultades para pulverizar los infundados razonamien-

tos de su perseguidor, tuvo que resignarse á ver desestimada su demanda, á que su acusador fuese puesto en libertad y á que él, fuese doblemente custodiado y vigilado.

En libertad el acusador de nuestro médico, este apareció naturalmente á los ojos poco escrutadores, como verdadero reo y lo único que podria desear de los demas trámites del proceso, era la minoracion de la pena, de la que acaso hubiese sido absuelto, si otro que el feroz Calvino hubiera sido el verdadero delator. Viendo este que la influencia del partido de los *libertinos* podia favorecer la causa de Servet, se constituyó en director de los debates y en consultor del proceso á las iglesias de Berna, Zurich, Schaffousse y Basilea con las cuales era su ascendente grande, y las que unánimes, reconocieron la culpabilidad del encausado.

Mientras tanto este, preso de la manera mas impia y del modo mas cruel, sufría lo que es inexplicable, no tanto por la privacion de lo mas necesario para conservar su mísera existencia, cuanto por ser su calabozo un foco de infeccion permanente: baste decir que, á su estancia en él y á su falta de ventilacion (pues las ventanas estaban tapiadas) se atribuyó la perturbacion en que se encontraron sus facultades intelectuales.

Sustanciada la causa en el corto espacio de dos meses, amanece por fin el dia 26 de Octubre vispera de su muerte, y el destinado para fallar la causa. Amied Perrin presidente del tribunal conociendo desde luego la inocencia de Servet y la perversidad de Calvino, se esforzó en libertar al acusado, pero todo fué en vano, pues ni aun pudo conseguir *dulcificar* el suplicio con una muerte mas humana; sino que, hubo de resignarse á oír el fallo del consejo que condenó al fuego á Servet acusado como herege.

Buen calculador Calvino del resultado que habria de tener su acusacion, quiso hacerla aparecer mas justificada con la retractacion del reo y para ver de persuadirle en el último trance de su vida hizo venir á Ginebra desde Lausana á el *célebre* Tarel, quien en clase de sacerdote y auxiliar debería acompañar á Servet.

Preparado todo de esta suerte y concluido el último consejo celebrado el dia 26, como se ha dicho y de la manera que se ha manifestado, se leyó á Servet la sentencia de morir quemado por herege, la cual le aterró y horrorizó sobre manera, suplicando de ella la commutation de tan atroz castigo con el de la decapitacion. Mas, como sino fuese todavia bien amargo el acibar, que alimentaba su tristísimo cora-

zou á virtud de una acusacion la mas atroz é inicua; quiso su p[er]fido delator hacerle apurar todo el caliz de su tosigo infernal. Al efecto aconsejó á Tarel, inclinase el ánimo de Servet á que pidiese la gracia de tener una entrevista con Calvino asegurándole que de su arrepentimiento y retractacion, dependia el que se le conmutase la pena en una muerte mas instantánea y menos aterradora. Pero como Servet era mas religioso que el hipócrita de su encarnizado enemigo, rehusó con indignacion y entereza tan viles proposiciones, lo cual ante los ojos de un tribunal justiciero debió haber significado lo bastante para la absolucion, ó cuando menos minoracion del castigo.

Acabemos lo mas antes posible una narracion histórica que despedaza el corazon y martiriza el alma mas estoica.

Amaneció por fin el último dia de su vida (el 27 de octubre de 1553) y Ginebra presenció uno de aquellos más atroces é inhumanos actos que pueden discurrirse hasta para martirizar las bestias. Servet, fué conducido á la hoguera en donde pereció á los 44 años de edad dejando á la posteridad consignado un horroroso hecho de inaudita venganza, y á la historia de la medicina española unas páginas del más triste recuerdo.

Consignemos, pues, para probar nuestro aserto las palabras relativas á la descripción que hace del paso de la sangre á través del corazon y los pulmones: son las que siguen.

«Ut autem intelligatur quomodo sanguis est ipsissima vita, prius cognoscenda est substantialis generatio ipsius vitalis spiritus, qui ex aere inspirato, et subtilissimo sanguine componitur, et nutritur. Vitalis spiritus in sinistro cordis ventriculo suam originem habet, juvenivus maxime pulmonibus ad ipsius perfectionem. Est spiritus tenuis, caloris vi elaboratus, flavo colore, ignea potentia, ut sit quasi ex puriore sanguine lucens vapor, substantiam continens aquæ, æris, et ignis. Generatur ex facta in pulmone commixtione inspirati æris cum elaborato subtili sanguine, quem dexter ventriculus sinistro communicat.

*Fit autem communicatio hæc,*

Mas para que se entienda de que modo es la sangre la mismísima vida, es preciso conocer de antemano la generacion sustancial del mismo espíritu vital.

....«El espíritu vital se compone y se nutre del aire inspirado y de una sangre sutilísima... Este espíritu es producido por la mezcla que se hace en los pulmones del aire inspirado con la sangre sutil elaborada que el ventriculo derecho del corazon comunica al izquierdo. Mas esta comunicacion *no se hace por el tabique intermedio, como vulgarmente se cree, sino que la sangre sutil es trasportada con grande artificio desde el ventriculo derecho del corazon, siguiendo un largo camino por los*

*non per parietem cordis medium, ut vulgo creditur; sed magno artificio á dextro cordis ventriculo, longo per pulmones ductus, agitur sanguis subtilis, á pulmonibus præparatur, flavus efficitur, et á vena arteriosa in arteriam venosam transfunditur: deinde in ipsa arteria venosa inspirato aeri miscetur, et expiratione á fuligine expurgatur. Atque ita tandem á sinistro cordis ventriculo totum mixtum per diastolem atrahitur, apta supellex, ut fiat spiritus vitalis.*

*Quod ita per pulmones fiat communicatio, et præparatio, docet conjunctio varia, et communicatio venæ arteriæ cum arteria venosa in pulmonibus.*

*Paullo infra: ille itaque spiritus vitalis á sinistro cordis ventriculo in arterias totius corporis deinde transfunditur; ita ut qui tenuior est, superiora petat, ubi magis elaboratur, præcipue in plexu retiformi sub basi cerebri situ, ubi ex vitali fieri incipit animalis, ad propriam rationalis animæ rationem accedens.»*

*(Servet, De Trinitate Divina, lib. v, in quo agitur de Spiritu Sancto, páginas 169 y 171.)*

*pulmones: es elaborada por los pulmones... y se trasfunde desde la vena arteriosa (hoy arteria pulmonar), á la arteria venosa (hoy equivalente á las venas pulmonares). Despues en la misma arteria venosa se mezcla con el aire inspirado, y por la espiracion se purifica del hollin que contiene. Y así, por último, toda la mezcla (de aire y sangre) es atraida por la diástole (dilatacion) al ventriculo izquierdo del corazon. Manifiestan que se hacen por los pulmones esta comunicacion y esta preparacion, las varias conjunciones y comunicaciones de la vena arteriosa con la arteria venosa en los pulmonos, etc... Por el mismo artificio con que se hace en el hígado la trasfusion desde la vena porta á la vena cava por la sangre, se hace tambien en el pulmon la trasfusion de la vena arteriosa á la arteria venosa por el espíritu...»*

*«Así que, aquel espíritu vital áespues se trasfunde desde el ventriculo izquierdo del corazon en las arterias de todo el cuerpo.»*

Así, el que es mas ténue, busca las partes superiores donde se elabora mejor, especialmente en el plexo retiforme situado bajo la base del cerebro, acercándose á la propia naturaleza del alma racional.

*(Servet, De la Trinidad divina en la cual se trata del Espíritu Santo. Pág. 169 y 171.)*

De esta esposicion aparece claramente que Miguel Servet conoció y descubrió mas de las tres cuartas partes de este círculo, cuyo descubrimiento reservaba la Providencia divina para la gloria del modestísimo y sapientísimo varon, el inmortal Guillermo Harvey.

Mas si la ciencia no debe á nuestros médicos de los siglos XV y XVI, el descubrimiento de la circulacion de la sangre, tal cual Harvey la describió; en cambio mucho á los esfuerzos de ingenio de una mujer incomparable la cual dió á conocer ó adivinó un suco nervio en los actos funcionales orgánicos y de la vida de relacion del hombre.

Esta es D.<sup>a</sup> Oliva Sabuco de Nantes Barrera, que nació en Alcazár, provincia de Albacete, hacia el año 1560. Nada se sabe de sus primeros años y ninguna noticia se tenía de su existencia hasta que publicó sus obras veinte y siete años despues, que por cierto sufrieron un minucioso espurgo de parte del Tribunal de la inquisicion. El título de la principal es:

NUEVA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE, NO CONOCIDA NI ALCANZADA DE LOS GRANDES FILÓSOFOS DE LA ANTIGUEDAD: QUE CONTIENE:

«*Coloquio del conocimiento de si mismo ó de la naturaleza del hombre.*»

*Tratado de la compostura del mundo como está.*

*De las cosas que mejoran este mundo y sus Repúblicas.*

*Diálogo de la vera medicina.*

*Dicta brevia circa naturam hominis est.*

*Vera philosophia de natura mistorum, hominis et mundi antiquis occultis»*

El título solo de la obra y la indicacion de su contenido hace pensar en que trató con suma claridad y energía y enlace, de cuestiones capitalísimas, y sin género de duda, trascendentales, de *Antropología, Cosmología y Política*. Entre las primeras hay una tratada por la ilustre escritora con brillantez, siglos antes que Ingleses y Franceses lo enseñaran. Su original pensamiento sobre la *esencia y caracteres* del fluido nervioso y su participacion ó influjo en la vida del hombre, ora bajo el punto de su actividad material, ora bajo el de su actividad moral y psicológica está sustentado con brio y con razones tan sólidas que poco ó nada nuevo han dicho los que posteriormente han tratado de admitir y estudiar las cualidades de este fluido.

Oliva se afana en esplicar y concertar en armónica relacion la vida del cuerpo con la del alma y satisfacer la curiosidad que á todos nos asalta por descubrir como llegan á la mente las nociones de los objetos físicos y de que modo espíritu y materia forman y componen un todo armónico y vario con identidad; sabedor de su origen, conocedor de su destino y, por tanto, libre, responsable, inteligente y probido.

Véanse aquí y en otros puntos de sus obras, no solo las bases de la fisiología moderna, sino el asunto capital de los estudios psicológicos tan controvertido hoy en academias y ateneos, y el influjo que en el desarrollo de estos fenómenos egerce el órgano cerebral. De buena gana copiaríamos algunos de sus diálogos para comprobar lo dicho, pero

sería algo fuera del propósito que nos hemos formado. Oliva dice que este órgano tiene como colgada el alma racional y sus acciones: que es la causa y oficina de los humores; de las sensaciones y movimientos; de la vida y la muerte; del hambre, de la sed, del gusto y de toda clase de recreación; de la concordia y discordia del alma, es decir, de la alegría y tristeza; y en la médula del mismo la animal, porque allí es el asiento y morada del ánima que ejecuta sus acciones mediante las especies que entran por cinco puertas que tiene y se asientan en el jugo y blandura del cerebro, mayor y menor, miembro apto este solo para las especies, el cual siente todas las sensibles y á sí mismo no se siente. . . El entendimiento, razon y voluntad, que es el ánima, tiene su asiento allí, sin estar situada en órgano corpóreo.

Mas claro aun se manifiesta el ingenio de nuestra docta escritora en el estudio que hace de nuestros instintos y afectos, pues que logró esponer un tratado nuevo y original de fisiología de las pasiones, de donde plagiaron á placer y sin escrúpulo Encic, Warton, Cole Charlepton y otros: tratado segun Morejón, muy superior atendido al tiempo, al que algunos siglos despues escribió Alibert sobre el mismo tema. En otros asuntos se ostenta atrevida, galana y docta la imaginación de D.<sup>a</sup> Oliva, que deja muy atras á muchos de nuestros contemporáneos, dando cabida á ideas grandes que no podian surtir en aquellos tiempos, aun con el carácter de vaga espontaneidad, sinó de talentos que salen de la comun esfera y poderosos á romper la tradición rutinaria, como consiguió nuestra doctora.

### CAPITULO III.

#### Higiene.

La higiene es otra rama de las mas descuidadas en la edad media. Los gobiernos atentos preferentemente á mantener y estender su dominación se cuidaron poco en preparar medidas concernientes á la salud pública. En las mismas capitales de los Estados europeos no se tomaba precaucion alguna, no se publicaba ningun reglamento para mantener limpias las calles y las casas, la libre circulacion del aire y las personas, la venta de buenos alimentos, la propagacion de hábitos higiénicos. Los fundadores de hospitales, hospicios ó monasterios no lo hacian impulsados por un deseo de mejoras sociales, sinó por un sentimiento de caridad cristiana ó por temor del infierno. Nada habia previsto tampoco

en los establecimientos de instruccion para ver de alcanzar el perfeccionamiento físico del hombre, no se concedia á la salud de los discipulos mas que cuidados los mas urgentes y vulgares. Era una opinion general y casi un artículo de fé que la mortificacion del cuerpo, era el medio mejor de desarrollar la inteligencia y aumentar el predominio del alma. Los estatutos de la mayor parte de las órdenes religiosas no tenian otro objeto. El clero colocado á la cabeza de la enseñanza y de las profesiones liberales, estaba profundamente imbuido en esta preocupacion, lo que esplica su indiferencia por la educacion física de la juventud. Durante muchos siglos no se conoció otro código de higiene que las máximas dietéticas de la Escuela de Salerno, cuya gran reputacion nada hay que justifique.

Al renacimiento de las letras la atencion de los médicos se dirijió con frecuencia al estudio de los medios de conservar la salud y prevenir las enfermedades. Pero no hicieron mas que compilar con mas ó menos tino las indicaciones de los antiguos acerca de este objeto. El primer escrito original sobre esta materia en la segunda mitad del siglo XV, pertenece á un hombre extraño á las nociones de la medicina.

\*Aquí antes de la época que se cita y que parece considerarse como el momento de aparecer esta rama del arte se cultivó la higiene á la par que la anatomía y la fisiología y apenas hay un escritor que no trate en sus obras de no dar reglas para la conservacion de la salud, aun cuando no fuera aqueste el objeto primordial de sus escritos. Alfonso Chirino, Francisco Lopez de Villalobos y el Bachiller Cibdarreal en el siglo XV, sentaron preceptos higiénicos que hoy día puedan servir de norma á los que se dedican á propagarlos. El primero en su libro *Menos daño en medicina*, se dedica á estudiar la índole de los agentes que por su accion pueden modificar el modo de ser y comportarse de los órganos, empezando por los del aparato digestivo y concluyendo por los del centro de percepcion, sin olvidar en este largo catálogo los baños, la perniciosa influencia de las aguas corrompidas y sus emanaciones: el segundo se empeña en hacer ver lo perjudicial que es el uso de la Venus á la senectud en los siguientes versos:

Y por qué nunca escarmienta  
un viejo cano arrugado?  
Por qué anda enamorado  
faltándole la herramienta?

Por qué se casa de gana  
 un viejo con mil dolores  
 y que sufra sus hedores  
 una moza limpia y sana?  
 Cuando refrenar presume  
 el vicio que es del demonio,  
 por consumir matrimonio  
 su misma vida consume.

Y el tercero dice en su epístola duodécima que «la sobriedad ó la quietud de ánimo llevan la causa de la correccion, y que las reglas del buen vivir son mas sábias que las de Avicena.» En el siguiente (XVI) cuenta nuestra literatura con tratados como el de Alfonso Lopez, (de Corella) de Pedro de Cartagena, (de Sagunto) de Luis Lovera, (de Avila) de Juan Valverde, (de Amusco) de Bartolomé Morales y otros muchos, pero principalmente de el de Blas Alvarez de Mirabal, del cual, segun el historiador Morejon, podria sacarse un compendio de higiene fisica y moral de lo mejor que se hubiera publicado.

La higiene pública, tampoco olvidada por nuestros compatriotas. Ellos instalaron por vez primera en la isla de Mallorca (1471) las primeras morberias ó *cuarentenas*, para librarse de las pestes que por entonces afligian á diversos puntos de la isla, nombrando, al efecto, una junta de salubridad compuesta de cinco individuos, uno de cada clase social mas afecta á estas precauciones sanitarias, entre ellas un médico y un cirujano. Ellos mejoraron las disposiciones higiénicas que regian en los establecimientos de mancebias que un siglo despues se convirtieron en un reglamento para la buena gobernacion de sus repúblicas. En estos se mandó que se diera á las mujeres que á ellos acudiesen cuanto necesitasen, pero prohibiendo su entrada sin ser antes reconocidas por los profesores para saber cual era su estado de salud, especialmente si tenian bubas, multando al facultativo en el caso de ordenar se las admitiese en este estado. (1) Tambien se arrancó por enton-

(1) En las ordenanzas de Salamanca, título XXXV, del libro V que trata de, *oficios médicos*, se lee lo que sigue relativo á mancebias:

«El padre de la mancebia sea nombrado por el Consistorio desta Ciudad, y jure que guardará las ordenanzas della, y no pueda alquilar á mujer alguna ropa de cama, ni quedar por fiador della, ni de cosa que compen, pena la primera vez mil maravedis, y las ropas de que fuere fiador se repartan entre cámara, juez y denunciador, y la segunda la pena doblada, y doscientos açotes, y destierro desta Ciudad, por quatro años, y la misma pena á cualesquier personas que alquilaren, ó fiaren, ó quedaren por fiadores de lo sobre dicho, por las dichas mujeres, ni pueda recibir mujer alguna en empeño sobre su cuepo, aunque ella lo consienta, y diga quien es para curarse, ó otra necesidad. Pena la primera vez dos mil maravedis, y perdido lo que ansi prestare, y segunda la pena doblada, aplicada, como dicho es, y mas cien açotes, y diez años de destierro.

ces de manos del Clero la direccion de los numerosos establecimientos destinados á la curacion de la lepra, poniendo en otras mas inteligentes su gobierno. Al efecto fueron nombrados (3 de Marzo de 1477) para este objeto médicos que se llamaban *Alcaldes* de este mal, los cuales tomaron precauciones para impedir su propagacion, tal cual desgraciadamente acontecia en aquellos dias de supersticion é ignorancia. \*

Luis Cornaro, noble veneciano es el autor del libro publicado en la primera mitad del siglo que estudiamos. Delicado siempre, habia pasado hasta los treinta y cinco años con bastantes penalidades, mas desde entonces se agravaron considerablemente sus indisposiciones. Tenia dolores de estómago y de costado, sin apetito, ataques de gota cada vez mas frecuentes, sed inestinguible y fiebre lenta y continua. Durante cinco años consecutivos hizo uso de un gran número de remedios, pero sin obtener alivio alguno; al contrario, cada dia empeoraba mas y no tenia otra cosa en perspectiva que la muerte precedida de largos sufrimientos. En fin, los médicos le dijeron que no tenia otro recurso, si que-

Cualquiera mujer pueda salir de su mal estado, no embargante que sobre si deba dineros, y no pueda ser detenida por ellos.

Los dichos padres de la casa publica no vendan, ni den á las dichas mugeres, ni á otra persona dentro, ó fuera de la dicha casa cosa alguna de comer pena de seiscientos maravedis por la primera vez aplicado como dicho es, y seis dias de carcel, y por la segunda la pena doblada, y dos años de destierro.

Hayá cirujano que cada ocho dias visite, y mire las dichas mugeres: y las que no hallare sanas de cuenta dellas á los diputados del Consistorio, para que las embien á los Espitales.

El dicho padre de mançebia no reciba muger que no esté visitada por el cirujano, ni consientan muger enferma, y en estándolo alguna den cuenta á los dichos diputados, para que hagan lo que conuenga pena la primera vez mil maravedis repa tidos como dicho es, y mas treynta dias de carcel, y la segunda vez pena doblada. Por todo el aparejo que les alique, que es cama de dos colchones, y una sabana, y dos almoadas, y una marra, yolica, silla, candil, estera, y lo demas, lleuen de alquiler vn real cada dia, y no mas so la dicha pena.

Las voticas, y tiendas de la dicha mançebia guarden lo sobre dicho.

Del Consistorio se nombren dos Diputados de quatro en quatro meses, y no salgan juntos, sino alternatim, y den cuenta en él de lo que se deua remediar.

En dias de Fiesta, Quaresma, quatro temporas, y vigilia, no esten las dichas mugeres ganando en la dicha mançebia, pena de cien açotes, y el dicho padre no las consienta so la dicha pena.

Las dichas mugeres traygan mantillas amarillas, cortas sobre las suyas,..... (Era costumbre adornar esas sayas y sobrasayas de color amarillo, que fácilmente se tornaba pardo, con festones y picos de caprichosa variedad. De ahí la frase de *irse, ó andar, á picos pardos*)..... y no otro auito pena de perdido, y mas trescientos maravedis, aplicado en la forma dicha.

En dando la oracion luego antes que anochezca se recojan las dichas mugeres á la dicha casa, y en ella estén toda la noche sin salir á otra parte alguna, pena de cien açotes, y el dicho padre lo haga cumplir así so la dicha pena.

No reciba en la dicha mançebia mugeres cassadas, ni que tengn padres en esta Ciudad, ni mulatas, ni para que seiban en las dichas mançebias, pena de mil maravedis por cada vna, y mas diez dias de carcel.

Hayá tabla de lo sobredicho en los lugares y partes de la dicha mançebia, y los padres della la tengan pena de dos mil maruedis, y ocho dias de carcel.

Los criados de los luezes no tengan mugeres en la dicha mançebia, pena la primera vez cien açotes, y quatro años de galeras, y la segunda los açotes doblados, y galeras perpetuas, y si el luez á quien si uiera fuere sabidor dello, y lo consintiere sea priuado de officio Real, y pague cien mil maravedis aplicados Camara, luez y denunciador. >

Todo esto mandó el rei Felipe II que se guardara y cumpliera en Castilla, en 13 de Marzo de 1570, por ante Ioan Galló de Andrada, Escribano de Camara. >

ria salvarse, que renunciar á sus hábitos de intemperancia y adoptar un régimen de vida enteramente sóbrio, el cual no debiera nunca abandonar, Cornaro tomó una resolución firme y la cumplió. Se dedicó al instante á estudiar las diversas especies de alimentos que convenian á su estómago y la cantidad que debiera tomar para que no le hicieran daño. Despues de algunos tanteos, se fijó en la cantidad que debiera tomar: doce onzas de alimento sólido, compuesto de pan, yemas de huevo, carne, pescado etc.: catorce de líquido. Por las mañanas hacia pesar su racion de todo el dia. Este régimen le probó tambien que, al cabo de un año se puso bueno, pues recobró el apetito, la alegría, el buen humor, la aptitud para el estudio y trabajos corporales. Despues vivió sin molestia hasta la edad de cien años.

Toda la vida de Cornaro nos ofrece un ejemplo extraordinario de los efectos de la sobriedad; pero he aquí un rasgo que pone de manifiesto el poder del hábito: á la edad de setenta y ocho años, vencido por los ruegos de sus amigos y parientes para que abandonara algun tanto el rigorismo de su régimen, consintió en añadir dos onzas de alimento sólido y otras dos de líquido á las doce que tomaba: pues bien, su estómago se alteró al momento, perdió el apetito, el buen humor, en fin, cayó gravemente enfermo, próximo á morir, durante treinta dias, y no se restableció hasta que no adoptó su antiguo régimen. En su discurso sobre las ventajas de la sobriedad, goza con enumerar los felices efectos que ha obtenido con su manera de vivir. Refiere que á los ochenta y tres años compuso una comedia llena de *honestas y delicadas galanterias* y escrita con bastante *vis cómica*. A esta edad montaba bien á caballo, subia solo y sin agitarse las cuestras mas elevadas y conservaba siempre su buen humor. A rudas pruebas estuvo sujeto en su ancjanidad, de las cuales se libró con honor, gracias á la feliz disposicion de cuerpo y espiritu que su régimen le habia deparado. En una ocasion, entre otras, tuvo que sostener un proceso terrible que ocasionó la muerte á su hermano, pero su salud no se alteró ni se quebrantó su energía, y de todo salió victorioso. A pesar de esto, el entusiasmo del prudente anciano no le hace creer que el mismo régimen conviene á todo el mundo, solo asegura que si los hombres no traspasasen nunca el limite de la necesidad en el comer y beber, evitarian un gran número de afecciones y prolongarian su vida mas allá del término en que acostumbra á extinguirse. (4)

(1) *De la sobriedad y sus ventajas*. Traducción nueva de Lesio y de Cornaro por M. de la Bonardiere. Paris 1701.

«La historia de Cornaro, dicen Hallé y Nysten, puede ser colocada en el número de las más bellas experiencias que se hayan hecho en higiene y por consecuencia que mas hayan contribuido á fijar y hacer adelantar los principios del arte. (1)»

Nada diré de la memoria del jesuita Lesio sobre lo mismo, porque no es mas que una parafrasis del discurso de Cornaro: pero aquí debo mencionar el tratado de la *Gimnástica* de Gerónimo Mercurial. Esta obra, cuyo mérito literario he apreciado ya, no encierra ninguna noción nueva, es verdad: pero llama la atención de los médicos y del vulgo sobre los medios higiénicos despues de tanto tiempo abandonados y olvidados, y debe por consecuencia contribuir á la restauracion de la higiene.

#### CAPITULO IV.

### Patología general.

Estudiado ya el hombre en el estado normal, vamos á hacerlo lo mismo cuando está enfermo. La patología y la terapéutica serán las dos ramas que nos corresponde estudiar, las que dividiremos antes, en internas y esternas. Por irregular que parezca esta division, estamos obligados á conformarnos con ella, pues así lo hacen todos los escritores de este periodo. La patología presenta un campo tan dilatado y tan variable que es imposible establecer una clasificacion perfecta y por eso es preciso contentarse con la que parezca mas exacta. No olvidemos que una clasificacion, por viciosa que sea, es mejor que ninguna; porque esta falta es el caos, es la negacion de toda idea general, de toda ciencia. La division de las enfermedades en agudas y crónicas subsistió antes y subsiste en la actualidad, marchan juntas en todos los libros de patología, se considera el estado agudo y crónico como dos formas de la misma entidad morbosa, no como dos especies distintas. La etiología de este periodo fué tratada con mucha sutileza conforme á la doctrina peripatética, así que la dejamos para cuando hablemos de los sistemas. En fin, veremos echar en este siglo los primeros fundamentos de la *anatomía patológica*, nueva rama del arte destinada á adquirir una importancia capital en los tiempos modernos. (2)

(1) *Diccionario de ciencias médicas* en 60 volúmenes. Palabra Higiene.

(2) De los muchos escritos de patología publicados en aquella época en España solo tres merecen especial mención por ocuparse de asuntos referentes á lo que consideramos como dominio de la general. Son la titulada *Aggregatio de causis quarundam aegritudinum per modum summae*, de Gabriel Tarrega; de *Contagione*, de Juan Bravo y los comentarios á algunos libros de Galeno por Fernando de Mena y Francisco Valles.

## CAPITULO V.

**Patologia interna.**

## §. I. SEMEYOTICA.

Despues de Galeno, hizo pocos adelantos esta rama de la patologia, y poco añadieron tambien los árabes, escepto en algo que concierne á las fiebres eruptivas. Los médicos de la edad media no hicieron mas que copiarse los unos á los otros. En el renacimiento de las ciencias se ocuparon algunos en reunir los descubrimientos de los siglos anteriores, de sacarlos del olvido en que habian caido la mayor parte, de aclararlos y ponerlos en orden. Se hizo, para valernos de las palabras de Guy de Chauliac, el inventario de los conocimientos antiguos. Efectivamente, esto fué lo mejor que pudo hacerse entonces: antes de innovar y reformar, era preciso saber lo que existía para estar de este modo al corriente del estado de la ciencia.

Los sabios del siglo XV y XVI se dedicaron á este género de investigaciones y si no hicieron muchos descubrimientos, prepararon el camino para sus sucesores, rejuveneciendo las invenciones antiguas caidas en desuso. Los escritos de Valesio, Próspero Alpino, Lomio, Tomas Fyems y sobre todo de Fernel contribuyeron á ilustrar la semeyotica. Este ultimo ha hecho en el segundo y tercer libro de su *patologia* un resumen muy claro de las nociones é ideas de que se componía la ciencia de los signos entre los antiguos. Define primero el signo y síntoma, la manera de distinguirlos, despues describe los signos de las diversas especies de pletora, como la sanguínea, la biliosa, la melancólica, la pituitosa y la acuosa y consagra enseguida todo el tercer libro al exámen del pulso y de las orinas. En él se vé que la sfigmologia y la uroscopia forman la base de todas las indicaciones; no se presta á agrupar los síntomas para formar una enfermedad segun el método sintético de Hipócrates en su libro del *Pronóstico*, sinó que examina cada signo por separado, le descompone, se empeña en buscar la verdadera causa del mal á fin de establecer la medicacion, método que seguian Aristóteles y Galeno.

Fernel dice que el pulso y la orina suministran los datos mas seguros para conocer la gravedad de las enfermedades, (1) el primero

---

(1) *Patologia* lib. III cap. I.

dando á conocer el estado del corazon y de las arterias, la segunda poniendo de manifiesto el estado del hígado y las venas, porque estos órganos dominan toda la economía. El pulso demuestra con claridad la energía que goza la fuerza vital, así como todo el cuerpo. La orina, la de las cualidades de los humores, el estado del hígado, y nos ilustra acerca de las enfermedades que de ellos se derivan, pero muy poco en cuanto al vigor de los movimientos vitales y de las fuerzas. Todo el libro tercero no se ocupa mas que del desarrollo de la proposicion que se acaba de leer, es decir, la esposicion de la teoría del pulso y de las orinas.

### §. II. ANATOMIA PATOLÓGICA.

A la conclusion del periodo que estudiamos, la patología se se enriqueció con una nueva rama, destinada á arrojar gran luz sobre el diagnóstico de las enfermedades, rama que establece además una linea divisoria entre la medicina antigua y la moderna. La idea de estudiar las señales tangibles que la enfermedad deja sobre nuestros órganos despues de la muerte, comenzó á germinar en el cerebro de los médicos al concluir el siglo XV. Antonio Benivieni, profesor en Florencia parece haber sido el primero, ó cuando menos, uno de los primeros que comprendieron todo el partido que puede sacarse de la abertura de los cadáveres hechas con el objeto de comprobar el sitio y causa de las enfermedades.

Mr. Malgaine ocupándose de este profesor se espresa de esta manera: «Un elogio que debe hacérsele sin reserva, que no debe compartir con nadie y que no se le habia hecho hasta nuestros dias, que los historiadores de la cirujia han registrado á la ligera en sus preciosos orígenes es que; es el primero en quien ya llegó á ser un hábito, una necesidad y que ha dado un sutil ejemplo á sus sucesores, de investigar en el cadáver, según el título de su libro, las *Causas ocultas* de las enfermedades (1). Benivieni no se limitaba á abrir sus propios enfermos, buscaba ocasiones de hacer autopsias con el mismo ardor que podría tener en ello un anatómico moderno; en fin, exploraba hasta los cadáveres de los ahorcados, sin la esperanza de poder referir las lesiones á los síntomas que él habia podido observar, es verdad; pero pensaron siempre en encontrar en el cadáver algo, y dirigiendo entonces sus

(1) De algunas causas ocultas y dignas de tener en consideracion de las enfermedades y su curacion, obra impresa despues de la muerte de Benivieni por su hermano Jerónimo. Florencia, 1507.

investigaciones en provecho de la anatomía descriptiva y de la fisiología (1).

Después de este, uno de los que manifestaron más interés por las investigaciones cadavéricas, fué Bartolomé Eustaquio. Se le deben observaciones preciosas sobre la estructura, las funciones y las enfermedades de los riñones y sobre otras diversas materias; fué también uno de los primeros en los tiempos modernos que intentó ilustrar la anatomía y fisiología del hombre por la comparación de sus partes con las de los animales.

Después de Eustaquio, Remberto Dodoens y Marcelo Donato son los que más se distinguen en el cultivo de esta rama de la ciencia. He aquí como refuta este último la preocupación que se oponía en su tiempo en muchas partes á la abertura de los cadáveres. «No conocen lo mal que obran los que se oponen á las autopsias. Cuando la causa de una enfermedad es oscura, el oponerse hacer la disección de un cadáver que vá á ser pronto pasto de los gusanos, no hacen bien alguno á esta masa inanimada y causan grave daño á los vivos, porque impiden que los médicos adquieran un conocimiento que hubiera sido de una grande utilidad para el tratamiento de individuos acometidos de una afección semejante. No merecen perdon aquellos profesores perezosos ó melindrosos, que por temor al mal olor de los cadáveres olvidan las disecciones, queriendo mejor permanecer en la más completa ignorancia que escudriñar con algún trabajo la verdad, sin tener en cuenta que obrando así, se hacen culpables para con Dios, para consigo mismos y para con la sociedad entera. (2) »

\* Prescindamos de los estudios hechos por los médicos del monasterio de Guadalupe, por el colegio de profesores de San Cosme y San Damian de Zaragoza en virtud del privilegio que se les otorgó; por los mismos de Barcelona que siguieron el ejemplo, y detengámonos en los esfuerzos hechos por Juan Tomás Porcel, discípulo del Dr. Alderete, catedrático de *Prima* de la Universidad de Salamanca para ver de encontrar la relación de lo que vió en los muertos de la peste bubónica de Zaragoza el año 1564, con los síntomas que presentaron durante la vida. Este profesor á instancia de los Jurados de dicha ciudad fué el primero que se atrevió á interrogar al cadáver el porqué de lo que sucedía mientras el padecimiento y consignó en un libro, titulado: *Información y curación de la peste en Zaragoza y preservación de la*

(1) Introducción á las obras de Paracelsus, pág. 119.

(2) Marcelo Donato, *De la historia médica*, lib. VI.

*peste en general*, cuanto anormal pudo observar en cinco autopsias que hizo, todo para conocer el origen del mal, porque «*una vez conocido, dice, se pudiese aplicar los remedios adecuados*». Muchos después siguieron en España su ejemplo, aun cuando no tantos como fuera de desear.\* A pesar de esto la anatomía patológica no tomó una extensión considerable en este periodo. Pocos la cultivaron con asiduidad y el conjunto de los datos que atesoraron no constituye todavía los elementos de una doctrina; pero sus esfuerzos merecen la atención del historiador como indicando una tendencia nueva que forma época en la historia.

### §. III. NOSOGRAFIA.

El mejor tratado de patología que se publicó en aquel periodo, pues llegó á ser clásico en Europa, es el de Fernel. Es, en efecto, el resumen mejor y mas completo de las doctrinas galénico-arabicas que se enseñaban exclusivamente entonces en las escuelas. Se puede, leyendo este libro, venir en conocimiento del estado de la ciencia de aquel tiempo y de la manera como consideraban las enfermedades. Por esto merece que hagamos un corto análisis de él.

Fernel ha encerrado toda la patología en siete libros; los tres primeros tratan de las generalidades mas abtrusas, como la esencia de las enfermedades, sus causas, sus sintomas y sus signos. Explica cada cosa de estas con mucha minuciosidad y traza las reglas, que él cree infalibles para llegar á su conocimiento en todos los casos. Las materias contenidas en estos tres libros abrazan todas las cuestiones relativas á la etiología y á la semeyotica, ellas forman como un tratado de patología general.

En los cuatro últimos describe y clasifica cada enfermedad por separado; es su nosografía propiamente dicha. Las divide en generales ó de asiento indeterminado (*morbi incerte sedis*) y en particulares ó que residen en una parte ó en un órgano exclusivamente. En las primeras, las generales, comprende solo las fiebres; que divide en tres géneros, á saber, el *simple*, el *pútrido* y el *pestitencial*; cada uno de estos se subdivide en un pequeño número de especies ó tipos, para cuya descripción consagra el cuarto libro.

Las segundas, las especiales; las divide tambien en tres órdenes: 1.º, enfermedades que afectan una parte situada por cima del diafragma: 2.º, enfermedades que afectan una parte situada por debajo del diafragma: 3.º en fin, enfermedades esternas ó quirúrgicas.

La descripción de *especies morbosas* comprendidas en estos tres ordenes ocupa los tres últimos libros; es decir, el V, VI y VII.

Apesar de sus defectos, esta clasificación que acabamos de esponer, era muy superior á todas las que la precedieron, era mucho mas clara y precisa que ellas, cualidad esencial en un trabajo de este género. Considerada bajo el punto de vista de la ciencia actual, abraza sin esfuerzo todas las alteraciones de la salud. Semejante division de las enfermedades podria bastar en aquel tiempo, pero hoy es muy defectuosa á causa de lo mucho que ha progresado la ciencia. Yo no me detendré en señalar sus defectos, lo haré tan solo de uno demasiado grave y que el autor habria podido y debido evitar.

La condicion capital de toda nosografía es la de hacer la mas exacta descripción de las especies morbosas; de trazar los caracteres de cada una de ellas, de tal modo que ningun médico pueda confundir una con otra.

Ahora bien, el libro del nosólogo francés adolece de este defecto, sus descripciones son incompletas, muy cortas, á veces nulas. No menciona las fiebres eruptivas, como tampoco otras muchas afecciones nuevamente observadas, como el escorbuto, la coqueluche, la rafania ó convulsion cereal etc. Solo nombró la sífilis entre las afecciones nuevas y de ella hace una pintura bastante exácta, pero sucinta. En cuanto á las enfermedades de antiguo conocidas, en lugar de tomar por modelo los cuadros de Aretéo, Celio Aureliano y Alejandro de Tralles, adopta con bastante servilísimo las ideas y el método de Galeno. Mas las descripciones que dá son algo inferiores en mérito que las de los autores que acabamos de citar, como cualquiera puede juzgar por la siguiente:

«La pulmonía, dice Fernel, es una fleemasia del pulmon, la que participa unas veces de la forma flemonosa y otras de la erisipelatosa. El enfermo respira con gran dificultad, sus megillas toman un tinte rosado vivo, los ojos parece que los tiene hinchados y salientes. Si la inflamacion es flemonosa, el paciente espulta sangre, segun dicho de Hipócrates, á menos que no sea estremada la crudeza de la materia. Si siente al mismo tiempo una opresion en los hipocondrios y en todo el pecho, y un gran peso tras del esternon y en la espalda. A pesar de estos síntomas tan graves, la fiebre es mediana. Cuando la inflamacion es erisipelatosa, arroja el acometido con la tos espultos amarillos mezclados con un poco de sangre, la opresion del pecho y el peso son menores, pero la fiebre es mas alta.

Estas dos formas de pulmonía aparecen, unas veces primitivamente,

otras secundariamente, despues de una angina ó de una pleuresia, cuando el humor se dirige de repente de la garganta ó del costado. Segun Hipócrates la pulmonía que procede de un lado es mala, porque si en una pleuresia violenta cesa de repente ó disminuye considerablemente de igual modo el dolor, lo ordinario es que haya hecho metastasis al pulmon, y de ahí que aumenten la tos y la sofocacion y se declare una pulmonía, en la cual espute el enfermo sangre, capaz de matar á casi todos los que la sufran. Cuando la pulmonía es primitiva, es decir, que no depende de otra afeccion, es producida por una sangre ténue y biliosa que el ventrículo derecho del corazon lanza con violencia y en demasiada cantidad en los pulmones. Entonces la sangre, no solo llena las venas y arterias del órgano, sinó tambien el mismo parenquima, le distiende mucho, allí se condensa y se pudre dando origen á la inflamacion, que no está limitada como en otras circunstancias, sinó estendida por toda la viscera. No obstante, la verdadera pulmonía es en estremo rara. Hipócrates la atribuye á la embriaguéz, al uso de carnes de pescado cuya pastosidad es contraria á la naturaleza del hombre, como el sargo y la anguila, á la costumbre de comer mucha carne y al cambio de aguas. Algunas veces cae en abundancia un humor acre y ténue al pulmon y provoca calor y la fiebre.

Muchos dan el nombre de pulmonía á esta especie de afeccion en la cual la tós, la disnea y la fiebre consumen al enfermo sin ulcerar el pulmon y sin espectorar sangre. Si á esto se llama pulmonía, preciso es convenir que difiere mucho de la pulmonía legitima por la naturaleza de la causa y por la gravedad de los sintomas. (1)»

Como se vé, este cuadro es inferior al que Areteo ha trazado de la misma enfermedad y que hemos referido en la pág. 178.

A últimos del siglo XVI y principios del XVII Felix Platero, médico suizo que ejercía la profesion en Bale, publicó un compendio de medicina en el cual clasifica las enfermedades de un modo nuevo, hasta entonces desconocido. (2) En el primer lugar coloca las lesiones funcionales, que las divide en lesiones del sentimiento y lesiones del movimiento; en segundo los dolores, de los cuales solo admite un solo género; en fin, trata de los vicios, que él divide en vicios del cuerpo y vicios de las escreciones. Esta es una clasificacion nueva pero llena de defectos, la cual no debemos despreciar, porque es el primer paso en un camino

(1) Fernel, *Patologia*, Lib. V. Cáp. X.

(2) *Tratado del diagnóstico y curacion de las enfermedades que incomodan al hombre*. Basile, 1602, 3 vol. en 8.º

en donde empieza una nueva era para la nosografía. El autor no clasifica las enfermedades segun el estado presunto del interior del cuerpo, es decir, segun los fenómenos íntimos que se cumplen ó tienen que cumplirse en la profundidad de los órganos, sinó segun el conjunto de sus síntomas aparentes.

\*La doctrina griega representada por Hipócrates con todos los conocimientos de que la ciencia médica disponia entonces, fué la aceptada por nuestros médicos del siglo que estudiamos, porque era la que mas garantía proporcionaba en la práctica, la que con mas desembarazo podia oponerse á las ambiciones de los sistemas adormecidos, pero prontos á despertar y ocasionar muchos obstáculos á la marcha general de todas las ramas del arte. El estudio profundo que hicieron de los preceptos consignados en las obras del médico de Cóos, la ampliacion que los dieron, la perfecta armonia en que los colocaron por consecuencia de los progresos incesantes debidos á escuelas y médicos anteriores hizo brotar de su mente nuevas ideas que hoy sirven todavía de mucho á grandes elucubraciones. Modificaron la teoría hipocrática sobre las fiebres, combatieron las doctrinas galénicas y árabes sobre lo mismo, anunciando nuevos puntos de vista para la consideracion y estudio de estas enfermedades, como tambien para su terapéutica. Pereira dijo de ellas lo que llevamos consignado en la página 326. Doña Oliva anunció otra teoría para explicarlas diciendo que *el humor linfático que desciende del cerebro bajaba al corazon y le difundia por todo el cuerpo produciendo la fiebre* y otros muchos en días mas inmediatos á nosotros se ocuparon del mismo asunto emitiendo proposiciones que pasan para muchos, como inventiva de los extranjeros.

Pedro Mercado se atrevió á hacer una clasificacion de enfermedades, admitiendo, como Fernel; unas que no tenian por entonces asiento determinado y que formaban la primera clase, las fiebres: á las cuales las dividió tambien en cinco géneros, *el transitorio, el simple, el pútrido, el pestilente y el compuesto*, dividiendo despues cada uno de estos en especies caracterizadas por la naturaleza de los elementos predominantes. Hizo una descripcion exácta de lo que hoy llamamos calentura tifoidea, conocida entonces con el nombre de *tabardillo*; tarea en que tomaron parte Luis de Toro, Alonso Torres, Alfonso Lopez (de Corrella) Luis Mercado, Juan de Carmona, Francisco Perez, Pedro Baez, Miguel Martínez de Leiva, Nicolás Bocangelino y otros muchos y con tal tino que en tiempos posteriores y hasta en nuestros días no se ha hecho mas que reproducir lo dicho por todos estos y seguir

sus ideas terapéuticas. Pero en donde mas brillaron nuestros médicos fué en el conocimiento y descripción del garrotillo, de la peste y de las intermitentes reputadas hasta entonces como benignas, apoyados en el axioma hipocrático: *Febres quomodo cumque intermiserint, bonum*. Hasta entonces se habia considerado infalible y como tal, incapaz de poderse contradecir este axioma; mas la atenta observacion de nuestros compatriotas, en particular la de Luis Mercado vino á echar abajo lo consignado por el médico griego y á establecer otra doctrina mas conforme con la verdad práctica. Este eminente profesor probó con los hechos que todos los dias se repetian, que las intermitentes podrian ser lo mismo *malignas* que *benignas* y que en el primer caso compromedian casi siempre la vida de los enfermos: verdad que han confirmado los prácticos, que han sancionado los siglos. Mercado, como todos los innovadores, trató darse una explicacion del como se verificaba ó desarrollaba la perniciosidad en tales calenturas y acudió á culpar á los humores de esta fatal disposicion que acababa rápidamente con la vida de los enfermos, pero nada provechoso consiguió. No sucedió lo mismo con la descripción de los accidentes que las hacen perniciosas, pues con solo verlos una vez y compararlos con lo que dijo, se viene en conocimiento del extraordinario talento clínico del Catedrático de Valladolid. Renunciamos á citar los signos que él espone, porque cada uno puede verlos en sus obras ó en las que hoy sirven para el estudio de la patologia interna.

Así como este estudió y describió todos estos fenómenos que modificaban las ideas habidas en cuanto á la gravedad de estas fiebres, otros muchos antes que él, trataron de buscar la causa que los sostenia; el porqué y como de su intermitencia, y los medios mas á propósito para curarlas. Tales fueron el maestro Chirino y Francisco Lopez de Villalobos. El primero dijo que la mayor parte de las veces, especialmente las cuartanas, estaban sostenidas por *pasion del bazo* «que la purga es la obra de mas *dubda* y de mayor peligro en su curacion» y otros preceptos encaminados á poner de manifiesto sus recelos é inquietudes en cuanto á estas fiebres. El segundo plantea en el metro 1.º de su tratado 3.º el siguiente problema fisiológico-patológico para ver de averiguar el porqué viene y porque intermite el mal de la manera que lo hace, problema que aun hoy, que la ciencia parece pretender decir la última palabra, no ha sido resuelto; y es probable que continuemos en la misma ignorancia por la imposibilidad de llegar á conocer el mecanismo de la propia causa productora de estos fenómenos que

para nuestros sentidos parece que intermitea, pero que en realidad no debe suceder así.

¿Por qué viene la terciana sencilla al tercero dia:

y responde la cuartana al cuarto con gran porfía?

Y en la huelga ya quitada do se fué? do se escondió?

y después cuando volvió quién la mostró la posada?

El garrotillo que entonces reinó en algunas localidades de una manera epidémica fué objeto de especiales tratados de parte de célebres médicos españoles de los siglos XV y XVI. Descrito fué por ellos con tanta exactitud y claridad que nos es de estrañar sirviesen de guia sus descripciones á cuantos posteriormente han intentado reseñar alguna otra epidemia acaecida hasta en nuestros dias. Nada olvidaron de cuanto ostensiblemente puede apreciarse en un mal tan grave, y nada tampoco de cuanto pudiera ilustrar el diagnóstico, la anatomía patológica; parte importante en la historia de un mal hasta entonces no descrito con fidelidad.

Miguel Martinez de Leiva, Cristóbal Perez de Herrera y Alonso Nuñez fueron los primeros que llamaron la atencion de una epidemia de *esquinancias gangrenosas* ò *garrotillo* en escritos que todavia merecen respeto profundo á todo práctico ilustrado: siguiendo su ejemplo Luis Mercado que estudia esta misma dolencia en la consulta 24.<sup>a</sup> Este primer aviso de parte de los médicos citados sirvió para que otros estudiaran el mismo mal cinco años despues, segun atestigua el Dr. Villarreal en su preciosa obra sobre el mismo asunto. Disputas serias produjo este estudio por los primeros años del siglo siguiente, las cuales terminaron con la publicacion de escritos llenos de juicios distintos, sin valor algunos, altamente notables otros. Tal fué el publicado en Plasencia por el Dr. Alonso Nuñez, médico del obispo de la Diócesis en que firma y fecha el libro, Siguiéron á Nuñez, los Dr.<sup>s</sup> Gonzalez de Sepúlveda, Perez Cascales, Juan Alonso de los Ruizes Fontecha, Juan de Villarreal, Juan de Soto y otros muchos que comentaron lo dicho por los primeros observadores y ampliaron los datos que bajo una forma semiaforística espusieron.

De todos los escritos publicados en aquellos siglos, los de los dos

últimos autores citados son los que encierran mas bellezas, mas originalidad en sus juicios, mas orden y criterio mas elevado para resolver las cuestiones que entraña una dolencia que segaba en flor un gran número de existencias. El Dr. Villarreal se ocupa en el capítulo I de su obra, pág. 4 del nombre de la enfermedad, y despues de consignar las muchas dificultades que se oponian sobre este punto, se decide por la denominacion de *garrotillo* en atencion que aconteca á los niños que mueren de este mal una cosa parecida á lo que con la cuerda á los ajusticiados en la horca. En el capítulo II, página 48 marca los caracteres de esta enfermedad de una manera desconocida hasta él, diciendo «*que la caracteriza la presencia de una costra blanca ó declinando a lívida en la garganta, de consistencia de pergamino, que constriñe ésta é impide la entrada del aire, elastica en alto grado*», caracteres que dice ha podido observar, no solo en los pedazos que los enfermos arrojaban, sino en los que él recogió en las autopsias que hizo. El capítulo 5.º lo dedica todo al estudio de los signos que caracterizan la enfermedad diciendo en la página 77 «*que podemos imaginar que dos géneros de signos convienen á la enfermedad sofocante, unos comunes á todas las anginas, otros propios y patognomónicos de esta especie de anginas*»; sigue luego estableciendo las diferencias para venir á fijar las correspondientes al mal de que se ocupa. En lo demás se entretiene en continuar la historia para venir á parar al tratamiento que le parece mas adecuado. Villarreal dá una gran importancia á los síntomas locales, al contrario que el Doctor Soto, que principia á entreveer el gran papel que desempeñan los síntomas generales para la presentacion de fenómenos que no pueden esplicarse por las lesiones vistas en la garganta. Unas veces, dice este, la gravedad de estas lesiones era suma y sin embargo la fiebre era muy blanda; otras esta era muy intensa, el calor elevado y los síntomas locales de mediana intensidad. Esto le hizo pensar en modificar el tratamiento que emplearon otros antes que él, no sin hacerse cargo de los distintos pareceres que sobre el particular existían, modificacion que hoy constituye una de las conquistas mas dignas de aprecio de la medicina española.

La peste es otro de los males estudiados con detenimiento por nuestros médicos de los siglos citados que ya contaban con escritos de algunos árabes y judíos. Luis Alcanis y Diego de Torres se ocuparon, el primero en 1477, del *Régimen preservativo y curativo de la pestilencia*; el segundo en 1485, *De las medicinas preservativas y curativas de la pestilencia*. En el siglo siguiente hubo una muchedumbre de

autores que trataron de este mal, siendo los más notables Pedro de Cartagena, Luis Lucena, Antonio de Cartagena, Lovera de Avila, Rodrigo de Molina, Gabriel de Ayala, Juan Porcel, Rodrigo de Castro, Luis Mercado y Andrés Laguna. Este médico en su *Discurso sobre la curacion y preservacion de la pestilencia*, describe la peste de Metz acaecida el año 1543 y dice que la primera indicacion en males de esta índole es vital y por eso aconsejaba acudir à los cardiacos, tanto al interior como al exterior; porque decía «*que las fuerzas se hallan disminuidas y que es preciso ayudar à la naturaleza para que no desfallezca*» prohibiendo siempre abrir la vena por temor de debilitar más al paciente.

Luis Mercado escribió muy bien de esta enfermedad, y por cierto que en el principio de su libro traza las siguientes palabras que no debieran borrarse de la memoria de nadie. «*Dos cosas han sido siempre en las enfermedades pestilentes y contagiosas, causa de mayores daños y de menos beneficio con los remedios, y de mas duracion y recaidas. La primera, la duda ó ignorancia de ser peste; la segunda, si es ó no contagiosa. De esta vacilacion ha dimanado la poca guarda y providencia en las repúblicas, y el poco recato en las singulares personas, unas entre otras, y así el mal ha hecho sus efectos con mas eficacia en algunos lugares, destruyendo casi la mayor parte de los ciudadanos, y en otros durando tanto que con justo temor se debe pensar puede venir à hacer lo mismo.*» Del olvido del valor de estas palabras han surgido siempre males sin cuento, como todos habrán podido observar en nuestros días.

Otras enfermedades, á mas de las referidas, fueron estudiadas con igual detenimiento por nuestros profesores, siendo una de las que mas llamaron la atencion, la rabia, cuya historia trazó en un libro titulado. *De hidrofobiæ natura causis et affectionibus*, Juan Bravo de Piedrahita.

Admiradores, pues, nuestros médicos de las doctrinas de Coos y Alejandría se pusieron á comentar los escritos de sus jefes (Hipócrates y Galeno) y modificarlas en todo aquello que no estaba conforme con las nuevas observaciones. Nada menos que cincuenta y cuatro comentaristas de las obras de estos sectarios cuenta nuestra literatura, algunos anteriores á los siglos que estudiamos (XV y XVI) y otros casi contemporáneos nuestros. Todos han respetado el sello práctico que entrañan tales escritos, todos han tenido por guia de sus trabajos la observacion y la experiencia. Sin estas firmes bases de la ciencia poco ó

nada hubieran añadido á lo dicho por aquellos grandes médicos, y ahora nos encontraríamos á la misma altura de adelantos que en la antigüedad.

## CAPITULO VI.

**Terapéutica interna.**

En la medicina todo se refiere ó debe referirse á la terapéutica. *Ars medica est id quod est propter therapeuticen*: Tal es el axioma que jamás debieran perder de vista los escritores modernos. Anatomía, fisiología patología, en fin, todas las ramas de la ciencia deben converger á la terapéutica como á un centro comun, cada una de ellas no tiene mas utilidad efectiva sino en proporcion de los ausilios que cada una presta en el tratamiento de las enfermedades. Esta es una verdad palpable que no necesita demostracion, basta solo con enunciarla; sin embargo muchos talentos de primer orden la han olvidado ó desconocido algunas veces; además, se han visto muchos partidarios del autocratismo hacer consistir la perfeccion del arte en conocer de antemano y predecir la marcha, las crisis, el éxito probable de una enfermedad, limitando en cierto modo el papel del médico á la *contemplacion pasiva* de los sufrimientos del enfermo. Se ha visto á los ciegos creyentes de estas dos escuelas dar tan gran importancia á las lesiones anatómicas encontradas despues de la muerte que olvidaban de todo punto el tratamiento ó solo decian alguna que otra palabra para ocuparse esclusivamente de las alteraciones halladas en el cadaver. Hay! á estos celosos de la honra de su escuela se les puede aplicar con justicia esta sentencia de Asclepiades. *Vuestra medicina no es mas que una completacion sobre la muerte.*

Qué son, á los ojos de los prácticos encanecidos y desilusionados por las fastuosas promesas del anatomismo; qué son, digo, el diagnóstico y pronóstico si sus conocimientos no sirven para perfeccionar un tratamiento, para hacerle mas eficaz? Para el verdadero práctico, como para los enfermos, la terapéutica es el coronamiento de la ciencia, el criterio del progreso del arte. Por esto merece una especial atencion y presumo que interesarán al lector los detalles que voy á esponer, á fin de que encuentre en esta historia, algo mas que una vana satisfaccion de curiosidad.

Se sabe que el renacimiento marca el límite entre la edad media y la moderna. Los médicos de aquella época famosa, se ocuparon mas en

restaurar los conocimientos antiguos, que en crear nuevos métodos de tratamiento; se empeñaron en conciliar los Griegos con los Arabes, á Galeno con Avicena, en estudiar sus escritos, esto es, conversar todavía con los clásicos antiguos. Esto será, pues, como una última ojeada que vamos á echar sobre las doctrinas de los padres de la medicina, un juicio definitivo que haremos sobre las reglas que nos han transmitido, antes de pasar á esponer los cambios que los modernos los han hecho sufrir.

De todos cuantos escritores ha habido en este periodo, ninguno se ha empapado tanto en el valor de las teorías griegas como Fernel, nadie ha sabido mejor que él referir á ellas los hechos prácticos de su tiempo, nadie en fin, ha enlazado con tanto arte como él, las teorías antiguas con los descubrimientos modernos, de manera que ayuden á formar un cuerpo de doctrina completo y poner de manifiesto los principios que dirijian á sus contemporáneos en el tratamiento de las enfermedades. En sus escritos encontraremos pues, estos principios y las consecuencias que de ellos se desprenden.

Fernel á dividido la terapéutica en siete libros, como hizo con la patología; parece que en estos dos tratados sigue un plan análogo sinó uniforme. Primero espone las generalidades ó como él dice, los principios; despues pasa á las particularidades de la práctica y esplica la manera como cada una está comprendida en las generalidades. Procede en esto constantemente como Aristóteles y Galeno, de lo general á lo particular; como verdadero peripatético que era.

Principia por asentar el axioma fundamental de la terapéutica, el eje al rededor del cual deben girar todas las reglas particulares de tratamiento y este axioma no es otro que la famosa ley de los *contrarios*, de la que ya dimos cuenta á nuestros lectores y aun discutido, pero que tambien les prometimos someterla á un exámen nuevo mas profundo. Ahora ha llegado la ocasion de hacerlo, en atencion á que ningun autor antiguo ó moderno ha apunlatado este axioma con tan numerosos, tan sùtiles y tan especiosos argumentos como Fernel. Principia diciendo, que *«toda enfermedad debe combatirse con remedios contrarios»* porque se llama remedio á todo lo que arroja fuera una enfermedad: ahora bien, todo lo que de esta manera obra es violento, y la violencia es una oposicion; luego el remedio es opuesto siempre á la enfermedad y ninguna curacion se obtiene sinó en virtud de los contrarios. (1)

Esta argumentacion á pesar de su aparente exactitud y su forma si-

(1) Juan Fernel. *Terapéutica universal ó método de curar*, lib. I, cap. II.

logística ó escolástica encierra claramente una petición de principio. Se reduce á lo siguiente: *Deben combatirse los males con remedios contrarios, en atencion á que todo lo que cura una enfermedad, la es contrario.* Pero no vé Fernel que alega como razon, como prueba la misma cosa que se empeña en probar? Afirma que todo lo que cura una enfermedad la es contrario, y esto es lo que precisamente tiene que probar. Su razonamiento me recuerda, si no me engaño, las palabras que un autor cómico pone algunas veces en boca de uno de sus mas ridiculos personajes, cuando le hace decir: vuestra hija es muda, porque no habla. (1) Tal es el sofisma que ha engañado á Fernel, una de las mas elevadas inteligencias del siglo XVI; con la mejor buena fé y que la ha impuesto al mundo médico. No se contenta, sin embargo, con esta argumentacion sutil y árdua, porque demasiado sabe que un principio médico debe ante todo comprobarse en la práctica. En su virtud, trata de demostrar que cada caso particular de curacion entra necesariamente en la ley de los contrarios. Sigámosle en sus razonamientos. Dice que son contrarios, no solo todas las cosas compuestas de cualidades elementales opuestas, como el calor y el frio, la sequedad y la humedad, sino tambien las que se diferencian en algo, ya por su número, ya por la situacion, ya por la figura etc. Lo duro y lo blando, lo denso y lo flojo, lo grande y lo pequeño, lo mucho y lo poco, lo alto y lo bajo, lo lleno y lo vacío, lo puro y lo impuro, lo entero y lo roto; esto es, segun Fernel, lo que debe entenderse por *contrarios*.

He aquí, diré yo ahora, á que argucias se vé obligado á descender un talento superior como Fernel, cuando parte de un principio falso. Segun su lenguaje, una gota de agua es la antítesis de una de leche, un gigante de un enano, un cántaro vacío de uno lleno, una montaña de un valle, etc. ¿Quién no vé al primer golpe de vista que estas son oposiciones propias de un pintor, de un poeta ó de un retórico, es decir, contrastes; y de ningún modo verdaderas oposiciones fundadas en el antagonismo de las fuerzas ó propiedades elementales, tal como las entienden los físicos, los filósofos y los matemáticos? En el lenguaje de estos, se llaman contrarios, ya las cualidades que se neutralizan, como el calor y el frio, la sequedad y la humedad, ó ya las fuerzas que obran en sentido opuesto, como el viento Norte y el viento Sud, la fuerza centripeta y la fuerza centrifuga.

Nuestro terapeuta, al dar una estension tan grande á la palabra

(1) Moliere en la comedia del *Médico á palos*.

*contrario*, la confunde ó la hace sinónima de la palabra *diferente*; pero entonces, el famoso precepto de tratar las enfermedades por medios contrarios, no significa otra cosa que emplear unos que difieren de la misma enfermedad ó de su causa, lo que es casi una simpleza. Un axioma por el estilo no merecería la pena de ser mencionado, y ciertamente, creo es este el sentido que le dieron los primeros que le pusieron en boga, tales como Hipócrates, Galeno y sus innumerables partidarios antiguos y modernos. Cuando estos aconsejan dar en cada afección remedios contrarios al mal, quieren hablar de aquellos cuya propiedad ó virtud curativa está en oposicion real y directa con el principio ó la causa oculta del padecimiento. De esto resulta que Fernel, para justificar el dogma fundamental de la terapéutica, se vé obligado á torturar el sentido de las palabras, despues de haber torturado la lógica.

Y sin embargo, á pesar de la estension exorbitante que á dado á la palabra *contrarios* temiendo todavía que su axioma terapéutico no abraza todos los casos posibles de curacion, se apresura á contestar á todas las dudas y objeciones que pudieran hacérsele de la manera siguiente: «Hay muchos que se imaginan que ha caducado nuestro axioma de los *contrarios*, el principio soberano de la terapéutica, cuando oyen decir que muchas enfermedades se curan con los semejantes, pero no reflexionan que semejantes remedios, aunque identicos á la misma enfermedad, son opuestos á la causa que los produce; por eso destruyendo la causa cesa el mal; asi es que el ruibarbo, aunque caliente, estingue la fiebré purgando la materia que la sostiene. Un purgante cura la disenteria evacuando las materias pecantes que la engendran y sostienen.» (1)

Decididamente, Fernel interpreta el axioma de los contrarios de una manera tan amplia y tan elástica que es imposible que deje de comprenderse en él un solo caso de curacion. Ordenar un remedio que os guste, emplear un proceder que os ocurra; si este remedio, si este proceder curan, será siempre, segun este nosógrafo, por el proceder de los contrarios, aun cuando hubiera identidad entre la causa de la enfermedad y el remedio, como cuando cesa el dolor de una pequeña quemadura aproximando unos momentos la parte al calor mismo ó cuando se frota las manos con la nieve para calentarlas.

Pero dejemos estas vanas argucias que no han hecho abanzar la

(1) *Método de curar*, lib. I, cap. II.

ciencia ni una *J.* y dediquémonos á explicar como es que tantos hombres y tan eminentes se han contentado con él durante tantos siglos. Al poner en claro este fenómeno psicológico para un solo individuo, servirá despues para todos los demás. Fernel era un buen lógico; antes de estudiar medicina, se había ya distinguido por sus descubrimientos en la astronomía y matemáticas. Cuando emitía un principio que él creía cierto lo apuraba hasta lo último, como hacen todos los talentos de su temple. Ahora bien, en su educacion filosófica y médica conservó una profunda veneracion hácia los antiguos, y no podia persuadirse que fuera falso un principio adoptado casi por todos los mas sublimes médicos de la antigüedad; por Hipócrates, Galeno, Aristóteles y otros muchos, como base de la fisica y de la medicina. Dudar de la infabilidad del axioma de los contrarios, era lo mismo que minar los fundamentos de las teorías elementales de Platon y Aristóteles, así como lo terapéutica de Galeno. Un hombre solo no era capaz de semejante resolucion, de tan gran esfuerzo; era preciso pasáran muchas generaciones, como veremos mas adelante.

Fernel admite el principio de los contrarios como un artículo de fé y en lugar de discutir con una completa independencia de espíritu se dedica solo á buscar razones para convencerse de su realidad y para convencer á los demás. Podia él presumir, que antes de un siglo esta famosa ley de los *contrarios*, por la cual los físicos esplicaban entonces la agregacion de los elementos y demás fenómenos naturales sería desterrada del dominio de la fisica y de la quimica y reemplazada por la ley de las afinidades; es decir, que ahora no se explicaria mas la composicion y descomposicion de los cuerpos, su formacion y su distincion, sino por las afinidades mas ó menos grandes de sus elementos materiales? ¿Podía él presumir que los quimicos sustituyeran un dia el análisis espermental al análisis mental de los filósofos, que se aumentara de una manera indefinida el número de elementos y que las cualidades de estos no presentasen entre sí este pretendido antagonismo imaginado por los antiguos? Fernel no ha hecho mas que creer y repetir un viejo error que estaba sancionado por el tiempo y parecia estar al abrigo de toda discusion, pero ha tenido la ventaja sobre la mayor parte de los que tenian la misma fé que él en medicina, de haber querido penetrar en el fondo de las cosas y de haber procurado rodear su creencia de algunas pruebas, que vamos á refutar ahora.

*Objecion.* Dirá cualquiera, si habeis echado por tierra el dogma fundamental de la terapéutica, si pretendeis que los remedios no curan

las enfermedades por sus propiedades contrarias, decidnos, en virtud de cuales curan? es por sus propiedades semejantes á las de la causa morbífica ó solamente por las diversas? Porque los medicamentos solo pueden obrar de tres maneras, ó por *antipatía*, ó por *homeopatía* ó por alguna otra virtud que no sea antipática ni homeopática, sinó tan solo diferente, es decir *alopática*. Cual, pues, de los tres modos de accion es preciso escojer en el tratamiento de las enfermedades?

Hipócrates á quien con tanta frecuencia se invoca vá á responder por mí. Se lee en su libro de la *Medicina antigua*: «Las enfermedades se curan, unas veces con los contrarios, otras con los semejantes y otras con remedios cuya virtud desconocemos. No hay, pues, regla fija en este asunto, El mismo autor dice en su tratado de las *Enfermedades* lo siguiente: «No hay un principio en terapéutica que abrace todos los casos de curacion.» Libro 1.º § II (traduccion de Gardeil.)

Si no hay regla fija para elegir los medicamentos, replicará nuestro censor; la medicina no es ya un arte, el tratamiento de las enfermedades está sujeto al capricho del medico y su curacion depende únicamente del azar, no de la observacion de las reglas terapéuticas.

He aquí una acusacion muy grave hecha hace mucho á nuestra ciencia. Presumo que mis compañeros no llevarán á mal que dé una respuesta perentoria á la siguiente pregunta. Cómo se trataban los enfermos antes que hubiera médicos, antes que se hubieran descubierto las propiedades de los medicamentos? Trataban cada caso segun su capricho ó su instinto ó segun los consejos de algun transeunte ó de algun pariente que tampoco sabia mas que ellos y que no habia tenido mas guia que una esperiencia bastante sospechosa. Pero cuando reiterados ensayos vinieron á comprobar la eficacia de ciertos remedios contra determinadas enfermedades, se principiaron á emplear los mismos remedios en cuantos casos idénticos se presentaban.

La esperiencia dió pues á conocer muchas sustancias para otras tantas afecciones nuevas y los hombres formaron con estos conocimientos un cuerpo de doctrina, constituyendo entonces la ciencia y el arte, y principiando á discurrir sobre la esencia de las enfermedades y la manera de obrar de los medicamentos.

Estos razonamientos podian contribuir á los progresos y perfeccionamiento de la ciencia, pero no la constituyen, no forman su base. Las observaciones recojidas de tiempo en tiempo, serán y son todavía el verdadero fundamento de la medicina práctica, de las que resulta que tal ó cual tratamiento cura ó alivia tal ó cual especie de enferme-

dad mas eficazmente que ningun otro medio conocido. Si ahora se pregunta en virtud de qué principio racional y práctico se dispone á obrar, cuando rechaza el axioma de los contrarios y el de los semejantes, responderá; en virtud de este principio incontestable é incontestado, *que deben tratarse las enfermedades con aquellos remedios que la esperiencia ha comprobado como los mas eficaces.*

Que mas se puede exigir á un médico llamado á visitar á un enfermo sinó que conozca bien la enfermedad que tiene ante su vista, valiéndose para ello de todos los datos que le proporcionen las circunstancias conmemorativas y presentes, y que se valgan de todos los medios curativos que la observacion de todos los siglos consignada en los escritos de los maestros del arte y confirmada, en caso de necesidad, por la suya propia, demuestren haber tenido mas eficacia en casos semejantes. Todo esto puede exigírsele: por lo demás poco importa al enfermo que se le cure por la via antipática, homeopática ó alopática; lo esencial para él es que le trate por el método que la esperiencia le haya enseñado ser el mejor.

Así pues, al despreciar el dogma de los *contrarios*, no se mina por eso el edificio de la ciencia ni se rompe la cadena tradicional, sinó que se vuelve á colocar la práctica médica sobre su base real; *la esperiencia*; y se la remonta á las primitivas tradiciones que habian oscurecido las ficciones de los filósofos. En este sistema; por que el empirismo es uno y de los mas racionales, como yo probaré cumplidamente á medida que avancemos en esta historia; en este sistema, digo, no principia á contarse la ciencia desde Hipócrates, Diocles, Herófilo, Serapion etc, sinó desde su origen. Tampoco conduce á la siguiente conclusion que yo he leído con espanto y que un distinguido profesor de la facultad de París ha dejado caer de su pluma, acaso por inadvertencia; «Bichat ha dicho con razon, dice este profesor, que todos los sistemas médicos van á converger á la terapéutica, y como estos han sido tachados de falsedad, la terapéutica, que era, por decirlo así, la consecuencia ó por mejor decir, la conclusion; ha debido ser igualmente falsa, es decir, mala, dañosa. Sin duda que es una gran desgracia inevitable, pero que durará hasta tanto que tengamos ideas justas sobre la naturaleza de las enfermedades, á menos que las tratemos sin tener en cuenta ésta circunstancia, lo que seria un absurdo. (1)

El empirismo conduce lógica é históricamente á una conclusion me-

(1) Bonillaud, *Ensayo de filosofía médica*; 3.<sup>a</sup> parte, cap. VI art. 1.

nos absoluta, mas consoladora y mas verdadera. He la aquí; Otras veces se corocian mal muchas enfermedades y sin embargo se sabian curar, hoy conocemos mejor y mayor número de ellas y las curamos tambien mejor; los que nos sucedan, conocerán mas y las curarán con mas seguridad. En esta doctrina no se dice: nuestros predecesores tenían una idea muy equivocada de la naturaleza de las enfermedades, es decir, del conjunto y correlacion de los fenómenos que las originan; sino que se dice: nuestros predecesores tenían un conocimiento mas restringido que nosotros sobre la naturaleza de las enfermedades, y á medida que ad-lanta la humanidad, es probable que cada vez se aumenten y se perfeccionen mas y mas estas nociones, porque cada dia se descubren nuevos fenómenos en las enfermedades ya conocidas y nuevos medios de curarlas ó de aliviar algunos de sus accidentes. Existen, pues, ó han existido desde un tiempo inmemorial reglas de medicina práctica, fundadas en la observacion pura y simple de los fenómenos, independientes de toda interpretacion verdadera ó falsa, racional ó estrovgante de estos mismos fenómenos, es decir, despojados de toda especulacion sobre la esencia de las enfermedades y sobre la accion interna de los medicamentos. Estas reglas no son invariables, pero se cambian y perfeccionan á medida que se descubren mediante un exámen mas delicado y atento nuevos objetos desapercibidos ó olvidados antes; tampoco son arbitrarias, porque es preciso que hayan sido sancionadas por la esperiencia; al que se conforma con ella, no se le puede acusar de aturdido, porque de antemano sabé las probabilidades de éxito que ofrece, y su terapéutica no puede tacharse de mala ó de buena, porque es la mejor, la mas bienhechora que se ha conocido hasta entonces.

Había concluido la refutacion del axioma de los *contrarios*, cuando he leído en la traduccion de las obras hipocráticas por Mr. Littré, el extracto de un trabajo publicado en Alemania sobre el mismo asunto. Como no está demás rodearse de cuantos datos vengan á propósito cuando se trata de condenar una opinion abrazada casi unánimemente en la antigüedad y sostenida todavia en nuestros dias por respetables autoridades, me he encantado con la lectura de este trabajo, y ver que conduce á la misma conclusion que el mio, aunque escrito bajo un punto de vista distinto y presentado bajo otra forma. He aquí, por lo demás, este notable fragmento tal como lo cita textualmente Mr. Littré. «Creemos poder sostener, dice Mr. F. W. Beker, que la hipenantiosis ó sea el principio *contraria contrariis curantur*; no está exento de

hipótesis; que su origen descansa en la manera mecánico-química con que se representa la vida, representación que la hace caer en las hipótesis. Cuando parece existir una oposición entre la enfermedad y la curación es solo aparente. Procuraremos demostrarlo con ejemplos sacados de los diferentes métodos.»

«Vemos todos los días que la dieta cura un malestar que se siente en el estómago, cuando se sobrecarga de alimentos; que una enfermedad de la piel engendrada por suciedad, desaparece con la limpieza; que un hombre fatigado por excesivos esfuerzos se alivia con el descanso. Al primer golpe de vista parece que hay aquí una oposición entre la enfermedad y el tratamiento, pero el hecho es, que la curación es el resultado, no de una verdadera oposición, sino del alejamiento de la causa que produce ó que hace temer la agravación ó el restablecimiento del organismo en una situación favorable al libre ejercicio de su actividad medicatriz. Se observa además que se obtiene el mismo resultado despertando ó escitando con remedios tópicos una actividad abolida ó disminuida. Los evacuantes curan la constipación, los unguentos estimulantes las úlceras atónicas, una fiebre grave con pulso filiforme se cura con el vino. Estos son fenómenos que se ha tratado de subordinarlos al principio *contraria contrariis curantur*: pero es fácil de probar que en ninguno de estos casos ó en otros en quienes se aplica el método escitante, se aumenta de una manera absoluta la actividad vital. Todos estos tratamientos descansan, no en la oposición de la enfermedad con el medicamento, sino en un dato experimental completamente fisiológico y muy importante, á saber; que cuando se provoca en el organismo una acción, se producen al mismo tiempo y por su causa otras muchas semejantes ó idénticas.

Me parece que cuando aumenta una actividad de una manera morbosa, debe efectuarse la curación por la disminución de esta actividad, y aquí se encuentra todavía la hipenantiosis. Pero en el estado de enfermedad, todas las actividades están sujetas á un tratamiento deprimente sedativo, no por que se pasen de la regla fisiológica, sino únicamente porque pueden dar lugar á otras enfermedades que acabarían con el órgano ó el organismo. El opio contiene una diarrea, porque las evacuaciones intestinales son mas frecuentes ó mas abundantes que en el estado de salud (porque muchas diarreas se curan por sí solas ó por medio de evacuantes) pero se dá este por temor que las evacuaciones se prolonguen y produzcan una debilitación del organismo y acaben con él. No se administra solo la digital para contener y debilitar el pulso,

sinó porque hay casos en que el choque violento de la sangre hace temer un desórden en la circulacion ó en la testura del corazon, en los grandes vasos ó en los pulmones.

Además de las tres clases de métodos indicados hasta aquí, el *diético*, el *escitante* y el *deprimente*, todos que se refieren directamente á la actividad, vital hay todavía otros dos, á saber, el que obra inmediatamente sobre la masa y movimiento de la sangre, (emision, infusion, trasfusion, hemostasis, ligadura etc.) y el que cambia la forma de los sólidos (propiamente llamado método operatorio). El axioma en cuestion se aplica menos á estos que á los métodos precedentes, porque se trata siempre de casos completamente particulares producidos por acciones inmediatas sobre los sólidos ó líquidos del organismo.

Si pues el principio *contraria contrariis* no está fundado en la esperiencia pura, si solo toma una apariencia verdad á los ojos de aquellos que desconocen la verdadera relacion entre la enfermedad y la curacion; cómo es que no solo ha sido reconocido desde el origen de la ciencia hasta Paracelso, sinó que á pesar de la victoriosa refutacion de los reformadores de los tiempos pasados haya tomado en nuestros días una autoridad tan general? ¿Creemos encontrar la razon de esto hecho en la ilacion necesaria que tiene la hipenantiosis como principio terapéutico, con la manera mecánica y química como se representan los objetos en fisiología y en patología. Este modo de darlos á conocer, aunque refutado ya de diversos modos en su forma primitiva y grosera, y remplazado por el organicismo, se reproduce con frecuencia en la historia de nuestra ciencia bajo otras apariencias menos decisivas, pero á juicio mio, mas científicas; la hipenantiosis que le acompaña constantemente debe conservar bastante influencia, y es preciso creer que esta influencia no quedará abolida, sinó cuando se sepa de una manera general y precisa el sitio que ocupan en fisiología la mecánica y la química. (1)»

Otra razon que hace que el principio *contraria contrariis curantur* haya conservado y conserve todavía una gran parte de su autoridad, á pesar de las refutaciones mas ó menos victoriosas que se han podido hacer en diversas épocas, es que los adversarios de él no le han substituído con otro que pudiera ocupar su lugar. Ahora bien, en una ciencia de aplicacion diaria y urgente como lo es la medicina, no basta probar

(1) *Berliner med Zeitung*, 1831 pag. 15. —Obras de Hipócrates T. IV de Mr. Littré, página 420, *Aforismos* Argumento §. 13.

que una doctrina es dudosa ó falsa, ó incompleta, sinó que es preciso, sustituirla inmediatamente con otra, mas segura, mas verdadera y mas general; y esto es justamente lo que nadie ha hecho hasta ahora, ni aun el autor del trozo que hemos citado, que cree que la hipenantiosis no perderá su influencia, sinó cuando se esté de acuerdo *sobre el lugar que debe ocupar la mecánica y la química en la fisiología*, es decir, probablemente hasta *las calendas griegas*.

Los animistas, los vitalistas, orgánicos ó hipocráticos de hoy han ensayado sustituir al axioma *de los contrarios* la teoria de la coccion y las crisis ó, sea el autocratismo de la naturaleza, pero en el periodo reformador demostraremos que la teoria del autocratismo está muy lejos de abrazar todos los casos de curacion, todos los modos de tratamiento; y propondremos otro axioma de terapéutica mas seguro, mas evidente, mas general que ninguno de los que se han propuesto hasta el dia.

Hecha esta digresion algo larga pero necesaria, vista la importancia del objeto, volvamos al exámen de la terapéutica de Fernel.

El segundo precepto que da este autor se refiere á la medicina espectante y me parece digno de toda aprobacion en lo que circunscribe al empleo de este método curativo á sus justos límites. Dice que cuando no se conozcan bien una enfermedad ó no sepa el médico distinguir con claridad su especie, que no se apresure á mandar remedios, que deje obrar á la naturaleza si no hay peligro, por que esta ayudada por el régimen la curara, la dará á conocer, la desenmascarará. Una medicacion dudosa ó tímida daña casi siempre, en fin, si se decide á hacer algo, que lo haga con circunspeccion, de manera que no perjudique de una manera grave al enfermo. Otra circunstancia en la cual insiste mucho Fernel es, en que se separe la causa de la enfermedad antes de atacar la enfermedad misma. Esta circunstancia forma uno de los puntos principales de su terapéutica y la apoya con las siguientes consideraciones: «No se desarraigará una enfermedad en tanto que subsista la causa que la produce, y mientras subsista esta se reproducirá sin cesar, lo contrario que sucede despues de la destruccion de la causa: la enfermedad se estingue por sí misma cuando no es demasiado *invertida*».

Prosigue diciendo que hay muchas afecciones, producidas por mas de una causa que es preciso destruir por su órden genésico, es decir, empezando por la primera ó la mas antigua y concluyendo por la ultima ó la mas reciente. A esto llama Fernel curar con método ó hacer

una cura, que no consiste únicamente en el empleo de tal ó cual remedio, sino en la manera y orden en que se le emplea! (1)

En el mismo capítulo cita muchos ejemplos de este método curativo de entre los cuales, extraigo el siguiente que es uno de los mas sencillos. Supongamos que se engendra en el estómago un quilo acre á consecuencia de la ingestión de alimentos fuertes, que llevado al hígado produce en él una gran cantidad de bilis y humores viciosos y que estos pasando al torrente circulatorio se corrompen al instante y producen una fiebre. Ahora bien, para curarla, es preciso evacuar la materia pútrida que la ha ocasionado y para eliminarla hay que principiar por limpiar el origen de donde nace, es decir, el hígado; que engendra el exceso de bilis y humores acres. Para conseguirlo se suprimiran; 1.º las causas evidentes que dan lugar á un mal cambiando de alimentos; 2.º espulsar los humores viciados que tan propensos están á podrirse; 3.º extinguir el exceso de calor preternatural que todavía queda, ya en los humores, ya en los sólidos (2).

Cuántas causas hay que destruir, cuántas medicaciones hay que llevar para curar una sencilla fiebre! ¿Qué será cuando haya necesidad de tratar una enfermedad un poco complexa ó muchas enfermedades á la vez? ¿Cómo desembrollar este laberinto de causas desconocidas ó inaccesibles á la observación? Para volver al ejemplo citado por Fernel, yo preguntaré á este patólogo; ¿Por qué sería de investigaciones ha podido llegar á conocer que todo este conjunto de fenómenos que pinta, como si los hubiera visto, sean debidos á la putridéz de los humores. Ha seguido la marcha y el desarrollo de estos fenómenos en el interior del organismo, ó, al menos, á vuelta á encontrar las señales incontestables en el cadáver? Nada menos que eso.

Algunos fisio-patólogos de los mas notables de la antigüedad se han figurado que las cosas pasaban así y los que los han sucedido se han contentado con esta esplicación á falta de otra mejor. De esta manera se ha edificado la doctrina de las causas ocultas y de la esencia de las enfermedades, doctrina que la abrazaron la mayor parte porque ora hija de la filosofía dominante y porque lisonjea el orgullo de la inteligencia humana. En efecto, parece que nos inicia en los misterios de la economía animal, pero en realidad, no nos ofrece mas que ficciones.

En este ejemplo, Fernel, no tiene en cuenta mas que una sola orden de causas, mientras que en su patologia admite un número verda-

(1) Método de curar lib. I cap. IV.

(2) Ibidem.

deramente increíble. Dice que, según los filósofos, hay cuatro especies de causas, la *material*, la *eficiente*, la *formal* y la *final*. El organismo es la causa material de toda enfermedad; la forma sintomática ó la manera como se presenta y que determina su especie es la formal; la terminación de esta en la salud ó la muerte ó un estado crónico es la final; en fin, la eficiente, que es la que mas importa que conozca el médico, no es otra mas que la fuerza que modifica el cuerpo y le hace pasar del estado de salud al de enfermedad. El autor divide, en seguida, una multitud de causas de otras maneras que seria largo enumerar, pero las mas importantes de todas estas subdivisiones corresponden á la causa eficiente. Helas aquí:

- I. Causa eficiente se divide en congénita ó accidental.
- II. La congénita en natural ó contranatural.
- III. La accidental en interna y esterna.
- IV. La accidental esterna en antecedente y continente.

V. La causa eficiente produce su efecto, unas veces al instante, es decir, por sí misma; otras, pasado algun tiempo, de una manera consecutiva ó por accidente.

VI. En fin, la causa eficiente se divide en principal, coadyuvante é indispensable. Por ejemplo, cuando se administra un drástico, la causa eficiente principal de la purgacion es la virtud purgativa del medicamento; la coadyuvante son las diversas sustancias que van unidas á la principal y las preparaciones que se las hace sufrir; y la indispensable, el calor natural del cuerpo, sin el cual seria nula la virtud del remedio (1). Qué baturrillo! ¡No parece sino que han trabajado á destajo para sobrecargar la ciencia con observaciones ociosas, á fin de hacerla mas ininteligible y ridícula! ¡Desgraciados los enfermos que caigan entre las manos de doctores recién fundidos á quienes la esperiencia clínica no les ha hecho ver todavía el poco valor de la gerga aprendida en las escuelas! Lo mejor que puede decirse de los médicos de aquel tiempos es que al instante abandonaban su gerga teórica para tratar los enfermos conforme á la esperiencia, sin acordarse de las abtrusas especulaciones de su patogenia, dejando este pretendido farrago científico para los discursos oficiales ó para los libros. Concluiremos diciendo, que solo se puede justificar la práctica médica de los siglos pasados á los ojos de la generacion presente, admitiendo que los médicos seguían en el tratamiento de sus enfermos, no las ilusorias indicaciones de sus teorías fisiológicas, sino los datos positivos de un empirismo razonado.

(1) *Patologia*, lib. I, cap. XI y XII.

Este patólogo reduce sus modos de curación á tres: 1.º *evacuar* el escedente de los humores. 2.º *purgar*, es decir, *purificar* estos humores. 3.º *alterar*, esto es, *volver* á su estado normal las partes que han sido viciadas en su temperamento y composición. Examina minuciosamente ó en detall los efectos de cada una de estas medicaciones y las diversas maneras de obtenerlas.

I. *Primer modo ó medicación evacuante.* Hay dos modos de evacuación, dice Fernel, uno general y otro particular; el sudor, las evacuaciones de sangre, el vómito y las cámaras pertenecen á la primera porque descargan los humores del cuerpo; (1) las evacuaciones locales de la nariz, de la cámara posterior de la boca, de la tráquea, de las almorranas, del útero, de los riñones, de los exutorios, pertenecen á la segunda.

Dice que la sangría es la mas poderosa de todas las evacuaciones artificiales, porque saca la sangre venosa que es la que contiene los cuatro humores principales, la bilis, la pituita, la atrabilis y la sangre arterial. Conviene en todos los casos de plétora simple ó acompañada de caciquimia. A propósito de la sangría plantea el autor las cuestiones siguientes: 1.ª Cuáles son sus efectos inmediatos ó secundarios? 2.ª Cómo obra, por revulsión ó derivación? 3.ª Cuales son las enfermedades que reclaman su empleo? 4.ª Cuándo ofrece mas ventajas, antes ó despues de la invasión? 5.ª Qué vena conviene elegir en ciertos casos? 6.ª Por qué signos se conocerá la necesidad de sacar sangre, así como la cantidad? 7.ª En qué período del mal deberá sangrarse, en qué dia y en qué hora? 8.ª Cómo se ha de preparar el enfermo? 9.ª qué conducta debe seguir el médico durante y despues de la operación (2)?

*Derivacion y revulsion.* La cuestion de las sangrías miradas como un recurso de revulsión ó derivación, ha suscitado disputas acaloradas entre los médicos, pero ha perdido mucho de su interés despues del descubrimiento de la circulación de la sangre. Hoy se emplean como sinónimas las palabras revulsión y derivación ó al menos solo se distinguen por ligeras señales. «La verdadera distinción entre las sangrías derivativas y revulsivas, dice Mr. Guersant, padre, es una sutileza escolástica que ha nacido entre los dogmáticos que se alejaban cada vez mas de la observación de la naturaleza» Un poco mas adelante añade: «Estas distinciones entre la revulsión y la derivación son pura-

(1) *Método de curar*, lib. II, cap. II.

(2) *Método de curar*, lib. III.

mente sistemáticas y abstractas y no se diferencian esencialmente.» No se puede admitir una distinción esencial entre palabras, que teniendo una misma etimología, deben considerarse como sinónimas.» (1) Al contrario, los antiguos daban una significación distinta á estas palabras, fundados en los errores de anatomía y fisiología que apadrinaban, pero que hoy han desaparecido.

Hipócrates y Galeno habian recomendado la sangría del brazo del lado enfermo hasta el síncope en la pleuresia y la pulmonía, práctica que se fué perdiendo poco á poco en proporción que se fuéron debilitando las buenas tradiciones de la doctrina griega. En fin, los Arabes aconsejaron todo lo contrario: sustituir la sangría del brazo con la del pié y que la sangre saliera gota á gota en lugar de á chorro. Este método prevaleció en Europa hasta principios del siglo XVI, pero habiendo sobrevenido una especie de epidemia de pleuresias, un médico de Paris llamado Pedro Brisot, disgustado de ver perecer la mayor parte de sus enfermos y nutrido en la lectura de los libros griegos volvió á la sangría del brazo tal como la recomendaban, Hipócrates y Galeno. En vista del extraordinario éxito que obtuvo, se apresuró (2) á publicar los resultados y la práctica de los griegos volvió á ocupar de nuevo el lugar de la de los Arabes.

Se originaron con esta innovacion muchas y encarnizadas disputas entre los médicos, cada bando contaba con partidarios decididos y entusiastas, publicáronse escritos de una y otra parte que no sirvieron ni persuadieron á nadie. Los arabistas dijeron que era un escándalo, una herejía y poco faltó para que no se hiciera un auto de fe en España (3) para salir á la defensa del método arábico; mas, á pesar de esto, triunfó el método griego, acaso debido menos á la observación á la cabeceira de los enfermos que al prurito de ir de la Arabia á la Grecia. Sea lo que quiera, la cuestion estaba casi juzgada ya en el tiempo en que Fernel escribía, pero todavia conservaba algo de la práctica arábica. Por eso este autor la discute de una manera muy profunda conforme á las ideas

(1) *Diccionario de Medicina* en 21 volúmenes. Palabra *Derivacion*.

(2) *Apologia en la que enseña porque sitio debe sacarse sangre en las inflamaciones de las visceras, en especial de la pleuresia*. Pa is 1525 en 4.º

(3) El autor exagera bastante lo ocurrido en nuestro pais. Verdades que dió lugar á disputas entre los Galenistas y Arabistas, pero se alcanzó de ellos un acuerdo que revelaba ya la influencia que en nuestros médicos ejercía ya el casi conocimiento de la circulación de la sangre. Luis Lovera de Avila, Nicolás Monardes, Jorge Gomez de Toledo y Miguel Geónimo Ledesma, en sus respectivos tratados se ocupan de las discordias de opinión que desde los arabes habian dividido á los Médicos, en esta cuestion... sobre el lado que en se debe hacer la sangría en la pleuritis.... procurando concordar los varios pareceres y acabando por decir que es indiferente se sangrase en este mal del lado derecho ó del izquierdo. Ni mas ni menos que lo que decimos hoy.

de su tiempo. Vamos á esponer lo mas importante de sus escritos.

Quando la sangre acude de repente en mayor cantidad á una parte, el mejor medio de impedir su empuje consiste en dirigirla en sentido opuesto, es decir al punto mas distante, porque el curso mas natural de las humores es marchar en línea recta, sobre todo en las venas, cuyas fibras longitudinales tienen la propiedad de atraer los líquidos. Ahora bien, las venas del lado derecho del cuerpo se continúan por el brazo correspondiente y las del izquierdo por el suyo. Asi pues en la pleuresia y en la pulmonia deben abrirse las venas correspondientes, como aconseja Hipócrates y dicta la razon. En la hepatitis se sangra siempre del brazo derecho.

No sucede lo mismo con los miembros inferiores, estos se comunican entre si por las venas; asi, cuando se inflama la pierna derecha se sangra del pié izquierdo y reciprocamente. Esto es una revulsión. La derivacion consiste en separar el humor del punto enfermo para llevarla á otro inmediato. Para conseguirlo se abre la vena de la parte misma que conduce unas veces el jugo nutricional, otras el humor picante que sostiene el mal. Entonces el exceso de humor sale por la abertura hecha y descarga la parte enferma, sobre todo, si antes se ha tenido cuidado de moderar la impetuosidad de la fluxion con una sangria revulsiva. Pero si la hinchazon es tal que no sale el humor como acontece en todas las inflamaciones crónicas próximas á degenerar, no se debe intentar mas la derivacion con la sangria, sinó con aplicar fomentos y emplastos emolientes y digestivos. (1)

Por lo dicho puede juzgarse el modo que tenia Fernel de resolver la cuestion de las sangrias revulsiva y derivativa; que él, á pesar de los errores, oscuridad y falta de conocimientos anatómicos de su libro la consideraba completamente resuelta. Vemos aquí un ejemplo que sirve para probar la facilidad con que los mejores talentos se pagan de esplicaciones que no comprenden.

En el mismo libro habla de los efectos de la sangria local por medio de sanguijuelas ó escarificaciones, ya con ventosas, ya sin ellas; espone aunque con brevedad los efectos fisiológicos de la dieta, del ejercicio, de los baños, de las estufas, de las unturas y de las fricciones, que, segun él, sirven tambien para evacuar indistintamente todos los humores del cuerpo.

II *Medicacion purgante.* El tercer libro lo destina á tratar de esta

(1) Método de curar lib. II cap. V.

especie de medicacion. Por ella entiende la espulsion por cualquier via del humor pecante. Los vomitivos, los catárticos, los léquicos son los medicamentos purgantes. En este sentido, purgar es purificar la economía desembarazándola de los humores dañinos, la bilis, la atrabilis, la pituita etc.

Se concibe cuanta importancia debe tener esta especie de tratamiento en un sistema en que se consideran todas las enfermedades como producidas por un exceso ó modificación viciosa de alguno de los humores. Por eso no deberá chocar que nuestro terapeuta hable de ella tan detalladamente. Opina en esto como Hipócrates y Galeno, que pretendían, que ciertas sustancias tienen la propiedad de atraer tal ó cual humor, opinion que desenvuelve con mucha habilidad y la apoya con razones mas sùtiles que sólidas.

III *Medicacion alterante.* El libro cuarto trata de esta medicacion, es decir, de los medicamentos capaces de modificar la constitucion del individuo. Fernel llama medicamento á todo lo que tiene la facultad de cambiar la constitucion natural del cuerpo de una manera cualquiera. Ahora bien, las sustancias medicinales están dotadas de tres facultades, la *primitiva* la *secundaria* y la *terciaria*. La primitiva depende de la preponderancia de uno ó de dos elementos, por ejemplo, aquellas en que solo domina el fuego, son calientes solo; las en que el fuego y la humedad, son calientes y húmedas; y así de las demás. A esta facultad se la consideraba como la constituyente del temperamento. La secundaria resulta de la union de la primitiva con la mayor ó menor densidad de la materia. Con arreglo á esta densidad, una sustancia puede ser tenue ó espesa ó un término medio. Las diversas combinaciones de densidad con los temperamentos ó cualidades primitivas de los cuerpos producen las secundarias, y las principales son: las incisivas, las atenuantes, incrasantes, detersivas, inviscantes, emplásticas, dulcificantes, aperitivas, obturadoras, dilatantes, constrictivas, rarefacientes, condensantes, laxantes tónicas, atractivas, digestivas, disolventes, repulsivas, emolientes, astringentes, madurativas, supurativas, sépticas, aglutinantes, ulcerativas ó vexicantes, escaróticas, cáusticas y epulóticas etc.

Todas estas cualidades se anuncian por sabores acres, ácidos, dulces, amargos, insípidos, salados, austeros, mucilajinosos, grasientos. El sabor acre, por ejemplo, tan marcado en la pimienta, en el pelitre y en el enforbio indica la tenuidad de la materia unida á un temperamento seco y cálido, porque todo lo que es acre y mordicante participa

de la naturaleza del fuego. Así explica Fernel las relaciones que hay entre los sabores y las cualidades secundarias. Finalmente las cualidades terciarias dependen de la sustancia y de la forma, se anuncian por los resultados, y por ello se las da el nombre de ocultas propiedades. Estas no se reconocen ni por el sabor ni por otra cualidad sensible, sino por la esperimentacion. Por esta se sabe que muchas tienen la propiedad de provocar una secrecion particular y se las llama diuréticas emanagogas, diaforéticas, errinas, eméticas, drásticas alexifarmacas etc.

Si quisiéramos comparar la ciencia antigua con la moderna diríamos que la division primitiva de las facultades de los medicamentos correspondia ó era análoga á lo que los modernos llaman propiedades físicas, químicas y fisiológicas. Pero la clasificacion antigua de la mayor parte de las cualidades primitivas y secundarias es una ficcion, una confusion; porque es mas bien una clasificacion filosófica, que no esperimental. Las terciarias son mas positivas y sus nombres se han conservado en la ciencia, porque están fundadas en la observacion. Hoy no se duda que hay medicamentos que producen un aumento de secrecion de orina, de saliva, de flujo intestinal, pero que precisan circunstancias determinadas en el individuo para producirle. Lo mismo sucede con otras propiedades medicinales que son puramente condicionales, por cuya razon no se las puede clasificar y darlas nombres. Asi es que cualesquiera que sean las teorías fisio-patológicas dominantes, será siempre permitido admitir sustancias catárticas, diuréticas, emenagogas, sialagogas, errinas etc.

Al abstenerse los antiguos de dar esplicaciones sobre la naturaleza y origen de estas facultades, diciendo que esto solo compete á la experiencia, se han acreditado de mas prudentes y circunspectos que de costumbre; han emitido sobre esta parte de la ciencia una opinion razonable que ninguna revolucion científica ha quebrantado hasta ahora.

Lo único que se les puede censurar en su poca exactitud ó falta de severidad en la critica de sus esperimentos á la cabecera de los enfermos, de haber atribuido con demasiada ligereza á muchas sustancias virtudes admirables que la observacion ulterior no ha confirmado. Asi antes de colocar una sustancia en sus formularios asignándola tal ó cual virtud, debieran haberla sometido á repetidos ensayos clínicos, conformándose ó siguiendo en esto los escelentes consejos dados por los empíricos de la escuela de Alejandria.

En el mismo libro espone Fernel las razones que pueden motivar en muchos casos el empleo de remedios compuestos y traza las reglas

segun las que debe procederse á la mezcla de las diversas sustancias. Cita las formas farmacológicas y magistrales de que él se valia para administrar los medicamentos y las ventajas de ellas; entre otras, habla de las aguas destiladas, de los aceites esenciales, de las infusiones, de los cocimientos, de los extractos, de los jarabes, de los polvos, de las conservas; en una palabra, de casi todas las preparaciones usadas hoy en medicina.

Los tres últimos libros de su obra contienen la materia médica propiamente dicha y un pequeño formulario. Los medicamentos están colocados segun su modo de obrar en el organismo, colocacion que hubiera sido muy buena, si se hubiera apreciado bien su accion á la cabecera de los enfermos; pero desgraciadamente hemos visto que las dos facultades, primitiva y secundaria eran puramente hipotéticas; la tercera únicamente se fundaba en la observacion, aunque por desgracia las observaciones que habian servido para establecer esta facultad, no habian sido en todas las ocasiones hechas con el cuidado conveniente. Así pues, entre las virtudes atribuidas á las sustancias medicamentosas en los antiguos formularios, la mayor parte deben ser consideradas como hipotéticas ó exageradas ó falsas.

El juicioso Fernel conocia bien estos defectos, aun cuando se engaña á sí propio en el prefacio de su libro quinto cuando dice que; no admitirá en su materia médica sinó aquellos medicamentos de virtud probada, prefiriendo pocos y bien estudiados á muchos de virtudes dudosas. Apesar de esta protesta, asigna á bastantes, virtudes desconocidas, porque para evitar esta falta dice, hubiérale sido preciso refundir toda la ciencia; lo que es obra de los siglos, no de un solo hombre. No menciona las sustancias minerales introducidas recientemente en la materia medica, como el mercurio, el antimonio, el oro y el cobre; entonces se conocian poco los efectos de estos agentes tan enérgicos y que tan señalados servicios prestan á la medicina, apenas los manejaban los médicos; solo los charlatanes, los barberos, los alquimistas los administraban sin conocimiento de las indicaciones, produciendo su uso mas males que bienes. Debe aprobarse, pues, la circunspeccion de Fernel al escluir de su formulario medicamentos tan heróicos y tan poco conocidos entonces, porque su libro, destinado á la instruccion de la juventud, se hizo clásico en Europa desde su aparicion. Estos medicamentos que no harian daño manejados por médicos instruidos, producian mas fatales efectos en los enfermos en que se empleaban que las mismas enfermedades, por la ignorancia y temeridad de los medi-

castros que los tenían como una panacea dispuesta á resolver todas las dificultades que encontrarán en su camino.

## CAPITULO VII.

### **Patología y terapéutica externas.**

Siempre han adelantado mas estas dos ramas de la ciencia que sus compañeras la terapéutica y patología internas; es una ley encarnada en la naturaleza misma del objeto. Las enfermedades esternas son mas fáciles de conocer que las internas, se puede apreciar mejor su principio, seguir su marcha, sus fases y diversas modificaciones. Los remedios pueden aplicarse inmediatamente sobre la parte afecta y apreciar con exactitud sus efectos. Todas estas ventajas en favor de la cirugía hacen que esté menos sujeta á estraviarse que la medicina, que sus progresos sean mas constantes y mas ciertos.

Sin embargo, parece como invertida esta ley de progreso durante la edad media, porque entonces ejercian la medicina los hombres instruidos, mientras que la cirugía era cultivada por charlatanes, barberos, bañistas y matachines. A tal estado de infamia y degradacion habian llegado los hombres que se dedicaban á practicar operaciones, sobre todo en el Norte de Europa, que hasta exijian los artesanos á los aprendices una especie de limpieza de sangre, haciéndoles probar que no eran hijos de barberos, bañistas, pastores y matachines. Estos hombres fueron los únicos cirujanos en la mayor parte de las ciudades de Alemania á mediados del siglo XV y en casi todo el resto de Europa. En Italia y España la cultivaron en los siglos XIII y XIV algunos profesores, y en Francia la dieron algun brillo Lanfranc y Guy de Chauliac.

Si hoy se pregunta como es que un arte tan útil como el del cirujano cuya practica exige conocimientos tan estensos y tan variados, una sagacidad, un valor y desinterés extraordinario, un arte cuya necesidad se dejaba sentir en aquellos tiempos tan calamitosos en que solo se ocupaban los hombres en destruirse y cuyos servicios son mas precisos que los de la terapéutica interna, fuera abandonado por aquellos que debieran conocer su importancia y utilidad; por los doctores en medicina: contestaremos con el recuerdo del estado social de aquella época y especialmente con el de la profesion médica ejercida por el clero á quien se le tenia prohibido derramar sangre.

Entonces la sociedad se dividía en tres clases; la nobleza que lo abarcaba todo y estaba ocupada en sus contiendas; el clero, que ejercía ó disponía de los cargos públicos y era el depositario de la ciencia; y el pueblo que desempeñaba todos los oficios mas ínfimos, pagaba los impuestos y no poseía ningún privilegio. En esta división, el ejercicio de la medicina correspondía de derecho al clero, pero ya hemos dicho que por una disposición canónica les estaba prohibido derramar sangre bajo pena de excomunión. Así es que los mas entendidos abandonaron su práctica pasando á ser patrimonio de los laicos ignorantes y atrevidos. Otra razón tan valedera alejaba á estos doctores clerigos del ejercicio de la cirugía y era la falta completa de conocimientos anatómicos detallados y precisos, conocimientos tan indispensables al médico como al cirujano, pero mas aun á este. Verdad que es todos carecían de estos conocimientos, pero los cirujanos prácticos que no pertenecían al clero no eran tan ilustrados y no conocían tanto la necesidad y por consecuencia se cuidaban poco de comprometer su posición social, mas humilde de suyo que los doctores. La mayor parte de estos operadores eran ambulantes, andaban de pueblo en pueblo buscando enfermos para operarlos y solo se detenían cuando encontraban que hacer alguna cura. Generalmente estaban dedicados á la práctica de una ó dos operaciones, como la catarata, la talla, las hernias, y empleaban procedimientos que solo ellos poseían y transmitían á sus descendientes. La historia nos conserva los nombres de los mas célebres; tales son Branca y Norsini en Italia y Colot en Francia.

El arte, pues, no podía progresar entregado como estaba á manos tan inhabiles. Pero una vez cultivada la anatomía, aunque con timidez por los mas instruidos de los siglos XV y XVI brotaron los cirujanos célebres en todas partes, especialmente en Italia, entre los que figuran los Benivieni, los Berenguer de Caspi, los Vesalio, los Falopio, los Fabricio de Aquapendente y otros.

Mientras que los doctores clerigos querían descender al rango de operadores, los cirujanos querían ser médicos. Esta transformación se verificó en Francia, único país que tuvo un colegio especial de cirujanos. (1) Se llamaba colegio de S. Cosme y S. Damian y estaba en lucha abierta con la Universidad y los barberos. Una vez vencedor y otra vencido, pero jamás sometido, lo cierto es que al fin hizo las paces con la Universidad que se hermanó con él, disfrutó de los mis-

(1) Esto no es exacto, puesto que ya hemos dicho que también lo hubo en España.

mos privilegios é inmunidades que esta; haciendo al mismo tiempo que los barberos aumentasen y perfeccionasen sus estudios. Esto pasaba el año 1515. «Desde este momento, dice Mr. Malgaine, comenzó una nueva era para la cirugía de Paris. Los barberos estudiaban en la facultad un curso de anatomía y cirugía que les aproximaba insensiblemente á los cirujanos del colegio y se les espedia el título de barberos cirujanos, resultado que obtuvieron mediante la concesion de algunos de sus privilegios y un exàmen ante el médico y los dos cirujanos del Rey ó Chatelet, además del que recibian para graduarse de barberos. En cambio de su sumision á la facultad, los cirujanos tenian mas preeminencias que los barberos; en sus conferencias olvidaban las antiguas divisiones preparando otras nuevas de mejores resultados: barberos que llegarían á ser cirujanos, del colegio y cirujanos que fueran doctores y catedráticos de la facultad de medicina. (1)»

En este periodo se advierten los progresos de la cirugía; por un lado se asocia como profesion á la medicina de la que no se volverá á separar, y por otro se perfecciona como arte. A los nombres que contribuyeron á engrandecerla y que ya hemos citado, hay que añadir los Juan de Vigo, los Fabricio de Hilden, los Maggi, los Pedro Franco, los Feliz Wurz, los Jaime Guillemeau, \*los Daza Chacon, los Juan Frogoso, los Bartolomé Diaz Hidalgo de Agüero y otros; \* pero ninguno brilló, ninguno hizo dar á la ciencia pasos tan aventajados como Ambrosio Pareo, que de simple barbero, sin haber estudiado latin, llegó á fuerza de estudio y de génio á ser el primer cirujano de su siglo.

La vida de este profesor está tan íntimamente ligada á los progresos de la cirugía que citandola se retratan en parte sus progresos. Creo por esto que no me separo de mi objeto si saco de su biografía algunos pasajes que mas relacion tienen con la historia del arte.

Ambrosio Pareo. nació en Labal, hácia los años 1510 al 17, de padres pobres que no pudieron educarle convenientemente. Fué primero cirujano barbero en su pais, despues pasó á perfeccionar sus estudios á Paris por los años 1532 á 33. Asistió tres años en el Hotel Dieu de aquella ciudad donde supo grangearse la confianza de sus maestros, los que llegaron hasta permitirle operar alguna vez. Pareo gozaba con referir lo que le habia ocurrido durante su permanencia en el Hospital general, lo consideraba como uno de sus mejores títulos; lo que hace presumir que esto solo se reservaba para los jóvenes distinguidos.

(1) Introducion a las obras de Pareo TL. p. CLIII.

Sébase, dice él, en su prólogo, *que he permanecido tres años en el Hotel Dieu de Paris, donde he tenido ocasion de ver y palpar todas cuantas enfermedades aflijen al cuerpo humano; que allí he examinado muchos cadáveres y aprendido cuanto se sabe de anatomía, que he hecho pruebas públicas de suficiencia en las facultades de medicina.* Y en su apología, cuando un médico de Milan se maravilla del saber del jóven cirujano, advierte con cierto orgullo: *pero el buen hombre no sabe que he estado tres años en el Hotel Dieu viendo y tratando enfermos (1).*

No sabemos cual eran las funciones de estos aprendices barberos en los hospitales y que clase de instruccion recibian, porque no tenemos documento alguno que lo espese; pero es probable que estuvieran encargados de las curas, las sangrias, las autopsias, de asistir á las operaciones y acaso de suplir al maestro en los casos urgentes; poco mas ó menos como hacen hoy los internos de hospitales. Aprendian mirando lo que hacia el profesor y escuchándole cuando este se dignaba dirigirles la palabra en la visita, tenian frecuentes ocasiones de hacer autopsias, pero no habia verdadera enseñanza clínica; las comunicaciones entre el maestro y los discípulos dependian absolutamente del capricho del primero. Poco tiempo después de su salida del Hospital es cuando Pareo hizo su primera campaña, hácia el año 1636. Signó en calidad de cirujano al mariscal de Montegan jefe de la infanteria francesa en el ejército de Francisco I, que iba á la Provenza á impedir la invasion de Carlos V. Jamás habia visto ni curado ninguna herida reciente hecha por arma de fuego y no sabia de esto mas que lo que habia leido en Juan de Vigo. No repetiré aquí lo que el mismo dice relativo á este asunto; es preciso leerlo en su primer discurso ó en el *libro de las heridas por arcabuz* y en su grande apología, como seguia las huellas de los demás cirujanos, cauterizando las heridas con aceite hirviendo despues de la batalla del Pas de Suze. El aceite se le acaba y quedan una porcion de heridas sin cauterizar y el sensible cirujano pasa la noche sin dormir pensando en la suerte que espera á aquellos desgraciados, pero vé con asombro que estaban mejor los heridos no cauterizados. La casualidad le habia colocado en el buen camino, bastó para su génio este resultado, y al momento el jóven cirujano sin nombre, sin autoridad y sin instruccion se opone abiertamente á la cauterizacion de las heridas por el aceite hirviendo á pesar

(1) - Introduccion á la obra de Pareo TI. p. CCXXXII.

de tener que luchar con una doctrina generalmente admitida y sostenida por los mas eminentes cirujanos de la época. (1)

Los primeros autores que se habian ocupado de las heridas por armas de fuego las consideraban como venenosas ó complicadas con quemadura; en su consecuencia aconsejaban cauterizarlas con el aceite hirviendo ó con el hierro candente, y al mismo tiempo dar alexifarmacos con el objeto de contener los progresos del veneno. Juan de Vigo, médico del papa Julio II, asegura que la gravedad de estas heridas dependia de la forma de los proyectiles, del calor que arrastraban y de las cualidades venenosas que las comunicaba la pólvora. La consecuencia de esta teoría fué la adopcion del método incendiario que se empleaba hasta que Ambrosio Pareo se atrevió á protestar. En los tres años que duró la campaña, perdió á su maestro y volvió á Paris donde se casó con la hija del oficial encargado de preparar el lacre de los sellos de la Cancillería de Francia. En 1543 vuelve al ejército de Perpiñan á las órdenes de Mr. de Rohan, duque de Bretaña y allí dió tambien muchas pruebas de su gran penetracion. «Presumo, continua Mr. Malgaigne, que despues de esta campaña tuvo Silvio empeño de conocerle atraido por su reputacion entre los soldados y gefes. Pareo refiere que en la conversacion que tuvo con él, insistió mucho en la necesidad de colocar los heridos en la posicion que tenian antes de serlo para extraerles los proyectiles, precepto especial y completamente nuevo, el cual habia puesto en práctica Mr. Brissac, entrevista que honró mucho á ambos. Silvio, cuyas lecciones eran tan concurridas como las de Fernel, invitó á comer al jóven cirujano y escuchó con religioso silencio las observaciones y experiencias que habian servido á Pareo para establecer su doctrina sobre las heridas de arcabuz y le chocó tanto que le suplicó que la escribiera y la publicara. Pareo obedeció á la grande autoridad de Silvio, preparó el libro y lo publicó con láminas el año 1545, en Paris casa de Vivaut Gaulterot, librero de la Universidad, con este título: *«Nuevo método de tratar las heridas de arcabuz y otras armas de fuego, y de las de flechas, dardos y otros instrumentos semejantes, así como las quemaduras hechas por la pólvora, compuesto por Ambrosio Pareo, maestro barbero cirujano de Paris.*» (2)

Hacia poco mas de un mes que Pareo habia publicado la segunda edicion de su libro en el cual recomendaba todavis el cauterio actual

(1) Obras de A. Pareo pag. CCXXXIV.

(2) Ibidem pag. CCXXXVI.

para contener la hemorragia, cuando se puso á disputar sobre esto con Esteban de la Riviere y Francisco Rasse, cirujanos de San Cosme, sometiendo á su buen juicio el valor de la siguiente idea. «Puesto que se aplica la ligadura á las arterias y venas de las heridas recientes, porque no hemos de hacer lo mismo con las amputaciones? Los dos compañeros encuentran aceptable su parecer y solo esperan la ocasion de ponerla en práctica, lo que no se hizo esperar. Pareo amputó la pierna á un ayudante de Mr. de Rohan, herido de un tiro de culebrina en el sitio de Damviliers; no le aplicó el cauterio y tuvo el gusto de salvarle sin martirizarle. Este descubrimiento era tan importante como el primero; era por decirlo así, su complemento. Desde aquel momento el jóven cirujano, libró á los heridos y amputados de las torturas del fuego y del aceite hirviendo.

La cirujía militar, que hasta entonces habia estado torturada, dió un gran paso debido al génio de un barbero cirujano. (1)»

Esto sucedia el año 1552. En el mes de Octubre de aquel año el Duque de Alba, uno de los mas famosos generales del Emperador Carlos V, puso sitio á Metz, á donde tambien vino este á animar á su ejército el 20 del mes siguiente. «El Duque de Guisa, que tenia á sus órdenes siete príncipes y gran número de ayudantes, defendia la ciudad, sufriendo al mismo tiempo los ataques del enemigo, las fatigas del sitio y los rigores de un crudo invierno. El jefe sitiado habia establecido dos hospitales, uno para los soldados, otro para los prisioneros y habia obligado á los cirujanos de la ciudad á que asistieran á los heridos dándoles dinero para que proporcionaran lo necesario para ellos; pero su ignorancia era tan grande que no podian luchar con un conjunto de circunstancias tan desfavorables, así que todos los heridos se morian y la palabra envenenamiento circulaba entre las tropas. El duque envió al Rey uno de sus ayudantes llamado Tomás Delvêlche para decirle que la plaza podia sostenerse todavia dos meses pero que necesitaba algunos cirujanos y medicamentos. El rey envió á Pareo, le dió cien escudos, le encargó tomara los medicamentos que creyera necesario y le mandó á las órdenes del mariscal de S. Andres que mandaba en Verdun. El mariscal y Mr. Vieille-Ville que estaban á sus órdenes, sobornaron á un capitan italiano que se obligó por 1,500 escudos á introducir á Pareo, su ayuda ó su *hombre*, en la ciudad y al capitan enviado por el Duque. La expedicion no dejaba de ofre-

(1) Ibidem pág. CXXLVI.

cer peligro, y á la verdad, dice el cirujano, que *hubiera estado de mejor gana* en Paris; sin embargo entraron el 8 de Diciembre en Metz á media noche por la puerta del Mosella. Todos le conocian porque llevaba seis años de campaña y era reputado como el mejor cirujano. Al dia siguiente el jefe de los sitiados le presentó en la brecha á todos los principes y ayudantes que le abrazaron y le recibieron con gran contento. Desde aquel dia principió á curar la pierna de Mr. Mañan que hacia cuatro dias estaba confiado á un charlatan que le hacia sufrir horribles dolores. Al siguiente trepanó á Mr. Bugueno que recibió una pedrada en la cabeza y hacia catorce dias que habia perdido el conocimiento. Ambos curaron: resultados que aun la cirujía moderna puede considerar como extraordinarios y que vienen á confirmar la confianza que Pareo inspiraba á los heridos. (1)

La pequeña cofradía de S. Cosme y S. Damian, erijida de nuevo en colegio, no omitió medio alguno para poseer un hombre de tan gran reputacion y tan querido por el Rey, decidiendo que se admitiera á exámen al barbero cirujano, aun cuando no habia estudiado latin segun lo prevenian los estatutos: y cosa chocante, le admitieron gratis. En el año 1554 Ambrosio sufrio todas las pruebas y obtuvo los grados de Bachiller, de Licenciado y de Doctor. Siempre conservó igual favor en la corte á pesar de la rectitud y firmeza de carácter. Fué cirujano de cámara de Enrique II y Francisco II, primer cirujano de Carlos IX y Enrique III; lo que ha hecho decir que los reyes de Francia le trasmitian á sus sucesores como una dotacion de la corona. En medio del barrullo de los campamentos y de las numerosas ocupaciones de su clientela, tuvo tiempo para leer cuanto se publicaba sobre su arte y escribir un gran número de libros. Perfeccionó y aun enriqueció con algun descubrimiento todas las ramas de la cirujía, publicando al instante cuanto inventaba, en lugar de guardarlo como un secreto, como sucede hoy con bastante frecuencia. «Dice en el prologo de su grande obra de cirujía, *que siempre ha hecho á todos el bien que ha podido y que por ello no se ha rebajado, así como en nada disminuye la candela, sinó que todavia vienen muchos á inflamar sus resplandores.*

La doctrina de este cirujano sobre las heridas de armas de fuego se estendió rápidamente: desde el año 1550 la siguió Bartolomé Maggi, cirujano en Bolonia, y la apoya en esperiencias decisivas, pero no

(1) Ibidem pág. CCXLVII.

nombra á Pareo: hace observar que ningun herido de arcabuz habia sentido calor al serlo ni tenia la ropa quemada, el mismo la sacaba ilesa de entre la pólvora. Juan Lange la dió á conocer en Alemania. Leonardo de Botal célebre médico de Turín fué tambien uno de los primeros que salió á su defensa, pero callando tambien, como los anteriores, el nombre del inventor.

\*En España Dionisio Daza Chacon, Bartolomé Diaz Hidalgo de Agüero, Juan Fragoso, Juan Calvo y algunos otros. Estos cirujanos, especialmente el primero, rechazaron la funesta doctrina de Juan de Vigo y aun de los Arabes y aceptaron la corriente de Pareo, pero no tomada de este, sinó de la de un italiano llamado Micer Bartolomé que no hacia otra cosa que tratar las heridas por armas de fuego de una manera sencilla, como contusas. Veremos más adelante lo que dice Daza; verdadero representante de la cirugía militar en nuestro país, al cual debe la historia el siguiente recuerdo biográfico: acerca del porque aceptó la práctica sensata y cuerda del profesor italiano sin tener en cuenta lo dicho por el profesor francés.

DIONISIO DAZA CHACON, que bien en breve habia de eclipsar como cirujano español las glorias del gran Vesalio; nació en Valladolid sobre el año de 1503. Destinado por la inclinacion de sus padres, y acaso por una disposicion incomprensible de la Divina Providencia á la carrera de las letras; se inició en la Universidad de su pueblo natal, en los ramos preliminares pero indispensables á toda ciencia; son á saber: en la gramática latina y en la filosofía. Con la base de estos conocimientos cardinales, estudió la cirugía y habiéndose trasladado á la Universidad de Salamanca con el objeto de practicar aquella al lado y bajo la direccion de Ponce el Chico, célebre catedrático entonces de la Universidad salmanticense, se dedicó al mismo tiempo á la medicina, cuya carrera terminó completamente. Luego que la hubo concluido y recibido el competente grado de profesor, aprovechando la buena proporcion que nuestras guerras en Flandes le presentaban para sus adelantos en las ciencias de curar, con especialidad en la cirugía, á cuyo ramo se dedicó esclusivamente por ser apasionadísimo; entró al servicio del Emperador y en el ejército español en clase de cirujano militar.

Si como se debe en toda narración histórica, hemos de tener en cuenta hasta las mas mínimas circunstancias á fin de señalar con el mayor acierto posible los hechos biográficos; debemos suponer como todo fundamento que nuestro Castellano viejo permaneció algunos

años en la clase de cirujano al servicio de nuestro ejército peninsular puesto que, según el Sr. Chinchilla, perteneció á él tan luego como terminó la carrera de la medicina, cuyo cronologista conteste con el Sr. Morejon asegura no pasó á Flandes hasta el año de 1543, esto es, á los 40 de edad, y suponiendo en un término prudencial que recibiera la investidura de profesor á los 23 años, hallamos que cuando pasó á Flandes contaba 20 de ejercicio y practica; á cuya circunstancia es preciso atribuir el que el Emperador Carlos V teniendo por su dicha y fortuna de la nación española en aquella época memorable, tan esclarecidos profesores y tan aventajados como amaestrados operadores, destinase á nuestro DAZA, de cirujano al ejército expedicionario de Flandes y de Italia.

Aprestada toda la armada á la cual pertenecía como cirujano nuestro DIONISIO DAZA, se dió á la vela para Flandes bajo las inmediatas órdenes de D. Pedro de Guzman el año de 1543 en el puerto de Laredo, desde donde, despues de haber arribado y desembarcado en la Inclusa, marchó con toda la expedicion destinada á formalizar el sitio de Landresí. Sus estensos conocimientos en la cirugía le dieron bien pronto á conocer, no solo entre el ejército español, sino tambien en el anglo-borgoñés, mandado por el general flamenco Duque de Ariscoct; de modo que sin pretenderlo y solo por su merecida reputacion y nombradia, era consultado y buscado para asistir á todo lo mas principal de ambos ejércitos y en los casos mas árduos y mas desesperados; reuniendo á su saber, á su pericia y á su maestría, la bella cualidad de un carácter llano y afable. Cuarenta años contaba bien cumplidos, y aun se creia mozo para dirigir la curacion en casos arriesgados...! ¡ y todavia aseguraba, que al visitar á lo principal, era por que no habia muchos de quienes echar mano, como diciendo, que mas bien le obligaba la necesidad, que le animaba el convencimiento que tuviera de sus luces...!

Aun no se habían trascurrido dos meses desde que se formalizó el sitio de Landresí, cuando esta expedicion reunida al ejército del César despues de haberse posesionado de la plaza de Durá, se retiró á Valenciennes en cuyo punto se estableció por disposicion del mismo Emperador, un hospital quirúrgico, quedando á su cuidado como cirujano primero y por orden espresa de S. M. nuestro DAZA CHACON. Para calcular cuales serian sus resultados operatorios, cuales sus desprendimientos, cuales sus virtudes como ciudadano y como cirujano en el desempeño del cargo que se le encomendara, baste decir, que el

tiempo de tres meses único que permaneció al frente, fué bastante para que el Emperador desde Bruselas, donde á la sazón se hallaba, le nombrase atendidas estas circunstancias y cualidades, su cirujano de cámara con el salario de tal mientras la guerra; honor y distincion justa, pero que bien pocos han alcanzado despues. Un profesor de su clase y de su mérito no podia quedar arrinconado en tan apuradas circunstancias, y en las cuales, suelen los profesores de la ciencia de curar prestar mas servicios á su patria que un escuadron de guerreros, pues si estos con su arrojo alguna vez sorprenden y conquistan, es siempre destruyendo; cuando el profesor castrense lleva consigo la vida y el consuelo á los infelices heridos y moribundos, quienes sin un socorro pronto, acertado y eficaz, perecerian indudablemente y en el instante, víctimas de un enemigo cien veces mas temible que los proyectiles del cañon, que el acero cortante de una espada; asi que, determinado por el Emperador el sitio de San Disier, no solo llevó consigo á Daza, su cirujano de cámara, sino que le encargó el cuidado de 500 heridos de nuestro ejército al asaltar la plaza. Sus medidas y la direccion que para las curaciones diera á otros ocho profesores que quedaron á sus inmediatas órdenes, fueron tan acertadas que en el término de cuatro meses y en medio de la escasez y penuria de toda clase de utensilios, despachó con altas á la corte del Emperador completamente curados mas de 400 de aquellos infelices, no habiendo perdido sino dos de todos los restantes. Al siguiente año (1544) habiendo enfermado gravemente Juan Vazquez, primer secretario del despacho de S. M., dispuso este, que para la completa curacion se trasladase Vazquez á Madrid, asistido y cuidado por dos de sus profesores de cámara, el Dr. en medicina Aguilera y nuestro cirujano DAZA, el cual, no bien hubo desempeñado su comision, cuando sin descansar de tantas fatigas intelectuales y materiales, regresó á Bruselas donde le llamaba el cuidado del ejército y del César. Asuntos interesantes y acaso de familia le hicieron regresar á España y á fijarse en Valladolid, en cuya ciudad permaneció CHACON, hasta el siguiente (1547) que por espreso mandato de Carlos V, despues de haber vencido al Duque de Sajonia, marchó á la ciudad de Augusta en Alemania.

Si hubiéramos de creer en la predestinacion, nuestro Emperador debió tenerla acerca del azote mas temible que todas las guerras y que tan de cerca amenazaba á la ciudad de Augusta, pues apenas habia llegado nuestro VALLISOLETANO, cuando se desarrolló en la ciudad una fiebre tan mortífera, que se vió obligado el César, á disponer, que

todos los españoles contagiados se reunieran é incomunicaran en una casa extramuros de la poblacion. Esta circunstancia aciaga para el vecindario y ejércitos, dió motivo á nuestro cirujano DAZA CHACON para que pudiese á toda prueba su filantropía médica y su patriotismo cívico admitiendo y recibiendo gustoso el nombramiento de profesor de aquel lazareto, precisamente en la ocasion (segun confiesa él mismo) que todos ó los mas lo rehusaban.

Ajustados los esponsales entre el príncipe Maximiliano primo hermano de nuestro primogénito infante D. Felipe II con la infanta D.<sup>a</sup> María, hermana de este é hijo del César augusto, á principios del año 1548 tuvo la honra nuestro DIONISIO DAZA, no solo de formar parte del cortejo festivo y nupcial que debiera acompañar á Maximiliano desde Alemania á España, sinó tambien, la de haber sido elegido por el César, cirujano de cámara del príncipe novio, en prueba del alto aprecio y distincion que de sus conocimientos en la ciencia tenia de él Carlos V; en cuyo servicio continuó, hasta que habiendo partido para Alemania el príncipe Maximiliano y su familia, fué trasladado al de la cámara de la princesa D.<sup>a</sup> Juana, hermana tambien de Felipe II é hija de Carlos V.

Poco tiempo fué necesario para que esta princesa satisfecha de las virtudes de su cirujano DAZA, y confiada en su ciencia y profundos conocimientos, le hiciera seguir en su servicio y comitiva cuando marchó á Lisboa para contraer nupcias con el padre del que habia de ser su hijo, del niño é infante don Sebastian, heredero á los tres años del reino de sus antepasados, por defuncion, primero de su padre, y al poco tiempo de su abuelo D. Juan de Portugal.

Viuda la princesa D.<sup>a</sup> Juana hácia el año de 1554, ó 55, regresó á Valladolid, y en su acompañamiento nuestro DAZA siempre estimado y favorecido de tan alta y esclarecida persona. Á los dos años sobre poco mas ó menos de haber regresado de Lisboa la escelsa viuda doña Juana, esto es, en el de 1557, queriendo dar á su cirujano DAZA una nueva prueba de su aprecio y distincion; le confirió la plaza de cirujano del hospital real y militar de la corte (Valladolid) vacante por la defuncion de Herrera. Mas apenas hubo tomado posesion de su nuevo destino, cuando acudieron á su alteza en queja los procuradores de la ciudad por no haberse contado con ellos para la provision segun costumbre y fueros. Quejas hasta cierto punto tan fundadas, no podian ser desatendidas de quien como S. M. solo queria la equidad y la justicia, al propio tiempo que el mejor acierto en negocio

tan trascendental: en su consecuencia, despues de haber oido el dictámen del consejo real, se determinó proveerla por oposicion pública, fijando al efecto edictos convocatorios en todas las principales poblaciones de la monarquía, en los que se señalaba en recompensa, al que la obtuviera, habitacion de valde y el sueldo anual de ochenta mil maravedises. Advertidos los mas de los 45 opositores, que se contaba en este número nuestro DAZA CHACON, desistieron de su propósito á escepcion de los Sres. Victoria y Diez doctores por la universidad de Alcalá y del licenciado Torres. Para la mas completa justificacion fueron censores todos los médicos y cirujanos de cámara, asistiendo tambien obligatoriamente los Sres. del Consejo, los Alcaldes de casa y corte y muchos grandes títulos de Castilla. Los ejercicios se redujeron á dos, uno teórico sostenido por un opositor y rebatido por los demás y otro práctico acerca de una dolencia dada, siendo el resultado de todos, reponer en su destino á nuestro DAZA por cuatro votos contra dos. Un resultado tan brillante debido únicamente á su mérito científico patentizó la justicia con que procediera S. A. la princesa D.<sup>a</sup> Juana al agraciarse con la plaza, y para demostrarla y hacerla pública, mandó que todos los médicos, cirujanos, alcaldes y títulos que habian presenciado las oposiciones, acompañasen en el paseo público, como en cortejo á su cirujano, dando con esta satisfaccion pública, una leccion bien dura pero merecida á quienes se habian quejado por la gracia que concediera á su cirujano CHACON al presentarle la plaza del hospital de la corte. Seis años desempeñó este destino nuestro DAZA, el cual tuvo al fin, que renunciar, no tanto por el mucho y penoso trabajo, como por habérselo así ordenado el príncipe D. Carlos á cuya cámara se hallaba destinado como cirujano; sin que por todas estas circunstancias perdiera la gracia de la princesa, quien por su parte le señaló la cantidad de veinte mil maravedises para aumentar la renta anual de ochenta mil que disfrutaba por el príncipe.

Elegido D. Juan de Austria, capitán general de nuestras galeras; dispuso el emperador que el cirujano DAZA dejase el servicio del príncipe D. Carlos y de la princesa D.<sup>a</sup> Juana para atender al cuidado de su hijo; lo que se verificó en el año 1569 y á los 63 de edad embarcándose con el mismo príncipe en nuestro puerto de Cartajena. De allí, despues de corridas las costas de Berbería y hecha escala en el Peñon, en Melilla y en Oran; vino con toda la tripulacion á desembarcar en Barcelona desde cuyo punto se trasladó á Madrid. Apenas era llegado, recibió una carta autógrafa del rey

mandándole trasladarse inmediatamente al cuartel general del otro D. Juan de Austria que se ocupaba en el sitio de Granada; y nuestro DAZA sin estorbo alguno por los años, ni por los trabajos, cumplió las órdenes soberanas del Emperador, poniéndose á las de D. Juan el año de 1570.

Á juzgar como biógrafos, nos es lícito creer que nuestro DAZA era destinado á los ejércitos como un gefe superior facultativo, como un verdadero inspector, pues de otro modo no se explica, ni su corta permanencia en un punto, ni su inesperada traslacion á otro y á otros. Que esto fuese así, lo indica naturalmente el estado belicoso que en aquella época memorable en los fastos de nuestra historia patria, ostentara nuestra nacion magnánima. En las mas de las extranjeras tremolaba la bandera española y con ella marchaban sus hijos victoriosos. Sus ejércitos no estaban reconcentrados en un solo terreno; dominaban á muchos y estendian por ellos, su religion, sus leyes, y sus costumbres.

Admitidos estos hechos, esplican aquella congetura y dan razon del porque, al año siguiente ó sea en el de 1571, le volviese á mandar S. M. trasladarse á Lepanto, bajo las órdenes de D. Juan de Austria que se ocupaba en hacer la guerra al Turco. En obediencia á esta soberana disposicion se embarcó de nuevo en Cartagena, corrió la derrota del mar Mediterráneo por el peligroso llano de Valencia, aportó á Barcelona, y de aquí, tambien por mar, arribó á Génova, desde donde marchó á Nápoles y Sicilia, y por último á Corfú en cuyo punto se hallaba S. A. Don Juan de Austria. Al lado y servicio de este príncipe, y bajo sus inmediatas órdenes, permaneció dos años, desempeñando con el mayor lucimiento todos sus cargos hasta el año de 1573; terminada la jornada de Lepanto, regresó á su patria y á la villa de Madrid, tocando primero y desembarcando en el puerto de Peñíscola.

Negocios diplomáticos dieron en aquella sazón motivo á que el rey D. Felipe II concertase con D. Sebastian de Portugal una entrevista en Nuestra Señora de Guadalupe; y su primera diligencia fué hacerse acompañar de su médico-cirujano DAZA, á quien, por último, despues de la jornada, se dignó jubilar en el mismo Guadalupe, con todo el sueldo que en activo servicio disfrutaba y con la libertad de poder elegir para su domicilio y descanso, el pueblo que mejor le acomodase; atendida su avanzada edad, teniendo en cuenta sus reiterados y buenos servicios, y acaso tambien presente, que no pudiera soportar las fati-

gas anejas al desempeño de la Medicina castrense en la próxima jornada que para la guerra de Portugal iba á empeñarse.

En medio de su vida activa y laboriosa; sin embargo de las privaciones, consiguientes al servicio de los ejércitos durante unas hostilidades como las que sostenian entre los nuestros y los extranjeros; el castellano viejo DAZA, gozó siempre de una salud robusta y en tal extremo, que á los 71 años, se creia con fuerzas todavía suficientes para seguir la expedicion de Portugal.

Estas son las palabras que en su obra de Cirugía dice al fin del prólogo con referencia á esta opinion nuestra.

*Fué la merced doblada por dos razones: (habla de la jubilacion). La primera por ser yo el primero, á quien S. M., y el Emperador, su padre, de gloriosa memoria, jubilaron de esta Facultad. Y la otra por ser ocho días antes que S. M. partiese para la guerra de Portugal, donde habia mas necesidad de mi servicio.*

Sus virtudes, su cortesanía y su caballerosidad, están bien significadas con reparar, que siempre en su dilatada carrera de 37 años por lo menos, estuvo al servicio de las personas reales y á la cabeza en nuestro ejército, como profesor. Fué el primero entre todos sus compañeros que alcanzase la distincion de ser jubilado y con el sueldo del Erario, y el primero tambien, que sin las injusticias tan frecuentes ahora, obtuvo por su saber y pericia en rigurosa oposicion, una plaza del hospital de la córte.

Sensible es por cierto no saber á punto fijo el año ni la edad en que muriera nuestro DIONISIO DAZA, aunque es de presumir fuese cumplido el de 1580 y á mayor edad que la de 77 años, puesto que en este mismo (1580) está censurada la obra de Cirugía que dió á luz en Valladolid siendo mas que probable viviese en aquella época; al menos esto se infiere de su prólogo.

Tambien la circunstancia de haberla escrito en su pueblo despues de jubilado, es una razon convincente para creer moriria en él, pues no debe inferirse que á su edad avanzadísima y habiendo visto tanto y tan bueno, hubiera tenido otros nuevos deseos.

Conservó íntimas relaciones con los primeros profesores tanto nacionales como extranjeros, con tal aceptacion en Cirugía que baste asegurar, se honraba el gran Vesalio de la compañía de nuestro paisano y compatriocio, cuando tenia que tratar asuntos practicos. Séanos permitido tributar á sus manes el mas grato recuerdo, la mas justa veneracion. ¡Dichoso él, que contára sus dias en una época médica mas

justificada y justiciera... ¡y dichosa su memoria, que en la historia de nuestra medicina patria ocupa las páginas correspondientes á épocas cuyo carácter principal era la probidad!.. (1)

Daza resolvió mucho antes que Pareo las cuestiones propuestas por este á Silvio y á los cirujanos de S. Cosme. En la primera el cirujano francés se ocupa de la situación que ha de tener el herido para extraer el proyectil causa de su herida. A esto Daza dice lo que sigue: «lo primero que hay que hacer es poner y colocar al herido en la misma postura que estaba cuando fué acometido, porque si le poneis ó situais de otra manera, los músculos toman otra postura y sitio y así se cierra el orificio de la herida ó se hace mas angosto, de manera que no podeis sacar ninguna cosa de las que necesariamente se han de sacar.»

En la segunda marca las condiciones que debè tener el cirujano, lo que debe entenderse por cosas estrañas en las heridas y la manera que se han de sacar y los instrumentos necesarios para ello en las palabras que siguen: «que para sacarlas es necesario cirujano docto y muy experimentado, como muy largamente tengo tratado en el libro 1.º, cap. X; que los que no lo son, luego entran cortando y dislacerando con los dedos, y con herramientas con una crueldad terrible; que si lo cometiesen á naturaleza, escusarian muchos accidentes que vienen, y acaban los heridos, y ella lo viene á echar por espacio de tiempo sin lesion ni daño ninguno, así que esto se ha de hacer con mucha discrecion. Y como dijo Hipócrates, ninguna cosa se ha de hacer atrevidamente, ni dejarse cuando conviene, ni todas las heridas se han de ampliar, ni todas las balas se han de sacar, y menos abriendo por la parte contraria, sino hacerlo cuando convenga, y cuando aproveche y sea muy necesario, que malos accidentes que le han de sobrevenir, como cuando la pelota comprime algun nervio que por su gran sensibilidad sobrevienen grandísimos dolores, ó cuando entra en la cabeza, ó en el pecho, ó en las tripas, aunque las de la cabeza tienen muy mayor peligro que otras ningunas: á estos es mejor sacarselas en la

(1) Además de los cirujanos escritores, que como Pedro Arias de Benavides, Francisco Arceo, Francisco Díaz y los que en adelante citaremos, habia otros que sostenian muy alto el crédito de la ciencia quirúrgica en España. Tal era el cirujano Angulo, titular de la ciudad de Burgos, gran conocedor del tratamiento de las heridas de arcabuz, que fué llamado el 19 de Febrero de 1534 por mandato expreso del Emperador Carlos V según carta fechada el mismo día, mes y año en Vitoria y dirigida al Consejo de la ciudad, para asistir y curar en Pamplona al Capitan D. Fadrique de Acuña, herido en el sitio de Fuenterrabía, sin que durante su ausencia de dicha ciudad se le descontase nada de su salario. En el archivo de dicho Consejo hay muchos documentos médicos pertenecientes á dicho Rey dignos de publicarse.

primera cura si fuera posible, que no diferirlo, porque como la pelota es pesada, algunas veces muda el lugar, y así se halla con mas dificultades.»

«Téngase cuenta con que algunas veces suelen venir grandes flujos de sangre, y con la codicia de sacar la pelota no atienden los imperitos á él; y es un accidente á quien se ha de echar el ojo por ser tan peligroso. Si hubiere fractura, y algunos pedacillos de hueso estuvieren pegados con el periostion, si se pueden sacar sin peligro, sacarlos, sino dejarlos, porque la naturaleza hace mayores milagros que sacarlos; que aun las balas se suelen echar hasta el cuero, de donde con facilidad se sacan, como yo he sacado muchas.»

Algunos instrumentos hay para sacar las pelotas, y los más de los que pintan no aprovechan: y si quereis os diga una verdad con juramento, que de infinidad de estos heridos que he curado, muchos mas sanaron de los quedaron las balas en el cuerpo, que no á los que se las saqué, y así, si se las podia sacar con facilidad las sacaba, y si no las dejaba, porque de dejarlas nunca tuve mal suceso, y de sacarlas muchos. Digoos esto, porque no penseis que toda la felicidad está en sacar la pelota para el buen suceso de la cura, aunque os digo que es grandísimo alivio para el herido ver que le han sacado la bala, porque le parece que viéndola queda seguro de todo. Y luego meter el dedo por la herida, porque en fin, como tiene tan gran sentido, mejor se percibe con él lo que está dentro que no con la tenta, y si con esta no lo hubierdes de hacer por estar la bala muy metida, mira que ni sea muy gruesa, ni muy delgada, sino que tenga el medio, y siendo de esta manera no se os esconderá nada ni penetrará mas de lo necesario, y así ha de tener la punta redonda y obtusa: pero todavía aconsejo que si se pudiere hacer con el dedo, que no se haga con la tenta; y si por el orificio que hace la bala no pueden salir las cosas estrañas que están dentro de la herida, lo primero que habeis de hacer es ampliarlo un poco, como la ampliacion que hicierdes no sea peligrosa.»

Una vez que ha dado estos consejos Daza, espone los motivos que tuvo para desechar la práctica de Juan de Vigo y Alfonso Ferreo, seguida hasta entonces por el y por Vesalio, diciendo.

«Sacadas las cosas estrañas, las que con mucha comodidad se pudieren sacar; hareis la primera cura, no de la manera que hacian Ioanes de Vigo, y Alfonso Ferreo, que estos como tenian por muy cierto que estas heridas eran venenosas, entraban cauterizando, ó con cauterios actuales ó con potenciales, y así embutian las heridas de lechi-

nos muy empapados en tormentina y aceite de saluco muy hirviendo; y esta manera de curar usamos el año 44, estando la Magestad del Emperador Carlos V de gloriosa memoria, sobre Landresi, y esta usaba el doctísimo Vesalio, con la cual manera de cura, no solo los heridos eran infestados con grandísimos dolores, y otros accidentes perniciosos, pero las llagas se hacian consordidas, y putridas que no nos podiamos averiguar con ellas. Estando luego adelante la Magestad Católica con su ejército sobre Sandesier, vino al campo un Cirujano italiano que se llamaba Micer Bartolomé, muy docto y de mucha esperiencia, y comenzó á curar estas heridas muy de otra manera que nosotros las curávamos, que era como si curara una herida contusa, con lo cual ganaba muchos escudos y mucho crédito, que como no martirizaba los heridos, como nosotros lo haciamos, con los cauterios, todo le sucedia bien, y curava en brevísimo tiempo, en respecto de lo que nosotros nos duraban las curas. Visto y entendido el negocio, por los buenos sucesos (determinamos de seguir su parecer, y con él tuvimos muchos y buenos sucesos, á lo menos quedando yo en aquella fuerza por mandado de su Magestad con quinientos heridos por nomina, sanaron tantos de ellos, que en diversas voces fueron á la Corte, que se tuvo por muy buen suceso, y todos se curaron de la manera que curava el Italiano. Y tengo por cierto, que si le curaran de la otra, perecerian muchos. Acertó tambien en aquella sazón venir al ejército el Dr. Laguna, el que comentó á Dioscorides, y nos aprobó la cura de Micer Bartolomé, y que en Italia principalmente en Roma, se usaba aquella práctica.»

En la tercera Pareo se propuso acordar lo conveniente para contener las hemorragias, concluyendo por aceptar la ligadura, no aplicada aun en los casos de amputacion. Nuestro cirujano dice que son cinco los medios para atajar en estas heridas la sangre cuando esta sale en cantidad, ya para debilitar el organismo y poner en grave peligro su accion, ya para impedir la cicatrizacion: el primero es coser la herida como lo manda Galeno y Avicena en los capítulos 5.º de su *Método de curar* y 47 del *Cánon*. El segundo el quitar la sutura, abrir la herida y espolvorearla muy bien con algunos de los polvos ya dichos. (1) El tercero, atravesar la vena ó arteria y cortarla del todo al través. Porque Galeno da razon de esto en su *Método de curar* cap. 3.º y en el 8.º de las

(1) Estan compuestos, de incienso, almáciga, tierra foliada y bol arménico, mirra, acibar, harina fina. Todo esto mezclado ó batido con clara de huevo hasta darle consistencia de miel.

*Administraciones anatómicas* diciendo que como se corta la vena ó arteria, se retiran las partes de la vena y se meten debajo de la carne y esta misma la aprieta tanto, que no deja salir la sangre. El cuarto se hace laqueando la vena ó la arteria y así lo dijo Galeno en el capítulo 3.º del libro que primero hemos citado, que á su vez y juntamente con otros lo tomó de Hipócrates en su libro de las *Enfermedades vulgares* cuando poniendo las maneras como se habia de atajar el flujo de sangre: dijo *Deligatio*: entiendo por la laqueacion y la ligadura. El quinto es la aplicacion de remedios que tengan la fuerza del fuego y cuando estos no la presentasen, aplicar el mismo fuego.

Daza aconseja la amputacion de los miembros estriemenados por la parte sana y á distancia (1) sin emplear cuchillo rusiente como era de práctica, pero diciendo que se cauterice después todo, menos el círculo del cuero encargado de cubrir la solucion de continuidad. Esclavo aun en esto de los consejos de los Arabes, principalmente de Albucasis, no supo ó no se atrevió á sacudir su yugo y continuó en perpetua contradiccion consigo mismo siempre, puesto que tal error lo estampa en otras ediciones posteriores de su libro.

Fragoso viene después sosteniendo la misma doctrina de Daza, pero adelantándose á decir algo mas que este acerca de los medios mas conducentes para adormecer la intensidad de los dolores, no solo en los casos de contusion, sino en todas las ocasiones en que se tenia gran dolor. Se pregunta que debe hacerse y como se hace para adormecer la sensibilidad y contesta, *«que usando el zumo de beleño, cicuta, mandrágora y adormideras y que estos zumos se envuelvan en una esponja nueva, la cual después de seca al sol, se meta en agua caliente para que la huela el enfermo hasta que se duerma.»* Esto no es mas que la anestesia moderna menos perfecta y acabada y mas rodeada de peligros, pero verdadera y original cual correspondia al eminente cirujano que la describe: anestesia que estendió á cualquiera parte del cuerpo que tuviera que sufrir los efectos de algun instrumento cortante, puesto que dice se apliquen á ella los polvos de la *Piedra mephieres* *«para que no se sienta cortar.»*

Pero quien hizo progresar mas la terapéutica quirúrgica en lo que tiene relacion con las heridas de arcabuz fué Bartolomé Diaz Hidalgo de Agüero, con su nuevo método de la via particular y su empeño en desterrar la práctica violenta y martirizadora de quemar y mutilar.

(1) Libro 9.º pág. 180 y siguientes.

Este cirujano principia por sentar una série de proposiciones hijas de su esperiencia, que contienen toda su doctrina, reducida á unir todas las heridas por primera intencion, valiéndose para ello de la sutura sangrienta; fundado en que con esta no se marcha tan facilmente el calor nativo que es para Agüero el *todo* en la curacion de esta clase de heridas. Si en la doctrina de este profesor no reinara cierto exclusivismo que rechazan de consuno la razon y la esperiencia y que ya Fragoso llamó la atencion del mismo autor; hubiera sido, acaso, la última palabra que pronunciara la cirugía en esta clase de cuestiones, pero esta circunstancia disminuye bastante el mérito del profesor sevillano y hace que los que le sucedieron no acogieren su doctrina con el interés que inspira una verdad tan grande como la que estampó en su libro. Los demas cirujanos de este siglo, especialmente Juan Calvo, volvieron á incurrir en casi los mismos errores que Juan de Vigo, debido á la tibieza con que en un principio los partidarios de Agüero sostuvieron las opiniones de su maestro, para volver despues á la práctica conservadora, como diremos en su lugar. Es pues cierto que nuestros cirujanos del siglo XVI habian modificado la práctica mutiladora de Juan sin tener en cuenta lo que hacia el cirujano barbero de Paris, qual pretende el autor de este libro, y que ya por sí, ya imitando la práctica del cirujano italiano que hemos mencionado, concluyeron con tantas preocupaciones y errores como contenia la doctrina del cirujano de Julio II. \*

Me he estendido algo sobre la teoría de las armas de fuego porque este género de lesiones desconocidas de los antiguos habia adquirido entonces una grande importancia que se aumentó de dia en dia, por la creacion y adopcion de esta especie de instrumentos. No tengo tiempo para descender á pormenores relativos á los adelantos de las demas ramas del arte; estos encontrarán su oportunidad en el periodo siguiente cuando echemos una ojeada retrospectiva sobre cada una de las principales operaciones quirúrgicas.

## CATITULO VIII.

### **Obstetricia.**

Ya tengo dicho y no veo inconveniente el repetirlo, que la obstetricia es una rama de la cirugía que á causa de su importancia, merece ser estudiada por separado. Ya he llamado la atencion sobre la circunstancia de que, con bastante frecuencia, la vida de dos individuos de-

pende de una maniobra hábil, de una indicacion bien hecha. Los grandés cirujanos del siglo XVI sintieron esta verdad y no olvidaron un arte tan bienhechor, pero ninguno de ellos se ocupó de una manera tan especial como Jaime Guillemau discípulo y comensal de Ambrosio Pareo. A él se deben las primeras mejoras que los modernos han llevado á cabo en este arte. Citaré como una de las hechas, el terminar artificialmente el parto en los casos de hemorragia considerable y de convulsiones. Guillemau apoya este precepto en la autoridad de Hipócrates y lo que es mejor todavia en un gran número de hechos que prueban cuan útil es esta práctica y cuan peligroso es faltar á ella cuando está indicada.

La operacion cesarea habia sido conocida de los antiguos Griegos y Romanos, pero durante la edad media habia sido abandonada como tantas otras. Algunos cirujanos de aquel tiempo trataron de rehabilitarla, entre otros Francisco Roussel médico del Duque de Saboya que lo recomienda con calor. Refiere nuevos y muchos casos de buen éxito para la madre y para el hijo. El mas notable de todos es el de una mujer de Milly seis veces operada y muerta á la sétima por ausencia del cirujano que la habia salvado antes. Desgraciadamente estos hechos no tienen todas las garantías de autenticidad.\* Nuestros profesores Damian Carbó (de Mallorca) y Luis Lovera (de Avila) se ocuparon con esmero de esta parte de la cirujia y con bastante criterio. El primero escribió un libro con este título: *Libro del arte de las comadres ó madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños*, dividido en dos partes. En la primera despues de encomiar la necesidad del estudio del arte de partear y de las circunstancias que deben tener las comadres, pasa á describir los organos de la generacion, los signos de la preñez, la conducta que durante ella deben observar las mujeres, los sintomas del aborto y otras particularidades anejas á la funcion gestadora. Despues explica lo que es y como se efectúa el parto, el cual está, segun su juicio, subordinado al mayor ó menor crecimiento del feto, teniendo por esto como cosa natural un parto antes de los nueve meses ó despues de ellos; la facilidad ó dificultad de él y de los medios que debe emplear el comadron en el caso de carecer de vida el producto concebido, concluyendo con dar consejos para la extraccion de la placenta y el régimen que ha de seguir la parida. En la segunda espone cuanto es preciso poner en práctica para remediar los accidentes del puerperio y concluye con un tratado acerca de la dificultad de la generacion, así en el hombre como en la mujer. El se-

gundo, otro cuyo título es: *Libro del régimen de la salud y de la esterilidad de los hombres y las mujeres y de las enfermedades de los niños y otras cosas utilísimas*, en cuyos capítulos 3.º, 4.º, 5.º, 6.º, 7.º, 8.º, 9.º, 10, 11, 12 y 13 se ocupa de los medios de impedir el aborto, de las señales que demuestran haber muerto el feto, del aborto y sus síntomas, de las señales del parto, del que es natural y el que no, del que se efectúa con facilidad ó lo contrario, de los medios mas á propósito para hacerle fácil y de los que convienen en los difíciles; concluyendo con aconsejar la conducta que el comadron y las parteras deben seguir en los casos de retencion de la placenta y los medios mas conducentes para impedir ó corregir la série de enfermedades à que estan espuestas las paridas en el puerperio. Los capitulos hasta el 42 los dedica al exámen y descripcion de las enfermedades de los niños recién-nacidos, á los medios curativos y preservativos de ellas sin que en semejante tarea omita nada de cuanto se sabia en el tiempo que escribió su libro.

## CAPITULO IX.

**Clinica.**

Hemos dicho ya que la clinica es una rama de la ciencia médica; es la ciencia enseñada á la cabecera de los enfermos; es la teoría puesta en presencia de la realidad. En vano es que el jóven médico se alimente de los preceptos de los mas grandes maestros, en vano que escuche por un gran número de años á los mas sábios profesores y grave en su mente sus lecciones, sinó las comprueba á la cabecera de los enfermos: su doctrina y el conocimiento de ella será imperfecto. Podrá poseer entonces nociones generales bastante estensas, pero ignorará una porcion de detalles que no pueden describirse con la palabra y que solo viéndolos se pueden aprender. Será acaso muy apto para discutir sobre las mas arduas cuestiones de la ciencia, para arrancar aplausos de los que le oigan, pero no será todavía mas que un mediano práctico que se aturdirá ante una enfermedad grave y complicada y que no sabrá distinguir entre una multitud de síntomas, los que debieran servir para formar la primera indicacion, de aquellos que son accidentales; que no tendrá, en fin, resolucion para obrar con prontitud y energía en un caso en que corre riesgo la vida del enfermo: porque decision semejante no se adquiere sinó con el uso. De esta manera si el discípulo no practica por sí, ve al menos practicar al

maestro y adquiere la experiencia sin ningun peligro para los enfermos. En una palabra, la enseñanza clínica es el complemento indispensable de toda educacion médica.

En los tiempos primitivos, cuando la medicina solo se componia de un pequeño número de nociones fáciles de retener en la memoria, cuando estas solo se perpetuaban por la tradicion, no habia otro modo de enseñar la ciencia que la clínica, las lecciones de entonces consistian mas en ejemplos que en preceptos, el discípulo se asociaba al maestro en calidad de ayudante ó de adjunto; bajo su direccion se habituaba á ver enfermos y distinguir los males, á preparar y administrar los medicamentos. Mas tarde se continuó lo mismo, cuando el ejercicio del arte medico era peculiar de los sacerdotes; las obras de Hipócrates están llenas de historias admirables para el tiempo en que se escribieron. Pero despues de la fundacion de la escuela de Alejandría no habla nada la historia de la enseñanza clínica de la medicina. Las historias trazadas con arreglo al modelo de las escuelas asclepiadeas se fueron haciendo muy raras, porque se paraban poco en observar á los enfermos, gustaba mas á los profesores disertar sobre la naturaleza del hombre, la esencia de las enfermedades, la accion primitiva de los medicamentos, que observar con paciencia los síntomas y describirlos con sencillez, tales como los presentan los sentidos.

La invasion de la filosofía en el dominio de la medicina fué una de las principales causas del abandono de la observacion clínica. Estos hombres estraños á la práctica se imaginaron y persuadieron á los demas, que no era necesario, para esplicar la naturaleza, detenerse en apreciar los fenómenos sensibles, sinó que se debía penetrar por la inteligencia mas allá de estos; investigar la constitucion intima de los seres, sus principios elementales é invariables, de donde dependen, segun dicen, las formas aparentes ó movibles que impresionan nuestros sentidos. En su opinion, este era el único medio de asentar en sólidas é inmutables bases la ciencia, mientras que del otro modo no puede crearse nada con estas condiciones.

Esta filosofía sofisticada estravió á los médicos hasta el estremo de querer remontarse al conocimiento de la vida con solo algunas nociones anatómicas y fisiológicas, de conocer su mecanismo, de determinar la manera de formarse las enfermedades ó sus causas ocultas y de dirigir la accion de los agentes terapéuticos contra estas afecciones rudimentarias. Sustituyeron con hipotesis abtrusas los sencillos resultados de la observacion y creyeron haber levantado el edificio científico sobre

una base inquebrantable, porque le habian establecido sobre un fundamento inaccesible á los sentidos, y por lo tanto, al abrigo de sus ilusiones y de su inestabilidad.

En esta doctrina pierde la observacion clínica toda su importancia, no es ya el rayo de luz que debe iluminar todos los pasos de la ciencia y hacerla progresar; es solo una luz débil é incierta que no sirve mas que para dirigir al artista en la aplicacion de las reglas fijas descubiertas por la inteligencia, no sin haber iluminado antes la ruta de la razon humana y haber servido de punto de partida á la inteligencia para elevarse á las verdades mas sublimes.

En vano algunos sábios desilusionados por la esperiencia del poco valer de las teorías se esforzaron en volver á los médicos al estudio de los fenómenos proclamando que nuestros conocimientos sobre la naturaleza de las cosas no van mas alla de las sensaciones, en vano afirmaron que el único medio de aumentar nuestros conocimientos consiste en añadir nuevas observaciones á las ya conocidas; no se les escuchó; porque el espíritu humano no se aviene bien con esta lentitud, y la imaginacion goza con adelantarse mas que el tiempo.

Prefirieron la ciencia basada en dogmas que creyeron fundados en la esencia de las cosas, al estudio penoso, incansante é inagotable de los fenómenos sensibles. La pereza y la vanidad encontraron excelente acogida en esta última doctrina. Sin embargo no se perdió por completo la costumbre de observar los hechos y describirlos tal como se presentaban á la observacion. Los empíricos fueron fieles á su bandera y la tradicion refiere que habian recogido desde los primeros tiempos de la Escuela Alejandria un numero considerable de historias clinicas, que perfeccionaron despues Areteo, Celio Aureliano y otros, sin que hayan tenido que añadir cosa notable los modernos.

Despues de la muerte de Galeno, durante el trascurso de tiempo que hemos nombrado la segunda edad de la medicina, los príncipes de la ciencia, aun en medio de su esterilidad habitual, solo nos han transmitido un pequeño numero de hechos clinicos interesantes, algunos de los que hemos ya citado, tales los que corresponden á las fiebres eruptivas cuya descripcion completa hicieron los Arabes, pero que no pueden considerarse como hijas de la esperiencia clínica.

Mucho tiempo despues del renacimiento de las letras en Europa, estaba olvidada la enseñanza clínica tan útil á los progresos de la ciencia y tan indispensable á los jóvenes médicos. Esta circunstancia ha hecho pronunciar á Pinel las siguientes palabras que parecerán

algo severas: «Me parece que las primeras ediciones de los libros griegos, al principio del siglo XV debieron aconsejar la restauracion de los estudios clinicos, como la mejor garantia de una sólida instruccion y de los progresos ulteriores de la ciencia; pero esta idea feliz tardó en ponerse en práctica mas de dos siglos, porque solo se ocupaban los médicos de disputar sobre asuntos de ninguna importancia, alejándose del verdadero camino para hacer progresar la ciencia; cual es el estudio de las enfermedades á la cabecera de los enfermos.» (1)

Me parece que este célebre nosólogo no aprecia, con la justicia que debiera, los servicios prestados á la ciencia por los médicos de este período. Verdad es que no tubieron la buena idea de fundar la enseñanza clinica tal como hoy existe en nuestros hospitales; verdad es que se ocuparon mas de investigaciones filosóficas que de la observacion de la naturaleza: pero qué otra cosa mejor podian hacer que volver á despertar al espíritu humano tan dormido durante tantos siglos; que restaurar la ciencia griega en toda su pureza, tarea penosa é ingrata, pero necesaria, que debia preceder á su reforma? Y sin embargo los médicos del siglo XV no olvidaron por completo, como mas arriba se afirma, el estudio de los fenómenos sensibles y la descripcion de las enfermedades. Principiaron á describir epidémias por el estilo de las de Hipócrates, dignas de figurar al lado de ellas, observaron una multitud de enfermedades nuevas, inventaron medios terapéuticos desconocidos de los antiguos; en fin, en el siglo XVI algunos médicos llevaron el espíritu reformador hasta un extremo abusivo, como veremos mas adelante. Se conquistaron, pues, un nombre histórico como clinicos Nicolás Masa de Venecia; Juan Crato de Crafftheim; Remberto Doodens, Juan Schenck, Felix Platero, Pedro Foresto, Marcelo Donato, Luis Dureto, en fin Guillermo Baillou, digno por sus conocimientos y carácter de figurar á la cabeza de la reforma médica que comenzó en el siglo XVII.

Nada prueba mejor los adelantos que hizo el arte de observar y descubrir los fenómenos patológicos en la época del renacimiento que el gran número de enfermedades nuevas á las ya conocidas que mencionan los médicos. Por primera vez se ven en sus escritos los nombres de sífilis, coqueluche ó tos ferina, escorbuto, plica polaca, rafania.

No puedo creer que todas estas afecciones, algunas de las que alteran profundamente la economía hayan aparecido al mismo tiempo

(1) *Diccionario de ciencias médicas* en 60 vol, palabra Clinica.

en Europa, ni tampoco es verosímil en que las relaciones políticas y comerciales, el descubrimiento del nuevo mundo, la frecuencia de los viajes marítimos, en una palabra, las modificaciones en la higiene pública y privada por consecuencia de tantos acontecimientos hayan dado origen á tantos males desconocidos. Lo probable es, diré casi seguro, que la mayor parte de estos males existían ya, pero que no los habían descrito minuciosamente hasta entonces.

Los médicos modernos no están de acuerdo sobre el origen de una de estas enfermedades, es decir, sobre la sífilis: los unos opinan que se presentó espontáneamente en Europa al terminar el siglo XV; otros creen que ha sido importada del Nuevo Mundo á Europa; otros, en fin, y es el mayor número, no ven en la sífilis mas que una de tantas degeneraciones de la lepra. Vamos á discutir cada una de estas opiniones y elegir la que nos parezca mejor.

I. La primera tiene en su apoyo á los mas antiguos historiadores de la sífilis, que la consideran como una especie de peste (lué venerea) desarrollada bajo la influencia de una constitucion epidémica particular. Dicen que apareció casi al mismo tiempo en toda Europa; en Berlin, Halle, Brunswick, en la Lombardia, en la Pulla, en la Auvernia etc., y por eso creen que es imposible que se haya propagado tanto y con tanta rapidez por los solo efectos de un comercio impuro. Mas están muy discordes en la apreciacion de las causas que dieron ó han podido ocasionar esta constitucion. Leoníceno las considera como producidas por las grandes inundaciones que hubo en muchos puntos de Italia al finalizar el siglo XIV. El calor del sol secó la tierra y los pantanos sobrevenidos en los terrenos bajos, hicieron desprender miasmas que dieron origen á la enfermedad venerea y apoyaba su dicho con la autoridad de Hipócrates y Galeno. En efecto, estos autores, dicen, que en tiempo humedo, cuando solo reina viento Sud ó que no hace aire sobrevienen flujos, constipaciones de la nariz y las orejas, úlceras en la boca, pústulas y supuraciones en los órganos genitales.

Otros atribuían su presentacion á la influencia de los astros, tal es cuando se verifica la conjuncion de Saturno con el signo Aries ó la del Sol, Mercurio, Júpiter ó Marte con el signo Libra. Muchos rechazan estas esplicaciones curiosas y solo ven en el mal un castigo de Dios por su libertinaje. Van-Helmont veía en la sífilis el resultado de la copula de un hombre con una burra llena de lamparones. Andrés Cesalpino el producto de la mezcla que habían hecho los Españoles de su sangre con el vino. Gabriel Falopio un veneno que los pérfidos

Napolitanos habian echado en los pozos donde sacaban agua los Franceses.

Semejantes estravagancias no merecerian la pena de ser referidas, sinó pintáran gráficamente el espíritu del siglo y no pusieran de manifiesto hasta que grado arrastraba á los hombres mas ilustrados el amor á lo maravilloso.

Fernando Gonzalez de Oviedo, intendente general del comercio del Nuevo Mundo, bajo el poder del emperado Cárlos V, autor de una *Historia de las Indias orientales* impresa el año 1545 fué el primero que dijo que el mal era originario de America. Dice que habiendo vuelto Cristóbal Colon de su segunda espedicion el año 1496, la mayor parte de los marineros y soldados que le acompañaron marcharon á las órdenes del gran Capitan Gonzalo de Cordoba á combatir á los Franceses que habian invadido el reino de Nápoles: añade que estos fueron los que contajaron á los Franceses y Napolitanos el mal que habia traído de la Isla de Sto. Domingo, donde asegura que es endémico entre los naturales del país. La mayor parte de los médicos admitieron como buena la relacion de Oviedo sin tomarse el trabajo de examinarla, viniendo depues Astruc á apoyar la opinion del intendente Fernando con la publicacion de su libro sobre el mismo mal.

Desgraciadamente para la veracidad del historiador español consta por testimonios auténticos que el mal apareció en Nápoles al concluir el año 1493 ó principios del 94, es decir, dos años antes de la llegada de la flota española. En un decreto del Parlamento de Paris relativo á los venenos se lee lo que sigue: «Porque hoy 14 Marzo (1496 ó 1497) hay en esta ciudad de Paris muchos enfermos de cierta enfermedad contagiosa llamada sífilis que hace dos años hace muchos estragos, tanto aquí como en otros puntos.» Si hubiera necesidad de otras pruebas para invalidar la opinion de Gonzalez de Oviedo, añadiríamos otras muchas partes de su obra en la que deja entreveer una grande animosidad contra los habitantes del Nuevo Mundo; los asemeja á los Cananeos, y á los Españoles con el pueblo de Dios, á fin de vestir con la apariencia de una verdadera justicia las atrocidades que cometió con los pobres indios durante su mando.

La opinion que atribuye á los soldados y marineros que acompañaron á Colon en su primera tentativa la traida del mal, cae tambien, como la precedente, ante un exámen serio. Se sabe que este atrevido navegante, al volver de su primer viaje fué á desembarcar á Lisboa por efecto de una gran tempestad que le obligó á refugiarse

allí, donde el Rey D. Juan II le obsequió esplendidamente. De Lisboa hizo rumbo al Puerto de Palos donde desembarcó en uno de los días del mes de Marzo del año 1493. De aquí fué por tierra á Barcelona acompañado de ochenta y dos hombres y nueve indios, donde á la sazón se encontraban los Reyes Católicos: allí permaneció algunos días, marchando despues á Cadiz para preparar su segunda expedicion. Pues bien, la enfermedad no se conoció hasta despues de muchos años en todos los puntos que tocó en su viaje ó que permaneció con los que le acompañaban, mientras que en el mismo año ó del año siguiente de su llegada á Europa se presentaban numerosos enfermos de venereo en Italia, Francia Alemania y otros puntos.

Los escritores de esta época que sostienen el origen americano de la sífilis insisten mucho sobre el valor de la consideracion siguiente: «Dicen que el Omnipotente ha colocado el antídoto al lado del veneno; ahora bien, la corteza del guayaco que se puede considerar como el mas precioso específico contra los accidentes sífilíticos es originario de las Indias, de donde se sigue que la afeccion que tiene que combatir debe haber nacido allí tambien.» Esta manera de discurrir ha perdido hoy toda su fuerza.

III. La opinion que la sífilis es una degeneracion de la lepra ó una de las numerosas formas de esta afeccion parece mas antigua que las anteriores. Al paso que ha ido envejeciendo ha ido ganando terreno y hoy es la mas acreditada entre los médicos. Para apreciar su verdadero valor y el fundamento en que se apoyan sus partidarios, es preciso hacer un paralelo de los principales síntomas atribuidos antiguamente á los que hoy presentan estas dos enfermedades.

Los primeros que escribieron de la sífilis dicen que por lo comun principia por pústulas anchas que se manifiestan desde luego en los órganos genitales ganando enseguida todo el cuerpo, de donde la ha venido el nombre vulgar *de mal venereo*. Estas pústulas no iban acompañadas de fiebre como en las viruelas, jamás llegaban á una perfecta madurez, pero se convertian en pústulas adherentes á la piel ó en úlceras serpiginosas. Pronto se dejaban sentir dolores en los miembros que se aumentaban por el calor de la cama. Despues sobrevenia al cabo de unos días, alguna vez muy pocos, otras muchos; el temible cortejo de los accidentes consecutivos, bubones, úlceras en la boca, la nariz, los ojos; las vegetaciones ó escrescencias de todas

formas, la alopecia, las manchas, los exotosis, la necrosis etc. Los flujos, tan conocidos hoy, y que muchas veces constituyen solos el mal, no los conocieron sino veinte años despues como un síntoma del mismo. Se admitió tambien que la mayor parte de los accidentes llamados consecutivos ó constitucionales podian presentarse, aunque rara vez, al instante; es decir, sin haber sido precedidos de ningun otro síntoma de infeccion.

Asombrados algunos observadores de la rapidéz con que se propagaba desde su principio, creyeron que el contagio podia efectuarse con solo respirar el aliento de los enfermos. Sin embargo, la mayor parte opinaron que era preciso el contacto inmediato con las partes ulceradas ó con los flujos del derrame, opinion que se hizo pronto general. Tales son en resúmen los caracteres que presenta la sífilis á su aparicion.

Veamos ahora los que los antiguos atribuian á la lepra. En los libros sagrados de los judios se lee:

«El hombre en cuya piel ó carne apareciese color diverso ó postilla ó alguna cosa como reluciente parecido á la llaga de la lepra, será llevado al sacerdote Araon ó á alguno de sus hijos.

....«El hombre que sufre una enfermedad estraña al uso del matrimonio será impuro. Se juzgará que sufre este accidente cuando á cada instante desprenda un humor. Todos los puntos donde duerma ó donde se asiente serán impuros. (4)»

Hipócrates, Areteo, Galeno, Celso y los médicos árabes, hacen mencion de flujos gonorróicos ó derrames de semen; hablan de pústulas, de úlceras; de flemones, de escrecencias, de verrugas, que tienen su asiento en los órganos genitales y partes circunvecinas. Los satiricos latinos, Horacio, Juvenal y otros designan accidentes de este género como el fruto de una vergonzosa lubricidad. Los escritores de la edad media son mas esplicitos en esto que los de la antigüedad; Guillermo de Saliceto que vivia en el siglo XIII, es decir, 200 años antes de la esplosion de la epidemia sífilítica dice, que sobrevienen con frecuencia bubones despues de un coito impuro, *quám accidit homini in virgá corruptio, propter concubitum cum fáde muliere, aut ob aliam causam*. Lanfranc habla mas claro todavia. «Las úlceras del miembro provienen, unas veces de pústulas inflamatorias que se abren, otras de la acritud de los humores, otras del comercio con una mujer que habia sido infectada de antemano del mismo modo. Si se quiere preservarse

(1) Levítico cap. XIII vers. 2 cap. XV vers. 2, 3, 4. Traducción de Le Maître de Sacy.—Véanse tambien los prolegómenos del *Tratado de higiene* de Mr. Lévy. Paris 1844 II.

de la infección, conviene tan pronto como se tenga concubito con una persona sospechosa, labarse con agua y vinagre despues del acto, (1)» Juan Arderu habla de orinas quemantes, vulgarmente llamadas *purgaciones*, que eran con frecuencia producidas por ulceraciones de la uretra ó por flujos.

No puede negarse, dice un escritor moderno, de grande autoridad en la materia, que es tan grande el parecido entre las enfermedades de la piel conocidas en los primitivos tiempos con las de los modernos, que es imposible, en muchos casos decidir, si es ó no venerea una afcción. La única razon que se puede alegar en contra de la identidad, es que los antiguos no creían en el contagio de estas enfermedades, si se exceptúan algunos herpes, algunas úlceras corrosivas y la lepra. Además una enfermedad puede suceder á otra sin que deba presentar los mismos síntomas, basta que la última se parezca algo á la precedente para que la domine y la haga desaparecer. No es esto lo que ha sucedido al concluir el siglo XV y principio del XVI? En este tiempo eran frecuentes la lepra y la elefantiasis: habia hospitales especiales para estos enfermos, pero poco á poco se quedaron desiertos y los destinaron á otra cosa. (2)»

La aparición súbita y simultánea de la sífilis en Europa, aparición que los primeros historiadores han referido como una cosa extraordinaria y casi milagrosa, persuadidos como estaban que la enfermedad era nueva, esta especie de subita ubiquidad, se explica bien cuando se mira á la sífilis como una degeneracion de la lepra, enfermedad en extremo comun en aquella época. Se concibe, en efecto, que desde el instante en que los médicos comenzaron á establecer una linea de separacion entre los accidentes de la lepra y los de la sífilis, principiaron á disminuir los primeros en la misma proporción que parecían aumentar los segundos.

Todos los escritores de aquel tiempo marcaron la gran semejanza que existe entre los síntomas de estas dos enfermedades, y aun dicen que una de ellas se puede trasformar en la otra y así recíprocamente. Se tomaron contra la propagacion de la sífilis las mismas precauciones que contra la lepra; los reglamentos de las leproserias sirvieron de modelo á los de los lupanares, porque la sífilis inspiró desde el principio casi el

(1) Lib. III cap. II.

(2) Cullerier *Diccionario de ciencias médicas*. Palabra Sífilis.—*Diccionario de medicina y cirugía* art. sífilis t. XV pág. 176.—Mr. Lagnean profesa la misma opinion sobre este punto de doctrina.—Véase el *Diccionario de medicina* en 21 volúmenes, palabra Sífilis.

mismo horror que la lepra y este horror no se disminuía sinó á medida que se hallaban medios cada vez mas eficaces para curarla.

Así, pues, la opinion que considera la sífilis tan antigua como el mundo, reúne las mayores probabilidades y si no la han adoptado al momento, consiste sin duda en que lisonjeaba poco el gusto de un siglo apasionado por lo maravilloso.

Sanchez, médico portugués, fué uno de los primeros que combatieron la opinion del origen americano de la sífilis y recuerda cierto número de pasajes que autorizan á pensar que esta enfermedad habia comenzado en Italia y propagádose á casi toda la Europa. (1) Somete á una crítica severa y luminosa el libro de Astruc y lo refuta victoriosamente, crítica que apenas dió fruto, pues permaneció casi olvidada hasta que Hensler volvió á hacerla diez años despues apoyado con minuciosas investigaciones que llamaron la atencion de la Europa entera y echaron por tierra mas de una conviccion. (2) Mr. Jourdan que ha examinado minuciosamente todas las opiniones concluye, con Hensler que todos los accidentes que se han atribuido hoy á la sífilis datan desde la mas remota antigüedad, pero que no han empezado á ser mirados como procedentes de un mismo origen, (un coito impuro) hasta el fin del siglo XV. Esta última opinion es la adoptada en nuestros dias; sin embargo de que no están conformes todos los sífilígrafos, entre los que citaremos á Mr. Gibert cuya autoridad es de mucho peso en esta ocasion. (3)

\* La antigüedad de la sífilis ha sido puesta en duda por respetables historiadores y sífilígrafos que la dan solo la fecha del descubrimiento de la América por Cristobal Colon y sus compañeros de viaje. Para el objeto primordial del médico poca importancia tiene esta averiguacion, pero no es lo mismo para el historiador que está obligado á poner en claro los sucesos, á asignarlos fecha y á sacar de ellos las consecuencias que entrañan para enseñanza de las generaciones venideras. Bajo el punto de vista histórico es de necesidad apuntar ciertos datos que pongan al investigador en camino de resolver las dudas que abrigue ó que los demás le hagan abrigar por consecuencia de la diversidad de opiniones que reinan en la ciencia sobre un punto determinado.

(1) *Disertación sobre el origen del mal venereo*. Paris 1752.—*Exámen histórico sobre la aparicion de la enfermedad venerea en Europa*. Lisboa 1774.

(2) *Geschichte der Lustseuche die zu Ende des XV Jathrhunderts in Europa ausbrach*. Altona 1783, 1794, 2 vol. en 8.º

(3) Véase el principio de su memoria sobre las sífilides, inserta en las *Memorias de la Academia de Medicina*. Paris 1843 tom. X, pag. 503 y siguientes y sus *Investigaciones históricas sobre la lepra* insertas en la *Revista médica* cuadernos de Julio y Agosto de 1810.

Es sabido por cuantos cultivan la ciencia de Esculapio que cada órgano tiene un modo de sentir especial y un modo tambien especial de padecer, tanto mas manifesto cuanto mas se le hace exagerar sus actos. Es sabido además que los mismos órganos, cuando enferman, irradian sus efectos á mayor ó menor distancia haciendo que participen de su malestar otros vecinos ó mas ó menos distantes. Triste verdad es por cierto que los hombres ponen á prueba con sus excesos sus órganos reproductores y los hacen caer en inercia desgarradora ó enfermar de una manera especial, cual acontece cuando á alguna parte de ellos mina el mal conocido con el nombre gráfico de sífilis (*amor suicio*). Nada, pues, tiene de extraño que estas condiciones extraordinarias, unidas á muchas especiales en que se colocan los mismos órganos por consecuencia de la repetición incésante de actos generadores hayan dado lugar al mal cuyo origen se trata de averiguar. Llenos están los libros sagrados de citas que atestiguan la presencia del mal gálico, llenos los autores griegos y árabes de textos que evidencian la presencia desde los tiempos mas remotos del mal corroedor de muchas existencias ó acaso, segun opinion de eminentes profesores, el promovedor de cuantas lesiones crónicas aqueja la humanidad. En Castilla era mas antigua su existencia que el descubrimiento del continente americano segun testimonio de algunas personas notables y principalmente del bachiller Fernan Gomez de Cibdad-Real, médico del Rey D. Juan II. Este médico asistió del mal de bubas al anciano Almirante de Castilla D. Alonso Enriquez, escribiéndole despues la siguiente trova en el tono zumbon que apreciara el lector, como censura á su atrevimiento y poca precaucion.

El viejo que quiere mozo

es sobrado con mugeres

Parecer,

El gozo le cae en pozo;

Cá mas duelos que placeres

Va á tener.

Bien lo sentis vos, señor,

Ca no han pasado seis dias

Que bebistes,

Aquel maldito licor

Que con falsas correntias

Lo volvistes.

E del fedor de las heces,  
 Que alcanzó en su celda á oler  
 Mal pecado  
 Predicando Villacreces  
 Os lo dió bien à entender  
 Disfrazado.

No es solo el bachiller Fernan el que escribió antes de este suceso sobre el morbo gálico, lo hicieron tambien los Valencianos Pedro Pintor, Gaspar Torrella, Juan Almenar (1) y nuestro Castellano Villalobos, que siendo aun estudiante en Salamanca, escribió un libro con el título *Sumario de la medicina con un tratado en verso de las pestíferas bubas*, (Salamanca, en folio 1498) poema muy superior á los demás publicados posteriormente por otros profesores y tan lleno de verdad que nada nuevo han dicho los sifiliógrafos modernos acerca del mal, objeto del poema. Apuntaremos algo de lo que Villalobos espone en alguno de sus metros; pero antes hablaremos de su vida, toda vez que su reputacion exige un puesto en la historia de la medicina y en especial, en la española.

Es desconocido el pueblo de su naturaleza, pero atendida la costumbre de los autores de aquel tiempo que ponian como apellido el nombre del lugar donde nacieron, se cree es de Villalobos, pueblo de la provincia de Zamora, partido judicial de Benavente. Nació el año 1474, fecha que guarda relacion con la que publicó sus problemas en Zamora y se dedicó desde muy jóven al estudio de la medicina por consejo de su padre, médico tambien, muy reputado en el país donde nació Villalobos. Estudiante era aun, y dedicó sus ratos de ocio á escribir de asuntos médicos, entre ellos el poema sobre las bubas ó bubones pestilenciales, con lo cual acreció grandemente su reputacion para no decrecer despues á pesar de las grandes vicisitudes de su vida profesional. Médico por la Universidad que entonces llevaba la bandera civilizadora, se dió á

(1) El primero escribió un libro con el siguiente título. *De morbo fado et culto his temporibus affligente*. Roma, en folio 1500. En él aconseja emplear el mercurio mezclado con la saliva para dar fricciones en el sobaco. Este libro, acaso único ejemplar en Europa segun dice nuestro popular anatómico Sr. Gonzalez Velasco; se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Nápoles guardado en una caja. Al dueño de él, le costó una peseta y lo vendió al establecimiento por cien duros. El segundo otro denominado, *Tractatus cum consiliis contra pudendagram sive morbum gallicum* Roma en 4.º 1499.— *Dialogus de dolore cum tractatu de ulceribus in pudendagra evenire solitis* Roma en 4.º 1500. El tercero otro con este mote, *Libellus ad evitandum et expellendum morbum gallicum ut nunquam revertatur Venecia* en 4.º 1502. Este médico fué el primero que se opuso a la salvacion mercurial diciendo: *nocumentum in ore nullum accidere permittas*: idea que se han querido apropiarse otros.

conocer por su talento, alcanzando á serlo de Fernando el Católico, del Emperador Carlos V y de su hijo Felipe. Burlon y caustico por su edad y complexion no le faltaron enemigos que lo hacian aparecer como encantador y hechicero, acusándole por esto á la inquisicion que lo prendió y tuvo encarcelado por espacio de ochenta dias sin dejarle ver durante ellos á su familia, hasta que convencido el tribunal de su inocencia le puso en libertad. Tantos contratiempos y tantas amarguras le infundieron el deseo de abandonar la Corte, porque mas atento á su independencia que á hacer fortuna no podia fingir ni disimular nada que estuviera fuera de la rectitud de sus intenciones. Hizolo, en efecto, y marchó á su país donde permaneció poco tiempo ocupado en redactar otras obras que pronto le habian de obligar á encargarse de aquello mismo que dejó por consecuencia de la mal querencia de algunos de sus émulos. Volvió á su puesto de médico de Felipe II, y en el permaneció casi hasta su muerte que acaeció el año de 1560.

Villalobos empieza su poema con una invocacion á Esculapio. Dice que mientras surjía un nuevo mundo, una epidemia desgarradora, cruel, contagiosa y desconocida, á la cual nada resistía, se extendía como un azote destructor sobre todos los pueblos.

«Mal villano que principia, dice, por el punto mas villano de nuestro cuerpo

Es muy gran bellaca

Y así ha comenzado

Por el mas bellaco lugar que tenemos.

Se ocupa despues de las causas que la han producido y haciéndose eco de los dichos de algunos teólogos afirma que no son verdad sus apreciaciones y lo prueba diciendo que lo mismo son acometidos los justos que los pecadores. Otros teólogos mas sensatos dijeron que la epidemia era una consecuencia de la depravacion de las costumbres y que por eso empezaba casi siempre por los órganos de la generacion, fundándose en que no enfermaban los que guardaban continencia. Villalobos espresa estas opiniones en los siguientes versos.

Algunos dijeron la tal pestilencia

venir por lujuria en que hoy peca la gente

y muéstrase propia y muy justa sentencia

cual es pecado la tal penitencia.

La parte pecante es la parte paciente,

etc.

Sigue pasando revista á las demás opiniones que como la de los astrólogos achacaban la epidemia á una conjuncion de Saturno y de Marte; y por fin á la de los médicos que dicen, es un producto de un exceso de flegma y humor melancólico, unido á un calor y sequedad escesiva del hígado debido á la intemperie del aire y á las costumbres disolutas de los que recadaban.

Pasa despues á dar nombre, á indicar como principia, á clasificar y tratar la enfermedad y lo hace de la siguiente manera:

Debemos nombrarla la sarna egipciaca

Que así es tan perversa como ella y bellaca

Enviada de Dios por castigo y por pena.

Mas cuando en tal miembro esta huba ó llaguita

Mayormente si es sin dolor y esta dura

Dolor de cabeza y color negrecita

Espaldas cargadas y el sueño se quita.

y aquello que sueña es en loco y no cura

en labios y en párpados de ojos negra

y en su trabajar perezoso y aflito,

y tiene la vista turbada y oscura

á tal como á este si tienes cordura,

dirás que le viene la sarna de Egipto.

Esto es ni mas ni menos que lo que hoy se llama sífilis constitucional dicho sin tanta figura retórica como se acostumbra, con el único fin de escribir un tomo para darse la importancia de autor original.

El mal enseñoreado del organismo causa grandes estragos que todo el mundo conoce ya. Villalobos para pintarlos se espresa así.

Mas cuando ya vienen las negras postillas

Da luego un dolor de junturas terrible

primero en los hombros, despues en rodillas

y de ellas descende á las espinillas

y en sus telas hace un dolor impasible

y de controparse el humor en aquellas

gastando lo que es mas sutil, la calor;

unos durujones se hacen en ellas.

la frente y cabeza padece como ellas

de secas y nodos de aquel grueso humor.

Estudia despues las modificaciones y formas que hoy conocemos con el nombre de sifilides y pasa despues á esponer las opiniones del vulgo y de algunos médicos acerca del tratamiento. Unos aconsejan una alimentacion reparadora, otros la dieta, otros los purgantes. Pues Villalobos da razones, por cierto bien singulares, al menos contra estos métodos de tratamiento. Se revela contra los que emplean las fricciones mercuriales, pues dice: que si bien es cierto que con este medicamento se curan los dolores articulares, en cambio apagan y aun destruyen la sensibilidad de la parte enferma diciendo

Mas otros curaban aquesta pasion  
que siempre habian sido de albardas maestros  
haciendo de azogue y de unto una uncion  
que daba al dolor gran mitigacion.

Pero á continuacion decia,  
que como el azogue es mortificativo  
quitaba el dolor destruyendo el sentido.

Dice que si la sensibilidad vuelve á aparecer  
Porque como natura de noche y de dia  
de esprito vital á este tal provenia  
vuelve con ella los dolores.

No cree en la conveniencia de provocar al principio grandes sudores porque dice que con ellos solo se espulsa la materia mas tenue, mientras que queda dentro la mas crasa y espesa. En su lugar aconseja que se vea si hay algun vicio en la sangre y si le hay

Sángrese luego de basilica vena  
de parte contraria si un hombro dolió  
si duelen los dos juntamente, mandó  
sangralle ambos brazos el nuestro Avicena  
y el de fumo-terre jarope le dad  
que es muy apropiado en humores adustos  
y do hay flema salso es extremo en bondad  
dos onzas de un golpe sea su cantidad,  
etc.

Unido esto á lo espuesto en las estrofas siguientes completan el tratamiento mas adecuado para curar el mal á juicio del médico poeta,

Prosigue esponiendo el modo de administrar una porcion de remedios, diciendo que si lo que manda se hace con orden conseguirá su propósito el enfermo=*porque este es camino de pronto sanar*. Y para concluir encarga al mismo que no altere el régimen, que no vuelva á pecar, que abandone los malos pensamientos y que tenga mucha calma.

Se, pues, por lo que antecede que este poema contiene de una manera clara y precisa una descripcion del mal venereo tal cual hoy se conoce. Para escribirlo con tanta precision y verdad, emplearía Villalobos algun tiempo y veria muchos enfermos, aquí, en el mismo punto en que lo escribió é imprimió, y no contaria para nada con los descubridores del nuevo mundo á quienes se les culpa de ser tambien los autores del conocimiento de la enfermedad sifilitica.

Los partidarios de la importacion americana del mal venereo se apoyan en lo dicho por Oviedo y cuyo valor ya hemos visto en las palabras del autor, y en lo que espone el Dr. Rodrigo Ruiz Díaz de Isla, en su *Tratado llamado de todos los Santos contra el mal serpentino* (1) venido de la Isla española, tratado impreso cerca de medio siglo despues de la espedicion de Colon y lleno defectos que invalidan la opinion que quiere sostener. Lo que no puede negarse á este autor es el haber marcado con verdadera precision el método de usar moderadamente el mercurio, pues si bien Pintor, los hermanos Torrella y Juan Almenar lo habian hecho, sus consejos no tenian fundamento tan práctico como los de Isla. Y sin embargo, pronto fué desacreditándose el remedio por haberse apoderado personas impéritas de él, ya por sí, ya por la célebre autorizacion espedida en Sevilla por los Reyes Católicos á fines del siglo XV para que le empleasen cuantos quisieren, dando lugar á un gran desorden y á males incorregibles por abuso del enérgico remedio. Esto hizo que algunos gobiernos tomasen medidas coercitivas contra los que sin titulo alguno abusaban de las fricciones por temor á los estragos que producian, medidas que vino á sancionar por el momento la circunstancia de haber traído algunos Españoles los leños sudoríficos con los que en Haiti y otros puntos de América se curaban los indios sus dolencias reumáticas y otras muchas: *guayaco, zarzaparrilla, la raiz de china y el sasafras* y con los cuales se curaron algunos que habian tomado un gran número de veces las fricciones de azogue. Hoy sabemos á que atenernos en cuanto al valor de los primeros y en cuanto al del metal liquido. La esperiencia de

(1) Llamábase serpentino por que compara la fealdad de la serpiente con lo espantoso del mal.

tantos siglos ha confirmado lo dicho por el escritor andaluz y ha hecho sentir otros nuevos preceptos que hacen sea el mercurio un poderoso remedio para curar el mal de bubas y los leños sus auxiliares en todos aquellos casos que ofrecen resistencia al poder modificador del cuerpo metálico y sus compuestos.

## CAPITULO X.

**Ciencias naturales.**

No solo el cultivo de la medicina fué objeto de nuestros médicos de los siglos XV y XVI, sinó tambien de las ciencias que mas ó menos directamente se rozan con ella. La astronomía, la física, la química, la zoología, la mineralogía, y especialmente la botánica en sus aplicaciones agrícolas y médicas, fué el campo donde desplegaron su ingenio dando á conocer gran número de plantas y sus virtudes; y estos conocimientos, imperfectos como lo eran entonces, fueron trasmitiéndose de unos á otros para sujetarlos á un exámen mas sério y dar ocasion á su aumento, como en efecto á sucedido.

Dejaremos á un lado los antiguos conocimientos astrológicos, que originarios de Egipto, dieron pábulo á las investigaciones que hoy constituyen la ciencia astronómica, porque tienen poca importancia bajo el punto de vista medico; haremos lo mismo con aquellos de nuestros compatriotas árabes ó judíos que cultivaron esta parte de la ciencia de la naturaleza con gran provecho para los adelantos que hoy palpamos, y detengámonos ahora en lo dicho por algunos de los muchos naturalistas españoles posteriores á los árabes en el momento en que la Europa empezaba á sacudir el perezoso letargo de la ignorancia en que por tantos siglos habia estado sumida, creando gran número de cuerpos científicos con el mismo fin de propagar á la par las doctrinas médicas y quirúrgicas de entonces, que las accesorias y necesarias para el complemento de la intruccion médica. Italia fué el primer país que dió ejemplo de este deseo de adelantos, creando el año 1544 un jardín botánico, á cargo de los profesores Lucas Ghini, Cesalpino y Leoni; siguieron este camino otros pueblos italianos que pronto habian de elevar las ciencias naturales á un grado de perfeccion extraordinaria y dejar muy atrás en conocimientos á sus vecinos los franceses y alemanes. Los españoles dueños de los legados de los árabes se contentaron con comentarlos y ampliarlos, y poco mas hubieran hecho si

el descubrimiento de las Américas no hubiera puesto á su disposicion un grandioso teatro donde desplegar su ingenio en el estudio de una nueva y potente vegetacion, de una nueva fauna y de un nuevo suelo que revelaba á sus ojos cataclismos naturales que hacian diferenciar el país encantador que pisaron los primeros, de el de aquel donde nacieron. Muchos ilustrados médicos abandonaron su hogar y su patria, para ir á conocer esclusivamente las producciones de aquellos climas y preparar los mas escojidos materiales que algun dia les sirvieran para fundar una nueva historia natural desconocida hasta entonces de los demás pueblos. Antonio de Nebrija, Gabriel Alfonso de Herrera, Alvaro de Castro, Juan Jaraya y mas que estos Andrés Laguna se ocuparon de esta clase de estudios, comentando, unos á Dioscórides; escribiendo otros tratados especiales sobre asuntos varios concernientes á esta parte de la filosofia natural. El último de estos, sobre todo, ilustró sus comentarios al libro del botánico griego con doctrinas propias suyas, con figuras de innumerables plantas, presentando la sinonimia de ellas en diez idiomas diferentes, vislumbrando en este prolijo trabajo el sistema sexual que muchos años despues habia de immortalizar el nombre de Linneo. Botánico y médico á la vez, mereció grandes atenciones de parte de los poderosos de la tierra y aun de los humildes que recordaban sus servicios de los campos, en los pueblos, en las ciudades, dejando señales de su génio médico en la célebre obra póstuma que con el título de *Discurso breve sobre la cura y preservacion de la pestilencia escribió siendo médico del Papa Julio III y mandó imprimir su madre en Salamanca el año 1567*, obra escrita en los momentos de descanso que le dejaba la asistencia de una horrorosa epidemia que afligia por entonces todos los estados del Bravante y que amenazaba estenderse por todo Flandes: *que no se contenta, dice con llevarse á barrisco los hombres; despacha tambien las bestias, las moscas, los peces de los rios y las aves del cielo ¡tan capital es el odio que tiene á todo ser viviente!* Por esto merece de nuestra parte una mencion especial en este libro, ya que otra cosa no podamos ofrecer á su génio y virtudes.

Andrés Laguna nació en Segovia por los años de 1494 al 99, de padres en ambos conceptos nobles: nobles los dos, por el origen de su cuna; noble además su padre por la profesion de médico que ejerció con mucho concepto y con el prestigio de aquella época en la misma ciudad. Se llamaba este Diego Fernandez Laguna, y su Sra. esposa, madre de nuestro Andrés, Catalina Velazquez; de suerte que el verda-